



Historia física y política de Chile

Historia V

Claudio Gay



BIBLIOTECA FUNDAMENTOS DE LA CONSTRUCCIÓN DE CHILE

CÁMARA CHILENA DE LA CONSTRUCCIÓN
PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DE CHILE
BIBLIOTECA NACIONAL

BIBLIOTECA FUNDAMENTOS DE LA CONSTRUCCIÓN DE CHILE

INICIATIVA DE LA CÁMARA CHILENA DE LA CONSTRUCCIÓN,
JUNTO CON LA PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DE CHILE
Y LA DIRECCIÓN DE BIBLIOTECAS, ARCHIVOS Y MUSEOS

COMISIÓN DIRECTIVA
GUSTAVO VICUÑA SALAS (PRESIDENTE)
AUGUSTO BRUNA
XIMENA CRUZAT AMUNÁTEGUI
JOSÉ IGNACIO GONZÁLEZ LEIVA
MANUEL RAVEST MORA
RAFAEL SAGREDO BAEZA (SECRETARIO)

COMITÉ EDITORIAL
XIMENA CRUZAT AMUNÁTEGUI
NICOLÁS CRUZ BARROS
FERNANDO JABALQUINTO
RAFAEL SAGREDO BAEZA
ANA TIRONI

EDITOR GENERAL
RAFAEL SAGREDO BAEZA

EDITOR
MARCELO ROJAS VÁSQUEZ

CORRECCIÓN DE ORIGINALES Y DE PRUEBAS
ANA MARÍA CRUZ VALDIVIESO
PAJ

BIBLIOTECA DIGITAL
IGNACIO MUÑOZ DELAUNOY
I.M.D. CONSULTORES Y ASESORES LIMITADA
GESTIÓN ADMINISTRATIVA
MÓNICA TITZE

DISEÑO DE PORTADA
PEZESPINA

PRODUCCIÓN EDITORIAL A CARGO
DEL CENTRO DE INVESTIGACIONES DIEGO BARROS ARANA
DE LA DIRECCIÓN DE BIBLIOTECAS, ARCHIVOS Y MUSEOS

PRESENTACIÓN

La *Biblioteca Fundamentos de la Construcción de Chile* reúne las obras de científicos, técnicos, profesionales e intelectuales que con sus trabajos imaginaron, crearon y mostraron Chile, llamaron la atención sobre el valor de alguna región o recurso natural, analizaron un problema socioeconómico, político o cultural, o plantearon soluciones para los desafíos que ha debido enfrentar el país a lo largo de su historia. Se trata de una iniciativa destinada a promover la cultura científica y tecnológica, la educación multidisciplinaria y la formación de la ciudadanía, todos requisitos básicos para el desarrollo económico y social.

Por medio de los textos reunidos en esta biblioteca, y gracias al conocimiento de sus autores y de las circunstancias en que escribieron sus obras, las generaciones actuales y futuras podrán apreciar el papel de la ciencia en la evolución nacional, la trascendencia de la técnica en la construcción material del país y la importancia del espíritu innovador, la iniciativa privada, el servicio público, el esfuerzo y el trabajo en la tarea de mejorar las condiciones de vida de la sociedad.

El conocimiento de la trayectoria de las personalidades que reúne esta colección, ampliará el rango de los modelos sociales tradicionales al valorar también el quehacer de los científicos, los técnicos, los profesionales y los intelectuales, indispensable en un país que busca alcanzar la categoría de desarrollado.

Sustentada en el afán realizador de la Cámara Chilena de la Construcción, en la rigurosidad académica de la Pontificia Universidad Católica de Chile, y en la trayectoria de la Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos en la preservación del patrimonio cultural de la nación, la *Biblioteca Fundamentos de la Construcción de Chile* aspira a convertirse en un estímulo para el desarrollo nacional al fomentar el espíritu emprendedor, la responsabilidad social y la importancia del trabajo sistemático. Todos, valores reflejados en las vidas de los hombres y mujeres que con sus escritos forman parte de ella.

Además de la versión impresa de las obras, la *Biblioteca Fundamentos de la Construcción de Chile* cuenta con una edición digital y diversos instrumentos, como *softwares* educativos, videos y una página web, que estimulará la consulta y lectura de los títulos, la hará accesible desde cualquier lugar del mundo y mostrará todo su potencial como material educativo.

COMISIÓN DIRECTIVA - COMITÉ EDITORIAL
BIBLIOTECA FUNDAMENTOS DE LA CONSTRUCCIÓN DE CHILE

GAY, CLAUDIO, 1800-1873.

HISTORIA FÍSICA Y POLÍTICA DE CHILE: SEGÚN DOCUMENTOS ADQUIRIDOS EN ESTA REPÚBLICA DURANTE DOCE AÑOS DE RESIDENCIA EN ELLA / CLAUDIO GAY. -- PARÍS: MUSEO DE HISTORIA NATURAL DE SANTIAGO, [184-] 30 v. ; 24,5 cm.

v. 1-8. HISTORIA DE CHILE – v. 9-10. DOCUMENTOS SOBRE LA HISTORIA, LA ESTADÍSTICA Y LA GEOGRAFÍA – v. 11-18. BOTÁNICA -- v. 19-26. ZOOLOGÍA – v. 27-28 AGRICULTURA – v. 29-30 ATLAS.

BOTÁNICA-CHILE – ZOOLOGÍA-CHILE – AGRICULTURA-CHILE-HISTORIA – CHILE-GEOGRAFÍA HISTÓRICA-MAPAS

© CÁMARA CHILENA DE LA CONSTRUCCIÓN, 2007
MARCHANT PEREIRA 10
SANTIAGO DE CHILE

© PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DE CHILE, 2007
AV. LIBERTADOR BERNARDO O'HIGGINS 390
SANTIAGO DE CHILE

© DIRECCIÓN DE BIBLIOTECAS, ARCHIVOS Y MUSEOS, 2007
AV. LIBERTADOR BERNARDO O'HIGGINS 651
SANTIAGO DE CHILE

REGISTRO PROPIEDAD INTELECTUAL
INSCRIPCIÓN N° 168.204
(OBRA COMPLETA)
SANTIAGO DE CHILE

ISBN 978-956-8306-08-3 (OBRA COMPLETA)
ISBN 978-956-8306-13-7 (TOMO QUINTO)

IMAGEN DE LA PORTADA
PRIMERA BANDERA DE CHILE. MUSEO HISTÓRICO NACIONAL

DERECHOS RESERVADOS PARA LA PRESENTE EDICIÓN

CUALQUIER PARTE DE ESTE LIBRO PUEDE SER REPRODUCIDA
CON FINES CULTURALES O EDUCATIVOS, SIEMPRE QUE SE CITE
DE MANERA PRECISA ESTA EDICIÓN.

Texto compuesto en tipografía *Berthold Baskerville 10/12,5*

SE TERMINÓ DE IMPRIMIR ESTA EDICIÓN, DE 1.000 EJEMPLARES,
DEL TOMO V DE LA *BIBLIOTECA FUNDAMENTOS DE LA CONSTRUCCIÓN DE CHILE*,
EN VERSIÓN PRODUCCIONES GRÁFICAS LTDA., EN DICIEMBRE DE 2007

IMPRESO EN CHILE / PRINTED IN CHILE

CLAUDIO GAY

HISTORIA
FÍSICA Y POLÍTICA
DE CHILE

TOMO QUINTO

HISTORIA



SANTIAGO DE CHILE
2007



CLAUDIO GAY.

DE LA HISTORIA NATURAL
A LA HISTORIA NACIONAL.
LA HISTORIA FÍSICA Y POLÍTICA
DE CLAUDIO GAY Y LA NACIÓN CHILENA

Rafael Sagredo Baeza

INTRODUCCIÓN

En los inicios de la república, cuando todo estaba por hacerse, ¿en qué consistía el Chile de entonces?, ¿cómo era el territorio bajo la jurisdicción del nuevo Estado?, ¿cuáles las características físicas, económicas, culturales y sociales del conjunto bajo su soberanía?, ¿cuál la noción existente acerca del número y distribución espacial de sus habitantes?, ¿cuáles sus principales recursos económicos? A éstas, y muchas otras interrogantes, buscaba dar respuestas el gobierno chileno cuando en 1830 decidió la contratación de Claudio Gay. Afortunadamente para Chile, el naturalista no sólo cumplió con creces la tarea que se le encomendó, además, con los conocimientos que generó sobre la historia, el territorio y el mundo natural y cultural del país, contribuyó decididamente al proceso de organización republicana, al ejercicio de la soberanía estatal y a la consolidación de la nación.

La tarea científica desplegada por el naturalista en Chile permite apreciar desde un ángulo inédito el proceso de construcción de la nación y de organización republicana. Gay orientó parte importante de su quehacer como hombre de ciencia a generar un sentimiento de nacionalidad gracias al conocimiento de la realidad natural y cultural del Chile que nacía a la vida republicana. Además de proporcionar instrumentos para el gobierno del país gracias a sus informes científicos y representaciones cartográficas.

El cuadro del sabio, que desde 1846 engalana el Museo Nacional de Historia Natural, representa muy bien los principales temas que ocuparon al científico. En él Gay aparece sentado junto a una mesa en que se aprecian un mapa de Chile, un vegetal monocotiledón en la forma de una flor con su tallo, su microscopio y papeles; sobre ellos, la mano izquierda del científico sosteniendo su lupa. En la derecha, el naturalista tiene una pluma.



Claudio Gay (1800-1873), óleo sobre tela de Alexandre Laemlein, 1845. Museo Nacional de Historia Natural. El pintor hace resaltar en su retrato al hombre de ciencia, serio y circunspecto que, consagrado al estudio, sin embargo fue capaz de aportar al conocimiento concreto del país que se delinea en el mapa de su autoría.

Es el sabio en su gabinete, revestido del prestigio que le otorga su saber y de la dignidad y respetabilidad que le proporcionan una vida consagrada al trabajo científico, en su caso, sobre Chile.

Qué duda cabe que los objetos con los que se retrata a Gay pretenden mostrar, cuando no simbolizar, sus preocupaciones, quehaceres y honores. Ahí están la pluma con la que entonces componía su monumental obra sobre Chile. La flor que muestra su condición de botánico y la lupa -pudieron ser sus instrumentos de física, su barómetro o su rosa de los vientos- que ilustra su calidad de científico. Los papeles bajo su mano muestran su contracción al estudio, cualidad propia de todo hombre de ciencia. Pero también está la cinta de seda roja en el ojal izquierdo de su pecho. Ella representa la Legión de Honor, en el grado de caballero, con que había sido distinguido por sus servicios eminentes a Francia en el ámbito de la historia natural.

Creemos que con la sobria y elegante levita oscura con que el artista retrata a Claudio Gay no sólo muestra al hombre de facciones acentuadas y rostro inmutable; o al científico, serio y circunspecto que, consagrado al estudio, sin embargo, fue capaz de aportar al conocimiento concreto del país que se delinea en el mapa de su autoría. También al naciente Estado, a la nación chilena cuyas aspiraciones y valores republicanos vio encarnadas en Claudio Gay de forma tan evidente como para materializarlas en una obra de arte que presidiera una de las instituciones esenciales de la cultura nacional, como lo es el Museo Nacional de Historia Natural, que el propio sabio fundó.

El pintor hace resaltar en este retrato al hombre de ciencia, serio y circunspecto que, consagrado al estudio, sin embargo fue capaz de aportar a la formación de la nación a través del conocimiento concreto del país que se delinea en el mapa de su autoría. Que no fue otro el objetivo que tuvo el quehacer científico de Claudio Gay en Chile.

Trabajos de naturalistas como los de Claudio Gay en Chile, Agustín Codazzi sobre Nueva Granada, Alcide d'Orbigny respecto de Bolivia, o la de Antonio Raimondi en relación al Perú, permiten apreciar el papel determinante que éstos tuvieron en el reconocimiento científico de los países que exploraron, pero también en la conformación de nacionalidades, el desarrollo de identidades regionales, la integración de pueblos y sociedades o, esencial, en la identificación de un destino, futuro, común. Ahora como estados nacionales.

Estas obras, concebidas originalmente como historias naturales, debido a las necesidades de las autoridades republicanas terminaron transformándose también en historias nacionales, en las que la narración del pasado acompañó y complementó las descripciones científicas y las representaciones cartográficas. Entre los ejemplos que se pueden citar, el quehacer y la obra de Claudio Gay constituye uno de los más ilustrativos, tanto por su gestación y preparación, como por su culminación, la *Historia física y política de Chile*, la primera narración histórica del pasado chileno elaborada en el periodo republicano.

UN CIENTÍFICO EN CHILE

Según sus principales biógrafos, el arribo de Claudio Gay al país en los primeros días de diciembre de 1828 fue consecuencia de su contratación como profesor del Colegio de Santiago, cuyas actividades docentes se iniciarían en marzo de 1829. El naturalista, que lograría fama gracias a sus investigaciones sobre Chile, había nacido en marzo de 1800 en Draguignan, departamento del Var, en la Provenza, en medio de una familia de pequeños propietarios agrícolas¹.

Consta que desde su infancia, Gay demostró una inclinación por el estudio de las ciencias naturales, que se manifestó en lecturas sobre botánica elemental y en herborizaciones, así como en periódicas excursiones alrededor de su pueblo natal. En ellas, que con el paso de los años se fueron ampliando a prácticamente todo el departamento del Var y a parte de los Bajos Alpes, el joven se preocupaba de recolectar material botánico y zoológico y de averiguar sobre la mineralogía y la geología de los sitios visitados. En el diario que se atribuye, Gay evoca esta época: “a penas me sentí capaz de identificar unas cuantas plantas, mi pasión por la botánica me empujó a atravesar los límites severos de las montañas de los Alpes, del Delfinado, de Saboya y de parte de Suiza. En esos lugares reuní una colección de plantas que unidas a las que me regalaron otros botánicos, aumentaron considerablemente mi herbario”².

Completada su primera educación, alrededor de 1820, Gay arribó a París para seguir estudios superiores de medicina y farmacia. Sin embargo, su curiosidad por el cultivo de las ciencias pudo más que la práctica profesional y comenzó a concurrir a los cursos públicos de ciencias naturales del Museo de Historia Natural y de la Sorbonne³. En aquellos años, aprovechaba sus vacaciones para emprender excursiones destinadas a herborizar fuera de Francia, o para cumplir comisiones encargadas por el Museo. Recorrió Suiza, una parte de los Alpes, el norte de Italia, una porción de Grecia, algunas islas del Mediterráneo y el norte de Asia Menor. Durante sus años en París, entre 1821 y 1828, además de la botánica y la entomología, sus aficiones preferidas, Gay también se adentró, como autodidacta, en el estudio de la física y la química, para más tarde seguir cursos de geología y de anatomía comparada. De esta manera adquirió vastos conocimientos y también se inició en la investigación científica al lado de eminentes maestros de los Jardines del Rey y de la Escuela de Minas. Sus conceptos a propósito de su paso por el Jardín Botánico y Museo de Historia Natural de París son elocuentes: “Las abundante colecciones de objetos de ciencia natural, el alto nivel científico de los cursos que allí se realizaban, el interés de los profesores por facilitar mis estudios, todo ello

¹ Carlos Stuardo Ortiz es quien más acabadamente ha investigado acerca de la vida del científico. En su obra póstuma *Vida de Claudio Gay. Escritos y documentos*, se reproducen numerosos escritos de Gay, o concernientes a su labor en Chile, así como diversos textos relativos a su persona.

² Véase Claudio Gay, *Diario de su primer viaje a Chile en 1828*, p. 88.

³ En su diario escribiría: “El estudio de la medicina me pareció el más seductor y el que estaba más de acuerdo con mis gustos. Desgraciadamente mi pasión cada vez mayor por la historia natural me hizo abandonarlo y eso es algo que lamentaré toda mi vida”. En Gay, *Diario de...*, *op. cit.*, p. 90.



Alexander von Humboldt (1769-1859), el sabio prusiano, autor de numerosas obras sobre América, representó el principal modelo para los naturalistas que como Claudio Gay arribaron a América luego de la Independencia. En David Yudilevich L. (ed.), *Mi viaje por el camino del inca (1801-1802)*, antología.

contribuyó poderosamente a hacerme amar una ciencia a la que ya me había dedicado por mi cuenta, estudiándola con mi propio esfuerzo”⁴.

Como acertadamente hace notar Stuardo Ortiz, Gay se vio favorecido por el ambiente científico existente en París en las primeras décadas del siglo XIX. Entonces diversas instituciones, como la Sociedad Philomática, la Sociedad Linneana, el Museo de Historia Natural y la Facultad de Ciencias de la Universidad de París, tenían como objetivo esencial promover el desarrollo de las ciencias naturales.

Junto con beneficiarse de la actividades que en ellas se realizaban, Claudio Gay recibió la influencia de grandes investigadores y maestros como Alexandre Brongniart en Mineralogía, Pierre-Louis-Antoine Cordier en Geología, André-Marie-Constant Duméril en herpetología, Georges Cuvier en Anatomía Comparada, René-Louiche Desfontaines y Adrien de Jussieu en Botánica, Pierre-André Latreille en Entomología, André Laugier o Louis-Nicolás Vauquelin en Química y Joseph-Louis Gay-Lussac en Física, entre otros.

Los detalles del origen de la preocupación de Gay por nuestro país, y de su venida a Chile, permanecen todavía inciertos en muchos aspectos, aunque se sabe que su arribo fue consecuencia directa de haber aceptado la oferta del periodista y aventurero Pedro Chapuis, que en 1828 organizaba en París un grupo de pro-

⁴ Gay, *Diario de...*, *op. cit.*, p. 89.

fesores para establecer un colegio en Santiago, y que, según Gay, contaba con el patrocinio del gobierno chileno⁵.

Los testimonios aparecidos en la prensa nacional a propósito de la llegada de Chapuis y demás profesores sólo aluden al arribo de una “sociedad de profesores de ciencias” que vienen “con el objeto de fundar un nuevo establecimiento de educación”, sin dar mayores noticias de las motivaciones cada uno de los “socios”, aunque sí de sus aptitudes. Sobre Gay, en el aviso que Pedro Chapuis publicó para dar a conocer su iniciativa, de lee: “doctor en ciencias. Miembro de varias sociedades, corresponsal del Museo y profesor de física, química e historia natural”⁶.

En el diario que presumiblemente comenzó al momento de iniciar su viaje a Chile, Gay alude a sus intentos frustrados por pasar a América, hasta que le avisaron “que se estaba formando en París una sociedad de personas con la intención de fundar una Universidad en Santiago de Chile, bajo la protección especial del gobierno francés y del chileno”; entonces, declara, “el placer unido al interés de descubrir un país aun no conocido por los naturalistas, me hizo aceptar sin ninguna vacilación la proposición que me hicieron de nombrarme profesor de química y de física”⁷.

Años después, y al comienzo de su monumental obra, el naturalista afirmó que fueron sus maestros en París quienes le habían señalado la república de Chile como la más a propósito para satisfacer las exigencias de una desmedida curiosidad que lo impulsaba a investigar las producciones de algún remoto clima que no pareciera muy andado; consejo que siguió, comenzando desde entonces a tomar nota de lo muy poco que se había dicho de la historia y de la geografía de esta parte de América. Más tarde escribiría, en el prólogo del tomo I de la *Historia Física y Política de Chile*, que había sido en medio de esa situación que “una circunstancia imprevista se adelantó a mis deseos llevándome a las afortunadas costas de ultramar mucho antes de lo que yo presumiera”⁸.

Además de sus motivaciones particulares, es preciso tener presente que en el ambiente científico y oficial del París de la década de 1820, “entre los diversos países que sería importante explorar en interés de la historia natural, el Perú y Chile pueden ser colocados en primera fila, en todo sentido”, pues se afirmaba, “la parte de América meridional que ocupan estas dos vastas regiones no ha sido visitada

⁵ En su diario el naturalista relata que en un encuentro con Chapuis en París, éste “me hizo ver un discurso del presidente Pinto en que solicita profesores de anatomía y de química para una escuela de medicina”. Véase Gay, *Diario de...*, *op. cit.*, p. 103.

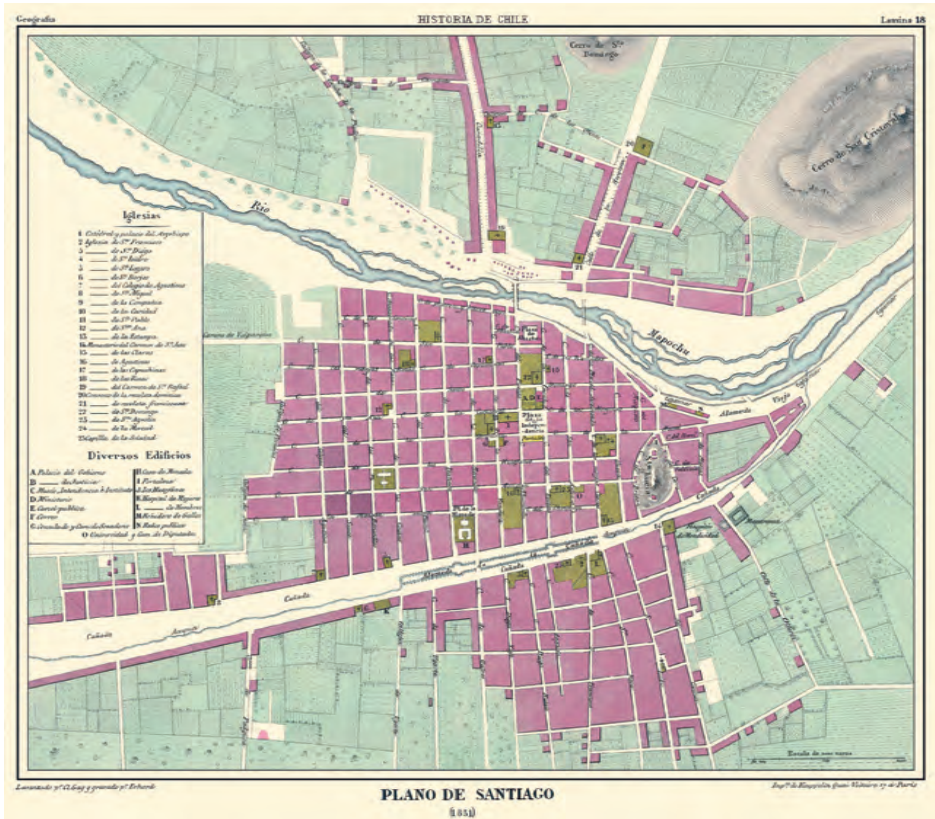
⁶ Véanse *La Clave de Chile* del 11 de diciembre de 1828 y del 17 de febrero de 1829, y la *Gaceta de Chile* del 31 de diciembre de 1828.

⁷ Gay, *Diario de...*, *op. cit.*, p. 91.

⁸ En su manuscrito sobre los araucanos, todavía inédito, Claudio Gay relaciona su arribo a Chile con la política francesa respecto de Latinoamérica, ahí escribió: “En esa época las repúblicas americanas habían sido más o menos reconocidas por las potencias europeas. Francia era una de las más atrasadas en ese justo deber... por ese mismo motivo decidió crear en Santiago un colegio universitario compuesto únicamente por profesores franceses. Habiendo sido designado para la clase de física y química me encontraba en condiciones de realizar mi pasión por los viajes...”. Agradecemos a Luis Mizón el darnos a conocer este texto, así como su traducción. Como se advertirá, la versión del naturalista difiere bastante de la ofrecida por todos los estudiosos de su vida y obra.

aún sino por un número muy pequeño de viajeros, y sus exploraciones, por lo demás asaz incompletas, se remontan ya a una época muy alejada⁹.

Para comprender cabalmente la presencia de Claudio Gay en Chile es necesario atender el interés galo por explorar América meridional, que en su caso sin embargo no se materializó en ningún apoyo oficial, aunque si en el estímulo de sus profesores y de la Academia francesa; pero también a las urgencias y necesidades del naciente Estado chileno, cuyos dirigentes, aun antes de la independencia, y con mayor razón después, venían insistiendo en la necesidad de crear instituciones de enseñanza y de fomentar el reconocimiento geográfico del territorio. Aunque no está acreditado el apoyo oficial al colegio para el cual había sido contratado Gay, lo cierto es que el Estado chileno, y sus autoridades, frecuentemente aludían, y seguirían mencionando, la urgencia de contar con nuevas instituciones educativas; interés que seguramente personajes como Chapuis buscaron aprovechar.



La inclusión del plano de Santiago en su *Atlas de la historia física y política de Chile*, muestra que Gay apreció la situación preeminente de la capital en el país.

⁹ Carta de la Administración del Museo de Historia Natural de París al ministro del Interior, fechada el 25 de noviembre de 1825, y generada por la expectativa de que el naturalista Alcide d'Orbigny se dirigiera a América en misión científica. Citada por Pascal Riviale en su obra *Los viajeros franceses en busca del Perú antiguo (1821-1914)*, p. 34.

Contratado como profesor de física, química e historia natural, Gay vio en su viaje a Chile, más que el inicio de una carrera destinada a la docencia, la posibilidad cierta de dedicarse a la investigación en un país casi total y absolutamente desconocido para los hombres de ciencia europeos. Además, veía en él la materialización de sus aspiraciones pues, había escrito en su diario, “desde que me consagré al estudio de las ciencias naturales, que son verdaderamente sublimes, nació en mí el deseo de viajar, que al parecer forma parte de ellas”¹⁰.

Instalado en Santiago, Claudio Gay, junto con atender sus clases en el Colegio de Santiago, se dio tiempo para recorrer diversos sitios y recolectar material científico, llegando a formar en corto lapso colecciones de plantas, de animales y de rocas.

Más entusiasmado con sus excursiones que con sus clases, a la vez que revelando los motivos que lo habían traído a Chile, el propio Gay escribía a Alexandre Brongniart el 9 de diciembre de 1829 que a pesar de que “no disponía más que de un día a la semana en provecho de las ciencias” y que, sobre todo al comienzo de su estadía, no le era posible más que “visitar solamente los alrededores de Santiago o realizar un viaje rápido a la orilla del mar o a la cordillera”, ya había realizado “una buena serie de observaciones que bastarán para dar a conocer estas comarcas tan poco visitadas por los naturalistas”¹¹.

El celo y la pasión que Gay mostraba por la historia natural, expresada en su infatigable actividad y dedicación al estudio, no sólo llamaron la atención de los pocos sujetos con interés por las ciencias naturales existentes en Santiago. También llegó a conocimiento de las autoridades, en las cuales rondaba la idea de estudiar científicamente el país, una antigua aspiración que no había podido materializarse por falta de una persona idónea para acometer la empresa¹². En el Chile de la organización republicana, donde todo estaba por hacerse, y en medio de las tribulaciones políticas y la pobreza del erario, hubo gobernantes que tuvieron plena conciencia de la necesidad de conocer cabal y científicamente el territorio y la realidad nacional. Entonces, ni siquiera existían mapas medianamente aceptables; poco se sabía de la situación exacta de las ciudades y puntos geográficos de importancia; nadie había estudiado sistemáticamente las especies naturales; y, menos aún, preocupado de las características geológicas o de precisar adecuadamente las condiciones climáticas de los ambientes en que comenzaba a desenvolverse la república¹³.

¹⁰ Gay, *Diario de...*, *op. cit.*, p. 88.

¹¹ Guillermo Feliú Cruz y Carlos Stuardo Ortiz, *Correspondencia de Claudio Gay*, p. 2.

¹² Guillermo Feliú Cruz en su ensayo crítico “Claudio Gay, historiador de Chile”, señala que el botánico Vicente Bustillos, el canónigo de la catedral José Alejo Bezanilla, el conservador de la Biblioteca Nacional Francisco García Huidobro y el médico francés Carlos Bouston, fueron los primeros amigos del científico en Chile, y quienes advirtieron al gobierno de su presencia y de la posibilidad de confiarle el estudio de la naturaleza del territorio nacional.

¹³ La preocupación de los gobiernos por conocer la geografía nacional, y con ellas las riquezas del territorio, se había hecho presente ya en 1823. Entonces se contrató al aventurero Juan José Dauxion de Lavaysse para que realizara un estudio científico del país. El mismo año, otro decreto comisionó al ingeniero militar José Alberto Backler D’Albe y al ingeniero geógrafo Ambrosio Lozier para que levantaran la carta corográfica y geodésica de Chile. Como se sabe, ambas empresas fracasaron y no

Alentado por sus cercanos, en julio de 1830 Gay redactó una presentación dirigida al Vicepresidente de la República a través de la cual ofrecía sus servicios para trabajar en la preparación de una historia natural, general y particular de Chile; una geografía física y descriptiva del país; una geología que haría conocer la composición de todos los terrenos, la estructura de las rocas y la dirección de las minas; y una estadística completa de las actividades productivas y de la población. Además de los trabajos nombrados, el científico se comprometía a formar un gabinete de historia natural que contuviera la mayor parte de las producciones de la república, con sus nombres vulgares y científicos, así como una colección, tan completa como fuera posible, de todas las piedras y minerales que pudiera recolectar; analizar químicamente todas las aguas minerales que encontrara; a elaborar cuadros estadísticos de todas las provincias; hacer un catálogo de todas las minas; preparar planos de las principales ciudades y ríos, así como de todas las haciendas que pudiera visitar; y, finalmente, si el gobierno así lo quería, instruir a dos alumnos en todas las ciencias sobre las que él se ocupaba. Es decir, Gay se obligaba a una tarea monumental, la cual le llevaría casi toda la vida.

A cambio de sus trabajos, los cuales, declaraba, sólo podrían ser publicados en Europa, el naturalista solicitaba auxilio para continuar sus investigaciones y el auspicio del gobierno para las obras que proponía. Se mostraba dispuesto a que se nombrase una comisión que inspeccionara lo realizado por él hasta entonces y los trabajos que en adelante emprendería, así como también a demostrar los medios que poseía para llevar adelante sus estudios. A este último respecto, y para avalar su petición, Gay hacía saber al gobernante que las ciencias naturales habían sido objeto de sus preocupaciones desde temprana edad y que había elegido a Chile como escenario de sus investigaciones con el único fin de satisfacer su interés científico,

“y el deseo que tengo de hacerme útil dando a conocer a la nación chilena, las producciones de su industria y de su territorio, y poniendo a la vista de las otras un país muy poco conocido, pero sin embargo muy digno de serlo por su feliz posición, por la riqueza de la tierra y por los extraordinarios productos de su agricultura”¹⁴.

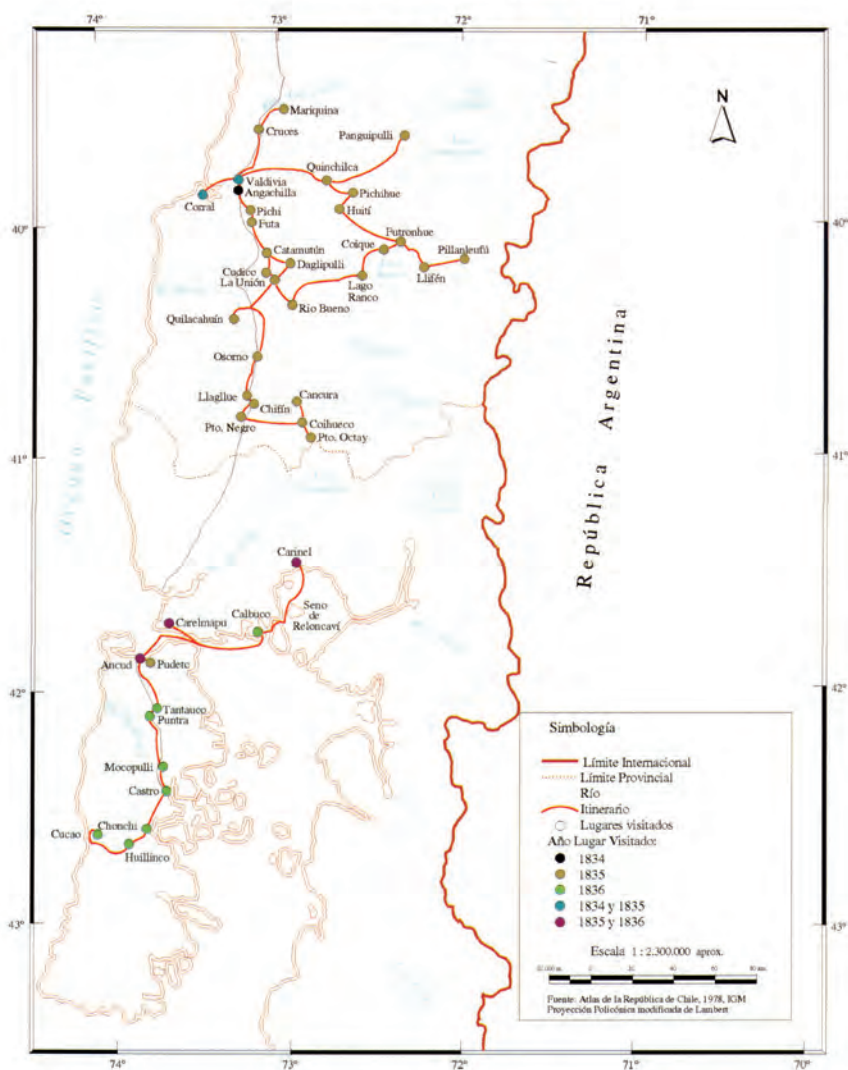
Un elemento decisivo en la determinación que el gobierno tomó, finalmente, fue el trabajo ya adelantado por Gay en el país, que demostraba su capacidad de naturalista. Como el propio científico lo hacía notar, y quienes lo auspiciaban sabían,

pasaron de ser simples ensayos. Barros Arana, en su trabajo *Don Claudio Gay; su vida y sus obras*, ofrece un completo panorama de los esfuerzos del Estado “por hacer estudiar y por dar a conocer la geografía de nuestro país y las producciones de su suelo”.

Los afanes republicanos por conocer los territorios sobre los que comenzaban a ejercer soberanía están estrechamente relacionados y son una herencia del espíritu ilustrado que, a lo largo del siglo XVIII, había llevado a las potencias europeas a organizar, financiar y promover expediciones científicas a sueltos y costas americanas, entre otras razones, para obtener ventajas económicas de ellos. Al respecto véase la obra de que somos coautores con José Ignacio González, *La Expedición Malaspina en la frontera austral del imperio español*.

¹⁴ El texto a través del cual Gay ofreció sus servicios al gobierno chileno, en Stuardo Ortiz, *Vida de Claudio..., op. cit.*, t. II, pp. 87-90.

Expedición Científica de Claudio Gay Provincias de Valdivia - Chiloé



En reedición del *Atlas de la historia física y política* de Claudio Gay, 2004.

en el lapso de un año había podido investigar acerca de la historia natural y la geología de los alrededores de Santiago; describir y pintar la mayor parte de los objetos relacionados con ellas; preparar un plano de la ciudad capital y cartas geográficas del territorio; analizar las aguas minerales de Apoquindo; recopilar estadísticas del país en casi todas las administraciones y, por último, recorrer parte del litoral central y de la cordillera frente a Santiago. De este modo, escribió en su ofrecimiento, no tenía más trabajos en la capital y se encontraba listo para emprender investigaciones en la provincia, las cuales estaban postergadas por falta de recursos.

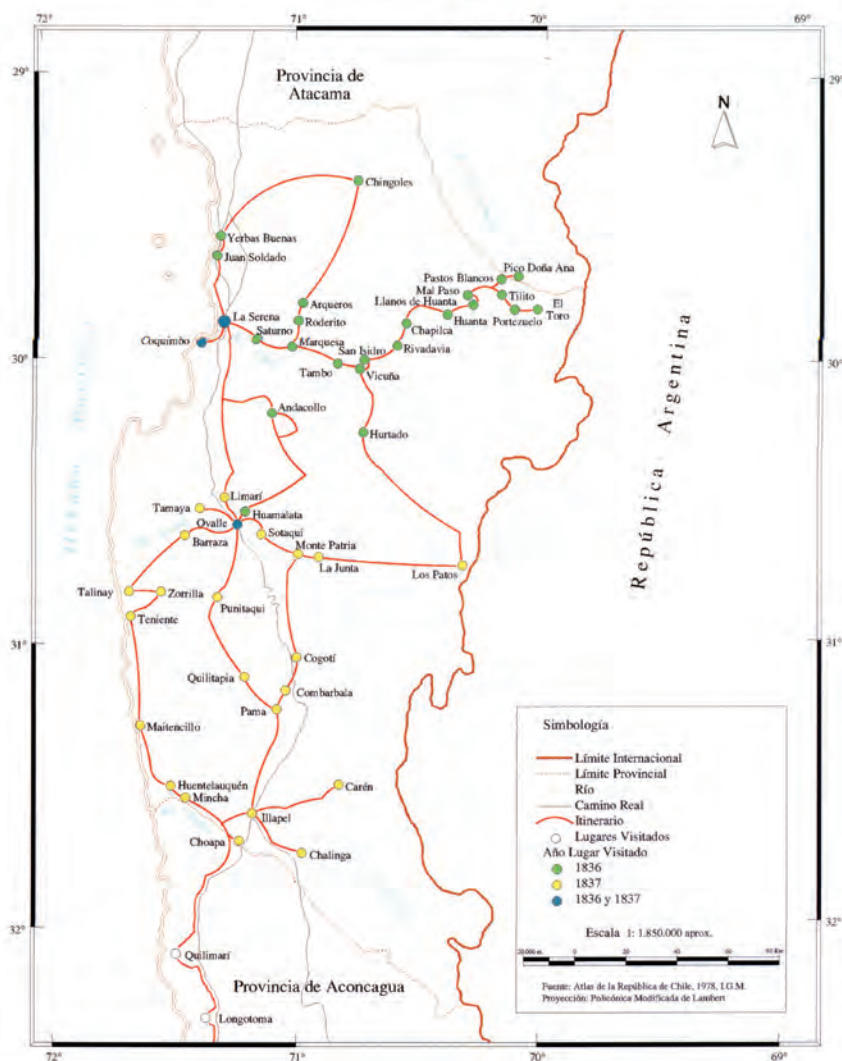
En pago de sus servicios, Gay no pidió al gobierno ni grandes salarios, ni demasiados favores, “sino sólo su protección cerca de las autoridades provinciales y los gastos indispensables de los viajes que mis investigaciones me obligan a hacer”. Como garantía de los recursos que se le entregarían, ofrecía “depositar en el lugar que se sirva designarme, una parte de mis colecciones, y a más mi biblioteca compuesta de cerca de cuatrocientos volúmenes, obras científicas y escogidas”, todos los cuales quedarían en poder de la Biblioteca Nacional si no cumplía con las obligaciones contraídas.

Atendidos los antecedentes, no debe extrañar que en septiembre de 1830 se autorizara al ministro del Interior, Diego Portales, para suscribir un contrato con Gay en virtud del cual quedaría sellado el viaje científico por el territorio. Como justificaciones se esgrimían, tanto la importancia de la iniciativa, como las cualidades de Gay para verificarlo con ventaja para el país. Además, y recogiendo la proposición del francés, el ministro había conformado el 31 de julio de 1830 una comisión científica destinada a verificar la calidad de sus trabajos. Ésta emitió un informe favorable con fecha 13 de agosto del mismo año en que se afirmaba que “todo hace esperar ventajas del viaje proyectado”.

De acuerdo con el contrato firmado el 14 de septiembre de 1830, Gay quedó obligado a hacer un viaje científico por todo el territorio de la república, en el término de tres años y medio, con el objeto de investigar la historia natural de Chile, su geografía, geología, estadística y todo aquello que contribuyera a dar a conocer los productos naturales del país, su industria, comercio y administración. Además, al cuarto año, debía presentar un bosquejo de las siguientes obras: una historia natural general de la república que contuviera la descripción de casi todos los animales, vegetales y minerales, acompañados de láminas coloreadas proporcionadas a los objetos que describa; una geografía física y descriptiva de Chile, con observaciones sobre el clima y temperatura de cada provincia, y adornada con cartas geográficas de cada una, y con láminas y planos de las principales ciudades, puertos y ríos; un tratado de geología relativo a Chile; y una estadística general y particular de la república, ordenada por provincias. También se comprometía a formar un gabinete de historia natural con las principales producciones vegetales y minerales del territorio y un catálogo de todas las aguas minerales existentes en el país, con sus respectivos análisis químicos¹⁵.

¹⁵ El texto del contrato entre Gay y el gobierno chileno, en Stuardo Ortiz, *Vida de Claudio...*, op. cit., t. II, pp. 91-93.

Expedición Científica de Claudio Gay Provincia de Coquimbo



En reedición del *Atlas de la historia física y política* de Claudio Gay. 2004.

Considerando que uno de los propósitos del Estado chileno al confiar a Gay la comisión que éste se comprometía a realizar era la de “dar a conocer las riquezas del territorio de la república, para estimular la industria de sus habitantes y atraer la de los extranjeros”, el científico se comprometió también a publicar su obra tres años después de concluida su labor.

Gay recibiría ciento veinticinco pesos mensuales durante los próximos cuatro años; los instrumentos para sus observaciones geográficas; un premio de tres mil pesos, si cumplía con lo prometido; y la promesa de la autoridad de hacer llegar a los intendentes de las provincias, a los gobernadores de los pueblos y a los jueces territoriales, una circular para que facilitasen todas las noticias que requiriese para el puntual desempeño de su trabajo¹⁶.

LA EXPLORACIÓN DEL TERRITORIO

Concluidos los trámites administrativos y los preparativos indispensables para emprender el viaje científico, Gay se dispuso a acometer la exploración del territorio nacional, empresa que inició por la provincia de Colchagua en diciembre de 1830. Instalado en San Fernando, durante meses realizó cuatro salidas por la jurisdicción provincial que lo llevaron a reconocer la laguna de Tagua-Tagua y sus alrededores, la cordillera de la zona a través del curso del Cachapoal y el de su afluente el río Cipreses, el volcán Tinguiririca y, por último, la costa colchaguina siguiendo el curso de los ríos Tinguiririca y Rapel hasta el Pacífico. Luego de una breve estadía en Santiago destinada a ordenar el material recolectado, a comienzos de julio de 1831, Gay emprendió viaje al norte, en un recorrido que lo llevó por Colina, Polpaico, Til-Til y la cuesta de la Dormida hasta Puchuncaví.

¹⁶ No sobra señalar que las diligencias destinadas a contratar a Claudio Gay se realizaron casi exactamente después de la visita a Chile del naturalista Alcide d’Orbigny. Éste había sido enviado por el Museo de Historia Natural de París para realizar una misión científica que, prolongándose entre 1826 y 1833, lo llevó a explorar Brasil, Argentina, Uruguay, Chile, Bolivia y Perú.

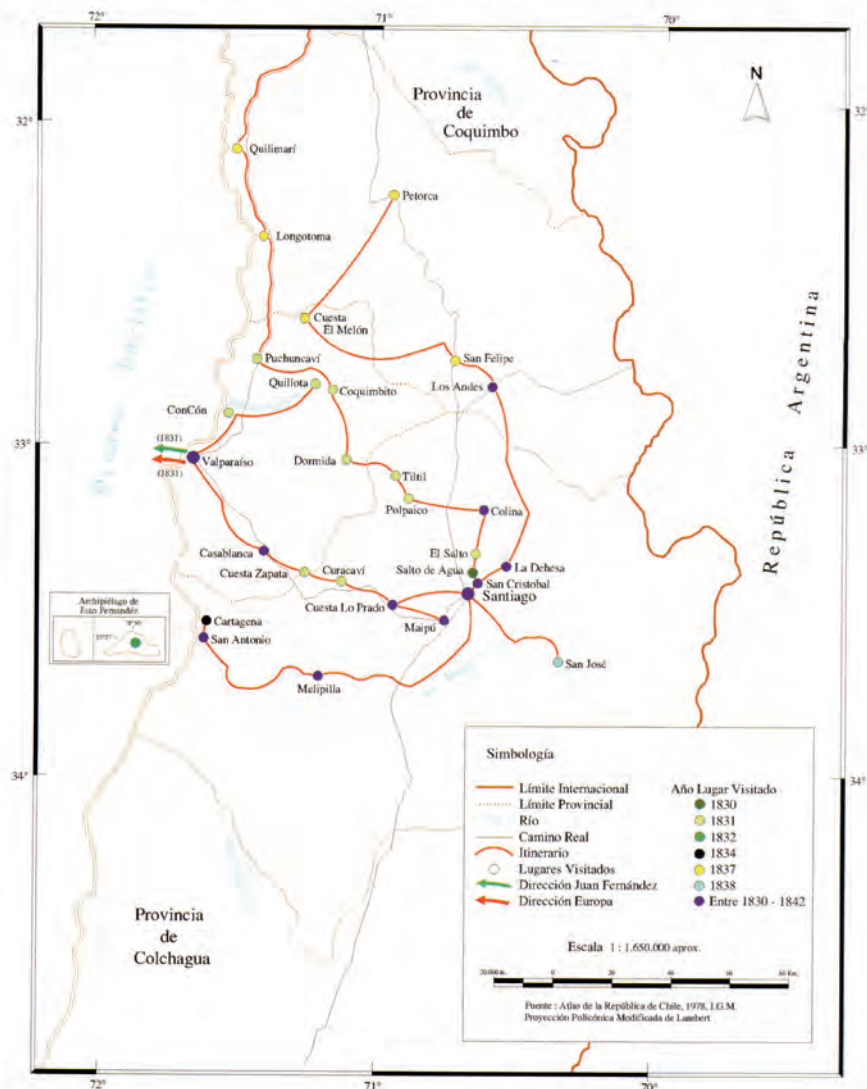
El autor de *Viaje a la América meridional*, arribó a Valparaíso el 16 de febrero de 1830, puerto del que salió el 8 de abril luego de visitar también Santiago. En la capital del país permaneció sólo ocho días, en los cuales no sólo recorrió sus alrededores y conoció diversas personas, también, realizó una ascensión a los Andes en compañía de Claudio Gay.

Fue al momento de salir de Chile que d’Orbigny recibió, a través del cónsul francés en el puerto, la carta del general Santa Cruz, entonces Presidente de Bolivia, invitándolo a investigar las riquezas naturales del país del altiplano, adelantándole que le conseguiría, como efectivamente ocurrió, todas las facilidades deseables para sus exploraciones y estudios.

En su monumental obra, publicada entre 1835 y 1847 en nueve tomos y 11 volúmenes, d’Orbigny refiere que su corta estadía en Chile no le permitió “generalizar mis observaciones, lo que me obliga a pasar por alto lo que podría decir de Chile”, agregando todavía: “por lo demás, no quiero usurpar el derecho que una larga permanencia en la República de Chile da al señor Gay para describirla”.

Según relata Claudio Gay en su diario, conoció a D’Orbigny en septiembre de 1828, en su viaje hacia Chile. Ahí escribe que “durante los ocho días que me quedé en Buenos Aires no dejé un solo día de ir a verlo y de discutir con él ciertos puntos de historia natural”. Véase Gay, *Diario de...*, *op. cit.*, p. 126.

Expedición Científica de Claudio Gay Provincias de Aconcagua - Valparaíso - Santiago



En reedición del *Atlas de la historia física y política* de Claudio Gay. 2004.

En diciembre de 1831, y a la espera de poder abordar un barco para Europa, a donde se dirigía para comprar instrumentos y libros adecuados para su trabajo, Gay exploró los sitios cercanos a Valparaíso y realizó un viaje al archipiélago de Juan Fernández, que se extendió hasta mediados de febrero, zarpando hacia Francia el 14 de marzo de 1832.

De esta época datan algunos testimonios de Diego Portales sobre Gay que no sólo muestran su preocupación por el quehacer del científico y su carácter irreverente, también las iniciativas y actividades del naturalista y la impresión que causaba entre la población. El 21 de diciembre de 1831 Portales escribe a su amigo Antonio Garfías que Gay está en Valparaíso imposibilitado de salir para Francia por falta de buque, y que quiere visitar las islas de Juan Fernández aprovechando el próximo viaje de la *Colo-Colo*. Entonces le pide que le comunique al Ministro del Interior que “si no hay algún motivo que demore el viaje, sería bueno y conveniente que pasase a botar al tal mr. como cosa pérdida en aquellas playas”. El 19 de enero relata que “el dueño de la posada donde reside Gay, ya está loco, porque todo el día hay en ella un cardumen de muchachos y hombres que andan en busca de mr. Gay”; pues “siempre que sale a la calle, los muchachos le andan gritando mostrándole alguna cosa: señor esto es nuevo, nunca visto, usted no lo conoce; y anda más contento con algunas adquisiciones que ha hecho, que lo que usted podría con \$100.000 y platónicamente querido de todas las señoritas de Santiago”¹⁷.

En París Gay fue recibido entusiastamente por sus maestros, con los cuales mantenía contacto epistolar, y frente a quienes, ahora personalmente, desplegó el fruto de su trabajo científico en Chile. En esa ocasión obsequió al Museo de Historia Natural parisino minerales, fósiles, semillas y colecciones de especies recolectadas en Chile, también algunos de los dibujos y pinturas que había realizado hasta entonces. El reconocimiento por su labor fue inmediato y se materializó, entre otras medidas, en que el gobierno francés lo distinguió con la cruz de la Legión de Honor.

En Europa, adquirió numerosos instrumentos para sus observaciones, los más modernos existentes en la época. Agujas para medir la declinación magnética, imanes, agujas para levantar planos, instrumentos para calcular la latitud, cronómetros, microscopios, telescopios, barómetros, termómetros, higrómetros, eudiómetros, areómetros, un aparato para observar la electricidad atmosférica y hasta una cámara oscura, probablemente una de las primeras que llegó al país, fueron algunos de los aparatos adquiridos por encargo del Estado chileno.

Pero el sabio no sólo volvió con todo lo necesario para sus investigaciones, también con una esposa pues se había casado con Hermance Sougniez. Su matri-

¹⁷ Véase *Epistolario Diego Portales*, t. I., pp. 148 y 174. Esta fuera de duda la valoración que Portales hizo de Gay, incluso pensó aprovechar sus conocimientos para fines personales. Así se lo hace saber a su amigo Garfías cuando el 4 de julio de 1834 le escribe sobre un posible viaje con el científico: “yo tengo el interés de que el hombre analice una palma, y vea si será posible hacer con éste árbol en Chile lo que se hace en el Río de Janeiro de extraerle parte del jugo sin matar el árbol, pues si consigo esto, no doy a Pedegua por \$80.000”. El texto citado en *Epistolario...*, *op. cit.*, t. II., p. 507.

monio, por lo demás muy desgraciado y que culminaría en divorcio 1845, mereció un comentario del irreverente ministro Diego Portales quién, en carta a su confidente Antonio Garfías le mandó decir: “a Mr Gay que no me olvido de su encargo, y que cuando se aburra con la francesita me la mandé para acá”¹⁸.

Provisto de los instrumentos científicos necesarios para sus trabajos, así como de material para incrementar el gabinete de historia natural, Gay se trasladó a Melipilla y Casablanca en junio, para regresar a Santiago y dirigirse a Valdivia en octubre del mismo año, llegando a la bahía de Corral a fines de mes. Luego de remontar el río Valdivia y de recorrer y explorar los sitios aledaños a la ciudad del mismo nombre, en enero de 1835 se dirigió a investigar en los contornos del lago Ranco. Concluida esta expedición tomó rumbo a Osorno con el propósito de alcanzar hasta el lago Llanquihue, en cuyos márgenes permaneció hasta mediados de febrero. De regreso en Valdivia, en abril, se embarcó hacia el lago Panguipulli para asistir a la ceremonia de entierro del cacique Cathiji, de la cual da cuenta en una de las conocidas láminas de su *Atlas*. Permaneció en Valdivia todo el invierno de 1835, aprovechando su estadía para realizar breves excursiones a Corral, destinadas, entre otros objetivos, a levantar planos de los fuertes de la bahía. También desde Valdivia realizó una excursión al volcán Villarrica en octubre de 1835, alcanzando las nieves eternas del mismo.

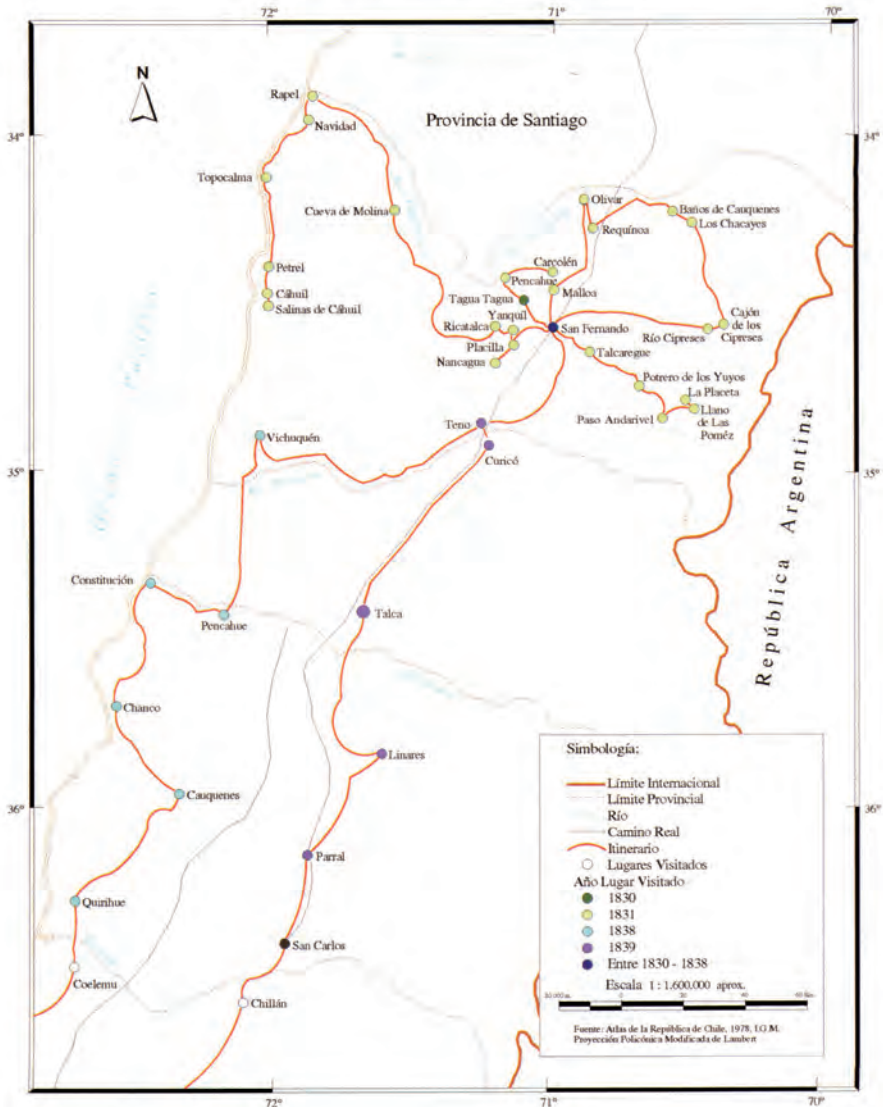
En los últimos días de noviembre de 1835 Gay se encontraba en la isla de Chiloé, instalado en Ancud. Desde aquella ciudad realizó breves excursiones a las cercanías, como a Pudeto, y, atravesando el canal de Chacao, exploró el lado norte del seno de Reloncaví, visitando los poblados de Carelmapu, Calbuco y Carinel. A mediados de febrero de 1836 se dirigió hacia el sur de la isla grande, alcanzando hasta Queilén, luego de pasar por Puntra, Mocopulli, Castro y Chonchi. De regreso al norte, se dedicó a herborizar en las orillas del lago Huillínco y en las cercanías de Cucao. Luego de su larga estadía en la isla de Chiloé, y previa escala en Valdivia y Talcahuano, el 17 de mayo recalaba en Valparaíso.

La siguiente etapa de su recorrido lo llevó a la provincia de Coquimbo, instalándose en La Serena en septiembre de 1836. Visitó las minas de Arqueros y zonas aledañas como Chingoles, Yervas Buenas, Juan Soldado y Los Porotos. Luego, en noviembre, se dispuso a recorrer el valle de Elqui. Pasó por Saturno, Marquesa, Tambo, Vicuña, San Isidro, Rivadavia, Chapilca y Guanta, sitio desde el cual inició el ascenso de la cordillera, alcanzando hasta Tilito, a 4.000 metros de altura. Siguió a la cordillera Doña Ana, volviendo por los Baños del Toro y Rivadavia, arribando finalmente a La Serena a comienzos de diciembre de 1836.

A fines del mismo mes reinició sus excursiones dirigiéndose hacia Andacollo y a las minas de sus alrededores. Recorriendo la zona pasó por Huamalata y Ovalle, visitando también las minas de Tamaya para, ya en enero de 1837, internarse en la cordillera siguiendo el curso del río Rapel. Entonces su itinerario lo llevó por Sotaquí, Monte Patria, La Junta, Arcos, Rapel y el sendero cordillerano que sale

¹⁸ Véase correspondencia fechada en Valparaíso el 20 de junio de 1834, en *Epistolario...*, *op. cit.*, t. II, p. 496.

Expedición Científica de Claudio Gay Provincias de Colchagua - Talca - Maule



En reedición del *Atlas de la historia física y política* de Claudio Gay. 2004.

de Las Mollacas y conduce al paso de Valle Hermoso. A su regreso, bajó por el río Hurtado para arribar a Vicuña, pasar por El Tambo, y terminar en La Serena los primeros días de febrero. Desde esta ciudad, y llevado por su afán de conocer los yacimientos de mercurio existentes en esas latitudes, emprendió viaje hacia el extremo sur de la provincia de Coquimbo. Punitaqui, Quilitapia, Pama e Illapel fueron visitadas por el naturalista hasta fines de abril, permaneciendo en Illapel durante todo el invierno, explorando los parajes aledaños a aquel pueblo y excursionando hasta La Serena pasando por Combarbalá, Cogotí y Ovalle. En otra oportunidad, ahora a principios de la primavera, Gay salió de Ovalle y tomó la ribera sur del río Limarí hasta Barraza, marchando por Zorrilla y Talinay, alcanzando luego hasta Maitencillo, pasando por El Teniente, llegar a Mincha y de ahí dirigirse nuevamente a Illapel.

Los últimos días de septiembre de 1837 se dispuso a volver al sur, viaje que iniciado en Illapel, continuó por el curso del río Choapa hasta llegar a Huentelauquén en la costa. Desde este punto siguió hacia el sur visitando Longotoma y Petorca, poblado al que arribó en los primeros días de octubre. La siguiente etapa lo llevó por la cuesta del Melón y San Felipe para alcanzar Los Andes a fines del mismo mes, lugar en que permaneció hasta comienzos de diciembre.

Durante el mes de enero y parte de febrero de 1838, el sabio francés se dedicó a excursionar en los parajes cordilleranos frente a Santiago, internándose por el cajón del río Maipo, pasando por San José de Maipo y El Volcán, hasta llegar al volcán San José.

Incansable, en septiembre de 1838 salió de Santiago con destino a las provincias del llano central. San Fernando, Vichuquén, Pencahue, Constitución, Chanco, Cauquenes, Quirihue, Coelemu, Rafael, Tomé, Penco y Concepción vieron llegar al naturalista. Entre octubre y noviembre visitó la costa de Arauco hasta Tirúa. En diciembre se encontraba en Nacimiento, visitó la cordillera de Nahuelbuta para luego emprender viaje a Los Ángeles a fines de mes. Más tarde se internó hacia Santa Bárbara llegando hasta Trapa-Trapa. De regreso en Los Ángeles, a fines de enero de 1839, salió hacia Antuco, Laguna de la Laja y la Sierra Velluda. Luego de subir el volcán Antuco, regresó por el pueblo de Tucapel hacia el Salto del Laja, de ahí siguió a Yumbel y La Florida, para llegar a Concepción en los últimos días de febrero.

En marzo siguiente se encontraba en Chillán, ciudad desde la cual tomó hacia el norte por el llano, pasando por San Carlos, Parral y Linares, llegando a Talca el 31 del mismo mes. Su excursión prosiguió por Curicó, Teno, San Fernando, Rancagua y Maipú, culminando en Santiago a mediados de abril. En este viaje, además de sus tareas científicas habituales, dibujó algunos paisajes que luego incluyó en su *Atlas* como láminas. Entre ellas: “Los pinares de Nahuelbuta”, “Laguna del Laja”, “Volcán Antuco”, “Salto del Laja” y “Molino de Puchacay”.

Luego de un viaje al Perú iniciado en marzo de 1839, que le significó alejarse poco más de un año y cuyo propósito fue revisar los archivos limeños en busca de documentación relativa a la historia de Chile, se dirigió a Copiapó en diciembre de 1841. En la provincia de Atacama visitó Caldera, Cerro Ramadillas, la capital provincial, Tierra Amarilla, Nantoco, Totalillo, Hornito y Chañarillo. A conti-

nuación pasó a La Pucheta y alcanzó hasta La Puerta, La Capilla, Potrero Grande y Amapolas. Siguiendo el curso del río Manflas llegó hasta La Jarilla y a Vallenar. Más tarde pasó a Freirina y en enero de 1842 llegaba al puerto de Huasco para regresar al sur. Con esta última excursión, y luego de cuatro o cinco intentos fallidos por llegar a la provincia de Atacama, finalmente Gay cumplía su íntimo anhelo de “no dejar ningún punto de Chile sin haberlo realmente visitado”, como se lo hizo saber a Ignacio Domeyko en carta fechada el 8 de diciembre de 1841. Al respecto, no debe olvidarse que en esa época el desierto de Atacama era el límite septentrional del país, y que todavía no se iniciaba el esfuerzo destinado a asegurar la soberanía nacional sobre el estrecho de Magallanes y su entorno.

Durante sus excursiones, y gracias a haber permanecido sucesivamente en cada una de las provincias que componían la república, las cuales recorrió minuciosamente, Gay recogió la mayor parte de las especies animales y vegetales existentes en el territorio considerado chileno en ese entonces. Llamando la atención sobre este aspecto de su quehacer, el naturalista explicó que la única forma de acceder al conocimiento de los ejemplares de una región era permaneciendo “más o menos tiempo en cada provincia, estudiando cuidadosamente y bajo un punto de vista comparativo y sobre todo geográfico, cuantos objetos haya obtenido a fuerza de investigaciones y cacerías: solo así puede conocerse bien la fauna de un país”¹⁹.

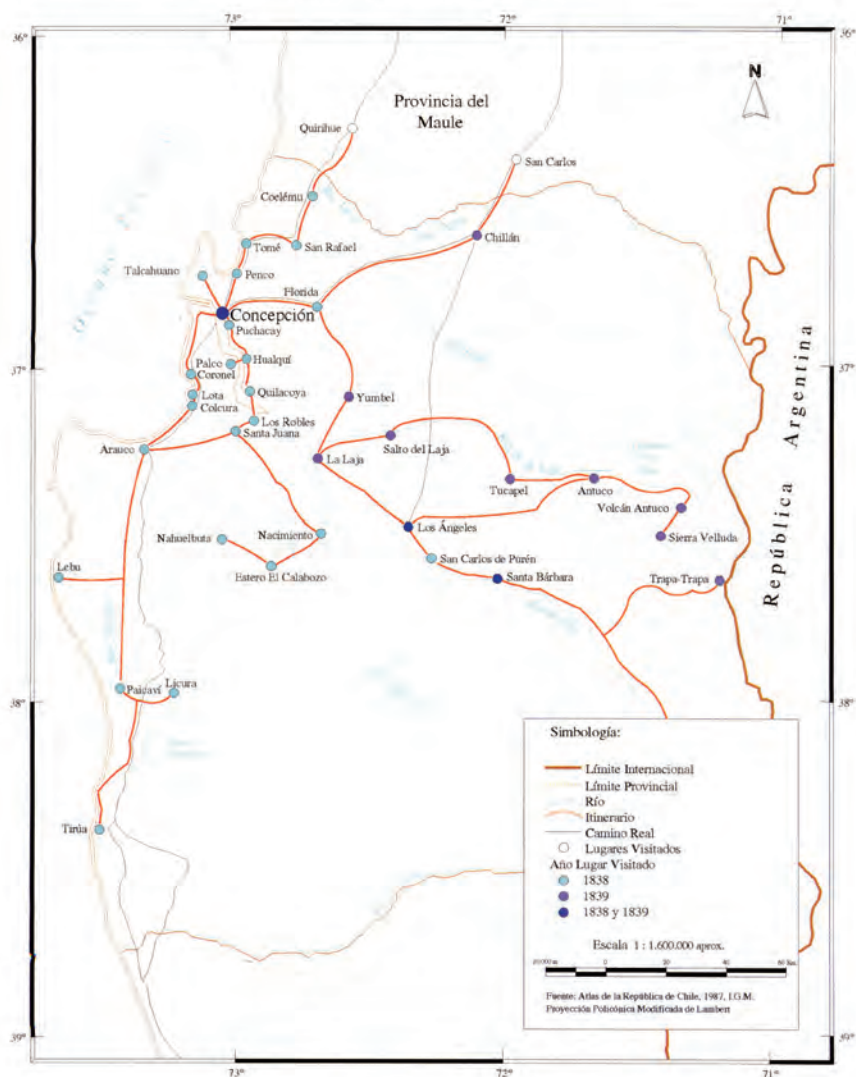
En el cumplimiento de su comisión, desarrolló un patrón de conducta que cumplió rigurosamente durante sus excursiones, y que explica el éxito final de su empresa científica. En cada lugar que visitó o recorrió, procedió a examinar y estudiar las especies naturales, recolectando todas aquellas que le resultaban de interés. Preocupación especial mostró siempre por herborizar y por observar la adaptación de las plantas en las regiones altas de las cordilleras. Fijar con exactitud la situación de los puntos geográficos, auxiliado por los modernos instrumentos adquiridos en Europa, fue también objeto de su atención. Los estudios geológicos y el levantamiento de la respectiva carta geográfica de la zona visitada constituyeron otras de sus ocupaciones permanentes. En los lugares en que existían procedía también a analizar las aguas termales, determinando, entre otras características, si eran sulfurosas o salinas. La recopilación de estadísticas, de documentación y de todo tipo de noticias de los parajes y poblados recorridos, fueron también actividades características suyas. Por último, sus observaciones climáticas y sus mediciones meteorológicas, así como las destinadas a determinar el magnetismo terrestre, fueron otra constante de su acción.

Pero, y como ha sido señalado, en todas partes Gay conversaba con la gente y observaba las formas de vida y los métodos de trabajo, práctica que no sólo fue muy útil para la preparación de su texto sobre la historia y agricultura chilena, sino en especial para obtener antecedentes de los hechos históricos e identificar los rasgos propios del pueblo chileno²⁰. Incluso, en el texto de su historia, Gay

¹⁹ Claudio Gay, *Historia física y política de Chile, Zoología*, t. I, pp. 5-6.

²⁰ En el prólogo de la *Agricultura*, el científico alude a “sus largos viajes por Chile, cuando visitaba sus inmensas haciendas..., pensé estudiar minuciosamente... como un simple capítulo de una obra

Expedición Científica de Claudio Gay Provincia de Concepción



En reedición del *Atlas de la historia física y política* de Claudio Gay, 2004.

ocasionalmente apoya la narración de los hechos con su propio testimonio a propósito del conocimiento de sujetos protagonistas de los hechos. Por ejemplo, en el tomo VIII, cuando abordando algunos episodios de la “Guerra a Muerte” en la década de 1820, recuerda “el tiempo de mis expediciones a las altas montañas de Nahuelbuta”, oportunidad en que lo acompañó uno de los militares que participó en aquellas campañas, y que “por la noche, bajo los pinares y al lado de la llama, me contaba con cierto placer y animación todas las peripecias de aquellas guerras y la parte activa que en ellas había tomado”, a continuación de lo cual narraba la historia basado en ese testimonio²¹.

Durante los períodos de sedentarismo, el naturalista procedía a ordenar, clasificar, describir, dibujar y acondicionar las especies y objetos recolectados, redactar los informes científicos para el gobierno chileno y mantener viva su correspondencia con sus colegas europeos, a los cuales informaba detalladamente de sus estudios y de las novedades que iba descubriendo en su recorrido por el país. Ejemplo de lo que afirmamos, así como de la admiración que nuestra realidad física le provocó, es un párrafo de uno de sus textos. En él, y refiriéndose a la vida natural en las islas de la entonces existente laguna de Tagua-Tagua, escribió que era tal la infinidad de “especies nuevas, tanto para mí como para la ciencia, que ellas hacen de este país una mansión de delicias y admiración, en que la naturaleza ha hecho todo el costo, y sólo espera la mano del hombre para disputarle la belleza y la hermosura a los encantadores alrededores de Como, de Constanza y aun de Ginebra”²².

En sus viajes por el país Claudio Gay no sólo debió enfrentar todo tipo de adversidades, producto de la falta de vías de comunicación o de albergues adecuados, además, sufrió los rigores de las condiciones ambientales extremas de algunas de las regiones. Según testimonios de quienes lo conocieron, como relata Barros Arana:

“era un hombre infatigable en el trabajo, que pasaba días enteros sobre el caballo sin demostrar el menor cansancio, que trepaba los cerros más altos o bajaba a los precipicios más profundos a pie o a caballo sin arredrarse por ningún peligro, que soportaba el hambre y la sed, el frío y el calor sin quejarse de nada, y siempre con un incontrastable buen humor, que dormía indiferentemente al aire libre o bajo techo, y que su salud vigorosa no sufría nunca ni las consecuencias de la mala alimentación ni los resultados de las agitaciones y desarreglos de aquellas penosas exploraciones”²³.

Muestra de su pasión por la ciencia, en cada una de sus excursiones cumplió fielmente con lo prometido al gobierno, desarrollando a plenitud sus observa-

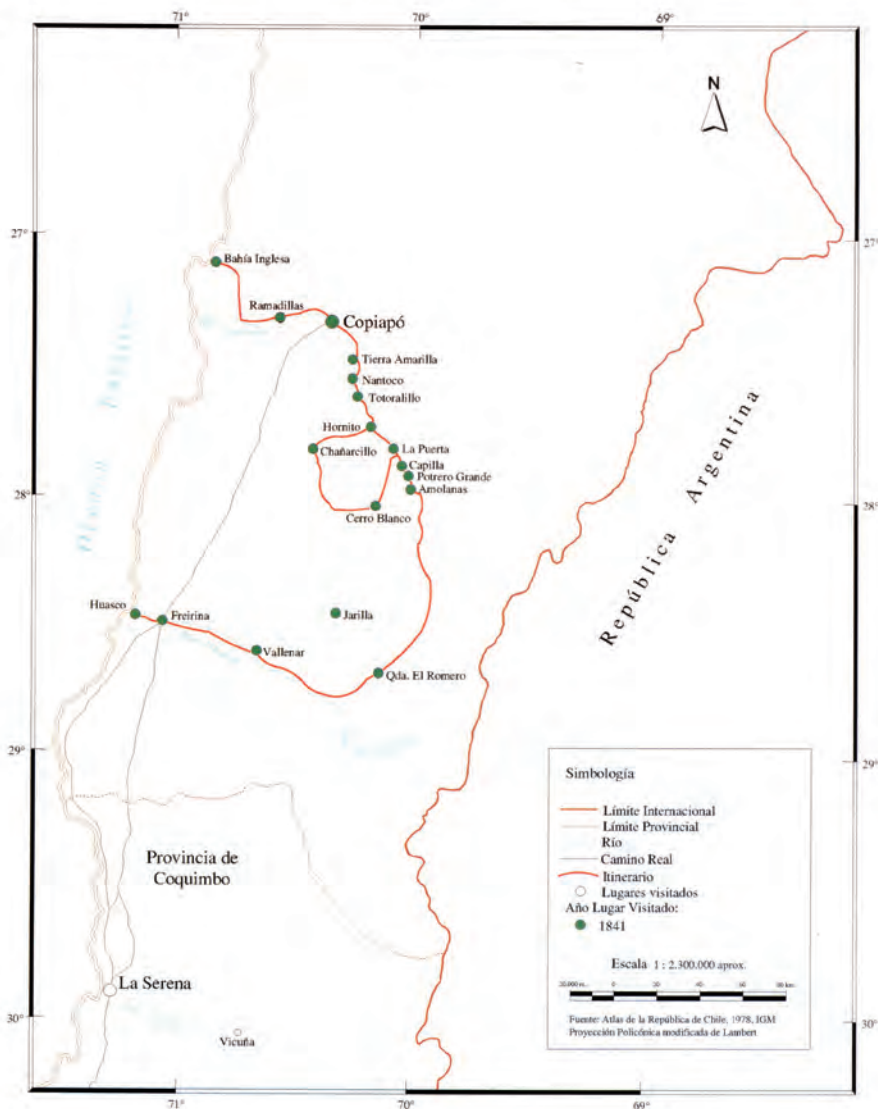
general sobre Chile..., pero a medida que se extendían mis investigaciones, mis notas se aumentaron de tal manera y llegaron a ser tan interesantes, que ha concluido por tomar la proporciones de un libro de abultado volumen”.

²¹ Gay, *Historia física...* *op. cit.*, t. VIII., p. 278. Otro caso similar, en el mismo volumen, p. 341.

²² El párrafo en su “Viaje científico. Informe a la Comisión Científica sobre sus exploraciones de la provincia de Colchagua”, en Stuardo Ortiz, *Vida de...*, *op. cit.*, t. II, p. 94.

²³ Barros Arana, *Don Claudio...*, *op. cit.*, p. 284.

Expedición Científica de Claudio Gay Provincia de Atacama



En reedición del *Atlas de la historia física y política* de Claudio Gay. 2004.

ciones, mediciones, recolecciones y estudios²⁴. Aun en medio de las limitaciones presupuestarias, las alteraciones políticas experimentadas por el país o la Guerra contra la Confederación Perú-Boliviana, Gay, paciente, sistemática y casi anónimamente, durante aproximadamente una década, llevó a cabo su comisión, sentando las bases del desarrollo científico del país y recopilando antecedentes que más tarde serían los fundamentos de la nacionalidad chilena. Una tarea que a pesar de carecer de sucesos espectaculares o llamativos, tuvo importancia fundamental en el desenvolvimiento de la nación. Concluida ella, ahora sólo quedaba el trabajo, no menor, de dar a conocer el fruto de sus investigaciones por el territorio nacional a través de la respectiva publicación, la cual, como sabemos, incluyó la primera historia nacional del país.

LA HISTORIA FÍSICA Y POLÍTICA DE CHILE

De acuerdo con su propio testimonio, Gay había elegido Chile como teatro de sus investigaciones “no solamente por la riqueza de su suelo y la variedad de su clima, sino también porque era un país desconocido absolutamente a los naturalistas”²⁵.

Sus afirmaciones tenían fundamento pues, si bien más de una expedición de carácter científico había arribado al territorio de la gobernación durante la Colonia, la más importante de ellas la encabezada por Alejandro Malaspina entre 1789 y 1794, lo cierto es que a comienzos de la década de 1830 los resultados de sus observaciones permanecían casi absolutamente inéditos y desconocidos para los científicos europeos. Contribuía al desconocimiento de Chile el que expediciones como la de Alexander von Humboldt, que gracias a sus publicaciones difundió notablemente la realidad natural y cultural de una importante porción del continente americano, no alcanzaron esta región. Por otra parte, Charles Darwin, que en los años de 1830 visitó y recorrió el país, tuvo objetivos muy diferentes de los que Gay se propuso, como lo demuestran los trabajos que ejecutó luego de su viaje en el *Beagle*.

Concluida la etapa de la investigación en terreno, que implicó también la prospección del material documental existente en los archivos públicos y en los privados, donde revisó, tomó nota o hizo copiar las piezas que le interesaban, para luego estudiarlas e informarse convenientemente de su contenido, Gay inició las tareas destinadas a publicar el fruto de sus años de trabajo. Antes de volver a Francia, permaneció en Chile cerca de dos años trabajando en reunir todavía más información sobre el país, clasificando y distribuyendo los objetos que había recolectado

²⁴ No debe olvidarse que a Claudio Gay se debe también la organización del Museo de Historia Natural, del que fue su primer director, y al cual se destinaron las colecciones que su trabajo proporcionó, así como los objetos y especies que periódicamente hizo llegar desde Europa una vez de regreso en Francia.

²⁵ Véase el texto de julio de 1830 en que ofrece sus servicios al gobierno, en Stuardo Ortiz, *Vida de Claudio...*, *op. cit.*, t. II, p. 88. Lo que en 1830 no sabía era que la historia civil de Chile también era ignorada, no sólo por los extranjeros, también por los propios chilenos, y que sería él quién también llenaría este vacío.



Mariano Egaña (1793-1846), jurista, político y destacado hombre público, en su calidad de Ministro de Culto e Instrucción pública del presidente José Joaquín Prieto, alentó a Claudio Gay a escribir la historia política de Chile. memoriachilena.cl

y ocupado en arreglar el Museo de Historia Natural que había creado. Fue en esa época, además, que redactó el *Prospecto* de su *Historia física y política de Chile*, que se publicó en *El Araucano* del 29 de enero de 1841²⁶.

En él, junto con resumir las tareas científicas emprendidas bajo el auspicio del gobierno, defendía la edición que proponía tanto por el provecho que ella prestaría, como por la urgencia de dar a conocer el fruto de su quehacer científico para ventaja de los propios habitantes de Chile. Años después, y en correspondencia al ministro de Instrucción Pública fechada en París el 15 de junio de 1848, confesó que

“confiado en las promesas del gobierno francés de ayudarme en los gastos de la publicación, sólo se había decidido a publicar el *Prospecto* de su texto cuando varios chilenos movidos por un sentimiento de patriotismo, me aconsejaron hacerlo argumentando que encontraría en Chile un número de suscriptores suficiente para cubrir los gastos de una edición en español, y que sería una vergüenza para el país que se le publicase en otro idioma siendo la empresa tan eminentemente nacional”²⁷.

²⁶ El texto del *Prospecto*, como tantos otros debidos a la pluma de Gay, se encuentra reproducido en Stuardo Ortiz, *Vida de Claudio...*, *op. cit.*, t. II, pp. 274-283.

²⁷ El texto de la carta en Stuardo Ortiz, *Vida de Claudio...*, *op. cit.*, t. II, pp. 134-137.

En su propuesta, el naturalista explicaba que editaría su obra sobre Chile dividida en varias secciones, a saber: la flora, la fauna, la minería y geología, la física terrestre y meteorológica, la estadística, la geografía, la historia y las costumbres y usos de los araucanos. Todas estas materias se editarían en cuadernillos o fascículos de 136 páginas, de tal modo que cada cuatro se iría formando un volumen. Pero el plan no se limitaba sólo a la identificación y descripción de las especies y objetos recolectados y a la elaboración de los estudios realizados según su idea original. El sabio francés tuvo clara noción de la necesidad de acompañar sus textos de “una gran cantidad de láminas iluminadas”, no sólo de los animales, plantas y restos que el mundo natural le proporcionaría; también, “con láminas de vistas, vestuarios y planos de las principales ciudades”, es decir, con dibujos que ilustrarían la sociedad y sus habitantes.

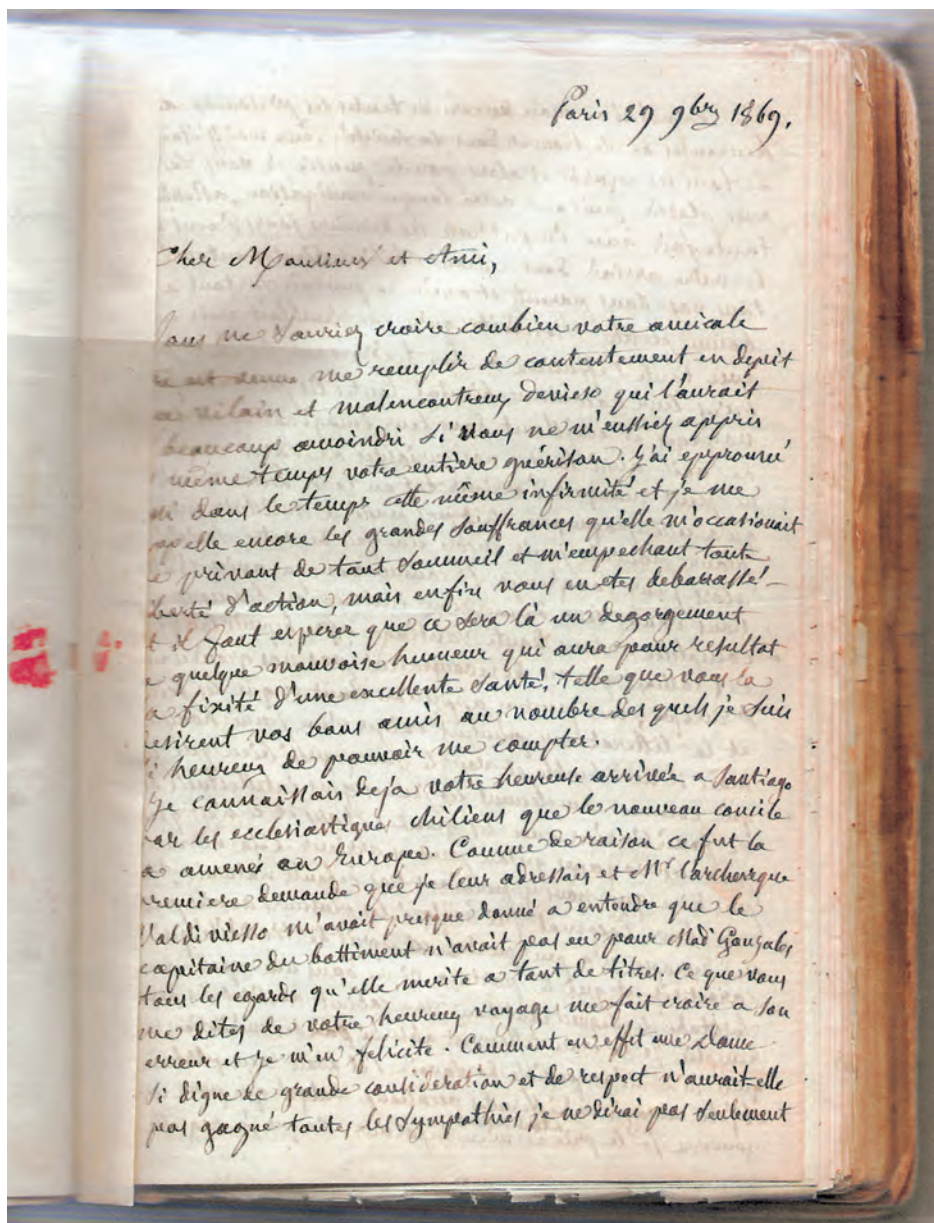
Instalado en París en octubre de 1842, inició la tarea destinada a dar a la prensa su trabajo. Junto con informar a la Academia de Ciencias y a la Sociedad de Geografía acerca de sus exploraciones y de sus planes de publicación de sus investigaciones sobre Chile, se ocupó de buscar los colaboradores para la redacción de su *Historia*, tarea que le demandó muchas diligencias y no pocas fatigas en virtud de la escasez de recursos.

En enero de 1843, en carta dirigida al entonces ministro de Instrucción Pública, Manuel Montt, Gay informaba sobre la imposibilidad de obtener financiamiento del Estado francés para imprimir su obra, concluyendo que sólo podrá contar con los “únicos recursos de Chile”. Ellos sólo provendrían de las suscripciones que había logrado levantar luego de publicar su *Prospecto*. Gay sumaba no más de “800 o 900 suscripciones”, entre las cuales se contaban las tomadas por el Estado²⁸. En efecto, la confianza que el trabajo emprendido por Gay daba al gobierno de Chile, además de la inversión ya realizada en sus investigaciones, llevó a la firma de un contrato entre ambos por el cual el Estado se comprometió a adquirir cuatrocientos ejemplares de la obra, especificándose que del total, “200 serán con láminas iluminadas [coloreadas], 50 de lujo y 150 serán con láminas negras”²⁹.

En diciembre de 1843 Gay pudo disponer de textos y láminas para iniciar la impresión de la primera entrega de su *Historia* cuyo primer cuadernillo, con 130 páginas, salió de la imprenta en marzo de 1844. En agosto siguiente llegaron a Chile los primeros pliegos de la obra que era esperada con ansiedad, tanto por los suscriptores como por el gobierno. En esta primera entrega el sabio abordaba

²⁸ Además de los destinados a las bibliotecas y a los establecimientos educacionales públicos, los ejemplares que el gobierno adquirió entonces fueron utilizados para difundir el conocimiento sobre Chile en el mundo. Por ejemplo, se entregó a comisiones científicas que, ocasionalmente, arribaban al país y que luego los depositaban en las bibliotecas de sus países de origen. Así lo demuestra la carta de agradecimiento que la Dirección de la Academia Imperial de Ciencias de Viena dirigió al Presidente de la República de Chile el 28 de octubre de 1868. En ella se acusa recibo y se ponderan los ejemplares de la obra de Gay que los miembros científicos de la fragata *Novara*, de paso por Chile en 1859, habían llevado al Imperio de Austria.

²⁹ El texto del contrato de suscripción de la obra por parte del gobierno chileno, en Stuardo Ortiz, *Vida de Claudio...*, *op. cit.*, t. II, pp. 314-316.



Primera plana de una carta de Claudio Gay fechada en París en 1869.

la historia civil del país, desde la situación española previa al descubrimiento de América, hasta los comienzos de la conquista de Chile.

Superando los contratiempos, lenta pero sistemáticamente, venciendo todos los obstáculos que se le presentaron, entre 1844 y 1871 fueron apareciendo las sucesivas entregas que terminaron conformando una monumental obra de 28 tomos: ocho referidos a la historia, otros ocho a la botánica, también ocho para la zoología, dos de documentos históricos, y dos para la agricultura. Todos ellos, acompañados de dos tomos de láminas que constituyen el *Atlas*³⁰.

Las contrariedades, que fueron numerosas, no amilanaron a Gay que en numerosas ocasiones reiteró la importancia de su texto y su compromiso de concluirlo. En septiembre de 1845 se quejaba ante Manuel Montt del tiempo que le quitaba la revisión de los textos y traducciones de sus colaboradores, aunque, escribía, no le importaba y deseaba “ardientemente conducir a buen fin una obra que no puede sino hacerme mucho honor”, agregando: “ningún país de las dos américas, y aun de varias partes de Europa, podrán ofrecer una semejante”³¹. Años después, en agosto de 1850, insiste ante su protector que pese a lo contratiempos, él continuará poniendo todos sus esfuerzos “para terminar felizmente este gran trabajo, que si bien poco apreciado hoy, estoy seguro más tarde recibirá una aceptación más digna del trabajo y de las inquietudes que me da”³².



Al centro de la lámina “Entierro del cacique Cathiji”, que da cuenta de una ceremonia en la que Gay participó como testigo privilegiado, y de la cual también dejó un informe escrito, puede reconocerse la silueta del naturalista. *Atlas de la historia física y política de Chile*.

³⁰ De la *Historia...*, según se deduce de la información disponible, se tiraron 1.250 ejemplares, cuatrocientos para el gobierno chileno, y el resto para ser comercializadas por su autor.

³¹ El texto de la carta, en Stuardo Ortiz, *Vida de Claudio...*, *op. cit.*, t. II, pp. 74-83.

³² El texto de la carta, en *op. cit.*, t. II, pp. 113-116.

Como es conocido, y salvo por el interés y apoyo que constantemente recibió de Manuel Montt, por lo demás siempre inmerso en tareas de gobierno que lo absorbían, entre los chilenos Gay tuvo no pocos críticos, e incluso opositores a su obra cuando ésta comenzó a publicarse. Si al principio se le reprochó el estilo, luego fueron ciertas imprecisiones en la información y algunos errores en sus mapas, culminando las críticas con las quejas “por el atraso que he puesto en terminar mi obra”.



Boceto de Claudio Gay delineado en terreno. Más tarde sería utilizado para la composición, en París y por artistas, de la lámina de su *Atlas*, “Pinares de Nahuelbuta”. Archivo de la Société d’Études Scientifiques et Archéologiques de Draguignan et du Var.

Buscando una explicación para las contrariedades, el hombre de ciencia confesaba a su protector que tal vez “yo debiera haber pensado también un poco en el espíritu económico de los chilenos”, y haber publicado esta obra en una escala mucho más modesta, “no obstante la alta posición de Chile, que puede hoy marchar de frente con Brasil, México, Cuba, etc., cuyos gobiernos no han retrocedido ante los gastos de empresa semejante”³³.

Reflexionaba también sobre la alternativa de haber disminuido el volumen del trabajo y sólo haber publicado información sobre las especies más notables y útiles, y aun, sobre la posibilidad de haber dado a sus descripciones una forma sencillamente literaria, novelesca en ocasiones y siempre pintoresca. De esta forma, le aseguraba a Montt, “mi obra habría agradado momentáneamente, para ser dejada

³³ En carta a Manuel Montt fechada el 14 de noviembre de 1853. Véase Guillermo Feliú Cruz y Carlos Stuardo Ortiz, *Correspondencia de Claudio Gay*, p. 124.

de mano más tarde, pero no importa, habría producido efecto, satisfaciendo todo lo que hubiera pedido una persona que no hubiera tenido en vista sino la especulación”. Reaccionando a sus propias palabras, y de paso mostrando el camino que debe seguir un verdadero estudioso, Claudio Gay le explica al presidente Montt que en lo que se refiere a él, le hubiera sido imposible obrar de una manera distinta a lo hecho pues, aclara, “habiendo reunido con solicitud y trabajo tantos materiales, he querido publicar un trabajo de valor permanente, y realizarlo tal como la ciencia lo exige, así como las necesidades del país”³⁴.

CLAUDIO GAY HISTORIADOR

Como se habrá advertido, en su propuesta original al gobierno chileno el naturalista no incluyó la preparación de una historia civil. En su ofrecimiento escribió que sólo trabajaría en una “Historia Natural, general y particular de la República de Chile”, que contendría “la descripción de casi todos los animales, vegetales y minerales de todo el territorio, con sus nombres vulgares, utilidades y localidades”³⁵. De hecho en los planes del científico no estaba la tarea de investigar el pasado de Chile y su única alusión a la historia en sentido clásico se encuentra cuando, refiriéndose a sus trabajos de geografía física y descriptiva, alude a que los mismos tendrán “consideraciones sobre la historia de las ciudades”.

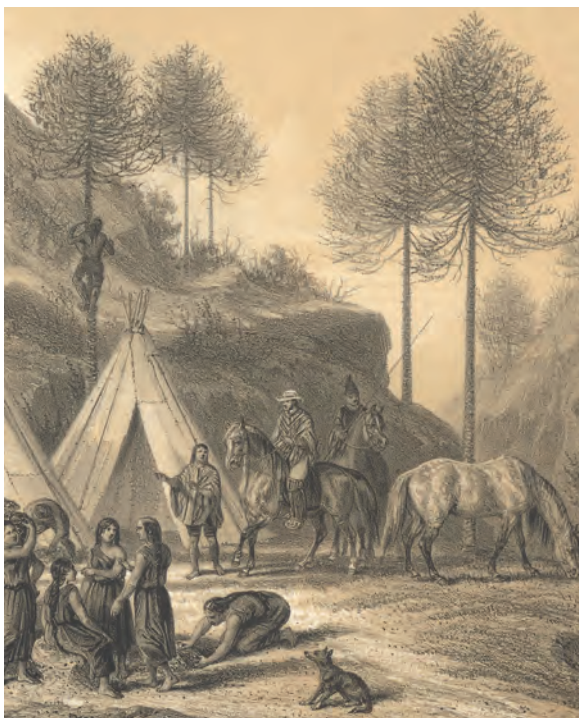
Sería el gobierno chileno, a través de su Ministro de Instrucción Pública, el que sugeriría a Gay la conveniencia de redactar una historia nacional que se incluyera en la magna obra que estaba preparando³⁶. El impulso vino de Mariano Egaña, y el momento en que éste se produjo puede ayudar a explicar la actitud del secretario de Estado pues fue en 1839, en medio de la euforia nacional desatada por el triunfo chileno obtenido en el mes de enero de aquel año en el conflicto militar que lo había enfrentado contra Perú y Bolivia en la llamada, en Chile, Guerra contra la Confederación Perú-Boliviana.

Alentados por el éxito militar del “Ejército Restaurador” encabezado por el general Manuel Bulnes, y estimulados por el entusiasmo popular y el fervor patriótico que se desencadenó luego de la Batalla de Yungay que liquidó las aspiraciones del Mariscal Andrés de Santa Cruz, ánimo que se prolongaría durante prácticamente todo el año hasta que el 18 de diciembre de 1839 el general vencedor y sus tropas entraron en Santiago, el gobierno aquilató la conveniencia de contar con una historia de Chile digna, a la altura de la república que había conquistado la

³⁴ Véase Feliú Cruz y Stuardo Ortiz, *Correspondencia de..., op. cit.*, p. 124.

³⁵ Stuardo Ortiz, *Vida de Claudio..., op. cit.*, t. II, p. 88.

³⁶ Véase Guillermo Feliú Cruz, *Conversaciones históricas de Claudio Gay con algunos de los testigos y actores de la Independencia de Chile. 1808-1826*, pp. 10-11. Francisco Antonio Encina también atribuye a Egaña la acción para “comprometer al naturalista francés... a completar su ardua tarea con una historia civil de Chile”. Según este autor, sin embargo, la petición de Egaña fue hecha en 1838 y Gay comenzó a acumular los materiales en aquel año. Véase Francisco A. Encina, *Historia de Chile*, t. XI, p. 38 y t. XII p. 463.



Fragmento de la lámina “Los pinares de Nahuelbuta”, en *Atlas de la historia...*

gloria en los campos de batalla³⁷. Entonces, relata Diego Barros Arana, “el triunfo se celebraba en todas partes con un contento enloquecedor”. Para el historiador, explicando la reacción popular, y de paso ofreciendo antecedentes que explican la conducta de Egaña, “ni aún en los días gloriosos de la Independencia, la alegría nacional había tomado esas proporciones y esa espontaneidad, porque entonces una parte no pequeña de la población conservaba aun sus simpatías por la causa de España. Ahora, el triunfo reciente era celebrado en todos los hogares”³⁸.

El sentimiento patriótico que el triunfo de las armas chilenas fomentó vino a acrecentar la noción de comunidad que el terremoto del 20 febrero de 1835 también había permitido expresarse. Como antes, y en muchas ocasiones después, la catástrofe natural que destruyó numerosas poblaciones del centro sur del país tuvo el efecto de potenciar el sentido de pertenencia a una nación, entonces, en proceso de formación. Ambos eventos, el desastre telúrico y el militar glorioso, con su potencial unificador, además, producidos en una década marcada por el gobierno del omnipotente ministro Diego Portales que con su secuela de persecuciones y arbitrariedades, cuando no de crímenes, no había contribuido precisamente al clima

³⁷ A falta de fuentes de primera mano, deducimos nuestra interpretación de la información que ofrece Feliú Cruz, *Conversaciones...*, *op. cit.*, pp. 13-15.

³⁸ Diego Barros Arana, *Un decenio de la historia de Chile*, t. 1, p. 93.

de encuentro nacional³⁹. En este contexto, el triunfo de enero de 1839 no podía ser desaprovechado⁴⁰. La nación que se proyectaba hacia el futuro necesitaba de una historia que contribuyera a consolidarla.

Hasta entonces, pensaban sus autoridades, Chile no contaba con una historia concebida con criterio moderno, propio del siglo XIX que, alejada de las preocupaciones de naturaleza religiosa, narrara los sucesos después de haberlos confrontado con las fuentes. El ministro Egaña quería una historia que respirara sentido crítico, ajena a la incertidumbre, la leyenda, la imaginación y la tradición, y pensó que el único que entonces podía escribirla era, precisamente, el científico Claudio Gay. Muy probablemente el influyente Andrés Bello también estuvo tras esta aspiración de los gobernantes de la época. Así se deduce, entre otros antecedentes, de sus palabras una vez aparecida la obra de Gay, cuando resumió las necesidades que venía a llenar el trabajo de naturalista, entre las cuales estaban

“la historia de los estados erigidos en el Nuevo Mundo, desde su ocupación por la España hasta la revolución que les ha dado una existencia independiente; la política del gobierno que las tuvo tres siglos bajo su tutela; la naturaleza de los elementos con que se emprendió y llevó a cabo esa revolución; el carácter peculiar de ésta, injustamente calumniado por la parcialidad o la ignorancia; sus resultados, su porvenir... en la parte, no la menos gloriosa, que en este grandioso panorama toca a Chile”⁴¹.

La primera reacción de Gay a la petición que se le formuló refleja bien su formación como naturalista, pero también su visión eurocéntrica, pues preguntó a Egaña si acaso creía que el pasado de Chile significaba algo en el concierto de la civilización. La respuesta del gobernante no sólo no se hizo esperar, definitivamente marcó el rumbo al improvisado historiador, y creemos que el de la historiografía nacional, cuando escribió: “Ciertamente, ese aporte es algo. La civilización española se salvó en Chile de pasar a manos de los holandeses o de los ingleses en la época del filibusterismo. La guerra de Arauco durante casi tres siglos hirieron aquí de muerte el concepto imperial castellano al doblegar el orgullo de las armas españolas, que desde entonces perdieron fe en la invencibilidad. Después, fue en Chile donde se dieron las dos batallas decisivas de la libertad de América: Chacabuco y Maipú. La expedición Libertadora del Perú hizo imposible la continuación del imperio español en este continente. Además, actualmente es Chile el único país organizado en estos momentos que existe en América, sometido a un régimen

³⁹ Existe consenso entre los estudiosos respecto de que luego de la muerte de Portales el gobierno depuso su política autoritaria, dictatorial, y dio paso a una de templanza y conciliación que, además, se potenció con el triunfo militar de 1839.

⁴⁰ Según Francisco A. Encina, “del campo de batalla de Yungay surgió, por primera vez desde la independencia, un vínculo que unió a todos los chilenos con un lazo común por encima de las discordias anteriores”. Véase Encina, *Historia...*, *op. cit.*, t. IX, p. 495.

⁴¹ La reseña de Bello se titula “Historia física y política de Chile por Claudio Gay”, entrega 1ª, y apareció en el diario oficial *El Araucano* el 6 de septiembre de 1844. Véase *Obras Completas de Andrés Bello*, t. XXIII, pp. 127-132.

político y respetuoso de su sistema republicano. Es, pues, algo de lo que Chile ha dado a la civilización europea”⁴².

Como se apreciará, la noción sobre la excepcional situación y trayectoria chilena en el concierto americano estuvo presente en las elites chilenas de la época aun antes que se escribiera la historia nacional. Era consecuencia de la realidad, del contexto local e internacional existente entonces y que éstas vivieron intensa y dramáticamente; como su participación en la independencia, la organización republicana y la guerra contra la Confederación lo habían demostrado. Pero también de la ponderación que el abate jesuita Ignacio de Molina había hecho de Chile en su leído *Compendio de la historia geográfica, natural y civil del reyno de Chile*, publicado en español en 1788, verdadero resumen de la conciencia criolla local, para la cual Chile, en palabras de Molina, era “el jardín de la América meridional, ...extendiéndose... mucho más a lo largo que a lo ancho, tiene la proporción necesaria para recibir y madurar todo género de producciones apetecibles”⁴³.

Precisamente por todo lo anterior es que era preciso escribir una historia de Chile. Como Mariano Egaña se lo hizo saber a su amigo Claudio Gay, era “una necesidad nacional”, pues esa ponderación de la realidad natural y del pasado chileno, pero en especial de su ordenada evolución luego de la independencia, sería la base sobre la cual se sustentaría la unidad nacional. Gay tomó la recomendación del ministro Egaña como una verdadera orden, convenciéndose de que, en medio del precario nivel intelectual nacional, efectivamente era el único que entonces podía escribir una historia de Chile, poniendo ahora en ella el método y rigor que caracterizaba sus investigaciones en el ámbito de la historia natural. Debe haber contribuido a su decisión el que durante sus excursiones por el país, mucho antes de pensar siquiera en escribir una historia de Chile, y sólo llevado por su curiosidad y espíritu de investigador, tomara notas de sus conversaciones con toda clase de personas que podían ilustrarlo con sus informaciones y declaraciones sobre lo que habían visto u oído sobre el pasado chileno. Con esas anotaciones, que por lo demás se encuentran por cientos en su archivo, Gay terminará enriqueciendo su obra con las costumbres, el folclore, las creencias y supersticiones populares, la música, el canto, la comida y las fiestas locales, entre otros muchos elementos que no sólo aportan información histórica, antropológica o etnográfica, además, constituyen parte fundamental de la cultura nacional⁴⁴.

Por último, y como el propio Gay lo confesaría muchos años después de haber iniciado su obra histórica, a pesar de que la opción de escribir la historia civil se le presentó en momentos en que “todas mis tareas se encerraban en el estudio de las ciencias naturales y geográficas”, incidió en su decisión el consejo de los que llama “algunos grandes patriotas, a quienes se les figuró, por la naturaleza de la mayor

⁴² El texto es citado por Feliú Cruz, *Conversaciones..., op. cit.*, pp. 14-15.

⁴³ Juan Ignacio Molina, *Compendio de la historia geográfica, natural y civil del reyno de Chile*, p. IV.

⁴⁴ El Archivo Claudio Gay, depositado en el Archivo Nacional de Chile, consta de 70 volúmenes de documentos de las materias más diversas, todos recopilados por el naturalista durante sus viajes y estudios en Chile.

parte de mis ocupaciones, que mis publicaciones serían nuevas para el país, y, por consiguiente, poco apreciadas, me animaron a añadirles una historia civil, con el objeto de darles un interés general que estuviese al alcance de la generalidad de lectores”⁴⁵. Esta declaración complementa, a la vez que muestra como Gay también construía una “historia” de su propia labor, los planteamientos que ofrece en el prólogo del tomo v de su *Historia*. Ahí afirma que finalmente se decidió por preparar la historia política al constatar “el sentimiento de admiración” que despertaron en él los “nobles y generosos hechos” de los patriotas durante sus “largos viajes por la república, cuando visitaba con respeto religioso los campos de batalla empapados aun de la sangre de tantas víctimas de la libertad chilena”. Situación que lo estimuló al contrastar este sentimiento contra “la especie de indiferencia” con que los chilenos de aquella generación dejaban de recoger y compulsar preciosos documentos para formar con ellos un cuerpo de historia, que sería un monumento de gloria y de justicia, y un verdadero cuadro nacional representando el heroísmo, la fuerza de alma y las virtudes cívicas de sus actores”⁴⁶. Como se apreciará, si no al principio, durante su larga ejecución, Gay tuvo plena conciencia de que su obra sobre Chile sería un instrumento de formación de la nación.

Tomada su determinación, el acopio de materiales, en este caso de documentación que buscó en archivos públicos y entre las familias protagonistas de la independencia, fue el primer paso dado por Gay para fundar su historia; el mismo que lo llevó al Perú en junio de 1839, aprovechando así la presencia chilena para revisar archivos y recopilar memorias, correspondencia, informes y crónicas en el antiguo virreinato del cual Chile había formado parte⁴⁷.

En su “Informe al ministro de instrucción pública sobre el viaje al Perú”, junto a las noticias concretas de su búsqueda de documentación relativa a la historia de Chile, Gay ofrece luces sobre su concepción de la historia y respecto de sus obligaciones como estudioso del pasado, las cuales tienen el valor de haber sido planteadas al comienzo de su trabajo como historiador y no como explicaciones *a posteriori* para justificar su obra y sus resultados.

La investigación sobre la base de la pesquisa y revisión de manuscritos originales es su gran preocupación, lamentando por ello muy sentidamente el incendio que en 1821 había consumido los archivos del virreinato, tanto como los saqueos que posteriormente habían sustraído del conocimiento de los historiadores los acervos documentales que se habían salvado del primer desastre. Especial preocupación mostró Gay por hacerse de documentos oficiales y de epistolarios de personalidades del gobierno colonial que le permitieran “aclarar” lo que llamaba “puntos importantes de la historia de Chile”. La compulsión de documentos, la obtención de estadísticas relativas a Chile o de noticias sobre los indios chilenos fueron también el centro de sus afanes como investigador.

⁴⁵ Estos conceptos en el prólogo del tomo v de la *Historia física y política de Chile, Historia*, publicado en 1849, p. xv y xvi.

⁴⁶ Gay, *Historia física...*, *op. cit.*, t. v, pp. xiv y xv.

⁴⁷ El texto del informe mencionado, en Stuardo Ortiz, *Vida de Claudio...*, *op. cit.*, t. ii, pp. 266-273.

Interés mostró también por acopiar noticias sobre la que llama “historia de la independencia”, para lo cual tuvo la fortuna de dar con epistolarios de autoridades monárquicas de la época de las luchas militares entre patriotas y realistas, los cuales demostraban, como Egaña se lo había señalado, la trascendencia de la batalla de Maipú sobre la suerte de América y las naciones que surgieron como consecuencia de la gesta libertaria. Ya entonces Gay pudo concluir, como lo expresa en su informe, respecto de la “parte activa y decisiva” que le cupo a Chile, valorando así a una sociedad que hasta ese momento sólo se había mirado “como una parte integrante del Perú o como una de sus lejanas provincias”. Ponderando los testimonios, en un rasgo que le fue característico, agregó que “tal vez el amor propio de ciertos pueblos no querrá reconocer esta gran influencia, pero será siempre confesada por las correspondencias de personajes que por su posición y sus opiniones no pueden sino merecer plena y completa confianza de parte del historiador imparcial”. Estas y otras informaciones, como por ejemplo las que sus conversaciones con Bernardo O’Higgins le procuraron, formaban para Gay “la base de una buena historia de esa brillante época de la independencia”, sin duda ya, y aun antes de comenzar a escribir su obra, el punto culminante de la misma.

De este modo, el naturalista convertido en historiador debido a las urgencias del Estado nación para el cual prestaba sus servicios, hizo saber que su método sería el propio del positivismo, es decir la recopilación y crítica de los documentos que acopiaba, los cuales le servirían de material para la elaboración y redacción de su obra luego de un esfuerzo desapasionado por establecer los hechos. Así, y como se ha establecido, “Gay tuvo el mérito de señalar una orientación metodológica para el cultivo de la historia”, estableciendo que antes de emprender una síntesis o una interpretación filosófica del pasado, era preciso realizar el esfuerzo de investigación, acopio de documentos, catalogación de archivos y elaboración de monografías, entre otros requisitos para llegar a un adecuado conocimiento de los hechos⁴⁸.

La defensa que años después hizo de su obra, a propósito de algunas críticas que se dejaron oír luego de la aparición de la parte histórica, confirman lo que afirmamos. En septiembre de 1845 escribió, dirigiéndose al entonces Ministro de Instrucción Pública, Manuel Montt:

“me reprochan escribir más bien una crónica que una verdadera historia, y agregan que no conozco bastante la filosofía de esta ciencia [la historia] para ser capaz de publicar una buena obra. Sin duda, me gustan mucho esas brillantes teorías engendradas por la escuela moderna... Pero antes de ahondar esta clase de materias, los señores periodistas debieran preguntarse si la bibliografía americana, y en particular la de Chile, ha avanzado bastante como para suministrar los materiales necesarios para este gran cuadro de conjunto y de crítica”⁴⁹.

⁴⁸ Sergio Villalobos R., *Historia del pueblo chileno*, p. 11.

⁴⁹ La carta de Gay a Montt en Feliú Cruz y Stuardo Ortiz, *Correspondencia...*, *op. cit.*, pp. 74-83.

Aludiendo a los europeos que se le señalaban como ejemplo, advertía que quienes se ocupaban de los cuadros de conjunto, “dejándose llevar por su sola imaginación, por su solo genio”, actuaban sobre la base de “millares de memorias particulares, trabajadas con el cuidado más tenaz por monografistas tan pacientes como concienzudos”, inexistentes en el Chile de entonces. De ahí que, continuaba, “querer obrar de esta manera para la historia de Chile sería querer principiar por donde se debe terminar, querer dogmatizar en un plano calculado sobre el de otras naciones acerca de los acontecimientos más oscuros y los menos conocidos”. Considerando que en Chile los hechos de su pasado no habían sido discutidos ni comentados, y que “se han adoptado de buena fe y sin crítica los resúmenes que por copia han sucedido hasta nosotros” preguntaba, “¿y es con esa clase de materiales con que se querría escribir una historia de Chile fundada en los preceptos de la escuela filosófica moderna?”. Su respuesta no debe extrañar: “No sé si me engañe, pero me parece que esa clase de trabajos, por otra parte siempre útiles, no pueden en el estado actual de nuestro conocimiento del país formar parte de una obra seria”. Para Gay la “historia era una ciencia de hechos, tal como han ocurrido”, los cuales se determinaban a partir de los documentos; en su concepto, “los únicos capaces de darnos resultados satisfactorios” si se buscaba, como se le había pedido, elaborar una historia mucho más “completa que la de mis antecesores”.

En este aspecto, la obra histórica del naturalista correspondía más o menos exactamente con lo que en su época se consideraba un buen trabajo historiográfico. Como se ha afirmado, “el escribir basándose estrictamente en fuentes originales era para aquel entonces algo enteramente nuevo”, y Gay lo hizo⁵⁰. Obviando las diferencias, en especial en orden al estilo literario de las mismas, el texto de francés estaba concebido con los mismos principios que la obra del norteamericano William Prescott *Historia de la conquista del Perú*, la cual en Chile fue muy ponderada por Andrés Bello que, también, había valorado los primeros tomos de la *Historia* de Gay⁵¹.

Éste trasladó al estudio del pasado nacional las tareas propias del método científico, las mismas que había repetido una y otra vez durante sus exploraciones por el territorio nacional. Para escribir su historia reemplazó los años de herborizaciones, acopio de muestras, mediciones, recolección de restos, observaciones y descripciones minuciosas sobre el terreno, por la revisión de archivos, la búsqueda y compulsión de manuscritos, el cotejo de documentos y las entrevistas con contemporáneos y protagonistas de los procesos que marcaron su época. Toda la información recopilada y seleccionada, sometida a una rigurosa crítica, permitió al sabio, como lo señala en el prólogo de su *Historia*, escapar de toda especulación,

⁵⁰ La cita en Donald H. Cooper, “Claudio Gay, científico e historiador”, p. 243. Sobre los modelos historiográficos europeos entonces vigentes, véase Cristian Gazmuri R., *La historiografía chilena (1842-1970)*, pp. 52-54.

⁵¹ Guillermo Feliú Cruz, en su *Historiografía colonial de Chile*, pp. 52-53, compara la obra de Gay con la de Prescott. Para apreciar el trabajo historiográfico de Prescott, véase el documentado libro de Iván Jaksic, *Ven conmigo a la España lejana: los intelectuales norteamericanos ante el mundo hispano, 1820-1880*.

determinar los hechos que constituían la historia de Chile, desechar los sucesos inverosímiles y corregir las interpretaciones ligeras, satisfaciendo así “las esperanzas que el patriotismo chileno ha puesto en esta obra”⁵².

LA HISTORIA DE CHILE

En la parte propiamente histórica de su monumental obra, Gay abordó el pasado chileno desde los primeros momentos de la dominación española en Chile, hasta el cambio de década entre la de 1820 y 1830, momento culminante del proceso de organización nacional que sucedió a la Independencia.

Pero Gay no sólo puso límites temporales a su *Historia*, también territoriales, pues con su quehacer también definió el espacio nacional, sustrayéndolo a la visión geográfica continental prevaleciente hasta 1810. El naturalista geógrafo marcó el territorio donde se desenvolvería la “historia de Chile”, favoreciendo de paso el carácter centralista y capitalino de la historiografía nacional al haber identificado el llano central, cuyo centro es Santiago, como el ámbito característico de desenvolvimiento de la sociedad chilena. En este sentido, la historia de Chile, como la de muchos otros estados en América Latina, también es fruto de la materialización de un espacio, un territorio, una unidad geográfica identificable gracias a sabios como Gay, y, por tanto, necesitada de un pasado que la legitimara y dotará de contenido histórico.

El primer mérito de la *Historia* de Gay es que al momento de publicar su obra, nadie había emprendido la historia completa de las centurias coloniales, y menos, abordado la etapa republicana de Chile. Para el periodo colonial, el texto tenía el valor de haber sistematizado el conocimiento que se tenía sobre la época, sometido a crítica las crónicas coloniales y, esencial, haber utilizado una gran cantidad de documentos que, como la correspondencia del conquistador Pedro de Valdivia, permanecía absolutamente desconocida para los estudiosos del pasado de Chile. En este plano, se ha juzgado que en general Gay “había acometido un trabajo serio, profundo, investigado en fuentes inéditas de primera mano, y expuesto con método y claridad el asunto”. Más todavía, que había percibido que las crónicas no eran las únicas fuentes a que debía recurrirse para hacer una historia verdadera con criterio científico, comprendiendo que “sólo en la compulsión de documentos era posible fijar la exactitud o certidumbre del conocimiento histórico”⁵³.

En los tomos I a IV de la *Historia* los chilenos conocieron por primera vez y de manera sistemática, completa y acabada, su pasado colonial. Ahí estaba el cuadro histórico de las alternativas de una sociedad a la que, se deduce de la lectura de la obra, las adversidades habían desafiado una y otra vez, imponiéndole sacrificios tremendos que ésta había superado hasta surgir reponiéndose de sus pesares. De este modo el “acontecer infausto”, característico de la evolución chilena, al igual que la capacidad de la población para sobreponerse, pasó a constituir una de las notas

⁵² Gay, *Historia física...*, *op. cit.*, t. I, pp. V-XVI.

⁵³ Feliú Cruz, *Conversaciones...*, *op. cit.*, pp. 65 y 73.

distintivas, y motivo de orgullo, de la nueva nación. Tanto como la idea de la aspiración por la libertad que, desde las primeras páginas, Gay señala como propias de los habitantes de Chile. Así, por ejemplo, refiriendo las alternativas de la expedición de Diego de Almagro y su encuentro violento con los indígenas del norte, anima el relato concluyendo: “estas fueron las primicias de la sangre chilena y española que regó aquella tierra de libertad, aquel suelo de probado valor y exquisito heroísmo”⁵⁴.



Dibujo autógrafo de Claudio Gay del puerto de Talcahuano. Durante sus excursiones por el territorio nacional, el naturalista tomó apuntes que más tarde aprovecharía para componer su monumental obra. Archivo de la Société d'Études Scientifiques et Archéologiques de Draguignan et du Var.

En contraste con la época de libertad que se vivía luego de la independencia, la obra del naturalista, como después la de los historiadores clásicos del siglo XIX, muestra el periodo colonial como una etapa de usurpación, desfavorable para los americanos, tanto como para sostener, como lo hace en el último tomo que dedica a ella que: “hasta ahora, la historia del reino de Chile ha sido puramente la historia de su infancia y de los males infinitos, increíbles que ha tenido que resistir para hacerse adulto, fuerte y capaz de existir por sí solo”, profetizando que en razón de todos los elementos de su creación y de su naturaleza, Chile estaba destinado a “su duración futura o su perpetuidad de existencia”⁵⁵.

⁵⁴ Gay, *Historia física...*, op. cit., t. I, p. 113.

⁵⁵ Op. cit., t. IV, p. 5.

En conceptos que para sus lectores chilenos debieron ser motivo de satisfacción y orgullo, y que muestran elocuentemente el propósito esencial de su texto, el naturalista, luego de completar el relato de la época colonial, concluía que

“el pensamiento de formar una grande familia, una nación perfectamente organizada y respetable se ve, desde un principio, en el arrojo y tesón de sus primeros colonos; en la unanimidad de sus miras; en la probidad y celo de sus administradores; en la perseverancia heroica de unos y de los otros en luchas contra adversidades que hubieran podido desanimarlos mil veces por una, mil veces que los hallaron sin el menor auxilio para contrarrestarlas, abandonados a sí mismos y al sólo impulso de sus brazos y de sus corazones; y, en fin, en la noble ambición de ilustrarse ansiando, pretendiendo y obteniendo a fuerza de constancia y de una conducta política fundada esencialmente en los más escrupulosos principios de honradez, los títulos y condiciones de existencia que constituyen un estado social completamente fundado, civilizado, respetable y respetado”⁵⁶.

En el resto de la sección histórica, en especial en los tomos V y VI, Gay aborda la Independencia, periodo al cual prestó especial dedicación en virtud del interés con que esta sección era esperada, precisamente por, en sus palabras, “ser la revolución chilena, sin disputa, la parte más noble, la más importante y la más gloriosa de su historia”. En este contexto, el autor la presentaba como “emblema del gran movimiento social que ha sacado al país de sus pañales y le ha hecho crecer de repente, comunicándole bastante fuerza para conquistar su nacionalidad, que el egoísmo le había negado hasta entonces”⁵⁷. Aun antes de escribirla, la historia de la nación chilena había sido trazada por sus elites, cuando encargaron su obra a Gay, y por éste cuando concluye el último tomo dedicado a la colonia, ahí se lee en el último párrafo:

“A la gloria de la conquista mas portentosa de cuantas se leen en historia alguna, gloria a la cual sería inútil buscar un parangón, los Chilenos han añadido la de la perseverancia más heroica en formar solos una grande y noble nación, solos, luchando contra resistencias internas y contra envidias extrañas; luchando contra los hombres y contra los elementos, sin haber desmayado nunca, y la civilización, y el mundo entero, y el cristianismo, les deben gracias y alabanzas que, a la verdad, la civilización y la religión mismas, lejos de negárselas, les tributan alta y universalmente”⁵⁸.

Como se comprenderá, la historia de la independencia y los primeros años de vida republicana, narrados en los tomos VII y VIII, y en especial el papel de sus actores, fue apreciado por la elite chilena prácticamente como una crónica de su pasado, muchos de cuyos miembros ofrecieron su testimonio en calidad de protagonistas de la que Gay califica como la etapa más “gloriosa” del pasado nacional.

⁵⁶ Gay, *Historia física...*, *op. cit.*, t. IV, pp. 4-5.

⁵⁷ *Op. cit.*, t. V, p. V.

⁵⁸ *Op. cit.*, t. IV, p. 498.

El naturalista, sin duda atento a la reacción del grupo gobernante que le había encargado la “historia de Chile”, dado las facilidades para su ejecución, financiado sus trabajos y prestado declaración, se sintió comprometido con ellos⁵⁹.

Pero también con una realidad que para el científico, conservador en materias políticas, resultaba evidente. Por ello en 1849, en el prólogo del tomo v de su obra, y a propósito de la trayectoria de la joven república, señaló que “mientras sus vecinas gimen aun bajo el azote de la anarquía, Chile, fuerte y tranquilo, prosigue en su alta misión, esparciendo en los diferentes ramos de la prosperidad social las mejoras morales y materiales que parecen emanar directamente de un poder superior y absoluto”⁶⁰. Para la obra de la elite no escatima elogios “sería difícil hallar un país en donde los que mandan hayan abusado menos de su poder y autoridad”; valorando que “animados, al contrario, de las mejores intenciones, e imbuidos de la más escrupulosa probidad, se han entregado constantemente al servicio público”. De ahí que no fuera casual que la revolución en Chile “aparezca coronada de una aureola de gloria que, muy ciertamente, debe lisonjear sobre manera el amor propio de los habitantes”⁶¹.

Por lo anterior, y por su formación científica, es que Gay narró, narró y narró hechos y hechos. Evitó los juicios y los pronunciamientos, en especial si éstos debían caer sobre individuos. Lo dicho se aprecia en el tono general de su obra, como en los calificativos que aplica a determinados periodos históricos y grupos de la sociedad. Esta característica, también, aunque más moderadamente, fue seguida más tarde por Diego Barros Arana en su *Historia general de Chile* que, en 16 volúmenes, fue publicada entre 1884 y 1902.

Todo lo dicho reviste gran importancia en razón de algunas de las notas distintivas de la historiografía chilena en tanto historia aristocratizante, elitista, capitalina, política y, esencialmente, triunfalista; en el sentido de la valoración que corrientemente se ha hecho de la trayectoria nacional que, normalmente, se ha presentado como responsabilidad prácticamente exclusiva de las elites nacionales⁶². En rigor, se ha confundido la historia de la elite con la historia de Chile, siendo ésta una forma de legitimación de la preeminencia como sector social de la primera. Sin duda Gay contribuyó también a esta noción al privilegiar, y no podía ser de otro modo dado la época en que escribió, el documento como materia prima de la historia. La base de su obra histórica fue el testimonio oficial, sellado y firmado, aquél que

⁵⁹ Según Barros Arana, Gay “no quería herir las susceptibilidades de los descendientes de los personajes cuyos hechos narra”. Barros Arana, *Don Claudio...*, *op. cit.*, p. 401.

⁶⁰ Gay, *Historia física...*, *op. cit.*, t. v, p. XIII.

⁶¹ *Op. cit.*, t. v, pp. XII y XIII.

⁶² Sin duda, desde sus orígenes, la historiografía chilena ha sido poco analítica, también en el sentido de crítica, respecto del pasado nacional y del papel de los grupos dominantes en el mismo. Las condiciones en que nació, las características de sus cultores, tanto como la necesidad de contribuir a la consolidación de la nación a través de una historia edificante y heroica que insuflara espíritu patriótico, explican el tono de la mayor parte de ella; cuando no la especie de “censura” que impidió una historia menos complaciente debido a que podía poner en cuestión la que se sostenía era la obra de las elites nacionales, es decir, la organización republicana y la consolidación nacional.

esencialmente emanaba de los agentes del Estado, de los gobernantes que, mayoritariamente pertenecían a la elite.

Resultado de todo lo anterior, en el siglo XIX la elite chilena no sólo dominaba el presente, además, protagonizaba el pasado de la nación, su obra, que a través de la construcción de su historiografía ayudaba a consolidar. De este modo no es casual que Gay escribiera que para la historia de la independencia, además de los documentos, se sirvió de “repetidas conversaciones que he tenido con testigos de la revolución”, y que en definitiva advirtiera que la historia de esa etapa, “en resumen y en general, será un registro de sus nobles y brillantes hechos”⁶³. Sobra señalar que la historiografía clásica chilena siguió muy de cerca esta idea de la historia, como las obras de Diego Barros Arana, Benjamín Vicuña Mackenna y Miguel Luis Amunátegui lo demuestran. El método positivista, la crónica política y militar y el protagonismo de los personajes de gobierno es lo que caracteriza la obra de estos autores, haciendo de la trayectoria de las elites y de sus logros, la historia de Chile. Como se comprenderá, el que hasta bien entrado el siglo XX los cultores de la historia nacional fueran, precisamente, miembros de lo que tradicionalmente se ha considerado elite chilena, contribuyó también a prolongar esta concepción de la historia. Ellos escribieron sobre el grupo al que pertenecían por razones vinculadas a su condición social y su ideología política, o relacionadas con los desafíos de la época en que vivieron. Aunque también porque entonces, la historia, la historia verdadera, como estudiosos como Gay lo habían demostrado, era la de los grupos en el poder⁶⁴.

En la época, la ponderación de los tomos referidos a la independencia fue, en general, positiva. Al decir de Diego Barros Arana, en una muestra decisiva de que el método y concepción de Gay habían calado hondamente en los historiadores clásicos, “los sucesos están distribuidos con método y contados con claridad: hay allí investigación propia, confrontación de autoridades y noticias importantes que en vano se buscarían en otros libros y que Gay había recogido de boca de los mismos autores”⁶⁵.

Numerosas y diversas son las evaluaciones que se han hecho de la sección histórica de su obra, tanto por sus contemporáneos como por críticos posteriores⁶⁶. Sin

⁶³ Las palabras del naturalista en el prólogo de los tomos dedicados a la independencia. Véase Gay, *Historia física...*, *op. cit.*, t. V, p. XXI.

⁶⁴ Para una caracterización de la historiografía chilena decimonónica en relación a este punto, véase Rafael Sagredo Baeza, “Elites chilenas del siglo XIX. Historiografía”, pp. 103-107.

⁶⁵ Barros Arana, *Don Claudio...*, *op. cit.*, p. 401-402. Los textos de Barros Arana sobre Gay y su obra datan de 1875.

⁶⁶ A nuestro juicio, los trabajos de Cooper, *op. cit.*; Francisco A. Encina, “Breve bosquejo de la literatura histórica chilena” y Guillermo Feliú Cruz, *Claudio Gay, historiador de Chile. 1800-1873*, son los que más rigurosa y certeramente han analizado la obra historiográfica de Gay, destacando sus méritos y explicando sus falencias.

Para la historia contemporánea de la historiografía, el interés por la obra de Gay recae esencialmente en lo relativo a al método positivista, narrativo y crítico que más tarde sería seguido por los llamados “historiadores clásicos”, por ejemplo, véanse Villalobos R., *op. cit.* y Gazmuri R., *op. cit.* En la perspectiva de la historia de la ciencia, pueden consultarse los trabajos de Zenobio Saldivia Maldo-



Fotografía de Diego Barros Arana (1830-1907), autor de la *Historia general de Chile* publicada entre 1884 y 1902, la máxima expresión de la escuela historiográfica positivista nacional, continuadora, por su método e intención, de la obra iniciada por Claudio Gay. Biblioteca Nacional de Chile.

embargo, y más allá de los errores fácticos puntuales que se le han reprochado, el mal uso de algunos de los materiales que recopiló, el escaso vuelo interpretativo del trabajo, lo precipitada que resulta en ocasiones, la falta de equilibrio en la composición, la cruda redacción de muchas de sus partes e, incluso, el que el propio Gay, luego de visitar los archivos, señalara que ella no tenía gran valor como conocimiento histórico pues muchos documentos la contradecían, lo cierto es que el texto resulta esencial en tanto ofreció la primera visión de conjunto del pasado de Chile, transformándose así en un instrumento esencial en el proceso de conformación de la nación. Ahí está su verdadero mérito.

En la que llamó historia física de Chile, Claudio Gay abordó esencialmente la descripción de la flora y fauna de Chile bajo los rótulos de botánica y zoología, destinando 8 volúmenes a cada una de las secciones de esta parte de su texto, ofreciendo lo que consideraba “el catálogo más completo de las especies que habitan esta gran república”⁶⁷. Con ellos pretendía llenar los vacíos que sobre estas materias existían en las obras que, como las de Molina y Ruiz y Pavón, habían antecedido a la suya; pero también, y esencialmente, publicar una obra “de entera utilidad para los americanos, y sobre todos para los chilenos”, que ahora contarían con una

nado, *La ciencia en Chile decimonónico* y *La visión de la naturaleza en tres científicos del siglo XIX en Chile: Gay, Domeyko y Philippi*, pero también el de Mario Berríos C. y Zenobio Valdivia M., *Claudio Gay y la ciencia en Chile*, Santiago, Bravo y Allende Editores, 1995.

⁶⁷ Gay, *Historia física...*, *op. cit.*, *Zoología*, t. I, p. 6.

flora y fauna que les permitiría conocer a fondo nociones de “gran provecho para la moral, para la industria, y para la pública felicidad”⁶⁸.

En la historia natural Chile también sobresalía pues, como Gay lo explicaba, tenía un carácter particular derivado de las barreras naturales que cerraban todo su contorno, transformándolo en una “región enteramente natural”. “De ahí nace, explica, el que sean exclusivamente de ese país muchos de los productos naturales, y hay géneros particulares, que con todo de contar con numerosas especies, allí se encuentran concentrados por no haber podido salvar las imponentes barreras que los guardan”⁶⁹. En lo que desde Pedro de Valdivia en adelante constituye un verdadero estereotipo o lugar común, el naturalista francés también señalaba el clima como otra cualidad propia del territorio nacional. De este modo, calificativos como el de “hermoso” o “delicioso” país que aplicó a Chile no nos deben sorprender si consideramos que su objeto de estudio constituía un espacio natural de una “prodigiosa feracidad” que él, el científico, daba a conocer ofreciendo una acabada descripción de sus especies vegetales y animales.

Gay consideró pertinente ofrecer una descripción muy lata de las familias, de los géneros y después de las especies que estudió, tanto como de sus rasgos distintivos, las características de su ambiente natural y los límites extremos de su hábitat. Pero también, cuando correspondía, nociones respecto de las virtudes medicinales de algunos vegetales, como del empleo y utilidad que se les podía dar a determinadas especies en los diferentes ramos de la industria nacional. Por último, pero no menos importante en razón de su efectos sobre la noción de lo chileno, “deseando que fácilmente se llegue al conocimiento de las especies”, entregó a los pintores la responsabilidad de grabar las láminas con las imágenes de plantas y animales.

Para justificar la inclusión las láminas que terminaron formando el *Atlas*, en el *Prospecto* de su trabajo Gay explicó que una obra como la suya “no puede carecer de estampas, indispensablemente necesarias para que se entienda la explicación de ciertos fenómenos y para facilitar el estudio de todo cuanto concierne a la geografía y a la historia natural”. Por ello informa:

“desde el momento en que arrostré la empresa sentí la necesidad de una colección semejante y, bien que mis numerosas ocupaciones consumieron casi todo mi tiempo, no he dejado por eso de dibujar los objetos vivos, principalmente aquellos que no era posible conservar con sus caracteres peculiares de forma y colorido”⁷⁰.

Las estampas, que cubren aspectos históricos, culturales y geográficos, además de reproducir especies de los mundos animal, vegetal y mineral, fueron preparadas por Gay por considerarlas indispensables para facilitar la inteligencia y el estudio de la geografía y de la historia natural de Chile. De este modo, aunque ellas son parte integrante de su monumental *Historia*, lo cierto es que por sí mismas

⁶⁸ Gay, *Historia física...*, *op. cit.*, *Botánica*, t. I, pp. 15-16.

⁶⁹ *Op. cit.*, *Botánica*, t. I, p. 4.

⁷⁰ Véase el *Prospecto* en Stuardo Ortiz, *Vida de Claudio...*, *op. cit.*, t. II, p. 282.

Preguntas que han de contestar los gobernadores departamentales, poniendo sus contestaciones en el blanco que se deja al frente o márgen de cada una de ellas.

Al Gobernador del Departamento de Caribmañú

1.ª ¿Cuáles son los límites del departamento al oriente, al poniente, al norte y al sur?

*Al oriente son las cordilleras de Hualde donde da de con el departamento de Calbuco. Al Poniente playas de Caribmañú en la marina.
Al Norte el río Maipo que va negro, en la Montañas que van para Llanquihue.
Al sur la costa que va para Calbuco y la abarca.*

2.ª ¿En qué lugares del departamento hai y cuantos Conventos.

- Conventos. - *No hai ninguno convento.*
- Iglesias. - *Una en Caribmañú.*
- Capillas. - *Una en Manellón.*
- Oratorios. - *Ninguno.*
- Curas. - *Uno.*
- Sotacuras. - *Ninguno.*
- Clérigos. - *Id.*
- Relijiosos y su órden? . . - *Un religioso de la órden que es el cura.*

3.ª ¿Cuáles son las enfermedades mas comunes en el departamento?

Catarrhos crónicos, dolores de estómago y resaca en tabardillos.

4.ª ¿Cuántos médicos o cirujanos hai?

Ningunos.

5.ª ¿Si hai algunas aguas minerales y en qué lugar?

Ningunas.

6.ª ¿Cuántos mendigos o pordioseros habrá poco mas o ménos?

Habran como doce o catorce.

7.ª ¿Cuántos negros y negras?

Ningunos.

8.ª ¿Qué número de minas se trabajan?

Ningunas.

9.ª ¿Cuántas de cobre y con cuantas barras?

Id.

10.ª Cuántas de plata y con cuantas barras?

Id.

Questionario, verdadera encuesta, con las respuestas de la autoridad competente, que Claudio Gay entregaba para obtener información de cada una de las localidades que visitó durante sus exploraciones por el territorio nacional. Archivo de la Société d'Études Scientifiques et Archéologiques de Draguignan et du Var.

representan un testimonio de primer orden para el conocimiento de la evolución chilena. Ellas constituyen un elocuente repertorio de imágenes en las que está plasmado el Chile de las primeras décadas de la república, tanto en su realidad material, natural y cultural, como en la profundidad de las costumbres, mentalidad, valores y formas de ser que ellas reflejan.

A través de las láminas publicadas Gay ofrece una visión ilustrada, gráfica, del país. Una imagen que conforma un registro fundamental para la historia de la representación iconográfica de Chile en la etapa de su consolidación como nación. Es decir, cuando la noción sobre lo chileno estaba en gestación, tanto para los nacionales, como para los extranjeros ante los cuales Gay daba a conocer el país.

El *Atlas* de Gay ofreció por primera vez para Chile, y como nunca antes había ocurrido, la fuerza de la imagen como instrumento de divulgación. No sólo del conocimiento científico, también de la fisonomía y naturaleza de una sociedad que se da a conocer a través de la representación de sus modelos sociales, ambientes propios, tareas y diversiones características. Por ello es que en el contexto de la evolución republicana, el quehacer de Claudio Gay tiene el mérito de ser uno de los factores esenciales del proceso de conformación de una imagen de Chile.

Para la sociedad, y todavía por muchos años, el conjunto del trabajo de Gay constituyó, como lo valoró un periodico en 1863, un verdadero “monumento histórico y científico”, por el cual éste debía ser apreciado como “uno de los hombres que ha empeñado con más justos títulos la gratitud de la patria”⁷¹. Para otros, se trataba de un “célebre autor de la mejor historia de Chile que poseemos”⁷². Realidad que sólo comenzaría a cambiar en 1884 cuando apareció el tomo primero de la *Historia general de Chile* de Diego Barros Arana.

LA OBRA DE CLAUDIO GAY EN LA ACTUALIDAD

El conocimiento y la divulgación de la obra desplegada por el naturalista hará posible apreciar el papel de los emprendedores y de los científicos, como lo fue Gay, en la historia nacional. Además, gracias a la reedición de su *Historia física y política de Chile* el sistema educacional nacional, en particular, y la sociedad, en general, ahora cuentan con un instrumento de aprendizaje de primer orden, para una variedad de disciplinas, y que permite ilustrar numerosos contenidos transversales y formar en valores fundamentales promovidos por el sistema nacional de educación.

Considerando que Claudio Gay orientó su quehacer como hombre de ciencia a generar un sentimiento de nacionalidad gracias al conocimiento de la realidad natural y cultural del Chile que nacía a la vida republicana, además de proporcionar instrumentos para el gobierno del país a través de sus informes, proyecciones científicas y representaciones cartográficas, no se exagera al sostener que su obra constituye los cimientos del Chile republicano. En ella se resume el conocimiento

⁷¹ Los conceptos en *La Tarántula* de Concepción del 28 de octubre de 1863.

⁷² Véase *El Porvenir* de Chillán del 8 de octubre de 1863.

existente en su época, y sobre ella se levantará el trabajo de quienes lo sucedieron en la tarea de inventariar y proyectar Chile, lo que lo transforma en un referente indispensable por la magnitud, amplitud y heterogeneidad de sus investigaciones.

La posibilidad de contar con los textos de Gay significa dotar al país, y con él al sistema educacional, universitario y científico nacional, de las fuentes que harán posible mostrar y educar, de una manera concreta y ejemplar, acerca de la trascendencia del quehacer científico, así como del estudio, la investigación y el trabajo sistemáticos. Todos, elementos esenciales a la hora de formar a la población de un país que aspira a ocupar un sitio en el mundo desarrollado a través de agregar valor a sus riquezas naturales por medio de la ciencia y la tecnología, entre otros medios.

Reeditar por primera vez la *Historia física y política de Chile*, que a pesar de ser conocida como la obra de un solo autor es, en realidad, el resultado del trabajo de más de 30 de reputados científicos del siglo XIX, permitirá mostrar en nuestro mundo globalizado una de las raras iniciativas en que Chile capturó la atención del mundo. En efecto, no es sólo que en la redacción de la *Historia* de Gay participaron numerosos académicos, es también que entonces, mediados del siglo XIX, Chile fue uno de los pocos países de Hispanoamérica que tuvo una obra de esta magnitud. Transformándose de este modo en un referente para las demás naciones del continente americano. Es decir, prácticamente desde cualquier ángulo de las preocupaciones de la sociedad chilena actual, Claudio Gay y su obra es un ejemplo y antecedente esencial. Incluso, también en un aspecto como el del idioma en que se escribió pues, a petición de los chilenos, entonces y ahora casi totalmente ignorantes de otros idiomas, fue compuesta en español, limitando así sus posibilidades de ser conocida en Europa, y con ella Chile y sus recursos; lo que a su vez no favoreció la inversión extranjera, tan importante entonces como hoy, pero tampoco la inmigración, en aquella época esencial para el país.

Desde otro ángulo, hoy, cuando la sociedad chilena se ofrece diversa y heterogénea, cuando los procesos de democratización han hecho posible la expresión de variadas voces, que a su vez representan a también numerosos y diversos actores y grupos de la sociedad; cuando la globalización ha estimulado la mirada comparativa, inclusiva y regional, pero también las identidades locales y particulares; cuando por lo señalado resulta imposible hablar de la existencia de una sola versión de la historia de Chile como la de Claudio Gay lo fue alguna vez; incluso así, constituye un referente. En efecto, y tal como se experimenta en estos tiempos, su trabajo, su énfasis, a veces exageración, por ponderar esa realidad que es Chile no está muy alejado de lo que es posible advertir en la actualidad con las “escuelas historiográficas” que buscan relevar nuevos actores y grupos como “el sujeto popular”, localidades y regiones del país, o niños, mujeres y mapuche, entre otra serie de sujetos antes inexistentes para los estudiosos, o integrados en la “gran” historia nacional, de la que la *Historia física y política de Chile* de Claudio Gay es la primera versión

Por último, cuando celebramos el bicentenario de la Independencia, los 200 años del hito en que se data el inicio del proceso de organización republicana y de

construcción de la nación, el ejemplo de trabajo que Claudio Gay ofrece permite renovar los modelos sociales.

Si se toman los que hasta ahora se han exhibido como ejemplo, se trata esencialmente de figuras militares y autoritarias, de épocas de turbulencia y conflictos; exiliados, muertos, asesinados, o suicidas, por alguna causa que la historiografía más tarde interpretó como razón patriótica, nacional, republicana o de Estado. Como si sólo este modo de servicio a la patria, a la nación o al Estado fuera la única forma de entrega a la sociedad; como si sólo las batallas y las muertes heroicas, la creación de instituciones jurídicas o el ejercicio del poder político, fueran las únicas fuentes de trascendencia histórica.

Que la generación que luchó y alcanzó la independencia elevara este tipo de sujetos a la categoría de figuras de la historia para celebrar su propia gesta, entre otros medios a través de la *Historia* de Gay, es entendible; incluso lo es el que en función del proceso de construcción nacional se utilizaran las hazañas militares y a sus protagonistas para crear un sentimiento de comunidad. Lo que parece menos comprensible es que todavía esos sigan siendo los únicos modelos, como si la formación de la nación y la existencia de la república todavía estuvieran en duda. Como si no hubieran transcurrido el tiempo y la historia entre 1810 y la actualidad. Como si nuestra sociedad se hubiera petrificado en la independencia y en sus consecuencias.

La trayectoria y trabajos de Claudio Gay permiten mostrar el valor del trabajo sistemático, el espíritu emprendedor y el papel del conocimiento científico, el arte y las humanidades en nuestra trayectoria como sociedad, todos elementos indispensables en una comunidad que aspira al rango de país moderno. Constituye un ejemplo concreto de la importancia de la ciencia y la constatación, más allá de cualquier duda, de la proyección política, cultural, económica y social de la investigación y el saber.

BIBLIOGRAFÍA

- Anónino, Antonio y Francois-Xavier Guerra (coordinadores), *Inventando la nación. Iberoamérica. Siglo XIX*, México, Fondo de Cultura Económica, 2003.
- Archivo Nacional, *Catálogo del Archivo de Claudio Gay*, Santiago, Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos, 1963.
- Barros Arana, Diego, *Don Claudio Gay; su vida y sus obras*, en *Obras completas de Diego Barros Arana*, Santiago, Imprenta Cervantes, 1911, tomo XI.
- Barros Arana, Diego, *Historia general de Chile*, Santiago, Editorial Universitaria y Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, 2000-2006.
- Barros Arana, Diego, *Un decenio de la historia de Chile (1841-1851)*, en *Obras completas de Diego Barros Arana*, Santiago, Imprenta, Litografía i Encuadernación "Barcelona", 1913, tomos XIV y XV.
- Bello, Andrés, *Obras completa de... Temas de historia y geografía*, Caracas, La Casa de Bello, 1981, tomo XXIII.

- Berríos C., Mario y Zenobio Saldivia M., *Claudio Gay y la ciencia en Chile*, Santiago, Bravo y Allende Editores, 1995.
- Burucúa, José Emilio y Fabián Alejandro Campagne, “Mitos y simbologías nacionales en los países del cono sur”, en Antonio Annino y Francois Xavier Guerra (coordinadores), *Inventando la nación. Iberoamérica. Siglo XIX*, México, Fondo de Cultura Económica, 2003, pp. 433-474.
- Colmenares, Germán, *Las convenciones contra la cultura*, Bogotá, Tercer Mundo Editores S.A. 1989.
- Cooper, Donald B., “Claudio Gay, científico e historiador”, en *Revista Chilena de Historia y Geografía*, N° 127, Santiago, 1959, pp. 228-245.
- Encina, Francisco A., *Historia de Chile. Desde la prehistoria hasta 1891*, Santiago, Editorial Nascimento, 1947-1952.
- Encina, Francisco Antonio, “Breve bosquejo de la literatura histórica chilena”, en *Historiografía chilena*, separata número extraordinario de la revista *Atenea*, Santiago, Editorial Nascimento, 1949, pp. 27-68.
- Feliú Cruz, Guillermo, *Claudio Gay, historiador de Chile. 1800-1873. Ensayo crítico*. Santiago, Editorial del Pacífico S.A., 1965.
- Feliú Cruz, Guillermo, *Conversaciones históricas de Claudio Gay con algunos de los testigos y actores de la Independencia de Chile. 1808-1826*, Santiago, Editorial Andrés Bello, 1965.
- Feliú Cruz, Guillermo, *Historiografía colonial de Chile*, Santiago, Fondo Histórico y Bibliográfico José Toribio Medina, 1957.
- Feliú Cruz, Guillermo, “Perfil de un sabio: Claudio Gay a través de su correspondencia”, en Carlos Stuardo Ortiz, *Vida de Claudio Gay. Escritos y documentos*, Santiago, Fondo Histórico y Bibliográfico José Toribio Medina y Editorial Nascimento, 1973, t. II, pp. 11-82
- Feliú Cruz, Guillermo y Carlos Stuardo Ortiz, “Claudio Gay a través de su correspondencia”, en Guillermo Feliú Cruz y Carlos Stuardo Ortiz, *Correspondencia de Claudio Gay*, Santiago, Ediciones de la Biblioteca Nacional, 1962, pp. VII-LXXXIV.
- Feliú Cruz, Guillermo y Carlos Stuardo Ortiz, *Correspondencia de Claudio Gay*, Santiago, Ediciones de la Biblioteca Nacional, 1962.
- Gay, Claudio, *Historia física y política de Chile*, París, Casa del autor, 1844-1871.
- Gay, Claudio, *Agricultura chilena*, Santiago, Instituto de Capacitación e Investigación en Reforma Agraria (ICIRA), 1973.
- Gay, Claudio, *Atlas de la historia física y política de Chile*, Santiago, LOM Ediciones y Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, 2004.
- Gay, Claudio, *Diario de su primer viaje a Chile en 1828*. Investigación histórica y traducción de Luis Mizón, Santiago, Ediciones Fundación Claudio Gay, 2008.
- Gazmuri R., Cristián, *La historiografía chilena (1842-1970)*, Santiago, Taurus y Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, 2006, tomo I.
- Jaksic, Iván, “*Ven conmigo a la España lejana*”: los intelectuales norteamericanos ante el mundo hispánico, 1820-1880, Santiago, Fondo de Cultura Económica, 2007.

- Lomné, Georges, “El espejo roto de la Colombia bolivariana (1820-1850)”, en Antonio Annino y François Xavier Guerra (coordinadores), *Inventando la nación. Iberoamérica. Siglo XIX*, México, Fondo de Cultura Económica, 2003, pp. 475-500.
- Molina, Juan Ignacio, *Compendio de la historia geográfica, natural y civil del reyno de Chile*. Madrid: Antonio de Sancha, 1788, edición facsimilar, Santiago, Pehuén Editores, 2000.
- Mizón, Luis, *Claudio Gay y la formación de la identidad cultural chilena*, Santiago, Editorial Universitaria, 2002.
- Orbigny, Alcide d’, *Viaje a la América meridional*, La Paz, Instituto Francés de Estudios Andinos y Plural Ediciones, 2003.
- Riviale, Pascal, *Los viajeros franceses en busca del Perú antiguo (1821-1914)*, Lima, Instituto Francés de Estudios Andinos y Pontificia Universidad Católica del Perú, 2000.
- Sagredo Baeza, Rafael, “Elites chilenas del siglo XIX. Historiografía”, en *Cuadernos de Historia*, N° 16, Santiago, 1996, pp. 103-132.
- Sagredo Baeza, Rafael y José Ignacio González Leiva, *La Expedición Malaspina en la frontera austral del imperio español*, Santiago, Editorial Universitaria y Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, 2004.
- Saldivia Maldonado, Zenobio, *La ciencia en Chile decimonónico*, Santiago, Ediciones Universidad Tecnológica Metropolitana, 2005.
- Saldivia Maldonado, Zenobio, *La visión de la naturaleza en tres científicos del siglo XIX en Chile: Gay, Domeyko y Philippi*, Santiago, Universidad de Santiago de Chile, 2003.
- Stuardo Ortiz, Carlos, *Vida de Claudio Gay. Escritos y documentos*, Santiago, Fondo Histórico y Bibliográfico José Toribio Medina y Editorial Nascimento, 1973.
- Torres Marín, Manuel, *Así nos vió la Novara. Impresiones austríacas sobre Chile y el Perú en 1859*, Santiago, Editorial Andrés Bello, 1990.
- Universidad de Chile, *Anales de la Universidad de Chile. Edición facsimilar del primer número de los “Anales de la Universidad de Chile*. Santiago, Impresos Universitaria S.A., 1998.
- Universidad Diego Portales, *Epistolario Diego Portales*, Santiago, Ediciones Universidad Diego Portales, 2007.
- Villalobos R., Sergio, *Historia del pueblo chileno*, Santiago, Instituto Chileno de Estudios Humanísticos, 1980.
- Yudilevich L., David (ed.), *Mi viaje por el camino del inca (1801-1802), antología*. Santiago, Editorial Universitaria, 2004.

HISTORIA
FISICA Y POLITICA
DE CHILE

SEGUN DOCUMENTOS ADQUIRIDOS EN ESTA REPUBLICA
DURANTE DOZE AÑOS DE RESIDENCIA EN ELLA

Y PUBLICADA

BAJO LOS AUSPICIOS DEL SUPREMO GOBIERNO

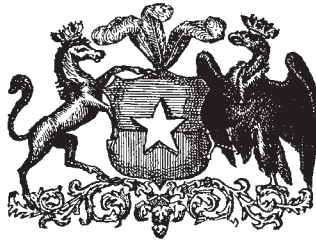
POR CLAUDIO GAY

CIUDADANO CHILENO,

INDIVIDUO DE VARIAS SOCIEDADES CIENTIFICAS NACIONALES Y ESTRANGERAS
CABALLERO DE LA LEGION DE HONOR.

TOMO QUINTO.

—
HISTORIA



PARIS

EN CASA DEL AUTOR.

CHILE

EN EL MUSEO DE HISTORIA NATURAL DE SANTIAGO.

—
MDCCCXLIX

PRÓLOGO

La revolución de Chile es, sin disputa, la parte más noble, la más importante y la más gloriosa de su historia, presentándose como emblema del gran movimiento social que ha sacado al país de sus pañales, y le ha hecho crecer de repente, comunicándole bastante fuerza para conquistar su nacionalidad, que el egoísmo le había negado hasta entonces.

Hija del espíritu y de las ideas del siglo, y envuelta, desde su nacimiento, en un torbellino de temores y dudas, esta revolución se manifestó, al principio, humilde, débil e indecisa, y no adelantaba más que a tirones, por decirlo así, bamboleándose bajo el enorme peso de su empresa; pero después, fortificada por la sensación moral que tenía de su causa, seducida por las verdades de sus principios, y confiada no menos en sus derechos que en los designios de la Providencia, desplegó con denuedo su estandarte, alistó bajo de él algunos espíritus adelantados, y, en un arranque, levantó la cabeza proclamando su independencia, título potente y orgulloso que regeneró a la nación, y derramó por todas las clases de la sociedad la benéfica claridad que pone de manifiesto los derechos del hombre, vivifica su genio y le prepara gloria y prosperidad.

No contenta con destruir la política absurda que avasallaba los chilenos a un gobierno situado en sus antípodas, introdujo su suave influencia en todos los repliegues de la sociedad, no sólo atrasada sino, también, paralizada por su sistema de aislamiento y por la privación, casi absoluta, de todo principio de civilización. Sin colegios, sin industria y casi sin comercio, el pueblo se hallaba doblegado a una obediencia pasiva bajo el doble yugo de la preocupación y del despotismo; seguía ciegamente el impulso que le daba un gobierno indiferente, y gemía al ver su nulidad política, que le sometía a los caprichos de sus jefes, y a la insolente altanería de casi cuantos tenían nombre de español, hasta que, perdiendo el sufrimiento, salió de su letargo, y, en su desesperación, algunos generosos chilenos se arrojaron a ideas de revolución, abrazándolas como un principio de deber y de necesidad.

La empresa de esta revolución era tan delicada como difícil, puesto que tenía que desarraigar hábitos de tres siglos; que vencer preocupaciones alimentadas por principios de la fe mal interpretada, y que aclimatar en el país ideas enteramente extrañas y, en verdad, bastante temerarias para comprometer los intereses y la existencia de muchos. Pero la Providencia, que tiene bajo su amparo a toda la humanidad, conduce por la mano las naciones a sus altos fines por medio de la sabiduría y de la previsión de algunas cabezas privilegiadas, y por la fuerza material de la nación misma.

Los primeros síntomas de esta revolución se manifestaron al principio del siglo XIX, época en la cual el espíritu de libertad ejercía una poderosa acción en las diferentes clases de la sociedad, introduciéndose, por todas partes, en las costumbres, en las artes y hasta en la religión misma, y tendiendo a ponerse de acuerdo con la ley de progresos y de reformas que animaba a la mayor parte de Europa. A la verdad, los americanos se hallaban débiles, sin experiencia, sin conocimientos estratégicos, y, por la mayor parte, aún subyugados de un sentimiento arraigado de respeto y de fidelidad a su Monarca, circunstancia que no podía menos de complicar mucho la cuestión, suscitando necesariamente ideas de guerra; sin embargo, había la esperanza de que España no podría, sin grandes dificultades, hacer frente a una vasta insurrección, hallándose exhausta por la depravación de la Corte, llena de disensiones; con su tesoro agotado y amenazada de una formidable invasión. Además, la gran distancia de la metrópoli, y la enorme extensión que podía tomar el movimiento insurreccional presentaban ventajas aún más ciertas que era muy fácil apreciar.

Por su lado, España no podía quedarse indiferente a las osadas ideas americanas, aun cuando su real erario se hallase agotado, y la nación en una situación casi desesperada. Acostumbrada a considerar las Américas como una de las más ricas joyas de su corona, no temió arriesgarse a los más duros sacrificios para impedir un divorcio que arruinaba sus derechos y comprometía, en tan alto grado, su honor y su interés. Cádiz, sobre todo, como la más interesada, por su monopolio comercial, puso en movimiento toda su actividad y su influjo para forzar la junta gobernadora a mostrarse imperiosa, amenazadora, y aun la obligó a armar muchas expediciones, cuyos gastos fueron costeados por la ciudad misma, en parte, y en parte cubiertos con el dinero que los mismos americanos enviaban para sostener la guerra defensiva de la nación española contra Francia. Todos saben qué resultados tuvieron estas expediciones, y las reacciones violentas, monstruosas que ocasionaron, reacciones que duraron muchos años y no cesaron hasta que los americanos, enteramente dueños del terreno, acabaron de destruir las insignias reales que quedaban, y escribieron en sus restos ensangrentados el acto solemne de su libertad y soberanía.

Los grandes acontecimientos políticos se hallan, lo mismo que los de la naturaleza, sujetos a crisis que el hombre egoísta y nimio mira con espanto, al paso que un verdadero filósofo las desdeña, considerándolas como males naturales y pasajeros de un parto cuyo fruto los hará echar muy pronto en olvido. Tales son los signos que caracterizan las épocas de nuestros progresos, así como la superposición admirable de diferentes terrenos indica la fecha relativa de los espantosos cataclismos que ha padecido nuestro planeta. Pero estas crisis y estos trastornos han debido ser más o menos violentos, más o menos durables según el estado de la sociedad. En Europa, donde las revoluciones políticas son bastante frecuentes, en nuestra era, el equilibrio social sólo se altera por cierto tiempo, porque la ciencia y la experiencia imprimen, *incontinenti*, al movimiento una fuerza que lo para y lo detiene; pero en América, donde las ideas de independencia y de libertad eran tan poco conocidas y tan nuevas, y cuyos colonos existían bajo la tutela de

la ignorancia y de preocupaciones, este movimiento no podía menos de tomar un aspecto muy diferente, y resentirse de la gran metamorfosis que se operaba en sus costumbres, principios e intereses. A la verdad, los que tenían el mando procuraron seguir las huellas de Estados Unidos, tomando su forma de gobierno y sus instituciones por modelo; pero para eso les faltaba aquel espíritu de republicanismo democrático que tenían los angloamericanos ya desde la llegada de los primeros colonos, espíritu que formaba la base de sus instituciones políticas y sociales. A pesar del gran acontecimiento que los acababa de separar de su madre patria, los americanos del norte habían conservado casi intactos sus hábitos privados y políticos, y su constitución no había variado sino muy poco; no habían tenido más que rejuvenecer, por decirlo así, ideas tan antiguas como sus colonias, dándoles nueva vida y nuevo vigor, y aun este pequeño cambio fue imperceptible para ciertos estados, de suerte que apenas se hallaron en posesión de su libertad, que al punto dejaron, pacíficamente y sin la menor repugnancia, las armas y la autoridad los que la habían ejercido, para volver a sus campos y labrantío, que sólo habían abandonado momentáneamente a impulsos de su patriotismo. Lo que caracterizó más admirablemente esta revolución fue que no dejó tras sí la menor traza de sus violencias ni de sus excesos; el orden y la tranquilidad se restablecieron inmediatamente, como si la razón sola hubiese tomado las armas para sobreponerse al error y al capricho de un déspota.

Mas no sucedió lo mismo en las colonias españolas, cuyos habitantes, sin experiencia, sin antecedentes semejantes y dominados por una infinidad de preocupaciones debidas a su educación incompleta, se vieron de repente gobernados por leyes contrarias a sus creencias y a sus hábitos. Necesariamente aquellas provincias se habían de resentir de una transformación tan súbita, y por el hecho mismo de haber sido el teatro de disensiones y de motín, sus habitantes no han podido menos de dejarse arrastrar por las pasiones rencorosas de partidos, que despiertan al egoísmo e impelen a criminales reacciones, de las cuales surgieron guerras civiles, guerras que entregaron al país a la merced del despotismo militar, sólo dueño, desde entonces, del poder.

Ésta ha sido la suerte que una administración egoísta había preparado a aquellas nuevas repúblicas, suerte dura, triste, deplorable, pero cuyos desastres fueron felizmente compensados por los infinitos bienes que redundaron de ella en todas las clases de la sociedad. Para numerar estos bienes sería preciso analizar la historia de cada colono, desde la infancia cuando andaba andrajoso, con los pies descalzos, comiendo en la cocina con los criados, su sociedad favorita, hasta la muerte que terminaba su vida de indolencia, de ignorancia y de monotonía; y entonces se le hacían funerales los más pomposos, como si el día en que volvía a la nada de donde lo había sacado el creador fuese su verdadero día de gloria¹.

En el día de hoy, todo lo vemos cambiado. Vastas extensiones de tierra, que el aliento sofocante de la tiranía condenaba a la esterilidad, han sido labradas y

¹ Aún se conserva la memoria de la loca vanidad que se veía en dichos entierros, a pesar de los decretos terminantes, y muchas veces repetidos, contra tan reprensible abuso.

sembradas, y ofrecen a la vista ricos y brillantes caseríos; el pueblo se ha hecho activo, social e infinitamente más feliz. Las mares se ven surcadas por miles de velas que transportan, con el comercio, el espíritu, el genio y los conocimientos de las diferentes naciones a que pertenecen; y si a estos manantiales de civilización añadimos el laudable celo de los hombres de Estado por la propagación de colegios y escuelas de primeras letras en toda la república, nos será fácil calcular los progresos inmensos que han hecho sus habitantes en todos los ramos de educación y de instrucción.

Todos estos grandes movimientos políticos, símbolo de la civilización progresiva que el siglo XVIII había legado a Europa, y que los gobiernos absolutos enviaban involuntariamente de rebote a aquellas vastas y lejanas regiones, ha llamado la atención de los humanistas, los cuales vieron en ellos el germen feliz y fecundo de la regeneración social del nuevo mundo. Desde aquel mismo instante, sujetos de grandes luces y de profunda instrucción se esmeraron en recapitular todos estos hechos con el fin de formar con ellos un cuerpo de estudios atentos, y enriquecieron nuestras bibliotecas de diversas historias tan útiles como peregrinas. Así procedieron Restrepo, Lorenzo de Zavala, Bustamante, José Guerra y otros, para transmitirnos con certeza histórica, y en los más mínimos detalles, las guerras heroicas y desesperadas que han ensangrentado las soledades de Colombia, México y otras comarcas. Otros patriotas no menos hábiles han entrado en esta anchurosa lid de emulación, y, tal vez, podría causar alguna sorpresa que Chile se haya mantenido, por tanto tiempo, extraño a este género de progresos, siendo así que la parte que le cupo en tan memorable lucha ha sido tan gloriosa para la nación como útil en principios y lecciones.

En efecto, la revolución de esta parte de América aparece coronada de una aureola de gloria que, muy ciertamente, debe lisonjear sobre manera el amor propio de los habitantes. Dejando a parte algunos años de oscilaciones, ocasionadas por instituciones que podían no tener toda la autoridad madura de la experiencia, y cuyo mecanismo, por la misma razón, debía de andar con dificultad e incertidumbre, el país ha gozado de una tranquilidad satisfactoria, digna de ser envidiada por sus hermanas primogénitas. Esta preciosa ventaja la ha debido al espíritu de orden y de prudencia que caracteriza sus jefes, y que se ha manifestado constantemente en todos sus actos administrativos, influyéndose recíprocamente por el concurso simultáneo del honor, de la delicadeza y del patriotismo. Difícil sería hallar un país donde los que mandan hayan abusado menos de su poder y autoridad; animados, al contrario, de las mejores intenciones, e imbuidos de la más escrupulosa probidad, se han entregado constantemente al servicio público, procurando por todos los medios imaginables alcanzar sus fines, cuales eran el engrandecimiento y la prosperidad de la nación que les debía el ser. Así sucede que, mientras sus vecinas gimen aún bajo el azote de la anarquía, Chile, fuerte y tranquilo, prosigue en su alta misión, esparciendo en los diferentes ramos de la prosperidad social las mejoras morales y materiales que parecen emanar directamente de un poder superior y absoluto.

Muchas veces he querido conocer la causa principal de esta diferencia, y desembrollar en el caos que forman tan infinitos y tan diversos hechos históricos, por

qué razón el genio de la revolución producida por ideas idénticas, y bajo los mismos principios en hombres de un mismo origen, y de costumbres muy semejantes, había soplado la discordia entre unos y el espíritu de prudencia y de provisión en otros; y, sin profundizar este problema de tan alta trascendencia para la historia general de la regeneración americana, me ha parecido que se podrían descubrir algunos elementos de esta cuestión, en primer lugar en la dignidad de porte de las personas pudientes que conservaron cierto color de una aristocracia, por ciertamente popular, y representada por el haber y por los bienes raíces; después, por la división de estos mismos bienes, división que ha desterrado la miseria, atrayendo las miras del pueblo a un verdadero centro de su interés, y, en fin, a la moralidad y buena educación de los jefes militares y a la necesidad perentoria de prudencia y de economía que los ricos se impusieron para hacer frente honrosamente a los gastos considerables que la civilización, continuamente progresiva, les ocasionaba. Por este principio de necesidad, el rico se ha entregado menos al ocio; ha dado más importancia al dinero y se ha visto obligado a pasar temporadas en su hacienda para entender en sus cosechas, sin mezclarse en asuntos políticos más que cuando el interés del país lo exige verdaderamente. Tales son las consecuencias felices del amor al orden y a la ocupación, consecuencias que, por desgracia, condenan muchos americanos, dominados de la pasión del juego o de la prodigalidad, confundiendo, bastante generalmente, la economía con la avaricia.

Durante mis largos viajes al sur de la república, cuando visitaba con respeto religioso los campos de batalla empapados aún de la sangre de tantas víctimas de la libertad chilena, no podía menos de experimentar un sentimiento de admiración por sus nobles y generosos hechos; pero, al mismo tiempo, otro sentimiento contrario me asaltaba al considerar la especie de indiferencia con que aquella generación dejaba de recoger y compulsar tantos preciosos documentos para formar con ellos un cuerpo de historia, que sería un monumento de gloria y de justicia, y un verdadero cuadro nacional representando el heroísmo, la fuerza de alma y las virtudes cívicas de sus actores. En aquella época, todas mis tareas se encerraban en el estudio de las ciencias naturales y geográficas; lo que era perteneciente a las testimoniales, de las cuales la historia es uno de los principales vástagos, me era casi enteramente extraño, y, con todo eso, me había penetrado tanto de la importancia de este drama, que insensiblemente, y como a pesar mío, procuré instruirme a fondo en él y en todos sus detalles, sin pararme en penas ni fastidio para consultar los antiguos periódicos de la época, y alimentar mi espíritu con el relato de todas aquellas heroicas acciones, bien que (me apresuro a decirlo) sin formar la pretensión de erigirme nunca a ser su historiador, y, aun menos, intérprete del pensamiento que había dirigido aquel movimiento. En efecto, no pensé en esta temeraria empresa hasta mucho tiempo después, que algunos grandes patriotas, a quienes se les figuró, por la naturaleza de la mayor parte de mis ocupaciones, que mis publicaciones serían demasiado nuevas para el país, y, por consiguiente, poco apreciadas, me animaron a añadirles una historia civil, con el objeto de darles un interés general que estuviese al alcance de la generalidad de lectores.

Éstos fueron los motivos que me obligaron a poner a un lado mis favoritas tareas para emplearme en reunir con el mayor cuidado todos los materiales necesarios al nuevo edificio, materiales que tuve la dicha de hallar aún más abundantes de lo que me prometía, y los cuales me permitieron emprender esta obra, completamente apoyada en documentos de la más incontestable autenticidad, y en número más que suficiente para colmar mis deseos en esta parte.

Concluido el primer tomo, que es casi enteramente obra mía, me vi en la precisión de encargar la continuación a otra persona, para poder dedicarme exclusivamente a la parte científica, que considero ser de mucho mayor utilidad para el país, y para nuestro propio conocimiento, y cedí todos los materiales arriba dichos, en primer lugar, al señor Martínez, y, muy luego después, a don Francisco de Paula Noriega, personaje de mucho aprecio y mérito, el cual ha redactado la casi totalidad de los otros tres tomos. Resta ahora la parte relativa a la Independencia, y tal vez debería yo renunciar a escribirla, dejando esta tarea a la juventud chilena, que, en ningún caso, ya nadie se atrevería a acusar de indiferencia. Con el establecimiento de la universidad, y gracias al impulso que le han dado su digno e ilustre protector don Manuel Montt, y su sabio rector don Andrés Bello, la más noble emulación reina entre sus doctos socios, y ha producido ya memoriales de la mayor importancia sobre diferentes ramos de la civilización chilena. Ciñéndome a la parte que me interesa en la actualidad, citaré un escrito muy extendido sobre los acontecimientos de la primera invasión española, por un testigo ocular el gran y juicioso patriota J. Benavente; el del señor Lastarria, esencialmente filosófico, sobre la influencia que ha tenido en el sistema social la conquista del país y su organización colonial, la memoria de don Manuel Antonio Tocornal sobre el primer gobierno nacional, y el cuadro vivo y animado de la marina chilena, redactado por don Antonio García Reyes, joven de las mayores esperanzas, y tan recomendable por su saber como por la suave modestia que le caracteriza.

Una vez dado este impulso, es probable que otros chilenos se esmerarán en seguir estos bellos ejemplos, y que nuestros anales se enriquecerán de otros muchos escritos que escrupulosamente comentados, y enseguida encadenados con ilaciones y consecuencias precisas, permitirán a un hábil arquitecto regularizar armoniosamente este gran monumento, y aun, tal vez, vivificarlo de manera que se diseñen en sus contornos la solidaridad directa y mutua de los hombres, de sus épocas respectivas y de las circunstancias en que se hallaron, pues tal es la exigencia actual del espíritu humano que ya los hombres no quedan satisfechos con el conocimiento de los trámites que han seguido los acontecimientos; y a las relaciones animadas de ellos, ni sus escenas llenas de vida y de movimiento, no les causan emoción alguna; semejante al águila, lo que el hombre pide ahora es tomar el vuelo y remontar a las más altas regiones para ver de bien alto y de una ojeada este inmenso cuadro o, bien, para escudriñar la esencia de todos estos hechos, careándolos y coordinándolos por afinidad y síntesis, en términos de componer un todo enteramente uniforme, que, al cabo, se reduciría a ser la consecuencia de una ley de progreso, o, si se quiere, del dogma de acción y de reacción de decadencia y de rehabilitación, proclamado por algunos jefes de escuela.

Pero este modo enteramente filosófico de tratar de la historia sólo podría ser conveniente a una compuesta de generalidades; pues exige un estudio mucho más profundo sobre la materia, y la intervención de uno de aquellos entendimientos privilegiados y superiores, que reúnen a un gran talento de apreciación un juicio sano e imparcial y grandes conocimientos de detalle. No creo que sea, aún tiempo de escribir bajo este aspecto la historia de la independencia chilena. Lo que es más de desear por ahora es que cada cual contribuya con su piedra para la construcción de tan magnífico edificio, y en este sentido hemos creído poder continuar nuestra historia, a lo menos hasta la época en que la república ha sido real y sólidamente constituida.

Sobre todo, en esto no hacemos más que desempeñar la palabra que hemos dado antes de empezarla, y pensamos, sin presunción, que no será sin resultado, bien que posterior a las publicaciones precitadas, pues hemos puesto tanto esmero, y tan constante, en descubrir los materiales que nos eran necesarios para esta parte de nuestras tareas, como en hallar los concernientes a las científicas. Así, no sólo he compulsado los archivos de Santiago, de Concepción y de otras muchas provincias de la república sino que, también, he recorrido los de Lima, donde hallé una gran parte de la correspondencia de Pareja, Osorio, Ordóñez y otros. En dicha capital fue donde tuve la felicidad de ver a don Bernardo O'Higgins, poderoso atleta de la revolución chilena, y con el cual he trabajado dos meses consecutivos sobre su larga carrera política y administrativa. De vuelta a Santiago, he adquirido todos los memoriales que han sido publicados sobre aquella brillante época, así como también una colección casi completa de todos los papeles y diarios de Chile, desde la *Aurora* de 1812, que, como su título lo anuncia, fue el rayo precursor de la clarísima luz que se acercaba para alumbrar e instruir a la sociedad, hasta el *Araucano*, diario oficial del actual gobierno.

Sin duda alguna, en el crecido número de estos periódicos, hay muchos que, nacidos en un momento de reacción, descubren su origen y deben de ser leídos con la desconfianza y el criterio que deben caracterizar a un historiador. Otros, aún más adelantados y, por consiguiente, mucho más sospechosos, habrían sido desechados si al lado de sus declamaciones apasionadas, y muchas veces calumniosas, no presentasen ciertos actos propios a corroborar o a destruir un hecho poco conocido o controvertido. En fin, para completar en lo posible mis materiales, he podido penetrar en archivos particulares, y sacar del polvo en que yacían documentos de la mayor importancia, tales como un extracto de la correspondencia del célebre José Miguel Carrera, una copia entera de su diario, en el cual se ve, día por día, todo cuanto ha hecho y visto hacer, desde su llegada a Chile hasta el momento en que el desgraciado país recayó en el poder español, a consecuencia de la batalla de Rancagua. Poseo igualmente el del coronel G. Beauchef, que, como todos saben, ha dado tan bellas pruebas de talento y de valor en las acciones que ha tenido la honra de presenciar o de mandar, y los no menos importantes de Manuel de Salas, Camilo Henríquez, Bernardo Vera y otros, limitados, en general, a los días que precedieron y siguieron a la instalación de la primera junta.

Pero a todos estos documentos, ya muy suficientes para entrar con entera confianza en el campo casi inculto de este memorable período de la historia de Chile,

debemos añadir otros muchos que son el resultado de repetidas conversaciones que he tenido con testigos oculares, y con los jefes civiles y militares de la revolución, sin distinción del estandarte que su conciencia, sus preocupaciones o su interés les hubiesen hecho enarbolar. De este mismo modo fueron escritos muchos memoriales bajo la dicta de Gaspar Marín, Francisco Meneses, Lorenzo Reyes, José Miguel Infante, Joaquín Prieto, Santiago Aldunate, Manuel de Salas, Agustín Vial, Clemente Lantaño, Juan de Dios Rivera, Juan Castellón, Juan Miguel Benavente y una infinidad de otros, igualmente prontos a favorecerme, y a responder a mis multiplicadas preguntas, y a cuya condescendencia soy deudor de cuanto pueda leerse de nuevo e interesante en esta relación, la cual, en resumen y en general, será un registro de sus nobles y brillantes hechos.

Me tomo la libertad de manifestarles aquí mi profundo reconocimiento, así como también al ilustre libertador de Chile y Perú, el general San Martín, que el hado ha traído a París, como si la Providencia misma hubiese decretado que las más interesantes páginas de aquella brillante época fuesen escritas bajo la protección de uno de sus principales actores.

París, enero 1848.

CL .GAY

HISTORIA DE CHILE

CAPÍTULO PRIMERO

Situación de América en 1808. Primeros síntomas de revolución. Influencia que tuvieron en ella las de Francia y de Estados Unidos. Inglaterra procura darle impulso con socorros, y Napoleón por medio de sus emisarios. Triste posición de España, y su impotencia para exorcizar la tempestad que la amenaza.

Acabamos de recorrer cerca de tres siglos de la historia de Chile, durante los cuales hemos asistido a su conquista, a su organización política y a todos los eventos que son como consecuencia de un gobierno naciente y mal asegurado. Por el sur, hemos visto a los habitantes constantemente luchando con los fieros araucanos, siempre atormentados por un vivo deseo de recobrar su libertad fuertemente comprometida por la proximidad de una nación cúpida, poderosa y guerrera; en la costa, escuadrillas europeas o simples corsarios atraídos por el atractivo del contrabando, que era tan fácil como ventajoso, y, en fin, en Santiago residencia de las autoridades, y, por consiguiente, de la ilustración, un espíritu de rivalidad que sembraba la discordia entre las corporaciones políticas, suscitándoles disputas pueriles, en ocasiones de preeminencia, o inclinándolas a la intriga y a la superchería aun en el nombramiento de un simple provincial.

En este estado de cosas, la nación había quedado en una especie de nulidad que había estampado una fisonomía muy particular a la sociedad, y la había dejado casi estancada, a pesar de su genio y de sus riquezas territoriales. La civilización estaba en pañales; la instrucción extremadamente limitada; la industria y el comercio eran nulos, o poco más o menos; y los mandatarios, siempre imbuidos de su posición y de sus prerrogativas, habían tomado sobre el pueblo un prestigio que casi rayaba con los límites de un respeto religioso. Aún hay memoria de la dificultad que había y sumisión que se necesitaba para hablar a un gobernador, a un regente, y aun también a un oidor, y de la afectada gravedad con que dichas autoridades se presentaban en público, frecuentando apenas la sociedad, y tolerando, en ciertas partes de América, que el pueblo se postrase delante de su coche, como si las instituciones civiles se hubiesen identificado con las de la religión.

Este gran prestigio que habían adquirido los empleados superiores era un producto de la política española para someter, por un medio moral, al pueblo a una especie de servidumbre que lo constituía esclavo de sus propias preocupaciones. Sin duda alguna, por respeto a las leyes y a la conservación del orden y de la tran-

quilidad pública, es preciso que todo miembro de la sociedad sea subordinado a sus superiores, y obedezca con respeto a las órdenes que dimanen de su justicia; mas los americanos habían llevado esta sumisión a tal extremo de envilecimiento, que habían caído en una especie de apatía, la cual comprimía completamente sus facultades intelectuales y les impedía de aspirar a mejor suerte. Se habían hecho humildes, indolentes, resignados y tímidos como si hubiesen enajenado su libertad, y tan ciega-mente apegados a sus principios, que, en las primeras guerras de la Independencia, se alistaban bajo las banderas reales de preferencia a las de los defensores del país.

Por otro lado, las personas ricas y de distinción no estaban menos sometidas al influjo de sus hábitos. La mayor parte de ellos, reducida a una existencia frívola y de pura vanidad, no tomaban interés alguno en la política. Sin antecedentes ni ambición, destituidos, en general, de todo espíritu público, se hallaban satisfechos con sus títulos de nobleza, adquiridos, muchas veces, a fuerza de dinero; otros se contentaban con una condecoración; otros no aspiraban más que al grado puramente honorífico de capitán de una compañía de milicias, y si por casualidad alcanzaban el de coronel o brigadier, se creían en el pináculo de la dignidad política.

Una condición de esta naturaleza no podía ya prolongarse por más tiempo, y tenía necesariamente que ceder al movimiento poderoso que habían dado al espíritu de aquel siglo los Montesquieu, Helvecio, Voltaire, Raynal, Rousseau y otros, y cuyas obras, traducidas, la mayor parte, al español, se habían introducido por contrabando en las más pacíficas comarcas, y habían despertado los corazones de algunos atrevidos pensadores, los cuales se embebieron en ellas de un conocimiento íntimo de sus derechos y de sus deberes. Estos pensadores abrazaron algunas veces las cuestiones más arduas, bien que sin arriesgarse a proponerlas como dogmas al escrutinio de un libre examen. Lejos de eso, como fieles y escrupulosos católicos, desdeñaban todo alarde de incredulidad, pero penetrándose ellos mismos con ansia de las doctrinas sociales de dichos filósofos, con esperanza de aprovecharse de ellas a su tiempo para la felicidad de su nación. Así se preparaba una gran revolución en aquella vasta comarca y ya fermentaba con cierto susurro para desarrollarse, tarde o temprano, y mostrarse triunfante de preocupaciones y hábitos arraigados, favorecida por grandes acontecimientos que le sirvieron de auxiliares, no de causa esencial.

El primero de estos acontecimientos tuvo lugar en la América inglesa con ocasión de un impuesto con que el gobierno quiso agravar las transacciones comerciales del país. En el primer momento, el pueblo hizo las más calurosas representaciones contra aquel acto de arbitrariedad y de injusticia, pero viéndolas desechadas, y su orgullo nacional humillado, se propasó a excesos que muy luego tomaron un carácter de verdadero alzamiento. Muy luego, los gritos de libertad y de independencia resonaron en todas aquellas colonias británicas, y estos gritos, importados a Francia por los representantes Deane y Franklin, encontraron la más generosa simpatía en una juventud educada según el espíritu filosófico del siglo XVIII. Es verdad que en aquella época ya Europa entera miraba con celos y desconfianza la ambición invasora de Inglaterra, y no se hallaba muy distante de abrazar la causa de aquel pronunciamiento, bien que fuese opuesto a los principios generalmente seguidos. Francia

sobre todo, tenía el mayor interés en debilitar la preponderancia de su rival, aún tan orgullosa de la posesión de Canadá que le acababa de quitar, y por lo mismo fue de las primeras que se apresuraron a trazar un plan de conducta enteramente favorable a los americanos. En el principio, obrando con prudencia y sigilosamente, procuró fomentar aún más el entusiasmo del pueblo, hizo entrar en su liga al rey de España (que también tenía algunos antiguos rencores contra Inglaterra), y luego echó a un lado la circunspección y manifestó abiertamente sus proyectos, armando de concierto con su poderoso aliado una flota suficiente para sostener y sacar triunfantes las justas pretensiones de aquellos audaces colonos. Los buques de aquella flota fueron justamente los que, de arribada a algunos puertos de América meridional, sembraron y dejaron en ella las ideas de libertad que no podían menos de extenderse tanto más, cuando los sucesos militares iban a fundar, a su puerta misma, una nación viril, vigorosa y llena de recursos, y, por lo tanto, capaz de tener un rango entre las potencias que se habían elevado al más alto grado de civilización.

El segundo acontecimiento, relativo a la revolución francesa, fue aún más decisivo, puesto que éste aniquiló, de un golpe, todas las condiciones morales y materiales del Estado y de la sociedad, y esparció su benéfica claridad por las clases inferiores, enseñando a cada miembro de esta sociedad el verdadero valor de sus derechos y de su dignidad. En suma, era una revolución social que interesaba la generalidad del pueblo, y bajo este aspecto todos debían tomar una parte activa en ella, sobre todo aquéllos para quienes los privilegios habían sido tan humillantes y tan onerosos.

En la época de aquellas dos violentas revoluciones, había en España, y en otras partes de Europa, una infinidad de jóvenes americanos educados, por decirlo así, en la escuela de aquellos atrevidos reformadores, o imbuidos, por lo menos, de algunas de sus máximas, los cuales, poniendo el pensamiento en el porvenir de su país, y previendo la influencia que aquel gran trastorno político podría tener en su suerte, miraban con ansia los progresos de esta última revolución, siguiendo su retaguardia, y felicitándose mutuamente al verla ganar terreno, bien que lastimándose de las violencias rencorosas de las pasiones. De aquel gran número de jóvenes, unos se apresuraban a volver a su patria para comunicar a algunos de sus compatriotas las ideas de que ellos mismos estaban inspirados; otros, más osados, se transportaron en persona al foco del movimiento, y aun se atrevieron a alistarse bajo las banderas de los revolucionarios, a impulsos del entusiasmo que les inspiraban sus principios y su profunda convicción.

Entre estos últimos, los habitantes de Venezuela se distinguieron por el apresuramiento con que adoptaron aquellas nuevas ideas, y al primer grito de la revolución francesa algunos jóvenes insensatos osaron tremolar el estandarte de la rebelión; pero muchos de ellos pagaron con la vida un pronunciamiento tan prematuro e intempestivo. De los que se salvaron de los efectos de este primer sacrificio a la libertad americana, fue uno Nariño, joven audaz e imprudente que osó presentarse en España, de donde a la verdad, se fue muy pronto para ir a interesar en su noble causa los gobiernos francés e inglés. A poco tiempo después, su fogoso compatriota Miranda se presentaba en la misma lid con las mismas intenciones, y

con antecedentes que le eran mucho más favorables. Entusiasta de la revolución francesa, en correlación y trato con sus jefes, y, lo que es más, habiendo alcanzado el grado de general en sus ejércitos, Miranda ofrecía las mejores garantías de éxito a una expedición que ya muchas veces había emprendido, aunque sin resultados importantes. Inglaterra, como muy interesada en aquella arriesgada tentativa, no se mostró sorda a sus solicitudes y le dio armas y dinero, con lo cual aquel ilustre americano se vio muy luego a la cabeza de una nueva expedición, que salió de Estados Unidos y se dirigió sobre Caracas, donde, si no consiguió sus principales fines, alcanzó, por lo menos, el de propagar las ideas de libertad, y de agitar y llenar los corazones de los habitantes de pasiones que los comprometieron lo bastante para proseguir en tiempo oportuno su gran pensamiento.

Además de los auxilios que daba a los apóstoles de la emancipación americana, Inglaterra procuraba dislocar directamente y por sí misma al gobierno español, sembrando el germen de la discordia en sus colonias, a las cuales inspiraba el amor de la independencia. En los resultados de esta importante cuestión, el gobierno británico hallaba, en primer lugar, una satisfacción nacional; y, en segundo, una inmensa salida para los productos de su creadora industria, productos que en aquella época América no tenía por causa del bloqueo continental.

Por consiguiente, todos los pensamientos de Inglaterra se dirigían naturalmente a fomentar aquella revolución, y ya, en 1797, el Ministerio, por el órgano del célebre Pitt, había mandado distribuir en la mayor parte de las colonias gran número de proclamas, asegurando socorros en dinero, armas y municiones a cuantos quisiesen intentar revolucionarlas. Todo esto no era más que una consecuencia inevitable de la conducta que había tenido el gobierno español en la insurrección de los angloamericanos.

En cuanto a Francia, es fácil concebir que, teniendo el mayor interés en abatir el orgullo y el poder de su rival, hubiese entrado abiertamente en aquella liga, y procurase contribuir por todos sus medios al desarrollo de un acontecimiento que lisonjeaba su amor propio, y aumentaba su preponderancia política; pero no se comprende que España hubiese podido tomar cartas y proteger una revolución, cuyo objeto era la emancipación de una colonia tan vecina de las suyas, con el símbolo de libertad y de igualdad, en toda la acepción de estas palabras. Los hombres experimentados y de previsión vieron al punto la gran trascendencia de este yerro, y el mismo Carlos III lo confesaba francamente, refugiándose a la sombra de su malhadado pacto de familia. El ilustre conde de Aranda, después de haber firmado en París el tratado de paz que obligaba a Inglaterra a sancionar la independencia de Estados Unidos, no pudo menos de manifestar a S.M. los temores que le asaltaban por la suerte futura de sus posesiones en América, y para precaver semejante acontecimiento opinaba cuán útil sería el llevar a ejecución el plan presentando por Vauban a Felipe V, plan que consistía en ceder aquellas posesiones a tres infantes de su familia, los cuales reinarían en ellas con los títulos de rey de México, Perú y de Costa firme, y bajo su propia dependencia con el de Emperador.

A todos estos elementos de fermentación, que solos habrían bastado para dislocar el poder español en todo el Nuevo Mundo, se juntó muy pronto otro, aun

mucho más grave, y el cual provenía de la triste situación de la madre patria, a consecuencia de la corrupción de la Corte, de los desarreglos de la administración, de la conducta política y privada de un grande de fortuna y de las miserables desavenencias del Rey y del Príncipe su hijo, desavenencias que dieron lugar a la revolución de Aranjuez. Solicitado como mediador en la querrela, Napoleón vio de una ojeada, y con su tino astuto y sutil, una ocasión de expulsar a los Borbones de España, para su propio provecho, y por un maquiavelismo que la historia no le perdonará nunca consiguió la abdicación de la Corona, objeto del conflicto entre los dos monarcas, y la puso en la cabeza de su hermano José. Además, anteriormente a esta pérfida tramoya de Estado, ya había obtenido, en conformidad al tratado de Fontainebleau, al enviar al norte de Europa las tropas españolas que mandaba el marqués de la Romana, y ocupar con las francesas las principales plazas de la Península, por manera que la invasión de aquel vasto y generoso país no fue, en realidad, para su ejército más que un paseo recreativo y de ovación.

El prestigio de Napoleón, y, tal vez, algunos intereses particulares, atrajeron a aquel hombre extraordinario un partido bastante fuerte de españoles de distinción y de influjo; pero el pueblo, penetrado de la máxima de considerar a los reyes como imágenes de la divinidad, y como intérpretes de la voluntad del cielo, no pudo sufrir con paciencia y sangre fría un acto tan violento de vergüenza y de injusticia; el grito de alarma resonó como un trueno en toda España, y su eco produjo una insurrección general, pronta a sacrificarse para defender la dignidad y la independencia de aquella antigua monarquía, embriagada aún de vanagloria con la memoria de sus héroes y de sus valientes defensores.

Uno de los primeros deberes de los insurgentes fue atacar los arsenales para hacerse con armas y municiones, y su celo y valentía estaban sostenidos por la poderosa protección del clero, que, en aquel momento, gozaba de un doble influjo, a saber, el que le daba su carácter sacerdotal, y el de su ardoroso patriotismo. Enseguida se formaron pequeños cuerpos de ejército; se organizaron montoneros, y se esparcieron hábiles agitadores por todas partes para fomentar la conspiración, dando pábulo a la pasión de los espíritus, y predicando guerra exterminadora contra los serviles instrumentos de la ambición de un guerrero insensato. Los primeros encuentros fueron impetuosos y sostenidos, y llenaron de sorpresa a los franceses, que, hasta entonces, habían desconocido enteramente el carácter denodado y enérgico del español, y se vieron obligados a defender paso a paso el terreno tan vergonzosa y pérfidamente invadido y que el orgullo nacional se aprestaba a disputarles con tanta energía.

Durante aquellas guerras de exterminio, en las cuales el espíritu de patriotismo se elevó a lo más alto y sublime de cuanto nos presenta la historia de la humanidad, España se hallaba sin jefes, sin apoyo, desprovista de todo y enteramente dividida en su organización política. Cada provincia, reducida a su propia suerte e impelida, al mismo tiempo, por el sentimiento íntimo y aclarado de sus derechos, procuró formarse un gobierno provisional, cuyos fines fuesen vigilar por su propia conservación. Las que se hallaban aún libres crearon juntas compuestas de ciudadanos los más influyentes y animados todos del mismo espíritu patriótico. Todas

aquellas juntas eran iguales en poder y autoridad y no tenían más que un objeto común, que era la defensa de la patria, y se gobernaban independientes las unas de las otras; lo cual había dado lugar, sin pensar en ello, a una especie de administración federativa. Pero aquellos pequeños Estados eran demasiado débiles para obrar por sí solos, y se hallaban en la necesidad de ayudarse mutuamente, multiplicando, de esta manera, sus fuerzas y sus recursos. Para conseguirlo, creyeron que lo mejor sería centralizar las operaciones en una sola junta, sin dejar de conservar la dirección política de su provincia.

Por desgracia, se abrigan en el corazón humano, así como también en el de la sociedad, pasiones que sofocan en él todos los sentimientos del deber, y los inclinan a excesos de amor propio o de orgullo que, muchas veces, les hace obrar contra su propio interés; y esto fue lo que sucedió en España, cuando se trató de elegir aquella junta, en la que se debían centralizar todos los poderes. En aquella ocasión, muchos elevaron demasiado alto sus pretensiones, obraron con imprudencia, y, en su obstinación, hubieran comprometido gravemente el país, sembrando en él la guerra y la anarquía, si los peligros de la patria no hubiesen atraído en su favor todos los partidos militantes.

Mas no sucedió lo mismo en América, donde cada una de las provincias que se hallaban en desacuerdo había enviado emisarios con el solo objeto de dar a reconocer su supremacía, con exclusión de las demás. Claro estaba que la animosidad que existía entre los enviados había de perjudicar necesariamente a su misión, pues todos se decían representantes de la sola junta reconocida por España, y de allí se seguían contradicciones y desmentidos que dejaron el espíritu americano en una situación de incertidumbre, le hicieron dudar de la verdad de todas aquellas relaciones, tan tercamente controvertidas, y sospechar la posición crítica en que estaba la madre patria.

Esta posición era, en efecto, de las más lamentables. El país se hallaba invadido casi por todas partes; había generales que habían faltado a su deber, y violado su juramento; la anarquía, genio de la ambición, parecía también querer conspirar contra la nación, y la junta de Sevilla, forzada a abandonar dicha ciudad, se había refugiado, apresuradamente, en Cádiz, donde se vio muy luego acosada por el ejército francés. Sospechada de estar de inteligencia con Napoleón, la misma junta había sido el objeto de una animosidad sorda, pero general, que se manifestó muy pronto en gritos amenazadores de las poblaciones por donde pasaba. El recibimiento que tuvo en Cádiz no fue menos ruidoso, y no atreviéndose a hacerle frente, se apresuró a disolverse y dispersarse, humillada y llena de confusión. Sólo algunos diputados permanecieron en la ciudad y se creyeron bastante autorizados para elegir entre ellos mismos cinco miembros que revistieron del poder soberano, bajo el título de regencia suprema del reino.

Éste fue el gobierno que, así improvisado, reconocido solamente en Cádiz, y cuya autoridad apenas se extendía a algunos cantones de Galicia, confesó tan ingenuamente en una proclama a los americanos que hasta entonces habían sido tiranizados por España y por sus virreyes, y que, en lo sucesivo, ya libertados de su codicia, serían considerados al igual de los españoles, y tendrían sus representantes

en las cortes. Sin duda, esta confesión tan sencilla era, tal vez, sincera, pero excesivamente tardía, puesto que llegaba en un momento en que América, en su posición embarazada, no podía ya confiar en mandatarios cuya legalidad había sido contestada por la mayor parte de las provincias españolas, y aun también por el marqués de la Romana. Por otra parte, la admisión de estos diputados en las cortes era completamente ilusoria, puesto que no era posible que llegasen inmediatamente de las diferentes comarcas de América, y, por de pronto, fue preciso contentarse con escogerlos a la ventura, por decirlo así, entre los americanos establecidos en Cádiz. El número de los que se nombraron era, además, tan limitado, que no podían tener influjo alguno en el resultado de los votos. Por esta razón, las memorias de aquella época están llenas de representaciones y protestas de dichos diputados, y ponen de manifiesto con qué audacia eran diferidas sus mociones, esperando poder anonadarlas, al cabo, si sobrevenían buenos sucesos militares.

Esta falta de consideración había necesariamente de producir impresiones desfavorables en pueblos ajados después de tanto tiempo en su amor propio, y los cuales, en razón de la invasión de la madre patria, se creían amenazados del golpe que les darían todas aquellas desgracias. Por mucha confianza que tuviesen en la valentía y en el patriotismo españoles, y en los auxilios de su recién aliada Inglaterra, no se disimulaban sus propios riesgos, y resolvieron no permanecer por más tiempo en la indecisión, siempre fatal en tiempos de trastornos políticos. El partido que les convenía abrazar les estaba indicado por la misma España, creando un gobierno provisional compuesto de un cierto número de personas influyentes en el país, y capaces de obrar con energía a la primera señal de alarma.

Una mano guiada por la Providencia sobrevino para favorecer este plan tan nuevo para los americanos. Los virreyes de México y de Buenos Aires, penetrados del poder de Napoleón y del estado crítico en que se hallaba España, habían convocado, casi en la misma época, algunos ciudadanos, con el objeto de participarles sus temores, y de persuadirles nombrasen legalmente una junta que tomase a su cargo el dar disposiciones las más rigurosas y activas para la defensa del país, en caso de invasión. En cualquier otra época, habría sido conveniente y útil esta determinación; mas, en aquel momento en el cual los espíritus estaban tan fuertemente agitados, no sólo por los peligros que amenazaban sino, también, por las ideas del siglo, la misma determinación daba pábulo a la ambición, y favorecía las miras de los reformadores. Los españoles dotados de perspicacia previeron de una ojeada sus consecuencias y se apresuraron a contrarrestarlas. En México, donde había suficiente número de ellos, consiguieron deponer al Virrey poniendo en su lugar una junta compuesta de personas apegadas a sus intereses y a los de España; pero en Buenos Aires el Cabildo fue el que tuvo todo influjo en una creación semejante, y, por esta razón, fue enteramente favorable al país. Cisneros quedó despojado de sus honores y títulos, y a poco tiempo después le enviaron a las islas Canarias, acompañado de algunos oidores, y otras muchas personas contrarias al movimiento que acababa de ser ejecutado.

El 25 de mayo de 1810 fue el día en que tuvo lugar aquella revolución, la cual había sido precedida de la de Caracas, que puede ser considerada como provoca-

dora y vanguardia de la lucha que iba a trabarse entre el despotismo y la libertad. Quito y La Paz se habían pronunciado ya en favor de estos gobiernos provisionales, y las demás capitanías generales procuraban seguir el mismo ejemplo, porque la fermentación era tan general como violenta, hallándose los espíritus alarmados con el temor de una inminente invasión, a la cual todos querían hacer frente a fin de conservarse para su amado rey Fernando VII. Fuera de algunos que habían soñado con una feliz suerte futura para el país, las intenciones de la generalidad eran puras y sinceras, y expresaban una fidelidad altamente probada por el empeño que ponían en sostener los esfuerzos que hacía la madre patria para resistir a la potencia extraordinaria de su ambicioso enemigo. En el espacio de tres o cuatro años, salieron de América para contribuir a los gastos de los ejércitos españoles más de cien millones de pesos, producto de simples donativos patrióticos.

Entretanto, la regencia y las cortes no se hicieron ilusión sobre el resultado final de aquellos movimientos, ni sobre el fin que se proponían alcanzar algunos miembros de aquellas juntas; y conociendo el gran inconveniente que había en dejar subsistir en aquellas colonias asambleas revestidas del poder soberano, procuraron paralizar la coalición, cosa que ofrecía tanta mayor dificultad cuanto ésta se extendía por un espacio de más de dos mil leguas. A pesar de su penuria en hombres y dinero, y de la lucha que sostenían contra un enemigo tan peligroso, se atrevieron a enviar, en la plenitud de su impotencia, una expedición a Venezuela para bloquear los puertos e impedir la entrada de los extranjeros, que con mucha razón temían; y para conseguir mejor este fin, anulaban la orden que hacía un mes había dado la regencia en favor del comercio libre de América; rechazaron con desdén la intervención de Inglaterra; hicieron vigilar las costas para ponerlas al abrigo de la introducción de las ideas de los angloamericanos, y procuraron congradarse con los diputados del Nuevo Mundo, oyendo con menos indiferencia sus discursos y sus peticiones.

Mientras el gobierno de Cádiz multiplicaba así sus esfuerzos para contener al genio invasor de la revolución americana, Napoleón se esmeraba en protegerla por su parte, enviando emisarios franceses y aun también españoles, con el encargo de impeler los americanos a la independencia, en caso de que no consiguiesen someterlos a la autoridad del rey José. La promesa que habían hecho estos emisarios de conservar a todos los empleados superiores de sus derechos, honores y prerrogativas, les habían proporcionado la protección de algunos altos personajes; pero el pueblo, cada día más idólatra de su rey Fernando, que, no obstante, su cautiverio reinaba aún para ellos con el mayor esplendor, no quiso de ningún modo suscribir a un acto tan contrario a sus ideas de hábito, y, fuertemente irritado contra aquellos agentes de la perfidia, tocó a arrebatos, sacrificó a algunos, ahuyentó a otros y quemó en un auto de fe las proclamas infamantes para su honor y dignidad. Por otra parte, una nación que había abolido la religión de Cristo, decretado la divinidad de la Razón, encarcelado al Papa, degollado a los sacerdotes y votado un ser supremo de la hechura de las ideas impías y desorganizadoras de la época, no podía, en aquel momento, ejercer la menor influencia con un pueblo imbuido de su religión hasta el fanatismo, y dominado por una milicia de curas y de frailes,

que vertían a manos llenas el oprobio y el ridículo sobre la misión de aquellos nuevos apostatas considerados como los principales autores del desorden moral y físico de la época.

La persecución que el cristianismo había padecido en Francia durante los trastornos de la revolución habían, en efecto, llenado de espanto las almas puras y tímidas de aquellos americanos, acostumbrados a terminar oscura e indolentemente una vida de paz y tranquilidad. Enteramente extraños a movimientos revolucionarios, en los cuales la pasión llevada al más alto grado de exaltación y de delirio obra muchas veces como un verdadero asesino, y no pudiendo comprender que el Creador, en su bondad infinita, pudiese enviar remedios tan violentos para curar los males de la sociedad doliente, hablaban con horror de la Revolución Francesa, despreciaban profundamente al pueblo que la había engendrado, y no podían menos de recibir con odio y mala voluntad a los emisarios turbulentos que las olas del mar acababan de arrojar sobre sus costas. Tal ha sido, sin duda alguna, la causa del poco éxito que tuvieron en América los enviados de Napoleón; pero sus ideas filosóficas, introducidas por contrabando, fueron pasto de algunos nuevos adeptos, que estaban ya iniciados en el misterio de aquella gran reacción, y sirvieron a encender la antorcha de la razón y a alimentar el ardor de los corazones. En efecto, fue la época en que se empezaron a oír gritos de independencia, al principio limitados a algunas partes, pero que luego resonaron, sucesivamente, por todo el nuevo continente: Quito, Buenos Aires, México, Chile, etc. La historia de la revolución de este último es la que vamos a narrar.

CAPÍTULO II

Muerte del presidente Muñoz de Guzmán. Competencia de la Real Audiencia y de Carrasco sobre la sucesión. Carrasco es nombrado por el ejército de la frontera. Estado de Chile y de España a su entrada en el mando. El capitán Luco viene a pedir nuevos recursos.

El 11 de febrero de 1808 se manifestó una gran agitación en Santiago; se había esparcido un triste ruido en todos los barrios que había conmovido toda la población. Como por instinto, todo el mundo corría a la plaza Mayor, se formaban corros a la puerta de palacio, y allí se oía la noticia de la muerte del ilustre y virtuoso gobernador Muñoz de Guzmán.

Este fatal acontecimiento sumergió la ciudad en la más dolorosa aflicción. Era un día de luto general para todos los miembros de la sociedad, igualmente heridos en sus intereses y en sus afectos. El público perdía en Guzmán un magistrado justo y laborioso, el pobre un protector generoso, y España un servidor íntegro, hábil y tan amado, que hubiera podido conjurar, durante algunos años aún, la borrascosa tempestad que el viento de Buenos Aires y los progresos de la civilización amontonaban encima de aquel leal país.

La Real Audiencia, como de costumbre, se reunió aquel mismo día para nombrar un sujeto digno de reemplazar provisionalmente al ínclito difunto Gobernador. En una época poco anterior, el regente del tribunal habría sido revestido del poder; pero desde que España había declarado guerra a Inglaterra, tenía mucho que temer de esta potencia para no imprimir un carácter militar a sus colonias, y por una real cédula de 23 de octubre de 1806 estaba mandado que en todos los virreinos y gobiernos, aunque hubiese Real Audiencia, recayese el mando político y militar y la presidencia (en caso de muerte, ausencia o enfermedad del propietario) en el oficial de mayor graduación, con tal que no fuese menos que coronel efectivo, y si S.M. no había nombrado, por pliego de providencia o de otro modo al que debía suceder; y que en el caso de no haber oficial de dicha o mayor graduación, recayese el mando en el regente o en el oidor decano, y no en el acuerdo.

Esta real cédula, tan clara y terminante, fue, sin embargo, interpretada en extraña manera por todos los oidores, que sostuvieron se limitaba su tenor a la capital, y de ningún modo a lo restante del país. Fundados en este falso raciocinio, se atrevieron a proclamar a su regente por capitán general y gobernador del reino,

y el mismo día, después de haber sido reconocido como tal por el Ayuntamiento, que le entregó el bastón de costumbre, se apresuraron a dar aviso a todas las administraciones, como también a los virreyes de Perú y de Buenos Aires.

Este nombramiento era completamente ilegal y visiblemente contrario a las intenciones del gobierno que, en su delicada posición, necesitaba más de un militar que de un magistrado. Por esta razón, muchos jefes, entonces empleados en la provincia de Concepción, se apresuraron a representar *incontinenti*, protestando contra un acto evidente de mala fe y de injusticia. Dos de estos jefes tenían los títulos más legítimos, según el espíritu de la real cédula, siendo, como eran, ambos brigadieres; el uno, don Pedro Quijada, con despacho de 1795 y, el otro, don Francisco García Carrasco, con fecha de dos años solamente.

Independientemente de esta protesta, Carrasco, como el más interesado, había enviado a llamar al intendente don Luis de Álava, que se hallaba reconociendo, con Martínez de Rozas, el agua de vida, que acaba de ser descubierta junto a Yumbel, y al punto en que llegaron a Concepción, sin miramiento por la Real Audiencia, se celebró un consejo de guerra, compuesto de todos los oficiales de la frontera, con el fin de nombrar, según la real cédula, un presidente encargado del gobierno del país. La antigüedad de Quijada le daba la preferencia, y ya el regente le había escrito en este sentido; pero hallándose en edad avanzada, y lleno de achaques que le obligaban a estarse en cama, tuvo que renunciar a ella², de suerte que Carrasco quedaba solo, y con todo eso aún tuvo por competidor a don Luis de Álava, bien que sólo tuviese grado de coronel, el cual pretendía tener derecho a ser nombrado, como intendente que era de la provincia, comandante general de las armas de la frontera y reconocido como segundo jefe del reino. En consecuencia, Álava escribió por este tenor a la Real Audiencia y se hizo apoyar en el consejo por don Luis Barragán; pero a pesar de todos los pasos que dio y de su actividad, tenía contra sí a la ley, y Carrasco fue nombrado³.

El día siguiente de esta deliberación, es decir, el 5 de marzo de 1808, el nuevo Presidente participó al regente Ballesteros su nombramiento⁴, y, poco tiempo

² “No hallándome capaz, por mi avanzada edad, y graves continuados achaques, de desempeñar mando alguno, he solicitado de la real piedad mi retiro, y habiéndolo representado así al señor capitán general, don Francisco García Carrasco, doy a V.S. y señores vocales de ese real tribunal las más afectuosas gracias por el lugar preferente que me han considerado para la sustitución del mando accidental de este reino, en su auto de 7 del corriente mes, de que V.S. me acompaña testimonio con fecha de 12 del mismo”.

Carta de don Pedro Quijada al regente don Juan Ballesteros, escrita en Concepción, el 20 de marzo 1808.

³ Algún tiempo antes de su muerte, Muñoz había recibido orden de reunir la isla de Chiloé a su gobierno, separándola, por el hecho, del mando de Perú. Si esta orden hubiese sido ejecutada, Álvarez, que era gobernador de dicha isla, habría sucedido, de derecho, a Muñoz, y en razón de su talento, valentía y actividad, hubiera retardado por algún tiempo la ruina del poder español. (Conversación con don Manuel de Salas.)

⁴ A este aviso, Carrasco añadía: “Me dispongo a pasar a la capital, a la mayor brevedad posible. Así es que no puedo reconocer a V.S. con otra representación ni otro carácter que los de regente de ese tribunal; cualquiera que haya sido la resolución del acuerdo, tomada sin mi conocimiento, siendo contraria a la suprema voluntad del Rey, es inobedecible. La responsabilidad a que estoy ligado, y la

después, salió de Concepción lleno de tristes presentimientos, como si previese su turbulenta suerte. En su compañía, iba don Juan Martínez de Rozas, que debía de desempeñar el cargo de su asesor particular. Una misma fatalidad había puesto al lado de Cisneros al hábil y audaz Moreno, y al de Carrasco al que iba a ser el alma de la emancipación chilena, por donde se ve claramente que en aquella época la mano de la Providencia conducía aquellas desgraciadas colonias, desbastándolas de la fatal corteza que por tanto tiempo había envuelto y sofocado su genio y su capacidad.

La recepción del nuevo Presidente en Santiago, que tuvo lugar el 22 de abril de 1808, fue fría y casi ignorada, por la razón de que había sido precedida del descontento manifiesto de la Real Audiencia, bastante rencorosa para no olvidar tan pronto una decepción que la había desazonado en gran manera. Por consideraciones de pura conveniencia, algunas personas de distinción se habían dejado llevar de los mismos celos de amor propio, y no se mostraban menos desdeñosas y circunspectas hacia él. Carrasco conocía que se hallaba bajo los auspicios más desfavorables. Sin consideración y casi sin apoyo, se veía a la cabeza de un gobierno empeñadísimo⁵, con muy cortos recursos en aquellas críticas circunstancias y amenazado, después de algún tiempo, de una invasión inglesa⁶. Este último pensamiento, sobre todo, parecía preocuparle más; porque no tenía gran confianza en las milicias, y porque su limitado y estéril entendimiento estaba muy lejos de sugerirle ideas de previsión. Afortunadamente para el país, su predecesor había provisto anchamente a todo lo que no alcanzaba su incapacidad, haciendo levantar planes de defensa por hábiles oficiales y administradores. Francisco Javier de Reina, Buenaventura Matute y Tadeo Reyes habían presentado memorias tan sabias como claramente explicadas. La del último, especialmente, había sido muy apreciada y merecido la preferencia como más adaptable a los recursos del país y a la penosa situación de la tesorería, pues se trataba de quitar la subsistencia al enemigo, dejando, a la primera señal de invasión las costas enteramente desiertas; de instruir a los milicianos para que se

obligación en que me hallo para con el Soberano, por mi empleo y graduación, en circunstancias que el reino se halla amenazado de enemigos, me estrechan a sostener el acuerdo de la Junta, aunque no tengo ambición ni deseo de mandar”.

Carta de don Francisco Antonio García Carrasco al regente don Juan Rodrigo Ballesteros, del 5 de marzo de 1808.

⁵ La administración de Guzmán había sido tan sabia y económica, que a fines de 1805 existía en las arcas reales una cantidad de 646.512 p., cantidad que no fue suficiente para cubrir las reparaciones de la Tesorería, la fundación de la Aduana y costo de los milicianos regimentados después que habían llegado noticias de guerra. Por esta razón, a la llegada de Carrasco, las rentas reales, que ascendían a 923.723 p., tenían un desfalco de 97.282 p., y, por otro lado, el virrey de Perú, en razón de las muchas y grandes cantidades que había tenido que enviar a España, y de los gastos ocasionados por la defensa de la costa y el envío de tropas a Quito y a La Paz, escribía que ya no podía remitir los 100.000 p., del situado de Valdivia, y esto justamente en una época en que esta plaza se hallaba alcanzada en una bancarrota de 115.000 p., que acababan de hacer los ministros de la Tesorería en perjuicio de aquel situado. (V. mi parte estadística).

⁶ En una carta de Windham al general Crawford, se ve que Inglaterra quería enviar una expedición de 4.272 hombres a las costas de Chile.

mantuviesen firmes en los primeros fuegos, y de armarlos con machetes, arma que las gentes de la tierra estaban acostumbradas a manejar, y que preferían al sable⁷. En efecto, apenas fabricados, se entregaron cuatro mil de estos machetes, y los milicianos armados con ellos fueron llamados cuchilleros.

Todos estos preparativos habían ocasionado gastos extraordinarios, y aún exigían otros muchos, porque los temores de una invasión inglesa tomaban incremento y habían motivado el armamento de un número mayor de milicianos pagados al pie del ejército.

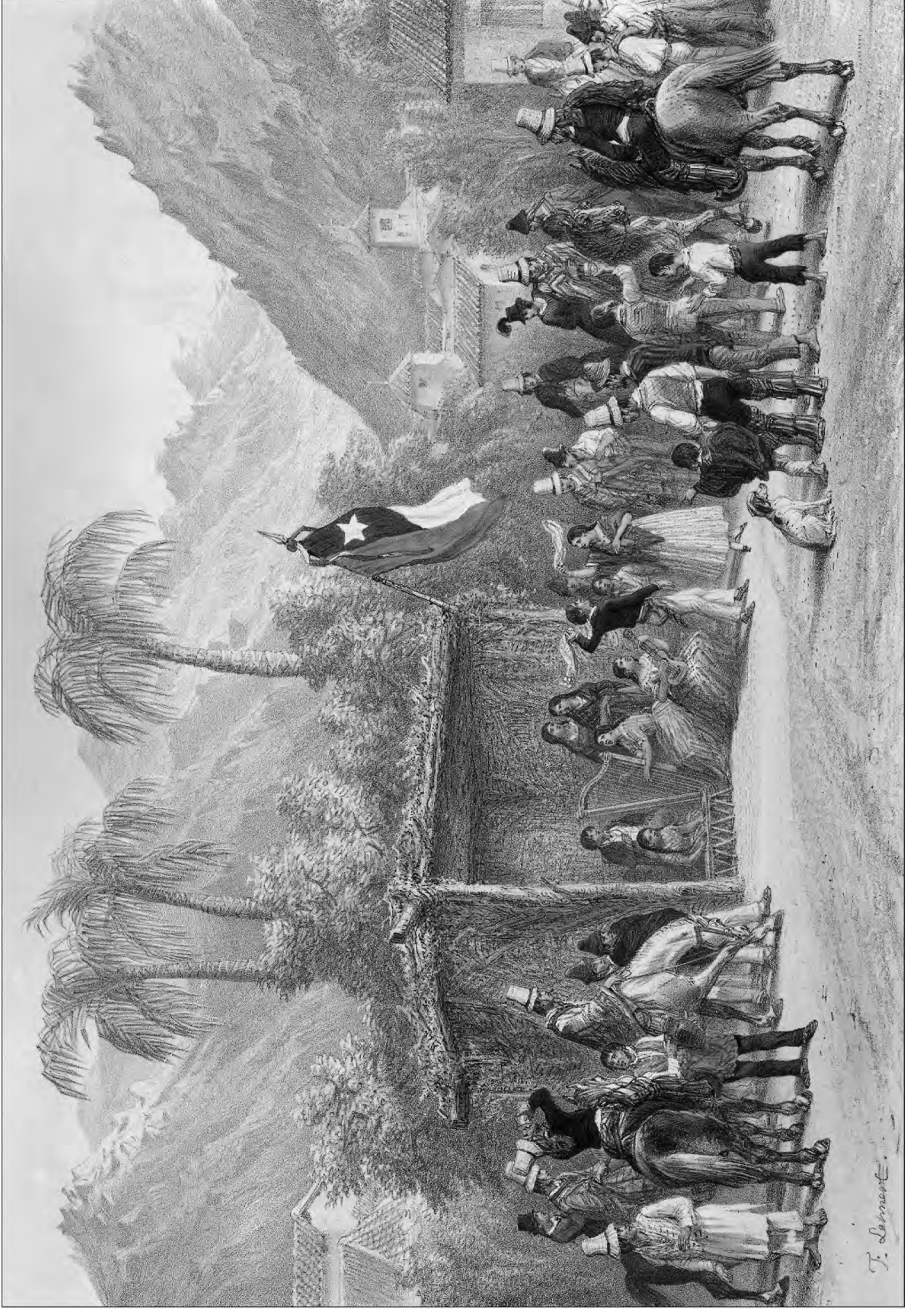
Muñoz de Guzmán, gracias a su habilidad y a su prestigio, había podido hacer frente a estos crecidos gastos, reduciendo mucho el sueldo de los empleados mayores, y de los empleos superiores al de teniente coronel, sometién dose todos gustosos a esta reforma⁸; pero cuando Carrasco quiso emplear los mismos medios, encontró una resistencia obstinada, y tan enérgica, que se vio obligado a renunciar a ellos, como tuvo también que desistirse del que le propusieron los tesoreros, el cual era de aumentar el impuesto de géneros y metales del país, por manera que desde el principio de su carrera se halló acosado por las primeras necesidades de la administración, y ya mostraba la debilidad de carácter que debía, necesariamente, dejar presentir las desgracias que iban a caer sobre el país que gobernaba.

En tan penosas circunstancias, Carrasco procuró atraerse los favores del Cabildo, a fin de tener en aquella corporación, que a la sazón gozaba de bastante influjo, consejeros capaces de trazarle un plan de conducta, y de servirle de apoyo en caso de peligro. Por la noche reunía regularmente algunos en su salón; pero, al mismo tiempo, también recibía hombres oscuros, y aun de moralidad dudosa, particularidad que, desde luego, había alejado algunos personajes de su tertulia. La conversación, allí era ajena de las circunstancias, pueril y trivial, recayendo siempre en cuentos de familia, y sobre el ridículo de algunos empleados, con intención de desacreditarlos para poder quitarles sus empleos⁹. Allí fue donde se formó la sociedad de armadores, cuyo objeto era atacar bajo cualquier motivo, y bajo pretexto de servir al Rey y a la patria, todos los buques extranjeros que se acercaban a la costa para contrabandear. La presa de la fragata *Escorpión*, ejecutada por la perfidia, la más criminal, descubrió muy pronto sus bajas intenciones, y todo Santiago quedó escandalizado cuando supo la alevosía cometida contra el capitán de dicha fragata y contra algunos de sus marineros, que habían saltado en tierra sin armas, fiándose a la buena fe de los que los llamaban para asesinarlos. A la sazón, corrió la voz de que Carrasco había tenido parte en aquella presa, y le había acarreado un encono tan general, que probablemente la habría sido fatal, si las felices nuevas que llegaron de España no hubiesen llevado a aquellos lejanos habitantes, llenos de zozobra por la madre patria, un consuelo que no esperaban.

⁷ Instrucciones del presidente Guzmán para la defensa del país.

⁸ Guzmán había conseguido dar cumplimiento a uno de los más injustos reales decretos, casi sin que nadie se quejase, el cual despojaba a las obras pías de todos sus bienes, sin más promesa que la de pagarles los intereses.

⁹ *Historia del padre Guzmán*, p. 260.



UNA CHINGANA .

Estas noticias, que llegaron a mediados del mes de agosto de 1808, eran relativas a la abdicación del rey Carlos IV, y a la caída del favorito Godoy, considerado como autor principal de todos los males que, ya tantos años había, atormentaban a la desgraciada España. Fernando VII, sucesor de Carlos IV parecía presentar todas las garantías necesarias de previsión y de acierto. Las persecuciones que había experimentado le habían dado mucha popularidad y hecho interesantísimo a los ojos de los españoles. Su advenimiento fue celebrado en todas partes con júbilo y alegría de que participó toda América con la mayor sinceridad de sentimientos, y en Chile las funciones reales, en honra suya, se prolongaron por muchos días con el más cordial abandono. Mas, por desgracia, aquel entusiasmo fue de corta duración, pues los acontecimientos de Bayona no tardaron en cambiar aquellos días de la más pura satisfacción en días de luto y duelo, sumergiendo a los americanos en un nuevo piélago de zozobras.

En efecto, por aquellos acontecimientos, la posición, ya crítica, de América, se hacía mucho más grave, pues España, privada de su jefe, quedaba como un bajel sin timón, expuesta a ser juguete de la horrorosa tempestad que ya bramaba sobre su cabeza. No obstante, el pueblo español no podía mirar impasible una perfidia tan odiosa; la lealtad y la nobleza de su carácter le hicieron salir de su apática flojedad, e hirviendo con justísima indignación se levantó en masa para sostener con las armas su honor y su independencia nacional. Los primeros encuentros le fueron fatales, pues carecía de la unidad de voluntad militar y de disciplina que constituyen esencialmente la fuerza de los ejércitos; pero con su heroica perseverancia se hicieron experimentados y aguerridos, y consiguieron verdaderos triunfos. El de Baylen, sobre todo, acabó de llenar de entusiasmo el corazón de los americanos, ya bastante tranquilizados, luego que vieron a Inglaterra en paz con España; pero, desgraciadamente, la infinidad de sacrificios diversos que tenía que hacer esta última se multiplicaban cada día más, y habían excedido ya, de mucho tiempo atrás, los límites de todos sus recursos. Los ejércitos sólo se mantenían, por decirlo así, con el oro y la plata de las dos Américas, y bien que aquellos generosos colonos hubiesen contribuido con cantidades inmensas, las urgentes necesidades que padecían aquéllos exigían nuevos donativos, que se hacían raros después que los emisarios enviados por las diferentes juntas que se disputaban la soberanía habían mostrado demasiado patentemente sus disensiones en el centro mismo de aquellas colonias, inspirando a sus habitantes grandes temores sobre la suerte de la madre patria.

Para dar nuevo estímulo a su noble y necesaria generosidad, la regencia del reino había creído oportuno enviar a algunos puntos de aquellas colonias hombres persuasivos que supiesen dar a entender a los americanos el estado de incertidumbre de España, y el interés que tenían en tomar muy activamente parte en la santa causa que sostenía¹⁰. El capitán don Santiago Luco, de origen chileno, fue nombra-

¹⁰ Al principio, se había formado en España el proyecto de crear algunas leves tasas que habían de cesar inmediatamente después de la expulsión de los franceses de su territorio; pero algunos miembros de la regencia recordaron, con mucha advertencia, que la insurrección de los angloamericanos no había tenido más origen que un impuesto semejante, y el proyecto fue, incontinenti, echado a un lado.

do para ir a ejercer su influencia y su actividad en su propio país, a donde llegó por principios de 1808, presentándose, sin pérdida de tiempo, al Presidente para darle parte de su misión. Carrasco se mostró tanto más dispuesto a apoyar sus proyectos, cuanto el dinero que iba a solicitar no tenía que ver con la tesorería, y podía darle derecho a los favores de la regencia, obteniendo de ella la propiedad del puesto que ocupaba sólo interinamente. Por esta razón, hizo lo que pudo para estimular la liberalidad de oficiales, de empleados y de personas ricas e influyentes, de las cuales convocó muchas a su propio palacio, y el 29 de octubre formó una comisión encargada de apresurar aquella urgente suscripción¹¹.

Don José Santiago Luco estaba igualmente encargado de dar a reconocer en Chile la junta central, lo cual se verificó sin la menor dificultad; pero por la misma razón de haber presenciado todos los acontecimientos sucedidos en España, dicho capitán podía hablar de ellos con certeza, y añadir a lo que se decía sobre la triste situación de la Península detalles aún mucho más alarmantes, en vista de los cuales el Cabildo juzgó conveniente el enviar a la junta central a don Joaquín Fernández de Leiva, chileno tan recomendable por sus conocimientos como por las bellas cualidades que le adornaban. Todos saben con qué ardor abrazó la causa de América, en general, y de Chile, en particular, en los debates del Congreso, y que, gracias a su talento superior, como jurisconsulto y como orador, hizo, muchas veces, inclinar la balanza en su favor.

¹¹⁴Los donativos se harán por suscripciones, no de cuerpos ni de fondos comunes, sino de lo que cada sujeto quiera ofrecer de sus rentas y bienes libres, para que no se retraigan los más por los menos pudientes de manifestar su generosidad y patriotismo, como sucede cuando se mezclan unos con otros en común”.

Oficio de Carrasco, 29 de noviembre 1808.

CAPÍTULO III

Hombres marcantes de la revolución. Juan Martínez de Rozas. José Antonio Prieto. Bernardo O'Higgins. Manuel de Salas, etc.

Si Carrasco hubiese sido encargado del gobierno de Chile en una época algo anterior, es decir, cuando América, desprovista de todo espíritu público, se hallaba aún sumergida en el anonadamiento de intereses puramente materiales, es probable que con su carácter apacible y humano hubiese podido terminar su carrera administrativa con la paz y tranquilidad que caracterizaban en tan alto grado a los diferentes Estados de aquel nuevo mundo; pero, por desgracia, le había caído en suerte un período mucho más difícil y turbulento, a saber, el de aquellos grandes acontecimientos que trastornan toda sociedad, dándole una dirección enteramente desconocida.

Las dos violentas revoluciones de Francia y de Estados Unidos habían dislocado, como ya se ha dicho, los tronos absolutos de la antigua Europa, y habían despertado los ánimos mostrándoles la importancia de los derechos y de la dignidad de pueblos por tantos años envilecidos. Este movimiento político-social propagó sus causas secretas, e inició en ellas a las Américas, donde, ya había algún tiempo, se manifestaban ideas liberales, atrevidas y de naturaleza que inquietaba al espíritu metódico de los gobernadores y de todos los que tenían apego a la monarquía española.

Una sorda agitación empezaba a comunicarse a todas las colonias. Se oían opiniones enteramente extrañas al país, expresadas sin rebozo, por manera que se puede asegurar que si Nueva Granada fue la primera que levantó el estandarte de la insurrección, no hizo realmente más que preceder el movimiento espontáneo que iba a poner en problema la vida o la muerte de aquel vasto continente, su nueva servidumbre o su emancipación.

A Chile no le fue extraño este ruido, aún confuso, de reforma, ni fue uno de los últimos a adherir a ella. Aunque muy atrasado, en puntos de instrucción y de derecho, poseía, sin embargo, algunas cabezas privilegiadas que no tardaron en identificarse con aquellas benéficas ideas y se apresuraron a esparcirlas y cultivarlas. La provincia de Concepción fue donde se empezó a notar la agitación de los espíritus, y allí también se produjo el principal fermento simbólico de la libertad, el cual se alzó y creció a influjo de don Juan Martínez de Rozas, que puede ser mirado como alma de aquella gran revolución.

Nacido en Mendoza de padres bastante ricos, Martínez de Rozas había ido a Córdoba a estudiar, y había pasado a acabar su carrera en Santiago, donde se recibió de bachiller y de doctor en Leyes. Poco tiempo después, fue a establecerse en la ciudad de Concepción, y por sus grandes conocimientos, el Intendente le nombró su asesor, empleo muy delicado que le ocasionaba continuamente choques con los enemigos del buen orden y de la justicia, y que, no obstante, supo desempeñar con una habilidad consumada. Afecto a la provincia que había adoptado por inclinación natural y por deber, procuró serle útil dirigiendo sus miras y su autoridad a objetos de primera necesidad. La limpieza de la ciudad fue uno de sus principales y constantes cuidados, y así consiguió desterrar la insalubridad de su clima secando las lagunas que la avecindaban. También contribuyó mucho a poner los caminos en buen estado.

Pero en lo que se distinguió sobremanera fue en la guerra que declaró a los ladrones que infestaban aquella provincia, y que por su perseverancia y energía consiguió aniquilar o expulsar. Su estatura alta y robusta le constituía atleta de la justicia antes de serlo de la libertad pública. Su cabeza, proporcionada a su cuerpo, era grande; su rostro, expresivo y blanco, respiraba una extremada animación, debida a la mucha viveza de sus ojos, que parecían siempre irritados; de suerte que su mirar no tenía nada de halagüeño, y, en efecto, era rígido, austero, y anunciaba una fuerza y una voluntad, relevadas también por la voz sonora, verdadero trueno, con que la naturaleza le había dotado. Su carácter afable y sensible daba, no obstante, un desmentido a este exterior, y le valió la simpatía de una de las más ricas y más recomendables familias de la ciudad, y, a consecuencia, la de la señorita doña María de las Nieves Mendiburu, con quien tuvo la dicha de casarse.

Este casamiento y la reputación de hombre de tanto mérito le hicieron consejero confidencial de una numerosa parentela, rica y poderosa, cuyos miembros procuró iniciar en sus sueños de glorioso porvenir, inculcándoles sus ideas, y demostrándoles cuán absurda e injusta era la administración española; en una palabra, haciendo cuanto podía para comunicarles el genio revolucionario que lo devoraba. Además de éstos, otros muchos sujetos habían también adoptado las ideas luminosas de aquel gallardo americano, y se habían confiado con celo y perseverancia a la suerte política que él les profetizaba¹². Siempre le acompañaban a paseo, iban a sus tertulias y oían con gusto y satisfacción las felices profecías que su profunda penetración le dictaba acerca de la regeneración de su hermoso país.

Entre estos sujetos, figuraba el joven José Antonio Prieto, abogado muy hábil, fuertemente imbuido de las ideas de aquella época. Su imaginación viva y fecunda le hacía olvidar muchas veces las máximas de la prudencia, y se mostraba intolerante en sus opiniones, aun delante de empleados los más disimulados. A pesar de los

¹² “Es notorio que para la seducción, pérdida y ruina de la ciudad y provincia de Concepción, contribuyó mucho la doctrina impía del doctor Martínez de Rozas a una partida de jóvenes de distinción de dicha ciudad, que se juntaban en su casa con el objeto de instruirse, y esparcían aquellas semillas entre sus amigos y compañeros”.

Informe de Fr. Juan Ramón sobre las causas de la revolución de Chile. Mss.

avisos del Intendente, no tenía reparo en hablar públicamente de la decadencia del poder español, y, más de una vez, se expuso a ser desterrado a la isla de Juan Fernández, debiendo el no haberlo sido al gran influjo de su familia. Sus primeras ideas le habían venido de D. Juan Martínez de Rozas, y las exageraba con exaltación; pero a la arribada del *Guampu* fue encargado de la defensa de aquel buque angloamericano, apresado como contrabandista, y este negocio lo puso en relación con el sobrecargo Höevel, que se hizo uno de sus más íntimos amigos. Esta amistad no sólo fue debida al carácter franco y social de aquel estimable sueco sino, también, a la conformidad de opiniones y principios de los nuevos amigos. La mansión que había hecho Höevel en la cuna de la libertad le había dado una idea exacta de aquel gobierno democrático, y se complacía en instruir a su joven amigo, que cada día se mostraba más atento a sus lecciones, porque cada día se aumentaba el interés de sus conversaciones, sumamente instructivas. Estas conversaciones se componían de preguntas de Prieto y de respuestas claras y convincentes de su preceptor, preguntas y respuestas de las cuales resultaban para ellos presentimientos felices para aquel rico país; que, en la previsión de Höevel, iba a ser su segunda patria.

Desgraciadamente, no quiso la Providencia que aquel joven chileno pusiese en práctica los principios de filosofía social, muy bien meditados por él, y estudiados, además, en el *Contrato social* de Rousseau, que su amigo le había dado con mucho sigilo; atormentado, ya mucho tiempo había por una enfermedad complicada, y que parecía incurable, se vio obligado a ir a buscar fuera de su clima natal su salud, tan interesante para su patria. Su digno hermano don Joaquín Prieto, que acababa de llegar de un largo viaje a Pampas y a Buenos Aires, hecho bajo la conducta del general Cruz, se fue a reunir con él en Piura, y le halló en un estado desesperanzado, pero siempre imbuido de sus ideas de una suerte risueña, invectivando, en el delirio, a la despótica España, y regocijándose con los últimos acontecimientos revolucionarios que acababan de estallar en Quito, y que él consideraba como preludio de la gran regeneración, con que soñaba continuamente, después de tanto tiempo.

Mas a pocos días le abandonó su hermosa alma entre los brazos de su hermano, el cual recibió sus últimas inspiraciones, y se sirvió de ellas para tomar una parte tan activa como brillante en todas las guerras de la Independencia y llenar una de las más bellas páginas de su historia, con la felicidad de hallarse a la cabeza de una administración, gracias a la que el país se vio verdaderamente constituido, cortando de raíz las cabezas de la hidra de la anarquía.

Otro personaje que tomó una parte infinita en aquella revolución, y que contribuyó más que nadie a llevarla a buen fin, fue don Bernardo O'Higgins, hijo del ilustre presidente de este nombre con que se honra Chile, y que, por sus eminentes cualidades, se elevó de la nada a la alta dignidad de virrey de Perú. Enviado muy joven a Inglaterra para adquirir una instrucción sólida, estrechó amistad con algunos americanos que, por sus ideas demasiado liberales, habían sido desterrados de su país natal, o habían ido a la capital británica para interesar aquellos ministros en su causa. Miranda, que era uno de los principales jefes de ella, se había prendado de la exactitud y precisión con que expresaba sus opiniones, y lo había recibido en su más íntima sociedad, porque preveía que sería un celoso partidario de la liber-

tad americana, y uno de sus más acérrimos defensores. Siendo, como era, hombre experimentado, Miranda procuraba trazarle un plan de conducta, dándole consejos sabios y prudentes, que más parecían máximas de un diplomático consumado que de un caudillo militar.

De Londres, O'Higgins pasó a España, y, en Cádiz, fue miembro del club americano, donde se trataba seriamente de la emancipación del Nuevo Mundo, y, gracias a su exactitud en asistir a él, adquirió nociones sumamente justas sobre los derechos del hombre, y sobre todas las ideas de libertad esparcidas ya por una gran parte de Europa, ideas que importó a su propio país.

Su mansión en la provincia de Concepción le daba ocasiones frecuentes de ver y hablar a Martínez de Rozas, y, en sus conversaciones, discutían sobre los medios más convenientes para hacer entrar al pueblo por las innovaciones a que aspiraban; porque en razón de las luces que tenían uno y otro, y de su rango, podían prometerse felices resultados, aun cuando sus intentos fuesen contrarrestados por la influencia del ejército, escalonado por toda la frontera, y enteramente adicto a la monarquía. El entusiasmo de O'Higgins era tal, que tuvo la paciencia de traducir la constitución inglesa, como también los comentarios que habían sido hechos sobre ella, y mandó sacar muchas copias para darlas a sus amigos, que deseaban, tanto como él, que se esparciesen por todas partes aquellos rayos de luz, tan propios a regenerar la sociedad. En fin, para no omitir nada de cuando podía favorecer su generoso pensamiento, seguía una correspondencia tirada con Santiago, y escribía, a menudo, a Buenos Aires, donde se había formado un gran club bastante semejante al de Cádiz.

Mientras que los patriotas del sur trabajaban así bajo de mano en propagar una idea que ellos mismos habían de proclamar a su tiempo, sosteniéndola con las armas en la mano, los de Santiago trabajaban igualmente en preparar los espíritus a aquel movimiento social; porque allí también la fuerza de las cosas había emancipado algunas cabezas, y desarraigado muchas preocupaciones. Entre estos espíritus fuertes se hallaba el canónigo Fretes de Buenos Aires, que correspondía directamente con su sobrino el general Terrara, uno de los grandes patriotas de aquella capital, y comunicaba con mucha puntualidad a O'Higgins todas las nuevas que recibía de él, favorables al cumplimiento de sus deseos.

También empezaban a figurar Agustín Eyzaguirre, José Miguel Infante, Argomedo, Marín, Egaña y algunos otros patriotas, aunque, en general fuesen bastante raros; y sobre todo, el generoso Manuel de Salas, tan benéfico y virtuoso, que no se puede pronunciar su nombre sino con el mayor respeto, y que abrazando la causa del país con el más admirable desinterés, conservó la noble ambición de servirle hasta el último momento de su larga y gloriosa carrera. Hallándose dotado de una gran capacidad, y habiendo recibido de sus padres, tan ricos como honrados, una completa educación, había ido muy joven a España, donde aún estaba cuando los angloamericanos asombraban a toda Europa con la audacia y el éxito de sus ideas reformadoras. Allí había también algunos americanos españoles, que muy luego se hicieron sus amigos y compañeros inseparables, y todos juntos se regocijaban al ver los progresos y las victorias de los americanos del norte, previendo, sin grandes

esfuerzos de imaginación, la influencia que aquella revolución iba a tener necesariamente en las cosas de su propio país.

Con este pensamiento, se apresuró a regresar a Chile, impaciente por esparcir allí las ricas semillas de libertad, tan desconocidas y tan seductoras, y poner en práctica los conocimientos útiles que su ardiente patriotismo le había hecho adquirir en sus viajes. Pero es preciso advertir que la Providencia no lo había hecho para ser caudillo de un partido, ni menos un político refinado, y sí un genio benéfico de la civilización, propagador de sus luces y consuelo de la humanidad, remediando sus miserias, fomentando hospitales y hospicios, y aun también creando escuelas y colegios científicos donde se profesaban matemáticas, y otras ciencias y artes liberales, descuidadas hasta entonces en aquellos modestos establecimientos de enseñanza pública.

Pero lo que llevaba más su atención era la aplicación de las artes y de la industria a las producciones de la tierra y de la agricultura; porque, como sabio economista, conocía que estos ramos sin salida, y sólo propios al consumo local, no tenían verdaderamente influencia alguna civilizadora, y que para dotarlas de esta poderosa ventaja se necesitaba añadirles el poder del entendimiento aclarado, que sabe como se descomponen dichas producciones, modificándolas y transformándolas según las necesidades de la sociedad. También quería extender el comercio más allá de Lima, solo punto que las vejantes leyes de la madre patria le habían concedido, sobre cuya materia, así como también sobre otras muchas, ha dejado memorias que serán por muchos años objeto de admiración para todo buen patriota. Pero es preciso confesarlo y repetir que este inmortal chileno no era hombre de acción ni de partido. Su educación, enteramente interior y privada, le había hecho demasiado tímido; le había apocado el ánimo dejándole poco apto a despreciar riesgos, o a acaudillar un movimiento que exigiese denuedo. Su carácter, en este particular, era muy distinto del de Martínez de Rozas y del de O'Higgins, vivos emblemas de la política peligrosa que se preparaban a proclamar, formando ya una filiación, y mostrándose llenos de entusiasmo, de decisión y de convencimiento para llevar a buen fin, y contra viento y marea, si fuese necesario, los pensamientos liberales que los dominaban.

Es verdad que por la reunión de estos tres ilustres patriotas la regeneración social del país adquiriría triple influencia, fundada en los mejores y más seguros elementos de civilización: Martínez de Rozas representaba la política y la organización administrativa; O'Higgins era el hombre de acción, verdadero defensor de los derechos nacionales; y Salas, el gran propagador de ideas liberales, demostrando con ciencia y constancia las preciosas ventajas que se conseguían esparciendo y cultivando el amor a las ciencias, a las artes y a la industria, en todas las clases de la sociedad¹³.

¹³ Su patriotismo era tal que en un memorial presentado, en 1796, al ministro Gardoqui, le pedía personas hábiles para fomentar la industria del país, diciéndole: "Mientras se envían estos sujetos, puede empezarse aquí a hacer algún ensayo; estoy, por ejemplo, tan seguro del buen éxito que tendrá la cultura del lino, y el envío de esta materia a España, que no dudo hacer el sacrificio, a la común feli-

Al norte de Chile, las ideas de libertad y de reforma eran totalmente nulas. La gran conmoción eléctrica que, partiendo de Concepción, había alterado sensiblemente la fidelidad de algunas personas de Santiago, se había, en cierto modo, neutralizado con las preocupaciones aún tenaces de los habitantes de Coquimbo, que tenían un apego sincero a la monarquía. Este apego, en algunas circunstancias, lo llevaron algunos empleados a extremos frenéticos; así es que al advenimiento de Fernando VII a la corona de España, Coquimbo recibió su retrato con una pompa que casi degeneró en culto. Construyeron un carro triunfal para ir a buscarlo al puerto, y, después de haberlo desembarcado con salvas de artillería, lo colocaron en una especie de anfiteatro para llevarlo en triunfo a la ciudad, tirado por catorce soldados, y acompañado de los habitantes de distinción con tambores y música y a la cabeza. Tras de los habitantes, iban dos hileras de doncellitas cantando himnos a aquel nuevo dios, al que otras mujeres, que le rodeaban, incensaban con el incienso de la iglesia. Las autoridades cerraban la marcha, presididas por el sargento mayor D.M. Uriondo, autor y maestro de ceremonias de aquella notable ovación. En La Serena, la procesión entró por medio de un gentío a cuyo júbilo se mezclaba cierto recogimiento religioso que recordaba los tiempos antiguos de idolatría, pues en algunas calles se vieron individuos tan doblegados a la servidumbre que se arrodillaban, y sin duda alguna adoraban el retrato¹⁴. A su tiempo veremos cómo la primera junta se vio en la necesidad de emplear fuerza y autoridad para darse a reconocer, por donde se ve cuán poco dispuestos estaban a admitir un cambio de gobierno; es verdad que aquella ridícula obstinación no fue de larga duración, y que se rindió muy luego a la evidente claridad de sus derechos, que vieron los habitantes, así como también de la bajeza de su existencia anterior. Conformes, desde entonces, con las nuevas ideas de aquella época, no sólo las propagaron sino que, también, las defendieron con no menor tesón que sus valientes denodados compatriotas.

ciudad, de los primeros gastos, que serán los que únicamente deberán perderse, y, para esto, franqueo lo que puedo, esto es la gratificación de 700 p. que se me acaban de asignar para la intendencia de obras públicas, el salario de síndico del Consulado, las tierras que se quieran emplear en estas siembras, con los utensilios, bueyes, y oficinas necesarias en las inmediaciones de esta ciudad, para que, expuestas a vista de todos, las experiencias exciten a su imitación”.

¹⁴ Informe del sargento mayor D. M. Uriondo.

CAPÍTULO IV

Posibilidad de retardar la revolución. El doctor Campos y la Real Audiencia. Proclama de la infanta Carlota Joaquina de Borbón. Progresos de la revolución. Cómo los patriotas de Buenos Aires le dieron fomento. Muchos miembros del Ayuntamiento la adoptan y la sirven. Orden de Carrasco para aumentar el número diputados al Cabildo con doce regidores, orden anulada pocos días después. Proyectos de los realistas para contener la insurrección. Consejos de Cisneros a Carrasco, y medidas violentas adoptadas por este último contra los extranjeros. Destitución del asesor Valdés, y reclamación de la Real Audiencia sobre este particular. Campos es nombrado asesor y José Santiago Rodríguez vicario capitular.

Éste era el estado de cosas en el país cuando Carrasco fue ascendido a su gobierno, y por un muy particular capricho de su malhadada suerte se había acompañado, como ya lo hemos dicho, para su consejo privado, de un hombre lleno de prestigio, gran promotor de ideas de reforma, y que por sí solo era una verdadera personificación de ellas. Bien que algunas personas le hubiesen advertido de ello, y que otras le hubiesen asegurado seguía una correspondencia activa con Buenos Aires, que se hallaba ya entonces en plena revolución, todo esto fue inútil, porque Martínez de Rozas le había ganado su afecto, su estimación y confianza, en términos que se burló de aquellas insinuaciones, y pudo preparar, sin dificultades mayores, sus grandes proyectos de reforma, por los cuales hizo entrar algunas personas de la capital, que tenían bastante influjo para favorecer sus designios, y asegurar sus resultados.

No obstante, la revolución hubiera podido quedar parada aún por algún tiempo, si el país hubiese sido gobernado por un militar de carácter diferente del que tenía Carrasco, pues le faltaba mucho para estar enteramente organizada; pocos sabían cuáles eran sus fines, y el mismo Martínez de Rozas no tenía todavía un plan bien trazado para poder apoyarla en un centro de operaciones que le diesen un buen impulso¹⁵. Un hombre activo, determinado, dotado de una voluntad firme e imperiosa, la hubiera aceptado con serenidad y con tino, hasta que, dominándola, hubiese podido darle una dirección en un sentido que fuese conveniente a los intereses de la Monarquía. Era éste, a la verdad, un papel muy difícil de desempe-

¹⁵ Conversación con el canónigo Francisco Meneses.

ñar, es preciso confesarlo, pero no imposible, en atención a la situación del país. El gobierno podía contar con el mantenimiento del buen orden por la parte del sur, pues tenía allí bastantes tropas para proteger la frontera; el norte gozaba de la mayor tranquilidad, sin que se hubiesen manifestado por allí síntomas algunos alarmantes; en el centro, es decir, en Valparaíso y en la capital, había algunas compañías de veteranos, muchos empleados, interesados en la causa del Rey, y muchos españoles, que no lo estaban menos, y que se hallaban naturalmente coligados por un sentimiento común de desconfianza; en fin, la mayor parte de los chilenos que ocupaban altos puestos eran contrarios a todo espíritu de reforma, como también lo era la clase mediana, sometida enteramente al clero, y generalmente afecta a la Monarquía. Además, las nuevas ideas que empezaban a propagarse eran diversas en su espíritu, y no podían influir de un modo uniforme en los ánimos que las adoptaban; circunstancia que, necesariamente, daba lugar a opiniones contrarias y a desavenencias más o menos enconadas. Un gobernador hábil hubiera podido, por todas estas razones, sugerir una transacción entre los dos partidos y constituirse vínculo para unirlos entre sí; pero el hado feliz de aquel noble país no quiso diferir la realización de la suerte que le preparaba, y, en la plenitud de su poderío, llenó de confusión la cabeza de aquel Gobernador, y le hizo cometer yerros los más chocantes y los más impolíticos

Para esto, un personaje, hombre de mérito, don Juan José Campos, sobrevino para cooperar, en extraña manera, a su malhadada suerte. A las calidades de rector de la universidad y de sujeto de mucha distinción, reunía Campos mucho saber, y una ambición desmesurada, turbulenta, capaz de hacerle caer en injusticias por satisfacerla. La amistad que le tenía Martínez de Rozas, y la no menos afectuosa que le profesaba Carrasco, le llenaban de confianza y de temeridad, y se atrevió a pedir le fuese prorrogada la dirección de la universidad, que tenía que ceder a otro miembro de ella, al concluir sus dos años. Los estatutos, aprobados por el Rey, prohibían del modo el más terminante semejante abuso, y no concedían, a lo sumo, más que un año de prórroga, en casos extraordinarios; pero no obstante esta prohibición el Presidente no tuvo el menor escrúpulo en violar dichos estatutos, y, *motu proprio*, prorrogó su nombramiento por cuatro años, es decir, dos años más de los que se hubieran debido conceder a un nuevo rector. Este acto, tan arbitrario como imprudente, hirió el amor propio de todos los miembros de aquel claustro, los cuales protestaron de un modo tan ruidoso, que hubo que enviar tropas para comprimir el desorden, al cual ya el pueblo empezaba a tomar parte, y todos aquellos doctores de la universidad chilena fueron expulsados por la fuerza armada. Sin embargo, lejos de desanimarse, enviaron al doctor don I.G. Tocornal al Presidente para que obtuviese de su justicia la revocación de un decreto tan contrario a lo que prescribían los estatutos, y aquel magistrado oyó con favor su solicitud, presentada en términos muy respetuosos, y despojó a Campos del título que había obtenido injustamente¹⁶.

Este conflicto, de poca importancia en sí mismo, tenía una muy grande en circunstancias en que los espíritus empezaban a exaltarse, y no sólo descontentó

¹⁶ Archivos de la universidad.

a los miembros de una corporación la más ilustre y la más considerada, como lo era la universidad, sino que, también, favoreció los planes de los conjurados, que estaban siempre a la mira para aprovecharse de los menores pretextos de criticar los actos de las autoridades, y acabó de arruinar la del Presidente, ya bastante poco afianzada. Hubo, además, en dicho conflicto la fatalidad de que sucedió casi al mismo tiempo que llegaron pliegos de la infanta de España doña Carlota Joaquina de Borbón, princesa de Brasil, en la fragata inglesa *Higginson*. Entre estos pliegos, se hallaban muchas proclamas del embajador de España en Rio de Janeiro, y una de la misma Infanta, que protestaba altamente en ella contra la inicua usurpación del emperador de los franceses, y contra la abdicación forzada de su padre y otros parientes suyos; aconsejando con ahínco la conservación del buen orden y la tranquilidad del país, donde pedía ser reconocida como señora de todas las Américas, a fin de conservarlas integralmente para su amado padre.

Carrasco se apresuró a comunicar a todo su gobierno dicha proclama, considerándola muy propia a tranquilizar los ánimos sobre la suerte de la madre patria; pero, en lugar de eso, produjo un efecto enteramente contrario. Lejos de creer en la sinceridad de los sentimientos que manifestaba la Princesa, todo el mundo pensó que sus verdaderas intenciones eran el apropiarse aquellos dominios, tal vez, con perjuicio de sus augustos padres; y en despecho de la Junta Central, de cuyo poder se desentendía, bien que reconocido por todas las autoridades chilenas. Los patriotas, con esta persuasión, esparcieron la voz de que Carrasco tramaba un complot, de concierto con algunos realistas que iban todas las noches a su tertulia, y para dar más fuerza a esta insinuación se sirvieron del arma del ridículo, dando a estos realistas el apodo de *carlotinos*, título que no justificaron haber merecido; pero sabido es que en grandes conmociones políticas se emplean todos los medios imaginables de éxito, y era ya mucha fortuna que aquél fuese tan moderado y tan inocente.

Es cierto, a la verdad, que ya la revolución empezaba a tomar en Santiago un carácter desenvuelto y aun también audaz. Después de haberse mostrado tímida, disimulada e irresoluta, por falta de suficiente apoyo, parecía, entonces, querer salir de sus pañales, y manifestar su virilidad y su denuedo. Sin embargo, aún no había plan bien concertado, y los conjurados no habían reconocido jefe alguno; pero se notaba bastante a las claras que la fermentación crecía y se propagaba cada día más, comunicándose ya a hombres de capacidad y de influjo. Ya los motores no tenían reparo en hablar públicamente de las cosas de España, considerándolas como perdidas sin recursos, y del disgusto que ocasionaban los actos del gobierno de Carrasco, cuyo carácter criticaban, hasta en las cosas más privadas e interiores de familia, tachándole de tener inclinaciones ridículas, tales como las peleas de gallos a que era muy aficionado. El talento satírico y mordaz de Manuel de Salas y de Bernardo de Vera, discípulo y amigo de don Ramón Martínez de Rozas, daba a todas estas relaciones un chiste y una sal que seducían a todos sus auditores, ridiculizando sobremanera la conducta de Carrasco y de sus satélites. Los golpes que daban aquellos ilustres chilenos al Presidente y a su gobierno eran inevitables, y se hacían mortales, con ayuda de los pasquines que amanecían en las principales calles de la ciudad, y la mayor de los cuales llegaban de Buenos Aires por el con-

ducto de Álvarez y, principalmente, del canónigo Fretes, último anillo de la cadena revolucionaria de La Plata, para atar y atraer a este pueblo a su santa causa.

En efecto, en aquella hermosa capital, considerada entonces como la Atenas del nuevo mundo, fue donde se había organizado con deliberado tesón el movimiento que tendía a los grandes fines sociales. Algunos bizarros patriotas habían formado allí un club cuyas ideas fraternizaban con las de muchos miembros del Ayuntamiento. Las deliberaciones de aquella reunión patriótica respiraban firmeza y convencimiento, y no podían tardar en mostrarse a las claras en actos manifiestos, tales como proclamas incendiarias que se esparcían por todo el territorio de aquella vasta comarca, y pasaban, muchas veces, por encima de las gigantescas cordilleras para llevar ánimos y esperanza a los iniciados de Santiago, y, al mismo tiempo, a los de Concepción. Algunas veces, aquellos patriotas no se contentaban con escritos y despachaban agentes de tino y de actividad, con el encargo de avivar el espíritu de insurrección, y atraer a ella los que, por demasiado irresolutos, se mantenían arredrados.

Entre estos agentes, don Manuel Barañao, desgraciadamente tan célebre, después, en el Partido Realista, se encargó de ir a tratar de la época en que Chile había de levantar su estandarte, y marchó a Santiago con este objeto. Al cabo de algunas semanas de mansión en esta capital, donde tuvo frecuentes conferencias con sus compatriotas, pasó a Los Ángeles, desde donde fue a verse con O'Higgins, que se hallaba, a la sazón, en su hacienda de Las Canteras¹⁷, y al cual presentó las credenciales que llevaba del general Florencio Terrada para iniciarlo en todos los detalles de la conjuración de Buenos Aires; añadiendo que los conjurados, de unánime acuerdo, no esperaban más que la primera señal de Chile para seguir desde luego su ejemplo. Pero, desafortunadamente, el país no se hallaba aún en disposición de tomar iniciativa alguna. A pesar de la gran actividad con que los patriotas procuraban esparcir sus ideas a fin de ponerlas en ejecución, aún no habían podido hallar una persona que gozase de bastante poder popular, y el número de los verdaderos conjurados de convencimiento, capaces de sostener con las armas una causa tan extraña y tan contraria a las preocupaciones de los habitantes del país, no era suficiente para hacer frente a todos los elementos de destrucción que poseía el gobierno. Las luces de la razón y de la justicia no habían disipado aún enteramente las tinieblas en que los tenía envueltos, y los más de los afiliados estaban indecisos y sobrecogidos de una pueril timidez, que sólo el tiempo y la experiencia podían quitarles. Por otra parte, tenían que temer a los ejércitos de Mendoza y de Córdoba, cuya adhesión al Partido Real era conocida, y Santiago se hallaba dominado por la impresión que le había causado un bando que el Presidente acababa de publicar con gran ruido de cajas, y a instigación de José Manuel de Goyeneche, enviado por Cisneros y por el fiscal Sánchez, sobre la derrota y el arresto de la junta revolucionaria del alto Perú, y de su presidente don Pedro Murillo¹⁸.

Tales fueron las causas que sobrevinieron y apagaron el ardor de O'Higgins, forzándolo a someterse a los consejos de la prudencia en aquel crítico momento

¹⁷ Conversaciones con O'Higgins.

¹⁸ Archivos del gobierno.

en que se trataba de la suerte futura e irrevocable de la patria. Martínez de Rozas mismo, que no era menos resuelto y decidido, fue de este parecer, y ambos, en su correspondencia, convinieron en que era forzoso seguir los consejos del general Miranda, que eran el aguardar una ocasión propicia para legitimar, si era posible, un levantamiento de tanta trascendencia. Mientras tanto, continuaron su trama, sembrando la discordia hasta entre los empleados mismos del gobierno, y reclutando partidarios, como siempre, en la clase de distinción. A ejemplo de Buenos Aires, a cuya revolución había dado mucha realce la adhesión de los miembros del Ayuntamiento, Martínez de Rozas intentó atraerse la de los cabildantes de Santiago, cuyo influjo no podía menos de obrar directa e inmediatamente en los habitantes, haciéndolos favorables a la causa general. Ya se sabe que aquel cabildo era una corporación paternal, que había gozado siempre de una confianza sin límites, por parte de sus administrados, y se trataba de aumentar aún más, si era posible, dicha confianza, con detrimento de la que inspiraba el gobierno.

Entre los miembros del Cabildo había algunos españoles, como de razón, que eran conservadores, y cuyos votos, contrarios a las nuevas decisiones que se proponían en él, desconcertaban los proyectos de sus sospechosos colegas. Para obtener la mayoría, en despechos de estos votos, Martínez de Rozas demostró a Carrasco cuán útil sería el aumentar los regidores en circunstancias tan críticas, y, a pesar de la oposición del fiscal, consiguió que se nombrasen otros doce escogidos, casi todos entre sus partidarios; de suerte que, desde aquel instante, aquel cabildo fue como un reflejo del de Buenos Aires, con el cual llevaba ya una correspondencia tirada y secreta. Sus reuniones eran mucho más frecuentes, se verificaban indistintamente de noche o de día y duraban eternidades. Los partidarios del Rey combatían con ánimo y tesón los designios hostiles de los nuevos nombrados, y protestaban en medio de un verdadero tumulto, hasta que, ya apurados, mostraron tal obstinación, que las sesiones semejaban a tempestades y que Carrasco se vio obligado a anular la impolítica orden que había dado.

A pesar de este buen éxito, los realistas no podían disimularse que la revolución avanzaba a pasos apresurados, y que no tardaría en envolver en sus redes enmarañadas a todos los que, hasta entonces, se habían mantenido fieles a las máximas y doctrinas de sus antepasados. Afligidos de estos justos temores, y probablemente, también, de su propio desaliento, empezaron a tener conferencias para tratar de los medios más eficaces de hacer frente a aquel inminente peligro. Estos medios no podían menos de ser violentos y decisivos, tales como la fuerza contra la impotencia, argumentos materiales contra argumentos morales, arbitrariedad e injusticia contra derecho y razón. Lo que querían era dar armas a todos los españoles y a todos los partidarios de su causa, nombrar un consejo de vigilancia y fortificar el cerro de Santa Lucía, estableciendo en él una batería que, dominando a la ciudad, mantuviese en respeto a sus habitantes.

Desgraciadamente para ellos, el solo hombre en posición de dar ejecución a este proyecto era completamente nulo, impotente, sin energía ni actividad, y veía con apática indolencia los consejos que aquellos conservadores le daban continuamente; en vista de lo cual acudieron, con sigilo, al virrey de Buenos Aires, manifes-

tándole la conducta ridícula de Carrasco, y su incapacidad para calmar la agitación progresiva del Partido Liberal. Pero la posición de Cisneros no era tampoco de las mejores; también él experimentaba los efectos de una agitación análoga que le daba grandes temores por la tranquilidad del país, y le tenía consternado. Las cosas de España lo llenaban de zozobra, no veía salvación más que en el éxito de sus ejércitos, y, entre el temor y la esperanza, hacía cuanto podía para prolongar por algunos meses más la agonía del poder español, que estaba ya a los últimos, acosado por tantas causas de disolución que lo roían.

No obstante, escribió incontinenti a Carrasco, empeñándole a que obrase con más energía con respecto a aquellos novadores, sirviéndose de un medio que él mismo había empleado para conservar la tranquilidad, a saber, de nombrar una junta de vigilancia pública compuesta de las personas más influyentes, y, sobre todo, más afectas a la Monarquía.

Un poco antes que recibiese esta carta, Carrasco había recibido de la junta central de Cádiz pliegos en que se le prescribía el más inflexible rigor contra todos cuantos trabajasen en romper la unidad del poder español, y aun también que desterrase a los que, por su influjo o por sus acciones, pudiesen cooperar al triunfo de ideas contrarias a los intereses de la Monarquía. En aquellos mismos pliegos, se le daban esperanzas de obtener en propiedad el alto puesto que sólo llenaba interinamente.

Por ligera que fuese esta promesa, colmó, no obstante, de satisfacción al ambicioso Gobernador, le tendió su fibra muelle y floja, y le llenó de un entusiasmo capaz de cambiar enteramente su moral. Si hasta entonces su política se había reducido a temporizar y a mostrarse débil, se proponía, en lo sucesivo, seguir los consejos de la Junta, que se anunciaba como protectora suya, y obrar con rigor contra todo novador; como si fuese posible que un carácter naturalmente flojo se hiciese súbitamente sereno, firme y justo, sin cometer yerros fatales, en la violencia de arrebatos facticios.

Así sucedió. Carrasco empezó su propósito de la enmienda expulsando del país a algunos extranjeros, comerciantes u obreros; mandó se retirasen a lo interior del territorio muchos que ejercían profesiones útiles en el litoral y exigió que los pocos franceses que había jurasen obediencia al Rey y odio eterno a Napoleón y a sus emisarios, que en los pliegos, arriba dichos, se anunciaba debían llegar, si no habían llegado ya. Para corroborar estos actos tan hostiles, se rodeó de personas de confianza, y nombró de asesor público al hombre fatal, que fue Campos, el mismo autor de los desórdenes de la universidad de que hemos hablado.

Don Pedro Díaz Valdés, que llenaba aquel puesto, bien que fuese un sujeto de distinción, de mucha probidad, y perteneciese a una numerosa familia de gran influjo, tenía pocos medios, si le hemos de juzgar por documentos escritos por él, y que tenemos a la vista: pero, en fin, tenía nombramiento real, y, por consiguiente, en aquella circunstancia, siendo víctima de una pura arbitrariedad, recurrió a la Real Audiencia para obtener justicia. Aquel supremo tribunal, tal vez movido por un espíritu de pasión, vio, en aquel asunto, una ocasión oportuna para vengarse del que se había tan completamente burlado de él, y convencido, por otra parte,

de la justicia de la demanda, envió una exhortación al Presidente, haciéndole ver claramente la ilegalidad del acto de haber depuesto al asesor con nombramiento real, y su incompetencia para nombrar a otro en su lugar. Ya poco satisfecho de los procederes de la Real Audiencia, Carrasco le respondió con altanería, y resultó una correspondencia llena de acritud y de piques, y aun, algunas veces, trivial, circunstancia que sólo sirvió a enconar a las dos primeras autoridades una contra otra, sin efecto alguno para la causa, la cual fue remitida a España y sometida al real consejo.

Muy luego se presentó otro motivo de discordia para Carrasco, cual fue el nombramiento de un vicario capitular, puesto vacante, hacía algún tiempo, en la catedral de Santiago, y postulado por dos personas de mérito y de virtud. En este asunto, los miembros del Cabildo Eclesiástico se mostraron, a pesar de los preceptos del Evangelio, poco conciliantes, y apoyaron con igual ahínco al sujeto que les convenía; de suerte que sus reuniones, al principio decorosas, se hicieron poco a poco turbulentas, en términos que el Presidente se vio obligado a mediar con su autoridad para poner término a tan ridículos debates; pero, por otro lado, influía en el nombramiento, cuyo resultado, por el hecho, no podía ser dudoso, y el partido contrario no se lo perdonó, bien que hubiese recaído en don José Santiago Rodríguez, eclesiástico que por su vida ejemplar, su virtud y su mérito, tenía el mayor derecho a él. En la edad juvenil, regularmente frívola e insustancial, este eclesiástico poseía ya conocimientos sólidos sobre los dogmas de nuestra santa Iglesia, y sobre todas las materias concernientes al Derecho Común y Canónico, y, por lo tanto, se había hecho el hombre indispensable para el obispo Alday, el cual le tenía muchísimo afecto, y le daba siempre los cariñosos nombres de discípulo y de hijo suyo. Por la misma razón, el reverendo Obispo le hizo su familiar, lo llevó en su compañía al concilio provincial de Lima, le nombró su mayordomo y limosnero, y, finalmente, su secretario de cámara, empleo que llenó a la completa satisfacción de su Ilustrísima, bien que se hallase casi sólo para despachar los negocios atrasados o contenciosos del obispado. Sobrino y Marán, sucesores de Alday, mostraron el mismo empeño en cultivar el apego de aquel sabio y laborioso sacerdote, que, más de una vez, tuvo que argüir con los más profundos jurisperitos de la Real Audiencia, convenciénolos por la fuerza, de sus argumentos, y aun también humillándolos cuando quisieron oponerle su orgullosa autoridad, en lugar de buenos racionios. Pero, no obstante, todas estas bellas prendas, los lectores le verán, a su tiempo, acosado de persecuciones que le acarreó su fidelidad, sincera y desinteresada, a la infeliz y desamparada monarquía española¹⁹.

¹⁹ Noticia sacada de una biografía de este sabio prelado, escrita de la pluma del ilustre arzobispo de Santiago, don Rafael Valdivieso.

CAPÍTULO V

Las ideas revolucionarias se comunican al Ayuntamiento mismo. Nombramiento de nuevos cabildantes muy favorables a dichas ideas. Carrasco nombra a Campos presidente del Cabildo. Sumo descontento que este nombramiento causó a los miembros de aquella corporación, que desamparan a Carrasco. Instalación de una junta de vigilancia. Rogativas en todo el país por el éxito de los ejércitos de España y contra las ideas subversivas de los revolucionarios de Chile. Arresto de fr. Rosauero Acuña y del coronel don Pedro Ramón Arriagada. Arresto de Ovalle, Rojas y Vera. Ruido que ocasiona. Argomedo nombrado procurador de la ciudad. Instalación de una junta en Buenos Aires.

Mientras que Carrasco procuraba sofocar la revolución, tomando, por sistema más bien que por carácter, medidas de rigor, sin discernimiento, los principales motores trabajaban aún con más celo y actividad en sacar partido de sus pueriles violencias, aprovechándose diestramente de ellas; para lo cual tenían sus miras en el Cabildo, cuyas reuniones podían llegar a ser un centro de acción susceptible de oponer contrapeso, aun legalmente, a los actos del gobierno, y de llevar adelante sus ideas de justicia y de libertad. Es verdad que en este punto, como en otros, no tenían más que seguir el buen ejemplo del de Buenos Aires, que se hallaba revestido de un poder suficiente para resistir al del virrey Cisneros, sirviéndose de la mayoría de los habitantes, de cuya adhesión estaba cierto y seguro. Mas, siendo compuesto el cabildo de Santiago de personas que, por la mayor parte, eran afectas al orden de cosas monárquico, era necesario, ante todas cosas, reformarlo, y, para esto, se presentó muy pronto una ocasión en tres vacantes de regidores a las cuales se había de proveer. Informados de esta particularidad y del intento de los patriotas, los realistas quisieron anticiparse a sacar provecho de ella; pero eran mucho menos activos, y sus enemigos ganaron la ventaja consiguiendo que las tres vacantes fuesen compradas por personajes de la mayor distinción, que fueron: el conde de Quinta Alegre, el mayorazgo Cerda y don Fernando Errázuriz.

Poco tiempo después, llegó la elección de los alcaldes y procurador, y, gracias al influjo hábil de estos nuevos miembros, los nombramientos recayeron en otros tres liberales, también sujetos de mucha distinción, animados de los mismos sentimientos y no menos influyentes por su mérito y por su posición social; que fueron: el director don Francisco Pérez García, abogado de mucho crédito y de gran

habilidad; por alcalde, don Agustín Eyzaguirre, que contaba en su partido con su noble y numerosa familia; y por procurador, don Juan Antonio Ovalle, sujeto de no mucha entereza, y antiguo amigo y consejero de Carrasco, pero que muy luego pasó al partido de los liberales y fue uno de sus más firmes apoyos.

Con semejante formación, el Cabildo no podía menos de tomar una gran preponderancia en los asuntos políticos del país, asegurándose de la opinión pública, no sólo por el mérito personal de sus miembros sino, también, por sus numerosas y opulentas familias. La oposición realista, constantemente alerta, buscaba elementos de resistencia alrededor de sí; pero no hallaba ninguno que no fuese débil e impotente. Orgullosa con sus memorias de tres siglos, se había figurado, por un momento, poder combatir los nuevos principios sociales; pero hizo inútiles esfuerzos para conseguirlo, y le fue necesario atacarlos por medios sordos y falaces, intrigiendo igualmente al Partido Realista y al Liberal y soplando la discordia entre los miembros del Ayuntamiento. En sus deliberaciones, los patriotas ya no reparaban en decir en alta voz su parecer sobre las cosas de España, y hablaban con desmesurada libertad de su pérdida inevitable, y de la necesidad en que estaban de seguir el ejemplo dado por sus provincias, instalando una junta gobernadora capaz de parar el golpe de rechazo que les amenazaba. En este punto, sus discusiones eran, más que animadas, tumultuosas, motivo por el cual resolvieron reunirse en un pequeño club a fin de preparar en él con tranquilidad y sigilo el potente móvil que debía romper finalmente su cadena. Estas reuniones tenían lugar, muchas veces, fuera de la ciudad, y, muy a menudo, a horas desusadas de la noche, tan pronto en la quinta del conde de Quinta Alegre, tan luego en casa de Eyzaguirre, o en la de Larraín. También recibían a personas que no eran del Ayuntamiento, y Fretes, Álvarez Jonte, Hipólito Villegas y otros, dejaban rara vez de asistir a dichas reuniones.

Carrasco, cuya vigilancia se había hecho más minuciosa y molesta, sabía muy bien lo que se trataba en ellas, y se quejó al Cabildo. Los miembros de aquella corporación paternal, que eran de su partido, suscitaron sobre el particular una larga y reñida discusión; pero, ¿qué podía una minoría de ideas ya muy pasadas contra una coalición llena de convencimiento y de virilidad y que aspiraba a gozar de una nueva vida social? Nada, en efecto, más que reconocerse impotente, y someterse con resignación al prestigio que reinaba y que era una necesidad imperiosa de las circunstancias. No obstante, aquella minoría aún quiso hacer un esfuerzo, protestando abiertamente, y pidió al Gobernador pusiese a la cabeza del Cabildo, para presidirlo, un hombre de talento y firmeza y, sobre todo, afecto a la monarquía española. Carrasco adoptó sin dificultad este nuevo proyecto, y, por la misma fatalidad inseparable de su flaqueza, nombró al mismo Campos, que le había ocasionado tantas desazones con la universidad, acarreado la enemistad de la Real Audiencia, y que iba, en aquella ocasión, a quitarle el único apoyo que le quedaba en todos los cuerpos políticos de su gobierno.

Claro estaba que los miembros del Cabildo, que habían solicitado de él aquella medida, verían con sumo disgusto un nombramiento que, en cierto modo, los ponía bajo la dependencia de un presidente, ya malquisto de ellos, y extraño a la corporación. Así sucedió, y se quejaron amargamente a Carrasco, arguyéndole

con dificultades ilusorias, y, lo que fue peor, altaneras, y propias a producir su efecto ordinario, a saber, una negativa terca y obstinada. De allí se siguió una correspondencia agria, enconada, insultante, que concluyó haciendo odiosas a entrambas partes, y desuniéndolas de un modo deplorable para los realistas; porque desde aquel instante el Presidente se quedaba aislado de toda corporación política, y reducido a sus débiles medios de resistencia contra una facción que se reforzaba cada día más, y que anhelaba por vengar sus derechos ultrajados.

En semejante situación, ya no puede un hombre hacerse ilusiones sobre el peligro que le amenaza, y presiente de antemano su ruina por la disminución de su fuerza moral, que le abandona y le hace incapaz de pensar con juicio ni fruto. Sin embargo, no le midió así a Carrasco, el cual hizo como el avaro, cuando en el momento de perder su tesoro arrastra los mayores peligros para conservarlo, y quiso imposibles para defender su agonizante autoridad, bien que no tuviese más apoyo que algunos empleados y las tropas que guarnecían la capital y la frontera. Con esto contaba, sin reflexionar que en casos tales un jefe debe apoyarse en la fuerza moral y no en la material; y, recordando los consejos que le había dado Cisneros, resolvió seguirlos y convocó a la Real Audiencia para nombrar una junta de vigilancia, capaz de favorecer sus proyectos. Esta junta fue compuesta de siete miembros²⁰, de la clase más distinguida de la sociedad, pero muchos de los cuales estaban ya imbuidos de las nuevas ideas. Al mismo tiempo escribió a los gobernadores, prescribiéndoles rigores contra los revolucionarios, y para darles más vigor; empleó las amonestaciones de la religión, ordenando rogativas y sermones para que Dios se dignase preservar a los fieles de las armas francesas y de las seducciones de los novadores.

El clero se apresuró a ejecutar aquella orden con su fervor acostumbrado, pidiendo a Dios con fe viva y con esperanza firme se dignase poner paz en aquellos conflictos políticos. Al mismo tiempo, tronaban los púlpitos y fulminaban anatemas contra los impíos enemigos de la religión y del Rey. Por la parte del sur, especialmente, los misioneros, que eran casi todos españoles, ejecutaron con fanático celo las órdenes de Carrasco. En Osorno, un religioso que predicaba con la mayor vehemencia contra las ideas del siglo, aseguró, con la mayor candidez, que Napoleón profanaba los más divinos misterios, dando a comulgar a sus caballos²¹. Otro, en Valdivia, creyéndose inspirado, profetizaba la próxima venida del Anticristo y el fin del mundo. En Chillán, donde había un número mayor de misioneros, procuraban éstos fanatizar a sus oyentes, y, tal vez, exaltar sus pasiones, con sermones de la misma naturaleza irritante y con devociones de cada día. Durante muchos, hubo misas cantadas con su divina majestad expuesta, y seguidas de oraciones sobre *tempore belli*, etc. En fin, se hicieron novenas que se concluían con procesiones de mayor solemnidad y siempre en favor de las armas de España y contra las ideas subversivas de los revolucionarios chilenos²².

²⁰ Los SS. Márquez de la Plata, Irigoyen, Olaguer, Ugarte, Prado, Bravo del Rivero y Gerónimo Pizana.

²¹ Archivos del gobierno.

²² “Primero, se retocó el sagrario comulgatorio para trasladar al Señor; se cantó una misa solemne con el mismo Señor patente, y con su respectivo sermón. Por la tarde salió por las calles una procesión

El pueblo, penetrado de sentimientos religiosos, y atraído por la majestad imponente del templo, oía, sobrecogido, la palabra amenazadora de aquellos misioneros, convertidos en apóstoles de una política ya ajada y pasada, bien que aún tuviese raíces en el corazón de la multitud. La devoción produjo una pronta exaltación, y, en cualquier otra parte, habría, tal vez, ocasionado persecuciones religiosas o de partido; pero en aquellas pequeñas poblaciones, tan inocentes y pacíficas, sólo crearon, bien que fuese, tal vez, peor, y muy ciertamente más bajo, hipócritas y espías. Todos se miraban con temor y desconfianza; ya nadie se atrevía a hablar de política por miedo de dar que pensar, pues hasta el pensamiento más secreto no se creía seguro en el seno de la amistad; por donde se ve cuánto más ingenioso es el hombre para engañarse que para desengañarse.

Los primeros golpes del espionaje cayeron sobre los amigos que O'Higgins tenía en Chillán, fr. Rosauco Acuña, prior del hospital de San Juan de Dios, y el coronel de milicias don Pedro Ramón Arriagada, sujeto muy rico y muy estimado de Mendiburu, suegro del doctor don Juan Martínez de Rozas, los cuales, en el acaloramamiento de una discusión, que se había manifestado muy pacífica en el principio, olvidaron los consejos de la prudencia, y se atrevieron a decir que España estaba perdida; que la Junta Central no podía arrogarse derecho alguno sobre el país y que éste no tardaría en ser gobernado por sus propios hijos. Habiendo llegado esta discusión a oídos de Álava, intendente de la provincia de Concepción, hombre tan débil como de limitado entendimiento, éste dio aviso inmediatamente del caso a Carrasco, el cual mandó al comandante de la frontera, don Pedro Benavente, fuese, *incontinenti*, con veinticinco dragones, a arrestarlos y enviarlos a Santiago, donde, efectivamente, fueron entregados a la justicia de Irigoyen. La causa que se les formó fue muy larga, y, sobre todo, muy costosa para Arriagada; pero Irigoyen procuró que su situación fuese soportable, en cuanto era posible, pues ya presentía, con su tino y perspicacia bien conocidos, que no tardaría en haber una reacción, y, por otra parte, Martínez de Rozas vigilaba con todo su influjo y poder aquellas dos primeras víctimas de la revolución chilena

Otro acto de severidad, mucho más grave, y que influyó muchísimo en los progresos de la revolución, y en la ruina de Carrasco, fue el arresto de otras tres personas de distinción: J.A. Ovalle, don Bernardo Vera y don José Antonio Reyes, el primero de los cuales se hallaba en los baños de Cauquenes con algunos parientes y amigos. En aquella época de borrascas políticas, todos respiraban un ambiente de presentimientos y temores, y, naturalmente, caía la conversación sobre tan importante materia y sobre las consecuencias que se había de experimentar muy pronto. En aquella reunión, todos hablaban con un desahogo que dejaba creer que los pareceres y opiniones eran unánimes, y sus discusiones se hacían acaloradas,

solemnísima, llevando yo el tesoro del cielo y de la tierra, y el palio, seis sacerdotes revestidos con los ornamentos más vistosos de albas y casullas que se hallaron. Se vistieron de ángeles tres niños para decir en honra del sacramento tres loas; a todo lo cual acompañó la música de una arpa encordada, para realzar su armonía, con cuerdas de clave, y canto de una letra relativa al sacramento, etc, etc.”.

Informe del reverendísimo comisario general, Fr. Pablo de Mayo, en el colegio de Chillán.

atrevidas y tanto más frecuentes, cuanto no podían tener otra distracción en medio de las cordilleras. El punto sobre el que se hallaban casi todos de acuerdo era que España no podría resistir a un enemigo tan hábil y tan poderoso como lo era Napoleón; pero tan pronto como se trataba de sacar partido de la ruina de la madre patria en provecho de la libertad chilena, las opiniones se manifestaban opuestas y obstinadas. Unos, encogidos y temerosos de perder lo que tenían, temblaban al pensar en las consecuencias del rechazo de una invasión; otros, que resistían aún a toda idea de reforma social, condenaban con rigor los principios turbulentos de las facciones, cuyo fin principal, según ellos creían, era aprovecharse de las acciones revolucionarias de las masas para satisfacer sus propias pasiones.

Entre los que daban este parecer, se hallaba don José María Villarreal, abogado de mérito, pero cuyo carácter vengativo le impelió a la bajeza de hablar al Presidente del hecho de aquellas reuniones, delatando a Ovalle como autor de las proposiciones más peligrosas contra la monarquía española. Las órdenes que había recibido Carrasco de proceder contra los llamados perturbadores del orden público eran demasiado rigurosas y terminantes para desentenderse de ellas, o, por mejor decir, para no fundar en ellas la determinación que iba a tomar contra aquel personaje, en despecho de su distinción y de su título de procurador de la ciudad; y tanto más cuanto la revolución hacía rápidos progresos. En aquel estado de cosas era de absoluta necesidad el obrar, para lo cual se presentaban dos medios, uno de conciliación, y otro de violencia, y este último fue el que le aconsejaron la mayor parte de los afiliados, opinando por el arresto del procurador, opinión que Carrasco adoptó con su acostumbrada imprudencia. Sin embargo, para dar a su resolución un semblante de legalidad, envió al escribano de cámara don Francisco Meneses a Rancagua para pedir informes a Valenzuela, que también había oído las palabras sediciosas de que se trataba. Con el escribano de cámara iba el joven Centeno, con orden de pasar por los baños mismos de Cauquenes, en caso necesario.

Bien que los informes que estos dos enviados tomaron fuesen de poca importancia, el Gobernador los halló muy suficientes para llevar adelante su determinación, y Ovalle fue arrestado, al mismo tiempo que algunos empleados de la policía iban a visitar los papeles de ciertos patriotas, de cuyos papeles resultó también el arresto de don José Antonio Rojas²³ y de don Bernardo Vera.

Este monstruoso atentado se ejecutó el 25 de mayo de 1810, por la noche, y sus inocentes víctimas no tuvieron ni el tiempo necesario para arreglar sus asuntos, pues una orden a rajatabla prescribía al sargento mayor don Juan de Dios Vial los condujese con sus doce dragones a Valparaíso, en cuyo puerto fueron entregados, tan pronto como llegaron, a bordo de la fragata *Astrea*. Al cabo de algunos días, fue

²³ Don José Antonio Rojas no era un sujeto de mucha instrucción, pero sumamente curioso. Al tiempo de la revolución de Estados Unidos se hallaba en España, y, en las peripecias de aquella lucha, se había imbuido de ideas de libertad, que quería introducir en Chile. A pesar de las amonestaciones del Presidente, que tenía órdenes de la Corte para vigilar su conducta y registrar los muchos libros demasiado liberales que tenía, Rojas comunicó sus ideas de libertad a muchos jóvenes, y, entre ellos, al doctor Vera, que le hacía frecuentes visitas.

el oidor don Félix Basso a tomarles declaración, y, desde luego, pudieron saltar en tierra e ir a alojarse en casas de amigos que tenían allí y que se presentaron al punto para salir por fiadores de ellos

Bien que ya lo hayamos dicho, lo volvemos a decir: la suerte de las sociedades depende, esencialmente, de una ley de necesidad instituida por la Providencia, y en virtud de la cual el espíritu humano hace progresos reales y verdaderos, constantes y universales. La fuerza que quiere oponerse a estos progresos, lejos de detenerlos, les da impulso: pero, desgraciadamente, los medios violentos y extremados, al producir este resultado, irritan la llaga de que gime la sociedad, y esto fue, precisamente lo que le sucedió al Partido Realista, cuando se supo el arresto de aquellos tres honrados patriotas. Sumamente irritado de aquel acto de rigor, el pueblo de Santiago se puso en un estado de efervescencia en que no se le había visto nunca, y corrió en tumulto al Ayuntamiento a pedirle su intercesión para que fuese revocada aquella irritante, injusta orden. Pero aún no había llegado el caso de obrar de un modo decisivo; la prudencia aconsejaba el que no se intentase nada a la ventura y que se aguardase el momento en que la revolución llegase por sus pasos contados a sus fines. Éste era, en efecto, el mejor medio de que no se derramase sangre, que podría no producir más que sentimiento tardío y lágrimas, como sucede tan a menudo en combates políticos.

La ausencia de Ovalle dejaba un vacío en el Ayuntamiento que causaba a la administración cierto embarazo, al cual Carrasco quiso remediar pasando un oficio a sus miembros para rogarles se sirviesen elegir una persona de celo y probidad que llenase el puesto de procurador de la ciudad. Así se hizo y la elección recayó en don Gregorio de Argomedo, con mucho descontento del Gobernador, y de todos los realistas, que veían en dicho nombramiento una venganza de los liberales, y un formidable enemigo de más; porque Argomedo era uno de los chilenos patriotas más fanáticos y exaltados. Era un hombre arrojado y de mucho talento, un verdadero tribuno capaz de vengar a la patria de la afrenta que acababa de recibir con el atropellamiento de sus tres defensores. Honrado, siendo aún muy joven, con un puesto en el Ayuntamiento; dotado de una gran elocuencia, que su aire grave y elevado y su voz sonora y flexible realzaban, mostró, desde un principio, mucha decisión en llenar su papel, que se anunciaba esencialmente popular. Pero penetrado de sus deberes, y queriendo dar a todas sus acciones un carácter uniforme de justicia, voluntad y firmeza, creyó conveniente el aguardar por una ocasión favorable para interpelar al Presidente sobre las causas del hecho que había conmovido los espíritus.

Mientras el poder real hacía inútiles esfuerzos en Chile para desasirse de otra potencia invisible, pero real y verdadera, que lo arrastraba a su pérdida, el mismo poder sucumbía, en Buenos Aires, a los tremendos golpes que le daban algunos bizarros patriotas, bastante resueltos para levantar el estandarte de la insurrección, y tan audaces, que quitaron toda esperanza de poder resistirles. Ya el virrey Cisneros había depositado su autoridad y el mando en una junta, reduciéndose al nombre sencillo de simple ciudadano, el día 25 de mayo, el mismo día, justamente, en que el hado de Carrasco le daba el último golpe.

Un mes después, esta noticia salvaba las cumbres heladas de las cordilleras, y penetraba en Chile con pasos atentados, temerosa y desconfiada, como una descubierta que se aventura demasiado. El encargado de llevarla allí fue don Gregorio Gómez, el cual, pareciendo sospechoso al resguardo de la cordillera, fue arrestado, y enviado con buena escolta a Santiago, donde Carrasco lo mandó encerrar en la caserna de San Pablo. Sin embargo, pasados algunos días, pudo ir a vivir en casa de un realista para el cual llevaba cartas de recomendación; de suerte que, no obstante, estuviese privado de una entera libertad, aún pudo comunicar con algunos liberales, en el mayor secreto, declarándoles reservadamente que era portador de un escrito del general Belgrano para don Juan Martínez de Rozas. Aquel escrito, que se había escapado milagrosamente de manos de los del resguardo, fue inmediatamente remitido a don Juan Martínez de Rosas, que se hallaba en Concepción, a fin de que sirviese, como en efecto sirvió, a preparar aquél la provincia para sostener la lucha. En cuanto a Gómez, se quedó en Santiago, instruyendo a los denodados patriotas de esta capital de los acontecimientos de Buenos Aires al tiempo de la deposición de Cisneros.

CAPÍTULO VI

Carrasco procura ocultar la noticia de la revolución de Buenos Aires. Asunto de Ovalle, Rojas y Vera. Los dos primeros son embarcados para Perú, y el último queda en Valparaíso, enfermo. Ruido que esta noticia ocasiona en Santiago. El Ayuntamiento toma partido por los desterrados y envía una diputación a Carrasco. La Real Audiencia se junta al Cabildo para pedir una contraorden de desembarco. Carrasco se presenta en la Real Audiencia. Mala acogida que recibe. Adhiere a la voluntad del pueblo, y, a petición de Argomedo, quita el empleo a sus amigos y empleados, Campos, Meneses y Tadeo Reyes. Abdicación de Carrasco y nombramiento del conde de Toro.

Carrasco sabía, desde el 24 de junio, la revolución de Buenos Aires, pero había creído oportuno ocultar la noticia, bien que ya se susurraba en la ciudad. El interés que tenía en ocultar aquellas noticias era tanto mayor, cuanto en los mismos pliegos había recibido comunicación de la firmeza con que el gobernador de Córdoba, Concha, había sostenido los intereses de la Monarquía contra la injusticia y la ambición de los facciosos. Dos personajes de la mayor influencia le apoyaban en su temeraria empresa, el obispo Orellana, que representaba el poder real, y Santiago Liniers, que gozaba aún del prestigio que le habían dado sus victorias sobre los ingleses.

Esta última noticia había infundido algunos ánimos a los realistas de Santiago, los cuales volvían los ojos con alguna esperanza hacia aquella coalición, que parecía querer reconquistar el poder perdido, y aun algunos aconsejaron con calor a Carrasco diese al público las proclamas contenidas en los citados pliegos, así como también las que acababa de recibir del embajador de Brasil. Era, en verdad, un medio muy inocente de contrapesar en la opinión la noticia de la caída de Cisneros, de cortar al mismo tiempo el contagio de las ideas revolucionarias, ya prontas a introducirse en todas las clases de la sociedad, y a reducir casi a la nada la autoridad y el prestigio de los leales representantes de la monarquía española. Pero para eso habría sido necesario que Carrasco se pusiese de acuerdo con la Real Audiencia, y tenía demasiado puntillo para someterse a semejante condescendencia. En lugar de esto, prefirió perseverar en su mala política y oponer el disimulo y la astucia a las incesantes pretensiones de sus enemigos, cuyo número crecía, y cuya actividad se desplegaba cada día más.

Justamente, en aquella coyuntura, las cabezas no sonaban más que con una idea de justicia, y veían con despecho eternizarse la detención de los tres infelices presos en Valparaíso, pidiendo con instancias su regreso a la capital. Sobre este objeto, el Gobernador recibió muchísimas peticiones por conducto del Cabildo, en las cuales se le daban alabanzas y, para ablandar su corazón, se le trazaba un cuadro de los males físicos y morales que aquellos tres sujetos de distinción habían tenido que sufrir. Al mismo tiempo, los principales habitantes se ofrecían por fiadores de ellos y de su conducta para en adelante, y aun se adelantaban hasta prometer la pacificación de la ciudad. Como procurador de ésta, se encargó de presentar la petición don Gregorio Argomedo, y lo cumplió con mucho tino, y con un tono de afabilidad que contrastaba con su carácter austero e impetuoso. Sus palabras respetuosas habían ya casi rendido al Presidente; pero la mansión de los tres celosos apóstoles de la revolución en Santiago le parecía tan peligrosa, sobre todo después que la opinión pública se había manifestado tan a las claras en favor de ellos, que se vio obligado a disimular sus verdaderas intenciones, y a emplear una superchería, solo recurso que parecía conveniente a la debilidad de su carácter, y a la decadencia de su poder. Por esta razón, sin duda alguna, se contentó con dar una respuesta insidiosa, prometiendo, bajo su palabra, que muy pronto aquellos tres ilustres ciudadanos volverían al seno de sus familias, por un lado, y dando orden, por otro, a Valparaíso, para que aquel Gobernador los transportase a bordo de la nave que iba a dar la vela para Lima.

Apenas hubo recibido el oficio del gobernador del reino con esta última orden, el de Valparaíso envió a llamar a Ovalle, Rojas y Vera, y se la comunicó, advirtiéndoles que hiciesen inmediatamente sus preparativos para aprovecharse del pequeño buque mercante la *Miontina*, que estaba aparejando para salir dentro de algunas horas del puerto. Al oír una orden tan cruel, aquellos infelices ancianos quedaron consternados, sintiéndose ya afligidos por su edad, sus achaques y males que habían padecido. Sin embargo, esperando aun enternecer al Gobernador, le pidieron con candor les concediese algunos días para implorar la compasión del Presidente, a fin de obtener de él, por lo menos, los dejase allí hasta la entrada del verano, época en que no había borrascas que correr en el mar. Algunas personas, atraídas allí por el ruido de su marcha, y presentes a esta escena, procuraban interceder por ellos con todo el influjo que tenían; pero la orden era terminante y el Gobernador tenía que darle cumplimiento.

Convencidas, desde luego, aquellas personas de que dicha orden había sido dictada por una pasión de encono, y que sería inútil insistir, despacharon un propio a Santiago dando parte de un acto tan injusto y tan arbitrario. Las infelices víctimas de él no tuvieron tiempo para saber el resultado, pues aquel mismo día tuvieron que embarcarse para Lima, dejando su patria, su familia e intereses, y angustiados por un triste presentimiento, muy natural en un septuagenario, al emprender tan largo viaje y en tales circunstancias. Uno de ellos, don Bernardo Vera, se quedó en Valparaíso, enfermo, con certificado del doctor Zapata, y, generalmente, se ha creído que había sido un pretexto para evitar el destierro y, sobre todo, el resentimiento del virrey Abascal, que, muchas veces, había ridiculizado, y que lo consideraba como uno de los más peligrosos patriotas de Chile.

La noticia de aquella tropelía llegó a Santiago el 11 de julio a las seis de la mañana, y se esparció como una centella eléctrica por toda la ciudad, llenando de estupor a todos los habitantes, y, como sucede siempre en semejantes casos, el pueblo se amontonó en tumulto en la plaza Mayor para saber los pormenores de aquel desgraciado suceso. Al principio, sin embargo, había moderación; pero muy luego se exaltaron las cabezas, discutiendo, y concluyeron con un raptó furioso. Empezaron algunos gritos con amenazas, que fueron repetidos por la masa del pueblo, que pedía *cabildo abierto* con la unanimidad que demuestra la existencia de un resentimiento universal y que se presenta inaccesible a negativas bajo ningún pretexto. Es verdad que el Ayuntamiento mismo tenía sumo interés en que el pueblo participase de sus propios sentimientos, a fin de poder organizar y dirigir sus acciones y operar una revolución sin sangre ni convulsiones.

Con este pensamiento, el Cabildo oyó sus quejas y se puso a su disposición. Se discutió con claridad y sin discursos, difusos, es decir, neta y claramente. Se hizo una protesta firme y digna contra la injusticia de Carrasco, y contra su odioso maquiavelismo, decidiendo que una diputación del Cabildo se presentase inmediatamente a él para pedirle, en nombre del pueblo, una orden de desembarco y libertad. Eyzaguirre y Argomedo fueron a llenar esta misión con el más profundo convencimiento de que era la cosa más justa, más prudente y necesaria para la tranquilidad de la ciudad, ya muy comprometida.

Advertido de este paso que iba a dar el Cabildo, Carrasco había reunido algunos partidarios en su gabinete para que presenciasen su temeraria firmeza. En efecto, recibió la diputación con una desdeñosa frialdad, que impone siempre un poco a los que van a pedir justicia; pero en aquel corto silencio Argomedo tuvo tiempo de reflexionar, y, tomando la palabra, empezó manifestándole la sorpresa que había causado su falta de palabra; continuó echándole en cara su doblez, su injusticia y la increíble irreflexión con que administraba, y concluyó pidiéndole una orden que revocase la que había dado, con advertencia de que el negársela podría serle fatal, en atención a la efervescencia que se manifestaba ya con síntomas alarmantes de un verdadero alzamiento.

Los caracteres débiles y, sobre todo, de poca reflexión, tienen muchas veces arranques desesperados. Ciertamente, Carrasco no era inhumano; pero, en sus actos se dejaba llevar de una falsa conciencia, que le imponía una conducta sistemática, contraria a la justicia, y que le hacía sostener, a todo trance, los derechos de un poder que se caía de vetustez y de oprobio. Como primer magistrado tenía derecho al respeto de todos, respeto que ya ciertas autoridades subalternas empezaban a rehusarle, y ya se veía abandonado de la Real Audiencia, siempre pronta a adoptar una neutralidad insultante para su honor, y peligrosa para su gobierno. Todo esto, junto con el aislamiento en que se hallaba de todo apoyo, y con los progresos de la revolución, le llenaba de disgusto y de melancolía, y no era muy extraño que viéndose humillado por el tono altanero y casi imperioso de la diputación, respondiese con otro desdeñoso y lleno de resentimiento. Obrando así, pensaba vengarse de aquella afrenta; pero obraba impolíticamente, en vista de la fermentación que había por toda la ciudad, cuyo pueblo se entregaba al tumulto

porque tenía la conciencia de su derecho, y no podía impedirse de perseverar en su demanda.

Así sucedió que tan pronto como se supo el mal resultado de la diputación, muchos quisieron ir ellos mismos, en persona, a palacio para pedir justicia, y fue preciso todo el talento del procurador para oponerse a ello, prometiéndoles que se iba a acudir a la Real Audiencia, como, en efecto, lo ejecutaron los alcaldes y el procurador, yendo a exponer a aquel supremo tribunal las respuestas insultantes que les había dado el Presidente, y la necesidad de que se presentase para discutir un asunto tan interesante para la tranquilidad pública, y para particular de los habitantes.

En cualquier otra circunstancia la Real Audiencia había desoído los clamores del pueblo, siempre exagerado en sus demandas, y, muchas veces, injusto en sus pretensiones; porque, como magistrados, querían sostener el dogma de obediencia pasiva a las autoridades, a fin de conservar su propio prestigio, que no podría menos de menoscabarse con semejantes concesiones; pero desde algún tiempo a aquella parte, se hallaban bajo el influjo de ideas revolucionarias, y veían que la máquina se desquiciaba, en vista de lo cual muchas veces habían pensado poner remedio al mal, persuadiendo al Presidente cuán meritorio le sería el dejar un puesto donde ya no le era posible mantenerse con decoro. Por esta razón, las proposiciones del Cabildo, en aquella sazón, tenían dos ventajas: la de lisonjear la vanidad del tribunal, y la de favorecer sus propios proyectos, los cuales eran muy propios a humillar al mismo Presidente, motivo por el que la Real Audiencia dio buena acogida a la demanda, y nombró inmediatamente al oidor Irigoyen para ir a ejecutarla, acompañado del escribano de cámara, a fin de darle un carácter más legal.

Fundándose en la etiqueta que le imponía su superioridad, Carrasco se negó, al principio, a suscribir a aquel acto de humillación; pero reflexionando en los inconvenientes que podría tener su resistencia, se resolvió, y tuvo que soportar los gritos de mofa de una multitud reunida en el primer zaguán de la cárcel sobre la que daban algunas ventanas de la audiencia.

Luego que el regente Ballesteros hubo expuesto los motivos de aquella reunión, el procurador Argomedo renovó, en presencia de todos los oidores, las razones ya dichas anteriormente a Carrasco, y exigió una orden perentoria para el regreso a Santiago de las tres víctimas atropelladas, añadiendo, después de haber dado una mirada a Eyzaguirre, que nadie saldría de la sala hasta que dicha orden fuese debidamente firmada y legalizada. Mientras habló el representante del pueblo, hubo un profundo silencio en el zaguán; pero apenas se hubo oído su conclusión, estalló una aclamación unánime pidiendo la libertad de los ilustres chilenos, y aun algunos se propusieron a pedir la deposición del Presidente, que en aquel instante se hallaba exaltado por el resentimiento, y por las últimas palabras de Argomedo, las cuales le habían, por decirlo así, embriagado de pasión y de orgullo, dejándolo incapaz de ningún género de temor. Sintiendo, pues, herido en tal manera, y contando con la poca tropa que tenía en la plaza, preguntó, a su vez, y en tono amenazador, ¿si estaban ellos mismos seguros de salir de la sala?

Fanfarronada a la cual respondió Argomedo diciendo que cuatro mil personas se hallaban reunidas en la plaza, prontas a apoyar su demanda. Esta respuesta hizo callar al Presidente, cuyo carácter era demasiado débil para perseverar en el arranque que le había sugerido su despecho. Es verdad que, al mismo tiempo, sus amigos le daban aviso de que los oficiales, sobre los cuales contaba, fraternizaban con el pueblo y le manifestaban sus disposiciones amigables.

El éxito de la diputación en la Real Audiencia, y el pronunciamiento arrogante de la multitud habían entusiasmado a Argomedo en términos que no se contentó con pedir el regreso de los desterrados, sino que también pidió la destitución de tres empleados mayores, que eran: Campo, Meneses y Tadeo Reyes, como principales consejeros de Carrasco. Los dos primeros habían aceptado su nombramiento a consecuencia de una destitución brutal y caprichosa, y se hacían muy bien cargo de que, a pesar de su talento y habilidad, una reacción, que no podía tardar mucho, se lo quitaría; pero el último contaba más de veinte años de servicio en la administración principal, y siempre se había distinguido por su talento y exactitud. Ya había sido, aun muy joven, secretario de O'Higgins, y le había acompañado en las muchas visitas que aquel ilustre Presidente había hecho por toda la república. En la parte del sur había asistido al parlamento de Negrete, cuyo historiador había sido también²⁴. Por el norte, había contribuido eficazmente al fomento de las ciudades de Illapel, Coquimbo, Copiapó y otras, y al aumento de escuelas, que consideraba, con mucha razón, como principales elementos de civilización. Los sucesores de O'Higgins lo habían considerado como igual a un asesor; lo admitían en sus consejos, y reuniones, y seguían su opinión, de preferencia a otras, en las cuestiones más delicadas, porque hallaban en ella la fuerza y el convencimiento de buen raciocinio. Su mérito, como empleado, no era menos brillante. Su genio era laborioso, y no se contentaba con desempeñar puramente sus deberes, sino que también pasaba las noches en escribir sobre los diferentes ramos de la administración. Los documentos que aún existen en manos de su digno hijo, don Pedro Reyes, bastarían para dar una alta idea de su talento y capacidad de previsión, si los archivos del gobierno, hasta entonces en bastante confusión, y desparramados, no los confirmasen por el buen orden en que los ha puesto. Todos los que han tenido ocasión de recorrerlos no cesan de admirar la paciencia y el saber del que los ha dispuesto de un modo tan bien arreglado. Mas, con todos estos bellos antecedentes, aquel mismo sujeto estaba tildado como peligroso para el país; porque, siendo un realista juicioso, recto y convencido, y hallándose dotado de sentimientos vivos de religión, consideraba bajo un aspecto fatal toda innovación que dimanase de los principios que habían sumergido a Francia en una horrible anarquía, desterrando de ella sus dogmas religiosos, y contaminando hasta las antiguas instituciones de la mayor parte de Europa, cuyos extremos se hallaban aún, en aquel mismo tiempo, ensangrentadas por las espantosas guerras producidas por dichos principios.

²⁴ En nuestro atlas se halla este parlamento, que he dibujado según un plano que él mismo había levantado, y que obra en poder de su digno hijo, don Pedro Reyes.

La nueva demanda del procurador ponía a Carrasco en el mayor embarazo, no tanto por la contraorden pedida para el regreso de los desterrados, puesto que tenía motivos para pensar que el barco que los llevaba cinglaba ya a Lima, sino por lo penoso que le era el quitar el empleo a sus tres amigos, y tanto más cuanto eran las solas personas que le quedaban afectas a su gobierno, y sobre las cuales pudiese aún contar. Persuadido de que la Real Audiencia no cometería la imprudencia de rehusarle su apoyo en circunstancias tan críticas para la Monarquía, pidió permiso para entrar en consejo con ella; pero la deliberación rodó en un sentido favorable al pueblo. Los oidores le aconsejaron se rindiese a sus instancias, añadiendo que en ello no haría prueba de generosidad, sino más bien un acto de necesidad, en atención a la fermentación de las cabezas, y a la poca confianza que podían inspirarle sus tropas, las cuales parecían unidas con el pueblo, como verdaderos hermanos.

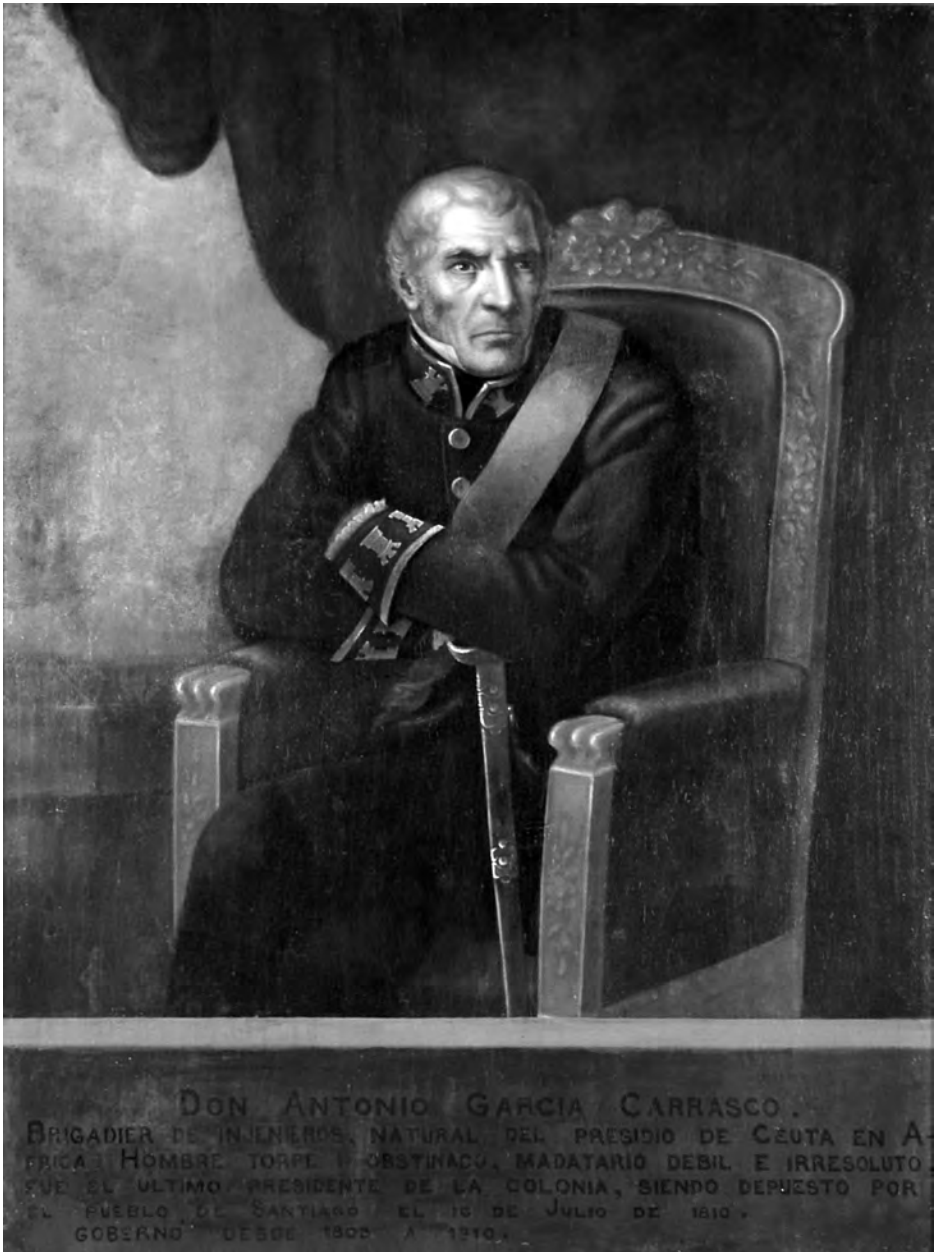
En consecuencia, Carrasco se decidió a formar las deposiciones del asesor interino, don Juan José Campos, del escribano, sustituto de cámara, don Francisco Meneses, y, con mucho mayor sentimiento, la del secretario don Juan Tadeo Reyes, lo cual fue considerado por la generalidad de los habitantes como una de las mayores injusticias. Pero ya se sabe que las revoluciones son un verdadero océano de bonanzas y tempestades, alternativamente, y que en medio de rasgos heroicos se presentan manchadas con acciones indignas, y aun también criminales, como si la Providencia hubiese dispuesto que nada fuese perfecto en este mundo mísero y orgulloso. Finalmente, por colmo de humillación y de vergüenza para el Presidente, el supremo tribunal le quitó estos tres empleados, y puso a su lado al oidor decano don José Santiago Concha, sin cuyo consentimiento era condición expresa no se tomase determinación alguna.

El Cabildo, recibió a la una y media, el decreto que devolvía la libertad a los ilustres prisioneros, con estrepitosas aclamaciones del populacho, que, ya mucho más numeroso y agitado, esperaba nada menos que la caída del Presidente. El alférez real don Pedro Larraín se ofreció para ser portador de la voluntad del pueblo, y salió, acompañado de doce personas de la mayor distinción, con el decreto para Valparaíso, a donde le habían precedido otras muchas que habían marchado apresuradamente por la mañana, con el fin de llegar a tiempo para impedir la salida del transporte que los llevaba, si, por ventura, se hallaba aún en el puerto.

Por desgracia, llegaron demasiado tarde. La *Miointina* había dado la vela al viento el día anterior, y, por mayor desgracia, no había quedado un solo barco en el puerto para correrle en pos, y entregarle los pliegos de Carrasco para el virrey de Perú, con la orden de la libertad de los presos infelices que llevaba.

En vista de este contratiempo, Larraín puso inmediatamente en conocimiento de sus familias aquel suceso, y aun les remitió los mismos pliegos, con lo cual la mujer de uno de ellos, doña Mercedes Salas de Rojas, tuvo la valiente resolución de enviarlo por tierra con un propio, a expensa suya, *pías expensas*, propio o correo que anduvo, en un mes, más de seiscientas leguas, atravesando el inmenso, árido desierto de Atacama, cuyo camino hacía más de dos siglos estaba abandonado.

Mientras el público se lamentaba de aquella fatalidad, Carrasco, aún alucinado por su terca inclinación, había convidado algunos de los pocos amigos que le



DON ANTONIO GARCIA CARRASCO.
BRIGADIER DE INGENIEROS, NATURAL DEL PRESIDIO DE CEUTA EN AFRICA. HOMBRE TORPE Y OBSTINADO, MADATARIO DEBIL E IRRESOLUTO, FUE EL ULTIMO PRESIDENTE DE LA COLONIA, SIENDO DEPUESTO POR EL PUEBLO DE SANTIAGO EL 16 DE JULIO DE 1810.
GOBERNO DESDE 1808 A 1810.

quedaban a un concierto que daba aquella noche en su casa, bien que no pudiese quedarle duda de que cuanto le decían, y él mismo veía, no era cuento sino la pura verdad expresada altamente y a gritos por el espíritu público, y que, insultando a este mismo espíritu, como lo hacía, aumentaba el disgusto general y daba nueva materia de triunfo a los descontentos, Así sucedió en efecto. Las murmuraciones y sátiras a que había dado lugar se renovaron con más saña; sus enemigos lo acusaban de soborno y de proyectos violentos contra la ciudad, y una visita que hizo, el día siguiente, al cuartel de artillería bastó para alarmar a todos los habitantes, que, desde luego juzgaron que era del mayor interés para ellos el ponerse en actitud de defensa. El mismo día se esparció la voz de que el procurador Argomedo y los dos alcaldes Eyzaguirre y Cerda, así como también algunas otras personas de influjo, que habían figurado mucho en las precedentes reuniones, estaban seriamente amenazadas de una venganza del Presidente, para lavarse de su vergüenza y humillación. Es verdad que muchos creyeron que aquellos ruidos eran una pura y astuta invención de las cabezas de motín para exasperar al pueblo contra Carrasco; pero bien que las consecuencias no los hayan ni confirmado ni desmentido, todo era de temer de su parte, y tal fue la aprensión del público, que más de mil hombres, armados por la mayor parte, se reunieron aquella noche en la plaza, como de retén. Desde allí enviaron patrullas por diferentes partes de la ciudad, y mientras unos protegían con su presencia las casas de los patriotas amenazados, otros se mantenían vigilantes observando si no había movimiento de tropas y de artillería. Estas precauciones duraron toda la noche, a pesar de los rigores de la estación de invierno, y se repitieron, tal vez con más celo, los días siguientes; porque las imaginaciones del pueblo estaban exaltadas con el recuerdo de los actos arbitrarios cometidos contra Rojas, Ovalle y Vera, y aumentaban con su propia exageración la verosimilitud del riesgo que corrían los ilustres representantes.

Por todo esto, se echa de ver con que carácter grave e imponente avanzaba la revolución, que cada día se mostraba inminente. Todos aguardaban, a cada instante, verla aparecer a las claras manifestando todas sus pretensiones, pues los pronunciamientos a mano armada se componían de una tal masa de fuerzas, que quitaba, virtualmente, toda especie de independencia a las autoridades españolas. Sin embargo, pocos patriotas, ni aun aquéllos en quienes se hallaba, por decirlo así, personificada, preveían con claro discernimiento toda la trascendencia que tendría, pues muchos de los que anhelaban por una reforma social no pretendían por eso emanciparse de la madre patria, y se hacían la extraña ilusión de poder formar un gobierno enteramente nacional, sobre el cual el rey Fernando, a quien se sentían sinceramente sometidos, no tendría más que un simulacro de autoridad. Otros, al contrario, sobre todo los españoles, trataban de mantener íntegros todos los derechos de la Corona; y los más timoratos, por no decir, pusilánimes, exponían todas sus aprensiones, escoltadas de muchos y diversos consejos, a la Real Audiencia, la cual, por el canal del oidor Concha, tenía parte deliberativa en las resoluciones y actos del gobierno. Es verdad que ya dicho tribunal tenía muchas zozobras, en razón de la fermentación que también se había extendido a las provincias, y se reunía, muy a menudo, en consejo para tratar de cortar sus

progresos; porque tenía correspondencias confidenciales en que se le daba parte de las muchas sociedades que se formaban en las casas de patriotas exaltados, y en las cuales se proyectaba derribar al gobierno existente, y poner, en su lugar, una junta compuesta, principalmente, de miembros del país.

Por legal que fuese la ejecución de dicho proyecto, como reflejo de la política de la misma España, tenía el inconveniente grave de poner alerta los derechos del hombre, y de emancipar el pensamiento en favor de la libertad y de la justicia, obligando a dicho tribunal, por el hecho mismo, a abrazar todas aquellas ideas y a someterse a ellas hasta que fuese posible dominarlas para que redundasen a favor del Rey y de sus intereses. Lo que querían, ante todas cosas, era conservar el mismo gobierno sin más alteración que el reemplazo del gobernador, que mandaba por una persona del país de bastante influjo para el mantenimiento del orden y de la misma especie de administración²⁵. El que reunía todas las circunstancias y cualidades que requería el papel de gobernador, tal como lo ideaban, era el conde de la Conquista, don Mateo de Toro y Zambrano; porque era sumamente rico, de una de las cunas más ilustres del país, y tenía muchos parientes muy considerados, no sólo en la capital sino, también, en muchas provincias del reino. En cuanto a él mismo, ya había llenado los primeros empleos y tenían despacho de brigadier con fecha del 13 de septiembre de 1809, despacho que le daba un derecho incontestable a la presidencia, si llegaba a vacar. Por consiguiente, se trataba de preconizar aquel personaje, ensalzando sus méritos, servicios y calidades, por un lado, y, por otro, de poner patente la necesidad de destituir a Carrasco, o, a lo menos, de urgirle a que diese su dimisión, en obsequio del interés general.

Esta idea fue encomendada a agentes secretos y discretos para que la esparciesen por la ciudad, y la inculcasen a sus habitantes, y, en efecto, lo ejecutaron con tanta sagacidad, que los patriotas la adoptaron como si fuese parto de su propio entendimiento. Es verdad que todos tenían interés en propagarla en un sentido, a saber, que el ejemplar de una destitución de aquella naturaleza era, no sólo una novedad inmensa para el país sino que, también, desquiciaba el poder español, ponía en claro el derecho que tenían los notables del país de tener arte o parte en el nombramiento del presidente y hacía presentir el principio de una nueva era administrativa y social.

Una vez decretada, en dichos términos, la deposición de Carrasco por el pueblo, restaba que la Real Audiencia llenase el penoso y difícil encargo de sugerirle su aceptación, para lo cual se necesitaba la mediación de un hombre de influjo y de persuasión que lo indujese a dicho consentimiento; en atención a que su carácter era terco e interesado, como todos sabían. Por estas razones se pusieron todas las miradas en el R.P. Cano, confesor del mismo Gobernador, depositario, naturalmente, de su confianza, y dotado de todas las santas virtudes de su ministerio. La Real Audiencia le pasó recado, y le dio a entender, sin dificultad, la situación crítica del país, situación que llenaba ya de tribulaciones al mismo padre, poco más o menos, como a todos los realistas, y aceptó, sin reparo, aquella delicada misión, a la cual preparó al Gobernador con palabras halagüeñas.

²⁵ Conversación con Gaspar Marín.

Pero sus flores de retórica quedaron sin efecto. Carrasco rechazó desdeñosamente la proposición como vergonzosa para él y contraria a los intereses del Estado. Bien que ya se sintiese interiormente desamparado de toda su fuerza moral, aun creía poder contar sobre las tropas, y su negativa final fue acompañada de un gesto convulsivo de impaciencia, en vista de lo cual Cano vio claramente que era inútil perder tiempo en querer persuadirlo, y se fue a dar parte de su mal suceso a la Real Audiencia.

Justamente, a la sazón, aquel tribunal acababa de recibir de un miembro del Cabildo el parte más alarmante sobre la actitud del pueblo, actitud que denotaba indubitablemente que se acercaba la crisis tan temida, y por la cual su propia existencia iba a hallarse comprometida. En consecuencia, resolvió condenar al ostracismo al hombre que era la causa principal del desorden que crecía visiblemente, y se transportó, en cuerpo, al palacio del Gobernador.

El Regente, tomando la palabra, puso a la vista de Carrasco las imágenes más espantosas, como resultado infalible de su resistencia a la voluntad general. Los clamores que se oyen, le dijo, la conmoción que todos vemos, no son una pueril ficción y sí el estremecimiento de una fuerza potente, irresistible, que se prepara a arrancar por la raíz todos los elementos del poder de la Corona, empezando por el de Ud.

Lejos de rendirse a estas razones, Carrasco entró una discusión sobre el objeto de la demanda, a la que no podía oponer más que la conciencia de su inviolabilidad; pero contra esta objeción, que sería de mucho peso en diferentes circunstancias, el Regente le puso argumentos sin réplica que lo acosaron, y tuvo que decidirse a dejar un puesto en el que se había visto perpetuamente juguete de todos los partidos; pero, a fin de poner su grave responsabilidad a cubierto, pidió hacerlo en presencia de todos los cuerpos políticos reunidos.

En efecto, se reunió aquella memorable asamblea el día 16 de julio de 1810, asamblea que se redujo a una junta de guerra, con la Real Audiencia y el Cabildo por acompañados. Después de haber pedido a la asamblea su consentimiento, que le fue concedido, Carrasco expuso que su salud, sumamente debilitada, no le permitía entregarse al cuidado de los asuntos administrativos con la eficacia que pedían las circunstancias críticas del país, y que exigiéndolo, como lo exigían el interés de la Monarquía y la tranquilidad del país, creía oportuno el desistirse del título de presidente en favor de otra persona propia a calmar la fermentación de los espíritus. Pidió, enseguida, para ejecutarlo sin conflictos, el beneplácito de los militares que por su graduación y antigüedad tenían derecho a la sucesión del mando; a lo cual le fue respondido que aquel derecho pertenecía al conde de la Conquista, como brigadier el más antiguo, pues lo era, en efecto, de algunos meses más que el intendente de Concepción, don Luis de Álava, el único de su grado. En consecuencia, se dieron votos y todos recayeron en el conde de la Conquista, en vista de lo cual Carrasco pronunció con voz alterada su abdicación, pasando, al mismo tiempo, el bastón a manos de don Mateo de Toro y Zambrano, con gran satisfacción de la asamblea, y aplauso de una multitud de habitantes que aguardaban con ansia por este resultado delante de palacio.

Así se terminó la carrera política de aquel personaje, que la ventura sola había ensalzado a la suprema dignidad del Estado, dignidad que habría podido sostener en tiempos de buen orden y de regularidad, pero que en aquellas circunstancias, muy ciertamente, no podía menos de comprometer. Sin embargo, sin querer hacer la apología de ciertos actos de rigor y de injusticia que hubo en su gobierno, no se puede negar que Carrasco era humano y tenía probidad; pero débil y limitado, la cortedad de sus luces y la prontitud con que se acaloraba lo precipitaban a providencias las más impolíticas y opuestas a lo que exigían las circunstancias. Tan pronto se dejaba llevar indolentemente mirando con indiferencia el progreso de las ideas, tan pronto tomaba medidas exageradas de rigor contra ellas, y así siempre acababa por proporcionar alguna ventaja a los partidarios de la revolución. La suprema junta de España le había expedido el despacho de gobernador en propiedad de Chile, con fecha de 10 de febrero de 1809; pero el virrey de Perú, Abascal, que había recibido diferentes informes sobre su incapacidad, no le había dado curso. Es verdad que, por informes de la misma naturaleza, la regencia misma de Cádiz se lo quitó un año después, temblando de que pusiese las cosas en peor estado, y lo había traspasado a la Real Audiencia, que no tuvo tiempo para disfrutarlo. En resumen, el día de su caída fue para Carrasco y sus partidarios un día de duelo, como lo fue de esperanza para los demás partidos de los cuales unos contaban sobre el influjo de los numerosos deudos y aliados del nuevo Presidente en la tranquilidad pública; y otros, por el contrario, presentían, y casi creían ver la revolución realizada y dando nacimiento a una nueva era social. En cuanto al Gobernador caído, su desgracia no le quitó del pensamiento sus intereses, y aun tuvo la mala suerte de inspirar una especie de desprecio final reclamando la totalidad de los 10.000 pesos de su sueldo de presidente.

CAPÍTULO VII

Don Gaspar Marín es nombrado asesor del Presidente, y don Gregorio Argomedo secretario. Pronunciamiento de los liberales a consecuencia de un banquete en casa del conde de la Conquista. Mal éxito de los miembros del Cabildo en su proyecto de aumentar el número de regidores. Medidas que toma don José Antonio Rodríguez para impedir la instalación de la junta de que se trataba. Su cita para comparecer en casa del Presidente y su enérgica respuesta. Dificultades que encuentra la Real Audiencia para hacer jurar obediencia a la regencia de España. Interpelación del Ayuntamiento contra don José María Romo, por causa de sus sermones sediciosos.

La caída de Carrasco era, plena y completamente, obra de la Real Audiencia. Ésta fue quien la proyectó, quien esparció su utilidad y, finalmente, quien salió con ella. Lo que resta, ahora, a saber, es si consiguió lo que quería con esta especie de éxito, es decir, si aquella suprema corporación pudo atajar la reforma encerrando el movimiento en un cuadro de estrechos límites, o mediano, conforme, en fin, con los deseos y los intereses de la Monarquía.

Ya se sabe que en una revolución social apoyada en principios de derecho, de justicia y de libertad, todo impedimento se hace ilusorio, aun cuando el pronunciamiento se hiciese por una minoría débil e impotente. El carácter de estas revoluciones es el obedecer a las inspiraciones y a las necesidades de la época, y de adelantar sin volver nunca la cara. Es cierto que los progresos son lentos, casi imperceptibles y nunca jamás uniformes; pero todo esto no les impide el ser continuos, y, por lo tanto, suficientes para llegar a los límites que les señala el desarrollo proporcional de las ideas y de las luces de la nación. Ésta es la marcha progresiva de toda civilización, y esta misma marcha estaba reservada para las diferentes comarcas de América, dominada durante tres siglos por un verdadero espíritu de debilidad y de sumisión.

La Real Audiencia, al hacer nombrar el conde de la Conquista presidente del país, había querido hacer creer que cedía a los deseos del pueblo y del Partido Reformista. Era éste un medio que le habría asegurado una cooperación general, en caso de necesidad; pero tenía por fatal consecuencia el dar más atrevimiento y más pretensiones al mismo partido; porque, en las grandes conmociones populares, en las cuales los espíritus se hallan tan violentamente agitados, las concesiones son sumamente peligrosas; a la primera se sigue la segunda, y de debilidad en de-

bilidad la autoridad pierde muy luego su derecho, y, por consiguiente, su fuerza moral. Toro y Zambrano era, sin duda alguna, un personaje que por su nacimiento y sus bienes de fortuna podía ejercer el mayor influjo en el país, que lo amaba y lo consideraba. Su apego a la Monarquía era franco y sincero, y, con respecto a su carácter, era brillante en virtudes y cualidades; pero ya de edad de ochenta y seis años, ya se comprende que también tenía las que da la decrepitud. Sus alcances eran muy limitados; no tenía energía ni voluntad propia, y sus ideas, ya bastante mudables, dependían del último que le hablaba. Así lo vamos a ver, durante su corta administración, en una fluctuación continua de pensamientos y de acciones; acosado, alternativamente, por los dos partidos, y, alternativamente, sometido a sus diversos caprichos, mudando a cada instante de opinión, y concluyendo, como era de prever, por adoptar aquella cuyo símbolo era: actividad, vigor, penetración y ciencia.

El primer pensamiento de este nuevo gobernador, al entrar en el mando, fue puramente y altamente moral, manifestando la voluntad firme de reconciliar los espíritus, y de reunirlos en un mismo centro de sentimientos de afecto y de adhesión a Fernando VII. Este pensamiento podía, tal vez, haberle sido sugerido por la Real Audiencia, que tenía sumo interés en restablecer el orden, con olvido de todo lo pasado; pues a fin de hacer variar el influjo popular, atrayéndoselo a su propio favor, había mandado celebrar el nombramiento de aquel presidente con solemnes funciones, durante las cuales se esparcieron proclamas que respiraban una paz y beatitud muy propias a serenar los espíritus apocados, pero no menos opuestas a la energía necesaria para sostener debates acalorados y vehementes de progresos. De que los chilenos se hubiesen sometido, sin murmurar, a una obediencia pasiva, durante tres siglos, no se seguía que hubiesen de permanecer para siempre en aquel triste y vergonzoso servilismo. El conde de la Conquista no era para ellos el paladín de la monarquía y de su eterno sistema de inmovilidad. Lejos de eso, su título le imponía una misión mucho más importante y noble, cual era la de constituirse, como instrumento de transición, el representante de una era de fin y de renovación que tendía a dejar en olvido y borrar enteramente lo pasado, preluando a lo venidero. Era, por consiguiente, preciso, por decirlo así; apropiarse este influyente personaje, imbuyéndolo de ideas del siglo o, bien, llevarlo por la mano, como a un ciego, e insensiblemente, al fin a que lo destinaba la Providencia.

Entre los hombres de talento de la época, figuraba D. S. Gaspar Marín, aún joven y natural de La Serena, y vecindado, desde su niñez, en Santiago, donde por su mucha capacidad había ganado, en concurso, la cátedra de Leyes en la universidad, la presidencia del Colegio de Abogados y, finalmente, el título de asesor del Consulado. Pero en lo que se distinguía sobremanera era en la elocuencia brillante con que le había dotado la naturaleza. Hablaba con admirable pureza; tenía una memoria prodigiosa, a la cual debía su gran erudición, y, resumiendo en sí todas las eminentes cualidades del orador, tenía un ascendiente de persuasión tal, que ninguna opinión contraria le resistía. Amigo y consejero, ya mucho tiempo había del conde Toro, éste lo llamó a su lado, tan pronto como ascendió al gobierno para que fuese su asesor, con gran disgusto de los realistas, los cuales tenían demasiada

previsión para no temerle, por la excesiva travesura de su talento. A poco tiempo después se le asoció, como secretario del Presidente, el impetuoso y audaz Argo-medo; de suerte que estos dos ilustres patriotas eran las dos columnas de gobierno del conde de la Conquista.

La Real Audiencia no tardó en conocer que se había dado chasco a sí misma, y en sentir amargamente el haber tenido arte y parte en aquella mudanza de gobierno, adquiriendo, en breves días, el convencimiento de que el jefe que había juzgado conveniente oponer a las ideas destructoras de la revolución era un sujeto crédulo, débil, fácil de engañar, y, por consiguiente, propio a comprometer, involuntariamente, los derechos de la Monarquía. Este temor, ya bastante fundado, se hizo mucho más inquietante aún a consecuencia de un banquete que el Presidente dio a los S.S. de aquel supremo tribunal, y al cual fueron también convidados el Cabildo, los jefes militares y otras muchas personas de distinción. Todos creían (y sin duda alguna tales eran las intenciones del Presidente) que aquella reunión ofrecería una coyuntura favorable para reconciliar algún tanto los partidos; pero, lejos de eso, sólo sirvió a hacerlos, recíprocamente, más desconfiados y odiosos. En el número de los convidados había muchos que eran exaltados, y entre los cuales el doctor Vera, que acababa de llegar de Valparaíso, y que, por esta razón, se presentaba adornado de la aureola de gloria, ganada en su injusto destierro.

Al principio de la comida, sin embargo, su lenguaje era puramente jovial, alegre, agudo y picante, pero, muy pronto, animado por las miradas expresivas de los patriotas y el recuerdo de las persecuciones que acababa de padecer, su agudeza se cambió en indirectas mordaces contra la Monarquía, y en sátiras contra los corifeos del Partido Realista. Su verbosidad seductora no tardó en cautivar la mayor parte de los convidados, y, desde luego, la conversación degeneró en discusiones políticas las más ruidosas, y casi tumultuosas. Por más que el Presidente y algunos oidores manifestaban su desagrado, se rompieron los diques de la circunspección y todos hablaban en términos y de manera que no se oían ya más que pullas e invectivas contra la administración²⁶ colonial y contra las injustas pretensiones del gobierno.

Don Francisco Antonio Pérez, especialmente, las ridiculizaba con la más salada agudeza.

Marín, sabio y purísimo lógico, demostraba cuán absurdas eran, y vencía todas las opiniones contrarias, a medida que hablaba.

Fernando Errázuriz no reparaba en predecir claramente la ruina total de España, y aseguraba que al dejar el trono Fernando VII se había llevado tras sí, y para siempre, a toda su posteridad.

Eyzaguirre, respirando convencimiento, hacía la apología del movimiento revolucionario de Buenos Aires, y sostenía con calor y obstinación el derecho que habían tenido aquellos habitantes de constituir una junta gobernadora. En este particular, el que más lo apoyaba era José Miguel Infante, hábil abogado, el cual aunque joven, ya dejaba ver, en sus gestos y lenguaje, el carácter audaz y firme de un verdadero tribuno.

²⁶ Conversación con don José Miguel Infante.

En vista de un pronunciamiento semejante, que manifestaba tan a las claras las miras secretas y la ambición de los revolucionarios, la Real Audiencia comprendió que la presidencia de aquel Gobernador no sería más que un campo de batalla que iba a disputarse los dos influjos contrarios, como un estribo para subir al poder; y, asaltada de tristes presentimientos, no vio más recurso contra tamaño mal que el que podía ofrecer la firmeza inflexible de sus propios actos. En consecuencia, usó de todos los medios que estaban a su alcance para contraminar las asechanzas del partido novador.

Justamente, en aquel mismo momento el Ayuntamiento pedía se nombrasen seis regidores más, so pretexto de que eran necesarios para desempeñar todas las tareas que las circunstancias imponían; y los oidores, no viendo en aquella demanda más que un medio disimulado de alcanzar una mayoría para sus fines, consiguieron, por medio del fiscal, que fuese desechada, como también que se impidiese una gran reunión que los descontentos habían proyectado con el objeto de protestar enérgicamente contra aquellos impedimentos, y aun de pedir con osada determinación la instalación de una verdadera junta.

En efecto, José Miguel Infante decía públicamente que dicha instalación se verificaría muy pronto, y su aserción se acreditaba tanto más, cuanto ocupaba el puesto de procurador de la ciudad que acaba de dejar Argomedo. Con su entusiasmo patriótico, Infante no sabía hablar de otra cosa, no tenía más conversación que aquélla, y cuando oía decir que algunos miembros del clero intrigaban en favor de la Monarquía, no podía impedirse de mezclar en sus coloquios palabras insultantes para los que, en su opinión, debían su poder y el temor que inspiraban a la ignorancia y a la credulidad de un pueblo acostumbrado a dejarse engañar durante muchos siglos. Indirectamente, semejantes palabras eran dirigidas contra nuestra santa religión, y no podían menos de sobresaltar al clero, que ya se sentía bastante desasosegado con las ideas impías de que hacía alarde la juventud. Éste fue, sin duda, el motivo por el cual don José Santiago Rodríguez juzgó muy conveniente el tomar, como vicario capitular, la defensa de la religión misma, en la persona de Fernando. Bien que fuese un acendrado realista, sólo pensaba, en aquel instante, en los riesgos que corría el catolicismo en América, que se hallaba casi amenazado por un verdadero cisma, debido a las ideas desorganizadoras de la época, y su conciencia le dictaba que el Monarca sólo podía detenerlo al borde del precipicio.

Con este convencimiento, y con ayuda de algunas personas pías y timoratas como él, escribió a todos los curas de su diócesis una circular llena de exhortaciones a la fidelidad y apego debido a la Monarquía, mandándoles, al mismo tiempo, que empleasen todo su poder para que cada uno hiciese firmar la suya por el subdelegado, y por el mayor número posible de habitantes del campo, los cuales prestaban aún entera obediencia a los ministros del culto.

El Cabildo, que tuvo noticia de dicha circular, y de la cláusula especial contenida en ella, recomendando no cambiasen nunca, ni bajo pretexto alguno, de gobierno, no vio en ellas más que un abuso del ministerio sacerdotal, y una invasión de la influencia religiosa en el interés exclusivo de un partido político. Alarmados por la perspectiva de los resultados que podía tener aquel plan de resistencia, los cabildantes

resolvieron pedir al Gobernador su mediación para oponerse a él, y nombraron, sin pérdida de un momento, cuatro diputados²⁷ para ir a citar ante la autoridad de aquel primer magistrado al imprudente sacerdote que les inspiraba aquellos temores.

Fue la diputación a palacio, y José Miguel Infante, como procurador de la ciudad, tomó la palabra y expuso los graves inconvenientes y riesgos que podrían surgir para la tranquilidad pública de permitir circulasen escritos que, para él, no podían tener más objeto que el entregar el país a la princesa Carlota, como era fácil averiguarlo registrando la correspondencia y papeles del Vicario.

Bien que estas palabras hubiesen sido dichas con modo respetuoso, Rodríguez respondió en términos que denotaban la irritación que le habían causado, expresando con indignación su extrañeza de verse acusado de conspiración en favor de una princesa, ya, por decirlo así, considerada como extranjera a España; y sobre todo, de que se quisiesen profanar con mano sacrílega escritos inviolables, por la santidad de su ministerio. Finalmente, apurado por lo odioso de aquellas suposiciones, y fiándose a inocencia, pidió, él mismo, la ejecución de aquel acto arbitrario, y el permiso de someter al juicio de la opinión pública algunas cartas que acababa de recibir, y en las cuales se vería si los habitantes de Rancagua, y de otras muchas partes, eran del mismo bando que el Cabildo, siempre dispuesto, a lo que parecía (añadió él), a sacrificar el bien público a novedades tan quiméricas como fatales al mantenimiento universal de la fe.

Esta respuesta, tan enérgica como expresiva, y debida probablemente al estado de exasperación en que se hallaban el clero y los realistas, dio buenas esperanzas a los señores de la Real Audiencia, que, justamente, deliberaban, a la sazón, sobre los términos en que debía ser reconocida la regencia de Cádiz, ya reconocida, según anunciaban los pliegos que acababan de llegar, por casi todas las provincias de España. El Regente opinaba que aquel reconocimiento debía de hacerse con funciones y regocijos públicos, tan propios a entusiasmar al pueblo, y el Presidente, previo el parecer del fiscal, había adoptado la misma opinión. Pero alarmado por ruidos inquietantes que el viento del Cabildo le susurraba, no tardó en retractarse, o, lo que es lo mismo, quiso diferir hasta el día 21 para recibir en su propia casa, y sin ninguna especie de aparato ceremonial, el juramento que los miembros del Cabildo querían evitar a toda costa. No reflexionaba el Presidente que, por el hecho de ceder tan fácilmente a las sugerencias de los partidos patriotas, mostraba un carácter débil y versátil, que muy pronto le haría mudar de parecer dejándole caer en un sistema penoso de variaciones, de alternativas y de incertidumbre, según se fiase en las apariencias de un interés legítimo y posible de cada partido.

De esta retractación se siguieron pretextos más o menos vanos, y, por la misma razón de la gran importancia de la discusión, la indecisión del Presidente se hizo más difícil de vencer. Durante muchos días, le fue imposible el fijarse en una idea racional. Tan pronto inclinaba a un lado, tan pronto a la parte opuesta, y, en medio de estas oscilaciones de su espíritu, las corporaciones eclesiástica, legislativa y militar, reunidas en su casa el 23, le hicieron salir al son de cajas, y le llevaron, casi por

²⁷ Los SS. Larraín, Pérez, Errázuriz e Infante.

fuerza, a la plaza Mayor, donde fue finalmente proclamado el supremo congreso de la regencia de España. Si se ha de dar crédito a los ruidos que corrieron sobre aquel acto solemne, el Presidente había obedecido tan maquinalmente al impulso forzado que había recibido, que su indecisión había sido la misma en todo el tránsito de su casa a la plaza.

Pero, lejos de dar fuerza y vigor a los realistas, aquel nuevo triunfo de la Real Audiencia no sirvió, al contrario, más que a apresurar el momento de su caída, excitar a los patriotas a emplear todos los medios de salir adelante, y a luchar para conseguirlo, puesto que no les quedaba más recurso. Además, desde que la religión se había hecho el elemento moral del partido contrario, la cuestión de la junta era mucho más difícil de resolver, porque esta circunstancia embarazaba tanto más su política, cuanto los principios religiosos, que servían de principal apoyo a la política opuesta, ejercían un poderoso influjo, y la forzaban a rebatir los argumentos, de difícil réplica, de que se servía el clero, sobre todo el regular, cuyos religiosos predicaban en los púlpitos, no sólo con apasionada desenvoltura sino, también, con temeridad, contra el movimiento revolucionario. No contentos con inculcar a sus oyentes la fidelidad al Monarca, como defensor de la religión cristiana contra los peligros que la amenazaban, llenaban de espanto y terror su débil credulidad con odiosas calumnias contra sus enemigos, o, como ellos los llamaban, contra los visionarios cuyas ideas turbulentas tendían necesariamente a sumergir el país en un caos de ruinas, por medio de la anarquía y de la impiedad.

Al cabo, el Ayuntamiento, juzgando que aquellos sermones, demasiado frecuentes, eran no sólo contrarios al buen orden sino, también, al verdadero espíritu de la Iglesia, pidió que el P. José María Romo, uno de los más diestros y osados predicadores, compareciese ante el Presidente para responder a los cargos que se le hiciesen. A la cabeza de la diputación encargada de esta demanda se hallaba el procurador de la ciudad, que era el mismo José Miguel Infante, el cual desarrolló, en aquella ocasión, su carácter distintivo de rígido tribuno. Después de algunas palabras de puro preámbulo con el Presidente, Infante entró en materia, demostrando, con la gallarda elocuencia de que estaba adornado, los graves inconvenientes que había en tolerar se introdujesen discusiones políticas en el santuario de la religión; y luego, volviéndose al padre, le manifestó que en lugar de llenar el corazón de sus oyentes de sentimientos de odio, tan contrarios a la ley de su santo ministerio, debería seguir los preceptos de caridad del Evangelio, procurando calmar las pasiones, apaciguar animosidades y atenuar toda causa de discordia; porque (añadió él) la misión de un ministro de paz es rogar al espíritu santo se digne alumbrar al pueblo para que conozca sus verdaderos deberes de unión, de amor y de libertad; y, al pronunciar la última palabra, se expresó con mucha más fuerza, dando a entender que aquel derecho, inherente al cristianismo, sería, de allí en adelante, inseparable de todos sus pensamientos y acciones²⁸.

Por su edad, el Presidente se inclinaba de corazón al partido del clero; porque, al llegar al término de la vida, el hombre se hace naturalmente timorato, pruden-

²⁸ Conversaciones con don José Miguel Infante.

te y, sobre todo, enemigo de todo conflicto propio a comprometer el fin de su carrera. Los patriotas, que conocían su debilidad y la inconstancia de sus ideas, convinieron en que era preciso dar, sin pérdida de tiempo, el último golpe, puesto que habían empezado a descubrir la cara, y obrar decididamente. Éste era el pensamiento de la junta de Buenos Aires, siempre perseverante en llevarlos por aquel camino, como también lo era de don Antonio Hermida, don Ignacio Carrera, don Juan Henríquez Rosales y de otros muchos, tanto miembros del Ayuntamiento como de fuera de esta corporación, los cuales se hallaban imbuidos de los debates que había en sus reuniones, principalmente en las que tenían en casa de Manuel Cotapos, Agustín Eyzaguirre, Diego Larraín y otras, que eran verdaderos *clubs* de la revolución chilena. Por otra parte, el movimiento que intentaban operar se apoyaba en los más bellos principios de derecho y de justicia, y no podía menos de cautivar los ánimos de todas las clases. Hasta el mismo Presidente, rodeado, como lo estaba, de patriotas los más entusiasmados y convencidos, se sentía seducido, y, en su familia, que era numerosa, sólo doña Josefa Doumont, nuera suya, pensaba con afecto a la Monarquía, porque era oriunda española, y, por consiguiente, del partido de sus compatriotas. Pero, ¿si sostenía con celo y tesón el interés de este partido, qué podía hacer contra las fuerzas poderosas que precipitaban el movimiento? Nada, y así sucedió que no tardó en tener que alejarse para no presenciar sus inevitables resultados.

CAPÍTULO VIII

Desesperación de los realistas al ver los progresos de la revolución. Procuran levantar algunas tropas a sus expensas. Pasos que dan para ganar al Presidente a su partido. Indecisión de este jefe e inconstancia de sus opiniones. Al fin, toma partido por los liberales, y al anuncio de la llegada del general Elio de Montevideo a Chile, como presidente, se decide por la instalación de una junta suprema. Competencia que tiene con la Real Audiencia. Desasosiego de los diferentes partidos. El Ayuntamiento reúne en los arrabales casi todas las milicias de los contornos de la ciudad. Último esfuerzo de la Real Audiencia para impedir la convocación de una junta.

La determinación irrevocable de los patriotas era el suplantar, por una junta nacional, el gobierno absurdo que los había avasallado hasta entonces, y aniquilar, de una vez, la triple resistencia representada por la ostentación de poder, la sumisión y el interés; o, en otros términos, por la Real Audiencia, el clero y los españoles. Ya muy debilitados por la corriente impetuosa de las ideas revolucionarias, y reducidos, por la pérdida de su influjo, a una minoría impotente, los realistas quisieron, sin embargo, hacer un esfuerzo, procurando rechazar todo pronunciamiento insurreccional por la fuerza de las armas. Desgraciadamente para ellos, el número de los soldados, con que creían poder contar, había disminuido mucho, y, por colmo de desgracia, también temían que hubiese insubordinación en la compañía de artilleros, considerada, hasta entonces, como batallón sagrado, áncora de esperanza y de salvación.

En efecto, el comandante Reina, en cuya fuerza descansaban todas las esperanzas, manifestaba, sobre el particular, los más inquietantes presentimientos; llevado, por una parte, de sentimientos racionales de libertad, y temiendo, por la otra, que se introdujese la desmoralización en sus tropas, no cesaba de quejarse de la impotencia de las milicias, que, por su corto número (según él decía), nunca podrían resistir a la terrible tempestad que se preparaba. Éste fue el motivo por el cual Manuel Antonio Talavera persuadió a los generosos patriotas, defensores de la causa real, a que pusiesen en pie, a sus expensas, algunas compañías con las cuales pudiese contar, como lo hicieron con el mayor entusiasmo, prestándose noble y voluntariamente todos los realistas a cuantos sacrificios fueron necesarios. En muy pocos días, se contaban más de sesenta suscriptores, unos por tres soldados, otros por cinco, y hubo suscriptores que suscribieron por diez, que habían de ser equipados y sostenidos por ellos. Nadie puede saber en qué hubiera parado aquel

arranque, si el Presidente, por instigación del Cabildo, no se hubiese opuesto abiertamente a él, amenazando con severas providencias a don Roque Allende, que era uno de los comisarios de la suscripción.

Los preparativos de armamento y de defensa, junto al estado de agitación de los ánimos, no podían menos de turbarlos y de darles materia a serias reflexiones, sobre todo en una ciudad, donde, desde el principio de la Conquista, no se había oído un tiro, a no ser en regocijos públicos, y, las más veces, en honra del advenimiento de un monarca, o de la llegada de un gobernador. Todos se preguntaban a sí mismos en qué vendría a parar, cual sería el fin final de una libertad que pocos comprendían, rechazada imperiosamente por el clero, y, por otro lado, proclamada como aurora de los progresos, y como precursora de prosperidad y de felicidad futuras. Los entendimientos cortos, subyugados por el prestigio de la fe, y por sentimientos de temor, de indiferencia y de moderación, veían aquel tumulto con gran zozobra, al paso que las clases inferiores, naturalmente inclinadas a la licencia y al desorden, hallaban en él toda su existencia, y todos los elementos de desarreglo que convenían a sus vulgares sensaciones. Los motores de la insurrección sabían muy bien que, favoreciendo la inclinación de las masas, tendrían en ellas un poderoso auxiliar para conseguir, por medio de la fuerza, cuanto era negado a la razón; pero había, en esta conducta, algún riesgo, y algo de demagógico, que era indispensable evitar, o, a lo menos, moderar con bastante vigor para no verse arrojados afuera de los límites de sus sinceras intenciones. Al mismo tiempo, era de su deber el dar un semblante de legalidad al movimiento, haciendo cómplice de él al mismo Presidente, de modo que aprobase ciegamente y sin censura todas las resoluciones que saliesen de su club. Por este medio, evitaban convulsiones violentas, y la revolución se realizaba bajo el patronato, casi directo, del Jefe del Estado.

Pero los realistas que vigilaban, siempre alerta, los pasos de los patriotas, comprendieron muy luego que su propio interés exigía que también ellos atrajesen a su partido al Presidente, a pesar de la especie de repulsión que les causaba; porque, en efecto, lo consideraban, en cierto modo, como una ciudadela que era preciso atacar sin descanso y hacerle brecha para que no cayese en poder de sus enemigos, porque, dirigiendo así sus tiros, agotarían los cortos restos de fuerza y de actividad que les quedaban.

Justamente a la sazón, llegó una noticia que no podía menos de decidir la cuestión, en atención a que suscitaba grandes debates entre los dos partidos. Carrasco, como lo hemos dicho ya, había sido denunciado en Cádiz como un hombre sin energía, sin talento y totalmente incapaz de resistir a las ideas turbulentas del siglo. Uno de los primeros cuidados de la regencia gobernadora fue llamarlo a España reemplazándolo por el general don Francisco Javier Elio, militar de nervio y de resolución, y, por consiguiente, dispuesto a cortar, a toda costa, los vuelos a los enemigos de la Monarquía. Su viaje por Buenos Aires daba lugar a los patriotas para operar la revolución, pero al mismo tiempo los obligaba a anticipar su plazo, y se aprovecharon de la agitación que reinaba, después de algunos días, en diferentes barrios de la ciudad, para dar a entender al Presidente cuan inoportuno y peligroso sería el desistirse del poder en favor de un extraño que no ofrecía garantía alguna a

la tranquilidad del país. Y, luego, lisonjeando su vanidad y orgullo, le aconsejaban hiciese abortar todos aquellos fatales proyectos, y proclamase la instalación de una junta gobernadora, cuyo presidente perpetuo sería él mismo, de derecho.

Estas insinuaciones, hechas con reserva en momento oportuno, se manifestaron al público el día 12 de septiembre, día en que los desórdenes, que iban creciendo, exigieron una reunión de las primeras corporaciones en casa del Presidente. En presencia de la Real Audiencia, y de los comandantes militares, no dudó el alcalde don Agustín Eyzaguirre asentar que ya había llegado el momento de seguir el ejemplo de España, nombrando una junta capaz de adoptar medidas enérgicas para rechazar toda invasión, en caso de ataque, a fin de conservar el país a su amado Fernando VII. Probó, enseguida, que el derecho de propia conservación era el más justo, y aun también un deber el más solemne que tuviesen que llenar; y, en este particular, el Alcalde estaba apoyado, con vivo tesón, por todos los demás miembros del Cabildo, principalmente por don Fernando Errázuriz, el cual añadió que excluyendo aquel sistema de gobierno, de hecho, al brigadier Elio de la presidencia, como también a su asesor don Antonio Garfias, era un deber para ellos el escribirles a Montevideo para ahorrarles la fatiga de un largo e inútil viaje.

Esta proposición fue aceptada, sin dificultad, por el conde de la Conquista; pero su indecisión no le permitió resistir a las respuestas diestras del Regente, el cual trató de probar que por la misma razón de haber jurado obediencia y fidelidad al supremo consejo de regencia no tenía especie alguna de derecho para alterar sus decretos, y, por consiguiente, no podía negarse a recibir la persona que había sido nombrada para ir a dirigir los asuntos, tan delicados como enredados, de aquella capitania general; y que, en cuanto a la constitución del país, la responsabilidad que había tomado de conservarla en toda su integridad era tanto más grave, cuanto la había jurado delante de Dios sobre los santos evangelios. Enseguida, el Regente pasó a probarle que el público tenía mucha más aprehensión de las vanas y quiméricas especulaciones de los patriotas, que de una invasión enemiga, a la sazón, sobre todo, que la reina de los mares, Inglaterra, combatía en favor de la madre patria; y que, para tranquilizarlo completamente, bastaría publicar un bando anunciando la firme resolución de no hacer mudanza alguna que pudiese causar el menor perjuicio a los intereses del Rey, y dejando entrar, sin oposición, al valiente y sabio General que España les enviaba para su bienestar y reposo²⁹.

Los principios de derecho, de justicia y de religión en que el Regente se apoyaba, y los hábiles comentarios con que los oidores corroboraban sus razones, pusieron al Gobernador en un nuevo conflicto de dudas y temores y lo echaron otra vez a la banda de la Real Audiencia, pues aceptó la publicación del bando que le proponían, y que el oidor Concha se encargó de extender aquella misma noche.

Bien que los miembros del Ayuntamiento fuesen muy opuestos a este nuevo rasgo de versatilidad del Presidente, no obstante no tuvieron por conveniente empeñarse en disputas, en presencia de la Real Audiencia, por temor de molestar demasiado al que, en resumidas cuentas, había de aplanarles el camino para llegar

²⁹ Archivos del gobierno, etc.

a sus fines, y prefirieron diferir hasta el día siguiente el hablarle con ánimo sereno, y bajo el influjo de algunos canónigos dignos de su mayor aprecio, y, por lo tanto, capaces de quitarle el temor que tenía de faltar a sus deberes de religión y de fidelidad. Después de haberle preparado, por medio de algunas personas de su confianza, obtuvieron de él para aquel día, 13, una nueva reunión a la cual asistieron, además de los miembros del Ayuntamiento, dos canónigos, otros dos sacerdotes y cuatro habitantes de distinción, a saber, dos españoles, don Fernando Márquez de la Plata, del supremo consejo de S.M., y el prior del consulado don Celedino Villota, y dos chilenos, el coronel de milicias don Ignacio Carrera, y el cónsul don Joaquín Gandarillas. En cuanto a los coroneles Olaguer y Reina, que, igualmente, habían sido convocados, fueron también, pero luego se retiraron.

Después de algunas discusiones sobre los peligros, cada día más inminentes, de la patria, y sobre los desórdenes continuos de la ciudad, don Celedino Villota, ya animado de un puro espíritu de libertad, demostró la necesidad de cortar el mal de raíz, y en su origen, porque, de otro modo, no podía asegurarse la deseada paz, y que siendo esta la cuestión: si podría o no hacerse junta de gobierno arreglada a las que han celebrado las provincias de España para mejor defensa de la patria, sujeta al superior gobierno de regencia, sin innovación de las leyes, ni de las autoridades constituidas, debía tratarse y decidirse este punto, y que su resolución sería lo que aquietaría al pueblo, que sólo por la diversidad de opiniones se halla tan desorganizado.

Todas las personas presentes fueron del mismo parecer, y el procurador de la ciudad añadió que aquella medida muy legal, puesto que las provincias españolas habían dado el ejemplo de ella, debía de llevarse a cabo con la mayor formalidad y brevedad, a no ser que se considerase a Chile como un país absolutamente esclavo, e indigno o incapaz de gobernarse a sí mismo. Dichas estas palabras, tomó el bando, que el Regente acababa de enviar a la firma del Presidente, e indicó en él artículos que no podían obtener su aprobación, entre otros uno que imponía pena de la vida a cualquiera que se atreviese a proponer o insinuar la menor innovación en la organización política del país.

Este discurso, hecho con firmeza, y que no tuvo oposición seria, produjo el mejor efecto, cortando el hilo de que pendía la voluntad del Presidente, y quitando a éste la especie de repugnancia que había manifestado siempre, cuando se había tratado de tomar una determinación. Decidido, en fin, a seguir los consejos de sus compatriotas, mucho más interesados en la suerte del país, declaró solemnemente que no sólo el bando no sería publicado sino que, también, estaba resuelto a convocar cabildo abierto para tratar con la mayor solemnidad posible, en una asamblea imponente, compuesta de los habitantes de más influjo, en lo civil, eclesiástico y militar, un asunto tan grave y de tanta importancia. Al efecto, se resolvió enviar a las personas convocadas una esquila de convite, del tenor siguiente:

“Para el día dieciocho del corriente espera a Ud. el muy ilustre señor Presidente, con el ilustre Ayuntamiento, en la sala del Real Tribunal del Consulado, a tratar de los medios de seguridad pública, *discutiéndose* allí qué sistema de gobierno debe adoptarse para conservar siempre estos dominios al señor Fernando VII”.

Esta nueva, que se esparció muy pronto por la ciudad, tal vez exagerada por el temor de una resistencia armada, produjo una gran sensación en ambos partidos, particularmente en el de los realistas y españoles los más interesados en el mantenimiento del orden. En cuanto a la Real Audiencia, ésta no pudo ver sin estremecerse todos sus planes de salvación anonadados, y la imposibilidad en que se hallaba de reconquistar el favor del Presidente, tan fuertemente influido, en vísperas de un pronunciamiento que amenazaba con cambios y desorganización. En la última entrevista habían hecho el mayor esfuerzo para ganarlo, pero había sido el último, puesto que habían tocado el terrible registro de las penas de sacrilegio contra cuantos desobedeciesen a su Rey, como jefe temporal, cuyos poderes según ellos emanaban directamente de Dios. Por consiguiente, sería inútil cuanto quisiesen hacer después; pero, no obstante, atemorizados por aquella gran crisis, resolvieron pasar un oficio al Presidente en el cual renovaban cuando le habían dicho ya, tan pronto en lenguaje amigable e insinuante, tan luego amenazándole con las terribles consecuencias del conflicto que iba a levantarse entre los partidos y protestando altamente, protesta en que hicieron entrar a los padres de la Merced y de San Agustín, los cuales no habían podido conseguir, por más que lo habían pedido, el asistir a aquella asamblea. Todos aquellos oficios y protestas no produjeron efecto alguno en el espíritu, ya determinado, del Presidente, bien que a la verdad, por prueba de que no obraba por obstinación sistemática, mandó mudar la cláusula de la esquila que parecía haber dado más que pensar a la Real Audiencia, por manera que, borrando en dicha esquila todo lo que tenía relación con el sistema de gobierno, quedó su tenor reducido y se imprimió en los términos siguientes: “Para el día dieciocho del corriente a las nueve de la mañana, espera a Ud. el muy ilustre señor Presidente con el ilustre Ayuntamiento, en las salas del Real Consulado, a consultar y decidir los medios más oportunos a la defensa del reino y pública tranquilidad”.

Mientras que el Presidente y la Real Audiencia discutían de esta manera la necesidad y los riesgos de una gran asamblea, embozándose cada uno, a su modo, en el manto de César, como pretexto o de buena fe, de una entera sumisión a su amado Fernando, el pueblo se hallaba en la mayor conmoción. En la plaza, como en los diferentes barrios, se veía una ansiosa agitación, y ya las pasiones de los turbulentos empezaban a manifestarse y a infundir temores y zozobra en los corazones pacíficos. Santiago parecía atormentado por el genio de la maldad. Todos salían de sus casas armados con sables, puñales o pistolas, llenos de desconfianza unos de otros, y dispuestos a defenderse o a atacar. Por la noche, había muchos más corros y muchos más turbulentos. Los patriotas se reunían en casa de Larraín, de Eyzaguirre, y los realistas principalmente en la de Aldunate. En estas especies de *clubs* no se trataba más que del estado crítico del país. Algunas veces, había mociones para evitar sus consecuencias, y, de una y otra parte, se enviaban parlamentarios a proponer una junta de reconciliación; pero las condiciones que proponían unos, y la mala voluntad de otros, no permitían el concluir nada de bueno. ¿Cómo era posible que la razón ejerciese su santo ministerio, cuando los corazones se hallaban envueltos en una atmósfera de tempestades morales, conse-

cuencia del último aliento de una vida de vasallaje, que iba a expirar sofocado por una nueva civilización? Lejos de eso, muchas veces procuraban dañarse, intimidarse y aun engañarse, pues en medio de estas proposiciones los europeos tuvieron el atrevimiento de tramar un *complot* con el objeto de apoderarse del parque de artillería, para dirigir sus tiros contra el Consulado, si realmente se verificaba la instalación de una junta. Este *complot*, lo que es más, había ya empezado a ejecutarse por más de doscientos realistas, y, probablemente, habría llegado a sus fines, si el Ayuntamiento no hubiese recibido aviso, a tiempo, del riesgo, por dos de sus espías, lo cual lo puso en la rigurosa necesidad de tomar medidas de represión, y de multiplicar patrullas por la noche, mandadas por dos principales personajes, Carrera y Rosales. Con cincuenta hombres montados cada uno, éstos recorrían todos los barrios y arrestaban todos cuantos eran sospechosos, de cualquier clase o condición que fuesen, y los enviaban al cuartel, de donde no salían hasta que se tomaban informes sobre su conducta e intenciones. Gracias a este buen servicio, el desorden no llegó a los límites extremos que se temían, y, realmente, no hubo ni violencia ni excesos; pero a medida que el 18 de septiembre se acercaba, la fermentación crecía, y el Ayuntamiento tuvo que redoblar de vigilancia, valiéndose del derecho de policía que le daba su constitución. En consecuencia, y de acuerdo con el Presidente, mandó venir a Santiago el mayor número posible de milicianos, los acampó en los arrabales, nombró de ayudante mayor de la plaza al capitán de ingenieros Mackenna y se hicieron transportar los cañones al cuartel de San Pablo, escoltados por ciento cincuenta hombres. Dos piezas, cargadas a metralla, fueron puestas en batería en la plaza, y las demás en el zaguán.

La Real Audiencia, sintiéndose desmayar a la vista de aquel aparato de fuerzas y de resolución, aún quiso hacer un esfuerzo por medio de otro oficio que pasó al Presidente, prediciéndole todas las desgracias que iban a caer sobre el país, y de las cuales él sólo sería responsable a los ojos de Dios y de su Rey. Además le persuadía a que no hiciese novedad alguna, de ínterin su desgraciada patria estaba en lucha contra el tirano de Europa.

“Así lo desean, decía la Real Audiencia, la mayor parte de los habitantes de la población, como con demostración lo verá V.S. si saliese un señor alcalde de cuartel con un individuo del ilustre Ayuntamiento, el cura párroco y un ministro de la fe, a exigir los votos de los padres de familia. Son muchos los que gimen, lloran y se lamentan de los males que amenazan a la patria, y sienten ver solos y desamparados a los ministros que componen este tribunal, de su presidente, protector, padre y compañero, sujetos a innumerables calumnias, ultrajes y desprecios. No los intimidan por un instante los males de que se ven amenazados, y si V.S. cree que con abandonar sus cargos y retirarse de la capital se remedian las desgracias públicas, sin pérdida de un instante hágaselo V.S. saber para ejecutarlo: será la primera vez que en materias pertenecientes al bien del Estado se apartan las reales audiencias de sus jefes, pues cualquier disconformidad en materias tan sagradas cubre a alguno de horribles manchas y enormes delitos, porque deben ser los espejos de la fidelidad en los deberes al Rey, que representan, y sus pueblos. Por último, señor, ya no tiene recurso que apurar este tribunal; reitera sus protestas

y clamores; espera que V.S. tomará aquellas providencias que sean del agrado de Dios y del Rey; y si nada de lo expuesto alcanza, y ha de celebrarse el congreso, presídalo V.S., no permita establecimientos de junta y dé orden a los jefes militares que no obedezcan a esta nueva autoridad, si se establece”³⁰.

El Presidente no participó de los temores de la Real Audiencia, y convencido de que la fermentación de la ciudad no tenía más origen que la dilación del establecimiento de aquella gran asamblea, y de que no cesaría hasta que estuviese finalmente instalada, pensó en convocarla a la mayor brevedad posible, antes que el ruido que corría de la arribada de algunos buques extranjeros al mar del sur se realizase. Habiéndose mantenido siempre fiel al Rey, y no habiendo manifestado nunca la menor tendencia en favor de la independencia del país, el Presidente obraba a cara descubierta firmado con verdadera hombría de bien las respuestas y oficios que se pasaban al Regente, sin sospechar en manera alguna que desquiciaba el poder absoluto. Se puede decir con verdad que en la conciencia con que obraba había más sentimientos que razón, pues tenían su origen en su mismo corazón, y éste, en todos tiempos, se hallaba exento de remordimientos de injusticia o de ingratitud. Bien que en sus frecuentes reuniones se tratase a menudo de la prosperidad futura del país, para él esta cuestión no era más que un sueño, o más bien un misterio que la Providencia cubría de un velo impenetrable. Por consiguiente, si abrazó la causa de la libertad, fue más por persuasiones que se le hacían que por propio convencimiento, ofreciéndole un auxilio poderoso y cierto, a pesar de la inconstancia fatal de sus opiniones. Es verdad que a su lado había hombres del mayor mérito, que no cesaban de infundirle sus ideas y que le impelían, a pesar suyo, en el sentido que se necesitaba para alcanzar sus fines. Éstos eran Gaspar Marín, Argomedo, Eyzaguirre, Infante y otros muchos grandes patriotas, que interpretaban el movimiento bajo un punto de vista distinto, considerándolo como un acontecimiento que emanaba de la Providencia y no como parto de una pura casualidad.

En efecto, como ya lo hemos visto, esta revolución databa sólo de un año, y a su nacimiento había precedido una de estas grandes conmociones que ponen en acción al entendimiento, a la reflexión y al interés, y animada, muy luego después, por sus primogénitas las repúblicas de Venezuela y de Buenos Aires, se puso en movimiento, aunque lentamente y con pasos poco firmes. Los principios que proclamaba eran demasiado opuestos a las costumbres del país para no ser objeto de ataques y repulsas. La Real Audiencia, como se ha visto, se presentó armada de todo su prestigio, de su ciencia y de sus leyes tan antiguas como inmutables. En el punto en que vio la sociedad chilena agitada por peligrosos novadores, empleó todo su conato en descubrir sus fines y hacerles imposible el que los consiguiesen. Para esto, invocó, alternativamente, la autoridad suprema de reales cédulas, y luego el honor, la responsabilidad personal, las amenazas, protestas y, finalmente, los santos evangelios, que están siempre a la disposición de los que tienen la

³⁰ Véanse los documentos.

imprudencia de servirse de ellos para sus miras particulares, llenando de temores el espíritu crédulo de la multitud. En este punto, los realistas se sirvieron de ellos, sobre todo al principio, con un juicio digno de una época menos adelantada³¹. En toda la república el clero, los regulares y los misioneros estuvieron constantemente encargados de intervenir con su santo ministerio para cortar el vuelo a las ideas liberales; y, en Santiago, habían alarmado a las apacibles religiosas en tales términos, que el gobierno se vio en la necesidad de ir a tranquilizarlas convenciéndolas de la verdad, sin fingimientos.

Por fin, todos estos gritos y ruidos, tan tumultuosos al principio, se apaciguaron poco a poco, y tomaron el carácter de puro susurro y de melancolía denotando el estado de desmayo de un poder agonizante que da el último suspiro de su existencia.

³¹ En un documento que tenemos a la vista, vemos que sólo el colegio de Chillán anunciaba, durante estas conmociones y en los principios de la guerra, cincuenta y dos misas cantadas, muchas de ellas con sermones, dos procesiones generales, ciento treinta misas rezadas y muchos novenarios públicos, etc.

CAPÍTULO IX

Reunión electoral en el Consulado. El conde de Toro entrega las insignias de gobernador al pueblo soberano. Discursos de su secretario y del procurador de la ciudad. Instalación de la Junta Soberana, y personas que la compusieron. Regocijos públicos. La Real Audiencia forzada a jurar obediencia a la Junta, y sus circulares a los subdelegados de las provincias. Principios de fusión entre los partidos; tendencia del clero y de los realistas a adoptar las ideas de la revolución.

Apenas los primeros albores anunciaron la venida del día 18 de septiembre, cuando ya se manifestó en todos los barrios de Santiago una gran agitación. La llamada de cajas de guerra, a la que los soldados y milicianos acudían de todas partes, parecía también querer despertar a los ciudadanos para que se preparasen a asistir, unos como espectadores, y otros como actores, al gran drama que iba a emancipar el país, dar soberanía y nuevo ser a sus habitantes y asociarlos a todos los actos legislativos, como miembros de una nación libre e independiente.

Por orden del Presidente, las tropas habían ocupado muy de mañana sus respectivos puestos. El regimiento de la Princesa, bajo las órdenes de don Pedro Prado, ocupó toda la extensión de la cañada, comprendida entre San Diego y San Lázaro; el del Príncipe, mandado por el marqués de Montepío, fue dividido por compañías, tres de las cuales ocuparon las cuatro avenidas del Consulado, mientras las demás se encargaban simultáneamente de mantener la tranquilidad en la ciudad, y de la guardia del cuartel de San Pablo. En la plaza Mayor, había tomado posición el regimiento del Rey, en comunicación, por medio de la compañía de línea de Dragones de la Reina, con la de Dragones de la Frontera, establecida en la plazuela del Consulado, al mando de don Juan Miguel Benavente, plazuela donde se hallaban el comandante general de las armas don Juan de Dios Vial Santelices y sus dos ayudantes, con orden de contener al populacho, y, sobre todo, de vigilar los facciosos para impedirles de turbar el orden de aquella solemne y augusta función³².

Las personas con papeleta de convite eran las solas que podían atravesar los dos cordones de tropas que guardaban las cercanías del Consulado, y entrar en la sala donde iba a tener lugar la ceremonia. Allí, llegaban separadamente, y muy

³² *Historia manuscrita* de don Melchor Martínez. *Diario* del doctor Vera.

pronto se hallaron reunidas cuatrocientas, las tres cuartas partes de las cuales, a lo menos, estaban imbuidas de los más vivos sentimientos de patriotismo y afecto al Ayuntamiento, considerado como el genio de la razón y del progreso. Cerca de las once se presentó el conde de Toro con su asesor y su secretario, y precedido de las corporaciones eclesiástica, civil y militar. Sólo la Real Audiencia tuvo por conveniente el no asistir, protestando, por el hecho de abstenerse, contra un acto supuesto de legalidad, con la esperanza de tener, tarde o temprano, una ocasión favorable de satisfacer su venganza y sus resentimientos.

Bien que, según el tenor de la esquila de convite, la reunión no tuviese más objeto que el tomar medidas oportunas para poner el país a cubierto de la invasión de que estaba amenazado, sin pensar, ni remotamente, en mudar la forma de gobierno, el primer acto del Presidente probó, no obstante, y desde luego, lo contrario. Apenas hubo ocupado el puesto que le habían preparado, declaró en alta voz que se despojaba del poder de que estaba revestido y lo depositaba en manos del pueblo soberano. Éstas fueron las solas palabras que pronunció³³; pero su secretario Argomedo se encargó de explicar los motivos, con el tono de convencimiento propio a penetrar una gran asamblea, y, en la viveza de su discurso, no pudo contenerse sin hacer la apología de las brillantes cualidades del Gobernador, que, por el interés solo de la tranquilidad pública, había tenido la suma generosidad de desistirse de un mando que desempeñaba tan gloriosa como felizmente.

Tras este discurso, el procurador de la ciudad don José Miguel Infante pronunció otro mucho más largo, en el cual empezó motivando el objeto de la reunión, y prosiguió hablando de España, de cuya situación hizo la más lastimosa pintura, considerándola ya a la merced de un conquistador tan feliz como ambicioso; recapitulando las torpezas de Carrasco y sus injustas persecuciones contra los tres ilustres chilenos, y quejándose de la agitación que desde algún tiempo a aquella parte reinaba en la ciudad, y que no provenía, a su parecer, más que de la dilación que había habido en nombrar una junta reclamada con ansia por los deseos del público. Al tocar esta cláusula, que era de su especial conocimiento, demostró la gran utilidad de semejante gobierno, sobre todo en circunstancias en que el país necesitaba obrar con mucha actividad y energía. “Es cierto, añadió él, que muchos, ya sea por temor, o, más bien, por ignorancia, se oponen a esta gran reforma; pero si estas personas ojeasen nuestros compendios de leyes, verían que hay muchas sumamente favorables a ella”. Y diciendo y haciendo, el orador ponía cuidado en citarlas, y aun de leer ciertos puntos al apoyo, sin olvidar el ejemplo que España les daba en aquel mismo instante, dejándose gobernar por una junta que no cesaba de aconsejar a las Américas formasen otras semejantes por el mismo modelo.

En este discurso, brillante todo de tino y de habilidad, el orador Infante pedía, con intención, que la Junta no pudiese gobernar más que en nombre de Fernando VII; porque si era cierto que sus miras sobre la suerte de su país se extendían mucho más allá, también lo era que conocía la necesidad de acortar el vuelo patriótico a su propio corazón, y de emplear un lenguaje que diese satisfacción a todos los

³³ *Historia* de don Melchor Martínez.

partidos, sin exceptuar la Real Audiencia³⁴. Esto, porque sabía con certeza que si chocaba la opinión del pueblo, que aún tenía un sincero afecto a su joven y desgraciado Rey, se expondría a encontrar una fatal oposición; y era justamente, lo que él quería evitar. Por eso tenía que hacer violencia a su carácter y a sus sentimientos, procurando hacerse propio a la opinión de progreso, para que adquiriese influjo hasta en los negocios de Estado, e imbuyéndolo, casi a pesar suyo, de sentimientos de amor propio y de interés público.

Es verdad que tal ha sido el carácter de las revoluciones de la América española, donde todas fueron hechas en nombre y en favor del Monarca amado, sin que se haya pretendido darles un movimiento más independiente; de modo que todas parecían haber sido trazadas por un mismo modelo, con el mismo objeto; y, en este particular, Chile se presentaba con principios absolutamente idénticos. Dejando a parte un cortísimo número de opiniones más extremadas, todas, las demás, con inclusión de muchas que se hallaban a la cabeza del movimiento, pensaban firmemente mantenerse bajo la dominación española, y no deseaban más que algunas reformas, tales como mejorar las instituciones, proporcionar fomentos, establecer las relaciones de la metrópoli y de las colonias sobre las verdaderas bases de la justicia, y quitar algunos abusos que se introducían, de tiempo en tiempo, en la sociedad, en despecho de la moralidad ejemplar de los presidentes. Tal era el pensamiento dominante de la nación y de casi todas las personas reunidas en esta asamblea, las cuales aceptaron con universal aclamación el nuevo sistema de gobierno, persuadidos de que su fidelidad no sería de modo alguno comprometida³⁵. Solamente, dos o tres españoles, más desconfiados o más avisados, quisieron oponerse a él; pero su débil voz no encontró eco, se apagó y se desvaneció al instante con el ruido del triunfo.

Después que la instalación de la Junta hubo sido unánimemente aprobada, fue necesario buscar personas que por su probidad, posición y conocimiento del manejo de asuntos administrativos, fuesen dignas de desempeñar aquel cargo elevado, y, gracias a una reunión que había habido la víspera en casa de uno de los hijos del Presidente, don Domingo de Toro, la elección no fue ni dudosa ni larga; pero lo que ofreció cierta dificultad fue el desacuerdo que se suscitó sobre el número de miembros que debían componer la Junta³⁶. Algunos querían multiplicarlos, esperando obtener de este modo mejor garantía de la conservación de sus derechos; otros, al contrario, fundándose en las leyes de partida, sostenían que no podía haber más que tres o cinco; pero, siguiendo el ejemplo de Buenos Aires, se decidió que habría siete, y el procurador de la ciudad recibió el cargo de proponerlos.

³⁴ Conversación con José Miguel Infante.

³⁵ Al ver en el diario del ilustre patriota don Manuel de Salas, escrito de su mano: "*Los habitantes, sin exceptuar uno solo (ésta es la verdad y la escribo delante del dios de la verdad), sin exceptuar uno, volvieron los ojos a su buen Rey, y a la nación de que nacieron y dependen, etc.*". Al leer, este pasaje de un hombre tan virtuoso y uno de los caudillos de la revolución, no puedo persuadirme que hubiese en aquella época muchos chilenos que tuviesen ideas ciertas y seguras tocante a sus proyectos de independencia.

³⁶ Conversación con don José Miguel Infante.

Los cinco primeros nombres, de los cuales dos estaban ausentes, obtuvieron los sufragios de la multitud y fueron recibidos a la más completa unanimidad; pero no sucedió lo mismo con los restantes, los cuales hallaron mucha resistencia de parte de los electores. La lucha se empeñó especialmente entre don Francisco Cisterna, que quería nombrar a Infante, por sus grandes conocimientos, y Henríquez Rosales, apoyado por sus numerosos parientes, y aun más por los de la gran familia de los Larraín, particularidad que no podía menos de influir mucho en su elección³⁷, y, en efecto, fue nombrado a votos reservados, juntamente con Francisco Javier de Reina.

Levantado este pequeño obstáculo, la Junta fue finalmente proclamada con el título de: Junta Provisional Gubernativa, y Conservadora de los Derechos del Rey Durante su Cautiverio, y compuesta de los miembros que siguen:

El excelentísimo señor don Mateo de Toro y Zambrano, nombrado presidente, de derecho;

El ilustrísimo señor don José Antonio Martínez de Aldunate, obispo de Santiago, vicepresidente.

Vocales, los señores:

Don Fernando Márquez de la Plata, consejero de Indias;

Doctor don Juan Martínez de Rozas;

Don Ignacio Carrera, coronel de milicias;

Don Javier de Reina, coronel de artillería;

Don Juan Henríquez Rosales, maestro de campo.

Después de los gritos de alegría con que fueron acogidos estos nombramientos, el alcalde Eyzaguirre proclamó por secretarios a don José Gaspar Marín, y a don José Gregorio Argomedo, y, enseguida, todas las corporaciones prestaron juramento, manifestando la mayor satisfacción por las elecciones³⁸.

Tal fue la conclusión de aquella memorable asamblea, que proporcionó un brillante día de gloria a la patria, día que el pueblo celebra, y celebrará aún por muchos años, en homenaje rendido a la libertad y a los primeros apóstoles de la nacionalidad chilena. Al salir de la sala, casi todos los miembros que componían la excelentísima Junta fueron acompañados hasta palacio con gritos de aplauso del pueblo y de la tropa, gritos que repetía con no menos entusiasmo la clase inferior, que, por medida de prudencia, la caballería había contenido sobre el cerro de Santa Lucía³⁹. Por la noche, hubo iluminación general y regocijos públicos con música, hasta ser de día.

³⁷ José Miguel Infante.

³⁸ Algunos pidieron que la Real Audiencia fuese también llamada a prestar juramento inmediatamente; pero Infante les advirtió que era ya tarde (las cuatro). No obstante esta advertencia, los mismos persistieron en su demanda, hasta que Márquez de la Plata les prometió que el día siguiente se cumpliría aquella indispensable formalidad, y entonces cedieron por miramiento particular al ilustre personaje que les hacía esta promesa.

³⁹ Se esparció mucho dinero a la plebe que, el día anterior (18 de septiembre), no pudo participar de nuestros goces, porque fue arrinconada y custodiada de la caballería en el cerro de Santa Lucía, para que no perturbase la serenidad y orden inimitable de aquella función. (*Diario* N° 11, de B. Vera).

Estos regocijos duraron muchos días consecutivos, en los que hubo ceremonias a las cuales asistieron, ocupando el primer lugar, las autoridades. El 19, todo el Cabildo a caballo, y acompañado de más de quinientos soldados, publicó por toda la ciudad la instalación de la Suprema Junta, a fin de dar a aquel acto toda la solemnidad que requería, tirando dinero a la plebe, y divirtiéndola por la noche con iluminaciones y fuegos.

El veinte, se levantó un tablado en la plaza Mayor, guardado por la tropa, y allí subió la Suprema Junta para recibir, previa lectura de la acta de su instalación, juramento de obediencia que prestaron las corporaciones civiles y eclesiásticas, y, enseguida, el de banderas de todos los regimientos, al son de la música, salvas de artillería, y aclamaciones del pueblo, al cual hicieron una nueva distribución de dinero⁴⁰.

Mientras que el pueblo manifestaba de este modo la alegría que le causaba un acontecimiento cuyo objeto ni cuyas consecuencias no podía apreciar, la Real Audiencia tenía consejo para deliberar sobre los medios de salvarse de aquella borrasca; porque todavía, altiva y orgullosa, aun en su soledad, quería conservar la independencia absoluta de sus opiniones, y sólo cedió a las amenazas que se le hicieron, yendo a jurar obediencia al nuevo poder, bien que protestando contra él⁴¹.

El prestigio que tenía aún la Real Audiencia era tal, que a su entrada en la sala los miembros del gobierno se pusieron en pie, y ofrecieron, como por instinto, sus puestos a los que ya eran sus subordinados, como si un servilismo de tres siglos los hubiese dejado en la ignorancia de las más sencillas leyes de la jerarquía⁴².

Pero esta baja demostración de miramientos no duró mucho, pues penetrados, al fin, de sus derechos, y cansados de tolerar sus intrigas, tomaron una actitud digna, y escribió la Junta:

“Que quería el gobierno arrancar de raíz toda desavenencia escandalosa, para pensar sólo en el desempeño de los nobles, fieles, y justos fines encargados por el voto general a su cuidado, y que juró cumplir,” añadiendo:

Convido a V.S. con la paz y unión siempre que V.S. la acepte de un modo que todo el reino la entienda. Mas si V.S. se niega a tan necesaria demostración, corra al momento la cortina, y signifique V.S., individualmente, cuál es la protesta, para que pueda surtir su efecto; porque si ella abraza todas las cláusulas o expresiones de los oficios y pareceres de V.S., en el ante dicho expediente, previene a V.S. la Junta, por última prueba de sus deseos de la concordia, que, en tal caso, se verá

⁴⁰ *Diario* de B. Vera e *Historia manuscrita* de Martínez.

⁴¹ “Se le respondió categóricamente que la Junta estaba resuelta a hacerse obedecer, y esperando al tribunal. Éste apenas se demoró lo necesario para leer respuesta tan precisa, y corrió a palacio con el agente que hace de fiscal, el señor Sánchez, quien empezó a hablar como protestando y deseando imponerse de las causas y efectos del establecimiento. El señor De la Plata le satisfizo con la misma acta, que se leyó, con los fundamentos irrefragables que movieron a la instalación, en que desde luego, convino el agente, y sucesivamente todos los oidores que prestaron los juramentos, aunque con protesta, llenos de respeto y ternura, derramando por los ojos algunas gotas de aquel humor que no siempre ha de significar tristeza o cólera”. (*Diario* de Bernardo Vera).

⁴² José Miguel Infante.

necesitada (aunque con dolor) a tomar por sí la satisfacción que V.S. resiste a darle. V.S. sabe que es la primera obligación del magistrado no permitir se profane su autoridad, y que esta obligación tanto más crece cuanto es mayor la dignidad que constituye a aquélla⁴³.

Algunos días después, la Junta exigía que la Real Audiencia retractase su protesta, y que, además, pasase una circular a todos los partidos, induciendo a los subdelegados y gobernadores a que reconociesen la legitimidad de la Junta, y a ayudarle en sus tareas.

Esta severidad era, en cierto modo, necesaria para poner fin a la activa rivalidad de un poder, que ya no era más que secundario. A pesar del acto de sumisión que tan solemnemente habían jurado, había pruebas de la falsedad de su adhesión, que ponían patentes sus secretas tendencias contrarrevolucionarias, y bien que la Junta conociese sus proyectos, aún no podía tomar medidas violentas, porque altivos con su importancia aún reciente, y sostenidos por el clero, y por algunas personas de distinción, los ministros de aquel tribunal habrían podido, tal vez, luchar con alguna ventaja, y hacer problemática la existencia de un gobierno que empezaba sólo, y por decirlo así, a ensayarse, y por esta razón aún débil, bien que fuese un resultado de la voluntad nacional.

Por esta razón, la junta prefirió dejar al tiempo el cuidado de vencer aquella resistencia y de minar el prestigio de aquel tribunal, atacando la parte más tenaz de ella, que consistía principalmente en importancia y en orgullo, para lo cual no le faltaban ocasiones tan favorables como frecuentes.

En las ceremonias que tenían lugar a menudo y a las que tenían que asistir, los ministros pretendían el primer lugar, después del Presidente, fundándose en reales cédulas, que no podían en manera alguna servir de regla, y, demostrándolo así los miembros de la Junta, se seguía una correspondencia pueril, ridícula, que degeneraba luego en resentimientos de amor propio, bien que impotentes.

Por otra parte, muchos realistas, que antes de la reunión habrían sido fieles a las voluntades de la Real Audiencia, la desampararon después, inducidos a ello por deseos de la tranquilidad, primera condición de existencia del hombre de razón y moderado. Lo mismo sucedió también con muchos religiosos, los cuales, en sus sermones, ya se atrevían a predicar que el nuevo gobierno emanaba de Dios mismo, lo que era admirablemente útil y necesario en aquellas circunstancias⁴⁴.

Este pronunciamiento de los realistas no era precisamente ocasionado por pensamientos de ambición, culpables y reflexionados, sino que provenía de la satisfacción que resiente el individuo apacible y sin opinión de tener por superiores a hombres de probidad y virtud, dignos de su confianza. Bajo este aspecto, los miembros del nuevo gobierno tenían títulos que ningún chileno podía contestar. Dejando a parte las flaquezas de la naturaleza humana, y de las que nadie nace exento, los antecedentes de dichos miembros eran los más onerosos, y presentaban las

⁴³ Véase en los documentos de 18.

⁴⁴ *Historia manuscrita* de Melchor Martínez.

mejores garantías de la buena suerte del país, pues representaban todas las clases, todos los partidos: clero, ejército, España, progresos y, en fin, todos los intereses.

Sin duda era penoso el no ver entre ellos miembro alguno del Ayuntamiento, verdadera cuna de la libertad chilena; pero esta ausencia no provenía de olvido, ni de falta de miramiento, sino de las protestas que ellos mismos hicieron de no aceptar empleo alguno, ni para ellos ni para los suyos; y esto con el solo objeto de confundir las murmuraciones de sus enemigos, que les imputaban miras de vanidad y de ambición⁴⁵.

⁴⁵ *Memoria* de Manuel Antonio Tocornal.

CAPÍTULO X

Las provincias reciben con júbilo la noticia de la instalación del nuevo gobierno. Sólo la de Coquimbo se niega a reconocerlo. La Junta pasa notificación de su advenimiento a diferentes potencias. Nuevo esfuerzos de Buenos Aires para revolucionar a Chile. Idea de un congreso general americano. Pedido de sables y fusiles, y leva de nuevas tropas. Suspensiones de las subdelegaciones. Regreso de los desterrados Rojas y Ovalle. Recibimiento en Santiago de don Juan Martínez de Rozas. Su política. Sombra que causa al Ayuntamiento. Convocación de un congreso nacional para el 15 de abril.

La revolución de Chile estaba hecha. Inquieta y turbulenta la víspera, firmó, el día siguiente, su acta de instalación en medio de vivos transportes de entusiasmo, y fue proclamada por la porción más noble y más influyente de la sociedad, chilena. Su aparición no causó ni exceso ni violencia. El buen orden no padeció la menor alteración. Los empleados conservaron sus empleos, y todos los intereses quedaron protegidos bajo la salvaguardia de un poder que se apresuró a desmentir el espíritu de desmoralización que sus enemigos le atribuían.

Pasados los primeros días de regocijos, la Junta Gubernativa pensó en enviar circulares anunciando aquel gran acontecimiento, y manifestando sus leales intenciones hacia su amado Monarca. Las provincias ocuparon sus primeras atenciones, por ser las más interesadas en aquella metamorfosis y tener la mejor parte en ella. Para llenar aquel encargo, fueron escogidos los sujetos de la primera distinción. El regidor Errázuriz marchó a Valparaíso; don Gabriel Valdivieso, Borja Irarrázabal y don Bernardo del Solar se dirigieron a la parte del norte, y don Anselmo de la Cruz y José María Rozas al sur. Este último llegó hacia el 10 de octubre a Concepción, la víspera de la huida del intendente Álava, que se embarcó en el buque *La Europa*, a la sazón de partida para Perú.

El recibimiento que le hicieron allí fue tan brillante como expresivo y prometía las más cordiales simpatías con un gobierno que las autoridades civiles se apresuraron a reconocer, dos días después, y a proclamar con música y salvas de artillería⁴⁶.

El juramento de las tropas de Concepción no se verificó hasta el día 17, y lo prestaron bajo la dirección de don Tomás de Figueroa, teniente coronel graduado

⁴⁶ Archivos del gobierno.

y comandante interino de batallón, el cual desempeñó su papel con el más loable celo dando parte de aquella jura al nuevo gobierno, con expresiones de la más acendrada adhesión. Las demás tropas acantonadas en lo interior de la provincia prestaron juramento ante el comandante de la frontera, don Pedro Benavente⁴⁷.

En las demás provincias, el entusiasmo y las demostraciones de alegría no fueron menos ruidosos. Talca, Chillán, Valdivia y Quillota mostraron la más sincera adhesión. San Fernando se distinguió en funciones que, gracias al patriotismo de su subdelegado, don José María Vivar, se prolongaron desde el 29 de septiembre hasta el 1 de octubre. En la plaza, levantaron un gran anfiteatro rodeado de arcos de triunfo sobre los cuales se leían muchos versos en honra de Fernando VII, de Martínez de Rozas, Carrera, Rosales y otros miembros de la Junta⁴⁸.

En Los Ángeles, los oficiales catequizados por O'Higgins se presentaron a aquel acto de obediencia espontáneamente todos, menos don José Antonio Salcedo, que no se sometió a él sin haber manifestado antes una gran repugnancia⁴⁹.

Los mismos indicios de oposición se reprodujeron en algunas otras partes; pero, en general, sin carácter ni eficacia. Sólo presentaron cierta gravedad en la ciudad de La Serena, donde el subdelegado y otras varias personas de la mayor distinción se tomaron la libertad de protestar contra la Junta, rehusándole obediencia, y aun también jurando de no vivir jamás bajo otras leyes ni respetar otras autoridades que las de su desgraciado rey Fernando VII, cuyos fieles vasallos querían permanecer. Esta protesta, entregada al párroco de Santiago por el vicario capitular, pasó a manos de la Suprema Junta, que escribió enérgica y perentoriamente al enviado don Bernardo Solar, dándole orden para que inmediatamente exigiese, bajo su responsabilidad, el juramento del subdelegado y del Cabildo. Fue el único punto del país donde el nuevo gobierno se vio obligado a emplear su autoridad, y aun esto se redujo a la simple amenaza, pues al cabo de algunas contestaciones el Cabildo obedeció, y el 8 de octubre se publicó por bando en aquella ciudad el acto de instalación.

Después de haber llenado este deber de interés y de conveniencia política, la Junta escribió a las diferentes cortes de América del Sur, remitiendo circulares, para su conocimiento, de cuanto había sucedido en favor de la monarquía española. Escribió por el mismo tenor a Abascal, virrey de Perú; a la princesa de Brasil, Carlota Joaquina de Borbón; al embajador español en la misma Corte, marqués de Casa Irujo, y al de Inglaterra, *lord* Strangford. Despachó circulares en el mismo sentido a la junta de Cádiz y a la de Buenos Aires, donde fueron recibidas con el mayor entusiasmo, persuadidos sus miembros de que aquella hermana se preparaba a entrar por los principios democráticos que muy luego habían de introducirse en todo el nuevo continente.

En este punto, es preciso confesar que la república de Buenos Aires ha tenido gran influjo en la suerte de la de Chile, pues, bien que esta última se haya elevado

⁴⁷ *Idem.*

⁴⁸ *Idem.*

⁴⁹ Bernardo O'Higgins.

por su misma inspiración, casi espontáneamente y en razón de las circunstancias en que se hallaba, no se puede negar, sin embargo, que los patriotas de Buenos Aires han contribuido con eficaz perseverancia a determinarla a obrar con arranque y decisión. En efecto, vemos, desde el principio, a dichos patriotas seguir una correspondencia tirada con los pocos chilenos iniciados en el secreto de la santa causa, persuadiéndoles, aconsejándoles, dándoles ánimos y aun enviándoles emisarios. Finalmente, vemos que escribieron directamente al Presidente ofreciéndole socorros, en caso de un ataque de Perú⁵⁰, y aun le despacharon también un representante, que salió de allí el 18 de septiembre, y, por consiguiente, el día mismo del movimiento de Chile, que no podía saberse en Buenos Aires, con orden de establecer relaciones de interés y de alianza con la Junta, si sus previsiones se realizaban, y, en caso contrario, secretamente con el Ayuntamiento, foco político de la suerte del país.

El encargado de esta importante misión fue Álvarez Jonte, el cual la llenó con tanto tino como habilidad, y desde aquel momento se establecieron entre las dos partes relaciones íntimas y tiradas, con el objeto de fundar en bases sólidas las máximas políticas que habían de servirles de regla para proveer a los medios de defensa contra ataques externos, prometiéndose recíprocamente unión y prudencia en sus proyectos, unión y perseverancia en sus acciones.

Al recorrer la correspondencia de aquella época, se ve con qué esmero estas dos repúblicas procuraban prestarse mutuamente auxilio para asegurar la conquista de sus derechos y preparar todo cuanto podía ser principalmente útil a los intereses comunes de su patria. Pero lo que se nota de más particular es que ya en aquella época se dejaba presentir la gran necesidad de un congreso general de todas las repúblicas de América meridional para formar en él una alianza firme y duradera.

“Esta junta (dice un oficio de 26 de noviembre) conoce que la base de nuestra seguridad exterior, y aun interior, consiste esencialmente en la unión de América, y por lo mismo desea que, en consecuencia de los principios de V.E., proponga a los demás gobiernos (siquiera de América del Sur) un plan de congreso para establecer la defensa general de todos sus puntos, y aun refrenar las arbitrariedades y ambiciosas disensiones que promuevan los mandatarios; y cuando algunas circunstancias, acaso, no hagan asequible este pensamiento en el día, por lo menos lo tendrá V.E. presente para la primera oportunidad, que se divisa muy de cerca”.

⁵⁰ “La Junta no duda que se atrean, en Lima, a atentar contra la respetable persona de V.S., y para tal caso, si no bastasen los recursos de ese reino (que el despotismo antiguo habrá debilitado diestramente, podrá Buenos Aires partir con él los abundantes auxilios que la poderosa nación inglesa franquea con mano pródiga a los pueblos fieles del rey Fernando, que sostiene, etc.”.

Oficio de la junta de Buenos Aires al presidente de Chile, del 1 de septiembre 1810.

En otro oficio del 31 de octubre, aquella misma junta persuade a la de Chile se ligue muy estrechamente con Gran Bretaña (*como el mejor apoyo de nuestra causa*), descubriendo así tristemente el fatal principio de alianza con grandes potencias, muchas veces injustas, casi siempre imperiosas y que han ocasionado frecuentemente anarquía durable, y siempre por causa del carácter inconsecuente e imprudente de los enviados.

Este pensamiento, debido al gran patriota don Juan Martínez de Rozas y sostenido hábilmente por don Juan Egaña, fue claramente explicado en un diario que escribía el primero a la sazón, y que, por no haber imprenta, salía a luz manuscrito, con el título de *Despertador Americano*, en el cual aparecía como idea primitiva del congreso de Panamá⁵¹.

Por la misma correspondencia se ve que lo que más preocupaba a la Junta era la necesidad de armarse contra tantos enemigos externos, pues se aparentaba temer continuamente una invasión europea, y muchos la creían con tanta más razón cuanto las cartas de España hacían una pintura espantosa del estado del país, que ya se hallaba, o poco más o menos, a la merced de su ambicioso conquistador. Es verdad que los oficios de la junta de Cádiz y los del embajador Casa Irujo tendían a persuadir lo contrario o, a lo menos, parecían predecir mejores días y la próxima expulsión de los franceses; pero como las malas nuevas causan siempre mucha más impresión, éstas habían obtenido de preferencia crédito en el vulgo, el cual daba por cierta la ruina total de España. Así, todos hablaban de ella sin rebozo y como de cosa indudable. La Junta Gubernativa parecía estar en la misma creencia, y so pretexto de prudencia procuraba organizar una resistencia armada, que los vocales de buena fe pensaban emplear contra los enemigos de España, pero que las opiniones adelantadas consideraban, al contrario, como verdadero auxiliar y defensor de los derechos que acababan de conquistar.

El país, en aquel tiempo, se hallaba sumamente atrasado en todos los ramos de la industria, sin maestranzas y sin fábricas de armas, y sólo se veían algunos armamentos pertenecientes a los regimientos para componer las que no estaban en buen estado de servicio. En tal estado de penuria, don José Antonio Rojas fue encargado de pedir de afuera armeros inteligentes y hábiles para fabricar fusiles y sables, de que había suma falta; pero esto pedía tiempo, y no se podía esperar, por lo que se hubo de recurrir a un inglés, llamado Diego Whitaker, con el cual se pasó una contrata para encargarlos a Inglaterra; y como este país ardía en guerra y podía negarlos, por esta razón se tomó la precaución de pedirlos directamente al marqués de Wellesley, y también se escribió a la junta de Buenos Aires, suplicándole se sirviese tratar con un inglés o americano del norte para conseguir aquellas armas, destinadas al armamento de los cuerpos que se iban a formar⁵².

Con este fin, se había apelado a los sentimientos patrióticos de los chilenos. Se despacharon oficiales a las provincias para instruir y disciplinar a los milicianos. En Santiago, se organizaron un regimiento de granaderos de setecientas plazas, dándole por coronel a don Santiago Luco, y por sargento mayor a don Juan José Carrera; dos escuadrones de trescientas plazas cada uno, al mando de don José Joa-

⁵¹ Manuel Antonio Tocornal, *Memoria sobre el primer gobierno nacional*, p. 128. No hemos oído nunca mencionar este diario manuscrito, bien que tengamos en nuestro poder algunos otros de la misma especie, aun después de la introducción de la imprenta en la república, tales como el de *Aconcagua*, el *Valdiviano federal*, que, en el principio, salió manuscrito en Valdivia, y otros.

⁵² Archivos del gobierno. Las armas que se pedían eran 6.000 fusiles, 1.000 pares de pistolas, 3.000 sables y 62.000 piedras de chispa, y, posteriormente, a Valdivia, seis cañones de 24, dos de 16, cuatro de 8 y dos de 6, todos de bronce y con suficiente cantidad de baleros.

quín Toro, con don Joaquín Guzmán de sargento mayor, y una brigada de artillería compuesta de piezas pedidas posteriormente a Valdivia. La mayor parte de estas tropas fueron acuarteladas en el edificio de los expósitos, dispuesto como cuartel, traspasando las doce o catorce criaturas que había en él a la casa de recogidas.

En vista de esta actividad, la revolución podía contar con una fuerza numérica ofensiva, a la vez, y defensiva, y condición precisa de existencia en medio de enemigos humillados y activos. Los dos grandes poderes (la Junta Suprema y el Cabildo) parecían rivalizar de celo y de ambición para el sustento de tan bella causa; pero bien que sus principios fuesen absolutamente los mismos, muchas veces no estaban de acuerdo, porque cada uno quería el bien según lo entendía, sin miramiento al amor propio y a las pretensiones individuales. Por lo mismo, hubo algunas veces celos de supuestas usurpaciones de derecho y de autoridad. Afortunadamente, estas pequeñas desavenencias duraron poco, y las dos ilustres corporaciones pudieron continuar, en la parte respectiva de cada una, llenando sus deberes con gran satisfacción de la nación, orgullosa de verse gobernada por sus propios hijos.

Pero en medio de esta gran dilatación de una actividad belicosa, los ilustres mandatarios no descuidaban los negocios administrativos. A pesar de que su posición precaria y su título provisional no les permitiesen emprender grandes reformas, suprimieron, no obstante, las subdelegaciones, como fuentes de abusos, de arbitrariedad y de injusticias, y pasaron su poder al alcalde de primer voto, que después fue reemplazado por los gobernadores de los partidos. Enseguida, extendieron reglamentos para su conducta y gobierno en el manejo de los negocios, y el lugar que debían ocupar en las ceremonias y funciones públicas, resabio que había quedado de la vana ostentación, tan profundamente arraigada en las costumbres españolas; y, en fin, procuraron dar a sus acciones el espíritu de utilidad y de entusiasmo que conduce a la organización de las voluntades, como principal agente del buen éxito en conseguir los fines sociales.

Mientras que la Junta Gubernativa procuraba, de este modo, dejar tras sí honrosas huellas de su paso por el poder, los ilustres desterrados, Rojas y Ovalle, llegaban de Perú al seno de sus familias y de sus amigos. Su recibimiento fue tan brillante como cordial, expresión simple y sencilla del sentimiento del público, en general, por los males morales y físicos que habían debido padecer aquellas primeras víctimas de la libertad chilena.

Diez días después, la llegada de don Juan Martínez de Rozas dio lugar a otro recibimiento aún mucho más brillante. El Gobernador le envió al conventillo, a donde fue a apearse, una guardia de honor de veinticinco dragones, y, al día siguiente por la mañana, hizo su entrada acompañado de otros miembros de la Junta, de la Real Audiencia, del Cabildo y de todas las corporaciones. El acompañamiento pasó entre dos filas de soldados, formados allí para que la ceremonia fuese de las más solemnes, al son de música, salvas de artillería, repique de campanas y aplauso universal del pueblo. El mismo día prestó su juramento de costumbre, y hubo por la noche iluminación y fuegos.

Esta marca de distinción en honra de este miembro de la Junta era una prueba elocuente del espíritu revolucionario que reinaba, en aquella época, en la capital

de la república, y de la importancia que se daba a los servicios del que, en resúmenes cuentas, había dado el primer impulso al movimiento y lo dirigía aún. Martínez de Rozas era, en efecto, para todos los patriotas el hombre de inteligencia y de acción, que sacaba su fuerza de un sentimiento casi fanático de patriotismo, y sabía comunicar sus pensamientos y su entusiasmo a los que tenían la felicidad de ponerse en contacto con él.

Con todo eso, no ejercía un poder ilimitado sobre la multitud, porque una cierta mezcla de temor y de prudencia lo contenía casi involuntariamente, y se servía de él como de un movimiento de táctica para llegar mejor a sus fines. Sabía que el pueblo era aún idólatra de su Rey, y querer chocar este respeto y pretender dirigir su opinión habría sido obrar con poca maña y querer una cosa imposible. Por lo mismo, prefería disimular, aun con algunos de sus colegas, y obrar como si sus pretensiones políticas no hubiesen nunca de exceder la profesión de fe contenida en el acta de instalación, pues tenía que emplear estos leves medios de astucia para no despertar la peligrosa susceptibilidad de algunos de sus compatriotas y ponerse al abrigo de persecuciones ocultas de sus enemigos, que al cabo de algunos meses le echaban ya en cara su orgullosa ambición, y se propasaban a poner pasquines a su puerta denunciándolo como aspirante al poder absoluto⁵³.

Afortunadamente, su conciencia y su carácter austero le hacían muy superior a todas estas calumnias que despreciaba como producto de intereses heridos, y apoyándose en sus antecedentes continuaba sirviendo con tesón a su segunda patria, como lo habría hecho por una verdadera madre. Toda su actividad y todo su saber se empleaban en esto. Él fue quien tuvo la primera idea de una leva de soldados pertenecientes a la revolución, y que habían de ser, por consiguiente, su apoyo y sus defensores; pero para subvenir a sus gastos era preciso disponer de un dinero que la tesorería estaba lejos de poder suministrar. Levantar un impuesto habría sido impolítico y se guardaron bien de proponerlo, prefiriendo hacer una llamada a los sentimientos generosos de personas pudientes, dejando a su libre voluntad la suma de los donativos, de manera que no pudiesen causar perjuicio al nuevo poder, ni a su prestigio de administrador prudente y sin tacha. Igualmente, se pensó en hacer un descuento a los empleados y aumentar el precio del tabaco, lo cual producía un rédito de 80.000 pesos de aumento, y como estas medidas no eran suficientes, se juzgó oportuno el aprovecharse, en calidad de empréstito, de las existencias en las cajas de ciertas administraciones. Todas estas medidas, exigidas por los acontecimientos y las circunstancias, desagradaron a algunas personas. Los miembros del Cabildo pensaron oponerse a ellas o, a lo menos, se les figuró que constituían un atentado contra su autoridad y se quejaron de él; pero en vano, pues pesando la responsabilidad enteramente sobre la Junta Suprema, debía de ser esta señora de todas sus acciones, en cuanto emanaban de sus atributos.

⁵³ En uno de estos pasquines había pintado un bastón atravesado por una espada ensangrentada y superado de una corona real; por inscripción tenía: *chilenos, abrid los ojos, cuidado con Juan I. Martínez, Historia manuscrita*

Otro proyecto de que se ocupó, desde luego, Martínez de Rozas fue el enviar a buscar una imprenta con todos sus enseres. Hasta entonces, Chile, sumergido en las espesas tinieblas del absolutismo y del abandono, no había podido elevarse a las altas regiones de la inteligencia, y estaba encharcado en el estado de nulidad que un gobierno egoísta le había impuesto. Una imprenta muy pequeña con algunos pocos caracteres ya gastados componían la oficina tipográfica del gobierno, y sólo servía para esquelas, papeles sellados y, algunas veces, recibos de indulgencias⁵⁴.

Don Manuel de Salas, que aparece en todas partes siempre que se trata de progresos y de ilustración, se había quejado muchas veces de tan reprehensible indolencia, y a ruegos suyos, por proposición de Martínez de Rozas, la Junta pidió una a la de Buenos Aires, la cual dio el encargo a Moreno, su encargado de negocios en Londres. Desgraciadamente, la muerte de aquel gran y hábil patriota sobrevino para impedir la realización del envío, de suerte que Chile se vio privado hasta en 1812 de este admirable instrumento de progresos, de libertad y de civilización. También se había pensado en fomentar la enseñanza pública, y don Juan Egaña fue encargado de formar un plan de estudios. Igualmente se pensó en abrir las puertas al comercio extranjero, proposición que chocó mil intereses diversos, y que, por esto mismo, no tuvo desde su principio toda la aceptación que merecía. Los españoles, sobre todo, como comerciantes los más ricos y los más numerosos, fueron los que emplearon todo el influjo que les quedaba en hacer abortar dicho proyecto.

Pero había una cuestión que, por el momento, era de una importancia mucho mayor aún, puesto que se trataba de legitimar un gobierno sobre la apreciación de un voto general.

La Junta no había sido nombrada más que por los habitantes de Santiago, y, por consiguiente, no era más que la expresión de una sola ciudad, y, tal vez, de un solo partido. Por esta razón, se presentaba bajo el título modesto de provisional, y desde su instalación había tenido cuidado de prometer que su existencia duraría sólo hasta el momento de la reunión de un congreso general; pero el momento de esta reunión había llegado después de mucho tiempo, y la Junta no cumplía su promesa.

Esto ocasionó algunas quejas por parte de las provincias, de las cuales algunas habían ya nombrado sus diputados sin preocuparse de la forma en que estos nombramientos debían hacerse para que fuesen legales. En Santiago, el Cabildo, que desde el 13 había pasado sus instrucciones e indicado el 1 de marzo 1811 para la reunión de los diputados, tampoco veía con indiferencia el retardo contrario a la soberanía del pueblo, y a la regularidad de todo gobierno popular y representativo. Sobre este particular, ya muchas veces había hecho estas observaciones, tanto verbalmente como por escrito, a la Junta Suprema, y, el 14 de diciembre, el procurador de ciudad le pasaba una representación en la cual terminaba diciéndole que:

⁵⁴ El 21 de marzo de 1809, la universidad, humillada de no ver ninguna en el país, decidió, *por su propia honra*, que se enviase a buscar una a Buenos Aires o a España, y que, por falta de fondos, se tomase la cantidad necesaria a interés, hipotecando los fondos de la universidad.

Archivos de la universidad.

“Evacuando aquel importante negocio con la brevedad y en los términos propuestos, será de la mayor satisfacción para todo el pueblo, y calmará, consiguientemente, la crítica inquietud en que está, desde el momento en que V. SS. puedan cerciorarle de haber quedado ya expedito”⁵⁵.

Al día siguiente, la Junta Gubernativa llenaba los deseos del Ayuntamiento y de la nación pasando un acto por el cual exponía los motivos que habían inducido a la capital a formar un gobierno provisional, y daba reglas para la convocación de un congreso nacional, cuyo mandato era:

“Acordar el sistema que más conviene a su régimen, seguridad y prosperidad durante la ausencia del Rey;

Discutir, examinar y resolver, tranquila y pacíficamente, qué género de gobierno es a propósito para el país en las presentes circunstancias;

Dictar reglas a las diferentes autoridades, determinar su duración y facultades”⁵⁶.

El país, entonces, estaba dividido en veinticinco partidos, que debían nombrar, a lo menos, un diputado cada uno; pero algunas veces dos o tres, según la población que tenían. Santiago, como ciudad principal, y la más populosa, debía elegir seis.

Se necesitó también un reglamento de elección, y, por falta de todo poder legislativo, el Cabildo se encargó de formular uno, que la Junta Provisional adoptó y añadió a su proclama al pueblo de la república.

Este reglamento era sencillo, moderado y también bastante liberal para las provincias, en aquellas circunstancias; pero, no obstante, algunos que no consideraban en los actos políticos más que la voluntad del pueblo, pretendieron que era dar un desmentido al principio, y que todo chileno debía votar, pues cada uno tenía el derecho imprescriptible de nombrar su diputado, sin excluir más que aquéllos que no lo mereciesen por su moralidad.

José Miguel Infante, que era el alma de este partido, lo pedía con la fuerza de convicción que le daban sus opiniones eminentemente democráticas y exigía el sufragio universal, convirtiendo así una cuestión de derecho político en un acto de puro y sencillo ejercicio de una facultad.

Afortunadamente, la mayoría, mucho más pródiga, combatió este principio, porque comprendía que sería un grave yerro el querer que votasen hombres sin antecedentes, sin inteligencia, y, las más veces; bastante infelices para ponerse a la merced del primero que les pagase, lo que sería, para en adelante, un ejemplo fatal. Así, en el artículo 4 del reglamento, la Junta tuvo cuidado de decir que para las elecciones: “Se debía citar al Cabildo, por medio de esquelas, a los jefes de todas las administraciones, prelados de las comunidades y vecinos nobles de la capital”.

Queriendo, de este modo, limitar el derecho de voto, no al número, sino a la parte sana y arreglada de la sociedad.

⁵⁵ Véanse los documentos.

⁵⁶ Véanse los documentos.

Lo mismo sucedió en la elección que se debía de hacer de los diputados, que era preciso escoger entre las personas pudientes, porque el título era gratuito: y, sobre todo, que fuesen de edad de veinticinco años, “de buena opinión y fama, aunque sean eclesiásticos seculares”, decía el reglamento.

Los curas, los subdelegados y oficiales veteranos eran excluidos, porque por sus obligaciones no podían ausentarse de sus destinos.

Igualmente, lo eran los extranjeros, los quebrados, los acreedores de la real hacienda y los que habían tenido alguna condena infamante.

En cuanto al día de la reunión en Santiago, debía de ser el 15 de abril, y las sesiones habían de empezar el 1 de mayo.

CAPÍTULO XI

Tropas enviadas a Valparaíso. Juan Mackenna gobernador de esta ciudad, en reemplazo de Joaquín de Alós, depuesto de su empleo. Suscripción a favor de España. Muerte del conde de la Conquista. Destitución del provisor don Santiago Rodríguez. Apertura de los puertos al comercio extranjero. Ruidos de guerra. Enganches voluntarios. La Junta pide instrumentos y maestros para organizar una música militar.

Con el sistema electoral, comienza una era enteramente nueva para Chile. El pueblo, hasta entonces sumergido en una nulidad administrativa casi absoluta, va a aparecer de aquí en adelante en el teatro de la política, y a penetrarse del espíritu de reflexión que influye tan eficazmente en la suerte de un país, desarrollando sus inteligencias, despertando su patriotismo y esparciendo por todas partes los elementos democráticos, cuyo fin es el interés general.

Pero de ínterin llegaba el plazo de las elecciones, el gobierno provisional tenía que obrar con energía y actividad para precaver toda contrarrevolución e impedir el desmayo de acción en el público. La Real Audiencia levantaba de tiempo en tiempo su cabeza venerable, y no aún despojada de prestigio, sostenida por el comercio, que era casi enteramente español. Desde este punto de vista los comerciantes de Valparaíso imitaban a Santiago, en opiniones y proyectos. El gobernador de aquel puerto, don Joaquín de Alós, si se había sometido a la Junta, lo había hecho con repugnancia y por fuerza, y parecía favorecer los numerosos pasquines que se ponían todas las noches en las esquinas de ciudad, en todas formas y con colores que pintaban casi terrorismo. Don Agustín Vial, uno de los primeros y más celosos patriotas, se había quejado de él, como muy peligroso para el sistema proclamado y como causa de desórdenes bastante graves. En vista de esto, la Junta habría obrado con poca prudencia si hubiese continuado impasible al frente de un enemigo, casi agresor, y envió allí ciento diez dragones al mando del valiente patriota don Miguel Benavente, el cual quitó el empleo al gobernador Alós, poniendo en su lugar al capitán de ingenieros don Juan Mackenna, joven resuelto y de talento, partidario de los progresos de su nueva patria, e imbuido ya del espíritu de libertad y de reformas, que empezaba a ejercer su suave influjo en las ideas de la juventud chilena.

Se pensó también en dar al movimiento una fuerza militar, en primer lugar, para poder resistir a toda invasión extranjera, y, en segundo, a las tentativas que Perú quisiese hacer contra el nuevo sistema de gobierno.

Pero aquí los dos grandes cuerpos políticos del momento se hallaron aun en desacuerdo. La Junta, no teniendo mucha confianza en los cuerpos de milicias, quería tropas regladas que fuesen bien disciplinadas, y en las cuales, por consiguiente, la patria descansaría confiada.

El Cabildo, como imagen pura y viva de la democracia, no veía en un ejército, así compuesto, más que un elemento de despotismo, que, muchas veces, era peligroso introducir en los gobiernos. Por lo mismo, el Cabildo pidió la formación de una guardia nacional siempre dispuesta, por la naturaleza de sus instituciones, a constituirse fuerza popular, a obrar y contrapesar el Poder Ejecutivo.

En principio, el Ayuntamiento tenía razón. Una guardia nacional es el verdadero emblema de la democracia armada, y susceptible, en razón de su fuerza, que puede doblar con la disciplina, de conservar a la masa su poder y su autoridad. Pero en el estado en que se hallaba el país, no era fácil sacar de ella un partido bastante satisfactorio. Dejando aparte las ciudades, villas y aldeas, toda la población se hallaba esparcida por los campos, y estaba, además, subyugada por el clero, enteramente partidario del antiguo gobierno, y aun se conservaba la memoria de las grandes dificultades que se habían encontrado, en tiempo del presidente Guzmán, para reunir y disciplinar un cierto número⁵⁷.

No debe, pues, causar sorpresa que la Junta persistiese en sus proyectos, con tanta más razón cuanto el virrey Abascal la amenazaba con todo su poder, y que se susurraba el ruido, unas veces confirmado y otras desmentido, de la llegada del general español Elio a Montevideo con un ejército de seis mil hombres.

Pero aquí se ofrece una contradicción muy particular entre las ideas y los hechos: mientras que la Junta organizaba con energía una resistencia armada contra los verdaderos partidarios de la Monarquía y contra toda invasión que pudiese tener lugar aun en nombre del gobierno español, la misma Junta procuraba, por otro lado, ser útil a este mismo gobierno, suscribiendo con garbo y generosidad a una llamada de fondos que le pedía el Consejo de Regencia para sostener la guerra contra el guerrero feliz de aquella época.

El 19 de enero, el conde de la Conquista reunía, en efecto, en su casa, las personas de más influjo de la ciudad, para comunicarles la circular de don Nicolás María de Sierra, ministro de Gracia y Justicia, e interino de Hacienda, y las exhortaba a fomentar, ya individualmente ya en cuerpo, a dicha suscripción, prometiendo a los particulares, aun de parte del Consejo de Regencia: "Que el Rey oíría con particular agrado las solicitudes de los que se distinguiesen por su generosidad"⁵⁸.

Este fue el último acto político de don Mateo de Toro y Zambrano, conde de la Conquista. El 27 de febrero, pasó a mejor vida, siendo ya de edad de ochenta y seis años, después de haber experimentado en ésta todas las vicisitudes del hado y de la fortuna. Nacido de padres pobres, bien que emparentados con las mejores familias, y

⁵⁷ En la citada época, Mata Linares había hecho todos sus esfuerzos para instruir a los milicianos, que, con los ejercicios de fuego, se habituaban un poco al ruido de las armas; pero, no obstante, Linares escribía que no había que contar con ellos. Archivos del gobierno.

⁵⁸ Correspondencia del Consejo de Regencia, en los Archivos del gobierno.

no habiendo querido seguir los consejos de su tío, obispo de Concepción, que quería entrarse en las órdenes, se había entregado, muy joven, al comercio, y, con una muy módica cantidad, se había establecido en una de las tiendecitas de la casa Tagles, en la plaza Mayor, donde, gracias a su probidad y a su genio activo, adquirió muy luego un gran crédito y un capital suficiente para empresas mayores, y, al efecto, se trasladó a una tienda de la plaza de Merced, en la cual ganó uno de los más ricos capitales del país.

Desde aquel instante, pudo hacerse útil a la administración, como lo fue, ocupando los primeros empleos. Fue capitán de caballería del regimiento Real de Santiago, corregidor y justicia mayor de la misma ciudad; lugarteniente de mar y tierra, y primer superintendente de la Moneda, cuando, en 1770, fue incorporada con la corona. Bien que llenase todos estos cargos gratuitamente, y contra sus propios intereses, aun dejaba traslucir, por todas partes, su noble generosidad, y en el alzamiento de los indios, en 1768, se adelantó a levantar y a mantener en pie, a sus expensas, la compañía del príncipe de Asturias, mandada por su hijo primogénito don José Gregorio, y destinada a ir a acampar en el corazón de las cordilleras para defender el camino del Portillo⁵⁹. Habiendo muerto el 27 de febrero, fue enterrado al tercer día en la iglesia de la Merced, y hasta el 15 del mes de marzo no se le hicieron las exequias correspondientes a su rango y a su mérito. El religioso mercedario fray Miguel Ovalle hizo en ellas la panegírica del difunto, en términos los más lisonjeros para su memoria, y enteramente favorables a la revolución⁶⁰.

La pérdida de este ilustre personaje, muy sensible, sin duda, no tuvo influjo alguno en los asuntos políticos. Hallándose ya, como se hallaba, en un estado de decrepitud, no podía ser útil a la causa liberal, que para su última evolución pedía hombres activos, audaces y emprendedores. Bien que los progresos de esta causa fuesen visibles, aún tenía que obrar sobre las masas y que apropiarse, sobre todo, el poder espiritual, siempre muy peligroso por la oposición que podía hacer a los principios. La ocasión de dominar este poder era sumamente favorable. El obispo Aldunate, promovido por los votos de sus conciudadanos al obispado de Santiago, había dejado el de Guamanga para venir a su nuevo destino, y, a su llegada, había creído oportuno habitar una quinta de la Cañadilla, para curar sus achaques, y pasar una vida tranquila y pacífica. Una vez allí, se vio muy pronto rodeado de sus parientes y amigos, los cuales, siendo partidarios, en general, de las ideas de la época, procuraron atraerle a su partido, y consiguieron firmase escritos, que, ciertamente, no hubiese firmado, si su voluntad, ya inconstante, por su edad, no hubiera sido juguete de espíritus activos y traviesos. Don Santiago Rodríguez continuaba siendo un objeto de aprehensión para los liberales. Sus vastos conocimientos, el renombre de que gozaba y su posición como administrador de los asuntos eclesiásticos, le daban

⁵⁹ *Relación de los méritos y servicios de don Mateo de Toro y Zambrano, conde de la Conquista*, impresa en Madrid, y existente en la biblioteca de don Francisco de Huidobro.

⁶⁰ “Persuadió, o quiso persuadir que España se hallaba enteramente subyugada del tirano: que el pequeño rincón de Cádiz se conservaba inconquistado por miras políticas de los franceses, que lo conservaban como punto de reunión del comercio y caudales que iban de América”. *Historia manuscrita de la revolución*, por Melchor Martínez.

un gran ascendiente sobre todo el clero, al paso que los realistas le consideraban casi como jefe de su partido. Ya muchas veces la Junta de Gobierno había querido quitarle su empleo de provisor, y si entonces no había podido conseguirlo, hoy se hallaba en posición muy favorable por la presencia de don José Errázuriz en la secretaría del obispado, siendo este pariente cercano de don Domingo Errázuriz, que querían elevar a aquella dignidad. Además, don José Miguel Infante favorecía con todo su talento y toda su audacia esta mutación, y aun se cree que fue su principal apoyo, puesto que inmediatamente después le nombraron asesor del juzgado eclesiástico, título de la mayor importancia para su partido, y propio a darle un gran ascendiente sobre el clero, poniéndose continuamente en contacto con sus intereses.

Con esta nueva conquista, los liberales acaban de adquirir un poder casi mágico en atención al influjo que les podía dar sobre la masa del pueblo. Ya se podía esperar, en adelante, que de lo alto de los púlpitos no volverían a descender palabras indiscretas, y que el nuevo provisor hallaría medios para contrastar los actos contrarrevolucionarios de don Santiago Rodríguez, o de otras dignidades de su partido, sabiendo granjearse estimación, y disponer de la opinión del clero provincial, demasiado sumiso y timorato.

Así se aprovechaban de los más pequeños acontecimientos para obrar con resolución, despojando a los conservadores de su autoridad para apropiársela, y poniéndolos en la imposibilidad de dañar. Tal es el carácter de todo movimiento de renovación, que, comprendido solamente de algunos pocos privilegiados, necesita manifestarse, desde el principio, resuelto y determinado, al paso que la mayoría, confiada en sus propias fuerzas, se mantiene en la inacción, y no se despierta hasta que la tempestad ha hinchado el torrente. Entonces, la lucha se hace desigual y da la ventaja al Partido Progresista, por más activo y resuelto, y concluye por atraer la multitud de los que no tienen una opinión fija y viven en la incertidumbre, como parte fluctuante de la población.

Pero independientemente de este sistema de aislamiento y de exclusión, adoptado por los liberales para apoderarse de los primeros empleos, meditaban igualmente los medios propios a absorber lo pasado en el orden presente, acabando de arrancar el poder español por los cimientos, y quitándole el último aliento de vida. Entre estos medios, había uno que llamaba más particularmente la atención de los más celosos patriotas, y este medio era entregar al comercio extranjero los puertos del país, y la generosa hospitalidad de los habitantes, haciendo, por consiguiente, cesar el bloqueo universal, que el egoísmo había mantenido durante tres siglos por toda la extensión de la costa. Este proyecto, ya propuesto y desechado por el comercio español, que aún gozaba de cierto influjo en aquella época, fue de nuevo puesto en discusión, y todos los miembros de la Junta se apresuraron a adoptarlo, porque ofrecía la ocasión la más favorable para atraer a los extranjeros y aprovecharse de su ingenio, de sus invenciones y de su antigua industria.

Este decreto, que fue, incontestablemente, uno de los más favorables a la propagación de las luces y de la civilización, fue firmado el 21 de febrero de 1811⁶¹, y

⁶¹ Esta libertad de comercio tuvo también grandes ventajas para la Tesorería. En 1811, la aduana de Valparaíso no producía más que 12.075 p., y seis meses después, es decir, en agosto, había más que

estaba extendido sobre bases demasiado liberales para que no fuese necesario añadir, después, algunos artículos restrictivos; porque no solamente abría al comercio extranjero el puerto de Valparaíso sino, también, los de Valdivia, Concepción y Coquimbo, circunstancia que acarrea mucho embarazo a la administración general, por la razón de que exigía un número mayor de empleados, mucha más vigilancia, y descentralizaba el comercio por mayor, lo cual hacía las ventas más difíciles⁶²; prometía ayuda y protección a los extranjeros, bien que sólo se les permitiese vender por mayor y en los puertos precitados: por lo demás, los votantes, como hombres ansiosos de progresos y de instrucción, habían declarado de libre entrada todo cuanto era concerniente a las ciencias y artes liberales, como libros, instrumentos, mecánicas y máquinas propias al trabajo de lanas y de plantas textiles.

Por aquí se ve la tendencia de aquellos dignos patriotas a una política de progresos, y cuán sinceramente deseaban el mejoramiento moral y material del país; uno, por la cultura de las ideas, y el otro, por la introducción de la industria, siempre favorable a las clases inferiores. Pero como si tuviesen un presentimiento de desórdenes venideros, decretaron igualmente la franquicia de fusiles, cañones, sables, y, en general, de todas armas militares, verdaderos instrumentos de circunstancia propios a preservar el santo suelo de la patria de una invasión que quisiese imponerle, por segunda vez, el vergonzoso yugo del absolutismo, privándola de la libertad que acababa de conquistar.

Es verdad que ya había días se susurraba mucho que habría guerra. La noticia de la llegada del general Elio a Montevideo acababa de confirmarse por una reclamación de la junta de Buenos Aires a la de Santiago de los auxilios que se había servido ofrecerle⁶³, y el virrey de Perú, con necia arrogancia, se atrevía a amenazar con furor a los liberales de Chile, añadiendo que iría a atacarlos hasta en las más altas cumbres de las cordilleras. A este efecto, había levantado el regimiento de la Concordia, compuesto de los principales peruanos y españoles, y de los cuales se había declarado coronel, y el Arzobispo, de capellán. El objeto especial de este regimiento era la guardia de la ciudad, y debía, por consiguiente, mantenerse sedentario; pero levantaban, al mismo tiempo, otras tropas que debían marchar sobre el Alto Perú para reforzar el ejército de Goyeneche, y otras, destinadas a Chile, debían de ser disciplinadas por los veteranos de la guarnición.

doblado este rédito, puesto que producía 24.814. En nuestra estadística, haremos patente con qué prontitud se aumentó aún más, pues que, en el día, da hasta 2.000.000 de p.

Notas sacadas de los archivos del consulado de Santiago.

⁶² En aquella época, había tal escasez de dinero, en las provincias sobre todo, que en Coquimbo mismo el buque *Colt*, angloamericano, que fue el primero que arribó allí, no pudo vender casi nada.

Examen del reglamento del comercio libre, por don Manuel Manso.

⁶³ “Con este motivo, ha pasado este gobierno las más estrechas órdenes a las provincias, a efecto de que le auxilien con gente y armas para escarmentar al general Elio, y V.E., que ha entendido esta necesidad urgente, se le ofrece con una generosidad sin ejemplo por su oficio del 6 del corriente a prestar los poderosos auxilios de sus mejores tropas regladas, etc.... y que, sin pérdida de momento, se pongan en camino para la ciudad de Mendoza, y todas armadas”.

Documentos de la *Historia manuscrita* de fray Melchor Martínez.

En vista de estas noticias que corrían y eran la materia de todas las conversaciones, el Poder Ejecutivo tenía que tomar medidas las más prudentes para conciliar, en medio de todo, la susceptibilidad de los realistas con la suerte del país. Así, mientras que, por un lado, simulaba una entera sumisión al virrey de Perú, el poder escribía, por otro, a Concepción, mandando embarcar las tropas pedidas, y permitía al diputado Álvarez Jonte levantar la bandera en el país para alistar bajo de ella un cierto número de voluntarios. Pero, antes de pasar estos decretos, había tenido que superar todas las dificultades que le suscitaba el Cabildo, el cual era enteramente opuesto al envío de tropas, y, posteriormente, encontró nuevos obstáculos por parte del de Concepción, que estaba alarmado de ver sus fronteras a la merced de irrupciones de los indios.

Este temor no carecía de fundamento, pues los araucanos y, sobre todo, los pehuenches, excitados por la pasión del pillaje, sólo se mantenían contenidos en sus montañas por la presencia de las tropas que acampaban en sus vecindades, y, a pesar de eso, estaban siempre en acecho para aprovecharse de un descuido y precipitarse como torrentes sobre los llanos vecinos. Las cercanías de Los Ángeles acababan de experimentar una de estas invasiones, y los habitantes, que se hallaban aún sobrecogidos del peligro, veían con tristes presentimientos la marcha de una parte de las tropas, sola fuerza defensiva sobre la cual podían contar. Por otra parte, los militares no estaban muy deseosos de alejarse de sus bellas comarcas, de sus parientes y amigos para emprender un viaje tan largo y de tanta fatiga, y se reunían a la población para manifestar su descontento, que, por el conducto del Ayuntamiento, llegaba a conocimiento de la Junta, poco dispuesta a darle buena acogida; porque la causa que ésta defendía no era sólo la de Chile sino, también, la de toda América, y sus pensamientos eran demasiado elevados para que no reconociese las consecuencias materiales y morales de aquella intervención, por débil que fuese. Hasta aquel instante, la Junta no había podido hacer más que dar bordadas en un mar nebuloso e incierto, y ya era tiempo de dar al navío un rumbo seguro por medio de los escollos que lo rodeaban, escollos que consistían en las fuerzas que amenazaban a las repúblicas vecinas. A estas fuerzas era indispensable oponer otras fuerzas, ya como centinelas avanzadas y en calidad de auxiliares, ya concentrándolas en diferentes puntos, manteniéndolas de reserva para operar al primer peligro.

Todas estas disposiciones, debidas principalmente al ingenio de don Juan Martínez de Rozas, despertaron en los corazones de la juventud chilena sentimientos de gloria militar que decidieron a muchos a alistarse con los dignos defensores de su país, e indujeron a la Junta a tomar las mejores medidas para su organización y bienestar. No teniendo Santiago casi casernas, se trasladaron los presos de San Pablo al juego de pelota de la plaza del Basural, y después de haber hecho las mejoras necesarias se acuartelaron allí trescientos hombres con sus oficiales respectivos. Al mismo tiempo, para dar ánimos y ardor marcial a las tropas, se substituyó a los timbales y violines por una verdadera música guerrera, y, al efecto, se pidieron a la junta de Buenos Aires los instrumentos necesarios, así como también maestros profesores de música. Esta petición se hizo el 29 de marzo de 1811, y, poco tiempo después, los regimientos marchaban ya al son de tocatas guerreras que animan el paso, divierten la fatiga del soldado y le hacen despreciar peligros, en defensa de su patria.

CAPÍTULO XII

Preparativos para las elecciones. Conspiración de Tomás de Figueroa, y acción del 1 de abril. Prisión y muerte del caudillo de los amotinados. Disolución de la Real Audiencia. Destierro de sus miembros. Muerte del obispo don José Antonio Aldunate. Don Domingo Errázuriz nombrado vicario general.

La venida de la instalación del Congreso, decretada por la Junta Suprema, daba al país una nueva animación. En las provincias, ya las elecciones eran conocidas, y se continuaban sin indicios de desorden ni de agitación. Menos algunos distritos del sur donde los realistas habían podido organizar un leve triunfo, en todas partes el escrutinio era bastante favorable a los principios establecidos por la revolución, y aparecían como expresión de una política de recomposición y de progresos.

En Santiago, donde las cabezas de partido se hallaban cara a cara, los resultados fueron muy diferentes. La Real Audiencia tenía aún mucha influencia, y su actividad, suspensa y no apagada, acababa de avivarse de nuevo al soplo de esta innovación. En aquel momento, se hallaba en la ciudad Tomás de Figueroa, que los españoles, según se decía, habían hecho venir de Concepción para hacer una tentativa de contrarrevolución en favor de la Real Audiencia. Este Figueroa, muy descontento porque Juan Martínez de Rozas no le concedía la protección que le había prometido, se mostró, desde luego, enemigo del gobierno, y enemigo tanto más peligroso, cuanto era hombre de acción, ambicioso, y, sobre todo, de muchos recursos. Antiguo guardia de corps, y acusado de un delito bastante grave, había sido enviado al presidio de Valdivia, de donde, por un medio sumamente ingenioso, había conseguido escaparse. Cogido de nuevo en las costas de Nueva Granada, había sido enviado a su antiguo destino, y, algún tiempo después, por haber tomado parte muy activa contra un alzamiento de indios, obtuvo gracia y entró de oficial en el ejército. En 1810, tenía ya grado de teniente coronel, y era comandante interino de un batallón, y él fue quien recibió de las tropas el juramento de obediencia al nuevo gobierno, encargo que llenó con un celo verdaderamente republicano⁶⁴.

La mayor parte de las tropas que se hallaban en Santiago habían servido bajo sus órdenes, y como estaban aún imbuidas del prestigio de su Rey, no le fue difícil

⁶⁴ Archivos del gobierno.

sobornarlas y hacerlas entrar en un complot, lo que se hizo con tanta prudencia como habilidad. Hasta ahora, no hemos visto documento alguno que pudiese instruirnos sobre la naturaleza y las disposiciones de este complot; pero es cierto que ya estaba organizado, y que, probablemente, debía tener ramificaciones en los realistas, y, sobre todo, en la Real Audiencia.

Los liberales, por su lado, no se mantenían impasibles con las manos cruzadas en presencia de la augusta misión que los habitantes iban a llenar. Reunidos en comisiones preparatorias, procuraban inspirar la vida política a estos mismos habitantes iniciándolos en el principio de su fuerza, autoridad y derecho; instruyéndolos en el sistema electoral seguido por los angloamericanos, que habían tomado por modelo; y excluyendo del derecho de votar a los españoles y chilenos demasiado afectos al antiguo régimen. Así preparaban una mayoría decisiva, sin pensar, ni remotamente, que una conspiración armada se estaba urdiendo para destruir de un solo golpe las conquistas que siete meses de trabajo y de agitación les habían hecho obtener.

Los electores habían sido convocados el 1 de abril al Consulado para nombrar sus diputados. Desde por la mañana, Miguel Benavente había ido a buscar la compañía de Dragones de la Frontera para llevarla a la plaza del Consulado. Antes de salir de San Pablo, donde estaba acuartelada, algunos soldados habían pedido que la otra compañía veterana los acompañase; pero negándose el capitán, no insistieron y continuaron su marcha. Esto no era más que el preludeo.

El sargento Sáez fue quien, tomando la iniciativa, mostró un espíritu insubordinado, con palabras y gestos que muy luego indicaron el papel sedicioso que estaba encargado de desempeñar. Miguel Benavente quiso muchas veces llamarlo al orden; al principio, con palabras de paz, y al fin, con amenazas; pero viendo que su autoridad era, en cierto modo, desconocida, se tomó la libertad de pegarle con la hoja del sable, lo cual fue la señal, o el motivo de la rebelión, y desde luego toda la compañía se desordenó. Viendo que toda pacificación era ya imposible, Miguel Benavente renunció a ella, y el comandante general de las armas, don Juan de Dios Vial, no pudiendo conseguirla tampoco, se vio forzado a enviar los soldados a su cuartel.

Apenas entraron en él, Tomás de Figueroa, hasta entonces simple espectador del acontecimiento, fue allá y lo recibieron con gritos repetidos de: ¡Viva el Rey! ¡Viva la religión!⁶⁵.

Figueroa, como jefe, los felicitó de su honrada fidelidad, aceptó las buenas intenciones de que estaban penetrados y mandó se les abriesen las puertas de los almacenes para armar su bizarro denuedo. Luego que tuvieron armas y municiones,

⁶⁵ Hallo en mis notas, redactadas, según creo, después de una conversación con el general Aldunate, que no fue Sáez sino, más bien, el cabo Molina quien tomó la iniciativa de este acto de insubordinación, y que, de vuelta al cuartel, se trasladó, con dos o tres dragones, a casa de Márquez de la Plata, donde se hallaba la Junta, con intención de asesinar los que la componían; pero en aquel momento había muchas personas, y, en lugar de ejecutar su atroz proyecto, fueron arrestados Molina y sus compañeros, que depositados en un patio consiguieron escaparse por los tejados. Esta versión se halla confirmada, con poca diferencia, en el *Diario manuscrito* de José Miguel Carrera.

se puso a la cabeza de este pequeño ejército, reforzado con muchos húsares que se le incorporaron por fuerza, y los condujo todos, en número poco más o menos de seiscientos⁶⁶, al lugar de la reunión. Su primera intención había sido el apoderarse de los cañones montados junto a la Moneda; pero habiendo sabido, en camino, que aquellas piezas habían caído en poder de los granaderos, que las habían puesto en batería en la misma calle, se dirigió a la plaza del Consulado para dispersar los electores y disolver la Suprema Junta.

La sala de la asamblea estaba casi vacía; Figueroa no se tomó ni siquiera la molestia de entrar en ella, y, persuadido de que su deber era ir a ponerse a las órdenes de la Real Audiencia, se trasladó allí con su falange; la formó en batalla en la plaza, y aun delante de las cajas reales, y, hecho esto, se presentó al Regente, que estaba rodeado de todos los oidores. La conversación que tuvo con ellos ha quedado ignorada⁶⁷; pero fue bastante larga para dar tiempo a los granaderos, mandados por don Santiago Luco, y los artilleros, que mandaba don Luis Carrera, para trasladarse a la plaza y formarse en frente de los rebeldes, del lado de los portales.

Prevenido de lo que se pasaba, Figueroa se despidió de la Real Audiencia; se apresuró a volver a su puesto; mandó avanzar su tropa hasta cerca de la pila, y a la distancia de medio tiro de pistola de los granaderos de Luco, y luego entabló con don Juan de Dios Vial una discusión sobre la superioridad del mando. El uno pretendía que le pertenecía por su grado y antigüedad de servicios y el otro por el derecho que tenía la Junta Suprema de depositarlo en manos del que más merecía su confianza. Sus pretensiones tomaron un tal carácter de tenacidad, que juzgando, uno y otro, inútil prolongar la discusión, se decidieron a referirse a la decisión de la fuerza, y se cuenta que Figueroa dio la señal de hacer fuego con su pañuelo. A lo menos, fue cierto que al punto sus tropas hicieron fuego, echándose muchos luego a tierra, para evitar las balas de sus adversarios aun poco hábiles en el manejo de las armas.

Cincuenta y cuatro cayeron, entre muertos y heridos⁶⁸. Los amotinados huyeron sin pensar en aprovecharse de su ventaja. De los soldados de la patria, también hubo muchos que hicieron lo mismo; pero la mayor parte se mantuvieron firmes y fieles, y el oficial Santiago Guerra persiguió al enemigo hasta la calle del Puente.

Tal fue el resultado de aquella fatal jornada, para siempre memorable en la historia de la Independencia. La revolución, que, desde un principio, se había manifestado prudente, noble y generosa, acababa de recibir, a pesar suyo, manchas de vergüenza y de sangre, y esta especie de bautismo no podía menos de ser fatal a su porvenir. Los dos partidos en lo sucesivo, van a tener sentimientos recíprocos de odio y de venganza, y a verse dominados por el espíritu de anarquía, que por

⁶⁶ Los manuscritos hacen subir el número a cerca de 600; pero creo que hay exageración.

⁶⁷ Según el padre Martínez, la Real Audiencia se descartó de esta acción de Figueroa, y aun también le respondió que no tenía órdenes que dar personalmente, y que, ante todas cosas, era preciso informar a la Suprema Junta.

Historia manuscrita de la revolución de Chile.

⁶⁸ *Historia del padre Guzmán.*

fuerza había de ensangrentar las páginas de la historia nacional. Ya se había esparcido un terror pánico por toda la ciudad; todos corrían a sus casas; las puertas se cerraban, y la plaza Mayor, ocupada militarmente, de un lado, por los granaderos, del otro, por los artilleros al pie de los cañones, anunciaba patentemente que había llegado la era de las armas, y que éstas iban a decidir la suerte de la patria.

Los Dragones de la Frontera, huyendo del campo de batalla, se habían dirigido a su cuartel, y Tomás de Figueroa fue a refugiarse en el convento de Santo Domingo, bajo la protección de algunos religiosos. Allí ocultaba, escondido detrás de una parra, su cabeza y su vergüenza de haber sucumbido en tan bella causa. Las ventajas, en efecto, estaban todas de su parte. Sus antecedentes probaban que era sujeto de energía, de acción y de talento. Independientemente de los realistas que había en Santiago, podía contar con tres o cuatrocientos veteranos, en general, animados de un fanático afecto a su Rey, y a los que, además había podido inspirar entera confianza, con decirles que los enemigos eran simples reclutas sin experiencia. Pero la Providencia, que velaba por la salvación de la patria, le privó de conocimiento y de previsión, dejándolo cobarde e irresoluto, y permitiendo olvidase que, en el término de dos o tres días, podía ver sus cortas fuerzas aumentadas con los trescientos auxiliares que habían salido, de muy mala gana, de Concepción para ir al socorro de Buenos Aires⁶⁹.

La Junta Suprema, reunida, en parte, en casa de Márquez de la Plata, se trasladó inmediatamente a la plaza Mayor, y, mientras algunos miembros se concertaban con los jefes militares para tomar las medidas necesarias a la tranquilidad y al buen orden, Juan Martínez de Rozas subió a la Real Audiencia para manifestar su descontento a los S.S. de aquel tribunal, que él consideraba como cómplices de la conspiración. Enseguida, tomó un caballo, se fue, con algunos soldados, a descubrir el jefe de la rebelión, y, por las señas que le dieron, se dirigió al convento de Santo Domingo, de donde iba ya a salir, después de inútiles pesquisas, cuando un mozo se le ofreció para enseñarle el escondite del que buscaba.

Cogido por los soldados de Martínez de Rozas, Tomás de Figueroa se dejó llevar sin resistencia, en primer lugar, al cuartel, y, enseguida, a la cárcel, donde muy luego se presentaron tres jueces de conocida integridad, que fueron: el vocal don Juan Henríquez Rosales, el asesor don Francisco Pérez y el secretario Gregorio Argomedo.

Las circunstancias y las pruebas irrecusables de un crimen, siempre grave a los ojos de un partido político victorioso, exigían que la causa se sustanciase sin dilación, y pocas horas bastaron para interrogar al acusado, oír a los testigos y pronunciar la fatal sentencia, que lo condenaba a la pena de muerte.

⁶⁹ Es de presumir que Tomás de Figueroa fue llamado a Santiago por los españoles, con el objeto de suscitar una reacción en favor del Rey. Lo cierto es que se puso en camino algunos días antes del embarco de los 300 auxiliares, prometiéndoles hacer cuanto pudiese para que no se verificase. A su llegada a Santiago, animado por los realistas, no creyó necesario esperar llegasen aquellas tropas para hacer la revolución, persuadido de que el día de las elecciones era el más favorable para sus proyectos. Si, por el contrario, hubiese aguardado aquel primer refuerzo, es probable que los patriotas hubiesen sido dispersados.

Conversación con el general Bernardo O'Higgins.

El confesor que le dieron fue el padre *de la buena muerte*, fray Camilo Henríquez, que muy pronto veremos como una de las brillantes estrellas de la revolución. Penetrado de su santo ministerio, este confesor puso a un lado todo pensamiento político, y se presentó como el ángel de la guarda de un alma, cuya fidelidad, mal entendida, o, tal vez, cuya ambición la hacía salir de esta vida para la otra. Hasta las cuatro de la mañana se mantuvo auxiliando al paciente, y sólo se separó de él cuando la justicia humana hizo ya superfluos sus consuelos espirituales.

Dicen que antes de morir, Figueroa protestó contra la irregularidad de la causa que le hicieron, y aun contra el rehuso de darle un confesor de su agrado.

Por la mañana, el pueblo iba de tropel a ver aquella primera víctima del tribunal revolucionario, sentada en una poltrona a la entrada de los arcos de la cárcel, donde permaneció, lo más del día, expuesta a la vergüenza.

Esta exposición no fue la sola que haya afligido a la república. Entre los amotinados que se hallaron muertos en el sitio de la acción, se tomaron los cadáveres de Sáez y de tres compañeros suyos, y fueron colgados a una horca levantada en la plaza Mayor; ejemplo que sin duda contrastaba las costumbres del país, pero necesario para intimidar a los facciosos, tranquilizar a los habitantes e impedir que el movimiento degenerase en un gran alzamiento.

Los demás facciosos fueron declarados traidores a la patria, al paso que todos los militares que defendieron la causa legal recibieron una recompensa individual, proporcionada a su grado, y un escudo, para poner en la manga de la casaca, con el exergo: Yo salvé la patria⁷⁰.

El joven Juan Dios Vial, hijo del comandante de las armas, se distinguió, en aquella ocasión, por su serenidad y presencia de ánimo. Así como recibió la descarga, sacó una pistola y corrió a descargarla, a quemarropa, contra Figueroa; pero erró el tiro.

La Junta Suprema, para darle una prueba de su satisfacción, decretó que pudiese llevar siempre la pistola a su lado o, bien, bordada en la manga de su vestido.

Por donde se echa de ver que las costumbres democráticas, que, al ejemplo de Estados Unidos, se querían introducir, no podían preservarse de cierta tendencia involuntaria al espíritu de vanidad y de ostentación, tan propio del carácter español, bien que, por otra parte, tan útil para dar entusiasmo, y avivar la ambición.

Tan pronto como el buen orden pareció un poco restablecido, y que el acontecimiento hubo sido encadenado en provecho de la libertad, los miembros de la Junta pensaron en sacar partido de la victoria para precaver otra revolución. La primera sangre que esta lucha acababa de hacer derramar les daba una fuerza legal de que pudieron servirse contra los agitadores, e informados de que los Dragones de la Frontera habían marchado por el camino de Valparaíso con intención de reunirse a los auxiliares, que venían de Concepción, para organizar una resistencia simultánea,

⁷⁰ Los oficiales fueron ascendidos. Los sargentos recibieron tres pesos fuertes, los cabos veinte reales, y los soldados dos pesos.

Las viudas recibieron también una recompensa proporcionada a los grados de sus difuntos maridos. Archivos del gobierno.

enviaron contra ellos una compañía de dragones a las órdenes de Enrique Campino, el cual los alcanzó en la cuesta de Prado, y los hizo casi a todos prisioneros, gracias al socorro que le ofrecieron los mismos auxiliares que querían sobornar y con los cuales fueron incorporados haciendo parte de la expedición de Buenos Aires.

Después de esto, persuadidos los miembros del gobierno de que las circunstancias los habían puesto en una altura desde la cual se desvanecen todas las consideraciones para no dejar dominar más que la política que interesa a la tranquilidad del país, creyeron oportuno pensar, pero sin odio ni pasión, en todas las personas que, por su posición o su influjo, habían tenido parte, más o menos directa, en aquella contrarrevolución.

El ex presidente Carrasco, retirado, después de su caída, en una casa de la Chimba, fue una de las primeras víctimas de este sistema de sospecha. Acusado de ser uno de los cómplices del complot, fue arrestado y traído al palacio con su amigo don Julián Celleruelo, en casa del cual vivía, y ambos fueron puestos en la cárcel.

Igualmente fueron arrestados algunos chilenos enemigos del gobierno establecido, y muchos españoles, puestos, a poco tiempo después, en libertad por orden del licenciado Correa de Saa, encargado de su interrogatorio.

Pero lo que más preocupaba a la Junta era el deseo que todos tenían de destruir, de una vez y para siempre, el poder de la Real Audiencia, que, como cuerpo sabio y respetable, podía, tan pronto como sus heridas estuviesen cicatrizadas, recobrar bastantes fuerzas para poner nuevas trabas a la marcha de una idea, tan diametralmente opuesta al juramento y a los intereses de sus miembros. Era esto una especie de nudo gordiano que no se podía deshacer más que por violencia, y que el carácter serio y fuerte de Martínez de Rozas podía sólo en aquel momento, tener el arte de desanudar. Para ello, la Junta tenía que hacer, sino una cuestión de derecho, a lo menos una de urgencia y de necesidad, fundada en los acontecimientos que acababan de suceder, y en la necesidad de evitar animosidades.

Los oidores, por otra parte, protestaron de su inocencia y procuraron temporizar con el nuevo poder; pero cansados del papel humillante de una obediencia pasiva, cuando, poco antes, eran tan vanos y orgullosos, concluyeron separándose y dispersándose ellos mismos. El 6 de abril, don José Santiago Aldunate dio el primer ejemplar de una completa abnegación de sus derechos, renunciando a su título de oidor, y, dos días después, pidió su pasaporte para Lima.

Este ejemplar fue muy luego seguido por Irigoyen y Basso y Berri, que el gobierno mandó detener en Valparaíso, con orden, al primero, de volver a Europa por la vía de Buenos Aires

En fin, el 26 del mismo mes, la Real Audiencia se halló enteramente disuelta, y los dos miembros que quedaban fueron desterrados, con sueldo de 150 pesos, uno, Rodríguez, a San Fernando, y el otro, el dean Concha, a La Ligua; pero a éste, como pariente de José Nicolás Cerda, se le permitió permanecer en la chacra de su primo, en Ñuñoa con su mujer y sus diez hijos, y de allí pasó a la hacienda del Ingenio⁷¹.

⁷¹ Este Concha había sido sumamente útil al país. En tiempo de su presidencia interina en la Real Audiencia, había mandado desembarcar del buque extranjero, *Warren*, todo el hierro y acero que lle-

Así terminó aquel célebre tribunal, que gozaba en América de la más alta consideración, como primera corporación, y cuyos miembros, escogidos, en general, entre los sujetos más notables, por su ciencia e integridad, recibían continuamente testimonios de respeto y de sumisión, que degeneraban algunas veces en una especie de culto; consecuencia de la política diestra del gobierno español, que por medio de leyes exclusivas, y de aislamiento, quería dar a sus empleados un gran prestigio, y, sobre todo, poner a los magistrados a cubierto de todo atentado contra su santo ministerio. Por esta especie de contracción, la posición de los oidores era tan penosa como ridícula, pues no podían contraer matrimonio en el país, ni asistir a casamientos ni a entierros, ni siquiera ser padrinos de un niño, en el bautismo. Igualmente, les era prohibido adquirir bienes raíces, especular, recibir regalos de gran lujo, y el número de casas a donde podían ir de visita era tanto más limitado, cuanto les estaban prohibidas las de los negociantes y abogados, y, sobre todo, las de personas que tuviesen alguna causa o proceso.

De este modo, las leyes cuyos intérpretes eran, a la vez, y columnas, seguían con su influencia natural y a cubierto de fraudes, vigilando las acciones de los ciudadanos que faltaban a sus deberes, sin distinción de rangos, y por elevados que fuesen, pues entre aquellos jueces la injusticia era desconocida.

El porte de sus mujeres no estaba menos sujeto a una rigurosa vigilancia del Regente y del Presidente. En efecto, estaban sometidas a la misma etiqueta y a las mismas prohibiciones, y obligadas a participar de las privaciones sociales de sus maridos, que por este modo de vida se hacían necesariamente graves y taciturnos.

En vista de una existencia tan particular, llena de misterios y tan diferente de las demás existencias sociales, ¿qué se podía hallar de extraño en el prestigio de que gozaban aquellos anacoretas políticos? ¿Los tan alabados agüeros de la crédula antigüedad llevaban por acaso otra clase de vida?

La Real Audiencia no fue la sola que tuvo que sufrir su mala suerte, pues la misma cupo a algunos militares y a todos los empleados que por su rango podían aún ejercer algún influjo en la suerte política del país. Ya se ve que después del sangriento acontecimiento del 1 de abril, la revolución ya no estaba obligada a miramientos; el velo se había rasgado, y se hallaba, más bien, en la precisión de echar a un lado toda irresolución y de avanzar francamente y con denuedo a sus fines, si quería elevarse a la altura que éstos pedían. Los medios de que debía disponer eran la justicia, el derecho y la fuerza; porque después de las reuniones electorales

vaba, para distribuirlo entre los agricultores y los mineros, que carecían enteramente de ellos, creó en Santiago una sociedad de beneficencia, de la cual fue nombrado presidente y director. Enriqueció con muchas obras la Academia de Matemáticas, formada por el gran patriota Salas, y había hecho instancia al Rey enviase profesores de Mineralogía para fundar una escuela de minas. La humanidad de sus sentimientos no era menos recomendable. Hizo grandes mejoramientos en el hospital de San Juan de Dios, y promovió una suscripción, que produjo 200 pesos, para subvenir a sus necesidades. Nombrado, en 1801, director de dicho establecimiento, obró con tanto celo y economía, que halló posibilidad de admitir cien enfermos cuando la dotación era sólo de 53 camas.

Archivos del gobierno.

el principio de la revolución ya no se hallaba concentrado solamente en la capital sino que se había extendido a casi todas las provincias, y había encerrado en su círculo de acción a una infinidad de personas que, hasta entonces, se habían mantenido extrañas e indiferentes al movimiento, y que ahora estaban muy dispuestas a entrar en él.

Por otra parte, era de temer que el virrey Abascal no quisiese tolerar principios cuyas máximas escritas en las banderas de La Plata eran combatidas por sus tropas en el Alto Perú, y que, al fin, se decidiese a enviar al país un ejército de invasión considerable. Tal era la opinión de muchos hombres de previsión, opinión tan pronto justificada, tan luego desmentida por las cartas de Lima; y aun parece que en los papeles de Tomás de Figueroa se hallaron pruebas de aquella intención, y el aviso de la salida del buque *San Juan*, fletado con armas para los que intentasen la primera insurrección.

Todas estas noticias sugirieron a la Junta Suprema el dar su principal atención al ejército nacional, y mandar disciplinar las milicias, a pesar de los grandes gastos que estas medidas podían ocasionar. Al mismo tiempo, se procuró que la religión contribuyese a aumentar el entusiasmo del pueblo, y al efecto mandaron venir al eminente patriota Andreu y Guerrero, obispo auxiliar, que, el 7 de abril, principió a predicar en la plaza Mayor, en favor de aquella noble causa, aconsejando al pueblo:

“De respetar, obedecer y amar al gobierno, como fundador de un sistema el más conforme a la razón y a la religión, y el más a propósito para librarnos de las intrigas y ambición de Bonaparte”.

Andreu y Guerrero llevó su celo hasta el punto de sugerir la delación al gobierno de cuantos fuesen opuestos a dicho sistema, y pudiesen, por consiguiente, serle perjudiciales.

El día siguiente de este sermón, que causó, como día era natural, gran sensación a los realistas chilenos y a los españoles, murió el digno y virtuoso prelado don José Antonio Martínez, obispo de Santiago. Esta muerte fue en extremo sensible, en razón de la ciencia, de las virtudes y bellas prendas que adornaban aquel ilustre chileno, cuya extremada generosidad le había hecho el verdadero padre de los pobres. Esta generosidad era tal, que antes de salir para el obispado de Guamanga se había desprendido de su inmensa fortuna para darla a sus parientes y a necesitados, quedándose él reducido a una modestísima existencia. Los achaques de que adolecía después de su vuelta y su avanzada edad le impidieron de tomar parte en las deliberaciones de la Junta, y así murió libre de todo acto político, y casi sin que el gobierno lo supiese. Su cuerpo, después de haber recibido los honores debidos a su rango y a su mérito, fue enterrado en la catedral.

Pero si esta pérdida pasó como sin sentirse para la Junta, no sucedió lo mismo con respecto al clero, cuyas antiguas pasiones se despertaron con la ocasión del nombramiento de un vicario general, empleo que, por la muerte del Obispo, tuvo que abandonar el canónigo don Domingo Errázuriz. Los realistas querían poner, en lugar de éste, al sabio Rodríguez. El Cabildo, al contrario, quería al canónigo Fretes de Buenos Aires, hombre de mucho talento y actividad, y uno de los más

eminentes patriotas; pero su calidad de extranjero, en una época en que el amor nacional quería que la revolución chilena no perteneciese a nadie más que a sí misma, fue la causa de que dicho nombramiento recayese en el mismo Errázuriz. Sin duda alguna, ignoraban que en aquel mismo instante, un chileno, también canónigo, el doctor don José Cortés Madariaga, ocupaba un alto puesto y tomaba una parte la más activa y gloriosa en la revolución de Caracas, con gran satisfacción de un pueblo que no era menos celoso de su nacionalidad y patriotismo.

CAPÍTULO XIII

Aplazamiento de las elecciones de Santiago. Llegada de los diputados de las provincias. O'Higgins. Proclama de la Junta. Tendencia de Martínez de Rozas a alcanzar la presidencia. Rivalidad entre Martínez de Rozas y el Ayuntamiento. Instalación del Tribunal de Apelación y del de Seguridad Pública. Reconocimiento de la Junta por el marqués de Casa Irujo. El marqués de Medina no admitido como presidente de Chile.

El triste acontecimiento que acababa de suceder había producido dos grandes efectos; el de desmoralizar el Partido Realista, reducido, en lo sucesivo, a una nulidad casi completa, y el de adelantar a los liberales en términos que ya no podían ni hacer alto ni volver atrás. Ya no podían menos, aunque no quisiesen, de dejarse llevar de la pendiente que los conducía al punto marcado por la Providencia, y de ayudar al movimiento en su propia fuerza de acción y de progresión.

El pueblo de Santiago se hallaba aún conmovido por la sensación que le había causado la sangre derramada; porque no estando acostumbrado a estas insurrecciones armadas, y no habiendo participado nunca a luchas políticas, le eran aún enteramente extraños los sentimientos de pasión y de odio que engendran generalmente las guerras de partido. Por lo mismo, su emoción, en aquella circunstancia, era por las infelices víctimas, que su sencillez natural les hacía considerar como un objeto pasivo de una disputa de intereses. Las personas de distinción, dominadas por los mismos sentimientos no estaban menos conmovidas; se habían puesto casi indiferentes a la suerte de la república, y habían diferido casi indefinidamente las elecciones interrumpidas por el acontecimiento.

Entretanto, las provincias habían nombrado ya sus diputados, y todos los días se veían llegar algunos a Santiago. Entre los que estaban presentes se hallaba O'Higgins, que Martínez de Rosas había llamado con la más premurosa solicitud.

Cuando había sabido la rebelión de Figueroa, se encontraba cerca de Curicó, y su primera intención había sido de continuar aceleradamente su marcha para tomar parte en las consecuencias del suceso. El 5 de abril, llegó a Santiago, y apenas se apeó corrió a palacio, embozado aún en su poncho de camino, para ponerse a la disposición de la Suprema Junta, ofreciéndole su espada para contribuir a calmar los pocos temores que pidiesen tenerse todavía.

Pero si había temores, ya no eran de que hubiese una nueva rebelión, y la inacción provenía solamente de la consternación que había paralizado todo movimiento, y llenado de amargura los corazones de los habitantes. De todos los miembros de la Junta, no hubo verdaderamente más que Martínez de Rozas que se hubiese mostrado superior al acontecimiento, y mantenido a la altura de su misión. Sin participarlo a los demás miembros, había escrito una proclama, en la que, después de haber dado algunos detalles sobre el suceso del 1 de abril, y sobre la conducta del pérfido Figueroa, decía, para tranquilizar los ánimos, que se haría justicia equitativa, pero rigurosa:

“No hay medio (añadía). Es preciso llenar dignamente esta obligación del gobierno. Chile no debe alimentar en su seno a los monstruos que han proyectado devorarlo, y aunque la humanidad se resienta del escarmiento, la patria imperiosamente lo manda. Su muerte evitará la de tantos inocentes que han estado a punto de ser víctimas del furor de los asesinos del día primero”⁷².

Martínez de Rozas había manifestado muchas veces el deseo de ver a O’Higgins a su lado, porque sabía que con su carácter decidido y denodado conseguiría más fácilmente romper el último eslabón de la cadena que sujetaba el país a la monarquía española. Las grandes revoluciones (decía él) no se hacen sin conmociones ni sin violencias, y el ejemplo del 1 de abril le convencía de que debía imprimir al movimiento un carácter esencialmente militar, a fin de contener por la fuerza el espíritu de traición; pero estaba lejos de ser él mismo soldado, y la ambición de O’Higgins no se había un puesto en evidencia, ya fuese por respeto a su ínclito maestro, ya porque sus inclinaciones guerreras estaban aún comprimidas por la fuerza de la subordinación.

“De todo esto nacía la necesidad de ceñirse aún a los consejos de una política diestra y astuta, por los que el hombre obra con prudencia, y, muchas veces, contra su propio modo de sentir. En efecto, había pocos días que Martínez de Rozas y los demás miembros de la Junta habían firmado una proclama alentando a los chilenos a que se elevasen a la esfera de independencia que les había señalado el autor de la naturaleza, y a presentar a los extranjeros el espectáculo de un pueblo instruido y laborioso; a nuestros hermanos, los valientes, leales y desgraciados españoles europeos, abriéndoles un asilo que mitigue el dolor de haber perdido sus hogares; a nuestro buen rey, conservándole este último reducto de la fidelidad, mejorado, si es posible, hasta el punto de hacerlo digno de su morada”⁷³.

Tal era aun el lenguaje de la Junta en el momento de las elecciones, lenguaje que para tranquilizar los ánimos, y temporizar con el enemigo, tenía la fatalidad de paralizar el arranque de la libertad nacional, y de esterilizar la ventaja que acaba-

⁷² Obra en mi poder una copia de esta proclama, debida, según me dijo B. O’Higgins, a la sola pluma de J. Martínez de Rozas.

⁷³ Esta proclama se halla en el *Diario manuscrito* de don Manuel de Salas.

ba de obtener sobre el absolutismo. Al mismo tiempo, alentaba las pasiones, aún ardientes, del partido vencido, le autorizaba a levantar la cabeza y lo impulsaba, por decirlo así, a disputar el éxito, procurando introducir legalmente en el Congreso miembros enemigos del movimiento, y afectos con alma y vida a la monarquía española. Éste era, en resumidas cuentas, el resultado de la política tímida, débil, sin previsión, y, muchas veces, contradictoria, que subyugaba a la mayor parte de los miembros del nuevo gobierno.

Las elecciones de las provincias, que habían parecido ser favorables a los liberales, acabaron por resentirse de esta organización viciosa. Algunos realistas habían conseguido ser nombrados diputados, y tan luego como llegaron a Santiago se pusieron en relación con los españoles y chilenos enemigos del gobierno. Martínez de Rozas no los perdía de vista, y procuraba adivinar, con su tino infalible, el papel que cada uno de ellos pensaba desempeñar. Analizaba el talento y la conciencia de todos. Calculaba el influjo que tenían, y después, en sus reuniones, nunca dejaba de insinuar la oposición que iban a causar en la asamblea, y cuán urgente era adoptar medidas propias a desbaratar sus arterias.

Era ésta una astucia de aquel gran político, que previendo se pondrían trabas a sus miras de interés y de ambición, se preparaba con tiempo a romperlas. Porque no puede menos de verse, en todas las acciones de Martínez de Rozas, un vivo deseo de dominar al país, y de llegar a ser su presidente. Desgraciadamente, tenía por concurrente a Ignacio Carrera, que pretendía lo mismo, y con más derecho, no por su talento, sino porque era chileno, y representaba el Ayuntamiento, siempre deseoso de introducirse en el poder supremo.

De estas dos opuestas pretensiones surgió un espíritu de rivalidad que separó los miembros de la Junta en dos campos, siempre dispuestos a hacerse una verdadera guerra sordamente. Por consiguiente, era muy importante para el fiero republicano el aumentar el número de sus partidarios en el Poder Ejecutivo, y, al efecto, propuso la necesidad de reunir todos los diputados que se hallaban en Santiago, y de incorporarlos en la Junta para tener parte en sus sesiones. Esta proposición fue hecha por el diputado de Valparaíso, Agustín Vial, que citaba los ejemplos de Buenos Aires, Quito y otras partes, para que pareciese más conforme a lo que pedían las circunstancias. Martínez de Rozas, Rosales y Márquez de La Plata la apoyaron con todo su poder, y fue combatida por los demás miembros, reunidos a una diputación del Ayuntamiento, a la cabeza de la cual se hallaba el procurador de ciudad, el rígido José Miguel Infante

Desde luego, se levantó una discusión, tan viva como terca de ambas partes, pero que se terminó a favor de Martínez de Rozas; porque los chilenos presentes en la reunión, fastidiados de vivir en incertidumbre, y deseando tener un gobierno laborioso, se habían manifestado altamente inclinados a ella, y con murmullos bastante ruidosos habían conseguido intimidar a José Miguel Infante, y obligarlo a retractar, o, a lo menos, a modificar su discurso tocante a aquel plan⁷⁴.

Este nuevo contratiempo le fue muy sensible al Ayuntamiento. Desde algún tiempo a aquella parte, su participación en los asuntos públicos se hacía ilusoria, y

⁷⁴ Conversación con don José Miguel Infante.

se hallaba tanto más descontento en aquella circunstancia, cuanto la cuestión, ya bastante grave por su naturaleza, presentaba un interés capital de existencia para aquella gran corporación. Como la solución dependía mucho de los diputados, el Ayuntamiento se creía el derecho, a lo menos, de retardar y diferir la ejecución del proyecto hasta la elección de los vocales de Santiago, que debían ser nombrados a principios del mes de mayo.

Así lo pidieron los cabildantes con mucha instancia; pero se les negó como contrario al plan de Martínez de Rozas, y, desde aquel instante, trabajaron con mucho más ahínco en contrarrestar el proyecto de aquel gran patriota, para lo cual emplearon todo su influjo a fin de que se nombrasen diputados favorables a su competidor Carrera.

Las elecciones, que debían tener lugar el primero de mayo, fueron deferidas hasta el 6, por causa de algunos desórdenes que sucedieron. De una parte y de otra hubo actos de agresión y de resistencia. Martínez de Rozas empleó todos los recursos de su ingenio para alcanzar sus fines. Tan pronto intentaba ganar las tropas, nombrando, de su propia autoridad, un jefe afecto, tan pronto llamaba a las elecciones los mulatos que podían votar legalmente; pero burlado enteramente por Ayuntamiento, y por una porción de la Junta, vio su prestigio debilitarse por esta táctica electoral, y, en efecto, el escrutinio dio diputados contrarios, en general, a sus miras.

Y, sin embargo, no se puede decir con certeza que Martínez de Rozas no tuviese en sus acciones más móvil que el de su interés propio. Es verdad que se le echaban en cara algunos antecedentes que autorizaban en cierto modo a suponerlo, ya fuese en Concepción, ya por haber participado mucho del lucro vergonzoso del asunto del buque *Escorpión*; pero en este momento daba muchas pruebas de desinterés, tanto para sí como para los suyos en el hecho de no querer aceptar para ellos ningún empleo de oficial en los regimientos que se formaban; conducta que estaban lejanos de seguir los demás miembros de la Junta; y además de esto, ¿por qué no se había de tomar en cuenta el estado moral de la revolución, cuando él visaba a la presidencia? La revolución siempre débil e incierta, sin tener más que el apoyo pasivo de un partido en el que, menos algunos, todos querían paz y tranquilidad, no tenía verdaderamente por sí más que a él, y él sólo podía por sus generosos arranques, y sus principios democráticos, darle la fuerza y eficacia de que era capaz, y conducirla pronta y noblemente a su verdadero fin.

Sobre este punto, la propia conciencia de Martínez de Rozas le dictaba lo mucho que podía hacer en favor de un pueblo que tenía tanto trabajo en sacudir el yugo de la esclavitud, de cuyos hábitos tanto adolecía; y así, animado por sus compatriotas los diputados del sur, y por muchos habitantes de Santiago, entre los cuales se hallaban la numerosa familia de Larraín, la de Salas, Rojas y otras, no desesperó de su éxito, y esperó ocasión más oportuna para renovar pretensiones justificadas por su patriotismo y su capacidad, y que él sabía serían sumamente útiles para el país, demasiado imbuido aún de ideas monárquicas, y para el cual la consolidación de la república era aún problema.

El 9 de mayo, se celebró en Santiago la elección de sus diputados y el triunfo del Ayuntamiento con grandes demostraciones de júbilo. Hubo misa en acción de

gracias, a la cual asistieron las diferentes corporaciones. Se entonó el *Te Deum* con gran repique de campanas y salvas de artillería, y se prolongaron las funciones hasta el 11, día en que los nuevos diputados se reunieron con los demás para tener parte en las sesiones.

Una de las primeras operaciones fue nombrar ocho alcaldes y regidores para reemplazar a los que la cámara se había apropiado como diputados. Enseguida, se procedió con premura a la reorganización del Tribunal de Justicia, el cual, desde la caída de la Real Audiencia, no había podido asentar decreto alguno, ni en la justicia civil ni en la de alzadas, relativa al ramo de consulado y minería.

Habría podido ser esta coyuntura sumamente feliz para introducir en aquella administración una parte de las reformas que, desde algún tiempo, el carácter nacional, la naturaleza del país y los principios de la nueva existencia social reclamaban; pero a pesar del espíritu eminentemente legislativo de algunos chilenos, éstos no podían emprender aún tamaña tarea. Las leyes españolas no podían ofrecerles todos los elementos uniformes y mecánicos que constituyen un código conveniente para un país. Eran ellos mismos demasiado novicios, y necesitaban, ante todas cosas, penetrarse de la legislación extranjera, casi desconocida en Chile, y tan rica de toda especie de cuestiones jurídicas.

En consecuencia, no hicieron innovación alguna en la legislación, y continuaron sirviéndose de la inmensa colección de leyes coordinadas de un modo indigesto y sin método, verdadero caos que la más admirable paciencia podría a penas desenmarañar.

No obstante, se mudó el nombre del Tribunal en el de Apelación, formado de tres juiciosos y sabios abogados y presidido por otro, que no tenía más facultades que la del gobierno económico y distributivo en el despacho de los negocios⁷⁵.

Estos actos, que no exigían ninguna contracción meditativa, ni podían dar materia a oposición, pasaron sin tardanza y sin dificultad; pero no sucedió lo mismo cuando fue preciso entrar en todos los pormenores de la administración general y particular. Entonces, el poder, fraccionado entre treinta y seis miembros, se hizo una especie de juguete de las ideas más vanas e insustanciales. Cada cual quería dar a la discusión su voto de censura, y de allí se originaron disputas acaloradas y ridículas, que muy pronto degeneraron en personalidades, resultado que les sugirió el dividirse en secciones, según su gusto, sus conocimientos y capacidad. De este modo, hubo la sección de Hacienda, la de Estado, la de Guerra, la de Policía. Cada una de ellas tenía sus reuniones diarias y particulares, y en las generales, presididas por la Junta, daban una idea de sus operaciones, que eran discutidas antes de ser adoptadas⁷⁶.

Es verdad que estas operaciones no tenían gran importancia para las administraciones, y, las más de las veces, eran relativas a la forma y al reglamento que

⁷⁵ Estos jueces, a quienes se confirió el título de colegas, eran: Juan de Dios Gacitúa, don Francisco Pérez García y don Lorenzo Villalón. El presidente fue don Francisco Cisternas. El sueldo que tenían era de 2.500 p. al año.

Martínez, *Historia manuscrita de la revolución de Chile*.

⁷⁶ Conversación con Bernardo O'Higgins.

se habían de dar al congreso que iba a ser instalado. En este punto, Rosas hacía cuanto podía para que prevaleciesen sus opiniones, que los diputados de Santiago conseguían siempre modificar, y aun desechar.

Desde la entrada de estos nuevos miembros en la asamblea, las discusiones se habían presentado más apasionadas; se había formado una verdadera oposición contra J. Martínez de Rosas, oposición que los partidarios de éste llamaban la oposición de los godos. Martínez de Rozas procuró deshacerse de esta oposición, atacando la legalidad de las elecciones de Santiago, que no debía dar más que seis diputados, en lugar de doce, y procurando probar que semejante mayoría en una ciudad violaba las condiciones de la igualdad electoral, y que era una expoliación política que daría nacimiento a privilegios, que era preciso evitar, en cuanto fue posible.

O'Higgins sostenía con todo su poder la moción de su maestro, demostrando que aquella representación nacional era absolutamente contraria a la letra y al espíritu del decreto de 15 de diciembre de 1810, y que su protesta no era, en el fondo, más que la expresión de la voluntad de todos sus electores; lo cual probó por el tenor de su mandato.

Otros doce diputados protestaron igualmente contra aquella desigualdad electoral⁷⁷.

Algunos días antes, el partido de Martínez de Rozas había querido formar un regimiento de patriotas, hombres de influjo, en general, y los más afectos al sistema revolucionario. El obispo auxiliar Andreu y Guerrero se había ofrecido de capellán, y los SS. Mendiburu y Recabarren debían de ser los jefes. Este regimiento, organizado sobre el pie de los de la Concordia de Cádiz y de Lima, había de ser el paladín de la república naciente, pero tenía el inconveniente de presentarse como parto del pensamiento de una facción representada por los dos jefes, el uno de ellos suegro, y el otro íntimo amigo de Martínez de Rozas. El partido del Ayuntamiento se apresuró a arruinar dicho proyecto, al cual substituyó el de un tribunal de seguridad pública, que, en efecto, fue instalado el 1 de junio, teniendo, por presidente, a Martín Calvo de Encalada, y, por asesores, a los dos honrados patriotas Agustín Eyzaguirre y Gabriel Tocornal.

El objeto de este tribunal era vigilar los enemigos de la revolución, y particularmente los españoles, que, si veían el poder monárquico trastornado, no lo veían aún enteramente aniquilado. Ciertamente, hubo en aquella circunstancia algunos actos arbitrarios, y aun, tal vez, injustos; pero, ¿quién se atrevería a pretender poner, en tiempos de revolución, en un cuadro regular los diferentes actos de dos partidos?

En aquella época fue, poco más o menos, cuando llegó a Valparaíso la fragata *Bigarrena*, proveniente de Montevideo con pliegos para el gobierno chileno, entre los cuales había un oficio del gobernador español en la corte de Rio de Janeiro, el marqués de Casa Irujo, aprobando en todo su tenor el Acta de Instalación de la Junta y los motivos que le habían dado origen. Era éste un documento sumamente importante para el Partido Republicano, que se apresuró a mandarlo publicar en

⁷⁷ Conversación con B. O'Higgins.

todas las ciudades, como propio a atraer a sus principios las personas tímidas y timoratas.

Con el mismo oficio, había otro del marqués de Medina, nombrado gobernador de Chile y presidente de la Real Audiencia por la junta gubernativa de Sevilla, el cual se hallaba, a la sazón, en Montevideo, y pedía pasar a Chile para llenar el puesto a que estaba destinado; pero casi unánimemente la asamblea votó su exclusión, y, pocos días después, se le contestó:

“Que Chile, a ejemplo de otros virreinos y presidencias de América, estaba resuelto a gobernarse por sí mismo hasta la completa pacificación de España, y regreso de su amado rey Fernando VII, y que, por consiguiente, se sirviese quedarse en Montevideo”.

Al mismo tiempo, se escribió a la junta de Buenos Aires, rogándole se opusiese por todos sus medios a su salida⁷⁸.

⁷⁸ Archivos del gobierno.

CAPÍTULO XIV

Apertura del Congreso. Discurso de Martínez de Rozas. Organización de la mesa de la presidencia. Tentativa de los radicales para que Martínez de Rozas fuese nombrado presidente. Protesta de la provincia de Concepción contra el número de diputados de Santiago. Segunda tentativa en favor de Martínez de Rozas. Arribada del navío inglés *Standard*, y objeto de su viaje. Tumulto en Santiago y nuevo chasco de los partidarios de Martínez de Rozas. Separación de trece diputados de la Asamblea. Último esfuerzo en favor de Martínez de Rozas, y salida de éste para Concepción. Reflexiones sobre este acontecimiento.

La apertura del Congreso había sido fijada, finalmente, para el 14 de julio. Los miembros del Poder Ejecutivo, queriendo dar a aquella augusta ceremonia la mayor solemnidad, pidieron el concurso majestuoso de la religión, y a la apertura del Congreso precedieron, en todas las iglesias, tres días de rogativas, que el clero hizo con muchísimo fervor.

Sin embargo, los hombres más eminentes estaban con zozobra sobre el resultado de aquella instalación; porque tenían demasiado presente el acontecimiento del primero de abril, para no temer que se repitiese la misma tragedia, y con tanta más razón, cuanto se sabían los pasos que acababan de dar los amigos de Martínez de Rozas para poder asistir a las sesiones de la Asamblea, como usando de un derecho inherente a la libertad y a la soberanía del pueblo. El fin, sabido de todos, que se proponían en esto, era el dar impulso a su corifeo para que alcanzase la presidencia, y, sin duda alguna, el partido contrario tomó por pretexto la solemnidad de aquella imponente ceremonia para desplegar, en aquel día, todas las fuerzas de que podía disponer, a fin de mejor comprimir todo pensamiento de violencia.

El coronel Reina, que, en despecho de Martínez de Rozas, había sido nombrado comandante general de las armas, fue encargado de tomar todas las medidas militares convenientes, y el 14, de madrugada, había mandado ocupar militarmente los principales puntos de la ciudad por las tropas milicianas y veteranas, en la forma siguiente:

“En la plaza Mayor formaban el regimiento del Rey al costado del S. y O.; el batallón de Pardos al este; el batallón de Granaderos y la compañía de la Reina tendían al norte, extendiendo su línea hasta la puerta del costado de la catedral,

por donde debía entrar y salir el gobierno, y todas las cuadras inmediatas a la plaza estaban guarnecidas de los regimientos de caballería Príncipe y Princesa, teniendo orden todas las tropas de no permitir tránsito a persona alguna que llevase poncho, sí capa. No se olvidará de asegurar bien el parque de artillería con dobles centinelas y varios cañones cargados a metralla; y, asimismo, la sala de armas, etc.

Como a las nueve y media, entraron en la plaza todos los que componían el cuerpo del gobierno; la Junta, con todos los diputados; el nuevo Tribunal de Apelaciones; el Cabildo con muchos jefes militares y algunos vecinos principales.

La tropa presentó las armas, y entre el estruendo marcial de una salva de artillería se dirigió al pomposo congreso a la santa iglesia catedral, donde, prevenido el Cabildo Eclesiástico, se dio principio a la misa, que celebró el vicario capitular.

Acabado el evangelio, se les dio incienso y a besar el misal a los vocales de la Junta.

Dijo la oración el célebre padre Camilo Henríquez de la buena muerte, quien, después de haber dado una breve noticia del origen, progresos y fin de los principales imperios del mundo, explicó que los pueblos, usando de sus derechos imprescriptibles, habían variado a su voluntad la forma de los gobiernos; y de esta doctrina intentó deducir y probar los tres puntos en que dividió su arenga.

El 1º decía que la mutación del gobierno de Chile era autorizada por nuestra santa religión católica;

El 2º, que era conforme y sostenida por la razón en que se fundaban los derechos del hombre; y

El 3º, que entre el gobierno y el pueblo existía una recíproca obligación, con el primero,

De promover la felicidad y libertad del segundo, y con éste.

La de someterse, con entera obediencia y confianza, al gobierno.

Habló de la tiranía y despotismo de los gobiernos monárquicos, que, con la fuerza, tenían usurpados y comprimidos los derechos con que Dios crió al hombre libre para elegir gobierno que más le acomodase, pues por principio natural inconcuso todos tenemos derecho de proporcionarnos un Estado que nos libre de los males, y nos atraiga la felicidad posible; que la esclavitud en que nos tenían debíamos repelerla con el sacrificio de todos nuestros esfuerzos, y aun de nuestra misma vida, y que, por dirigirse a este heroico empeño, la instalación del Congreso nos debía ser tan recomendable, como respetado y obedecido este cuerpo, y su suprema autoridad, pues en él depositaba toda su confianza, sus innegables derechos y la esperanza de su libertad y felicidad todo el reino de Chile.

Concluido el sermón, se levantó el secretario Argomedo, y, puesto al frente del Congreso, exigió el juramento de todos los diputados, en la forma siguiente:

¿Juráis por Dios nuestro Señor, y sobre los santos Evangelios, defender la religión católica, apostólica romana?

¿Juráis obedecer a Fernando VII de Borbón, nuestro católico monarca?

¿Juráis defender el reino de todos sus enemigos interiores y exteriores, cumpliendo fielmente con el cargo?

Entonces respondieron todos en clara voz.

Sí juramos.

Dicho esto se levantaron los diputados, y, pasando de dos en dos, hincaron la rodilla ante la imagen del crucificado, que estaba sobre una mesa, en el presbiterio, y tocaron el libro de los SS. Evangelios, retirándose sucesivamente, luego que practicaban dicha diligencia.

Acabada la misa, salió el Congreso a la plaza Mayor, donde fue saludado con salva real de artillería, y dirigiéndose a la sala que antes había servido al tribunal de la Real Audiencia tomaron asientos y posesión de ella, prestando atención a los diputados don Juan Antonio Ovalle y don Juan Martínez de Rozas, que pronunciaron, cada uno, un discurso de apertura”⁷⁹.

En el suyo, Juan Martínez de Rozas trató de demostrar la triste situación de España, entregada a un guerrero poderoso y feliz por desleales españoles sobornados por él, y empleados en favorecer sus miras ambiciosas.

Pero no sucederá lo mismo en Chile, añadió él:

“Aquí, los vivientes protestan que no obedecerán sino a Fernando; que están resueltos a sustraerse, a toda costa, a la posibilidad de ser dominados por cualquier otro, y a reservarles estos dominios, aun cuando los pierda todos”.

El orador se veía así obligado a proseguir la política astuta que en aquella época convenía al país y a las costumbres de sus habitantes; pero por una habilidad no menos ingeniosa procuraba probar que ellos sólo debían llenar aquel santo deber, no pudiendo fiarse, de ningún modo, a todos aquellos empleados enviados, muchas veces, por juntas no reconocidas, por jefes insurreccionados, y, tal vez, por los emisarios de Napoleón, que, según el parte del embajador de España a Estados Unidos, se habían extendido ya por una gran parte de América.

De este modo, justificaba la instalación de la Junta, y reservaba al Congreso un derecho de veto absoluto, o simplemente de suspensión de todos los actos y decretos que pudiesen llegarle de España.

Sobre todo, añadía él, “¿qué cosa más natural ni más lógica que un pueblo tan lejano de la madre patria, y tan aislado, se encargue de su propia defensa? Además, ¿no es éste un ejemplo que nos da la misma España? ¿Formándonos en junta, y dándonos una constitución, no obramos nosotros según estas mismas inspiraciones?”.

Y entonces, llenando de confianza los corazones tímidos de la mayor parte de los diputados, procuraba despertar sus sentimientos de gloria, haciéndoles comprender los méritos que iba a recoger para sí y para sus descendientes por

“haber fabricado la fuente de las virtudes, el asilo de la inocencia, el destierro de la tiranía, en suma, el honor y la seguridad de la patria.

Borrad, añadía, de vuestros diccionarios las voces excepción, y olvidad hasta las ideas de estos anzuelos del despotismo, que ni las provincias, ni los cuerpos ni las personas pueden tener privilegios que los separen de la igualdad de derecho. Por eso echo de menos entre vosotros a los representantes de los cuatro butalmapus”.

Así los exhortaba a trabajar con justicia y conciencia a aquella gran obra, y no cesó de decirles que esta virtud es la primera cualidad de una nación, concluyendo su discurso con estas palabras:

⁷⁹ *Historia manuscrita de la revolución de Chile*, por el padre Martínez.

“Haced el bien y limitad vuestras miras a la dulce satisfacción de haber obrado bien. Inmolaos gustosamente a vuestra patria y ocultad con destreza los servicios que le hacéis. Éstas son las cualidades de un ilustre ciudadano, señores, y éstas son las vuestras”⁸⁰.

Este discurso produjo una gran sensación en la Asamblea. Durante un largo rato hubo una poderosa manifestación de entusiasmo de parte, especialmente, de los radicales, y si los demás no fueron persuadidos, a lo menos se sintieron conmovidos.

Restablecido el equilibrio de la tranquilidad, los miembros de la Junta y sus dos secretarios se dimitieron de sus títulos y poderes, y los depositaron entre las manos del soberano Congreso, que, en la misma sesión, se ocupó en nombrar su presidente, título al cual se reunía el de capitán general de la república. El venerable Juan Ovalle fue el que obtuvo la mayoría de los sufragios, y se le asoció, como vicepresidente, el diputado Manuel Calvo de Encalada, y, por secretario, Francisco Tagle Torquemada. En cuanto a éste, no habiendo sido nombrado más que provisionalmente, fue reemplazado, pocos días después, por el doctor don Francisco de Echaurren, cura de Colina, y el doctor don Domingo Antonio Elizondo, cura de San Fernando.

Bien que estos nombramientos no fuesen más que por quince días, lo cual los ponía aún más bajo la dependencia del país y de los representantes, sin embargo, los amigos de Martínez de Rozas no pudieron impedirse de manifestar públicamente su gran descontento. Según ellos, hallándose aún la república en un estado débil y sin consistencia, querían un gobierno pura y simplemente representativo, y que la concentración de todos los poderes recayese en un miembro que reuniese a las cualidades de tino, saber e inteligencia, un poco de energía y la firme resolución de emplear su alto influjo en destruir para siempre el último rayo de esperanza que un principio de discordia daba al Partido Realista, y de marchar francamente a su fin, despojándose de la política astuta y falaz que se burlaba de la sencillez de la mayor parte de los miembros del Congreso, aún tan crédulos que soñaban un gobierno constitucional, bajo la dependencia de un rey absoluto.

Tales eran los deseos de los republicanos avanzados que, en todas las circunstancias, proclamaban a Martínez de Rozas como el único capaz de llenar aquella misión, y con este objeto hubieran querido revestirlo de una fuerza preponderante, y aun tal vez arbitraria, persuadidos de que en semejante posición conseguiría libertarlos enteramente del yugo español, levantando sin temor la bandera de la independencia, y cerrando la puerta a una recaída de debilidad y de timidez.

Desgraciadamente, la Cámara se resentía, como lo hemos visto ya, de la falta de homogeneidad, lo que la había dividido en dos partidos; el del Ayuntamiento y el de Martínez de Rozas. Este último, numéricamente débil, no tenía por sí más que su entusiasmo y su acción continua de alma y cuerpo, y no podía menos de luchar con desventaja contra una gran mayoría que a un deseo ardiente de conser-

⁸⁰ Discurso de Martínez de Rozas, según una copia escrita de la mano de Manuel de Salas.

var su influjo reunía el de ver caído el de Martínez de Rozas, elevado a la altura en que la ambición empieza a inquietar.

“Nuestra libertad, decían los que componían aquella mayoría, está aún demasiado mal asegurada para entregar a un ambicioso una excesiva facultad de libre acción, de que podría servirse en su propio interés”.

Penetrados de la existencia de este peligro, procuraban, por cuantos medios podían, deshacer las tramas temerarias que no cesaban de urdir los fieles partidarios de Martínez de Rozas. El coronel español Reina, como comandante general de las armas, había sido encargado de esta misión, que llenaba desplegando, al menor ruido, fuerzas que comprimían todo proyecto de conspiración, y los reducía a simples pasquines que se aparecían por la mañana en las esquinas de la ciudad.

Bien se comprende que con este exceso de desconfianza, de celos y de desorden, los dos partidos estaban siempre prontos a disputarse el poder, y hacer las sesiones de la Asamblea sumamente tumultuosas y poco útiles para la nación. Durante el primer período de su existencia, no hubo, en sustancia, más que discusiones pueriles, indiscretas, que muy luego degeneraron en calumnias y personalidades, indignas de la representación nacional. El partido de Martínez de Rozas, que representaba el movimiento, no podía suscribir a la inmovilidad del gobierno, ni a sus inclinaciones casi retrógradas. Siempre que se presentaba una ocasión, no dejaban nunca de organizar una conspiración armada para proclamar a su jefe presidente y capitán general de la república, poniéndolo, de este modo, en posición de dar a la revolución toda la fuerza de que era susceptible.

En este particular, el enviado de Buenos Aires, ayudado de sus compatriotas residentes en Santiago, favorecía, con todo su poder, sus proyectos⁸¹, y los miembros del Congreso que participaban de sus principios, aunque pocos, no cesaban de protestar contra las elecciones de la capital, considerándolas como absolutamente nulas, en cuanto habían excedido el número de diputados que le señalaba el decreto. Esta protesta la hacían con tanto más ahínco, cuanto el cabildo de Concepción, enteramente sometido a Martínez de Rozas, les había pasado un oficio para que pidiesen la nulidad, y exigiesen una nueva elección.

Este mismo cabildo, que sabía todo cuanto sucedía en el Congreso, pasó otro oficio a sus diputados para exigir igualmente que en los tres miembros que se debían nombrar para el Poder Ejecutivo hubiese uno de Concepción, a fin de que fuese representada una de las provincias más importantes de la república. Éste era aún uno de los medios que empleaban Martínez de Rozas y sus partidarios para llegar a sus fines y apoderarse, de una vez, de la autoridad que las exigencias de las circunstancias hacían sumamente importante. Al mismo tiempo, tenía la desventaja de dar origen a ideas de federalismo, de donde no podían menos de surgir guerras civiles.

⁸¹ La parte activa que este enviado tomaba en la política era tan grande y tan contraria a los votos de la mayoría, que la Cámara se vio forzada a pasar una súplica a su gobierno para que lo llamase o le quitase sus credenciales.

Este nombramiento debía de hacerse el 27 del mes de julio, y los dos partidos procuraban ya servirse de su influjo para que les fuese favorable. La sección que votaba por el Ayuntamiento estaba, en razón de la mayoría de sus votos, segura de obtener un buen resultado, y pedía un gobierno moderado. Los audaces republicanos, al contrario, querían desbaratar aquel proyecto, y, en lugar de un tribunal compuesto de tres personas, hubieran querido que Martínez de Rozas entrase en él, revistiéndolo de una especie de dictadura; pero en una reunión que tuvieron la víspera, la mayor parte se opusieron a este intento, como enteramente contrario a las costumbres y a las opiniones del país, y para dar una cierta garantía de ponderación fue propuesto el que se nombrase una junta, compuesta de Martínez de Rozas, por presidente; de J. Antonio Rojas, Gregorio Argomedo y el ex mercenario Larraín, como miembros, y con Bernardo Vera y Camilo Henríquez de secretarios.

Pero para esto necesitaban audacia y violencia, y sus actos, por ocultos que fuesen, no podían quedar ignorados con el sistema de policía secreta que tenía organizado tan hábilmente el Tribunal de Pública Seguridad. En este tribunal era donde se descubrían todos los complots que continuamente tramaban los inquietos republicanos, y donde se iba a deliberar sobre los medios conducentes a burlar el que se preparaba para el día siguiente al 27.

Así, apenas los conspiradores se presentaron en la plaza, se vieron obligados a dispersarse, sin haber conseguido más que causar a la Asamblea un momento de agitación, que sólo produjo el efecto de diferir aun por algunos días el nombramiento del nuevo Poder Ejecutivo.

En aquella época, poco más o menos, es decir, el 31 de julio, fue cuando llegó a Valparaíso el navío inglés *Standard*, mandado por el capitán don Carlos Elphistone Fleming, que desde Cádiz llegaba, con algunos pasajeros, de quienes tendremos ocasión de hablar, a los mares del sur, para recibir, por orden de la Junta Gubernativa, todos los productos de las administraciones fiscales, y llevarlas a España, que, después de algún tiempo, se hallaba, como ya se ha dicho, en el estado más lamentable y desastroso.

La Moneda, el Consulado y demás ramos tenían entonces en depósito cantidades de bastante consideración⁸². Muchas personas eran de parecer que aquel dinero debía ser entregado, como propiedad legítima del gobierno español. Otros, al contrario, sostenían que se debía retener; pero, verdaderamente, sólo el Congreso podía resolver, y el presidente don Manuel Cotapos apoyó con todo el poder de su autoridad la restitución, justificándola por la consideración de la infausta situación de la madre patria, y muy particularmente, por el temor de comprometerse con Inglaterra, aliada de España.

Un número, bastante grande, de diputados afectos a la Monarquía fueron de la misma opinión; pero no sucedió lo mismo con los radicales los cuales se exaltaron con indignación y con violencia contra aquel falacioso proyecto.

⁸² Cerca de 1.600.900 p. según Bernardo O'Higgins.

“A pesar que estemos en minoría, exclamó Bernardo O’Higgins, sabremos suplir nuestra inferioridad numérica con nuestra energía y nuestro arrojo, y no dejaremos de tener bastantes brazos para oponernos eficazmente a la salida de este dinero, tan necesario para nuestro país, amenazado de invasión”.

Y diciendo estas palabras, se produjo con tal vehemencia y convencimiento, que la asamblea, penetrada íntimamente de la realidad del peligro, se levantó en masa declarando que no había lugar a deliberar.

Esta negativa, transmitida de oficio al comandante inglés, le dio gran descontento. Desde su llegada a Valparaíso, había contraído estrecha amistad con el gobernador Mackenna, que él consideraba como patriota verdadero, pero, luego que recibió el oficio del Congreso, se manifestaron algunos síntomas de frialdad entre ellos, y muy pronto esto se supo en Santiago.

Los republicanos exagerados, perpetuamente agitados por el deseo de nuevos movimientos que favoreciesen sus miras subversivas, se agarraron de este desacuerdo para hacerlo redundar en provecho de su propia causa, y lo pintaron como un acontecimiento sumamente serio y grave, que podría acarrear consecuencias desagradables a las autoridades de Valparaíso; al mismo tiempo, ensalzaban el patriotismo del pueblo, lisonjeando simultáneamente su valor y su amor propio, y de este modo dejaban creer en un rompimiento inmediato entre el comandante del estandarte y el gobierno, esperando que, en tan triste conflicto, el pueblo nombraría por su jefe al doctor Martínez de Rozas, como patriota el más capaz por su saber, energía y actividad, a sacarlo de aquella embarazosa situación.

Esta trama, tejida, como se ve, con habilidad y prudencia, había producido cierto efecto. Muchos ciudadanos, inducidos, sin duda alguna, por temor, eran de parecer que en aquella circunstancia se necesitaba un hombre de tino y de talento para dirigir los negocios, y no estaban lejanos de entrar en el partido de los radicales, que ellos mismos habían reforzado en cuanto habían podido. También hubo no pocos militares que, por interés o por inclinación, adoptaron la misma opinión, como la más favorable a la nación, y en este punto se expresaban con la mayor franqueza, vituperando la impotencia y la inercia de la asamblea, y dejando presentir, por este hecho, que, tal vez, podrían ayudar a un movimiento violento y eficaz.

La asamblea veía todo esto con muchísima zozobra. Por más que hacía para que todos conociesen la exageración con que se pintaba aquel acontecimiento, asegurando que el espíritu de partido y de interés lo presentaban tan nebuloso, pocos la creían. El pueblo, generalmente inclinado a creer todo lo que le causa asombro, admitía de preferencia todos los ruidos que se habían esparcido por la ciudad, y se mostraba exaltado, como si realmente estuviese amenazado del peligro. Ya en ciertos barrios la agitación crecía tumultuosa; ya se oían gritos contra los godos, gritos que se dirigían al Congreso, comprendiendo a los realistas y a los republicanos moderados, confundidos así en un mismo partido; porque habían hecho esta fusión, los unos con la esperanza de una reacción, los otros para resistir con más fuerza a los pensamientos subversivos y disolventes del doctor Martínez de Rozas.

Para estos últimos, la ley de progresos debía de obrar pacífica y legalmente. Menos algunos republicanos extremados que, por motivos de interés y de conveniencia, se hallaban en sus filas, todos los demás pedían el buen orden y la tranquilidad pública, y miraban con horror la violencia. En este particular, estaban tan persuadidos de que el poder entre las manos de la autoridad radical daría la señal de una conflagración general, que se creyeron obligados a combinar todos los medios posibles de precaverlo. Como hombres del poder, quisieron alcanzarlo por actos legales, y tuvieron recurso a la instalación de un nuevo poder ejecutivo que parecía ser el motivo principal de descontento.

Esta cuestión fue presentada en la Cámara el 9 de julio y levantó vivas discusiones; porque, en efecto, se manifestaba muy grave, siendo decisiva para los radicales, los cuales no dejarían de defender su causa con tanto ardor como destreza. El leve pronunciamiento de una parte del pueblo parecía animarlos aún más en sus pretensiones a que fuese establecido un gobierno representativo con Martínez de Rozas a su cabeza, y no temían pedirlo con la altanería que engendra la fuerza de convencimiento y de voluntad.

Los republicanos moderados no pudieron oír con calma esta proposición, expresada en tono imperioso y de amenaza; porque también entre ellos había hombres de cabeza y de nervio que, bien que confundidos en la clase inmóvil, no por eso dejaban de comprender el movimiento, y no hubieran querido disminuir la ventaja que la iniciativa revolucionaria había ganado sobre la anarquía. Animados por su propia conciencia, respondieron con firmeza a esta extraña pretensión, y muy luego se levantó, entre Martínez de Rozas, O'Higgins y el canónigo Fretes, por una parte, y José Miguel Infante, Cotapos y Agustín Eyzaguirre, por la otra, una discusión borrascosa, sostenida con una pasión que influyó de un modo perentorio en el resultado del escrutinio y en favor de los moderados.

Desde entonces, los partidarios de Martínez de Rozas, convencidos de su debilidad y de su impotencia, en vista de la pertinacia de la mayoría, protestaron contra el Congreso, contestaron todos sus actos, tachándolos de nulidad, y se retiraron abandonando para siempre aquel centro de política misteriosa y retrógrada, resueltos a devolver a sus comitentes su mandato y sus protestas.

La Asamblea quedando entonces enteramente independiente,

“y convencida no solamente de la necesidad de dividir sus poderes sino también de la importancia de fijar los límites de cada uno de ellos, sin comprometer ni confundir sus objetos, se vio en la crisis de acreditar a la faz de la tierra su desprendimiento sin aventurar en tan angustiada premura la obra de la meditación más profunda; quiso, desde el primer momento, entregarse sólo a los altos fines de su congregación; pero no estuvo a su alcance una abdicación tan absoluta, antes de constituir la forma sólida de gobierno en los tres poderes, cuyo deslinde es el paso prolijo y más espinoso, en todo Estado. Por tanto, resolvió delegar interinamente el conocimiento de negocios y transgresiones particulares de la ley a un cuerpo que se instaló con el título de autoridad ejecutiva provisional de Chile”,

la cual tenía que conformarse a un reglamento de diecinueve artículos, casi todos relativos a sus deberes⁸³.

Pero al despojarse así de sus títulos de diputados, aquellos inteligentes republicanos no pretendieron abdicar la misión que la Providencia parecía haberles confiado. No sintiéndose ni convencidos ni desanimados, creyeron poder aún hacer algunas tentativas, y al día siguiente mismo se hallaban con medidas tomadas para atacar el parque de artillería y procurar tomarlo. Este proyecto tuvo su momento de ejecución, pero no podía menos de fallar al frente de fuerzas a la devoción del partido del Ayuntamiento, inspiradas por su comandante don Francisco Reina.

Los facciosos no tuvieron más que una débil ventaja, que fue de revolucionar al pueblo, y obligar la Asamblea a reunirse por la noche para proceder al nombramiento de un poder ejecutivo. La efervescencia de la ciudad, la permanencia de complots y la audacia progresiva de los conspiradores le imponían el deber de concentrar el poder en una sola persona bastante enérgica para hacer frente a todos estos elementos de discordia; pero esta resolución fue muy combatida como propia a herir el amor propio provincial, que quería su parte de representación. Al fin, se decidió la formación de un directorio compuesto de tres miembros que debían representar las tres grandes provincias de la república “con reserva al alto Congreso del pleno ejercicio de la legislativa en toda su extensión”, y el resultado del escrutinio nombró a don Martín Calvo de Encalada, don Francisco Javier Solar y Juan José Aldunate, el primero por la provincia de Santiago, el segundo por la de Concepción y el tercero por la de Coquimbo. Habiendo este último dado su dimisión, se le reemplazó con don Gaspar Marín, y hallándose el segundo ausente se le dio por suplente a don Juan Miguel Benavente.

En la misma sesión fue nombrado asesor José Antonio Astorga, y secretario Manuel Valdivieso, el mismo que algunos días antes había sido nombrado auditor de guerra, empleo hasta entonces desconocido en la república.

Así quedó formado este nuevo gobierno, que las provincias de Santiago y de Coquimbo acababan de proclamar por el conducto de sus representantes, y que, por la extrañeza de su organización y la debilidad de su poder subordinado, en la dirección de negocios, a la iniciativa del Congreso, daba lugar a cosas irregulares, y perpetuaba la discordia.

En cuanto a Martínez de Rozas, abandonado y casi humillado en el abandono en que se vio, no pensó más que en marcharse de Santiago, y se dirigió, acompañado de algunos diputados de su partido, al sur, con el objeto de predicar una especie de cruzada en favor de la libertad, como él la entendía. Bien que al marcharse tuviese el corazón lleno de amargura, no por eso se sentía el espíritu de venganza de que algunas veces ha sido tachado. Lo que él más sentía era la ingratitud de aquellos mismos que lo aclamaban como padre de la revolución. En efecto, él había sido quien había dado las primeras ideas de derecho y de libertad, haciendo de ellas un principio de necesidad, el 18 de septiembre, y quien las había fortificado

⁸³ Véanse los documentos y los archivos del gobierno.

física y moralmente el 1 de abril; y justamente cuando iba a poner la última piedra a su sublime edificio, se encontró con la más fuerte y tenaz resistencia.

Algunos han creído descubrir el origen de esta resistencia en la especie de repugnancia que todos tienen en dejarse gobernar por un extranjero, por grandes servicios que haga al país; pero esta creencia carecía de fundamento, en atención a que Martínez de Rozas, lejos de ser extranjero, tenía un corazón eminentemente chileno. Bien que en sus debates hubiese estado siempre sostenido por sus compatriotas Fretes, Jonte, Vera y los demás, no se puede negar que era cordialmente afecto a su nueva patria, tanto por inclinación como por interés, y por sus relaciones de parentesco. El verdadero motivo, como ya lo hemos visto, debía más bien hallarse en el temor que tenía el Ayuntamiento de perder su influjo concentrando el poder en un solo individuo, y también, tal vez, en el que tenían los diputados de enajenar alguna partícula de la libertad recientemente adquirida, y siempre inquietante al frente de los ambiciosos. A pesar de que hubiesen creado una garantía segura en el hecho de organizar, con ayuda del mismo Ayuntamiento, un instrumento de vigilancia y de defensa contra toda injusticia o tentativa de usurpación (como quiso hacerlo posteriormente con sus censores don Juan Egaña generalizándolo por toda la sociedad), y a pesar de que en la promulgación de la constitución se pensase establecer un elemento de ponderación para equilibrar el influjo del Poder Ejecutivo, sin embargo, no quisieron nunca ceder y resistieron con perseverancia a las intrigas de estos republicanos poniendo en movimiento simultáneamente al Tribunal de Pública Seguridad y a la fuerza armada, mandada por los jefes enemigos de estas ideas radicales.

Sobre todo, no obstante el talento y la actividad de Martínez de Rozas, su plan de ataque era visiblemente defectuoso. Viéndose con una gran popularidad, esperaba disolver el Congreso (que, según él decía, no estaba compuesto más que de godos, o de malos patriotas y de hombres sin talento) comunicando al pueblo una parte del ardor de que él estaba animado, para atraérselo como fuerza material, sin reflexionar que en un país tan aislado como lo era Chile el pueblo no había vivido más que consigo mismo, y, por esta razón, se dejaría guiar más fácilmente por sus memorias, afectos y preocupaciones, que por la razón.

Y, en efecto, fue lo que sucedió durante todo aquel período, en las conspiraciones, que se habían hecho permanentes. Los motines y las quimeras se sucedían perpetuamente con la misma animosidad y siempre con el mismo desenlace; porque el ataque debía tener un carácter militar, y era preciso ir a buscar en los corazones de los mismos soldados la palanca de esta revolución.

CAPÍTULO XV

Llega José Miguel Carrera a Chile. Su popularidad entre los oficiales. Se hace la mano derecha del partido de Martínez de Rozas. Combina con sus dos hermanos una conspiración contra el Poder Ejecutivo. Revolución del 4 de septiembre. Caída del directorio. Separación de siete diputados de la Cámara. Instalación de un nuevo poder ejecutivo. Abolición de la esclavitud.

Tales fueron los esfuerzos que, en mil maneras, hizo Martínez de Rozas para llegar a vencer la resistencia tenaz que oponía el Congreso al desarrollo del progreso. Era una verdadera lucha entre la inteligencia, de una parte, y la fatalidad, de la otra, lucha que, por la particularidad de ser parlamental, no podía menos de ser ventajosa a la superioridad numérica, pero cuyo triunfo, por otro lado, había de ser necesariamente momentáneo, en atención a que desde mucho tiempo el principio de independencia había producido su efecto. Habiendo echado raíces en los ánimos de las personas de distinción, tenía que completar su evolución según las leyes de la civilización.

Desembarazada de sus antagonistas, la Asamblea quedó entregada a sus propias inspiraciones. La tarea que tenía que cumplir era pesada. Se trataba de constituir un Estado y fijar invariablemente el orden social en bases nuevas, conformes al espíritu del movimiento, y a no ser un corto número de miembros capaces, todos los demás eran hombres sin talento, sin letras y sin experiencia. Bien que los conocimientos de Martínez de Rozas no fuesen tampoco de los más extensos, y que todo su código se redujese al *Contrato social*, no obstante, era, tal vez, el único capaz de dirigir aquella gran obra. Él era quien había desarrollado el germen de la revolución, y quien la había sostenido en sus inciertos pasos; después de lo cual había estudiado y meditado mucho para subvenir a sus necesidades. Al ausentarse para Concepción, dejaba al Congreso entregado a su propia nulidad, y expuesto a la primera ambición que se presentase armada, y la ocasión no tardó en llegar.

Entre los pocos pasajeros del buque inglés *Standard*, se hallaba un joven a quien la naturaleza había negado absolutamente la inclinación a las dulzuras de la vida privada, y lo había dotado de un genio dominante y turbulento. Este joven era José Miguel Carrera, sargento mayor, en España, de un regimiento de húsares. Dotado de talento natural, y de un carácter franco y amable, belicoso y arriesgado, entusiasta y activo, gran patriota, ambicioso de gloria y buscándola a toda costa, y

generoso hasta la prodigalidad, cautivó, desde luego, la consideración de sus conciudadanos, y al cabo de algunos días ya era uno de los hombres más populares.

Todo esto no quiere decir que estuviese exento de defectos. Al contrario, tenía muchos y muy notables, pues era inconsecuente, travieso, frívolo, extravagante, trivial y aun licencioso; pero todos estos defectos se le disimulaban por sus cualidades, y eran tan naturales al genio militar de la época, que, lejos de dañarle, contribuían a aumentar el número de sus partidarios, sobre todo de los que podían contribuir a su fortuna.

Tan pronto como supo, en Cádiz, la situación de su país, deseando ir a sostener su santa causa, se escapó de la ciudad y consiguió embarcarse en el buque de su amigo Elphistone. A su arribo, se halló en medio de una familia que había seguido, toda ella, el movimiento. Su padre había sido uno de los primeros que habían firmado la abolición del poder monárquico, como miembro que era de la Primera Junta, en la que su voz tenía mucha preponderancia. Sus dos hermanos se habían distinguido en la insurrección del 1 de abril, y servían con buenos grados en los regimientos acuartelados entonces en Santiago, y su hermana doña Javiera, mujer resuelta, de mucho talento y sumamente amable, prometía ya el influjo que iba a tener en la política y en la carrera de sus hermanos.

Desde el primer día de su llegada, nuestro joven republicano tomó nociones de todos los resortes de la dirección de negocios públicos, y se convenció de que el gobierno no tenía ni unidad, ni consistencia, ni energía, y presintió al instante el papel que él mismo tenía que desempeñar. Este papel era ponerse a la cabeza del movimiento progresivo, y continuar la obra de oposición y de violencia de Juan Martínez de Rozas, y esto por medios más eficaces, como lo eran la fuerza armada.

En aquel momento, el país se hacía militar, y en los regimientos que se acababan de levantar se veían muchos jóvenes hijos de familia que no soñaban más que gloria y honores. Las maravillosas campañas de Napoleón empezaban a llenarlos de entusiasmo militar, como también las del virtuoso Washington. Verse en presencia de un militar que había visto de cerca las primeras era para ellos la suprema honra y la más deseada. Así, buscaban con anhelo su sociedad, seducidos por sus narraciones tan diversas como peregrinas. Al mismo tiempo, Carrera les hablaba del estado miserable en que se hallaba España, como para que condenasen al olvido aquella antigua dominadora. Su viveza, su entusiasmo y su agudeza, llena de donaire, cautivaban y causaban admiración a todos aquellos jóvenes militares. Si a estas conquistas se añade la particularidad de tener a sus dos hermanos sirviendo con grados superiores en los cuerpos de la guarnición, se verá que no le quedaba mucho que hacer para apoderarse del ascendiente militar y servirse de él en sus proyectos de ambición.

Además de todo esto, la inquietud de los partidarios de Martínez de Rozas que se hallaban aún en Santiago favorecía también estos proyectos. Todas las noches había un conciliábulo en casa de Antonio Mendiburu, o en la del doctor Vélez, de Astorga, o de otro de los muchos patriotas, y allí se discutían y se formaban diferentes combinaciones y planes, en atención a que, para ellos, todo poder que nacido de una revolución no avanzaba, reculaba, y querían oponerse a su tenden-

cia retrógrada, sirviéndose del talento de José Miguel Carrera y de la gran popularidad que había adquirido en las tropas.

Todo esto colmaba los deseos de Carrera y halagaba su genio ambicioso. En una de estas reuniones preguntó cuál era el objeto de la revolución que querían hacer en la Asamblea, y le respondieron:

“El Congreso y parte de las armas están en poder de hombres ineptos y enemigos de la causa. Toda la porción sana del pueblo clama por remediar este mal y no se puede porque no hay libertad. Es preciso acudir a la fuerza que mandan los buenos patriotas, que es la única esperanza que queda. Todos sacrificaremos nuestras vidas para salvar la patria”⁸⁴.

Carrera adoptó con viveza las miras de aquellos grandes patriotas. Bien que no tuviese mucha confianza en Álvarez Jonte cuyo carácter ardiente y cuyas pasiones agitaban la mayor parte de aquellas pequeñas juntas, y sin poder obtener las firmas de garantía que reclamaba, no obstante, aceptó la responsabilidad de la empresa como si viese ya lucir su estrella, tan brillante al levantarse y en su ascenso, y tan opaca al descender a su ocaso. Reuniéndose con sus dos hermanos Juan José y Luis, trataron los tres del plan de ataque, y convinieron en ejecutarlo lo más pronto posible, porque oyeron que el presidente Calvo, probablemente por motivos de sospecha, se disponía a enviar a Valparaíso dos compañías de granaderos, soldados en quien ellos tenían la mayor confianza. Este plan necesitaba varias combinaciones que para mejor acierto fueron a debatir en presencia de Juan Henríquez Rosales, su íntimo amigo, Gaspar Marín y Carlos Correa de Saa, los cuales, en sus conciliábulos, habían sido escogidos para entrar en el Poder Ejecutivo que había de suplantarse al otro. Muchas personas tomaron igualmente la palabra en la discusión, de donde resultó que el plan de ataque que se había de ejecutar el 4 de septiembre, debía tener lugar en la forma siguiente:

“A las doce del día, debía asaltarse el cuartel de artillería por sesenta granaderos a las órdenes de los tres Carrera. Una compañía de granaderos había de tomar la catedral y colocarse en las murallas y torres. El resto del batallón, después de mandar una compañía de auxilio a la artillería, había de tomar posesión de las casas de Aduana y Consulado, y de la iglesia de la Compañía. Los dragones de Chile eran destinados al Basural. Las guardias del palacio, del Congreso y de la cárcel, tenían orden terminante para cerrar las puertas y colocar las tropas en los balcones y ventanas que caían al frente de la plaza.

Todas estas tropas menos sesenta hombres y la compañía auxiliar, no tenían otro objeto que batir el regimiento del Rey, si quería hacer oposición, como justamente se temía. El regimiento estaba acuartelado en el palacio del Obispo. El Congreso había de ser detenido, y en el caso de obstinación el oficial de la guardia debía pasar por las armas a los más acalorados godos”⁸⁵.

⁸⁴ *Diario manuscrito* de José Miguel Carrera.

⁸⁵ *Diario manuscrito* de José Miguel Carrera.

Este plan, que prueba claramente el talento militar de José Miguel Carrera, no fue ejecutado porque muchos oficiales, ya fuese por temor de comprometerse, ya porque les repugnaba batirse contra hermanos, no se presentaron en los respectivos puestos que se les habían señalado, y en realidad los setenta granaderos⁸⁶ mandados por los hermanos Carrera fueron los que hicieron la revolución.

En la mañana del 4 de septiembre, se introdujeron disfrazados en la casa de su padre, contigua al parque de artillería, y hallándose bien provistos de armas, que habían podido introducirse la víspera, se pusieron en movimiento cerca de las doce, como estaba convenido.

En aquel mismo momento, José Miguel y Juan José Carrera se habían reunido, a la puerta del cuartel, con su hermano Luis capitán de aquella compañía de artillería. También estaba allí el oficial Bareinga, y mientras lo distraían con futilidades, los granaderos entraron en el patio del cuartel con gran extrañeza de los artilleros. El sargento González fue el único que quiso defender su puesto; pero habiendo pagado con la vida su generosa lealtad, toda la compañía se rindió sin especie alguna de resistencia.

Dueño, así, de la artillería, que era el punto más importante para el éxito de su empresa, envió al momento a pedir otras compañías de granaderos y los dragones, que no tardaron en presentarse mandados por el buen patriota Joaquín Guzmán; pero lo que más le preocupaba era el temor de que el regimiento del Rey se sublevase en favor de la Asamblea, por la cual estaba, y para precaver este contratiempo, mandó al capitán Zorrilla fuese inmediatamente a poner al coronel Reina de arresto en su propia casa, con algunos centinelas a las puertas, mientras que él, en persona, iba al cuartel de dicho regimiento para aconsejar a los soldados se mantuviesen quietos, y, desde allí, pasó al Congreso, presidido entonces por Juan Cerdán a quien presentó un papel que contenía los supuestos deseos del pueblo soberano, intimándole los cumpliera sin dilación.

Muchos diputados, irritados de tal arrogancia que ofendía directamente el honor de su representación, desecharon desdeñosamente sus injustas pretensiones, y el Presidente mismo resistió hasta que supo la llegada del batallón de granaderos a la plaza, y que fray Joaquín Larraín, Carlos Correa, Gregorio Argomedo y otros que entraron en la sala, le hubieron anunciado que el ejército estaba enteramente por ellos, y que toda resistencia era inútil.

En vista de esto, les fue forzoso a los diputados someterse a los órdenes de la facción, y en la misma sesión se decretó un nuevo poder ejecutivo compuesto de: Juan Henríquez Rosales, Juan Mackenna, Gaspar Marín, Martín Calvo de Encalada y Juan Martínez de Rozas. Hallándose ausente este último, se le nombró por sustituto Juan Miguel Benavente. Los secretarios fueron don Agustín Vial y don Juan Chavarría.

Igualmente se decretaron diferentes artículos, entre los cuales el del N° 2, que pedía la separación del Congreso de seis diputados como opuestos al espíritu del

⁸⁶ El *Diario* de Carrera no dice más que sesenta; pero todos los demás documentos dicen setenta.

decreto de elección, y se citaron las personas que debían ser excluidas⁸⁷, y entre las cuales se hallaban ilustres patriotas tales como Tocornal, Juan Antonio Ovalle, José Miguel Infante, cuya sola culpa era el haber sostenido la facción municipal contra la de Martínez de Rozas. Los dos últimos fueron aun desterrados por algún tiempo, a cierta distancia de la capital.

Los diputados de Santiago que quedaban, eran: Agustín Eyzaguirre, uno de los jefes del partido municipal, y que, en cierto momento, había querido dar su dimisión; Joaquín Echavarría, José Nicolás Cerda, Juan Agustín Alcalde y don Javier Errázuriz; pero como el número no era suficiente, Joaquín Larraín consiguió ser nombrado y aun también que lo fuese Carlos Correa, con lo cual hubo siete en lugar de seis.

Tal fue el resultado de esta revolución que recibió todo su impulso del genio de un joven guerrero, y cuya inspiración era enteramente debida a Juan Martínez de Rozas que, aun antes de marcharse a Concepción, había preparado todos sus elementos. En efecto, en su partido se hallaba el alma de aquel gran movimiento, del que José Miguel Carrera no fue más que el brazo derecho, sin más utilidad que la satisfacción de haber descubierto la importancia de su talento y de su bizarría, y de haber contribuido a alejar a Martínez de Rozas de la presidencia absoluta, como se había tratado de ello muchas veces. Su padre sólo obtuvo el grado de brigadier, grado de que se dimitió poco tiempo después. Pero no sucedió lo mismo con los demás jefes de la conspiración; la familia Larraín sobre todo, que por el talento y habilidad de su ilustre jefe fray Joaquín pudo empatronizarse en los primeros empleos, y hacerse representar en ellos por Martínez de Rozas, Henríquez, Mackenna y otros, todos aliados por parentesco de aquella numerosa familia. Mackenna fue, además, nombrado coronel comandante general de la artillería, en cuyo puesto se vio muy luego en la necesidad de sofocar un principio de rebelión, a favor del antiguo coronel Reina, entonces destituido.

A la verdad, aquel partido merecía bajo todos aspectos tener en mano las riendas del gobierno, y la prueba de ello es que, pocos días después, el mismo Joaquín Larraín, habiendo sido nombrado presidente de la Asamblea, uno de los primeros decretos presentados fue el de la prohibición de la entrada de esclavos en el país, y la emancipación de los que naciesen en él, acto de noble filantropía y uno de los más honrosos para Chile, que fue el primer pueblo de América donde se tomó esta medida, por la cual su autor manifestó comprender el verdadero sentido de la palabra libertad, en el hecho de querer que su semejante no dependiese más que de Dios y de sí mismo. Don Manuel de Salas fue uno de los más acérrimos promotores de esta ley⁸⁸, y ya en febrero del mismo año había conseguido que pasase

⁸⁷ Estas personas fueron José Santiago Portales, Manuel Chaparro, Juan José Goicolea, José Miguel Infante, Juan Antonio Ovalle, Gabriel Tocornal y Díaz Muñoz, coronel del regimiento del Rey.

⁸⁸ Muchas veces, este generoso bienhechor me ha hablado con entusiasmo de este hecho, que él consideraba como el más meritorio de su vida. No pudiendo, con gran sentimiento suyo, mostrarme la pluma con que había firmado dicho decreto, me mostraba sus tres dedos, como si le pareciesen reliquias. Sin embargo, como sucede siempre en tan importantes transacciones sociales, muchos esclavos abusando de esta ley de favor, ocasionaron desórdenes en la ciudad, en términos que el gobierno se vio en la necesidad de emplear medios de rigor para restablecer el orden.

la ley de igualdad de los indios, y la abolición de sus tributos, levantados ya por la junta de Cádiz, a petición de los diputados de Chile, Joaquín Fernández de Leiva, y Miguel Riesco y Puente.

Igualmente, se trató de introducir algunas reformas en la administración eclesiástica, y se discutió el punto de abolir derechos parroquiales para sujetar los curas a la administración fiscal. Se remitieron doscientos quintales de pólvora a la junta de Buenos Aires, que estaba en guerra con los españoles y los brasileños establecidos en Montevideo, y se procuró sobre todo dar a la revolución la energía que le faltaba. En sus proclamas usaban el lenguaje más firme, el más virulento contra los realistas obstinados

“Déjennos, le decían, si odian los principios que proclamamos. Desde este momento, se conceden treinta días para suscribir en las listas generales de descontentos. Ninguno será inquietado por este hecho, y a todos se dispensan seis meses para realizar sus negocios y disponer libremente de sus personas, de sus familias y de sus intereses. Conozca el mundo las ideas que forman nuestro carácter; pero tiemblen en adelante los que no sean decididos por nuestra sagrada causa. Examinen detenidamente los motivos para no llorar su libre elección. Una vez hecha, se declara crimen de lesa patria la indiferencia, y será irremisible la pena sobre todas y cada una de las clases del Estado”⁸⁹.

Tal era el lenguaje de aquellos fieros radicales que hablaban apoyándose siempre en el nombre de su amado Fernando VII.

⁸⁹ Proclama del 14 de septiembre 1811.

CAPÍTULO XVI

Descontento de Carrera. Leva de nuevas tropas. Preparativos de defensa contra todo ataque por parte de Perú. Don Antonio Pinto plenipotenciario en Buenos Aires. Revolución del 15 de noviembre, supuesta en favor del Rey. Engaño que padecieron los realistas. Elección de un nuevo consejo ejecutivo. Complot contra los hermanos Carrera. Otra revolución del 2 de diciembre contra la Asamblea, que queda disuelta.

Habiéndose elevado así al poder, la familia Larraín procuró mantenerse en él alejando del gobierno a todos cuantos por su carácter ambicioso y turbulento podían hacerle sombra⁹⁰; política que los hizo injustos con Carrera, cuyos servicios precedentemente hechos no fueron bastante apreciados.

Dos días después de la revolución, el gobierno honró con felicitaciones a los oficiales Vial y Guzmán, que no habían tenido más que una parte secundaria en la acción, e igualmente a Luis y Juan José Carrera, dejando en olvido a José Miguel. A lo menos, no cumplió con este deber hasta tiempo después y cuando habían llegado a sus oídos algunos rumores de queja de su parte. Esta especie de indiferencia hacia un hombre que debía ser considerado como creador del nuevo gobierno, no surgía solamente del seno de sus miembros sino, también, de ciertas sociedades. En la de Joaquín Larraín se ensalzaba con afectación, y en presencia de José Miguel, el alto mérito de Juan Martínez de Rozas, que se pensaba siempre en nombrar de presidente.

Carrera era sinceramente afecto a este gran patriota; pero no participaba de su política, la cual, según él decía, no era más que un reflejo de la de Buenos Aires, y como chileno, orgulloso de este nombre, hubiera querido que su país no siguiese ciegamente las huellas de aquella república, y que al entrar en la era de su verdadera existencia, probase que tenía suficientes medios y capacidad para ello. Desgraciadamente, el influjo que tenía Martínez de Rozas en su partido era inmenso, y todos estaban persuadidos de que obraba por convencimiento, y de ningún modo por predilección de nacionalidad. Lo que hacia aún más directa la influencia de esta vecindad

⁹⁰ Era difícil que esta familia no tomase siempre mucha parte en los asuntos públicos, en atención a su rango, y sobre todo a las ramificaciones de la familia, cuyos individuos eran tan numerosos que la llamaban la familia de los quinientos.

era la muchedumbre de argentinos que se hallaban en Santiago, y entre los cuales había sujetos que reunían a vastos conocimientos mucho amor a las nuevas instituciones y mucha actividad. El antiguo poder, como los lectores recordarán, alarmado por la demasiada exaltación del plenipotenciario Álvarez Jonte, había solicitado de su gobierno fuese llamado, y en efecto lo había sido y lo había reemplazado don Bernardo Vera, genio no menos emprendedor y capaz de sostener por la fuerza de su talento las ideas del que era, a la vez, su maestro y su conciudadano.

Todo esto no podía menos de causar una fatal irritación al alma soberbia de José Miguel Carrera, que había dejado España para venir a servir a su país, y que sentía en lo íntimo de su conciencia la posibilidad de regenerarlo y elevarlo a toda su dignidad, con tal que le ayudasen algunos patriotas dotados de capacidad. Desde entonces, entrando con todos sus sentidos y potencias en la senda de reformas y progresos, no pensó en otra cosa más que en hacerse cabeza de partido. Su genio fogoso y arriesgado le daba mucha ventaja sobre sus adversarios, y además de esto podía contar con la adhesión de la mayor parte de los oficiales que entonces estaban de guarnición en Santiago. En efecto, los frecuentaba de preferencia, se mostraba generoso con ellos, y los divertía con sus bromas y gracejos, pasablemente bufones y muy vulgares algunas veces; pero que agradaban mucho a aquellos jóvenes ociosos y frívolos.

El Poder Ejecutivo sabía todo esto y lo veía con zozobra; pero por más que sospechaba las intenciones de Carrera, no podía aún combatirlas abiertamente por que no estaba bastante seguro de las tropas y prefirió, por prudencia, hacer nuevas levadas capaces de imponer respeto a los granaderos, que eran el *batallón sagrado* de los hermanos Carrera. Entonces, renovó la idea de Martínez de Rozas que, en otro tiempo, había propuesto la formación de un cuerpo de patriotas, los cuales bajo el pretexto de proteger las nuevas instituciones contra el espíritu de reacción, le servirían igualmente contra todo pretendiente al poder. Se levantó, en efecto, este cuerpo y se nombró por su coronel a don Juan Martínez de Rozas, bien que residiese entonces en Concepción; por capellán, al presidente de la Asamblea don Joaquín Larraín, y de oficiales, a muchos parientes y amigos de este último. Fue creado igualmente un batallón de pardos bajo el mando de Juan de Dios Vial.

Esta medida fue más desventajosa que favorable para el poder. Muchos no vieron en ella más que un acto que gritaba egoísmo, y lo atacaron, como de costumbre, por medio de libelos injuriosos, de donde salieron chispas de descontento de que supieron aprovecharse los hermanos Carrera anticipando la ejecución del plan de insurrección que ya tenían preparado. Pero para asegurarse más del buen éxito, esparcieron la voz entre los realistas de que aquella revolución era absolutamente en favor del gobierno del Rey, y a fin de dar más peso a sus insinuaciones, pedían la presidencia para su padre don Ignacio, de ínterin llegaba el brigadier Bigodet que lo era en propiedad y residía entonces en Montevideo.

Esta arteria atrajo al partido de Carrera un gran número de personas pudientes en estado de ayudarle con hombres y dinero. El fastidio de verse abandonados y el deseo de recobrar su influjo hicieron a los realistas tan ciegamente crédulos que ya se reunían en conciliábulos, persuadidos de que la revolución iba a ser entera-

mente en su favor. Ellos fueron los que excitaron a José Miguel Carrera a apresurar la acción en atención a que habían recibido noticias de Lima con el anuncio de que Abascal estaba resuelto a forzar la junta de Chile a descubrirse la cara, y a gobernar francamente sin subterfugios, en nombre y en favor de su Rey. Lo cierto era que el Virrey había recibido pliegos de la junta suprema de España, la cual, no obstante haber reconocido los legítimos derechos de la de Chile, y aun también de haber aprobado sus motivos y el acta de su instalación, no por eso dejaba de ordenarle vigilase sus actos, y emplease la fuerza en caso que se mostrase desleal.

El presidente del Congreso había también recibido pliegos del Virrey que confirmaban los mismos inminentes ruidos en términos tan arrogantes que llenaron de irritación al nuevo poder, tan inteligente, firme y decidido. Estos pliegos, leídos en la asamblea, fueron discutidos de un modo conveniente. Don Manuel de Salas fue nombrado para responder a ellos, y lo hizo con la sagacidad y el tino que le caracterizaban, procurando no comprometer los intereses ni las opiniones de los habitantes, y salvando la conciencia en lo indeterminado de la cuestión. Pero no sucedió lo mismo en un consejo secreto en el cual la discusión puso patentes las intenciones que tenía el Virrey de invadir el país.

Al día siguiente, fueron convidados a asistir a esta misma reunión todos los jefes militares formando un consejo de guerra al cual, cometiendo un nuevo yerro, no fueron convocados los hermanos Carrera. En este consejo, se discutieron y votaron las medidas más eficaces para oponerse a toda invasión, y las costas, naturalmente, fueron consideradas como objeto principal de atención.

El 12 de octubre ya se ponían en marcha dos compañías del regimiento de dragones, una para permanecer en Valparaíso y la otra en Coquimbo. A este último punto fue destacada, además, una compañía de granaderos, y a Valparaíso una de artilleros. El teniente coronel Tomás O'Higgins, primo de don Bernardo, fue enviado a La Serena para tomar el mando militar de la provincia. En cuanto a la del sur, ésta se hallaba bajo la salvaguardia de una junta que, como luego se verá, acababa de ser formada en Concepción y no cesaba, por los ruidos contradictorios que le llegaban de Perú y de Buenos Aires, de manifestar la urgencia de fortificar el país.

A estas medidas de precaución, el Poder Ejecutivo añadió luego otra que, en atención a su aislamiento total, no podía menos de ser de la mayor importancia. Hasta entonces Chile no había tenido representante alguno en país extranjero; las noticias de América y Europa le llegaban tarde, mal y algunas veces nunca. Cuando las recibía, era por Buenos Aires, y se hacía incontestablemente útil tener allí un agente que siguiese todos los asuntos y acontecimientos interesantes para el gobierno. Esta misión era, además, tanto más necesaria cuanto la política de aquel país influía mucho en la suya, y cuanto en aquel mismo momento sostenía una guerra de la cual dependía su propia existencia. Don Antonio Pinto fue nombrado para ir a desempeñar este cargo tan importante. De edad, entonces, de veintiséis años, reunía ya a un carácter apacible y seductor mucho juicio y excelentes conocimientos, pues había sido destinado por sus padres a seguir la carrera de las Letras.

Por aquí se ve que el nuevo gobierno procuraba por cuantos medios estaban a su alcance consolidar los principios establecidos, y darles un impulso hasta en-

tonces desconocido. Si los hermanos Carrera, menos ambiciosos, hubiesen podido ponerse de acuerdo con él, es probable que mediante el talento militar de José Miguel y su influjo sobre las tropas, Chile habría adelantado por mejores vías, y que el Congreso se habría podido entregar a la revisión de las instituciones que todas las personas sensatas pedían. Desgraciadamente, la política obra menos por simpatía que por interés, y su amor propio había sido tan herido que en su resentimiento debía necesariamente procurar deshacer lo que su espada había hecho.

En efecto, ya había días tenían formado el plan de derribar el Poder Ejecutivo. La salida de tropas para Valparaíso y Coquimbo, la formación de nuevos cuerpos y sobre todo las medidas de precaución que se empezaban a tomar, los indujeron a apresurar el momento de ejecutarlo. El gobierno, aunque muchas veces prevenido, vivía tranquilo, persuadido de que por entonces sólo alimentaban esperanzas, y de que el ejército del sur reprimiría la audacia de los conspiradores⁹¹. ¿Cuál no debió de ser su sorpresa cuando el 15 de noviembre por la mañana muy temprano le trajeron parte de que la brigada de artillería y el batallón de granaderos se habían sublevado y de que Luis y Juan José Carrera, que se hallaban a su cabeza, habían fortificado los cuarteles con las piezas del parque resueltos a derribar el gobierno?

En aquel mismo instante el Poder Ejecutivo recibía de Juan José un oficio por el cual le prevenía mandase publicar un bando cuya copia le enviaba, y el presidente del Congreso recibía otro para que convocase todos los diputados a fin de tratar de las reformas necesarias.

La posición del gobierno en aquellas circunstancias era sumamente crítica. Casi todas las tropas estaban contra él, y las solas con las que habría podido contar se hallaban en la imposibilidad de obrar. En tan triste coyuntura, el secretario Ag. Vial fue despachado inmediatamente para tratar con los sublevados, procurando temporizar con ellos, pero la única respuesta que recibió fue que mandase publicar a la mayor brevedad el bando pedido.

Manuel de Salas y Juan Egaña, enviados por la Asamblea con el mismo objeto, recibieron una respuesta análoga.

Vistas estas respuestas y no pudiendo resistir a la fuerza, se publicó el bando, y al instante se vio la plaza llena de españoles y de realistas del país que, contra su costumbre, acudían para participar del movimiento.

En aquella época, el primer patio de la cárcel, llamado patio del Cabildo, era público y más de trescientos realistas se reunieron en él, en *Cabildo Abierto*. Tranquilizados acerca de los resultados que iban a obtener, usaban de un lenguaje tan libre que ofendieron el patriotismo de algunos chilenos, los cuales se mostraron irritados, bien que sin malas consecuencias. Como su objeto era el presentarse en la asamblea, resolvieron nombrar una diputación⁹², que salió inmediatamente, y llegó rodeada de un numeroso gentío.

⁹¹ Informe de Mackenna.

⁹² Compuesta de: Manuel Rodríguez, Juan Antonio Carrera, Manuel Araos y José María Guzmán. Martínez, *Historia manuscrita*.

Su entrada en la sala fue triunfante; pero a penas hubo expresado su demanda en favor de la monarquía española, los miembros de la Asamblea se levantaron casi todos en un arranque de indignación, y respondieron con palabras no menos arrogantes, ordenando que se fuese a buscar Juan José Carrera para saber de su propia boca si realmente pensaba imponerles el antiguo yugo.

El capitán José Santiago Muñoz, comandante de la guardia del Congreso, se hallaba presente, y no pudiendo contenerse con su acendrado patriotismo a semejante proposición, bajó corriendo a su puesto, y al ver el gran número de realistas que componían la concurrencia, levantó la voz y les dijo. “En vano pretende el sarracénismo levantar bandera. Sólo podrá conseguirlo cuando no quede un solo granadero. Y diciendo esto, formó la compañía en batalla amenazando con las armas”⁹³.

Bien que fuese ya bastante tarde, Juan José Carrera creyó oportuno acudir a la llamada del Congreso, pero fue allá a la cabeza de su batallón. Luego que llegó a la plaza, dejó la tropa en formación y subió a la sala donde protestó con energía contra las insinuaciones de la acusación, declarando altamente que sus fines y los de las tropas, así como también los del pueblo, eran el mantener en toda su pureza y sostener el gobierno que habían proclamado el 18 de septiembre. A esta declaración se siguieron discusiones de derecho y de principios, que prolongaron la sesión hasta muy tarde sin haber podido obtener la dimisión del Poder Ejecutivo.

La noche se pasó con mucha agitación. Todas las tropas estaban sobre las armas, y guardaban las principales calles con patrullas, vigilando especialmente para que el comandante Juan de Dios Vial no pudiese intentar una contrarrevolución por medio de los patriotas, los pardos y los de la Asamblea, que estaban enteramente a su devoción.

El 16 por la mañana, se publicó otro bando convocando al pueblo a nuevo Cabildo Abierto, que tuvo lugar en el mismo sitio, es decir, en el primer patio de la cárcel, y al cual muchas personas se abstuvieron de asistir. Mientras estaban deliberando, el secretario Agustín Vial quiso arengarles desde una ventana contigua a la sala del Congreso; pero no pudiendo conseguir que le oyesen, se contentó con preguntar si estaban descontentos del Poder Ejecutivo y cuáles eran las quejas que tenían de él⁹⁴. La respuesta que recibió fue satisfactoria; pero la multitud, unos por intereses particulares, otros por seguir el partido de los Carrera, no dejó por eso de pedir la dimisión de los miembros del Poder Ejecutivo, y proclamó otro nuevo, con gran sentimiento de los realistas, que en un momento de credulidad habían consentido en un feliz retorno de fortuna, al paso que ahora iban a verse de nuevo proscritos⁹⁵.

Este nuevo gobierno se compuso también de tres personas que debían representar las tres grandes provincias, a saber: Juan Martínez de Rozas, la del sur;

⁹³ *Historia manuscrita* del padre Martínez.

⁹⁴ Conversación con don Agustín Vial.

⁹⁵ Según Mackenna, y otros, las intenciones de los Carrera, padre e hijos, habían sido, verdaderamente, proclamar el gobierno del Rey, y Juan José fue quien se opuso a ello, hecho que el mismo Juan José le había contado a Mackenna, a Gaspar Marín y a Agustín Vial.

Véase el *Duende*, N° 15, p. 9.

José Miguel Carrera, la del centro y Gaspar Marín, la del norte. Por ausencia del primero se nombró, en su lugar a Bernardo O'Higgins, que se excusó al principio, así como también Marín, pero que al fin aceptaron, por las instancias que les hizo Pablo Fretes, a la sazón, presidente de la Asamblea. Los secretarios fueron: Agustín Vial y José Echeverría.

Esta formación no llenó los deseos de la familia Carrera, bien que todos hubiesen tenido ascenso, habiendo sido nombrados; Juan José brigadier, y los otros dos tenientes coroneles; porque veían al partido de Rozas triunfante y asociado a hombres que no cesaban de trabajar por él. Este pensamiento no podía menos de hacerlos disimulados y desconfiados para con sus compañeros, y fue origen de un sentimiento mutuo de observación que era muy propio a paralizar los negocios y asuntos administrativos.

El Congreso, por su parte, no parecía tenerle mucha más simpatía, porque presentía que el poder en manos de aquel joven iba a tomar una tendencia esencialmente militar; que el ejército sería todo en su favor, y que por consiguiente iba el país a verse sumergido en una espantosa anarquía. Lo que daba estas persuasiones al Congreso era que en el oficio mismo en que había pedido un cambio de gobierno, pedía también la construcción de tres grandes cuarteles, y orden de juntar a la mayor brevedad tres millones de pesos para subvenir a los gastos que meditaba.

Aquel pedido de fondos en el momento en que todas las tropas estaban sobre las armas, y aun más la orden que él daba de no reparar en medio alguno para obtenerlos, produjo una sensación penosa, y aparecía como un acto de tiranía y de expoliación. Muy luego en efecto se esparció el ruido de que las tropas iban a saquear las casas, y fue preciso que el gobierno hiciese manifiestos desmintiendo aquel ruido; pero bien que estos manifiestos estuviesen firmados por los comandantes militares, el temor duró aun muchos días. Unos huían de la ciudad al campo, otros ocultaban el poco dinero que tenían, alimentando así el descontento general de donde surgió una contrarrevolución.

Mackenna fue el encargado de organizarla, ayudado por su cuñado Francisco Vicuña, por su tío Martín Larraín y algunas otras personas que veían en Carrera un enemigo perpetuo de la tranquilidad pública. Sin embargo, su ánimo no era asesinarlos como las piezas del proceso parecían darlo a entender, sino apoderarse de ellos, y enviarlos a países extranjeros con empleos lucrativos y honrosos. Ya más de una vez se les habían hecho semejantes propuestas; pero siempre habían sido desechadas por José Miguel Carrera, que aspiraba a más alto honor, cual era regenerar a su país. José Domingo Huici, capitán de una compañía de granaderos, y Francisco Formas, teniente de artillería, eran los principales instrumentos que debían servir para hacer aquella revolución, y, por un extraño capricho de la suerte, fueron ellos mismos los que la descubrieron o más bien que la malograron; pues prevenidos los hermanos Carrera que el 27 de noviembre debía de tener lugar, tuvieron tiempo para tomar precauciones contra este acontecimiento, e hicieron arrestar la mayor parte de los conjurados, en el acto mismo de la tentativa⁹⁶.

⁹⁶ Fue cogido en aquel momento un criado de Juan José Echeverría, y lo fue también el teniente Francisco Formas, los cuales fueron tratados un poco inquisitoriamente, lo que les obligó a declarar

Todo esto sucedía sobre las diez de la noche, y era de temer que la conjuración, mucho mejor organizada, se realizase en lo restante de ella, antes del día. Para evitarlo, los hermanos Carrera dieron las providencias más rigurosas.

El batallón de granaderos se mantuvo hasta el día siguiente sobre las armas.

José Miguel Carrera, que, pocos días antes, había pasado revista de inspección general a la caballería, mandó reunir los dos regimientos de milicias montadas de la capital, y el de Melipilla, sobre el cual contaba mucho.

Mandó poner cañones delante de los cuarteles, y que se hiciesen patrullas sin cesar en todos los barrios de la ciudad.

El día siguiente, mandó a llamar sus dos colegas, que no se habían informado en manera alguna del resultado de la conspiración. Su entrevista se verificó a las 9 de la mañana y fue tan seria como embarazosa, porque de ambas partes había quejas. El uno se quejaba de la indiferencia de los otros dos acerca de un acontecimiento que había comprometido su poder y su vida; y ellos se quejaban de no haber sido prevenidos de las disposiciones tomadas. Al cabo, después de algunas salidas de amor propio, decidieron que José Miguel Carrera fuese a presentar su parte a la Asamblea, a la sazón reunida en la sala de sus sesiones.

Como ya lo hemos visto, la Asamblea era poco favorable a aquella familia, y en la circunstancia se mostró, en cierto modo, hostil. Lejos de manifestar temor por el acontecimiento de la víspera, pareció sorprendida de que se hubiesen reunido tres regimientos de milicianos montados, cuando ya el peligro había pasado. Igualmente echó en cara a José Miguel Carrera el tono de autoridad que tomaba en ciertos asuntos sin contar con sus colegas, ni con el Congreso, de quien dependía.

José Miguel, que tenía un carácter poco sufrido, y que sabía que algunos miembros habían tenido parte en la conspiración, no dudó en quejarse de ellos, y lo hizo en términos vehementes, casi de amenaza, dando lugar a contestaciones acaloradas, y tal vez descorteses. Habiendo sido vuelto a llamar al Congreso por la tarde de aquel mismo día, estas contestaciones se hicieron mucho más graves con respecto a la suerte de los prisioneros. El diputado de Buenos Aires, don Bernardo Vera, se presentó como defensor de sus intereses, y según asentó la cuestión, dejaba creer que José Miguel Carrera había transgredido las leyes del país, y usurpado un poder arbitrario, condenando los prisioneros a las mayores penas; acusación indigna y vituperable que causó la disolución del Congreso.

En efecto, José Miguel Carrera salió irritado del Congreso y se fue a buscar a sus dos hermanos para concertar con ellos un plan contra sus enemigos, de los cuales sabía que tarde o temprano podrían ser víctimas. En esta persuasión, más valía aniquilarlos de una vez para ponerlos en la imposibilidad de oponerse a sus

mal que les pesase. También se conocieron, por Muñoz Bezanilla y otros, los principales autores de aquella contrarrevolución, y José Miguel Carrera, de su propia autoridad, mandó arrestar a Mackenna, Francisco Bienna, Martín y Gabriel Larraín, coronel Vial y José Gregorio Argomedo. José Antonio y José Domingo Huici pudieron escaparse. Después de haber sido juzgados, fueron desterrados por algún tiempo a diferentes puntos de la república.

Diario manuscrito de Carrera

ambiciosos proyectos. Teniendo siempre las tropas a su devoción, la empresa no presentaba grandes dificultades; no había más que ir a ofrecer la batalla a la sala misma del Congreso, y fue justamente lo que hizo. A la verdad, antes de llegar a este extremo, pasaron al presidente un oficio en que los comandantes⁹⁷ le anunciaban que el pueblo pedía la disolución de la Cámara. La respuesta siendo la que se había previsto, es decir, negativa, y fundada en que para disolverse el Congreso necesitaba saber cuál era la voluntad de los comitentes de sus miembros, los rebeldes recurrieron a la fuerza. Las tropas formaron en la plaza. Se pusieron cañones en batería contra la sala del Congreso, y sus miembros salieron de tropel y atemorizados para no volver a entrar en ella⁹⁸.

Así despedidos, los diputados se retiraron a sus respectivas provincias, menos los de Concepción, que fueron forzados a permanecer en Santiago.

Tres días después, el vocal Marín dio su dimisión y se partió para Coquimbo. O'Higgins tuvo, por fuerza, que quedarse y tomó parte en el manifiesto del nuevo Poder Ejecutivo, que anunciaba la disolución de un congreso, enteramente irregular, *cuyo nombramiento fue efecto de la cábala, del resorte y del empeño*⁹⁹, y mandaba que cada provincia nombrase su procurador para residir en Santiago como representante. Pero esto no se ejecutó.

⁹⁷ Juan José y Luis Carrera, Pedro Prado, Joaquín Aguirre, Manuel Barros y Joaquín Guzmán.

⁹⁸ "Y en fuerza de aquella ley, otorgó el Congreso, como era regular, cuanto se le ordenó, protestando secretamente la violación, lo que se comunicó a Concepción.

Épocas y hechos memorables de la revolución de Chile, manuscrito.

⁹⁹ *Diario* de José Miguel Carrera.

CAPÍTULO XVII

Separación de las provincias de Concepción y de Valdivia del gobierno de Santiago. La junta de Concepción ofrece tropas al Congreso para recobrar su autoridad. Carrera envía a O'Higgins como plenipotenciario acerca de dicha junta. Preparativos de guerra por ambas partes. Reunión de tropas sobre el río Maule. Entrevista de Martínez de Rozas con Carrera en las márgenes de este río. Convenio entre los dos jefes y contramarcha de las tropas. Martínez de Rozas regresa a Concepción, y Carrera a Santiago. Contrarrevolución en Valdivia y en Concepción. Instalación de otras juntas en una y otra, y arresto de los antiguos miembros.

El acontecimiento del 2 de diciembre da un aspecto muy diferente a la política del país. La revolución pierde su carácter municipal. El gobierno representativo se hace ilusorio, y es sustituido por el régimen puramente militar. En adelante, vamos a ver el poder a la merced de un soldado de fortuna.

Ningún acto de malas consecuencias podía legitimar un tal cambio. La administración obraba con esmero y con acierto, siguiendo con lealtad la senda de reformas y progresos, y resuelta a formar una constitución que fijase los derechos y los deberes de cada ciudadano. Por consiguiente, su disolución fue solamente obra de la ambición y de la audacia de un joven cuya soberbia no le permitía contentarse con representar un papel secundario.

Sin duda, José Miguel Carrera tenía las mejores intenciones, y era además, activo, inteligente y laborioso. En los últimos acontecimientos, había dado prueba de que la inconsecuencia, imprudencia y frivolidad de su genio, en el ocio, no le impedían de tener cabeza y carácter cuando las circunstancias lo pedían. Pero esto no bastaba. El país necesitaba, principalmente, un administrador, un jurisconsulto, un hombre, en fin, capaz de organizarlo y administrarlo. Si aceptaba la autoridad de un soldado que le imponía una fuerza brutal, abría sus puertas a la ambición, comprometía su libertad y corría riesgo de verse bajo el yugo del despotismo militar, el peor de los despotismos.

Mientras que el partido vencido tuvo el poder en mano, la provincia de Concepción estuvo en perfecta armonía con la de Santiago. Había entre las dos reciprocidad de intereses y de conveniencia; sus ideas eran las mismas y obraban de concierto para dar al movimiento un impulso propio a preservar para siempre el país de una dependencia extranjera. Pero al punto en que los hermanos Carrera hubieron derribado al gobierno, la provincia de Concepción se sintió muy contrariada y manifestó su descontento en términos violentos y de amenaza.

Pero aquí tenemos que volver atrás para tomar la historia en la época en que Martínez de Rozas, desesperado de ver la inacción del Poder Ejecutivo, de la mucha mezcla de realistas en el Congreso y de las inútiles tentativas que hizo para disolverlo, marchó para la provincia de Concepción con el objeto de revolucionarla.

En todos tiempos, esta provincia ha manifestado un espíritu de rivalidad contra Santiago; porque adolecía del resabio que causa verse en un rango inferior, y que degenera en envidia. En aquella época, tenía, además de esto, ciertos humos de federalismo, y deseaba despojar a la capital de su centralización. El cabildo de Concepción no se había manifestado, a principios del siglo, tan dispuesto a aceptar la oferta generosa que le hizo el general Cruz de emprender un viaje de exploración hasta Buenos Aires, sino porque tenía por principal interés el quitar a su rival aquella vía, y adquirir para la provincia un gran influjo estableciendo un comercio directo con aquel virreinato.

Por consiguiente, tenía ya una cierta tendencia a separarse de ella, y si a esta disposición de ánimo se añade el mucho prestigio que tenía Martínez de Rozas en el país, se verá que no le era difícil a este buen patriota el hacer que su provincia participase de sus resentimientos y rencores, el atraerla toda ella a sus intereses, sublevarla contra el gobierno de Santiago y constituir la independiente bajo la tutela de personas influyentes del país. En efecto, fue lo que hizo el 5 de septiembre, el día siguiente mismo que otra revolución sacaba triunfante su partido en Santiago¹⁰⁰.

Después del último acontecimiento de esta capital, que armonizaba la política de las dos provincias y la sometía a una igualdad de ideas y de opiniones, Martínez de Rozas hubiera debido renunciar a sus proyectos subversivos, disolviendo una junta ilegal, y volviendo a Santiago para emplearse en los asuntos públicos, como miembro del Poder Ejecutivo. Pero ya entonces el espíritu ambicioso de los hermanos Carrera se había abierto paso; ya el proyecto que tenían de subyugar al país no era un misterio, y los diputados del sur que habían quedado en Santiago, lejos de llamarle, le aconsejaban al contrario se fortificase en Concepción para imponer respeto al nuevo partido que muy pronto tendría que combatir.

Es verdad que esta provincia no fue la sola que obró por influjo de Martínez de Rozas. La de Valdivia se sublevó también, y lo más particular fue que los miembros del clero fueron los autores principales de la sublevación. Para eso, aguardaron un día de fiesta al salir de misa, momento en que los conjurados se habían de hallar naturalmente reunidos para su ejecución, y el cura vicario Isidro Pineda, con el capellán Eleisegui, algunos otros clérigos y los conjurados, corrieron a casa del gobernador Alejandro Eager, y lo arrestaron, así como también al capitán de ingenieros don Miguel María de Atero, los cuales no hicieron mucha resistencia luego que supieron que las tropas apoyaban aquel movimiento.

Acto continuo, por decirlo así, fue instalada una junta semejante a la de Concepción¹⁰¹, y se embargó el buque de un comerciante, Antonio Quintanilla, que se

¹⁰⁰ Se formó una junta compuesta de Pedro José Benavente, Juan Martínez de Rozas, Bernardo Vergara y Luis Cruz, y cuyo secretario fue Santiago Fernández.

¹⁰¹ Compuesta del coronel graduado Ventura Carvallo, del párroco Isidro Pineda, de don Jaime de la Guardia, don Vicente Gómez, don Juan de Dios Cuevas y de don Pedro José Eleisegui capellán del hospital de Valdivia.

hallaba allí de paso, para transportar los dos presos a Talcahuano bajo la escolta del teniente Juan Manuel de Lorca con doce soldados¹⁰².

La nueva de estas insurrecciones había llegado brevemente a Santiago. Todos hablaban de ellas libremente, y cada cual las exageraba o las atenuaba según favorecían o perjudicaban a sus intereses. Al principio, se creyó que todo se reducía a un pronunciamiento de principios de federación, y que sus autores se mantendrían sobre la defensiva; pero muy luego los hermanos Carrera interceptaron un oficio de la junta de Concepción dirigido en secreto al presidente del Congreso, en el que le ofrecía tropas para el recobro de su autoridad.

Dos días después, la misma junta, echando a un lado reparos y temores, enviaba franca y ostensiblemente un pliego lleno de reconvenciones y de amenazas al nuevo Poder Ejecutivo, manifestando con entereza: “Que aquella junta y toda la provincia están en ánimo de preparar un ejército que vaya a restablecer la autoridad del Congreso”¹⁰³.

Al leer este oficio, José Miguel Carrera tuvo mucho trabajo en contener su genio altivo y fogoso. En toda otra circunstancia se hubiera dejado llevar de su humor belicoso, y habría ido *incontinenti* a batirse con su adversario; pero sabía que éste podía apoyarse sobre una provincia entera y sobre un ejército bien disciplinado, al paso que él no podía contar más que con pocas tropas, y tenía por enemigos a los realistas, que no le perdonaban el que los hubiese dejado burlados: a los conservadores, que lo tachaban de ser demasiado ambicioso y turbulento, y, en fin, a los radicales, que eran numerosos, y que no esperaban más que por la marcha de Martínez de Rozas para levantar la cabeza y entrar en el movimiento. Su posición era, por consiguiente, muy crítica, el más pequeño revés de la suerte podía desencadenar todos los partidos contra él y prefirió violentarse y obrar con prudente circunspección. Afortunadamente para él, se le presentó una ocasión bastante favorable para salir, a lo menos momentáneamente, del mal paso.

O’Higgins continuaba pidiendo con instancia su separación del poder y el permiso de volver a su provincia para restablecer su salud, que estaba lejos de ser buena. Carrera pensó que interesándole en su propia causa podría sacar de él muy buen partido, y le propuso sus poderes para ver de conciliar con Martínez de Rozas los puntos de contestación que tenía con él, y arreglar pacíficamente los intereses de la república. Aceptada la proposición por O’Higgins, Carrera le pasó un oficio credencial autorizándole a hablar en nombre de la Junta, y recomendándose al mismo tiempo a sus virtudes, talento y patriotismo¹⁰⁴.

Pero Carrera no se contentó con esto, sino que, como hombre de nervio y de previsión, destacó algunos días después una columna de observación de doscientos

¹⁰² Apenas el buque se halló fuera del puerto, Eager, viendo a los granaderos mareados, aprovechó de aquel instante para ofrecer a Saturnino Pérez, español, 300 p. de recompensa, y 600 a su segundo, igualmente español, si los transportaban a Chiloé. La oferta fue aceptada, y resultó que el teniente Lorca se halló él mismo preso, y enviado, poco tiempo después, a Lima.

Conversación con don Pedro Martínez Pinel.

¹⁰³ *Épocas y hechos memorables de la revolución de Chile*. Manuscrito.

¹⁰⁴ Documentos publicados en Perú, por Juan Ascencio.

tos veteranos al mando de su padre don Ignacio, dándole por asesor y secretario a don Gabriel Tocornal, y él mismo se entregó con celo y premura al cuidado de reunir los elementos necesarios para la organización de un ejército.

“La inspección de caballería recibió una buena organización. El batallón de granaderos se elevó a la respetable fuerza de 1.200 plazas. Se reformó el cuerpo de 300 dragones por inútiles, y se levantó el de la guardia nacional de 500 plazas. Se quitó a los frailes de San Diego el convento y se hizo de él un excelente cuartel de caballería. Se fabricaron 10.000 lanzas, 1.500 tiendas de campaña, vestuarios y monturas para todos los cuerpos, municiones de todas clases, y, por último, cuanto se necesitaba para la defensa del país”¹⁰⁵.

Estos grandes preparativos militares, que se continuaban activa e incesantemente, fueron un justo motivo de descontento para la provincia de Concepción, aún penetrada de las palabras de paz que le acababa de llevar don Bernardo O’Higgins, y se reunió en aquella capital de la provincia una asamblea cantonal para deliberar acerca de los intereses del país, y obligar por medios legales a Carrera a abrir nuevas elecciones para la formación de un congreso.

Sobre este punto todos los diputados habían estado de unánime acuerdo, y ya uno de ellos había sido nombrado para llevar aquella decisión a la junta de Santiago, cuando de repente recibieron aviso de que el brigadier don Ignacio Carrera había avanzado con fuerzas hasta Talca con el solo objeto, según él decía, de vigilar por la seguridad de ellos mismos.

Era ésta una especie de provocación que ponía a la Junta en la necesidad de tomar también una actitud defensiva, y fue destacado *incontinenti* el teniente coronel don Manuel Serrano con cien dragones para ir a acampar a la orilla meridional del Maule.

Por otro lado, se dieron órdenes para reunir las tropas, y O’Higgins, que había sido nombrado inspector de la milicias del Laja, marchó a disponerlas a todo evento después de haber escrito a Carrera los motivos de cuanto sucedía, declarándole que su posición en aquel instante era incompatible con la misión que se había servido darle.

Por todo esto se ve que los dos partidos estaban ya casi decididos a la guerra, que había en los jefes el mismo espíritu, la misma tendencia y las mismas pretensiones; pero, ¿cuáles eran los fines?

Sin duda, estos fines no eran el combatir un enemigo ni un principio, puesto que militaban bajo la misma bandera, obraban bajo las mismas inspiraciones y ambos querían el bien del país, la felicidad de la patria; pero, desgraciadamente, conforme a sus diversos intereses, a su vanidad y vanagloria. Tal era la causa de una lucha que ya degeneraba en guerra civil, pues, desde aquel instante, cortaron su correspondencia, y sus tropas marchaban unas contra otras¹⁰⁶.

¹⁰⁵ *Diario* de José Miguel Carrera.

¹⁰⁶ En una de sus cartas a Martínez de Rozas, cuya copia tenemos, José Miguel Carrera alega por motivo de la disolución del Congreso su incapacidad de llenar su misión, sin pensar de ningún modo en elaborar una constitución, objeto de los más urgentes, malgastando un tiempo precioso en *personalidades indecentes y etiquetas ridículas*, y luego añade:

El 9 de marzo, el brigadier Juan José Carrera salía de Santiago a la cabeza de 900 veteranos y 200 caballos. Su hermano José Miguel le seguía de muy cerca con plenos poderes para terminar amicalmente aquella pueril discusión, y el otro hermano Luis, entonces convaleciente, debía ir a reunirse con ellos con su artillería. Así, por parte de Santiago, todo estaba en movimiento y los soldados iban llenos de entusiasmo y de deseos de batirse.

Por el lado de Concepción, este entusiasmo no era menor. La provincia entera se puso en pie con las proclamas de Martínez de Rozas y de Francisco Calderón. Cada villa, cada cantón se apresuró a dar su contingente de milicianos. Casi todos sus soldados quedaron sobre las armas en sus respectivos cantones, y tres mil quinientos salieron a reunirse en Chillán, con sus jefes y oficiales. Estas tropas eran los lanceros de la frontera con sus lanzas, laquis y coletas, mandados por el valiente O'Higgins; los dragones de Linares, mandados por Benavente, el batallón de infantería de Chillán a las órdenes del capitán de granaderos don Clemente Lantaño, por estar ausente su comandante don Julián Urmeneta, y muy luego se le juntaron el batallón de Concepción, los Dragones de la Frontera y algunas piezas de artillería mandadas por Juan Zapatero.

Hallándose los jefes reunidos, se pensó en formar un consejo de guerra para tratar de las consecuencias que podría tener cierto ruido, esparcido por un franciscano, de que Carrera proyectaba revolucionar la provincia y ponerla a fuego y a sangre. En dicho consejo, se decidió que se fuese a acampar a la villa de Linares y que Martínez de Rozas, con algunas tropas, marchase a las orillas del Maule para tener una entrevista con Carrera, entrevista que el mismo Carrera deseaba con anhelo.

La Providencia quiso infundir prudencia a aquellos buenos corazones, que las pasiones habían enconado uno contra otro, y esta entrevista se verificó en el Fuerte Viejo, al norte del río Maule, convertido, en aquella ocasión, en una especie de rubicundo para los dos ambiciosos opuestos. Después de haberse prometido, recíprocamente, sincera y franca amistad, entraron en conferencia. Hablando Martínez de Rozas en nombre de la Asamblea, pidió la aceptación del tratado que por el conducto de su delegado O'Higgins le había sido enviado, y en el cual se estipulaba la convocación de un congreso, el nombramiento de un nuevo poder ejecutivo y sobre todo el establecimiento de un gobierno realmente representativo.

Carrera admitió sin dificultad la elección de un nuevo congreso, pero no el nombramiento de un nuevo poder ejecutivo, en el cual temía no ser comprendido, y, por el hecho, hizo toda discusión inútil. Sus palabras vagas, subversivas y aun capciosas pusieron en cuidado a Martínez de Rozas, que al reunirse con su estado mayor, no

“Ud. se engañó fatalmente cuando provocó el Congreso en un reino sin opinión, sin espíritu público, sin ilustración, sin virtudes civiles y aun sin conocimiento de los primeros deberes del hombre. Lo ha tocado V. mismo, y suspender este congreso era el medio único decente y adaptable; y conveníamos que Chile, y acaso todo el sur, sólo es compatible con un gobierno nervioso, ilustrado, que mientras provee con la mayor ejecución a su seguridad, disponga por institutos nacionales unos pueblos insensibles para que salgan al estado de hombres”.

pudo menos de manifestar alguna desconfianza sobre las intenciones de Carrera¹⁰⁷. Sin embargo, emplazaron segunda conferencia, que debía verificarse en la villa de Talca, la cual se hallaba en el centro de la posición del ejército de Santiago. La aceptación de esta nueva entrevista era imprudente de parte de Martínez de Rozas, que ya sospechaba algún artificio en su rival; pero sin duda no se decidió a creerle capaz de un acto de felonía. No obstante, su estado mayor, fundándose en que en la guerra, la prudencia es una de las principales virtudes de un jefe, le manifestó una respetuosa desaprobación. O'Higgins sobre todo se mostró desconfiado, temió la lentitud y aun también la imposibilidad de un tratado, y animado de un ardiente deseo de salir de dudas, pidió los cuatrocientos dragones que habían acompañado a Martínez de Rozas, y los cuatro batallones, de cien hombres cada uno, de su regimiento de lanceros, y con estos ochocientos hombres se propuso causar una poderosa diversión en el ejército enemigo.

Su plan era ir a pasar el río a la parte de las cordilleras y marchar al norte para cortarlo y apoderarse de la artillería, que se hallaba mal ordenada entre San Fernando y Curicó. En esta sorpresa, esperaba también hacer prisioneros algunos granaderos que se hallaban cerca de esta última villa, e incorporándolos con sus tropas, marchar directamente sobre la capital.

Este proyecto era atrevido, grande, pero no imposible, especialmente como concepción de un militar muy capaz de llevarlo a ejecución, pero Martínez de Rozas no era militar y no podía hallarlo de su gusto. Ardiente en discusiones, valiente también con los ladrones y asesinos, de los cuales era, enseguida, juez, éste se sentía muy intimidado al verse al frente de un batallón. Por lo mismo, prefirió continuar su negociación por medio de la correspondencia de oficio¹⁰⁸.

O'Higgins se encargó de llevar, al día siguiente 28 de abril, un oficio a Carrera induciéndole a que fuese a Linares donde la junta de Concepción se reunía para terminar aquellos debates, y en caso de impedimento, a terminarlos por correspondencia:

“El origen, principio y fundamento único de nuestras diferencias (decía), consiste en la no ratificación del convenio del 12 de enero. En el oficio de V.S. a la Junta, de 27 del corriente, asegura trae poderes bastantes para terminar este negocio. Trátese de él, ante todas cosas: ratifíquelo V.S. desde ésa y todo está acabado. Si hay reparos que oponer a algunos de sus capítulos, V.S. señale cuales son con expresión y claridad para contestarlos, y allanar los medios de que concluyamos en breve. Si hay otro medio de comunicación, propóngalo V.S., que yo estoy llano y pronto a todo”¹⁰⁹.

Los mismos motivos de prudencia que habían impedido a Martínez de Rozas de ir a Talca, indujeron a Carrera a no ir a Linares; pero recibió con las mayores demostraciones de afecto a O'Higgins, a quien prometió una respuesta categórica

¹⁰⁷ Conversación con don Bernardo O'Higgins.

¹⁰⁸ Conversación con don Bernardo O'Higgins.

¹⁰⁹ Oficio de don Juan Martínez de Rozas a José Miguel Carrera.

para el día siguiente. Esta respuesta, que no llegó hasta tres días después, era muy propia a tranquilizar los espíritus. Carrera admitía, en ella, la mayor parte de los artículos del tratado¹¹⁰; pero quería dejar a la deliberación del nuevo Congreso los que ofrecían alguna dificultad, lo cual fue aprobado por Martínez de Rozas; de suerte que al cabo de algunos días, ya estaban de acuerdo y convenían en que hubiese suspensión de armas, y en que los dos ejércitos regresasen a sus cuarteles respectivos¹¹¹.

Así se terminó esta querrela que se presentaba, a primera vista, tan borrascosa y que concluyó del modo más político dejando esperar el restablecimiento del estado normal de las cosas, cuando dos contrarrevoluciones sobrevinieron para arruinar uno de los dos partidos con provecho del otro.

La primera fue la que hicieron los realistas en la junta de Valdivia. Poco satisfechos de las nuevas que llegaban de Concepción y de Santiago, temiendo los resultados de la anarquía y no queriendo entregarse a Martínez de Rozas, juzgaron oportuno operar una contrarrevolución para poner la provincia a la devoción de Miguel Carrera, que creían era el jefe del Partido Realista. Para llegar a su fin, ganaron primero a las tropas con promesas pecuniarias, y el 16 de marzo a las dos de la mañana, se verificó el alzamiento contra la Junta, a los gritos de viva el Rey, viva la religión, viva el presidente José Miguel Carrera. Muchos de los miembros fueron arrestados y enviados a Concepción, entre ellos el capellán don Pedro José Eleisegui, que era uno de los exaltados. Otros quedaron en Valdivia. Uno, don Jaime Guarda, pudo escaparse y atravesar la Araucanía.

Esta junta así disuelta, se formó otra con el nombre de junta de guerra, y cuyo presidente fue don Ventura Carvallo coronel graduado, con José Antonio Martínez de secretario. Enseguida, se pensó en poner la provincia en estado de defensa. Se restituyeron los empleos a los empleados que los habían perdido, y se remitió un parte circunstanciado al gobierno de todo lo sucedido.

En el momento mismo en que Carrera arreglaba en Talca los preliminares de paz con Martínez de Rozas, recibió la noticia de la contrarrevolución de Valdivia y del entusiasmo con que lo habían proclamado presidente de la Real Audiencia. Por muy lisonjero que le fuese este título, no por eso dejó de sentir el error que padecían cuando aún pensaban en el gobierno caído, y, en su respuesta después de manifestarse reconocido, les dice cuanto siente que

“aún no les haya llegado la opinión de la patria. Discordan (añadía) nuestros pensamientos en el sistema; y Chile que a toda costa no perdonará medio que conduzca. A su regeneración, a su libertad y a su felicidad, sufre con dolor la desgracia de no haber alcanzado con las ideas de su profesión al corazón de los patriotas de Valdivia”¹¹².

¹¹⁰ Véelo en los documentos.

¹¹¹ Este tratado fue desaprobado por muchos, y particularmente por Antonio Pinto, el cual escribía de Buenos Aires a Manuel Rodríguez que Carrera hubiera debido no tratar, y obrar con firmeza contra Martínez de Rozas. (Carta particular a Manuel Rodríguez).

¹¹² *La Aurora de Chile*, N.º 22.

La respuesta del gobierno fue aun mucho más explícita:

“No hemos podido, les decía, menos de resentirnos y cubrirnos del mayor dolor y vergüenza al llegar a la proclamación de la regencia de España y de un presidente del reino. Uno es la opinión de la patria, otro su orden, otro su gobierno y otras sus intenciones... En Chile no hay presidente, ni el reino se somete a la regencia de España. Su institución, su orden y su poder están revestidos de las nulidades y vicios que proclama Valdivia contra su junta, y porque la destrozó y acabó”¹¹³.

Pero a pesar de la discreción de su lenguaje, y de haberles anunciado una remesa de dinero, los miembros de la nueva junta resolvieron desembarazarse de todas las trabas revolucionarias y restablecer el antiguo gobierno, para lo cual pidieron a don Ignacio Justis, gobernador de Chiloé, un socorro de hombres, que les fueron enviados en número de doscientos soldados al mando del capitán de granaderos don Francisco Arenas, el mismo que, poco tiempo después, fue nombrado gobernador de Valdivia, cuando esta plaza, separándose enteramente del gobierno de Santiago, se sometió al virrey de Perú.

La otra contrarrevolución fue de mucha más importancia aún para la suerte política de Carrera, puesto que se efectuó contra su poderoso rival. Su origen fue la penuria de dinero en que se hallaba la tesorería de la provincia de Concepción después que Santiago le había rehusado todo situado, y los grandes gastos que habían sido indispensables para mantener sobre las armas el gran número de milicianos que debían marchar sobre Talca a la primera señal¹¹⁴. Desde entonces, viéndose forzados a no dar a los veteranos más que la mitad de la paga, éstos manifestaron su descontento, del que los realistas y algunos patriotas opuestos a Martínez de Rozas supieron aprovecharse. En efecto, el 8 de julio, a las diez de la noche, don Juan Miguel de Benavente, sargento mayor del cuerpo de dragones, don Ramón Jiménez, sargento mayor del batallón de infantería y don José Zapatero, capitán del real de artillería, reunieron sus tropas en la plaza, poniendo centinelas en todas las esquinas con orden de no dejar salir a nadie, y en el mismo momento mandaron a los dragones arrestar a todos los miembros de la Junta, que mantuvieron en arresto, a la disposición del gobierno de Santiago.

El día siguiente, nombraron otra junta que fue enteramente militar¹¹⁵, que repuso en sus empleos a todas las personas a quienes se les habían quitado, y que se aplicó a tomar las más útiles precauciones para hacer vanas todas las tentativas posibles de reacción. Los soldados continuaron vivaqueando en la plaza, en medio de la cual, a cielo descubierto, el capellán les decía misa como si estuviesen a la vista del enemigo, y se formó una compañía de personas las más notables y afectas a la nueva junta para redoblar de vigilancia y aliviar la fatiga de los soldados.

¹¹³ *La Aurora de Chile*, N° 22.

¹¹⁴ Conversación con don Bernardo O'Higgins.

¹¹⁵ Compuesta de don Pedro José Benavente como presidente; don Juan Miguel Benavente, vicepresidente; de don Ramón Jiménez y del capitán de dragones don José María Artigas, como vocales. El secretario era el capitán de infantería don Luis Garretón.

El conde de Marquina fue nombrado capitán de dicha compañía, y su teniente y alférez fueron don Javier Manzano y don Martín Plaza de los Reyes, el primero teniente coronel del ejército, y el segundo coronel de milicias. Todos cuantos eran contrarios y podían perjudicar al nuevo poder fueron expulsados de la ciudad; el teniente de artillería Fernando Zorrilla fue enviado a Arauco y José Eleisegui arrestado, como convencido de haber ofrecido 14.000 p. a los soldados si querían apoderarse de la artillería¹¹⁶. Este Eleisegui era cuñado del vocal Bernardo Vergara, y el mismo sacerdote que era miembro de la junta de Valdivia, y que, seis horas después de su caída, se había visto obligado a refugiarse a Concepción. De un genio inquieto y muy liberal, tenía por la independencia de su país el fervor de un apóstol y el valor de un mártir. Por eso, a pesar de los engaños que padeció, no dejó de ser uno de los primeros a conspirar contra cuantos creía enemigos de las libertades proclamadas.

¹¹⁶ *Relación de las novedades ocurridas, en 1812, en Concepción*, manuscrito.

CAPÍTULO XVIII

Los habitantes de Santiago saben con satisfacción el tratado de paz de los dos pretendientes, y posteriormente la disolución de la junta de Concepción y el arresto de sus miembros. Llegada de éstos a Santiago. Su destierro. Rozas marcha para Mendoza, donde fallece. J.M. Carrera aumenta el número de sus tropas. Su prodigalidad en sus gastos. Los grados superiores en el ejército son dados a su familia. El Poder Ejecutivo da su principal atención a las administraciones civiles. Proyecto de empadronamiento. Decreto para la fundación de escuelas gratuitas. Instituto Nacional. Llega una imprenta a Chile. Camilo Henríquez. *La Aurora*, primer diario de Chile. Su espíritu liberal y subversivo. Su influencia en favor del movimiento. El Poder Ejecutivo aprovecha todas las ocasiones para atraer el pueblo a su partido. Recibimiento de Poinsett como cónsul general de Estados Unidos. Aniversario del 18 de septiembre. Bandera nacional y su escudo. Gran pronunciamiento en favor de la libertad y de la independencia.

Al tiempo de la salida de José Miguel Carrera para ir a disputar el poder a su poderoso adversario, y restablecer la unidad nacional bastante comprometida, el público de Santiago estaba generalmente desasosegado. El carácter ambicioso y resuelto de estos dos jefes era muy conocido y todos temían que la lucha fuese larga, obstinada, y que ocasionase una guerra civil, tanto más de temer cuanto la rivalidad de las dos provincias podía contribuir a que fuese más encarnizada. Algunas personas de influjo se habían ofrecido para ir a mediar y conseguir que se terminasen de un modo amigable aquellas pueriles discusiones. Otros, probablemente con diferente objeto, habían hecho lo posible para formar una conspiración que no tuvo consecuencias, pero que, tal vez, obligó a Carrera a irse con ideas más prudentes y más moderadas respecto a su modo de conducirse. En todo caso, el pueblo estaba con mucha zozobra y manifestaba sus temores con quejas y con libelos. Así se hallaba atormentado por crueles presentimientos cuando recibió el anuncio de la conclusión de la disputa.

Esta noticia, que llegó en el momento en que se acababa de saber el insignificante resultado de la primera entrevista, causó el más vivo contento a los habitantes de Santiago, porque a todos les pareció que era de un feliz agüero para el próximo restablecimiento de la tranquilidad pública y se felicitaban de aquel acontecimiento, bien que estuviese aún lejos de su conclusión. Estaban todos tan cansados de un estado tal de incertidumbre, que muchos de los partidarios mismos de Martínez de

Rozas echaron a un lado sus resentimientos y salieron al encuentro del triunfador, que reunía, decían ellos, el mérito de hombre político al de militar. Su recibimiento en la ciudad fue tan brillante como sincero, y le acompañaron hasta su casa con demostraciones de afecto general. Sus tropas tuvieron también parte en aquella ovación y pudieron gozar del entusiasmo con que todos salieron a recibirlas.

Pero este júbilo fue aún mucho mayor cuando, el día 12 de julio, se supo la contrarrevolución que las tropas habían operado disolviendo la junta de Concepción y arrestando a todos sus miembros. Esta noticia, que dejaba a Carrera solo dueño del poder, fue recibida con grandes muestras de alegría, y celebrada, durante muchos días, con funciones, iluminaciones, salvas de artillería y repique de campanas. Muchas personas firmaron y enviaron, luego después, una acta de felicitaciones al gobierno, el cual se apresuró a reclamar los prisioneros, a fin de ponerlos en la imposibilidad de rescatarse, diciendo a la junta de guerra de Concepción:

“Hará V.S. que el brigadier don Juan Martínez de Rozas pase inmediatamente a esta capital bajo su palabra de honor, acompañado de un oficial, remitiendo a los demás con una escolta que haga su seguridad individual sin mengua de su carácter y destinos”¹¹⁷.

No eran menos los deseos que tenía la junta de Concepción de desembarazarse de aquellos ilustres prisioneros, los cuales, por sus relaciones de parentesco, su influencia y su talento, podían fácilmente eludir su autoridad y su vigilancia, y se apresuró a dar la orden de su marcha. Entre ellos, iban: el coronel Luis de la Cruz, el capitán de milicias don Bernardo Vergara, el licenciado don Manuel Novoa, todos miembros de la junta disuelta, y don Francisco Calderón comandante de infantería.

En cuanto a Martínez de Rozas, no se juzgó oportuno que entrase en Santiago, y al llegar al río Maipo, se encontró con un oficial que tenía orden de conducirlo a San Vicente, hacienda de Carrera, donde fue muy bien tratado y visitado por muchos de sus amigos. Dos meses después, es decir, el 10 de octubre, recibió la noticia que lo iban a desterrar a Mendoza. La orden de su salida para dicha ciudad se redujo a un simple pasaporte que expresaba por motivo de su viaje el arreglo de asuntos de familia, y, en efecto, salió inmediatamente sin haber podido obtener algunos días de dilación.

Los habitantes de Mendoza le recibieron con todos los miramientos debidos a su rango y a su mérito, y en breve se vio el hombre público del país, nombrado presidente de la Sociedad Patriótica Literaria que acababa de ser fundada. Desgraciadamente no pudo disfrutar mucho de todos estos honores, pues profundamente conmovido de los sucesos, y aun también disgustado de verse ausente de su familia y de ésta su segunda patria, que en su acendrado afecto consideraba como su verdadera nación, se dejó llevar de pensamientos melancólicos, y el mal de hipocondría se lo llevó al cabo de algunos meses. Así acabó aquel gran hombre, a quien la patria debe el primer desarrollo de su fuerza y de su conciencia, y que se puede considerar como padre de la independencia chilena¹¹⁸.

¹¹⁷ Contestación al oficio de la junta de guerra de Concepción. (*Aurora*, extraordinario, N° 24).

¹¹⁸ Hizo, además, grandes servicios al país, como abogado hábil, y administrador celoso. Nadie ignora con qué ardor perseguía a los ladrones cuando era asesor del intendente de Concepción, y el



José Miguel Carrera
Colección Museo Histórico Nacional

En cuanto a sus compañeros, éstos fueron más felices y permanecieron en su país, bien que relegados en las villas del interior. Don Luis de la Cruz fue confinado a Illapel; Vergara, a Melipilla; Novoa, a Quillota y Calderón, a Huasco. Este último no era miembro de la Junta, pero la sostenía con todo su poder como jefe de batallón de infantería de la frontera, empleo que había obtenido a consecuencia de la destitución del conde de la Marquina.

En tiempos de grandes conmociones políticas, las mayores y más repugnantes injusticias pasan, por decirlo así, incógnitas, porque el egoísmo natural junto con las pasiones de los partidos, y el temor de los riesgos que cada uno corre, hace que nadie piense más que en su propio interés, dejando con indiferencia que los demás sufran su suerte. Así sucedió que el destierro de Martínez de Rozas, que en este instante inspira justa indignación, fue mirado en aquel tiempo de turbación con la mayor frialdad, y sin el menor sentimiento, casi todos abrazando la causa del hombre que ofrecía más garantías contra los elementos de anarquía que amenazaban la tranquilidad pública. Hablando del Jefe del Estado, todos se expresaban con cierta especie de cortesía, sincera o afectada, pero muy conveniente en aquel momento, en que se necesitaba conciliar intereses opuestos, aquietar las pasiones y recomendar a los hombres capaces aquellas instituciones que pedían tanta atención y tantas reformas. Haciéndose, en cierto modo, jefe de la república, José Miguel Carrera tomaba sobre sí una grave responsabilidad, y nadie mejor que él podía dirigir el carro del Estado por la verdadera vía que debía seguir. Con sus arranques que causaban tanto entusiasmo, con la actividad de sus movimientos; con el nervio patriótico que tenía y que daba tanto aliento al patriotismo, y, en fin, con la aceptación general que gozaba, estaba, en el más alto grado, obligado a llenar con honor y gloriosamente sus sagrados deberes.

Además, la suerte le era sumamente propicia. Gracias a sus campañas de España, Carrera era el verdadero genio marcial de la república y tenía una gran superioridad sobre los demás jefes, sin exceptuar los que disfrutaban mayores grados que el suyo. Las tropas le amaban, y los oficiales se hicieron al instante sus afectísimos amigos y sus compañeros en pasatiempos pueriles, que estaban muy lejos de merecer la aprobación de los hombres de juicio. Reflexionando sobre los riesgos a que estaba expuesto el país, ya por ambición de los partidos, ya por la posibilidad de una invasión española, creyó oportuno dar un impulso militar a las instituciones, y aun también a la educación de la juventud, sembrando, por el hecho, la carrera del defensor de la patria de los más insignes honores¹¹⁹. También formó nuevos cuerpos

mucho bien que hizo a la ciudad, ya hermoseándola y ya saneándola secando algunas lagunas. Como hombre de talento, era el oráculo de todos los habitantes de la provincia, y a pesar de sus ideas muy avanzadas, y muy atacadas por los realistas, Carrasco no había dudado en tomarlo por su asesor particular. En suma, su renombre era tan bien merecido, que en 1798, cuando José María Luxan, fiscal de la Real Academia Práctica Forense de Santiago, le dio un certificado de sus méritos, no pudo menos de expresarse en los términos más honrosos en favor de sus “agigantados talentos, hasta el grado de hacerse respetar entre los más sabios maestros, etc., etc.”.

¹¹⁹ Como después de la revolución, muchos que no eran militares llevaban uniformes, galones y charreteras, cosa realmente escandalosa, mandó formar una junta de jefes “para que registre y reconoz-

de milicias que entregó, desde luego, a la instrucción y a la disciplina, y nuevos batallones de veteranos: y mandó que el jefe supremo tuviese una guardia de honor, bajo el nombre de gran guardia o guardia nacional¹²⁰, compuesta de un escuadrón de húsares, de los cuales se nombró él mismo comandante, perfectamente equipados, lo cual ocasionó celos en los demás cuerpos, que no obstante, ocupaban igualmente su atención; porque, por lo mismo que había visto tropas perfectamente vestidas, deseaba poner en el mismo pie a las de Chile, no sólo en cuando al brillo exterior que realza al soldado a sus propios ojos sino, también, en su trato interior, y éste fue el motivo que tuvo para levantar una caserna a los huérfanos, bajo un plan demasiado vasto y costoso para que fuese posible ejecutarlo nunca completamente.

Esta especie de lujo de construcción y de equipo había ocasionado grandes gastos que el país no estaba en estado de sobrellevar; porque todo cuanto se necesitaba estaba sumamente caro, y si a esto se añaden los pocos ingresos del fisco, y la pobreza del país mismo, se verá que la tesorería no podía menos de hallarse muy pronto en el mayor apuro, y, en efecto, hubo que recurrir a donativos; pero si unos se apresuraban a mostrarse generosos, otros, en general, lo hacían con bastante repugnancia, porque el carácter económico del chileno no le permitía mirar con indiferencia la gran prodigalidad que rayaba ya en desperdicio. Sobre esto aun hubo también algunos clamores de descontento, y algunos se propusieron a poner en duda la probidad de José Miguel Carrera; acusación injusta, calumnia verdadera en oposición diametral con el espíritu liberal de un hombre que, no obstante la ambición que tenía de hacer las cosas con grandeza, manifestaba su abnegación personal en la sencillez y modestia de su traje.

Con todo eso no nos podemos disimular que había en esta familia un espíritu de conveniencia egoísta, visto que, como ya lo hemos dicho, sus miembros tenían los primeros empleos del ejército, sin duda con el fin de aprovecharse de ellos para dominar. En el espacio sólo de algunos meses, el padre y Juan José habían sido promovidos al grado de brigadier; los otros dos hijos eran ya coroneles, y todos, menos el padre, tenían el mando de algún cuerpo. Es verdad que todos estos militares improvisados, por decirlo así, tenían un carácter diferente. Luis era poco ambicioso, y, lo que es más, tenía poca inclinación a las armas, según lo manifestó claramente en todas las acciones en que se halló con las débiles pruebas que dio de sus conocimientos y de su valor. Al contrario, Juan José se ha distinguido siempre por su bizarría, y tenía mucho más juicio que José Miguel, el cual, aunque menos valiente que su hermano primero, poseía todo lo que da superioridad, como talento, actividad y sobre todo la preciosa experiencia adquirida al frente de un enemigo que en aquella época se reputaba un modelo de táctica y de disciplina.

A pesar de estas ventajas, Juan José no podía someterse a su hermano como inferior en grado y de menor edad, porque tenía también la conciencia de su méri-

ca los títulos que documenten a cada uno su uso, privando de él a los que no los tengan". (Oficio del 27 de febrero 1812, en *La Aurora*, N° 5, extraordinario).

¹²⁰ Compuesta de soldados de caballería ligera que debían ejercitarse en el manejo de la tercerola, de la pistola y del sable, que eran sus armas. La fuerza efectiva del cuerpo era de 438 h.

to, y la jerarquía militar le hacía olvidar los miramientos que debía a un miembro del Poder Ejecutivo. Así había a menudo entre ellos discusiones y enconos que el padre procuraba apaciguar, pero se guardaban un rencor que, al cabo, no podía menos de estallar.

Afortunadamente, el estado de confusión en que se hallaba el país no les dejaba lugar para pensar en él. Todas las administraciones, como ya se ha dicho, pedían toda la atención y todos los cuidados de las autoridades, y por mucho que el ejército le ocupase, José Miguel tenía también que pensar en la organización de los despachos públicos, y en las medidas de reforma que exigía el nuevo estado de la sociedad y de la civilización. Pero ya se sabe que las acciones de un guerrero no tienen siempre por guía a la ciencia, y necesitaba de consejos de personas que supliesen su insuficiencia. Para eso, tuvo el buen tino de escoger sujetos tales como Manuel de Salas, Gabriel Tocornal, Juan Egaña, Bernardo Vera y otros, los cuales eran muy capaces de conducirlo por la verdadera senda de los progresos, y por medio de estos buenos patriotas pensó en establecer el orden y la legalidad que después de algún tiempo no se veían en los actos administrativos.

Pero lo que más le preocupaba era el establecimiento de un gobierno fundado en las verdaderas bases de la representación democrática. Como esta especie de gobierno tiene su origen en la elección y es de rigurosa justicia que el número de diputados de cada provincia sea proporcionado al de sus habitantes, mandó hacer un empadronamiento general, operación que nunca se había hecho más que con resultados inciertos y aproximados¹²¹.

La instrucción de la juventud fue también un parto de aquellas ideas democráticas según las cuales el pueblo debía adquirir extensamente el conocimiento de sus derechos para llegar a ejercerlos con dignidad nombrando libremente y con acierto representantes capaces de defender los intereses de la nación, y de deliberar sobre la promulgación de las leyes más conformes al bien público. A fin de conseguir este resultado, y dar al mismo tiempo al pueblo la instrucción necesaria para el manejo de sus propios y particulares intereses, dispuso que se estableciese en cada convento una escuela gratuita para niños y adultos, y también las había para las jóvenes¹²², las cuales, hasta entonces, habían carecido de este medio de enseñanza. Esto en favor del pueblo.

Para las clases pudientes, se pensó en fundar un establecimiento destinado a ser “una escuela central y normal para la difusión y adelantamiento de los conocimientos útiles, y cuyo instituto era dar a la patria ciudadanos que la defiendan, la dirijan, la hagan florecer y le den honor”.

Tal fue el origen del instituto actual, que no debía abrirse hasta un año después, y donde se habían de enseñar todos los ramos de conocimientos por profesores que además reunidos en cuerpos científicos, habrían de compulsar los hechos his-

¹²¹ Está en nuestro poder este empadronamiento formado sobre gran escala, pero desgraciadamente le faltan algunas provincias.

¹²² Éstas iban a aprender a leer y a escribir a casas de señoras, que se interesaban por ellas y las instruían por puro afecto.

tóricos de la república y dar a luz memorias sobre diferentes objetos. Por donde se ve que dicho establecimiento estaba proyectado sobre un gran pie, y que no era puramente de enseñanza, sino también de progresos, formando una verdadera sociedad académica, que habría tenido miembros honorarios y correspondientes, y en la cual se habían de discutir, perfeccionar y propagar las letras, las ciencias y las artes, en cuanto fuesen relativas a la prosperidad de la nación.

Ya en aquel tiempo y gracias al esmero que ponían los hombres eminentes en difundir la instrucción, Chile se hallaba poseedor de la maravillosa imprenta, de la cual, con vergüenza para España, había estado privado hasta entonces. Con este nuevo órgano de la palabra, los grandes patriotas podían hacerse oír de todas las provincias y de los más recónditos lugares, comunicándoles, de este modo, sus ideas y sus opiniones con provecho de la nacionalidad que querían hacer fructificar. Este propagador de conocimientos humanos había llegado por el conducto de don Mateo Arnaldo Hoëvel, recomendable sueco, y un ilustre chileno, el padre fray Camilo Henríquez, fue el primero que hizo uso de él.

Nacido en Valdivia, de honrados padres, este buen patriota fue notado, en los primeros años de su adolescencia, por la solidez de su juicio, y el desarrollo de su temprana inteligencia, y era aún muy joven cuando fue a Lima a tomar el hábito en el convento de los padres de la Buena Muerte. Allí, encerrado silenciosamente en su celda aprovechó de todo el tiempo en que estaba desocupado para entregarse con meditación a estudios de que debía resultar tanta utilidad. Muy diferente de otros religiosos que no alimentaban su espíritu más que de las sutilezas de la filosofía monástica, el padre Henríquez, al contrario, se dedicó al estudio del derecho natural, dejándose llevar de su inclinación a la independencia, que ya era el móvil de todas sus acciones. Pero en aquella época de preocupaciones y de sumisión, se veía obligado a doblegarse a la supremacía de las máximas teológicas de que estaba imbuida toda la sociedad, y sólo se atrevía a dejar traslucir con la mayor circunspección algunos albores de la luz que había de alumbrar, al fin, a sus compatriotas. Así vivió muchos años violentando su genio; pero cuando el aire de la libertad empezó a soplar en aquellas regiones, no pudiendo contenerse ya, rompió el silencio y se expresó de un modo tan gallardo que alarmó al Virrey, el cual decretó su proscripción.

Entonces, se fue al reino de Quito, donde se hallaba el foco de la revolución, en la que tuvo una parte muy activa; pero obligado a abandonar la cuna de la libertad americana, pensó en traer a su propio país el fruto de sus estudios y de su experiencia, y, en efecto, desde su llegada a Santiago, empezó a tomar ascendiente sobre los espíritus, esparciendo sus luces en las sociedades patrióticas a que asistía, animándolas y aun también exaltándolas algunas veces; contribuyendo a derribar la Real Audiencia y participando, como consejero, de todos los actos de las diferentes juntas que se sucedieron.

Cuando el gobierno se halló en posesión del material necesario a las oficinas de una imprenta, no podía hallar un sujeto más capaz que el padre Camilo Henríquez para dirigir un periódico, y era justamente también lo que deseaba aquel ilustre chileno, que anhelaba por vivificar la libertad por medio de una instrucción

sólida y oportuna. Encargado, por consiguiente, de esta honrosa y peligrosa misión, dio a luz su primer número el 6 de febrero de 1812, día para siempre memorable en la historia de la revolución y de la literatura chilena, por haber sido la línea de demarcación entre la era de tinieblas y la de la luz, y lo intituló *La Aurora de Chile*, dando a entender que el diario era el precursor de la claridad del día y de la ilustración del país.

En el curso de su publicación, muchas veces tuvo por colaboradores talentos del primer orden tales como Manuel de Salas, Bernardo Vera, José Irisarri, Manuel Fernández y el sueco Höevel, que al principio tradujo del inglés artículos muy interesantes. Pero en general se puede asegurar que el solo Henríquez soportó todo el peso de la redacción con tanto celo como talento. Sus fines en esta tarea eran eminentemente patrióticos. Lo que él quería era instruir al pueblo sobre sus derechos y sobre la suerte que le aguardaba; despertar en los corazones el amor de la libertad y prepararlos así, poco a poco, al advenimiento de la independencia, que era el objeto principal de sus más profundas meditaciones. Por esta razón, casi todos sus artículos no son, en el fondo, más que lecciones sobre cuanto es concerniente a la forma del gobierno democrático, demostrando la imposibilidad en que estaba España de dirigir los intereses y asuntos de un país tan lejano del centro de dirección, y la necesidad que resultaba para los chilenos de vigilar ellos mismos por su propia defensa y el buen orden de sus administraciones.

Bien que probablemente estos artículos no fuesen todos de su pluma, se traslucen claramente en ellos su talento y el arte de recopilar nociones diversas para reunir las en un solo cuadro luminoso de versos latinos o españoles, como lenguaje el más propio a persuadir y conmover, o de prosa gallarda y elocuente, animando a los lectores a mostrarse a cara descubierta dignos hijos de un país libre.

“En el momento, les decía él, en que los pueblos declaran y sostienen su independencia, gozan de la libertad nacional; su libertad civil y política son obra de la constitución y de las leyes. ¿Y quién puede negarnos la facultad de establecer nuestra libertad interior, o, lo que es lo mismo, el buen orden y la justicia? Aun nos resentimos de los defectos del antiguo sistema; la ignorancia de tres siglos de barbarie está sobre nosotros, etc.”¹²³.

En otro número va aún más lejos, y principia anunciándoles que:

“Ya es tiempo de hablar libremente, de exponer sin vetos los intereses públicos y de que, en medio de un pueblo que debe ser libre, se eleve la voz intrépida de la verdad, época feliz en que se ostenta la administración amable y honrada por la liberalidad de sus principios!... La verdad nació para reinar sobre todos los seres racionales y debe ser noble y varonil. Ella exalta el espíritu e inspira valor; pero si se necesitan almas fuertes para anunciarla, se necesitan también espíritus rectos y fuertes para recibirla y sufrir su presencia... Tiempo es ya de que cada una de las provincias revolucionadas de América establezca de una vez lo que ha

¹²³ *Aurora de Chile*, N° 27.

de ser para siempre; que se declare independiente y libre, o que proclame la justa posesión de sus eternos derechos. No me detendré en probar que debemos ser libres. Sería un insulto a la dignidad del pueblo americano, dice uno de nuestros políticos, el probar que debe ser independiente. Éste es un principio sancionado por la naturaleza, y reconocido por el gran consejo de las naciones imparciales. No nos liga pacto alguno, ni hay convención que esclavice indefinidamente a todas las generaciones; ni hay ceremonia religiosa prescrita por la violencia del despotismo, que anule los derechos de la naturaleza”¹²⁴.

Otras veces, en fin, hacía presentir la gran necesidad de un congreso americano, en estos términos:

“¿Alguna vez, un congreso general americano no hará veces de centro? Eso está muy distante, y será una de las maravillas del año 2440; pero yo no soy profeta. La América es muy vasta, y son muy diversos nuestros genios para que toda ella reciba leyes de un solo cuerpo legislativo, etc.”¹²⁵.

Es preciso hojear las elocuentes y juiciosas páginas del diario de este ilustre chileno para ver con qué entusiasmo y qué convencimiento preparaba el pueblo al nuevo pacto social que debía de tener por consecuencia la independencia absoluta del país. Sus principios, sus ideas, escritos con calor, y un gran talento para persuadir, poniendo alguna vez la religión de por medio, se esparcían por toda la república, y eran el fanal conductor de aquellas inteligencias débiles y tardías que fluctuaban aun en dudas e incertidumbre, y las conducía insensiblemente al puerto de salvación. Aún hay memoria del anhelo con que todos esperaban el día de su aparición, y de la influencia celestial que tenía en todas las clases de la sociedad, y aun para con los chilenos realistas, que se vanagloriaban de poseer un diario para quejarse de su violencia.

Los artículos que daban también Bernardo Vera y Juan Irisarri no eran ni menos gallardos ni menos apasionados. También ellos escribían, como Camilo Henríquez, bajo la influencia de dos inspiraciones, que eran la del progreso intelectual y la del triunfo de la emancipación; y para dar esta tendencia a sus escritos, el primero empleaba su númen poético, y el otro su prosa fácil, sería y alguna vez mordaz, bien que respirando siempre convencimiento.

El Poder Ejecutivo, por su parte, manifestaba el mismo esmero en sostener y propagar las mismas ideas como favorables a sus miras y a sus proyectos. Bien que sus actas fuesen firmadas siempre en nombre de Fernando VII, esta especie de sumisión se había hecho tan ridícula como ilusoria, y nadie guardaba la menor duda acerca de la suerte que iba a tener el país, cuya separación absoluta de la monarquía española todos esperaban sería anunciada de un día a otro. Siempre que se presentaban ocasiones para manifestar opiniones las más radicales, las autoridades no dejaban nunca de aprovecharse de ellas para que obrasen en el espíritu aún indiferente del pueblo. Así, cuando Poinsett fue recibido de cónsul general de Es-

¹²⁴ *Aurora de Chile*, N° 35.

¹²⁵ *Aurora de Chile*, N° 28.

tados Unidos, y Höevel de vicecónsul, la ceremonia fue majestuosa e imponente; todas las autoridades asistieron a ella, y se siguieron regocijos que se repitieron aun con más esplendor el día aniversario de la independencia de Estados Unidos¹²⁶. Lo mismo sucedía siempre que llegaban felices nuevas sobre buenos sucesos de las armas revolucionarias de diferentes comarcas de América. En estos casos, al punto había funciones civiles y religiosas, *Te Deum*, iluminaciones y salvas de artillería procurando de esta manera animar a la multitud para atraerla a la santa causa, y sacar partido de ella en caso de necesidad.

Pero la función más solemne y demostrativa fue sin disputa la que hubo para celebrar el aniversario de la instalación de la Primera Junta, función que fue trasladada del 18 al 30 de septiembre¹²⁷. Ya había dos meses que la escarapela nacional era tricolor: encarnada, amarilla y azul; pero sólo la llevaban algunos militares, y aquel día se desplegó una bandera de los mismos colores con el escudo de las armas nacionales para eternizar la memoria de aquella era de renovación. Este escudo, que se acuñó durante muchos años en la moneda del país, fue dibujado, en grande, en el frontispicio de la casa de la Moneda, centro de la función, y representaba un grupo de montañas por encima de las cuales rayaban los albores del sol que venía a alumbrar este dichoso país. Por exergo tenía dos inscripciones latinas alusivas a la circunstancia; una en la parte superior indicando la aurora de la libertad chilena, y la otra en la inferior explicando que la luz de la libertad venía en pos de las sombras de la noche. Debajo de esta última inscripción había otras dos, también en latín, de las cuales una, conservada igualmente en el cuño de la moneda, declaraba que los chilenos habían de ser libres por la razón o por la fuerza¹²⁸, y la otra no era más que la repetición de la segunda, con palabras equivalentes y más concisamente. Ambas inscripciones servían de grafila a otro escudo en el medio del cual había un globo sostenido por una columna y superado de una estrella adoptada por astro de la suerte de Chile.

Si a estas manifestaciones tan ruidosas como expresivas, añadimos el cuidado que se había puesto en ocultar, en cierto modo, las armas reales grabadas en algunas partes del edificio, veremos que no carecía de fundamento la voz esparcida aquel día de que se iba a proclamar la Independencia. Sin embargo, no se trataba

¹²⁶ El cónsul Poinsett dio un gran baile al Consulado, y a consecuencia de algunas discusiones que se levantaron entre chilenos y angloamericanos, se vertió sangre y hubo algunos muertos. Esta lucha tuvo lugar en la calle cuando se llevaban presos a los quimeristas.

¹²⁷ En aquel instante José Miguel Carrera estaba, por decirlo así, reñido con su hermano Juan José, motivo por el cual no asistieron a la función ni él ni los oficiales de su cuerpo. José Miguel y Luis, que tenían algún recelo, tuvieron a sus regimientos sobre las armas durante toda la noche. (*Diario* de José Miguel Carrera).

¹²⁸

AURORA LIBERTATIS CHILENSIS,
UMBRAE ET NOCTI
LUX ET LIBERTAS
SUCCEDUNT.
AUT CONSILIIS, AUT ENSE
POST TENEBRAS LUX.

de eso y sólo hubo mucho júbilo y muchas esperanza. En el baile lucidísimo que siguió por la noche en la misma casa de la Moneda, todos los convidados parecían poseídos de sentimientos patrióticos que mostraban en todas sus acciones y palabras. Estos mismos sentimientos aparecían algunas veces en trajes insultantes para el nombre real; otras, en conversaciones, cantatas e himnos que inflamaban los corazones y exaltaban los espíritus. Hubo damas que los llevaron a más alto punto renegando su oriundez española y presentándose vestidas en un brillante traje de araucanas.

Por todo esto se ve que el entusiasmo era grande y sincero, y que el país se encaminaba a pasos largos a la independencia. El movimiento se aumentaba cada día más con nuevos patriotas, que orgullosos de verse en él, no podían contar ninguna de sus menores particularidades sin que su imaginación exaltase su amor propio. Ya los partidos y las diferentes opiniones empezaban a transigir y a confundirse. Todos procuraban echarse a la parte del que era la personificación de la revolución; y si algunos empleados civiles se mostraban indiferentes u opuestos al nuevo gobierno, se les obligaba a seguir el ejemplo de los demás y a ponerse la escarapela nacional como símbolo de adhesión, real o fingida. Algunos meses después, se exigía con tal rigor que todos llevasen esta insignia, que los pagadores tuvieron orden para no pagar a los que faltasen a este deber, ya fuesen civiles o militares.

CAPÍTULO XIX

Pronunciamiento general en favor de la Independencia. Desunión entre Juan José Carrera y José Miguel. Dimisión de éste del Poder Ejecutivo. Es reemplazado por su padre. Reconciliación de los hermanos. Desarreglo de las cosas y proyecto de una constitución. Agustín Vial presenta uno que es adoptado por el gobierno. Sus bases. Descontento que causa en Concepción y en el clero. Instalación de un senado. Nombramiento de dos ministros y de un intendente. Reformas en el Ayuntamiento. Establecimiento de serenós. Formación de una sociedad filantrópica bajo el nombre de Sociedad Económica de Amigos del País. Fin del año 1812.

Desde el principio de la revolución nunca se había visto un pronunciamiento tan general y tan expresivo por la Independencia; no parecía sino que una verdadera y sincera alianza de todos los partidos iba a triunfar de todas las enemistades y rivalidades que los dividían, y que en lo sucesivo todos serían responsables con sus acciones de un acontecimiento que hasta entonces había puesto la fidelidad en hostilidad contra la desgracia. Todo esto era muy propio a inflamar el noble patriotismo de Carrera; pero desgraciadamente, sus bellas intenciones se resentían muchas veces de la inconstancia de su carácter tan móvil que le hacía ser injusto aun con aquéllos que podían ayudarle mucho en la ejecución de sus proyectos. Al adoptar el papel de reformador, ya debía de saber que iba a constituirse, en cierto modo, como fuente y origen de todos los acontecimientos futuros, que con razón le serían imputados, y que tendría que violentar su carácter inconstante, caprichoso y que se burlaba de la suerte de la nación, haciendo y deshaciendo su gobierno, muchas veces por leves motivos. Así vemos, en el espacio de pocos meses, entre sus asociados en el Poder Ejecutivo personas tales como O'Higgins, Marín, Nicolás de la Cerda, Juan José Aldunate, Manso¹²⁹, Portales, Prado, sucediéndose unos a otros sin permanecer más que el tiempo necesario para dar pruebas de sus nobles inclinaciones a la gravedad y a la moderación en las ideas, y de no poder, por consiguiente, simpatizar con sus humos esencialmente belicosos, ni con las puerilidades que eran tanto de su gusto. Algunos de ellos, como Manso y Nicolás de la Cerda, habían más bien

¹²⁹ El cual era administrador de la aduana de Santiago y pariente del ilustre Manso, que, por mediados del siglo 18, fue presidente de Chile, y después virrey de Perú.

caído en el poder que entrado voluntariamente en él; porque eran hombres muy pacíficos, dotados de un verdadero espíritu de conciliación, detestando los partidos extremados y que no habían jamás consentido en aceptar la más leve complicidad en sus violencias y excesos.

Pero la desunión que habría podido ser mucho más grave fue la que se declaró entre José Miguel Carrera y Juan José, entre los cuales había después de algún tiempo una especie de frialdad, que en realidad no era más que un efecto de una rivalidad secreta de ambición. Siendo el primogénito Juan José no quería ser subordinado de su hermano y se quejaba muchas veces de no poder obrar más que según éste lo juzgaba conveniente. La disciplina y la ordenanza le forzaban a someterse a formalidades que le repugnaban, y no le acomodaba que su hermano diese en todo la preferencia a su gran guardia sobre los demás cuerpos. El descontento de Juan José llegó a ser tal que no quiso ir al gran baile del aniversario, y que dos días después, a las seis de la tarde, mandó retirar los soldados de su batallón que estaban de guardia en la plaza, dejando el puesto abandonado. Antes de ejecutar este acto de insubordinación había pasado un oficio bastante insultante a su hermano, que se vio forzado a responderle en los mismos términos, y al mismo tiempo a dar su dimisión de miembro del Poder Ejecutivo.

Esta dimisión no podía ser ventajosa a Juan José Carrera, que no obstante ser valiente y buen militar no podía compararse con él, que tenía mucha experiencia y mucho más talento. Además, la posición respectiva de cada uno de ellos era muy diferente. José Miguel era el propagador de la revolución y poseía el tino y el manejo que no tenía nada menos que a reunir en su sola cabeza los grandes intereses que defendía; porque sentía en su conciencia que podía conducirlos a buen puerto; al paso que Juan José no era más que un producto de la misma revolución, formado por circunstancias accesorias, de modo que sus sentidos y potencias lo impelían por una corriente que iba a llevarse toda su existencia. El uno obraba a impulsos de su propio genio; el otro obedecía a la influencia de los acontecimientos y era más propio a correr en pos del carro de la república que a conducirlo, y tal vez su enemistad provenía de cierta tendencia que manifestaba a ideas monárquicas. Habiendo contraído matrimonio, no había mucho tiempo, con una persona cuya familia tenía intereses esencialmente españoles, y a cuya casa iban muchas personas de la misma opinión, Juan José concluyó por seguir la misma corriente y hacer causa común con ellos.

Por la salida de José Miguel del Poder Ejecutivo se hacía indispensable nombrar otro miembro que lo reemplazase, y no siendo verdaderamente, según lo hemos visto, la política entonces actual más que un reflejo que daban los intereses privados de una familia, todos sabían de antemano que dicho nombramiento recaería necesariamente en uno de sus miembros. Los reaccionarios hubieran querido que recayese en Juan José, y para eso Manso hizo los mayores esfuerzos a fin de que consintiese en aceptarlo; pero no pudo conseguirlo, porque Juan José conocía el genio fuerte de su hermano, y se obstinó en rehusarlo, bien que procurando fuese nombrado su propio padre, que por su edad avanzada y su debilidad sería fácil de llevar.

Este nombramiento se hizo el 3 de octubre, hallándose el venerable anciano en el campo, a donde su hijo lo fue a buscar, y desde luego fue el punto de mira de los partidarios de tiempos pasados, cuyas intenciones eran nada menos que el dar un impulso retrogrado a los espíritus hacia el antiguo régimen. Juan José les sirvió de conducto para pedir se quitasen los nobles colores nacionales que había dos meses eran el símbolo de la dignidad del país, y se reemplazasen por los que había antes de la revolución. Aun se dijo que el mismo Juan José había tenido el malhadado pensamiento de inducir al virrey Abascal a enviar una expedición contra Chile, asegurándole que tendría un completo buen éxito¹³⁰. Pero todos sus planes fueron burlados por sus dos hermanos, que no dudaron en emplear medios violentos para sostener la causa de la libertad. Más de una vez sus regimientos estuvieron formados para combatir el espíritu de reacción¹³¹, cortando el vuelo a los designios imprudentes de su hermano, y procurando ponerlo en la imposibilidad de dañar al sistema establecido por la razón, la justicia y el celo patriótico.

Por medio de todas estas pruebas que dieron de nervio y de tino, y contraminiando cuanto se trabajaba bajo de mano para que el padre inclinase hacia los realistas, estos generosos chilenos consiguieron alejar el peligro que amenazaba a la patria, inspirar a su hermano mejores intenciones y forzarle a reconciliarse con ellos. Poco tiempo después, manifestó en efecto tener este deseo y se lo dijo así a Poinsett y a algunos amigos de la familia Larraín, los cuales hicieron cuanto estaba de su parte para reunirlos y ponerlos de acuerdo. En consecuencia, se decidió que tendrían una entrevista en casa del cónsul americano para anudar el hilo de su amistad, que la rivalidad y tal vez algunos celos habían enfriado momentáneamente. Llenando así este santo deber, e inspirado, por otra parte, de sentimientos naturales con tan estrecho parentesco, “ya no se trató de otra cosa que de acordar los pasos que debían darse para reformar el gobierno y dar un nuevo ser a nuestra revolución”¹³².

Una de las más urgentes necesidades que resentía el país era la de una constitución que pusiese los ciudadanos a cubierto de la arbitrariedad del poder, preservándolo de este modo de toda tendencia al despotismo. Ésta era una obra tan delicada como difícil, porque la nación no presentaba elemento alguno, no teniendo ni sujetos, ni ideas, ni principios, y careciendo sobre todo de la experiencia que debía ser la antorcha de dicha obra. Por lo tanto, esta constitución, como verdadera expresión de los sentimientos del país, no podía menos de presentarse en un estado de infancia y puramente como obra provisional, propia a satisfacer a los muchos que deseaban salir del estado de incertidumbre que tanto los inquietaba¹³³.

¹³⁰ *Diario de Carrera e Historia manuscrita de la revolución de Chile* del padre Martínez.

¹³¹ “Acordamos con Luis sostener el sistema a fuerza de sangre si no podía nada la razón, y para ello tomamos todas las medidas y precauciones necesarias. Algunas veces estuvieron los cuerpos sobre las armas con bala en boca”.

(*Diario de José Miguel Carrera*).

¹³² *Diario de José Miguel Carrera*.

¹³³ “En cuyo deseo estaban todos acordes, aun los mismos realistas, para salir de un estado de tanta confusión y de tanta incertidumbre y arbitrariedad, sin haber un solo día que fuese semejante a otro”. (Martínez, *Historia de la revolución de Chile*).

Porque a pesar de tener el gobierno a su cabeza hombres sensatos y enemigos de la anarquía, como todo se pasaba bajo un régimen algo excepcional y casi militar, se seguía de aquí que muchos empleados subalternos, civiles y militares, obrando en nombre del pueblo soberano, abusaban muchas veces de la libertad en términos verdaderamente licenciosos, atacando la propiedad con excesos que se hacían insoportables¹³⁴. En vista de esto, no era pasmoso que hubiese muchos descontentos que pidiesen con instancia la constitución que había de definir, fijar y distribuir los poderes políticos de cada uno encerrándose en los límites establecidos por la razón y la justicia.

Esta constitución, escrita bajo la influencia de la familia Larraín¹³⁵, y la primera que la legislatura chilena pueda recordar¹³⁶, fue presentada en el mes de agosto por Agustín Vial y entregada a una comisión de diputados¹³⁷, “para que la examinen, discutan y rectifiquen, conciliando con la gravedad de su importante trascendencia la ejecutiva urgencia de su instalación”. Bien que no emanase de un congreso y careciese, por esta razón, del prestigio de la legalidad, con todo eso era un gran paso en la nueva política que prometía grandeza y gloria al país, y revestía del carácter de derecho todo cuanto hasta entonces no había sido más que un hecho, un pensamiento. Es verdad que también se presentaba, como se ve, aún tímida, disimulada, sometida a la autoridad absurda de un rey extranjero, bien que por una mezcla particular de sutileza y de contradicción, se proclamase la soberanía popular y se prescribiese en un artículo que “ningún decreto, providencia u orden que emane de cualquier autoridad o tribunales de fuera del territorio de Chile tendrá efecto alguno”. En el preámbulo había una declaración de derecho, que surgía de un gran motivo de necesidad, autorizando al país a gobernarse por sus representantes como responsables de su seguridad.

Adoptada por el gobierno a pesar de la repugnancia de algunos de sus miembros, esta constitución se puso de manifiesto en el Consulado para que fuese leída y firmada por el pueblo. Lo mismo se practicó en las provincias, y en todas partes se recibió sin ninguna señal de alegría ni de descontento, menos en Concepción, donde fue rechazada por la reacción realista, que hacía cada día más progresos. Después de la contrarrevolución que algunos militares habían hecho al gobierno

¹³⁴ *Historia de Chile* del padre Guzmán. Id. del padre Martínez.

¹³⁵ “Para el mejor acierto se reunieron don Francisco Antonio Pérez, don Jaime Zudáñez, don Manuel de Salas, don Hipólito Villegas, don Francisco de la Lastra y el padre Henríquez, que formaron a su gusto todos los artículos, sin que por nuestra parte se hiciese el menor reparo”. Esto se ve en el manifiesto de Luis Carrera a los pueblos, pero el 16 de octubre, don Antonio Pérez escribía que él era extraño a esta constitución, lo cual fue afirmado de nuevo por el mismo Luis. (Véanse los manifiestos de 1813 y los N° 85 y 87 del *Monitor Araucano*).

¹³⁶ En 1811, don Juan Egaña escribió un proyecto de constitución que el supremo gobierno mandó publicar en 1813. Como ningún documento hace mención de ella, ni aparece citada en ningún decreto, manuscrito ni obra impresa, no debemos considerarla más que como parto del año en que fue publicada, y por lo mismo tendremos ocasión de hablar de ella cuando hablemos de aquella época.

¹³⁷ Compuesta del canónigo don Pedro Vives, don Francisco Pérez, don Manuel de Salas, don Fernando Márquez de la Plata, don José Santiago Rodríguez, don Francisco Cisterna y el coronel don Juan de Dios Vial.

de Martínez de Rozas se había establecido una junta de guerra que J. Miguel Carrera miraba con temor y que hubiera querido disolver dejando a don Pedro José Benavente de intendente de la provincia; y como habían negado obediencia a su decreto, tuvo por conveniente enviar a don Juan A. Díaz Salcedo y Muñoz como diputado del gobierno

“para tratar y cortar toda desavenencia siendo su principal objeto destruirla; aunque no se portó con la dignidad que exigía su encargo y representación, logró con el influjo de Pedro Benavente revolucionar la tropa, destruir la junta de guerra, apresarla, remitirla a Santiago con muchos de los sospechosos y dejar el mando seguro en manos de don Pedro José Benavente”¹³⁸.

Este acto de violencia, que los patriotas mismos reprobaban, aumentó el descontento y dio más vigor al Partido Realista, animado debajo de mano por los jefes militares y por las dignidades eclesiásticas. Así sucedió que cuando se recibió el proyecto de constitución, se alzó un grito de reprobación que el espíritu de partido procuraba animar con todo su poder. El Obispo sobre todo protestó contra todos los artículos y atacó principalmente el primero como contrario al dogma de nuestra santa religión. En efecto este artículo declaraba que la religión católica apostólica sería la religión del Estado, pero omitía la palabra *romana*, queriendo sin duda depender menos del Papa, y aun tal vez con intención de instituirse iglesia chilena para apropiarse en lo sucesivo la consagración de los prelados. Es verdad que sobre este punto el Cabildo y clero de Santiago no se mostraron menos escandalizados y protestaron igualmente contra dicha omisión, aunque sin resultado alguno, porque la constitución fue impresa tal como había sido concebida, y por premio de su resistencia muchos miembros fueron desterrados y obligados a irse a Mendoza.

En aquella época, se hallaba a la cabeza del clero de Santiago el gran patriota Andreu y Guerrero, obispo auxiliar que antes residía en Quillota, y que, por consejo de Manuel de Salas y otros, José Miguel Carrera mismo había ido a buscar para que contrarrestase las tramas antipatrióticas de dicho clero.

Después de la firma de la Constitución se pasó a la organización de un senado que fuese intermediario entre el pueblo y los jefes del Estado, y sirviese a contrapesar su poder. Estos jefes fueron conservados tales como estaban antes¹³⁹. El Senado, al contrario, fue obra del momento y compuesto de siete miembros que debían representar las tres grandes provincias, a saber: dos la de Concepción; dos la de Coquimbo y tres la de Santiago. En este número estaba comprendido el presidente, que fue don Pedro de Vivar, y un secretario, el célebre padre Camilo Henríquez, los cuales debían ser renovados cada cuatro meses. El senado debía serlo cada tres años, y tenía por misión participar de los negocios del gobierno y

¹³⁸ *Diario* de José Miguel Carrera.

¹³⁹ Por dimisión de Carrera padre, su hijo José Miguel había vuelto como miembro al Poder Ejecutivo, de suerte que este poder se hallaba compuesto de José Miguel Carrera, Portales y Prado.

vigilar sus actos, como también los intereses del pueblo. Por lo demás, gozaba de la más alta consideración, pues “sin su dictamen el gobierno no podía resolver en los grandes negocios que interesan la seguridad de la patria, y siempre que lo intente ningún ciudadano armado o de cualquiera clase deberá auxiliarle ni obedecerle, y el que contraviniese será tratado como reo de Estado”¹⁴⁰. Ya se ve que desde un principio los autores de esta constitución querían poner trabas al poder supremo sometiendo sus actos a la censura, y aun limitando su autoridad con ventaja de cierta aristocracia¹⁴¹. Todo ciudadano, lo que más es, podía acusar los miembros de dicho poder culpables de traición, soborno u otro crimen, y en caso de prueba delatarlos al Senado, que los destituía y los entregaba al rigor de las leyes, y por consiguiente a la justicia ordinaria. Este mismo senado era de derecho su juez de residencia; enviaba al Tribunal de Apelación los que habían faltado a la probidad y a la justicia y aun tomaba parte en la sentencia.

Esta suprema corporación, que era a la vez cuerpo legislativo, consejo de Estado y senado conservador, tuvo su primera sesión el 10 de noviembre de 1812. El discurso de apertura, que fue leído por su presidente el dr. don Pedro Vivar, era corto y sencillo. Después de dar gracias a sus conciudadanos por haberle honrado con la presidencia, exhortaba a sus colegas a desempeñar con celo y conciencia sus tareas, tan importantes como honrosas.

“Él honor, decía él, que nos confiere la patria está unido a grandes deberes, reposando en nosotros las esperanzas de un pueblo libre y virtuoso, debiendo entender en sus asuntos más graves y arduos. Colocados entre el gobierno y el pueblo, el primero debe hallar en nosotros los consejos de la prudencia, los pareceres de la experiencia, de la reflexión y de la sabiduría, y el segundo debe encontrar en nosotros protección, celo y vigilancia por sus intereses bien entendidos”¹⁴².

Independientemente de este senado, la constitución establecía por primera vez en el país un ministerio que no debía componerse más que de dos ministros, uno para los asuntos interiores y otro para los exteriores. Sin duda la organización administrativa de aquella época era demasiado sencilla para que se pudiese dar más extensión a aquella superior institución, pero causa sentimiento no ver en ella un ministro especial de hacienda, porque era el ramo que pedía más atención por la importancia que tenía como agente principal en aquella gran reforma social, que se continuaba sin interrupción. Es verdad que el 7 de septiembre se nombró un intendente sobre dicho ramo; pero por la naturaleza misma de sus atribuciones, que eran juzgar en primera instancia los asuntos litigios de la administración, su papel era enteramente pasivo y sometido a reglamentos sin autoridad alguna de

¹⁴⁰ Reglamento constitucional provisorio de 1812, artículo VII.

¹⁴¹ Bien que el pensamiento de la revolución chilena fuese puramente democrático, no obstante, se echa de ver en casi todos los actos de los gobiernos que se han sucedido una cierta tendencia a la aristocracia moderada que desde el principio ejerció su influjo en el movimiento y le aseguró para más tarde la benéfica y gloriosa tranquilidad aún desconocida en las demás repúblicas de América.

¹⁴² Véase *La Aurora de Chile*, N° 42.

iniciativa de reforma, autoridad atribuida exclusivamente al Ministro del Interior, o, más bien, al Poder Ejecutivo; porque los ministros de aquella época dependían en tal manera de dicho poder, que en realidad eran puros instrumentos suyos para ejecutar en cierto modo sus órdenes y legalizar sus decretos. Tampoco podían ni los unos ni los otros mezclarse en el manejo de los resortes de la administración de hacienda, en atención a la muchedumbre de sus operaciones, y porque tenía que obrar con prontitud y muchas veces de improviso.

También la organización municipal participó de la reforma. La constitución daba fuerza de ley a las medidas ya tomadas para que fuesen nombrados en elecciones populares los miembros de dicha corporación, revocando así todas las antiguas órdenes que hacían de dichos nombramientos otros tantos objetos de venalidad, y tal vez de opresión, y desde luego fue preciso proceder a otras elecciones. Los nuevos miembros manifestaron prontamente las intenciones más filantrópicas con respecto a la hermosura, la limpieza y la seguridad de la ciudad, y al bienestar de sus habitantes. Entonces fue cuando se pensó por primera vez en el alumbrado de las calles, que hasta entonces habían estado abandonadas a una policía muy descuidada, y en formar una compañía de serenos para vigilar con cuidado y eficacia por la seguridad pública.

Igualmente se proyectó la formación de una sociedad económica de amigos del país, sancionada por un decreto del gobierno que prometía fomentarla con todo su poder¹⁴³. El objeto de esta sociedad era reunir todos los partidos, haciéndolos partícipes, como consejeros privados, de los negocios administrativos; inspirar ideas de generosa filantropía y hacer apreciables las virtudes cívicas, que en una nación joven y a punto de ser regenerada, deben ser los móviles de los actos de todo gobierno y de todo empleado. A su apertura, que tuvo lugar el día primero de febrero, su secretario don José Antonio de Irisarri, uno de sus más activos fundadores, y su más firme apoyo, pronunció un discurso en el que resaltaban sus vivos deseos de que los habitantes de este feliz país gozasen en adelante de una vida de delicias, y de que se pudiesen reunir todos los elementos de prosperidad para ponerlos en correlación unos con otros y formar con ellos la base sólida de una constitución social.

“El anciano oprimido con el peso de los años y de las desgracias (decía él); la viuda miserable que mendiga el alimento de sus hijos; el huérfano que se halla aislado en medio de la naturaleza: la doncella perseguida por la necesidad y la malicia, todos, todos, hallarán en esta sociedad el remedio suspirado. El arte proporcionará los medios de adquirir todas las comodidades de la vida. La ilustración disipará las sombras de la ignorancia, y los días más claros, más deliciosos y serenos seguirán a las noches tenebrosas en que estuvieron envueltas nuestras vidas”¹⁴⁴.

¹⁴³ Esta idea filantrópica pertenece también a don Manuel de Salas, que la hizo adoptar por el Ayuntamiento, y, a consecuencia, por el gobierno.

¹⁴⁴ Véase *La Aurora de Chile*, N^o 5 del tomo segundo.

Fue uno de los caracteres de la revolución chilena el personificarse desde un principio en la clase más distinguida, la de más probidad y la más decidida por el bien común. Sin duda en las grandes convulsiones políticas cuando un pueblo dominado aún por sus inclinaciones, hábitos y preocupaciones, se ve de repente impelido a adoptar nuevas ideas, obligado a defender o, más bien, a proclamar derechos por tan largo tiempo oprimidos, debe de haber en las diferentes clases de la sociedad luchas de interés, de opinión y de amor propio que, tomando un carácter apasionado, se hacen tenaces y se alejan de la moderación y justicia que son los principios fundamentales de una buena legislación. Esto es lo que ha sucedido en todos los países que han querido elevarse a la posesión de su dignidad. En todas partes, del medio de la agitación popular surgieron desórdenes y abusos de poder que ha sido preciso disimular para evitar mayores males. El año de 1812, que terminamos, ofrece desgraciadamente numerosos ejemplos de estos desórdenes, y muchas veces el rumor público había acusado a José Miguel Carrera de tolerar demasiado abiertamente esta especie de abusos, sin poder comprender que un país que toma momentáneamente una actitud militar, toma igualmente una anticivil, ocasionada por la presencia de tantos soldados turbulentos por ociosidad, quimeristas y viciosos. Pero fuera de estos inconvenientes de difícil remedio, no se puede menos de reconocer al país mucho adelantamiento debido al patriotismo de sus nobles reformadores, y ciertamente también al nervio y al talento de José Miguel Carrera, sujeto que casi resume en sí solo toda la historia del año. En el transcurso de este período vemos, a la verdad, que sus acciones se resienten tal vez demasiado de la vida tosca, altanera, pasada en campamentos de ejércitos europeos. Vemos igualmente que sin miramiento por el estado de penuria de la tesorería, y de la pobreza del país, se ha dejado llevar a gastos exorbitantes que desaprobaba el económico carácter chileno; pero al mismo tiempo debemos remontar a aquella época de desorganización general en que la lentitud propia de las administraciones civiles eran tan funestas al éxito de un movimiento y a la multitud de reformas que dependían de él, misión que procuraba llenar sino con el acierto de un legislador, a lo menos con la actividad y la decisión de un hombre que desea verdaderamente la prosperidad de su país. En efecto, en aquel año se ve la primera idea del Instituto Nacional, y la fundación de escuelas públicas, aun para las jóvenes doncellas, así como también la de una sociedad filantrópica compuesta de las personas más sabias del país; se ven las primeras relaciones diplomáticas entabladas con naciones extranjeras; el establecimiento de la primera imprenta y del primer diario; una verdadera organización militar; la disciplina de las milicias provinciales; la construcción de nuevos cuarteles; la fábrica de armas; la sanción del *emblema nacional*; la de una constitución, la primera que se haya publicado en Chile y que prometía un gobierno legal y, por consiguiente, digno de ser respetado y defendido por todos los habitantes. Sin duda todas estas instituciones, reformas y mejoras no fueron parto del solo pensamiento de Carrera; pero se realizaron bajo su administración, y bajo este aspecto no se puede negar que contribuyó muchísimo a su prosperidad y propagación.

CAPÍTULO XX

Nueva conspiración contra los Carrera, y destierro de los conjurados. Preparativos de José Miguel para ir a organizar el sur. Invasión de Pareja y su desembarque en el puerto de San Vicente. Ramón Freire recibe el primer fuego de las guerras de la Independencia. Toma de Talcahuano por los realistas. El gobernador don Rafael de la Sota se repliega sobre Concepción. El comisario del Ejército Real don Tomás Vergara enviado de parlamentario, y de plenipotenciario acerca del Intendente. Consejo de guerra y Cabildo Abierto. El comandante don Ramón Jiménez gana las tropas y las induce a amotinarse. Salida de la Tesorería para Santiago. Rendición de Concepción después de un tratado hecho entre el Intendente y el parlamentario. Pareja verifica su entrada y destaca algunas tropas para apoderarse de la Tesorería. Juramento de la constitución de la monarquía española.

A pesar de la actividad con que José Miguel Carrera proseguía en sus planes de reforma, y de que daba pruebas claras de hallarse animado de sentimientos de amor al orden y al cumplimiento de sus deberes, no obstante, se veía constantemente objeto de los tiros de tres partidos, que eran, el de los realistas, el de Martínez de Rozas y de los antiguos municipales que se había coligado con este último. El primero, compuesto de hombres tímidos, no trabajaba más que clandestinamente. El otro, mucho más inquieto y turbulento, se encaminaba con perseverancia a sus fines por medios que iban creciendo en audacia hasta la conspiración. Ya hemos visto cómo este último medio, empleado por algunos, había quedado sin resultado, lo cual no les impidió formar una nueva conspiración, aún más formidable, dirigida por sujetos de distinción. Ya fuese porque querían impedir el desarrollo del poder en una sola familia o porque querían dar a este mismo poder una dirección civil, en lugar de una militar que no tiene límites definidos y llega muchas veces a ser arbitraria, trataron de apoderarse de varios miembros de dicha familia para enviarlos con una misión extraordinaria a países lejanos. Pero bien que este plan hubiese sido bien concebido y meditado, fue descubierto en el momento en que José Miguel Carrera iba a ponerse en marcha para ir a conquistar la unidad chilena, comprometida aun por la sublevación de Valdivia, y tuvo por resultado el destierro a Juan Fernández y a otras diferentes partes de la república, de un cierto número de personas tan honradas por su patriotismo como por el rango que ocupaban en la sociedad. Así se mantuvo

Carrera, por un nuevo favor de la fortuna, a la cabeza de la nación después de haber vencido sin violencia a sus enemigos y puéstolos en la imposibilidad de dañarle. Veamos ahora si el sistema de paz en que iba aun a entrar le permitirá ejecutar, al fin, el proyecto que meditaba después de largo tiempo, y que circunstancias imprevistas le habían permitido realizar.

Este proyecto era ir a dar un nuevo fomento a las ideas republicanas del sur, comunicarles una fuerza activa y homogénea, y neutralizar el influjo del clero, sobre todo el de los misioneros de Chillán, defensores acérrimos de la monarquía española. La ejecución de este proyecto era tanto más necesaria cuanto en el mes de noviembre, una carta del virrey Abascal había llegado amenazando y fulminando al gobierno de Chile si no volvía a entrar en la antigua senda de fidelidad monárquica. Este oficio, escrito en términos tan altaneros como insultantes, había motivado, el 17 de noviembre, una junta de las primeras autoridades para deliberar sobre la respuesta que se le había de dar. Muchos de los miembros de dicha reunión hubieran querido declararle inmediatamente guerra, animados por la que le hacía Buenos Aires con tanta decisión; pero otros demostraron que la falta de recursos del país no permitía el adoptar semejante medida de tanta trascendencia, además de que no había ni buques ni verdaderas fortificaciones. En consecuencia, se resolvió que era forzoso aguardar y se aguardaría una ocasión más favorable.

Por esto se ve de cuan gran utilidad era el viaje de José Miguel Carrera, pues no sólo iba a organizar la resistencia a una invasión sino, también, a preparar los espíritus a la declaración de la Independencia para la reunión del primer congreso. A este efecto, Pérez, Vera, y don Antonio Irisarri habían dado varias proclamas, que igualmente debían enviar a Gaspar Marín para influir al mismo tiempo en el espíritu de los habitantes del norte. Todo esto se hacía con el mayor apresuramiento cuando de repente se presentó, el 26 de marzo, delante de la bahía de San Vicente, una expedición enemiga que venía a quitar el nuevo gobierno, y a reponer el de la monarquía española.

El virrey Abascal no se había contentado con amenazar las autoridades revolucionarias de Chile, y había resuelto, después de mucho tiempo, enviar una expedición para forzar al país a entrar de nuevo en la vereda de los intereses monárquicos. Para ejecutarlo, seguía una correspondencia tirada y secreta con muchos realistas de Santiago y Concepción que le tenían al corriente de lo que sucedía; del espíritu de discordia que reinaba entre los patriotas; del descontento que se había manifestado a consecuencia de la conducta desconsiderada de los hermanos Carrera, y de los excesos cometidos por algunos de sus oficiales y soldados. Por consiguiente sólo esperaba Abascal por una ocasión para llevar a ejecución su proyecto, y esta ocasión se presentaba sumamente favorable con la llegada del brigadier Pareja, enviado por la junta suprema de Cádiz para llenar el puesto, en Chile, de intendente de Concepción.

Pareja había servido en la marina real, en la que se había distinguido por su ciencia y valor, sobre todo en el combate de Trafalgar donde mandaba el navío *Argonauta*. Bien que ya fuese de edad avanzada, aún tenía nervio y vigor, y aceptó la proposición que le hizo Abascal de ir a someter a Chile al dominio de la monarquía

española; pero a fin de no dar lugar a sospechas, le revistió el Virrey del título de gobernador de Chiloé, poniendo solamente a sus órdenes unos cincuenta soldados, y suministrándole una cantidad aproximada de cuarenta mil pesos¹⁴⁵. Tales fueron los débiles recursos con que el anciano Pareja iba a invadir un país lleno de entusiasmo, de vigor y de sentimientos de libertad y de independencia; pero tenía confianza en su propia experiencia y en la ciega sumisión de los chilotes, contaba con la discordia entre los jefes de los partidos, y esperaba le sería fácil ejercer ascendiente sobre las tropas para servirse de ellas como de instrumentos de odio y de venganza.

Su salida de Lima se verificó por fines de 1812.

“En 18 de enero, dice, arribé a aquellas islas, y entregado su comandancia general me dediqué sin perder momento a llenar los superiores encargos de V.E., y para ello me administraron cuantos datos fueron necesarios el gobernador interino don Ignacio Justis y el ministro de la Real Audiencia don Juan Tomás de Vergara, a quienes, decidido ya a realizar la expedición, destiné a Valdivia para que se aprontasen tropas, víveres y otros necesarios artículos capaces de sustraerse de aquella plaza; habiendo ordenado de antemano al sargento mayor don José Ballesteros instruyese a la mayor brevedad posible un batallón de milicias”¹⁴⁶.

Dos meses le bastaron para activar y terminar todos estos preparativos, y el 17 de marzo, ya se embarcaba para Valdivia, de donde salió el 22 para venir a conquistar a Chile. Su pequeño ejército se componía¹⁴⁷ de cinco compañías de su batallón veterano, al mando del capitán don Carlos Oresqui,

	hombres
de la fuerza de;	390
Del batallón voluntarios de Castro, mandado por el teniente de asamblea don Juan Ballesteros;	500
De una compañía de artillería mandada por el teniente Pla;	132
De las tropas de Valdivia, que eran: un batallón de veteranos a las órdenes de don Lucas Ambrosio de Molina,	506
Y de una compañía de artillería a las del teniente coronel José de Berganza,	44
Formando todas, estas fuerzas un total de	1.572

La expedición, como acabamos de decir, partió de Valdivia el 22, embarcada en tres pequeños transportes, y aun también en piraguas de Chiloé, especie de lanchas descubiertas y muy mal acondicionadas¹⁴⁸, y habría sido fácil detenerla si José

¹⁴⁵ Algunos aseguran llevaba más de 200.000 p.; pero esta aserción es inexacta. Tengo a la vista un testimonio del expediente seguido por el gobernador de Chiloé sobre reintegro de las cantidades gastadas en la expedición que invadió a Concepción, y los gastos hechos por esta tesorería ascendían a 223.477 p. 72 r. El vicario de Castro don Francisco Javier Venegas le prestó también 5.400 p. para gastos del ejército.

¹⁴⁶ Parte de Pareja al virrey Abascal. (*Gaceta extraordinaria del gobierno de Lima*, N° 34).

¹⁴⁷ Datos comunicados por el cura Berganza, que era uno de los capellanes de la expedición.

¹⁴⁸ Las tropas de Chiloé vinieron en la fragata *Trinidad*, bergantines *Machetes* y *Nieves*, dos goletas y cinco piraguas, y con estas embarcaciones se juntaron al salir de Valdivia la fragata *Gadilana* y el bote de artillería. (Notas del cura Berganza).

Miguel Carrera hubiese podido, como lo había proyectado, ir un mes antes a dar a los preparativos de defensa de aquella parte de la costa la solidez que su experiencia y su actividad solas podían darles, o si el gobierno, menos sensible a las reconvenções que se le hacían sobre gastos, hubiese pensado en armar un bastimento para recorrer la costa de descubierta; pero en aquella época la idea de invasión no era más que un pretexto que empleaban los liberales para sus fines particulares, y, en realidad, había muy pocas personas que creyesen seriamente en ella.

Por las disposiciones defensivas de Talcahuano, habría sido muy poco prudente Pareja en dirigirse a aquel puerto y prefirió ir a desembarcar su pequeña expedición en el de San Vicente, situado a dos o tres leguas más al sur, y que por un incomprensible descuido se había dejado desprovisto de medios de defensa. Allí llegó el día 26 de marzo, y verificó el desembarco por la noche protegido por el teniente de asamblea Ballesteros, que había desembarcado previamente con parte de los voluntarios de Castro. Pero durante el día, había llegado la alarma a Concepción, el Intendente había mandado tocar generala para reunir las tropas disponibles y las milicias; en Talcahuano el gobernador Rafael de la Sota desplegó no menos actividad en preparar medios, sino de resistencia eficaz, a lo menos de obstáculos al enemigo, mandando ocupar las alturas que dominan la bahía de San Vicente y separan éste de Talcahuano, por algunos dragones de la Frontera, una partida de ochenta hombres que le llegaron de refuerzo y cuatro cañones enviados de Concepción. La ocupación de dicho punto habría sido importante con fuerzas suficientes, pero con las pocas que había contra un ataque de mil doscientos hombres con diez piezas de artillería, no se podía hacer más de lo que se hizo: se defendieron durante algunas horas y luego se replegaron sobre Concepción¹⁴⁹.

Las tropas que recibieron el primer fuego de la invasión, y, por consiguiente, de las guerras de la Independencia, fueron los pocos dragones que el gobierno había enviado de observación, mandados por el subteniente don Ramón Freire, joven tan bizarro como resuelto y que vamos a ver crecer como uno de los más ilustres guerreros y de los más acérrimos defensores de las libertades nacionales.

Obligado a abandonar Talcahuano, que fue ocupado luego por una parte de los realistas, el gobernador De la Sota se dirigió a Concepción, donde, apenas llegó, asistió a un consejo de guerra con el intendente del ejército de Pareja, don Juan Tomás Vergara, que ya había visto la víspera cuando se hizo entregar los tres oficios dirigidos al Gobernador, al Cabildo Eclesiástico y al Ayuntamiento. Vergara se hallaba allí como parlamentario para intimar la rendición a los habitantes prometiendo, en nombre del virrey Abascal, la conservación de sus honores y empleos a todos cuantos reconociesen la soberanía absoluta de Fernando VII, y el olvido total de todo cuanto habían hecho por la Independencia.

El coronel don Pedro Benavente, que era intendente del distrito, no podía tomar sobre sí semejante resolución y pidió diez días para convocar a todos los compatriotas y pedirles su parecer. Sin duda era pedir demasiado tiempo, y Vergara no le concedió ni veinticuatro horas, diciéndole que si al día siguiente no

¹⁴⁹ Parte de Pareja al virrey Abascal. (*Gaceta del gobierno de Lima*, N° 34).

recibía respuesta, la fuerza decidiría la cuestión, rigor que justificaba achacándola a su General, que probablemente estaba impaciente por aprovecharse del estado de abandono en que se hallaba la provincia para reconquistarla y dominarla. En vista de esto, hubo que limitarse a convocar Cabildo Abierto para el día siguiente por la mañana; pero entretanto, aquella noche se tomaron todas las medidas necesarias para despachar a Santiago el dinero que había en la tesorería y que ascendía a 36.000 p. El tesorero interino de Concepción, don José Jiménez Tendillo, fue el que lo condujo con una escolta de seis a ocho dragones, y acompañado de su capellán Pedro José Eleisegui.

El día siguiente, 27 de marzo, tuvo lugar la reunión en casa del Intendente, y se compuso, en parte, de personas que por su rango o por su edad no querían exponerse a las consecuencias de una resistencia, y opinaron que mucho más valía rendirse con buenas condiciones, en atención a la desigualdad de fuerzas. Otras sostenían, al contrario, que podían oponerse con mucha probabilidad de éxito fuerzas suficientes, y en efecto había en Concepción ochocientos setenta veteranos a los cuales se podían juntar los ciento ochenta de la guarnición de Talcahuano y los cuatrocientos ochenta y cinco milicianos perfectamente armados que su comandante Pedro Barnachea había ya reunido en la plaza, y en caso que estas tropas no fuesen suficientes, se podía contar con las numerosas milicias de la provincia, en número de cinco a seis mil hombres y ganar tiempo para poder esperar los refuerzos que necesariamente enviaría el gobierno de Santiago. Pero en medio de todo esto, no había mucha confianza en el jefe que había dado ya lugar a sospechar su lealtad; como la reunión era popular, puesto que había sido convocada a Cabildo Abierto, algunas personas se atrevieron a declararlo en alta voz, y entonces se resolvió enviar el gobernador De la Sota de segundo de Jiménez Navia para observarlo y contenerlo en caso de felonía. Pero ya no era tiempo de hacerlo, pues todas las tropas, granaderos, dragones y artilleros habían sido ganados, y cuando llegó a la alameda, donde acampaban, los halló en plena rebelión gritando, ¡viva el Rey!, y hollando bajo los pies la escarapela patriótica.

Esta revolución impidió de llevar a ejecución el proyecto formado de internarse en el país para esperar allí una organización mejor y poder hacer frente a aquel puñado de piratas, nombre que daban a las tropas de invasión. El intendente Benavente se vio obligado a quedarse en Concepción para protegerla contra el saqueo, y solicitado por algunos miembros del clero y otras personas de influjo y meticulosas del país, entró en negociación con Vergara, negociación de la cual resultó un tratado en la que se reconocía la lealtad de los habitantes de Concepción a la causa de Fernando VII, de una parte, y de la otra, la constitución de las cortes de España bajo la promesa de Pareja de que nadie sería inquietado por sus opiniones pasadas, ni privado de su empleo. Además, fue estipulado que los oficiales, tropas veteranas y de milicias no serían forzados a tomar las armas contra la provincia de Santiago.

Estas estipulaciones fueron presentadas a Pareja, que las ratificó en toda su extensión, y el mismo día entró en la ciudad a la cabeza de su pequeño ejército y en medio de las tropas que una vergonzosa defección acababa de entregar a su

disposición. Para consolidar el éxito que había logrado, mandó publicar inmediatamente bandos de amnistía general y para que todas las subdelegaciones se incorporasen bajo de sus órdenes. Las de la costa, si no presentaron oposición, se mostraron indiferentes; pero en la isla de Laja, gracias a la presencia del obispo Villodres en Los Ángeles, y del español Masa, sujeto rico, de mucho influjo y opuesto a los patriotas, todos acogieron con entusiasmo el nuevo gobierno y se prepararon a sostenerlo. Los franciscanos de Chillán contribuyeron también mucho a inclinar el pueblo de dicha ciudad al partido de Pareja y aun a llenarlo de entusiasmo por su causa. El día que recibieron las proclamas del jefe de la expedición trabajaron con gran esmero para que fuesen publicadas con aparato, como lo fueron por José Marín Arriagada, que acababa de ser nombrado subdelegado del cantón; y al día siguiente, el guardián salió para Concepción a ponerse a las órdenes del General, prometiéndose acompañarle en sus expediciones para servirle de guía, y al mismo tiempo para que utilizase el influjo de su ministerio sobre los alucinados y extraviados por doctrinas falsas y subversivas.

Más adelante veremos que los religiosos de este convento, persuadidos de que realmente la religión corría inminentes riesgos emanados de dichas doctrinas, y conmovidos de la situación de España y de su amado Fernando VII, abrazaron con excesivo celo el Partido Realista y fueron en todos tiempos enemigos jurados y tenaces del sistema de independencia.

Pero estas demostraciones no bastaban para consolidar la Monarquía; se necesitaba hacer grandes gastos para mantener en pie tantas tropas, y el poco dinero que había en la tesorería, como arriba queda dicho, había sido enviado a Santiago. Pareja se había apresurado a pedir al intendente de la provincia, Benavente, una orden para que regresase dicho dinero con su escolta, comisión que se dio a Melchor Carvajal con treinta dragones y milicianos de Quirihue a fin de que se apoderase por la fuerza del dinero si se negaban a obedecer.

Al mismo tiempo, se hacían preparativos para jurar la constitución de las cortes de España, constitución que iba a ser la base de la nueva organización administrativa, y se esperaba la llegada del obispo Villodres para dicha ceremonia, que se proyectaba augusta e imponente. El día 4 de abril, en que tuvo lugar, desde por la mañana, la plaza estaba guarnecida de tropas y se levantó un tablado a donde subieron el brigadier Pareja, el obispo Villodres, el intendente don Pedro José Benavente, los miembros de los cabildos eclesiástico y secular y los demás empleados civiles y militares que se hallaban en la ciudad.

Estando ya todos reunidos, se leyó en alta voz la constitución política de la monarquía española, a la cual todos juraron fidelidad y obediencia. Enseguida, Pareja con todo su séquito fueron a la catedral, donde se celebró misa cantada con el *Te Deum* acostumbrado y un sermón que predicó el Obispo alusivo a la circunstancia y a la misión que la Providencia había preparado a la leal provincia de Concepción, socorrida por los valientes hijos de Chiloé, su intención era el hacer intervenir la religión en la lucha que iba a ser empeñada en aquel país de paz y de tranquilidad.

CAPÍTULO XXI

Llega a Santiago la nueva de la invasión de Pareja. José Miguel Carrera nombrado general en jefe. Medidas enérgicas que toma para hacer frente a la invasión. Se pone en marcha sobre Talca para establecer allí su cuartel general. Encuentra con algunos fugitivos de Concepción. Su llegada y sus temores acerca de la verdadera disposición de los ánimos en el pueblo. El obispo de Santiago Andreu y Guerrero va a juntarse con él. Digresión sobre este prelado y su decisión por la libertad. O'Higgins pasa a Talca y sabe por Linares la presencia de algunos dragones de Carvajal. Pide tropas para ir a atacarlos, y se las dan. Hace prisioneros a veinte dragones y al subteniente Rivera. Llegan tropas regulares a Talca. José Miguel Carrera forma el ejército en tres divisiones al mando de sus hermanos. El partido del Ayuntamiento recobra su ascendiente en Santiago. Formación de un nuevo gobierno elegido por el Senado. Medidas enérgicas que toma para la salvación de la patria. Empréstito con hipotecas. Creación de una condecoración civil y militar. Celos del Ayuntamiento en cooperación con el gobierno. Establecimiento de una junta de salud pública. Entusiasmo por una suscripción nacional.

Mientras que el general Pareja se establecía en Concepción y procuraba atraerse las voluntades, la nueva de su invasión se esparcía en Santiago, a donde había llegado el 29 de marzo, habiendo andado su portador cerca de ciento cincuenta leguas en tres días. Tal y tan extraordinario fue el celo con que cumplió las órdenes del Intendente, que lo había despachado.

En aquel instante, el país tenía muy pocas tropas para oponerse a un militar experimentado y dueño de la provincia más aguerrida, que se había familiarizado con el estrépito del cañón durante tres siglos, y donde había más hombres y armas de que poder disponer. A pesar de la actividad con que los hermanos Carrera habían querido crear algunos cuerpos, habían hallado siempre mucha resistencia en los mandatarios y aun en el pueblo, y tuvieron mucha dificultad en organizar el de granaderos y un escuadrón de la guardia nacional, que componían un total aproximado de mil doscientos soldados bisoños, sin disciplina y sin instrucción. Hasta entonces la mayor parte de los patriotas no habían llegado a comprender que la existencia política de su gobierno no podía tener apoyo seguro más que en la fuerza armada; que de un día al otro cuando menos se pensase, podía ser atacado, y que por consiguiente, se necesitaba un ejército para rechazar injustas agresiones, sostener sus derechos y mantener el buen orden, siempre expuesto

y comprometido en tiempos de revolución, todo lo cual no podía obtenerse sino con fuerzas suficientes y bien organizadas. Se podía contar sin duda con algunos cuerpos de las milicias de caballería tales como los regimientos del Príncipe y de la Princesa, que estaban más disciplinados; pero, en general, la insubordinación de los milicianos era bastante conocida para que inspirasen confianza, y fuera de los dos cuerpos citados y algunos artilleros, no había tropas con que hacer frente a un enemigo que se apoyaba en hombres y un material de guerra cuya fuerza eficaz le autorizaban a mostrarse audaz.

La noticia de la invasión había, pues sobrecogido a los habitantes de Santiago, sobre todo a los que teniendo un verdadero conocimiento de su debilidad estaban en estado de calcular el peligro que los amenazaba. Sabían que no se levanta de pronto un ejército, y no ignoraban la mala subordinación de las pocas tropas que había, y cuya desertión había sido difícil ya precaver. Esta tendencia era de temer se comunicase a los soldados de nueva leva y comprometiese la causa del país. En tan críticas circunstancias los habitantes de Santiago, por un movimiento unánime y espontáneo, se ofrecieron todos a José Miguel Carrera echando a un lado disensiones personales y enemistades de rivalidades que hasta entonces los tenían como divididos. Este ilustre chileno acababa, en efecto, de dar pruebas de que él sólo era capaz de formar y ejecutar un plan de resistencia. La inminencia del riesgo había aumentado en alto grado su ardor natural y le había comunicado una fuerza moral y una actividad que sus mayores enemigos no podían contestar.

Apenas hubo recibido los pliegos del intendente de Concepción, convocó con la mayor serenidad a junta en la sala de palacio los otros dos miembros del gobierno, el Senado y los principales jefes militares, los cuales, después de algunas discusiones muy animadas, resolvieron nombrarle general en jefe del Ejército de la Frontera, y que el Senado diese al gobierno la entera facultad de obrar sin trabas y sin impedimento. Esta decisión creaba una especie de dictadura momentánea en favor de José Miguel Carrera, dictadura que aprovechó para dar las disposiciones más vigorosas y las más propias a tranquilizar, bien que arbitrarias y vejantes. Así, aquella misma noche a la luz del farol de la retreta¹⁵⁰, mandó publicar un edicto por el cual declaraba la guerra a Perú, enviaba a secuestrar todos los buques y propiedades de aquel virreinato, ordenaba al gobernador de Valparaíso pusiese aquel puerto en estado de defensa e imponía pena de muerte a cualquiera que se comunicase con el enemigo, que diese el más leve indicio de tenerle adhesión o que esparciese noticias falsas y alarmantes; y a fin de hacer más terrible y más indudable esta pena, mandó levantar una horca en medio de la plaza Mayor con un aparato de terror; se doblaron los puestos y se colocaron piezas de artillería en las principales calles.

Dos horas le bastaron para tomar y hacer ejecutar estas resoluciones extremas, por manera que a las diez de la noche ya corrían por todas las cercanías de Santiago correos con órdenes para las diferentes subdelegaciones de la república

¹⁵⁰ Costumbre que aún existe, y que es española, de preceder con un farol, que lleva un soldado en alto, los tambores que tocan la retreta.

de reunir las milicias y poner el país en estado de defensa, y al mismo tiempo de desplegar el mayor rigor contra los realistas. Al día siguiente, los que había en Santiago conocidos ya como tales, fueron, sin ninguna forma de proceso, unos desterrados, y otros alistados para pagar una contribución forzada de 400.000 p.; pero por de pronto sólo se les exigieron 260.000.

Después de haber puesto así la capital en estado de precaverse fácilmente de enemigos internos, José Miguel Carrera que tomaba sobre sí solo, por decirlo así, la responsabilidad de estas violentas y valerosas medidas, pensó en correr al enemigo para contener con su sola presencia las poblaciones en su deber, intimidar a los enemigos de la patria y entusiasmar a las milicias por una tan santa causa. Veinticuatro horas después de haber recibido los pliegos, ya estaba en marcha acompañado de su íntimo amigo Poinsett en cuyos consejos tenía la mayor confianza, del capitán don Diego Benavente, de algunos oficiales y de catorce soldados de la guardia nacional. Ésta era la sola fuerza que llevaba, pero había dejado orden en Santiago para que las tropas veteranas se le incorporasen en Talca, donde proyectaba establecer su cuartel general.

Durante este viaje, desplegó toda la potencia de su previsión y de su actividad. Por el día, corría a caballo, y por la noche, daba órdenes y despachaba correos a todas partes. En cada población por donde pasaba sólo permanecía el tiempo necesario para mandar reunir las milicias, alejar a los enemigos de la Independencia y convocar juntas de auxilios para subvenir a las necesidades del ejército. Todas estas precauciones eran tan útiles como oportunas, porque a medida que avanzaba tenía ocasiones de venir en pleno conocimiento del poderoso enemigo que iba a arrostrar, gracias a los leales chilenos que habían huido de Concepción para no tener que someterse al despótico gobierno que les quería imponer el enviado de Abascal, ni jurar la constitución de las cortes, que los mismos radicales tachaban de ser excesivamente demagógica.

El primero de estos patriotas que encontró fue el ex asesor del intendente de Concepción don Manuel Velásquez de Novoa, sujeto que reunía a mucho talento natural un conocimiento exacto del país destinado a ser teatro de la guerra, y que por lo mismo nombró desde luego intendente del ejército que se iba a formar. Al día siguiente, pudo hablar con el ex gobernador de Talcahuano, don Rafael de la Sota, y en Curicó, con Jiménez Tendillo, conductor de los treinta y seis mil pesos, que como un presente de la Providencia, llegaban para aliviar sus incesantes necesidades. Con Tendillo iban catorce dragones, un tambor, cuatro eclesiásticos y quince oficiales de diferentes grados que fueron después incorporados en el ejército.

El 5 de abril llegó a Talca sobre las siete de la tarde. En el sitio llamado Camarico había sabido la rendición de Concepción y el tratado que habían hecho el intendente Benavente y Vergara, ratificado el mismo día por Pareja. Ya fuese porque esta noticia le contristó o ya, como lo dice él mismo, que el recibimiento que le hicieron hubiese sido frío y aun poco decente, aquella misma noche conoció que le era preciso tomar medidas de precaución, en atención a que no se creía seguro en medio de un pueblo que se manifestaba más inclinado al gobierno monárquico que al democrático. Por este motivo pidió al gobierno

hiciese salir cuanto antes fuese posible las tropas regladas de Santiago, y por el mismo, deseaba la llegada del obispo auxiliar de Santiago don Rafael Andreu y Guerrero, el cual con el influjo de su santo ministerio podría mejor que nadie inculcar a aquel pueblo mejores principios; inspirarle, según las máximas del Evangelio, el amor de la patria; desarraigarle su ciega sumisión, que no era más que el resultado de una incompleta y falsa educación, y en fin excitar su fanatismo por sermones apropiados a las circunstancias.

Guerrero había abrazado el estado eclesiástico siendo ya entrado en edad, y apenas ordenado, había ido a visitar la subdelegación del Paposo, situada en el centro mismo del desierto de Atacama. Penetrado del miserable estado del corto número de sus habitantes, que abandonados a la sola religión de su propia conciencia no podían cumplir ninguno de los preceptos de la Iglesia, se prestó a quedarse a vivir con ellos y a suministrarles los auxilios de una instrucción cristiana para la salvación de sus almas. Allí pasó muchos años llenando con fervor los deberes de su santo ministerio, bautizando a jóvenes que en aquel destierro de toda sociedad no habían podido aún entrar en el gremio de la Iglesia; despertando los corazones adormecidos y endurecidos en el vicio y sosteniendo a los que eran buenos y virtuosos en la perseverancia del bien; y no contento con todo esto, luego que los hubo encaminado por la vía de la salvación, emprendió el viaje de España para ir a pedir al Rey favor para aquellos desventurados.

Sus palabras, tan humildes como persuasivas, tuvieron el más feliz éxito y conmovieron el corazón bondadoso de Carlos IV, que tuvo a bien protegerlos enviándoles bastantes recursos para levantar una bella iglesia con todos sus ornamentos, y nombrando a su digno y celoso pastor obispo auxiliar de las cuatro diócesis que los rodeaban. Todo esto sucedía en 1806, y en el mismo año, Guerrero se presentó a su ilustrísima Marán, obispo de Santiago, para que le consagrara según lo mandaba la Iglesia. Fiado en sus antecedentes, que le habían hecho llamar el Ángel del Paposo; en la firme intención que tenía de continuar sirviendo aquella población del desierto, y sobre todo en el favor y en la voluntad del Rey, Guerrero creyó que no habría el menor obstáculo para su consagración. Sin embargo, ya fuese por escrúpulos de conciencia, como lo dice Martínez, o más bien por falta de regularidad y de forma, el obispo Marán le negó su ministerio, a pesar de la protesta de la Real Audiencia, y él, a fin de evitar conflictos, se marchó para Buenos Aires¹⁵¹, volvió por segunda vez a España, y allí fue consagrado obispo de Epifanía.

Luego que obtuvo su consagración, regresó a Buenos Aires, donde se hallaba cuando resonaron los primeros gritos de libertad que despertaron en su corazón el santo amor de la democracia, tan conforme a las máximas del Evangelio. Desde

¹⁵¹ A su vuelta de España, Guerrero había olvidado de traer la bula que le dispensaba de la consagración por tres obispos, y éste fue el motivo que tuvo Marán para negarse a ello a pesar de los esfuerzos de la Real Audiencia. Por evitar un conflicto, Guerrero se desistió de su demanda al Obispo, y partió de comisión a Buenos Aires para hacerse útil contra los ingleses. De Buenos Aires volvió a España, donde fue consagrado, y después de haber servido a la independencia de Chile, se fue a morir a Roma. (Conversación con Ignacio de Arangua).

entonces, fue un acérrimo defensor de ellos y se volvió a Chile con la esperanza, según decían, de obtener la mitra de Santiago, vacante a la sazón; pero sus ideas avanzadas le malquistaron con los miembros del Cabildo Eclesiástico de la capital, siempre afectos a la Monarquía. Para no ser causa de disturbios, Guerrero se volvió muy pronto a marchar de Santiago y fue a refugiarse en Quillota, donde permaneció hasta el punto en que José Miguel Carrera fue a buscarlo en persona para ponerlo a la cabeza del clero chileno, y contrapesar por medio de él el influjo que dicho clero ejercía en los negocios políticos del Estado. A pesar de la prohibición del arzobispo de Lima, Guerrero ocupó la sede episcopal, y sirvió las ideas del gobierno con provecho y utilidad de la patria, y algunas veces también a expensas de su propia tranquilidad con respecto a los canónigos, con los cuales los asuntos y su propio deber le ponían continuamente en contacto y comunicación.

Por el ardiente y perseverante celo que puso en hacer conocer y amar los nuevos principios tan propios a elevar el país a su verdadera nacionalidad, era considerado como apóstol de dichos principios y no es extraño que el gobierno desease fuese a Talca para dar entusiasmo a los que iban ser árbitros de la suerte de la nación. Su salida de Santiago se verificó poco después de la de Carrera, y en cada población se detenía para predicar una especie de cruzada contra los enemigos que el capricho de un virrey había arrojado sobre la costa. En efecto, así consiguió despertar y alimentar sentimientos de patriotismo en los habitantes de Rancagua, San Fernando, Curicó, recibiendo en todas partes las primicias del proselitismo que iba a formar verdaderos ciudadanos, defensores de las instituciones que regían.

Pero su misión en Talca fue mucho más importante y fructuosa. Desde que llegó a dicha ciudad, el día 9 de abril, empezó a ejercer su santo celo, y al día siguiente, cantó una misa solemne en honra del Dios de las batallas, con un sermón, que predicó él mismo, y el cual respiraba el más puro amor de la patria. El objeto principal de su oración era inspirar a sus oyentes abandono y abnegación por la causa general y darles valor para entrar en la lucha que se preparaba entre el despotismo y la libertad. Ochenta nacionales con sus fusiles¹⁵², al mando del teniente Manuel Cuevas, lo habían acompañado y fueron luego a ponerse a la disposición del General en Jefe, el cual, por su lado, no tomaba un solo momento de descanso por instruir a las milicias, procurarles armas, caballos y bienestar; recorriendo el país para reconocerlo y estudiarlo y reuniendo el mayor número de milicianos, que muchas veces tenía él mismo que contener para impedirles de desertar. En todas estas fatigas le ayudaba particular y eficazmente el entendido capitán de húsares don Diego Benavente encargado de la organización de dos escuadrones de caballería, y el intrépido O'Higgins, que acudió al primer anuncio de peligro para participar de él con todo su denuedo¹⁵³.

O'Higgins se hallaba en Los Ángeles cuando supo, por la circular del Intendente, el desembarco de un expedición contra Chile, y sin pararse en más conside-

¹⁵² Estos nacionales fueron los primeros que daban alguna seguridad al cuartel general establecido desde el 5. (*Diario* de José Miguel Carrera).

¹⁵³ *Diario* de José Miguel Carrera.

raciones que la de cumplir con su deber, mandó formar los regimientos N° 1 y 2 de lanceros de la Frontera, compuestos de mil hombres. Con ellos voló al socorro de Concepción pasando por Yumbel para que se incorporase el regimiento de Rere, mandado por Fernando Urizar. Habiendo llegado al salto del Laja, recibió el tratado de Concepción y la orden de despedir sus tropas a sus respectivos cuarteles, como lo ejecutó inmediatamente después de haberlas arengado; pero no queriendo someterse al antiguo gobierno, se dirigió hacia Santiago con los hermanos Soto y cuatro criados. Al pasar por Linares, supo que los ochenta dragones de Carvajal se hallaban en las cercanías y tuvo que viajar con más precaución haciendo un gran rodeo para ir a pasar el Maule por el lado de las cordilleras, de suerte que no pudo llegar hasta el 4 a Talca, donde el día siguiente estaba ya reunido con José Miguel Carrera.

O'Higgins era bizarro, y no habiendo visto nunca el fuego ardía por hallarse en una acción. La presencia de algunos dragones en las cercanías de Linares había inflamado su ardor guerrero, y pidió a Carrera algunos soldados para ir a atacarlos; pero el General en Jefe no quiso exponer por tan poca cosa un militar que le inspiraba la mayor confianza, y se los negó. Sin embargo, a instancias de Poinsett, consintió al fin en ello, y al ser de noche, O'Higgins se puso en marcha con sesenta milicianos armados sólo con lanzas, doce soldados de la guardia nacional y cuatro dragones de los que habían escoltado el dinero de la tesorería de Concepción¹⁵⁴. Su objeto era sorprender a Carvajal durante la noche, pero se extravió en el camino y no pudo llegar hasta las nueve de la mañana cerca de Linares, donde le dijeron que no había más que doce dragones mandados por el teniente don José María Rivera, y reunidos ya en la plaza prontos a marchar para incorporarse con Carvajal en Cauquenes.

La fuerza numérica de O'Higgins era superior a la de Rivera, pero éste tenía la ventaja de las armas y esta consideración hubiera podido arredrar a cualquier otro jefe más prudente. Mas O'Higgins, impaciente por distinguirse, avanzó a la plaza enviando por delante un parlamentario, que fue el capitán Melo, para intimar a Rivera se rindiese, como lo hizo sin oponer la menor resistencia; de suerte que todo se pasó sin efusión de sangre y con gritos de viva la patria, por parte de los dragones de Rivera, entusiasmados con algún dinero que les dio el capitán de milicias don Pedro Barnachea.

Después de este pequeño suceso, que aconteció el 6 de abril, O'Higgins pensó en marchar sobre Cauquenes para atacar las tropas de Carvajal; pero supo luego que éste se había dirigido apresuradamente sobre Chillán, que se había pronunciado por el Rey. En vista de esto, determinó reunir el regimiento de milicias de Linares compuesto de ochocientos hombres bien montados y armados con lanzas y machetes, mandados por don Santiago Arriagada, el batallón de cuatrocientas sesenta plazas que mandaba el capitán Urrea, esparcido por las cercanías, y otras muchas milicias de las cuales retuvo una parte, enviando la demás fuerza a Talca

¹⁵⁴ Conversación con O'Higgins, Carrera dice en su *Diario*: diecisiete dragones, pero es un error probado.

a la disposición del General en Jefe, justamente afanado a la sazón en juntar un pequeño ejército para ir al encuentro de Pareja, que sabía no tardaría en avanzar sobre el Maule.

En aquel momento, el cuartel general de Carrera tenía un aspecto muy militar. Las tropas regladas, que necesariamente eran su principal apoyo, acababan de llegar y se componían del batallón de granaderos mandado por Juan José Carrera, a quien acompañaba Mackenna, que había vuelto de su destierro y había sido ascendido al grado de cuartel maestro, y del escuadrón de la Guardia Nacional, a las órdenes de don Juan Antonio Díaz Salcedo. El primero de estos cuerpos tenía mil hombres de fuerza, y el otro doscientos treinta, los cuales con los ochenta que habían llegado con el Obispo y los catorce que había llevado José Miguel, componían un total de 1.324 soldados disciplinados, prontos a batirse a pie o a caballo, como infantería o como caballería, según las circunstancias lo exigiesen; pero que no tenían fusiles por habérselos quitado la Junta para armar con ellos a los voluntarios de la patria, acción que el General en Jefe desaprobó en secreto, contentándose con reemplazar los fusiles con lanzas, bien que no pudiesen en manera alguna serles de la misma utilidad, no estando acostumbrados al manejo de esta arma.

Algunos días después, llegó Luis Carrera a la cabeza de doscientos artilleros con dieciséis piezas de campaña mal montadas, y transportadas, como también las municiones, en setenta carros y cuatrocientos acémilas¹⁵⁵.

La reunión de todas estas tropas, a las cuales se juntaron luego los regimientos de milicias del Príncipe y de la Princesa de Santiago, y el de Maipú, componiendo un total de 1.500 hombres, mandados por el coronel don Estanislao Portales; las de Cauquenes, que ascendían a 1.800, a las órdenes del teniente coronel don Fernando de la Vega, enviado por su coronel don Juan de Dios Puga, y otras muchas, permitieron al General en Jefe clasificarlas según su plan de campaña, y dividir las en columnas compuestas la primera de:

“200 granaderos de las milicias de Cauquenes y las partidas y piezas de campaña que tenía O’Higgins en Bobadilla. Ésta se puso al mando del coronel don Luis Carrera.

La segunda la formaron el resto del batallón de granaderos, cuatro piezas de artillería y el regimiento de Maipú, mandado por el brigadier don Juan José Carrera, y que se situó en Duao.

La tercera la formaban la Gran Guardia, la Guardia General, cuatro piezas de campaña y los regimientos del Príncipe y Princesa a las inmediatas órdenes del General en Jefe, y acampó a una legua de distancia de la segunda”¹⁵⁶.

Así, los tres hermanos Carrera se habían repartido el mando de todo el ejército, cometiendo un yerro muy grave, cual era el dar margen a la reconvención de egoísmo a que habían dado ya lugar más de una vez; cosa que necesariamente había

¹⁵⁵ *Diario* de José Miguel Carrera.

¹⁵⁶ *Diario* de José Miguel Carrera y *Memoria* de José Miguel Benavente.

de despertar los antiguos rencores que el peligro común había podido a gran pena apagar. Pero en aquel instante, todos estaban más dispuestos a obrar que a pensar en rivalidades y celos que podían desbaratar el plan de organización del ejército.

Mas no sucedió lo mismo en Santiago, donde el espíritu de oposición llegó a vencer la resistencia y apoderarse del gobierno.

Al marchar para el sur, José Miguel Carrera había dejado en su lugar, como miembro, a su hermano Juan José, que también tuvo que dar su dimisión para marchar a la cabeza de su batallón de granaderos. Por la ausencia de estos dos jefes y de sus tropas, el Partido Municipal, unido, como ya lo hemos dicho, al partido de Rozas, tomó cierto ascendiente en el Senado y le dio a entender que en aquel crítico momento era sumamente importante revestir el gobierno de toda la fuerza nacional, y que para eso se necesitaba legitimarlo por medio de elecciones sino populares, que las circunstancias no permitían, a lo menos por la del Senado, la cual, aunque en cierto modo fuere ilegal (pues ni aun tenía una soberanía de delegación), podía, sin embargo, por la elección de sus miembros recibir la aprobación universal de los buenos patriotas.

Esta elección tuvo lugar, en efecto, el 15 de abril, y el resultado del escrutinio fue favorable a los tres antiguos municipales Francisco Pérez, Agustín Eyzaguirre y José Miguel Infante, los cuales entraron desde luego en ejercicio, reemplazando los dos miembros que habían quedado, Portales y Prado, y que algunos días después pidieron licencia, uno por enfermedad y otro por quehaceres urgentes.

Bien que los nuevos miembros del gobierno hubiesen sido inquietados en otro tiempo por Carrera, y que uno de ellos hubiese tenido que padecer la pena de destierro, sin embargo, no se opusieron de modo alguno a esta organización militar, a pesar de que les pareciese muy peligrosa para la sociedad, en atención a que ponía toda la fuerza material del Estado a la disposición de una sola familia influyente y ambiciosa. Sabían y conocían que los hombres capaces de mandar eran raros, y que las tropas bisoñas y sin disciplina exigían que hubiese en sus jefes una misma voluntad y un mismo pensamiento. Por consiguiente, se ve que estaban penetrados de los sentimientos más patrióticos, y que pensaban mucho menos en antiguos motivos de enemistad que en emplear todos sus esfuerzos y conato en sostener a José Miguel Carrera, ayudándole con todos los auxilios necesarios, y fomentando el entusiasmo y la ambición de gloria que lo dominaban; porque veían que era el único modo de mantener el orden en un ejército tan mal disciplinado, prepararlo a batirse y alcanzar victorias, y en fin, a salvar la revolución, que era el principal objeto de sus acciones y pensamientos. Así los vemos, desde luego que entraron en el gobierno, revestir la misma energía que había mostrado el General en Jefe al recibir la noticia de la invasión, seguir su política violenta para la seguridad de todos, prohibir la entrada del país a todo español, expulsar de él a los que tenían por sospechosos y corroborar el decreto que castigaba con la pena de muerte a todo aquél que estuviese en correspondencia con la provincia invadida o con Perú. Si esta medida de rigor no emanaba de ellos, no por eso dejaban de conocer y apreciar toda su importancia y se mostraban firmemente dispuestos a darle vigor contra los chilenos mismos que diesen el menor indicio de felonía, ofreciendo al contrario

premio a los soldados que desertasen de la bandera enemiga. Con tales pruebas de que tenían la fuerza de ánimo que pedía la situación política, y la firmeza necesaria para obrar con decisión, aquellos esforzados patriotas consiguieron comprimir todo movimiento de reacción y aprontar los infinitos recursos de que necesitaba el país para constituirse en buen estado de defensa. Dos objetos llamaban y llenaban principalmente su atención; el formar soldados y el mantenerlos en buen pie. Para conseguir el primero, procuraban fomentar el ardor del espíritu nacional por todos los medios posibles, en los que comprendían la exaltación que causa la pompa de funciones religiosas, penetrando las conciencias y disponiendo a la abnegación de sí propio; esto, además de los decretos promulgados para levadas de voluntarios, y si éstas no bastaban, forzadas, imponiendo penas de rigor a cuantos siendo capaces de llevar armas y de entrar en la milicia, no se alistasen bajo sus banderas. Con este mismo objeto, habían pedido socorros a Buenos Aires, o a lo menos el regreso de las tropas que se le habían enviado como auxiliares.

Para alcanzar el segundo, tuvieron recurso a un empréstito, ya pedido por Carrera, sobre vales de aduana, y los hipotecaron con los réditos más seguros del fisco, entre otros, 400 regadores de la acequia de Maipú, que valían entonces 2.000 p. cada una. De este modo daban pruebas de su buena fe ofreciendo segura garantía a los prestadores. También quisieron dar una de satisfacción a los buenos patriotas que se distinguiesen por un acto de civismo o por una acción militar, creando una condecoración o medalla que llevaba por un lado una corona de laurel sobre espada y flecha cruzados, con la inscripción: *La patria a sus defensores*. En el reverso, alrededor: *En la invasión marítima de los tiranos*. Y en el centro: *El gobierno de Chile año de 1813*.

El genio entusiasta de José Miguel Infante, que, a pesar de su gran apego a la democracia, estaba muy inclinado a recompensar las acciones virtuosas civiles, había contribuido mucho a la creación de esta distinción, y el mismo empeño tuvieron Salas y Juan Egaña.

No era menor el ardor del Ayuntamiento por el servicio de la patria. Los miembros jóvenes de esta corporación, con mucha actividad de cuerpo y de alma, tenían una invencible aversión a las cosas de tiempos pasados y se mantenían, por decirlo así, en sesión permanente para tocar con oportunidad todos los resortes de la resistencia ya animando la juventud a la guerra, ya oponiéndose a que los hacendados inquietasen a sus inquilinos alistados en el ejército si estaban empeñados por sus arriendos, ya intimidando a los realistas con el establecimiento de una comisión de salud pública compuesta de un juez mayor, que fue el coronel don Martín Calvo de Encalada y cuatro prefectos, uno por cada gran barrio, y los cuales eran don Juan Francisco León de la Barra, don Antonio Hermida, el conde de Quinta Alegre y don Francisco Javier de Errázuriz. De tiempo en tiempo, daban también proclamas en que respiraban los más puros sentimientos de patriotismo, exponiendo los peligros de la patria y la necesidad de desplegar la mayor energía para romper el yugo de la opresión; exhortando a los jefes militares a corresponder dignamente a la confianza que su valentía inspiraba al país, y a los padres de familia a que inculcasen el amor de la libertad a sus hijos y servidores.

Pero el resultado más brillante que obtuvo esta ilustre corporación fue el de su generosa participación en la suscripción voluntaria a favor del Estado, y en la cual el público entró con el más pródigo abandono. Al ojear el *Monitor Araucano* de aquella época, no puede menos de sentirse uno penetrado de admiración por aquel público que se condenaba a los mayores sacrificios por la defensa de su país y de sus instituciones. No se contentaban con dar dinero, y algunos, grandes cantidades, sino que muchos daban su vajilla y sus cubiertos de plata; otros sus hebillas, y hubo quien ofreció y dio cuanto poseía. Juan Egaña, además de la generosidad de sus dones pecuniarios, envió el oro necesario para seis medallas de la patria. Muchos empleados y entre ellos los tres miembros del gobierno y el secretario de la Junta Mariano Egaña, servían sin emolumentos. Los hacendados ponían a la disposición del gobierno sus haciendas y sus rebaños. Hubo uno que ofreció una parte de sus tierras al primero que tomase un cañón enemigo. Los comerciantes igualmente, se mostraban rivales en entusiasmo de esta generosidad chilena. Unos suministraron botones, y otros, paños para vestuario de los soldados de que el público se prometía encargarse; porque es preciso saber que el ya citado *Monitor* indica muchísimos patriotas que suscribieron para sustentar y mantener dos, cinco, diez y hasta veinte soldados, mientras durase la guerra. Por donde se ve que la defensa del país era un verdadero acreedor de todos los ciudadanos, y que los poco pudientes como los que podían mucho eran todos sus tributarios, sin duda porque el espíritu democrático, al propagarse por todas las clases de la ciudad, había establecido una solidaridad recíproca entre todos los individuos, de donde debía surgir la unidad social que derogaba las distinciones, y constituía la fuerza de la nación.

CAPÍTULO XXII

El obispo Villodres nombrado intendente de Concepción. Pareja marcha sobre Talca. O'Higgins se dirige al cerro de Bobadilla, y lleva la guarnición al cuartel general. Un pequeño destacamento sorprende en Yervas Buenas al Ejército Real, que lo rechaza y le hace retirarse precipitadamente. Los dos partidos cantan victoria. El gobierno la celebra en Santiago. Insurrección en los buques *Perla* y *Potrillo* y entrega de dichos buques a los corsarios que bloqueaban el puerto de Valparaíso. Pareja, muy enfermo, se decide a ir a atacar los patriotas en Talca. Los chilotes rehúsan pasar el Maule, y resuelve regresar a Chillán. José Miguel Carrera le persigue. Desorden en la marcha de las tropas chilenas por las lluvias y la poca disciplina de los oficiales. Acampan en el estero de Buli, de donde se envía un parlamentario a Pareja. Éste sale de San Carlos y va a acampar cerca del río Ñuble, donde tiene que atrincherarse. Acción de San Carlos sin resultado alguno para los dos partidos. El Ejército Real pasa el Ñuble y su retaguardia es atacada por el teniente Molina, que la obliga a abandonar cuatro cañones y algunos bagajes. Pareja llega a Chillán. Carrera va a acampar sobre el Ñuble.

Pareja acababa de proclamar la constitución de las Cortes y de tomar juramento de obediencia y fidelidad a todas las corporaciones civiles y militares de Concepción; pero no satisfecho con esto, quiso anular todos los actos del gobierno intruso, dar nueva organización a las diferentes oficinas y no conservar más que empleados con que podía contar en toda seguridad. Así quitó a muchos el empleo, reformó una parte del Cabildo, mudó todos los gobernadores y forzó al intendente Benavente a dar su dimisión, poniendo en su lugar al obispo Villodres, de genio activo, resuelto y sobre todo apasionado por la monarquía española.

Este mismo Villodres fue encargado de verificar el estado moral de la administración civil, y de proponer las reformas que le pareciesen necesarias en ella, por hallarse Pareja exclusivamente ocupado en organizar el ejército para empezar a la mayor brevedad la campaña, y marchar sobre Santiago, donde se proponía entrar con el solemne aparato de un triunfador. La desertión de las tropas de la patria que habían pasado con apresuramiento a su bandera, y el entusiasmo con que algunos realistas de Concepción le recibieron, habían hecho creer al presuntuoso General haría una fácil conquista, y tuvo la imprudencia de comunicar a sus soldados la misma extraña ilusión.

Confiando así en un completo y pronto éxito, no le pareció necesario mantenerse por más tiempo en la capital de la provincia y resolvió marchar sobre Talca para desalojar al enemigo y establecer allí sus propios cuarteles de invierno. Su ejército acababa de recibir el refuerzo de los granaderos de la Frontera y de los dragones, y enseguida, de varios regimientos montados de milicias que habían venido incorporarse de Rere, Arauco, Los Ángeles y otras partes, con el cual ascendía aproximadamente a dos mil soldados viejos, contando doscientos artilleros con veinticinco piezas de campaña, y a cuatro mil milicianos montados, que mediante los bien provistos almacenes de Concepción, pudieron ser completamente armados y equipados.

De estas fuerzas, Pareja formó tres divisiones que mandó salir con intervalo de días; la primera, mandada por Berganza, se puso en marcha el 8 de abril, la segunda, a las órdenes de Ballesteros, el 11 y la tercera el 14, todas en la dirección de Chillán, y luego, sobre Linares, donde hicieron su junción el 24 del mismo mes.

Un poco antes de la llegada de estas columnas. O'Higgins se hallaba aún en las cercanías reuniendo las milicias, y en Parral supo el movimiento de Pareja, en vista del cual juzgó oportuno retirarse haciendo diversión al enemigo para dar tiempo a Carrera de combinar sus movimientos según sus intenciones y sus planes¹⁵⁷. Habiendo llegado así a Yerbas Buenas, su espíritu le sugirió el proyecto de atacar la vanguardia enemiga, compuesta de cuatrocientos hombres mandados por Elorreaga. La fuerza que él tenía era numéricamente algo superior, pero compuesta de milicianos en la mayor parte; sólo tenía dos compañías de granaderos soldados viejos, que le había enviado el General en Jefe, y cincuenta húsares de la gran guardia mandados por el capitán Francisco Cuevas. Su intención era caer de repente sobre la vanguardia en el acto de pasar ésta el río Achihueno; pero prevenido por sus espías de que Elorreaga no se había detenido en Linares, a donde había llegado casi al mismo tiempo el ejército, O'Higgins se trasladó al cerro de Bobadilla, que estaban fortificando para impedir el paso que lleva el mismo nombre. La fortificación del cerro, dirigida por el cónsul Poinsett, fue desaprobada por el cuartel maestro Mackenna, el cual demostró que en atención a su distancia del paso, que era de más de 1.500 varas, y al corto alcance de las piezas que tenía, no podía llenar el objeto que se proponía. De este modo, Mackenna contribuyó a que se tomase la determinación de hacer volver a pasar las tropas a la orilla norte del río a fin de cubrir y defender la mayor parte de los pasos con tanta más facilidad cuanto los muchos árboles que había facilitaban el poner emboscadas con segura ventaja.

Algunos días después, Elorreaga se dejó ver en las cercanías de Yerbas Buenas con 300 hombres, y aun avanzó hasta la orilla del río a reconocer las posiciones de los patriotas acompañado de don Estanislao Varela, sargento mayor del regimiento de Rere, enviado de parlamentario por Pareja al cuartel general de Carrera. Varela era portador de un oficio en el que el general realista intimaba al patriota se rindiese, ofreciéndole grandes ventajas de parte del Virrey¹⁵⁸.

¹⁵⁷ Conversación con O'Higgins.

¹⁵⁸ Según O'Higgins, Varela se había presentado a Pareja para que le encargase de aquella misión, con el solo objeto de dar parte a Carrera de que 300 hombres del ejército realista estaban acampados

En aquel momento, Carrera se hallaba con las tropas de vanguardia, y mientras hablaba con el parlamentario le fueron a decir que los soldados de Elorreaga hacían fuego contra sus centinelas, y habían muerto ya a dos soldados del regimiento de San Fernando. Irritado de una acción tan contraria a los derechos y leyes de la guerra, resolvió tomar venganza haciendo una sorpresa por la noche al destacamento que él creía permanecería acampado en las cercanías, y al efecto, mandó formar una columna de 300 milicianos, 200 granaderos y 100 nacionales, al mando del coronel don Juan de Dios Puga, que marchó a la cabeza de esta expedición con las instrucciones necesarias.

Al llegar a Bobadilla, donde pensaba encontrar al enemigo, Puga supo que éste se había trasladado a Yervas Buenas, y resolvió ir a atacarlo allí mismo, a pesar de la distancia, que era de siete leguas. La noche estaba muy oscura y tenía guías tan fieles como prácticos que le condujeron hasta el campo enemigo, sin ser visto ni oído. A lo menos, sólo cuando sus tropas estaban ya, por decirlo así, encima, algunas centinelas gritaron alarma; pero muy tarde: los patriotas penetraron por medio de los soldados entregados al sueño con imprudente confianza, y de un golpe de mano saquearon y dispersaron sin resistencia capaz de oponerse al ímpetu de su ataque. El enemigo, aterrado, no pensó más que en salvarse; dejando armas y bagajes, que por una fea codicia los patriotas quisieron llevarse, perdiendo momentos preciosos en amontonar fusiles, despojar a los muertos y aun a los heridos, sin caer en la cuenta, sin duda, de que acababan de ahuyentar al ejército entero de Pareja, que al ser de día le haría, tal vez, pagar muy caro aquel indigno botín.

En efecto, los realistas no tardaron en serenarse y rehacerse. Sorprendidos en la oscuridad de la noche, y en profundo sueño, y viéndose despertar por un fuego muy sostenido, habían creído desde luego que tenían sobre sí a todo el ejército de Carrera, y habían huido en la mayor confusión, sufriendo una verdadera derrota; pero cuando estuvieron ciertos y seguros de que ni la más pequeña fuerza los perseguía, y de haber sido sorprendidos y batidos por un solo débil destacamento, hicieron alto, volvieron caras, se formaron y cargaron, a su vez, la banda indisciplinada, quitándole una parte de las armas y los cañones que habían antes dejado, y derrotándola completamente, a pesar de cuanto hicieron sus bizarros jefes, Bueras, Benavente, Rencoret y Ross, con palabras y con ejemplos de valentía, para que se mantuviesen firmes.

Tal fue el resultado de una acción que hubiera podido tener la más feliz influencia en la suerte del país, si hubiese sido más meditada, mejor combinada y sobre todo apoyada por una pequeña reserva. Pero una fatalidad se mezclaba en las acciones de los dos partidos. De parte y de otra había habido falta de previsión, y a consecuencia, yerros: los realistas habían creído que todo el ejército de Carrera los atacaba; los patriotas habían pensado no atacar más que un débil destacamento que no merecía la pena y que bastaba ahuyentar para apoderarse de sus armas y

en Yervas Buenas; y por aserción de Carrera mismo, le pidió a éste lo recibiese a su servicio; pero el General en Jefe tuvo por conveniente enviarlo a Santiago. (*Diario de Carrera y Conversación con O'Higgins*).

bagajes, objeto de codicia especialmente para los milicianos, que creían tener en ellos un gran provecho¹⁵⁹. La codicia quitó la victoria de las manos a los vencedores, y salvó el ejército de Pareja, que huía con espanto y terror.

En aquella circunstancia, vituperaron la determinación del General en Jefe de quitar la partida de vanguardia que estaba acampada en Bobadilla, y que, si se hubiese hallado allí, habría decidido de la suerte de la campaña, pero era ésta una crítica infundada, porque si dichas tropas hubiesen permanecido en aquella posición, es evidente que Elorreaga no se hubiera adelantado hasta las márgenes del río, y que, por su lado, la guarnición habría tenido un verdadero conocimiento del movimiento de Pareja, en cuyo caso no hubiera cometido la imprudencia de ir a atacarlo, y la acción de Yervas Buenas no hubiera tenido lugar.

También fue muy criticada la ignorancia en que estaba de la marcha del enemigo, ignorancia que en cierto modo era una acusación de descuido y de impericia militar; pero lo que había habido realmente de reprehensible en la conducta del General, había sido el dejar ir aquel destacamento sin darle el apoyo de una reserva para ayudarlo a aprovechar la victoria, si vencía, o para reforzarla, si era vencido. A la verdad, su hermano Luis había recibido orden para estar pronto a marchar con tres piezas a la primera demanda; pero hallándose acampado a la parte norte del Maule, este socorro no podía menos de llegar tarde y de ser por consiguiente infructuoso, y Luis se vio él mismo obligado a retirarse cuando quiso ir al encuentro de un enemigo que conocía la superioridad de su fuerza numérica, y animado por la exaltación que da una ventaja conseguida y el ir en seguimiento de un enemigo vencido.

De todos modos, tal cual tuvo lugar esta acción fue favorable a la causa de Chile, y produjo efectos contrarios en el espíritu de los dos ejércitos, desmoralizando a los chilotos, que bajo la palabra de Pareja habían creído ir a una conquista fácil y de poca duración, y llenando de entusiasmo a los hijos de la patria orgullosos de haber causado la derrota momentánea de un ejército entero con un simple destacamento diez veces más inferior en número. En resumen, las pérdidas fueron con corta diferencia iguales. Los liberales perdieron unos cincuenta hombres entre muertos y heridos, y ciento veinticuatro prisioneros que fueron encerrados en un buque viejo, en la bahía de Talcahuano. Los realistas tuvieron algunos más muertos, y entre ellos el fogoso intendente del ejército Juan Tomás Vergara, “hombre de conocimientos nada comunes, de una intrepidez singular, el alma de la expedición, y que se decía su primer autor”¹⁶⁰; el capitán Buenaventura Vargas, el subteniente José Pacheco y el de artillería de Valdivia José María Martínez. Pero en cuanto a prisioneros sólo perdieron treinta y uno, gracias al regimiento de caballería de Rere que acampado a cosas de una legua de Yervas Buenas pudo acudir, rescatar a muchos que estaban ya cogidos, y proteger la huida de los que no lo estaban. Entre los rescatados se halló el comandante de artillería José Berganza, prisionero

¹⁵⁹ Había un decreto por el cual se concedían 16 p. a cada soldado por cada fusil que presentase en buen estado, quitado al enemigo, y 12 por cada fusil descompuesto. Muchos milicianos presentaron hasta cinco.

¹⁶⁰ Informe del brigadier Mackenna, N° 15 del *Duende*.

de mucha importancia, recomendado por lo mismo con especial cuidado por el capitán José María Benavente al alférez José Molina, el cual se vio a su vez prisionero de los realistas.

Tan pronto como el parte de esta acción llegó al gobierno, lo mandó publicar como un verdadero triunfo debido al heroísmo de los defensores de la patria, a fin de inspirar al pueblo el amor de la gloria y de la libertad. Hubo en consecuencia *Te Deum*, regocijos públicos y una proclama la más lisonjera para la Guardia Cívica, proclama que produjo el efecto inmediato de ofertas espontáneas de servicio de muchas de sus compañías, una de las cuales fue destacada a Valparaíso para guardar aquellas costas. El plenipotenciario de Buenos Aires quiso también pagar su tributo de entusiasmo y convidó, el 2 de mayo, a un suntuoso banquete un gran número de patriotas y los miembros del gobierno. Sentado a la extremidad de la mesa en frente a Camilo Henríquez, estos dos poetas de la libertad chilena, teniendo uno y otro en la cabeza un gorro frigio, tuvieron los más preciosos arranques de agudeza y cantaron himnos que respiraban los más puros sentimientos de patriotismo. Pero mientras celebraban así una supuesta victoria que no podía tener más que un cierto valor moral, sucedía en la bahía de Valparaíso un acontecimiento de mucho mayor consecuencia.

Después que Chile había abierto sus puertos al comercio extranjero, las mares del sur se habían visto de repente surcadas por algunas naves inglesas y estadounidenses que se apresuraron a gozar de aquella ventaja, de donde resultaron graves perjuicios para el comercio de Lima. El virrey Abascal, en vista de esto, tomó medidas de rigor para coartar aquella libertad, y no pudiendo enviar buques de guerra para reprimirla, consiguió que los comerciantes, cuyos intereses se hallaban comprometidos, enviasen corsarios con el mismo objeto. Estos corsarios guardaban las costas, bloqueaban los puertos y apresaban los buques que querían entrar en ellos, poniendo al país en un compromiso tan odioso como inquietante.

Tan pronto como el General en Jefe llegó a Talca, escribió al gobierno que era necesario poner término a aquella situación armando algunos buques no sólo para ahuyentar los corsarios sino, también, para defender los puertos contra las tropas de refuerzo que probablemente Abascal no dejaría de enviar a la división de Pareja. Pero esto no era cosa hecha; el país carecía de cuanto era necesario para llevar a cabo tamaña empresa, pues no tenía ni armas, ni bastimentos, ni marinos, y con todo eso, gracias a la firme voluntad del gobierno, y a la feliz actividad de Lastra, gobernador de Valparaíso se pudieron armar los dos buques del comercio, la fragata *Perla* y el bergantín *Potrillo*, con el material de guerra que se pudo hallar en otros. A fines de abril, ya estos buques estaban en estado de ir a atacar una fragata corsaria que daba bordadas en la bahía, y el 2 de mayo, habiéndose acercado hasta la punta de ella, el Gobernador dio orden al comandante para que fuesen a atacarla.

Era justamente día de fiesta. El capellán dijo misa de esperanza y de salvación a los marinos, y después, les leyó con entusiasmo la proclama impresa por orden del gobierno en honra de ellos. Además de exaltar en ella su patriotismo, le había parecido también conveniente tentar su codicia prometiéndoles la presa que hiciesen, y diciéndoles:

“¿Sois laboriosos y deseáis aumentar vuestros intereses y con ellos los de la patria? Pues aprovechad la oportunidad de enriquecer vuestras familias, y sacarlas del triste abatimiento. Los despojos del enemigo serán vuestros... y a la gloria de salvadores de Chile, añadiréis la fortuna de vuestras casas, elevándolas de un golpe al grado de esplendor que las haga participantes de las distinciones que la sociedad dispensa al brillo exterior”¹⁶¹.

Hechos estos preparativos, levaron el áncora con grandes demostraciones de alegría a la vista de todos los habitantes de Valparaíso, que habían subido a los cerros para ver por sus propios ojos el primer ensayo de la marina chilena. Pero desgraciadamente la mayor parte de ambas tripulaciones se componía de aventureros extranjeros que daban mucha más importancia al botín que a la gloria, y que esperaban sacar mejor partido de su bajeza que de su valentía. Ya antes de embarcarse tenían la intención de ser traidores tan pronto como se vieses fuera del alcance de la artillería del fuerte de San Antonio. Un italiano, llamado Antonio Carlo Magi, fue el que tramó la conspiración y el primero que dio la señal de la rebelión en la fragata *Perla*. Los conjurados se aseguraron de los oficiales y los guardaron a vista.

El bergantín *Potrillo*, fiel a su pabellón, avanzaba contra la fragata *Warren*, a pesar de las balas que ésta le disparaba; pero viéndose abandonado por la *Perla*, que parecía querer pasar a sotavento del enemigo, viró de bordo para acercarse y fue recibido a cañonazos, que al parecer eran también la señal de la rebelión en el bergantín. Los dos buques traidores se pusieron en comunicación con el corsario, que, como acabamos de decir, era la fragata *Warren*, y el día siguiente dieron la vela para ir a ofrecer al virrey Abascal el fruto de su traición¹⁶².

La noticia de este mal suceso, que llegó a Santiago el 5, contristó profundamente al gobierno, que se acordaba de cuánto había costado armar aquellos buques, y reflexionaba en la imposibilidad de armar otros; pero quien más se contristó fue José Miguel Carrera, que mejor que nadie sabía que el país no podía quedarse sin ellos, y que la suerte de la provincia de Concepción dependía, en gran parte, de los obstáculos que pudiese oponer al arribo de socorros de Lima, y que no podían oponerse, sino era bloqueando el puerto de Talcahuano. Sin embargo, lejos de desmayar, Carrera formó la firme resolución de vengar en el Ejército Real la iniquidad de aquella traición.

El día siguiente de la acción de Yerbas Buenas, Pareja había mandado avanzar sus tropas sobre el Maule con designio de pasar este río para perseguir a los patriotas, apoderarse de Talca, pensando que más valía ir a tentar fortuna en el terreno ocupado por el enemigo que esperar en la frontera. Aquella misma noche fue a acampar al sitio llamado Queri, distante de una legua del paso Andarivel, donde fue constantemente observado por una partida de treinta dragones y húsares mandada por el teniente Francisco Molina, que Luis Carrera había enviado con el ob-

¹⁶¹ Proclama del gobierno a la valerosa marina de Chile.

¹⁶² *Gaceta del gobierno de Lima*, N° 349.

jeto de inquietarlo. Esta partida pertenecía a la vanguardia que el General en Jefe había mandado marchar por delante, siguiéndola él mismo a la cabeza del ejército, con el designio de atacar a Pareja el día siguiente; pero al momento de pasar el río, los granaderos que marchaban a la cabeza se sublevaron contra su jefe, que se vio obligado a retrogradar en el mayor desorden para ir a acampar en campo rayado. Esta insubordinación de un cuerpo, reputado con razón hasta entonces como tropa escogida del ejército, llenó de pesadumbre al General en Jefe, que no sabía a qué ni a quién atribuirlo. Sin embargo, tuvo bastante presencia de ánimo para contenerse y disimular por de pronto¹⁶³; luego mandó cubrir los diferentes pasos del río con piquetes de retén, y mandó formar la primera división para marchar e ir a tomar posición en Fuerte Viejo.

Mientras que todo esto pasaba en el Ejército Patriota, el realista cometía igualmente un acto de insubordinación ocasionado por la persuasión en que estaban las tropas que había habido traición en Yervas Buenas, y de que Juan Urrutia, su guía, era el autor de dicha traición. Los que levantaron la primera voz fueron los batallones de Valdivia y de Chiloé, y cuando Pareja dio la orden de pasar el río, estos cuerpos se negaron a ello, alegando que al alistarse en la expedición, sólo se habían obligado a someter la provincia de Concepción al dominio del Monarca, sin pensar de ningún modo ir más allá. Esta pretensión la sostuvieron con tal obstinación, que Pareja se vio obligado a suspender la marcha y a retroceder para ir a tomar cuarteles de invierno a Chillán, como se lo aconsejaban los religiosos franciscanos que le acompañaban¹⁶⁴.

Sin embargo, antes de abandonar sus posiciones, resolvió enviar segundo parlamentario a Carrera pidiéndole una entrevista para entrar en composición, si fuese posible. Para llenar este encargo, nombró al coronel José Hurtado, el cual se trasladó al cuartel general y se presentó a Carrera, que lo recibió con bondad porque le interesaba ganar tiempo para poder esperar el batallón de voluntarios que iba de Santiago a incorporarse en su ejército, y atacar enseguida al enemigo, que él sabía desmoralizado, mal pagado y descontento. En consecuencia, después de haber hablado con el parlamentario, lo despidió con esperanzas lisonjeras; pero habiendo vuelto éste con la exigencia, de parte de Pareja, de que le enviase a su hermano Luis en rehenes, esta pretensión le irritó en términos que se negó a toda composición, y se decidió a continuar la guerra. Es verdad que entretanto, se le acababa de incorporar el Batallón de Infantería de la Patria, cuya fuerza no era más que de doscientos cincuenta hombres, pero bien disciplinados, y mandados

¹⁶³ Este hecho me lo ha contado O'Higgins, bien que José Miguel Carrera no hable de él, limitándose a decir en su *Diario*: "Es necesario olvidar esta noche, porque el desorden con que se retiraron las tropas, por la mala disposición y abandono de muchos jefes, nos expuso a ser víctimas del enemigo".

¹⁶⁴ En su parte al virrey Abascal, Pareja no hablaba de esta insurrección, y le decía que no había pasado el río, "porque en el caso de crecer éste, como lo hace temer lo avanzado de la estación, me hallaré de la otra banda con el enemigo a la vista, cortada la retirada, y sin los recursos necesarios para la subsistencia del ejército, puesto a la inclemencia del tiempo". (Véase la *Gaceta del gobierno de Lima*, N° 14).

por Muñoz Bezanilla¹⁶⁵, y por otro lado, había recibido aviso de que los habitantes de Bilbao, sostenidos por Pareja, se habían sublevado contra don José Cruz Villalobos, capitán del regimiento de Lautaro, y lo habían arrestado, así como también a los veinticinco soldados que guardaban el puerto; acción tanto más indigna a los ojos de un militar de honor, cuanto había tenido lugar mientras se negociaba un tratado.

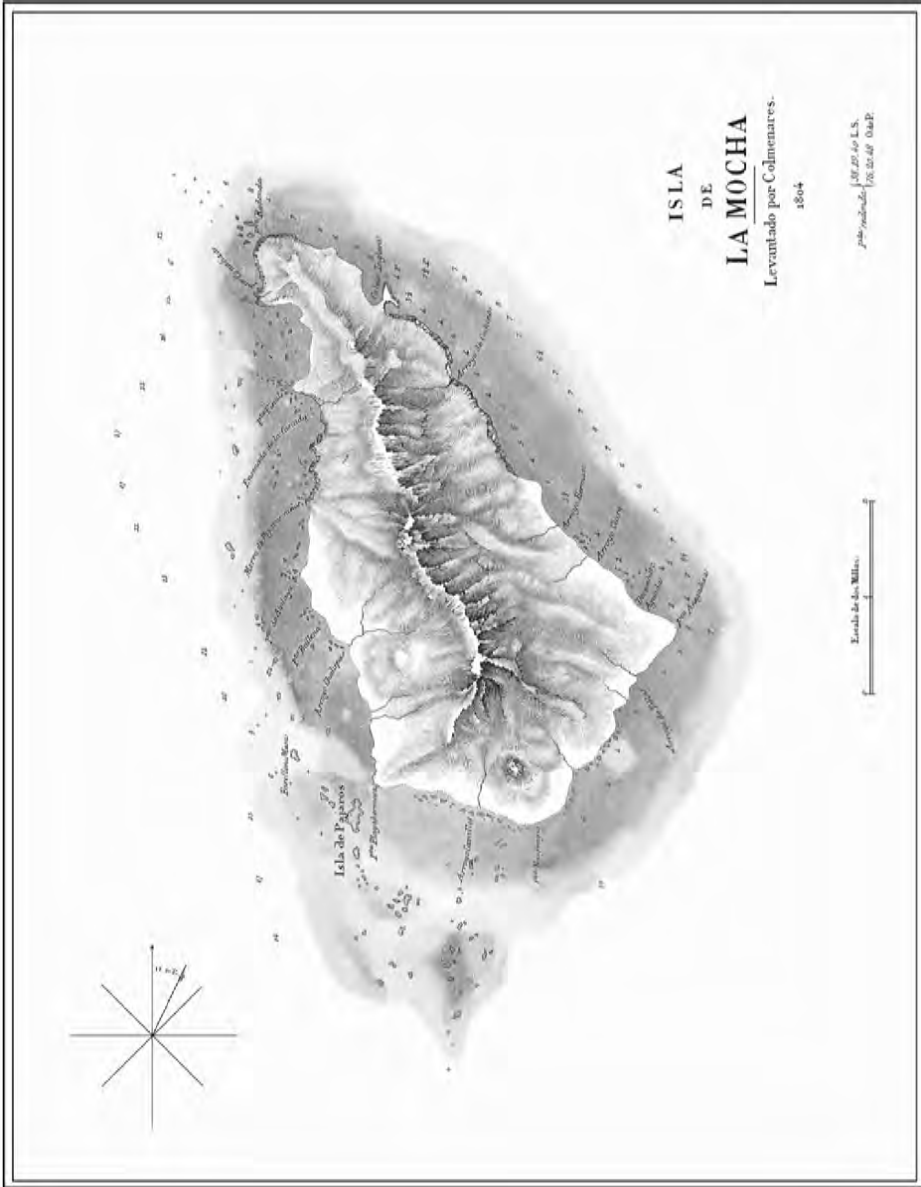
Pareja tenía un carácter muy humano y hubiera deseado mucho evitar efusión de sangre firmando una paz honrosa para los dos partidos. La dificultad que encontraban sus intenciones de conciliación, reunida con el movimiento de insubordinación que se había producido en los chilotes, le causó tanto sentimiento que su salud se alteró gravemente con una calentura maligna, inflamatoria, de las más alarmantes. Obligado a irse a Chillán a establecer allí sus cuarteles de invierno, no pudo soportar la fatiga del viaje, y tuvo que dejarse llevar en una litera por cuatro soldados, alejándose precipitadamente de las posiciones del Maule, donde había esperado llegar al fin de la conquista, firmando un tratado de paz, y dejando el mando de sus tropas a Juan Francisco Sánchez, capitán de un batallón de veteranos y acérrimo partidario de la causa real.

Tan luego como Carrera supo la insubordinación de los chilotes y su marcha para el sur, convocó un consejo de guerra en el cual se resolvió fuese perseguido con ardor el enemigo para aprovechar de su desorden. El ejército patriota había sido reorganizado; las milicias, muy disminuidas por las deserciones y por licencias dadas a hombres inútiles, fueron reunidas en dos brigadas, una mandada por O'Higgins, y otra por Luis Cruz. Las tropas regladas, aumentadas con el Batallón de Voluntarios de la Patria, al mando de don José Antonio Cotapos, que acababa de llegar de Santiago, quedaron al mando de sus hermanos. Bien que se resintiese aun de todo lo sucedido y de la pérdida de los dos buques, en los que tenían fundadas tantas esperanzas, nada se le notaba en el semblante, y con la misma serenidad de ánimo que siempre, aquella misma noche dio orden para empezar el movimiento e ir a acampar a las márgenes del Maule.

El 12 de mayo la vanguardia llegó a Longaví y el capitán Diego Benavente recibió orden de avanzar y de picar la retaguardia de los enemigos, que alcanzó al siguiente día, y a la cual tomaron dos mil vacas, veinte soldados que las escoltaban y una infinidad de milicianos atrasados.

El cuerpo del ejército seguía corriendo, por decirlo así, a la vanguardia, pero en el mayor desorden por causa de los grandes aguaceros que caían y que le incomodaban mucho, poniendo intransitables los caminos y los ríos, que crecían extraordinariamente. Al llegar al estero de Buli, la vanguardia quitó al enemigo un carro de equipajes, le hizo doscientos prisioneros y se detuvo para aguardar al ejército y reunir los dispersos. En este intervalo de tiempo, don Manuel Vega, edecán de Carrera, había sido enviado por su General a Pareja, que ocupaba San Carlos, dos

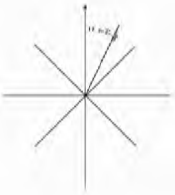
¹⁶⁵ Este batallón era el que había sido formado en 1812 con el nombre de Batallón de Pardos. Para quitar distinciones en un país que se batía por la libertad y la igualdad, el gobierno, por un decreto del 25 de abril, había sustituido a este nombre el de Batallón de Infantes de la Patria.



ISLA
DE
LA MOCHA
Levantado por Colmenares.
1804

Escala de 1:100,000

Escala de 1:100,000



leguas distante de Buli, con un oficio intimándole se rindiese a discreción, bajo la promesa de tratarlo con miramientos y de dejarle irse a Lima.

Vega fue recibido con la mayor cortesía. El intendente militar Matías de la Fuente le dio a entender que su negociación podría tener buen éxito; pero esta respuesta no satisfizo al General patriota, que, temiendo hubiese en ella algún doblez, prefirió ir a atacar los realistas con todas las fuerzas que había podido reunir por la noche.

Al día siguiente por la mañana, dio orden para formar una vanguardia compuesta de una compañía de infantería, del escuadrón de húsares, del de la guardia general y de dos cañones para marchar sobre el río Ñuble y cortar la retirada a los realistas. Esta columna llegó a San Carlos justamente cuando el enemigo acababa de evacuarlo, le siguió al alcance, y habiéndosele dado, le picó la retaguardia, que precipitó su marcha para juntarse al cuerpo del ejército. Entonces, creyendo los realistas que iban a ser atacados por todas las fuerzas patriotas, corrieron a una loma donde se atrincheraron con las carretas que llevaban los víveres y los bagajes, y pusieron en batería veinticinco piezas de campaña que tenían. A pesar del mal estado de su salud y de los agudos dolores que le afligían, Pareja tuvo la fuerza, no de montar sino de dejar que lo montasen a caballo para vigilar por sí mismo las disposiciones de la defensa, y permaneció así dos horas sostenido por sus propios ánimos; pero sintiéndose al fin desfallecer, tuvo por fuerza que dejarse transportar a la litera para esperar allí lo que decidiese la suerte de la guerra.

Contra el parecer del General en Jefe, don Juan José Carrera quiso tener la honra de dar principio al ataque, y creyeron que para arrollar tropas desmoralizadas, según decían, le bastaba presentarse, no permitió a la vanguardia, ya empeñada en una escaramuza, tuviese parte en sus glorias, y mandó a los granaderos cargar a la carrera, olvidando sus recientes fatigas, y la imposibilidad de emplear todo su brío para cargar con suficiente arrojo. Apenas se acercaron lo bastante, cuando las primeras descargas de las piezas de a 4 y de a 8 enemigas los rechazaron y desordenaron completamente, como también al Batallón de Infantes de la Patria que los seguía de cerca. La artillería de la 2ª División, mandada por el capitán Gamero y el teniente García, tuvo dos cañones desmontados. Si en aquel momento Sánchez hubiese hecho una salida de sus trincheras, es probable, y los patriotas mismos lo confesaban, que habría puesto en completa derrota al ejército de Carrera; pero no teniendo la mayor confianza en sus propias fuerzas, se mantuvo en la defensiva, con lo cual Mackenna, que mandaba la reserva formada de las milicias de O'Higgins y de unos cien voluntarios, pudo avanzar y entrar en acción.

Por otra parte O'Higgins tuvo orden para atacar la caballería enemiga, que desordenó completamente, forzándola a pasar precipitadamente el Ñuble y a huir con terror a Chillán, motivo por el cual los habitantes, atemorizados, no enviaron municiones al ejército, que carecía de ellas. Los voluntarios, conducidos por Mackenna, acudieron a apoyar la artillería maltratada por la de los enemigos, y gracias a su firmeza y a la caballería mandada por el bizarro O'Higgins, se consiguió contener al ejército de Pareja y entretenerlo hasta que a favor de la noche las tropas de Carrera pudiesen retirarse a San Carlos.

Entre los prisioneros que se hicieron hubo muchos que fueron inmolados, y esta acción indigna de militares de honor echó un feo borrón sobre todos cuantos tuvieron parte en ella.

Éstos fueron los diferentes episodios de la batalla de San Carlos, tan diversamente comentada por los dos partidos, que cantaron victoria cada uno por su lado, sin más resultado que el haber dado uno y otro pruebas de decisión y de valor. Los realistas tenían contra sí la desmoralización que sigue a una derrota, y la enfermedad sumamente grave de su General, que, como se ha dicho, postrado en su litera había abandonado enteramente el mando a Sánchez, militar experimentado sin duda, pero que no podía inspirar la misma confianza. Lo que más sostuvo el espíritu de sus tropas fue el entusiasmo religioso que les infundían los franciscanos de Chillán, que seguían al ejército. Uno de estos religiosos era el nombrado Banciella, hombre de elocuencia y de acción, el cual en un raptó de santa inspiración tomó un crucifijo en la mano, y corriendo por entre filas, exaltaba con sus gestos y con la vehemencia de sus palabras el fanatismo de aquellos buenos soldados de Chiloé, que creían batirse contra herejes, y merecer la palma del martirio, si morían, o la recompensa debida, si vivían¹⁶⁶.

La situación de los patriotas era aún mucho más crítica. En primer lugar, había poca unión en los jefes, causa grande, en general, de malos sucesos militares. En segundo, casi todos los soldados estaban mal armados, veían el fuego por primera vez y entraban en acción después de una marcha forzada de cuarenta leguas en tres días por malísimos caminos, y molestados por una continua lluvia que les aflojaba la fibra y abatía sus ánimos. Si a estas desventajas se añade la de su inferioridad numérica¹⁶⁷, y la no menor de tener que atacar un enemigo bien atrincherado y con suficiente y buena artillería para mantener a distancia, todo ataque se comprenderá sin dificultad que estos patriotas podían, en cierto modo, creerse victoriosos en hecho de haber derrotado completamente su caballería, haber dado muerte a muchos soldados y hecho un número bastante crecido de prisioneros.

Es verdad que aquel mismo día, uno y otro ejército habían hecho lo posible para ser derrotados. Los realistas, si hubiese habido más unidad entre los patriotas, y éstos si los hubiesen perseguido al pasar el río Ñuble, o, aún mejor, si en lugar de la desgraciada carga de Juan José Carrera, se hubiesen limitado a cortarles la retirada a Chillán y los hubiesen arrojado sobre Concepción, a donde nunca hubieran podido llegar sin grandes dificultades y grandes pérdidas, por los montes y ríos, crecidos por las lluvias, que tenían que atravesar, ciertamente la campaña era perdida para ellos.

Por su parte, los patriotas hubieran también podido ser batidos, si aprovechando el momento de la dispersión de los granaderos y de los infantes de la Patria,

¹⁶⁶ Conversación con Bernardo O'Higgins.

¹⁶⁷ Torrente exagera mucho el número de las tropas patriotas. Según José Miguel Carrera no pasaban de 1.109 infantes, 1.567 milicianos de a caballo y 153 artilleros con 11 cañones; así todos reunidos subían sólo a 2.829 soldados. Los realistas al contrario contaban 6.000 hombres, a saber 2.600 infantes, 3.000 milicianos montados y 100 artilleros con 22 piezas de cañón. (Véase el manifiesto de José Miguel Carrera a los pueblos de Chile).

hubiesen los realistas hecho una salida repentina y arrojada para impedirles de rehacerse, operación tanto más fácil cuanto, a pesar de los esfuerzos de José Miguel Carrera, no se consiguió sino a duras penas. Esta división una vez derrotada, las otras dos no hubieran podido oponer mucha resistencia, por hallarse compuestas, en gran parte, de milicianos sin táctica ni disciplina y que al menor choque habrían cedido el terreno prontamente. Pero el genio infernal de la anarquía no quiso que se terminase tan presto aquella lucha fratricida, y mientras dejaba alejarse a unos, por un lado, del campo de batalla, permitía que los otros continuasen su retirada a Chillán, que los realistas de allí habían puesto ya en estado de defensa.

Esta retirada se verificó por la noche mientras los patriotas limpiaban sus fusiles, o dejaban descansar sus caballos, que habían quedado casi fuera de servicio. La víspera, había habido en San Carlos una reunión de jefes, pero sin más resultado que la determinación de enviar al ser de día una partida de cuarenta hombres mandados por el teniente Francisco Javier Molina al sitio mismo donde habían acampado los realistas. Molina fue allá, y hallándolo abandonado, continuó su marcha hacia el paso del Ñuble, a donde llegó en el momento que la retaguardia lo atravesaba. Bien que se hallase con muy pocas fuerzas, la atacó con ímpetu y la obligó a huir con precipitación dejando cuatro cañones en el río, y a la orilla, algunos bagajes y municiones. Los realistas, unos corrieron a Chillán y otros, más resueltos, se hicieron fuertes en algunas casas para oponerse al paso de sus perseguidores; pero en aquel instante, le llegó a Molina un refuerzo, que era la partida del teniente García con dos cañones, y consiguió desalojarlos. Aquella misma noche, todo el ejército de Carrera vino a acampar a la proximidad del río.

CAPÍTULO XXIII

Sánchez se fortifica en Chillán. José Miguel Carrera marcha sobre Concepción, y se apodera de esta ciudad. Ataque y toma de Talcahuano. El obispo Villodres se salva en la *Bretaña*, acompañado de muchos realistas. Toma de la fragata la *Tomasa*. Importancia de esta presa. Casi toda la provincia en poder de los liberales. Sánchez continúa las fortificaciones de Chillán. José Miguel Carrera se propone el ir a atacarlo. Órdenes que da a cada división. Noticia falsa de una invasión en el norte. Preparativos a que da lugar. Salida de Carrera para Chillán.

Luego que el ejército realista llegó a Chillán, Francisco Sánchez dio disposiciones para fortificar esta ciudad, donde la naturaleza nada había hecho por su defensa; hizo levantar trincheras en la plaza Mayor y en las principales calles, abrir algunos fosos y construir dos fortines, uno al norte y el otro a tres cuadras al poniente de la plaza, determinado a pasar allí sus cuarteles de invierno y aguardar los socorros que debían llegarle de Perú para entrar de nuevo en campaña a la primavera. Viendo que se agravaba la enfermedad de Pareja, conocía que toda la responsabilidad de los sucesos de la expedición iba a recaer en lo sucesivo sobre él, y que por lo mismo era de su deber combinar con prudencia y con vigor sus operaciones contra todo evento.

Carrera, por su lado, no siendo ni menos activo ni menos hábil en sus planes de agresión, percibió de un vistazo el yerro que su adversario había cometido en dejar a descubierto el camino de Concepción, abandonando el mando de esta ciudad y la dirección de los negocios públicos a un prelado excesivamente prudente por carácter, y que no podía disponer más que de un corto número de soldados. En consecuencia, determinó ir a atacarlo para poder apoderarse enseguida del puerto de Talcahuano, justamente considerado como llave de la provincia, e impedir así que el enemigo recibiese socorros de Lima.

Mackenna se mostraba muy opuesto a este proyecto, en atención al estado precario del ejército y a la ignorancia en que todos estaban sobre las verdaderas intenciones de los habitantes. O'Higgins, por el contrario, sostuvo con todo su tesón que el designio del General en Jefe era muy plausible, y contribuyó a que se pusiese en ejecución aquel mismo día para aprovechar de la confusión que reinaba aún en el Ejército Real.

Luis Carrera, comandante de la Primera División, se puso en marcha, a la cabeza de la vanguardia, el 17, con cuatro piezas de campaña, y fue a pernoctar en

Changaral, distante cinco leguas del campamento del ejército. Al día siguiente, salió el capitán Prieto con un destacamento de cien hombres, que componían su partida y la de Molina, para ir a causar una división a los realistas de Chillán e inquietarlos por aquella parte. Algunos días después, se enviaron otros destacamentos a diferentes puntos de la provincia; el coronel Vega fue a ocupar Cauquenes; Francisco Barrio, Quirihue y Bernardo O'Higgins se dirigió sobre la isla de Laja para apoderarse de Los Ángeles. Bien que no llevase más que treinta hombres, en cuyo número se comprendían algunos oficiales, contaba sobre el influjo de sus allegados y sobre sus muchos partidarios.

Tomando todas estas medidas, José Miguel Carrera se aseguraba de una gran parte de la provincia, conservaba sus comunicaciones libres con la capital y dejaba completamente aislado al ejército de Pareja, bloqueado, por decirlo así, en Chillán, y bastante considerable para que fuese sumamente importante observar sus movimientos e impedirle de tomar, a su vez, la ofensiva. Con este objeto, quedó en el cantón de Ñuble una columna de observación compuesta de noventa voluntarios de Santiago y reclutas de Talca; de quince infantes de la Patria y de las milicias a caballo de Linares, Parral, San Carlos y Quirihue, que debían incorporarse allí¹⁶⁸, mandada por el coronel don Luis de la Cruz, cuyas órdenes terminantes eran no empeñar acción alguna, y replegarse, en caso de necesidad, sobre el coronel Juan de Dios Vial, que se hallaba en Talca prevenido para auxiliarle.

El 20 de mayo, el ejército dejó su campamento de las orillas del Itata y se puso en movimiento para Concepción. El General en Jefe se adelantó para ir a reunirse con la vanguardia, después de haber enviado a don Diego Benavente de parlamentario para persuadir a Pareja se rindiese. Fue Benavente y llenó su misión, pero sin éxito; Pareja no se rindió.

Juan Esteban Manzano, enviado igualmente de parlamentario a Concepción por su hermano Luis, lo tuvo mejor. Sobrecogido el obispo Villodres de los peligros que creía le amenazaban, corrió a refugiarse a bordo de la *Bretaña*, y dejó el gobierno de la ciudad al Cabildo que había antes de la invasión. Tan pronto como José Miguel Carrera tuvo noticia de esto despachó a su edecán don Antonio Mendiburu y el capitán Prieto con algunas tropas para que se apoderasen de la ciudad, y al día siguiente, llegó el mismo en persona a ella con gran satisfacción de los patriotas, que hasta entonces habían estado oprimidos por las medidas vigorosas del obispo gobernador. La víspera, justamente, las casas de algunos de éstos habían sido saqueadas por soldados que habían ido a buscar cuatro cañones y municiones, y muchos realistas, temiendo les sucediese lo mismo a su vez, salieron de la ciudad para ir a refugiarse a Talcahuano. Este puerto estaba en efecto bastante bien fortificado. Habiéndole rodeado por todas partes de montañas bastante escarpadas, la naturaleza misma lo había dotado de una fuerte defensa que aumentaba la resistencia de las fortificaciones militares. Desgraciadamente, había pocas tropas para poder cubrir todos los puntos atacables; pero no obstante, el Gobernador, que lo era el coronel Tejeiro, se mostró altanero en su entrevista con el plenipotenciario

¹⁶⁸ Relación de los servicios del general Cruz.

José María Benavente, que iba a imponerle una capitulación. “No capitularé, le respondió, hasta que vea las tropas sobre Talcahuano”.

La respuesta del Obispo, a quien Carrera había escrito volviere a ponerse a la cabeza del gobierno eclesiástico, fue muy humilde, pero en ella se negaba a volver a dicho gobierno, no obstante la protección especial que le prometía; porque el buen prelado, a fuerza de hablar de la crueldad de los insurgentes, estaba tan persuadido de ella, que ya se hubiera guardado bien de fiarse a la supuesta generosidad de su jefe.

El 27 de mayo, llegó la vanguardia a Concepción, y el mismo día mandó José Miguel Carrera enarbolar la bandera nacional en medio de la plaza, y hubo una misa en acción de gracias, celebrada por el digno patriota don Salvador Andrade. Lo restante del día se empleó en preparativos de guerra, pues el General estaba resuelto a ir a atacar Talcahuano, sin siquiera esperar la llegada de la división que mandaba su hermano Juan José. Las tropas de que podía disponer eran la vanguardia, y muchos desertores del Partido Real, que se le habían pasado, ya fuese por patriotismo, o por el atractivo del premio que les había prometido.

El 28, fue el General a reconocer y estudiar el terreno que pensaba ocupar, en compañía de su amigo Poinsett. En San Vicente, un sargento de artillería. Tadeo Villagrán, prisionero de guerra fugado de los pontones, le enteró perfectamente de la situación de los realistas en Talcahuano, con lo cual resolvió ponerse en marcha aquella misma tarde con sus setecientos infantes, trescientos caballos y cuatro piezas. Al día siguiente, renovó su intimación, y mientras tanto, tomaba disposiciones militares, y disponía partidas de reconocimiento a las órdenes de los dos bizarros oficiales, el capitán Prieto y el teniente don Ramón Freire, que luego después fueron la honra y la gloria de su país.

El nuevo parlamentario tuvo tan poco o tan mal éxito como el primero, o, lo que es lo mismo, le pidieron el término de cuatro horas para decidir en consejo de guerra lo que se había de hacer, lo cual no era más que un pretexto para ganar tiempo. En vista de esto, el General en Jefe

“mandó que las guerrillas cargasen y que por el camino de la izquierda subiesen a tomar las alturas, que estaban defendidas por 150 hombres y un cañón. El teniente coronel Muñoz Bezanilla con 200 fusileros, el capitán Gamero con una carronada, y el alférez don Pedro Nolasco Vidal con un cañón de a 4. En poco tiempo obligaron a retirarse al enemigo, que se replegó a la plaza. Doscientos de nuestros fusileros ocuparon la altura de la derecha, y se colocó en ella un cañón mandado por el capitán Morla. La guardia nacional y la caballería formaban el cuerpo de reserva. El enemigo hacía un fuego vivísimo y estaba sostenido por las lanchas cañoneras. Nuestra artillería correspondía con ventaja. El capitán Morla echó a pique un bote armado, y el capitán Gamero hizo bastante estrago en una de las lanchas. Después de cuatro horas de fuego, mandé atacar el pueblo, en el que estaba atrincherado el enemigo con bastante artillería y fue tomado en el momento por nuestros bravos.

Se distinguió en el ataque el padre fray Manuel Benavides con algunos granaderos que, en aquel momento, capitaneaba. Se colgó de la bandera real, y no viéndose libres aún del peligro, emplearon un rato en despedazarla. Siguieron sobre el

enemigo, que ya se embarcaba en botes; pero se metieron los nuestros al mar con el agua al pescuezo y sacaron a todos los que huían, menos los botes, que pudieron escapar con varios oficiales y jefes de la plaza, que se embarcaron a bordo de la *Breña*¹⁶⁹.

La toma de Talcahuano fue considerada en aquel momento como un hecho de armas de la mayor importancia, porque aislaba al enemigo completamente de la patria, y la reducía a sus propias fuerzas. José Miguel Carrera lo celebró con mucho júbilo en medio de sus valientes soldados, que acababan de darle nuevas pruebas de su arrojo; e impelido, sin reflexión, por un movimiento de loca satisfacción, les concedió, el saqueo de Talcahuano, durante muchas horas. Bien que la irritación de las tropas sólo fuese contra los realistas, promotores de la guerra, y que despreciasen el botín, repartiéndole, a medida que lo cogían, entre los indigentes del pueblo; no obstante, no se puede negar que esta acción de Carrera fue indigna de un jefe militar, muy perjudicial a los resultados que acababa de obtener y de la que, tarde o temprano, no podrían menos de servirse sus enemigos como de un arma de vituperio y de reprobación contra él y contra sus fines.

Entre las personas que habían conseguido salvarse a bordo de la *Breña*, se hallaban el mayor general don Ignacio Justis, Monreal, todos los oficiales y el traidor Jiménez Navia, que era el que más hubiera deseado Carrera coger. Para eso, mandó preparar dos lanchas cañoneras, que al mando del teniente don Nicolás García, salieron para atacar la *Breña*, contrariada por un viento norte sumamente recio, que la obligó a permanecer anclada durante muchos días en la isla Quiriquina, donde habría sufrido mucho de los tiros de la artillería del fuerte, si el enemigo no hubiese tenido la buena inspiración de inutilizar los cañones antes de abandonarlos. Por consiguiente, había alguna esperanza de éxito para las lanchas cañoneras; pero desgraciadamente, el mismo inconveniente que experimentaba la *Breña*, las impedía también de adelantar y acercarse; de suerte que cuando saltó el viento favorable, el buque tuvo tiempo para salvarse.

A pesar de este mal éxito, los resultados de esta acción eran sumamente ventajosos para los patriotas. Además de haber ocupado Talcahuano, se habían tomado tres bastimentos enemigos, se habían libertado de los pontones sesenta granaderos, treinta húsares y otros tantos milicianos que habían caído prisioneros en la acción de Yerbas Buenas, y que tuvieron la felicidad de incorporarse bajo sus banderas. Los almacenes se hallaron bien provistos de vestuario, armas víveres y salpetre. El enemigo tuvo muchos muertos, y se le cogieron ciento cincuenta prisioneros, contando siete oficiales, los cuales fueron todos tratados con la más generosa humanidad, sin que ningún individuo del ejército se propasase a hacerles el menor insulto.

Luego que la *Breña* dio la vela, José Miguel Carrera resolvió contramarchar con sus tropas a Concepción para combinar allí un plan de ataque contra Chillán. Dejó al teniente coronel don Santiago Muñoz Bezanilla de gobernador en Talca-

¹⁶⁹ *Diario* de José Miguel Carrera.

huano con orden de disponer que la bandera española tremolase en los diferentes puntos de la costa, a fin de atraer los buques peruanos. Así lo ejecutó dicho Gobernador, y con esta treta consiguió, al cabo de siete días, apresarse el bastimento la *Tomasa*, que venía ricamente cargado de toda especie de socorros para el ejército invasor de Chile. El capitán de dicho bastimento, aunque con mucho recelo, había tenido que decidirse a enviar en un bote al puertecito de Tumbe al oficial de marina don Felipe Villavicencio, a informarse del estado de la guerra, pero en aquel momento, ya por orden del gobernador de Talcahuano se habían puesto por toda la costa emboscadas para interceptar a dicho buque toda comunicación con tierra; por manera que apenas el citado oficial saltó en ella, fue cogido con todos los marineros que llevaba. Al día siguiente, la fragata tuvo la misma suerte, porque hallándose fondeada en el puerto mismo, fue sorprendida por la noche por dos lanchas cañoneras mandadas, una por don Nicolás García y la otra por Ramón Freire, y que la forzaron a rendirse sin resistencia.

En esta fragata iban treinta y siete oficiales destinados a los cuadros de algunos cuerpos de nueva creación, y entre ellos había sujetos de mucho mérito, tales como el brigadier Rábago, el coronel Olaguer Feliú, el hábil oficial de marina real Colmenares, el cirujano Grajales y otros. En su cargamento se contaban cincuenta mil pesos de mercancías, una cantidad igual en efectivo; armas, municiones y otros pertrechos, con todo lo cual el Ejército Real se habría puesto sobre un pie respetable y en estado de tomar la ofensiva; pero la Providencia dispuso las cosas de otro modo para la salvación de la república, haciéndose el regulador de los acontecimientos y poniéndoles en armonía con las necesidades de la época para que los patriotas pudiesen aprovecharse de ellos.

Mientras que por un lado se conseguían todas estas ventajas, O'Higgins, que después de la acción de San Carlos, se había dirigido con algunos pocos soldados a la frontera para animar al pueblo, y atraerlo a su partido, había conseguido apoderarse del fuerte de Los Ángeles, haciendo prisionero a su comandante, que era el coronel don Fermín Zorondo, y a ciento diez soldados, entre dragones y artilleros, que lo ocupaban. Enseguida, ayudado de los milicianos, que sus amigos le habían llevado, y de algunos veteranos que, por patriotismo o por alcanzar el premio prometido, habían desertado del ejército español, empezó a recorrer toda la frontera, atacando todos los fuertes, que sucesivamente tomó, exceptuando sólo los de Talcamávida y Santa Juana.

En consecuencia, ya José Miguel Carrera se hallaba dueño de casi toda la provincia invadida. En menos de dos meses de tiempo, su ojeada militar, su tino y su actividad consiguieron arrinconar al enemigo en un solo punto, quitándole todas las posiciones que ocupaba, y poniéndolo en un aislamiento tal que ya no podía procurarse víveres sino por la fuerza. En semejante estado de cosas, un jefe circunspecto y maduro no podía ni debía obstinarse contra la suerte de la guerra, y por el interés mismo de la causa que defendía, lo que tenía que hacer era someterse o resignarse a lo que las circunstancias pedían, procurando sacar de ellas el mejor partido posible. Con las ideas que ya habían echado raíces en el país, y con los progresos de aquel partido, ya no era posible dudar del triunfo de la revolución, y

todo cuanto se podía pretender y esperar era reconquistar el país diplomáticamente y comercialmente.

Pero había poca posibilidad de conseguirlo en aquel instante en que el gobierno español ya no se hallaba representado más que por un jefe militar, y como ya se sabe, los jefes militares en general, no conocen más que su espada, y las instrucciones que tienen, de las cuales son esclavos, y las más veces sin poder hacer más que sustituir la fuerza al derecho, la terquedad a la razón. Sobre todo, Pareja, que, por la naturaleza de su misión, hubiera podido usar de esta política, acababa de fallecer, y Sánchez había recibido demasiada poca educación para entenderla. Por eso, dejándose llevar de su propio interés y de su ambición, procuró conservar o ganar por acciones el grado eminente que la casualidad le acababa de dar.

La ciudad de Chillán, situada en un llano, era poco propia a servir de retirada, porque no tenía defensa alguna natural, y, en este particular, Sánchez se mostró poco hábil en el hecho de preferir esta ciudad a la de Talcahuano, la cual reunía a la facilidad de la defensa la gran ventaja de hacerlo dueño del mar; pero por otra parte no se puede disimular que suplió a la falta de talento desplegando una actividad extraordinaria. Bien que fuese naturalmente muy poco ágil, se le veía continuamente en las obras de fortificación animando a los trabajadores, alentándolos y causando temor a los descontentos con el aspecto imponente que la naturaleza le había dado.

Los soldados que le quedaban no eran muchos, y no pocos estaban muy enfermos; pero gracias a algunos realistas, y principalmente a los hermanos de la orden de San Francisco, había conseguido reunir a su pequeña fuerza una bastante grande de milicianos, que oficiales de instrucción y de habilidad estaban encargados de ejercitar y disciplinar. Estos soldados le eran sumamente útiles, porque eran prácticos conocedores de todas las localidades del país, conocían perfectamente todos sus desfiladeros y accidentes de terreno, y podían mandar partidas de guerrilla tanto para inquietar la división acampada a las márgenes del Itata como para abastecer de las muchas provisiones que un largo sitio iba a hacer muy necesarias, pues había tenido conocimiento por sus espías de las intenciones de Carrera, y ya sabía los preparativos que estaba haciendo para ir a atacarlo.

Sin embargo, la estación era poco favorable para este ataque, en atención a que estábamos en el corazón del invierno, época de eternas lluvias, en la cual el mal estado de los caminos y las crecidas de los ríos hacen a unos y a otros sino enteramente intransitables, a lo menos, de difícil y fatigoso tránsito. Por eso, muchos jefes opinaban se aguardase por el buen tiempo para empezar esta nueva campaña, fundándose especialmente en que el sitio que iban a poner a Chillán exigía mucha artillería; pero Carrera calculaba de otra manera, y pensaba que la toma de Concepción, y su éxito en Talcahuano, debían haber desmoralizado al ejército enemigo, de cuyo temor sería muy útil aprovechar para darle una batalla decisiva y exterminarlo. Tal era la confianza que tenía en el mal estado de los soldados de Sánchez, que ya empezaban a abandonar sus banderas, y la que le daba el prestigio de la conversión de la ofensiva, que en todos sus partes al gobierno, no pedía más que ocho días para acabar con el ejército enemigo.

El plan que tenía que seguir era muy sencillo: hallándose el enemigo reunido y encerrado en una sola ciudad, sólo se trataba de sitiario en ella, y con este fin, escribió a los diferentes cuerpos dispersos por la provincia se reuniesen en las inmediaciones de Chillán.

O'Higgins recibió orden de reunirse sobre el Diguillín con los mil cuatrocientos soldados de milicias que había podido reunir, y algunos granaderos y artilleros que había sabido ganar, o que Carrera le había enviado bajo el mando de Campino.

El coronel Vial, acuartelado en Talca, fue encargado de ir a reforzar la columna de observación del comandante Cruz, cuya posición se hacía cada día más crítica.

Luis Carrera, acompañado del cónsul Poinsett, partió el 22 de junio para la división del centro, precedido de la artillería de campaña y de los dos cañones de a 24, que habían salido la antevíspera, y cuyo transporte había de costar tanto trabajo y tantas dificultades a su conductor, que era el bizarro teniente Bernardo Barrueta. Enseguida, volviendo sus previsiones hacia Concepción, que consideraba, con mucha razón, con mucha importancia, mandó que fuesen sacados de allí los reos de Estado y confinados en la Florida, bajo la salvaguardia del subdelegado José María Victoriano; instaló una junta provisional para vigilar la seguridad de la provincia, y las necesidades del ejército, y el 23 de junio, salía de Concepción y se dirigía sobre Talca para acelerar la salida de Vial, cuya tardanza empezaba a parecerle sospechosa.

Se ha supuesto que el gobierno no veía de buen ojo esta campaña y que la había desaprobado; pero esto no es exacto, pues, por los documentos que tenemos a la vista, vemos, al contrario, que la quería y la apresuraba, porque ya le tardaba el que se concluyese aquella guerra entre hermanos para entregarse con reposo y tranquilidad a las mejoras que el país reclamaba. Además, sucedió en medio de todo esto un acontecimiento que parecía propio a activar la expulsión pronta y completa de los realistas de la provincia de Concepción.

Al tiempo de la toma de Talcahuano, la mayor parte de los realistas había podido embarcarse en buques que se hallaban anclados en la bahía, y gracias al viento, que se les hizo favorable, muchos de estos buques pudieron largarse y ponerse fuera de alcance. Entre ellos se encontraba la *Breña*, fragata armada en corso y mandada por Pargas, la cual, luego que tuvo la mayor parte de los jefes a su bordo, tomó la dirección de Lima, y al pasar delante del *Huasco*, tuvieron la presencia de ánimo de esparcir allí el ruido de la próxima llegada de una poderosa expedición realista, esperando atraer, por este medio, la atención del gobierno sobre aquel punto, distraer, tal vez, una parte de las tropas de su verdadero objeto, y dar así a Sánchez lugar para hacer frente al enemigo y fortificarse. Habiendo tomado esta resolución, se dirigieron en derechura al citado puerto, y desde allí, el comandante, que tomó el nombre de Mariano Osorio, jefe de la tercera división expedicionaria, pasó un oficio al subdelegado de Vallenar, don Manuel Hodar, anunciándole la supuesta expedición, compuesta de tres mil hombres, a las órdenes de Joaquín de la Pezuela; y previniéndole que, antes de pasar a Valparaíso, debía venir a apoderar-

se de la provincia; que en consecuencia, reuniese a los milicianos y tuviese prontos para el día siguiente doscientos caballos, trescientas mulas y los víveres necesarios para ochocientos hombres, todo lo cual le sería exactamente pagado.

Bien que la falsedad de esta noticia no hubiese tardado en ser sabida, con todo, tuvo tiempo para alarmar bastante al gobierno. Don Tomás O'Higgins, que mandaba las fuerzas del norte, se había visto tan alarmado por el subdelegado del Huasco, que no pudo menos de escribir en el mismo sentido al Poder Ejecutivo; y Gregorio Córdovez, que se encargó de llevar esta comunicación, estaba demasiado penetrado del peligro que corría la provincia, para no exagerarla involuntariamente.

En aquel estado de cosas, el gobierno debió tomar las medidas más eficaces y las más prontas, y procuró, en primer lugar, tranquilizar al pueblo con palabras propias a inspirar confianza, y a serenar los ánimos; y enseguida, ofició a todos los comandantes de la milicia del norte y del centro para que estuviesen prontos a ir a reunirse en los dos cuerpos de ejército, uno, mandado por don Tomás O'Higgins, gobernador de Coquimbo, y el otro a las órdenes de Lastra, gobernador de Valparaíso. A este último el gobierno le envió, además, una partida de trescientos hombres, que estaban de vuelta de Buenos Aires, y que salieron conducidos por su denodado comandante y gran patriota Andrés de Alcázar.

José Miguel Carrera acababa de dejar Concepción cuando recibió el oficio del gobierno, que le anunciaba aquella repentina invasión, y le inducía a que atacase a Sánchez lo más pronto posible para arrojarlo de la provincia, donde su presencia era muy peligrosa. Bien que Carrera no diese mucho crédito a la noticia, como él mismo lo decía en su respuesta, no obstante, se dispuso a obrar aun con más actividad, porque realmente tales eran sus planes.

De Quirihue, donde se hallaba, pasó órdenes a los diferentes cuerpos para que cada uno obrase en el sentido de sus combinaciones. A Cruz le escribía se mantuviese vigilante, prometiéndole que dentro de pocos días sería reforzado; al coronel Merino, que era de Quirihue mismo, le mandó preparase cuanto pudiese necesitar la división de Talca; y enseguida, escribió al gobierno indicándole las nuevas medidas que debía de tomar, y asegurándole de nuevo que pocos días bastarían para aniquilar completamente los restos del ejército realista; ilusión lamentable que tal vez contribuyó al mal éxito de aquella campaña, y, enseguida, a la pérdida del país.

CAPÍTULO XXIV

Sánchez continúa sus trincheras. Socorros que recibe de los misioneros franciscanos. Una parte de sus tropas es dispersada en guerrillas. La de Urrejola hace prisionero al coronel Cruz y a su columna. José Miguel Carrera va a incorporar en el campamento de Chillán las tropas acantonadas en Talca. Disposiciones que da para el ataque. Envía a Calderón de parlamentario a Sánchez, pero sin resultado. Principio del ataque. El Rollo cortado por el medio, del primer cañonazo. Sucesos diversos de los dos partidos en ataque y defensa. Incendio de las municiones de la batería patriota, y desgracias que ocasiona. Presa de municiones que iban de Concepción. Viendo que no obtenía resultado alguno, envía un parlamentario a Sánchez.

Sánchez continuaba con celo y tesón las obras de fortificación, y ya había establecido algunas baterías. Se abrieron algunos fosos, y se armaron los fortines de modo que pudiesen resistir largo tiempo y con vigor. El de San Bartolomé, especialmente, había empeñado toda su atención, y don José Berganza, que era un hábil oficial de artillería, había dirigido la construcción de dicho fortín. Pero en medio de todo esto, no perdía de vista al ejército enemigo, y había enviado espías por todos lados que le tenían siempre sobre aviso de todos los movimientos de Carrera, y le informaron del proyecto que tenía de concentrar sus tropas en las cercanías de Chillán.

Bien que no pudiese impedirle de operar dicha concentración, podía a lo menos seguir y cansar a los diferentes destacamentos, obligándolos a mantenerse siempre alerta, e impidiéndoles, tal vez, de fortificar sus posiciones. Para ejecutar este proyecto se le ofrecieron sujetos capaces y prácticos en el país, a los cuales confió el mando de guerrillas. Con todo, la fidelidad de sus tropas había empezado a decaer, minada ya por la política de los jefes patrióticos, sobre todo por la de O'Higgins; salvo los chilotes y las tropas de Valdivia, que confundiendo siempre el Rey con la religión, se mantenían sumisos y obedientes, las demás, ya por temor ya por codicia, desertaban sus banderas y se pasaban al ejército de los patriotas. Esta desertión se extendía ya a los oficiales, circunstancia que empezaba a causar zozobras a Sánchez, y habría desmoralizado completamente a todas sus tropas, si eminentes realistas no hubiesen hecho todos sus esfuerzos para mantenerlas en su deber.

Entre estos realistas se distinguieron por su celo y perseverancia los franciscanos, los cuales, animados de sentimientos de la más acendrada lealtad al Rey,

y temiendo que aquella revolución fuese contraria a la religión y ocasionase el olvido de todos los deberes que impone, se habían presentado desde el principio como auxiliares los más seguros y generosos, tomando todos una parte activa en el bienestar del ejército.

“El padre presidente fray Antonio Banciella pertenecía al ejército en calidad de capellán, suministrando de paso los conocimientos más útiles respecto del terreno, y de los sujetos adictos o contrarios a la justa causa”¹⁷⁰. Otros servían en las enfermerías, o en otros ramos administrativos, y pusieron sus caballos, trigos, bueyes y carneros a la disposición del comisario de víveres, que se aprovechó mucho de ellos, y aun destruyeron muchos libros y manuscritos, unos de la comunidad y otros particulares de los padres, para fabricar cartuchos. Su convento, asilo de Santa Paz, fue fortificado y convertido en cárcel de Estado, donde los reos, la guardia de éstos, que constaba de cuarenta hombres con sus oficiales, y muchas personas de las provincias, que habían venido a refugiarse en él, vivían a expensas de la comunidad. Una casa grande que tenía ésta en Los Guindos, con sus dependencias y capilla, que podía servir de punto de reunión y de defensa a los patriotas, mandaron los religiosos demolerla e incendiarla, y en razón de la penuria y escasez de dinero, que ocasionaba la interrupción de comunicación con Perú, por la pérdida de Talcahuano, mandó el padre provincial a fray Gregorio Eguluz pasase inmediatamente a Valdivia, atravesando por medio de los indios araucanos, ya conmovidos por las facciones enemigas. En fin, “exhortaban pública y privadamente con energía apostólica al valor y a la constancia las tropas, suministrando asimismo a los respectivos jefes aquellos conocimientos que consideraban útiles y necesarios a la subsistencia, y prosecución del feliz éxito de la ardua empresa que teníamos entre manos”¹⁷¹.

Así daban estos celosos misioneros patentes muestras de su doble influjo, a saber, el que nacía del amor extremado que tenían a su Rey, y el que les daba su misión, esencialmente evangélica, teniendo constantemente alerta, sin pararse en fatigas ni en peligros, la conciencia de los soldados y de los habitantes del campo, y no se pasaba, por decirlo así, día alguno sin que hiciesen funciones religiosas para dar más prestigio a sus palabras. Así sucedía que los milicianos, animados de un cristiano entusiasmo, y excitados, además, por el ardor de algunos valientes oficiales, estaban siempre dispuestos a batirse, y se formaban en guerrillas mandadas por comandantes bizarros, tales como los dos Elorreaga, Urrejola, Quintanilla, Lantáño, Chávez y otros, cuya audacia rayaba en temeridad, y fatigaban continuamente con ataques parciales las diferentes divisiones de los patriotas, que se defendían con no menos vigor y tesón.

Después de la pérdida de Talcahuano, estos oficiales, enteramente aislados, sin poder recibir especie alguna de socorro, se hallaban en una posición enteramente

¹⁷⁰ *Relación sobre la conducta de los religiosos del colegio de Chillán*, por el reverendo padre fray Juan Ramón Guardián. Manuscrito.

¹⁷¹ *Relación sobre la conducta de los religiosos del colegio de Chillán*, por el reverendo padre fray Juan Ramón Guardián. Manuscrito.

particular, y su misión mudó totalmente de aspecto, pues obligados a hallar todos sus recursos por sí mismos y en ellos mismos, tenían que obrar más bien como cabezas de partido que como jefes militares, usando alternativamente y sin descanso, de audacia y de astucia para atraerse partidarios y defenderse contra tantos enemigos. Tal era el carácter que parecía deber tomar la resistencia, y que la lentitud del ataque hacía necesario.

Sin duda, todas las salidas que hacían aquellos infatigables milicianos no obtenían siempre felices resultados, y aun hubo una, la de San Javier, que fue completamente destruida por el bizarro teniente Molina, enviado por O'Higgins contra ella; pero otras, en cambio, les surtieron muy favorables, y entre éstas se puede citar la que fue dirigida contra la división de Cruz.

Este Coronel, que, como lo hemos visto ya, había quedado en San Carlos con algunos pocos soldados para observar los movimientos de Sánchez, se hallaba en la imposibilidad de hacer frente al más indiferente ataque, en primer lugar, por tener poca fuerza numérica, compuesta casi toda de milicianos; y en segundo, por las deserciones que experimentaba, principalmente de parte de los voluntarios. Más de una vez había dado parte de su posición embarazosa a Carrera, que al fin, había dado orden a Vial para que fuese inmediatamente a socorrerle con las tropas acantonadas en Talca; pero a pesar de esta orden, Vial se quedó, quizá con intención, en Talca, y dio lugar al infatigable Urrejola a marchar sobre San Carlos con doscientos hombres, que mandaba el valiente Elorreaga. Esta expedición no tuvo mucho éxito, y sólo sirvió a incomodar la división de Cruz, que se retiró más al norte, y a hacerle algunos prisioneros que fueron llevados como trofeo a Chillán; porque el fin principal de los realistas era entusiasmar las tropas y el populacho con grandes demostraciones en favor de cuantos hubiesen participado de la más pequeña escaramuza, a fin de que conociesen las ventajas que habían de sacar de la victoria.

Urrejola gustaba demasiado de batirse para darse por satisfecho con tan pequeño resultado, y desistirse de una empresa de la cual algunos chilenos, por una tendencia criminal a ser desleales, le aseguraban el buen éxito. Resuelto a volver segunda vez a atacar aquella pequeña división, incorporó en su destacamento las guerrillas de Quintanilla y de Chávez, y pocos días después de haber llegado, ya se volvía a poner en marcha con dirección al sur para mejor engañar a las espías del enemigo. Aquella marcha, que duró toda la noche, fue tan penosa como cansada, por la oscuridad y la lluvia continua que hizo crecer mucho al Ñuble, cuyo paso, necesariamente, había de ser muy difícil y peligroso. Sin embargo, ningún obstáculo pudo enfriar el ardor de aquellos chilotes, armados por el fanatismo contra sus propios hermanos, y soportaron sin quejarse la fatiga de la expedición, atravesaron el río, muy crecido, como acabamos de decir, y llegaron antes de ser de día, a la hacienda de Juan Manuel Arriagada, donde Cruz había formado sus cantones. Por aviso que Urrejola había tenido de personas que conocían sus posiciones, sabía que la división enemiga se hallaba alojada en dos puntos poco lejanos uno de otro, motivo por el cual, también él dividió su columna en dos, reservándose la más fuerte y enviando la otra, al mando del bizarro Quintanilla, a atacar al coro-

nel Cruz, que la traición acababa de entregar, por decirlo así, a su enemigo; pues completamente sorprendido, le fue imposible hacer mucha resistencia, y tuvo al fin que rendirse.

Pero no sucedió lo mismo con el capitán Victoriano, encargado de la defensa del otro punto. Este capitán, habiéndose despertado al ruido que hacían los caballos, tuvo lugar bastante para formar los pocos soldados que tenía, los situó ventajosamente y recibió con un buen fuego graneado a la compañía que le iba encima, mandada por Chávez. Los fuegos fueron tan bien dirigidos, que ocho hombres de Chávez, contando a Chávez mismo, cayeron en el primer ataque, y los demás se replegaron sobre Elorreaga, que sin titubear, llevó con nuevo ardor sus soldados a la carga. Pero en primer lugar, los puso a cubierto de las balas con el muro del recinto, penetraron luego en lo interior, y una vez se hallaron debajo del corredor exterior, pudieron escalar la casa y ponerle fuego.

En vista de esto, el valiente Victoriano no pudo defenderse y hubo de rendirse, bien que obteniendo una honrosa capitulación, la cual fue posteriormente violada. Así, de toda la división de Cruz no hubo más que algunos heridos, y treinta hombres con su comandante José Ignacio Quezada, que se hallaban en las cercanías, fueron salvados; todos los demás fueron llevados como trofeo a Chillán, sufriendo en el tránsito las incomodidades de la lluvia continua, malos caminos y rigores del invierno.

Por su parte, los realistas tuvieron que padecer estas mismas incomodidades, pero hallaron la recompensa de ellas, y muy luego las olvidaron con el brillante recibimiento que se les hizo. Durante todo el día, se tocaron las campanas a vuelo, hubo iluminación por la noche, y mientras que toda la ciudad rebosaba de júbilo y alegría, los grandes patriotas Cruz, Victoriano y sus compañeros gemían en un calabozo.

José Miguel Carrera acababa de salir de Talca para dirigirse con las tropas de Vial al campamento general, cuando recibió esta fatal nueva. Su primer pensamiento, entonces, fue enviar a su edecán Juan Felipe Cárdenas a asegurarse de la verdad del hecho, que, desgraciadamente, era demasiado cierto. Habiendo llegado a Quella, halló allí a los doce heridos que los realistas no habían querido llevarse, y en Huillipatagua, a los treinta hombres de Quezada, que habían podido ir a refugiarse a Quirihue.

Bien que sintiese amargamente este acontecimiento, lo disimuló, achacándolo a la tardanza de Vial en ir al socorro de aquella división, y se quejó al gobierno, sin acritud, aunque lo creyese cómplice de dicha tardanza, pidiéndole con instancia las tropas recientemente llegadas de Buenos Aires. También se quejó por la misma vía, de la indiferencia con que se dejaba sin castigo a los desertores que se iban a Santiago. En cuanto a él, temiendo con razón que esta relajación de la disciplina fuese un fatal ejemplo para el ejército, había castigado con rigor a algunos desertores, y aun había cumplido con la ley mandando a fusilar a un soldado de la división de Cruz, que había fomentado un motín contra los oficiales, medida ciertamente de sentir, pero necesaria en un momento en que se debía emplear todo rigor de la disciplina para mantener la moral del ejército, numéricamente débil, y habituar al soldado a una obediencia ciega en todos los asuntos y actos del servicio.

Durante su marcha, Carrera continuó dando sus órdenes al campamento de Chillán, pidiendo que se hiciesen reconocimientos con el mayor cuidado, y que se levantase un plano de las cercanías, que no podría menos de ser de la mayor utilidad para los campamentos ulteriores y las combinaciones estratégicas. Al mismo tiempo, destacaba en diversas direcciones partidas de descubierta para la seguridad de la marcha; pues a medida que se acercaba del centro de la acción, era su principal deber, como jefe, el obrar con vigilancia y prudencia para no caer en una de las emboscadas que la actividad y la astucia de los enemigos hacían probables. Todo esto, reunido a la dificultad que ofrecía el transporte de la artillería, por caminos más que difíciles y casi impracticables, había retardado considerablemente su marcha, en términos que la división empleó quince días en ir de Talca a las orillas del Ñuble. El día siguiente, 12 de junio, operó su junción con el grueso del ejército, que estaba acampado sobre el pequeño cerro de Cayanco, a una legua de la plaza, y con gran satisfacción de las tropas y de los oficiales.

José Miguel Carrera había ido por delante protegido por el capitán Prieto, que había marchado a su encuentro con una partida de dragones, y por una división de O'Higgins, acampada al norte de la ciudad con el objeto de observar los movimientos del enemigo, y cubrir en caso necesario, la división que se avanzaba.

Hallándose, en fin, todas las tropas reunidas, el General en Jefe ya no pensó más que en ejecutar su plan de ataque. Así como lo hemos dicho, en su tránsito de Talca a Chillán, había pedido un plano del terreno que debía ocupar el ejército, y Mackenna se había apresurado a enviárselo; pero ya sea que la mala inteligencia que existía entre ellos le diese poca confianza en su habilidad, o que dicho plan fuese realmente defectuoso, Carrera no quiso servirse de él y prefirió ir a observar por sí mismo, en compañía de su amigo Poinsett, el cual, más que Mackenna, ejercía para el General funciones de ingeniero y aun de cuartel maestre.

Juntos, pues, recorrieron todas las cercanías de la plaza, y aun se acercaron algunas veces a una pequeña distancia de ella para poder observar la posición del enemigo, y determinar en qué puntos se podrían construir algunas baterías a distancia de metralla, a fin de que protegiesen su punto de ataque.

Las piezas que había enviado desde Talca acababan de llegar; pero los dos cañones de a 24, que habían salido, había ya más de un mes de Talcahuano, aún estaban en camino, y era preciso demasiada premura en venir a las manos para que fuese posible esperar que llegasen. Por lo mismo, a consecuencia de un consejo de guerra, donde se combinó y arregló el movimiento, el General mandó levantar las tiendas del campo de Callanco y trasladarlas a un cuarto de legua corto de la ciudad, al lado del molino de González, situado al borde del esterillo de Maipú, entre dos pantanos, y no lejos de una lomilla a donde Mackenna fue a construir la primera batería por orden del General en Jefe.

Esta posición, por ventajosa que fuese para acampar, era sumamente desagradable para las tropas que se hallaban como en una especie de cenagal, tanto más insoportable cuanto se estaba en el rigor del invierno. Las lluvias casi incesantes habían desleído el terreno por donde ya las carretas casi no podían adelantar un paso, circunstancia que multiplicaba las fatigas del servicio, y acababa de debilitar

el cuerpo del soldado y las pocas fuerzas que le quedaban. Sin embargo, su moral se mantenía en buen estado, porque acostumbrado a las fatigas inseparables del oficio, y con la esperanza de arrojar al enemigo de las últimas trincheras que le quedaban, soportaba sin quejarse las mayores incomodidades, y sólo anhelaba por los progresos del sitio para que se concluyese una guerra tan larga.

Sin embargo, a pesar de su buena voluntad, se notaba que ya nos habíamos alejado de la época de la invasión, época en la cual el entusiasmo se propagaba con maravillosa facilidad, y pocos ejemplares bastaban para inflamar corazones generosos, y llenarlos de patriotismo; al paso que ya en el día sólo había calma y conformidad; la mayor parte de los milicianos sólo se animaban por acaso, y se mantenían fieles más bien por deber que por convencimiento.

Mientras que los patriotas procuraban así asegurarse una posición ventajosa, los realistas no cesaban de molestarlos con sus infatigables guerrillas, y los forzaban a mantenerse constantemente alerta, lo que les causaba gran fatiga. Estas guerrillas no se contentaban con atacar las partidas de descubierta y tenían la audacia de alejarse tan pronto para procurarse lo necesario, de que carecían, tan pronto para hacerse con reclutas que aumentasen el número de los defensores de la bandera real. Una de ellas, bastante fuerte numéricamente, ya se dirigía sobre Los Ángeles con el objeto de apoderarse de esta plaza; pero O'Higgins hizo un movimiento rápido sobre el río de Lazuela y la obligó a retirarse.

Otra, aún más audaz, tuvo la osadía de tomar la espalda del ejército contrario para emboscarse y apoderarse, al paso de las dos piezas que se aguardaban de Concepción, pero quedó frustrada de su intento por una columna bastante fuerte que mandaba Luis Carrera, el cual, por su actividad, acertó a conservar al ejército dichas dos piezas, material indispensable para el sitio, y contribuyó, al mismo tiempo, a que llegasen a su destino antes de la que se esperaba.

El mismo día que las fuerzas patriotas se habían puesto en movimiento, el General en Jefe había enviado a Francisco Calderón de parlamentario a Chillán para tratar de composición con el Ayuntamiento, y terminar la guerra fratricida que iba a encenderse de nuevo y con nuevo encarnecimiento.

La respuesta no llegó hasta dos días después, es decir, el 28 de julio, y era tan disimulada y evasiva, que Carrera juzgó inútil insistir, renovando sus propuestas, y dio inmediatamente la orden de atacar. Así se ejecutó por la batería avanzada, que tuvo la iniciativa, y tiró dos cañonazos, de los cuales el uno se llevó la mano de un infeliz carretero, que trabajaba por el servicio; y el otro cortó por el medio el rollo levantado desde el principio de la conquista en medio de la plaza Mayor.

En las demás ciudades, el espíritu republicano había hecho desaparecer estos instrumentos permanentes de vergüenza y de infamia; pero aquí, la Providencia fue la que tomó a su cargo la destrucción del que aún existía, como enemiga de todas estas leyes humillantes que degradaban al género humano, y le privaban enteramente de toda especie de sentimientos.

Al día siguiente, el fuego empezó de nuevo y con mucha más viveza, pero sin grandes resultados por falta de instrucción en los soldados, la mayor parte de los cuales entraban en acción por primera vez. Sin embargo, José Miguel Carrera,

notando que el fuerte de San Bartolomé había sufrido en ciertas partes, pensó en tomarlo por asalto, resolución tal vez oportuna, pero arriesgada por falta de tropas capaces de ejecutarla eficazmente. Por lo mismo se apresuró a detener el movimiento, y se limitó a estrechar la ciudad con ataques simultáneos por los frentes del norte y del sur.

La primera columna, que constaba sólo de ochenta infantes, estaba mandada por el capitán José María Benavente; la otra, que era de trescientos, y tenía dos piezas de campaña, la mandaba el coronel O'Higgins. Su intento no era otro más que el ejecutar las amenazas que el General había hecho a la Municipalidad, de incendiar la ciudad, en caso que hiciese resistencia. En efecto, lo cumplieron incendiando las casas que estaban a la entrada; pero O'Higgins, poco satisfecho de un acto que no le parecía propio de su franca valentía, prefirió combatir al enemigo frente a frente, y se avanzó a atacarlo en sus mismas trincheras, de cuyo ataque se siguió un empeño bastante tenaz, pero que no tuvo más resultado que el de demostrar claramente al General en Jefe las dificultades que tendría el apoderarse de la plaza. Pocos días antes, había anunciado al gobierno una pronta conclusión de la guerra; pero, en vista de la resistencia que experimentaba, ya se sentía menos confiado y descubría temores por las consecuencias de una campaña que empezaba con malos e inquietantes agüeros. La estación se ponía cada día más mala con lluvias incesantes, acompañadas algunas veces de tempestades que se llevaban las tiendas, y dejaban los soldados en campo raso y a las intemperies. Los víveres empezaban a disminuir, y ya había habido que disminuir las raciones. Los caballos carecían casi enteramente de forraje; estaban ya en huesos, sin fuerzas, y morían muchos. En las expediciones que era forzoso emprender, había que servirse, muchas veces, de los que pertenecían a los oficiales, bien que empezasen ya a resentirse también de la imprevisión de los proveedores. Con todo eso, la moral del soldado se mantenía, y aun también había algunos arranques de entusiasmo en su corazón a pesar de las duras pruebas a las que el tiempo y la necesidad lo sometían. En efecto, los soldados soportaban sin quejarse el rigor de los elementos desencadenados del cielo contra ellos; hacían con paciencia admirable el penoso servicio a que estaban sujetos y anhelaban por el momento de atacar el fuerte de San Bartolomé, al que habían puesto el sobrenombre de Brujo, por causa de su situación oculta.

Estas buenas disposiciones del ejército tranquilizaban algún tanto al General en Jefe y despertaban en él aquella actividad, de que había dado tantas pruebas, y el espíritu resuelto que le decidió a atacar con el mayor vigor la plaza, después de haberla estrechado al extremo. Para este fin, mandó a Mackenna ir a establecer otra batería sobre una alturita distante sólo dos cuadras de la plaza, orden que Mackenna ejecutó en la noche del 2 al 3 de agosto, compuesta de seis piezas, y sostenida por quinientos hombres mandados por O'Higgins, Spano y Oller.

Sánchez no tuvo hasta por la mañana el más mínimo conocimiento ni del movimiento operado por los patriotas, ni del establecimiento de la nueva batería, que acababan de construir casi a la entrada de la ciudad, en una posición que podía causarle mucho daño. En vista de esto, pensó que era de su deber el tomarla, y dio orden para que así lo ejecutase al intrépido Elorreaga, poniendo a su mando

dos excelentes batallones, que fueron el de Valdivia, mandado por Lucas Molina, y el de Chiloé, a las órdenes de Pinuel, con muchos tiradores que avanzaron con el fusil a la espalda y gritando viva la patria, esperando, con esta treta, apoderarse más fácilmente de la posición; pero se les conoció la intención que llevaban, y los patriotas respondieron a sus gritos astutos con una buena descarga que tuvo una pronta y vigorosa respuesta, con lo cual se halló la acción empeñada de una parte y de otra, batiéndose unos y otros con el mayor denuedo, unos para tomar la batería, y otros para defenderla a todo trance.

Duraba la acción ya había más de una hora, cuando el General en Jefe destacó un trozo de caballería sobre el Tejar, para coger al enemigo por la espalda, mientras que Luis Carrera y Mackenna lo atacaban de flanco, el primero por la izquierda, y el segundo por la derecha. Con esta maniobra, tan bien combinada como perfectamente ejecutada, el enemigo habría sido envuelto y hubiera sido infaliblemente batido, si no se hubiese replegado con prontitud sobre la plaza, a donde fue perseguido hasta sus trincheras. En esta operación, O'Higgins se mostró digno de mandar a los valientes que estaban a sus órdenes. Habiendo hallado el río Maipo crecido con las incesantes lluvias que habían caído, lo mandó, no obstante, vadear, y llegó casi al mismo tiempo que el enemigo a la trinchera principal de la calle de Santo Domingo, que intentó tomar por asalto. Ya muchos soldados que habían subido a las casas vecinas facilitaban esta empresa molestando excesivamente a los sitiados, cuando llegó el edecán Miguel Serrano con orden del General en Jefe para que aquel destacamento se replegase.

O'Higgins halló un pretexto para no obedecer a dicha orden, y resuelto a apoderarse de aquella batería que dominaba muy ventajosamente a la plaza, y cuya toma era de suma importancia, continuó el ataque, estrechando más y más al enemigo, cuando llegó segunda orden perentoria para que se retirase. De suerte que se vio obligado a obedecer abandonando aquel campo de batalla, donde esperaba coger nuevos laureles, y, tal vez, decidir la suerte de la campaña. Al retirarse, se encontró con el escuadrón de Fernando Urizar, el cual también había recibido orden de replegarse, y este encuentro le sugirió a O'Higgins la idea de ir a intimar la rendición al comandante del fuerte San Bartolomé; pero al acercarse fue recibido con un cañonazo que sin tocarle le dejó momentáneamente un brazo paralizado, y resultó de la amenaza otro empeño que no sirvió más que para aumentar las pérdidas que la patria había tenido en aquella jornada. El número de muertos era ya considerable y, entre ellos, se contaban algunos bizarros oficiales, tales como el comandante de artillería don Hipólito Oller, el valiente capitán Joaquín Alonso Gamero, el de igual clase en las milicias Juan José Ureta y otros. Por parte de los realistas, la pérdida fue, probablemente, aún mayor, puesto que estaban en la necesidad de batirse a cuerpo descubierto y casi a quema ropa.

Tal fue el resultado de aquella jornada, totalmente insignificante, y que hubiera podido, sin embargo, ser muy favorable a las armas de los patriotas, si el ataque de la plaza se hubiese ejecutado con más unión y más firmeza, y si el General, menos aprensivo por la bisonería de sus soldados, hubiese seguido el impulso de su ardor y de su audacia, pues, a pesar de su poca disciplina, iban como hombres determi-

nados, con ánimo de vencer, y parecía no necesitar más para conseguirlo que el concurso de un jefe atrevido y resuelto.

Al día siguiente, el ataque tuvo aun lugar por parte de los sitiados, y fue dirigido, al principio, contra la reserva, situada sobre el Maipo, entre el tejár y la batería. Sánchez destacó allí una buena columna de infantería y de caballería que obligó a los patriotas a refugiarse bajo el reducto, abandonando una porción de bagajes, y las cuatro piezas que estaban destinadas a su defensa. Ya dichas piezas estaban en poder del enemigo, cuando O'Higgins tuvo conocimiento de que se habían perdido, en el momento en que se hallaba a la cabeza de los pocos soldados que guardaban la batería. Tan pronto como lo supo, su primer pensamiento fue dejarla al cuidado y defensa del cónsul Poinsett, y de correr a rehacer los que huían, bien que no tuviese más que veinte dragones; pero habiéndose visto luego reforzado con los lanceros de Vergara; con los milicianos de Lautaro, mandados por Vega, y, finalmente, con muchos granaderos que andaban desbandados por falta de jefes, formó todas estas tropas, se puso a su frente y cargó al enemigo con tanto ímpetu que rescató los cuatro cañones, que se llevaba como trofeo, y lo arrojó a la plaza matándole muchos soldados.

Desgraciadamente, a esta bella acción se siguió un fatal accidente que influyó muchísimo en la suerte de la campaña, y hubiera podido tener consecuencias aún peores que las que tuvo. Entre las muchas balas de cañón que la plaza, y sobre todo el fuerte San Bartolomé vomitaban sobre los patriotas, la casualidad hizo que una de ellas puso fuego al repuesto de pólvora de batería avanzada, y produjo una explosión espantosa que derribó a todos aquellos defensores intrépidos, matando a unos, dejando a otros fuera de combate, en el más lamentable estado, y causando una confusión general de que el enemigo supo aprovecharse, renovando con nuevo vigor sus ataques en medio de aquella escena de desolación. Por fortuna, algunos soldados, que habían tenido bastante serenidad para echarse a tierra en los fosos quedaron enteramente ilesos, y éstos, mandados por los intrépidos Morla, Millán, Laforest, Cabrera, Vázquez y otros que la Providencia había protegido y salvado de aquel peligro, pudieron hacer frente a este nuevo ataque y contenerlo. El teniente Antonio Millán, sobre todo, se distinguió en aquel lance, tanto por su sangre fría como por el arrojo que sólo la desesperación inspira algunas veces. Viendo que no había salvación posible más que dando un golpe arriesgado, a todo trance, hizo cargar uno de sus cañones a metralla hasta la boca, y lo mandó disparar en un momento tan oportuno, que aterró a la columna que avanzaba y la obligó a volver las espaldas. Es verdad que a la sazón, ya O'Higgins, que siempre se hallaba en todas las partes donde había mucho peligro, llegaba con su refuerzo de hombres, y además, de cartuchos, reanimando con su presencia el valor de aquellos infelices, que por milagro habían evitado la muerte.

Mientras que la presencia del enemigo obligó a los patriotas a mantenerse en la defensiva, rodeados de toda especie de riesgo, se mostraron indiferentes a este fatal revés de fortuna, y no pensaban absolutamente más que en la defensa del puesto que estaba a su cargo. El sentimiento de su conservación había apagado en ellos el de la caridad y se mostraban impasibles a la vista de todas aquellas víctimas, haciendo sólo atención al ruido de las armas y a los movimientos del enemigo.

Pero ya no sucedió lo mismo cuando éste, habiendo sido rechazado, y arrojado a sus trincheras, dio lugar a que la reflexión se ejercitase sin alarmas ni distracción en medio de aquella escena de desconsuelo y de desastres. Entonces, ya los que quedaban pudieron contemplar lo horroroso de aquel espectáculo, que por todas partes ofrecía hermanos, amigos, compañeros yaciendo por el suelo, unos muertos, otros sólo heridos, pero tan desfigurados por el fuego que ni tenían figura humana. La manera en que se hallaban amontonados, los dolores que los atormentaban y sus tristes quejidos, todo esto acabó de enternecer y ablandar los corazones de aquellos valientes, tan impasibles pocos momentos antes, y que ya entonces prorumpían en imprecaciones contra los causantes de aquel desastre, que unos atribuían a un culpable descuido, y otros a la traición. Sin embargo, muchos de ellos, bien que se hallasen quebrantados de tantas fatigas, procuraron dar algún alivio a los infelices con quienes en la mañana de aquel día se habían hallado viviendo y obrando como hermanos; pero hubo otros que, con sentimientos menos notables, desertaron sus banderas, y se alejaron en busca de otra especie de consuelos, y aun los hubo que tuvieron la bajeza de sembrar discordia, sugiriendo pensamientos de insubordinación, circunstancia tanto más dañosa cuanto, independientemente de las fatigas y de los peligros continuos, se padecía, ya había muchos días, escasez de víveres en el campo. La administración de víveres había estado tan mal organizada, o los encargados de ella habían sido tan descuidados, o tal vez tan malvados, que los almacenes estaban enteramente agotados, y sólo quedaban raciones de pan y algunas de aguardiente, que se distribuía con mucha parcimonia, por temor de sus efectos. Mas en aquel momento de abatimiento general, O'Higgins no dudó en distribuir dicha bebida a discreción, esperando que por este medio los soldados olvidarían su dolorosa posición y cobrarían nuevos ánimos. Desgraciadamente, el remedio era violento y les causó tanta exaltación, que salieron de los límites de la disciplina para caer en actos de imprudencia, porque se hallaron mucho más enternecidos por la suerte dolorosa de sus compañeros, y sobre todo por la de sus oficiales, entre los cuales se hallaban el coronel Spano, el teniente Rencoret y los alferoces Curriel, Zorrilla y otros, quisieron vengarlos pidiendo con instancia que los llevasen a atacar el fuerte San Bartolomé, que prometían tomar de un modo o de otro.

Semejante súplica, hecha por hombres que se hallaban privados de razón, no fue oída de O'Higgins; pero se hizo luego tan importuna y, al fin, tan imperiosa, que se vio obligado a engañarlos, prometiéndoles que iba a hablar sobre ello al General en Jefe, y a pedirle, al mismo tiempo, las escalas necesarias para subir al asaltado de dicho fuerte. En efecto, envió un propio a Carrera con esta demanda ostensible, pero, al mismo tiempo, envió otro en secreto instruyéndole de lo que pasaba para que burlase aquella pretensión con dilaciones plausibles¹⁷².

La desgracia que sucedió en la batería no fue la sola que los patriotas tuvieron que deplorar en aquella jornada, pues también se vieron privados de muchas cargas de víveres y de municiones que les llegaban de Concepción, y que las infatiga-

¹⁷² Conversación con don Bernardo O'Higgins.

bles y audaces guerrillas de Sánchez consiguieron sorprender y tomar justamente en el momento en que pasaban el río Itata. Fue ésta una pérdida tanto más sensible para el ejército, cuanto, como lo acabamos de decir, empezaba a carecer de todo lo necesario. Una revista de municiones de guerra puso, en efecto, de manifiesto que no quedaban más que once mil cartuchos, y algunos pocos de cañón, con la circunstancia de ser, estos últimos, de calibre mayor. También uno de los cañones de a 24 acababa de reventar; otros habían quedado casi abandonados, y si a dicha penuria de pertrechos de primera y absoluta necesidad añadimos intemperies, y deserciones ocasionadas por tantos males y fatigas sin la menor gloria, veremos que Carrera ya no podía mantenerse por más tiempo delante de aquella plaza, y que por fuerza tenía que de alejarlo e ir a esperar, en otra posición más ventajosa, ocasión oportuna para cumplir la promesa de destruir aquellas pocas tropas circunvaladas en una plaza casi sin defensa. Este proyecto desesperanzado, y aun también humillante, no podía, sin embargo, ser del gusto de su carácter altivo, y algunas veces presumido; bien que el ejército se hallase bastante desmoralizado, Carrera aún podía intentar operar una nueva sorpresa, y ya pensaba seriamente en ello, cuando recibió el aviso por sus espías, de la marcha de una división enemiga bastante fuerte que se avanzaba para atacar al día siguiente sus trincheras.

En efecto, no menos impaciente por terminar una guerra que se prolongaba sin más resultado que el de disminuir cada día más el número de sus combatientes, y persuadido, por otra parte, de que los patriotas, ya desanimados, no podrían resistir a un buen ataque, Sánchez había hecho sus preparativos, y el día 5, don Luis Molina, uno de los mejores jefes que tenía a sus órdenes, avanzaba con 400 hombres contra la batería que mandaba Juan José Carrera, y que, gracias al aviso de las espías pudo poner en buen estado de defensa. Por esta razón, los realistas fueron rechazados y perseguidos casi hasta en lo interior de Chillán, donde se empeñó una acción muy sostenida, en la cual tomaron parte los habitantes y aun las mujeres, indignadas de los excesos cometidos por los patriotas, cuya indisciplina era intolerable. En aquella ocasión, se dijo que Sánchez sólo había hecho un amago para atraer al enemigo a la ciudad, en cuyas calles le hubiera sido fácil encerrarlo y rendirlo; pero si fuese cierto, el número de muertos o prisioneros habría sido mucho mayor, y por la boca misma de algunos realistas, se supo que ellos habían padecido más, y habían tenido muchos muertos, entre los cuales contaban al hábil y audaz coronel Molina, uno de los más acérrimos defensores de los pretendidos derechos reales.

Los liberales no tuvieron más pérdidas que las de algunos pocos soldados, y un solo oficial, que fue el valiente y desgraciado Laforest; pero, por otra parte, hubo muchos prisioneros, uno de los cuales fue el comandante Vega, que cayó en su poder con su escuadrón de milicianos montados, en un arranque de imprudente ardor que le hizo internarse al este de la ciudad, punto opuesto al campo de los suyos.

Ésta fue la última acción que Sánchez tuvo que sostener delante de Chillán, porque Carrera, convencido de lo inútil que sería el atacar a un enemigo superior en número, y mejor situado y aprovisionado, pensó en apelar a la política y a las nego-

ciaciones, último recurso de todo jefe militar imposibilitado de obrar. No obstante esto, y bien que se hallase vencido, a la verdad, más por la intemperie de la estación que por las armas, no temió mostrarse arrogante en sus pretensiones, imponiendo condiciones a su favor, como se ve por las instrucciones que dio a don Reimundo Sessé, su enviado, las cuales manifiestan la altivez de su espíritu, alimentada por las ilusiones que se hacía de que al fin tendría resultados ventajosos. Esperaba, en efecto, y tal vez con fundamento, que el gobierno se resolvería a tomar parte en la guerra más activamente, y le enviaría los trescientos hombres que acababan de regresar de Buenos Aires, y que ya él le había pedido con urgencia; pero no podía ignorar, por otro lado, que Sánchez conocía sus pocos recursos y su penuria, y rechazaría todo tratado que no le ofreciese ventajas incontestables a la causa que defendía. Bien que este General ocupase poco terreno, y no pudiese contar, en caso necesario, con una retirada fácil, con todo tenía la mayor confianza en el valor y en la disciplina de sus soldados, y razones para prometerse que el virrey de Perú, tan interesado en la conservación de Chile, no tardaría en enviarle socorros suficientes para tomar con ellos la ofensiva, y conquistar una porción del territorio de la provincia; resultados que le asegurarían personalmente la propiedad del mando que la casualidad sola había puesto en sus manos.

Animado con estos risueños pensamientos, Sánchez recibió desdeñosamente las proposiciones de su adversario, como contrarias al honor de sus armas y al suyo propio, y se limitó a despacharle una persona de confianza para que tratase, si era posible, sobre bases más conformes a sus derechos y a sus esperanzas. Este enviado fue el misionero fray Juan Almirall que Pareja había tomado por secretario en Chiloé, y que en la actualidad desempeñaba el mismo cargo con Sánchez. Era este misionero sumamente agudo y persuasivo, y tenía bastante política para penetrar el pensamiento mejor disimulado, sin dejar sospechar el suyo, por la inalterable serenidad de su semblante, y nadie como él hubiera podido llenar su misión. Es verdad que lo que iba a pedir no salía de los límites de la razón, pues se reducía a establecer por base de un tratado provisional la evacuación de la provincia de Concepción y la traslación del campo de los patriotas a la otra parte del Maule, cuyo río sería considerado como línea divisoria de los dos ejércitos, dejando libre la comunicación entre las dos provincias. Era una especie de armisticio que había de durar seis meses, tiempo calculado necesario para que el Virrey pudiese tratar directamente con el gobierno de Santiago.

Carrera respondió a las proposiciones del misionero con el mismo desdén con que Sánchez había rechazado las suyas, y confiado en su buena suerte, declaró que no cedería una sola pulgada del terreno conquistado, con cuya respuesta hizo imposible toda composición.

CAPÍTULO XXV

Carrera se decide a levantar el campo. Sánchez envía al mayor general para que le ataque. Éste se limita a intimarle la rendición. Respuesta animosa de Carrera, la cual obliga a Pinuel a retrogradar. Pasan los patriotas el Itata. Rescate de los prisioneros de la Florida. El ejército dividido en varios trozos. Guerra de detail operada por este medio. Movimiento de reacción en Concepción. Llegada de Carrera a esta ciudad. O'Higgins marcha contra el cura Gregorio Valle y le ahuyenta. Insurrección en la provincia de Arauco. Carrera envía sin éxito una expedición contra esta plaza.

Habiendo renunciado, como se ha visto, a toda composición, Carrera resolvió dejar su campamento, el cual, por su excesiva humedad, era cada día más pernicioso a la salud de sus soldados. Por otra parte, a pesar del entusiasmo de los oficiales, y de los esfuerzos que éstos hacían para comunicarlo a la tropa, la escasez de víveres y el mal estado del vestuario aumentaba sus fatigas en términos que ya se empezaba a oír quejas precursoras de insubordinación, tanto más de temer cuanto el ejército se componía de elementos diversos, y contaba pocos veteranos y muchos milicianos. Sabido es que estas tropas, cuyos servicios no son permanentes, no pueden tener humanamente ni la valentía, ni la constancia ni, aun menos, la disciplina de los primeros, y en este particular, las milicias que mandaba Carrera eran muy inferiores a las que Pareja había traído de Valdivia y de Chiloé, compuestas, por la mayor parte, de tropas permanentes, penetradas del espíritu de cuerpo, y perfectamente instruidas, a cuyas ventajas se reunían la de la abundancia de víveres, y la de hallarse bien acuarteladas en una ciudad defendida por la construcción de buenos fuertes, y con las calles barreadas con fajinas, palizadas y trincheras, sin contar el fomento que daban a su moral las exhortaciones de los misioneros franciscanos, que se esmeraban en darles a entender que aquella guerra era una guerra de religión.

Una vez resuelto a levantar el sitio, Carrera reunió, en la noche del 6, el consejo de guerra para tomar pareceres y ejecutar lo que fuese más conveniente. O'Higgins no pudo asistir a dicho consejo porque a la sazón se hallaba encargado de las baterías avanzadas, expuestas a ser atacadas de un momento a otro; Mackenna le fue a decir lo que había pasado, y a preguntarle si no podría replegarse aquel mismo día con sus tropas al cuartel general¹⁷³. O'Higgins desaprobó esta resolución, fundán-

¹⁷³ Conversación con don Bernardo O'Higgins.

dose en que sus soldados, extenuados por tantas fatigas, no se hallaban en estado de resistir a un ataque inevitable del enemigo. En consecuencia, esperaron que la oscuridad de la noche los favoreciese para retirar los puestos avanzados, protegiéndolos por algunas compañías que Carrera destacó con este objeto, y la marcha se ejecutó sin obstáculo y con orden, y a las ocho de la mañana, toda la división se halló replegada al cuartel general con todas sus armas y bagajes, sin haber perdido más que un cañoncito de hierro que habían arrojado al Maipo por inútil.

Por la tarde del mismo día, el ejército reunido se dirigió hacia el oeste y se fue a acampar en el cerrillo de Collanco, posición ventajosa y de fácil defensa; pero había tan pocos caballos y en tan mal estado, que los artilleros tuvieron que llevar ellos mismos los cañones, a pesar del mal camino, que las lluvias y el paso de tropas habían puesto casi intransitable.

La noticia de este movimiento de los patriotas llegó muy pronto a Chillán, donde fue interpretado de diversos modos, pero en general como una verdadera huida a que se habían visto obligados por la impotencia en que estaban de mantenerse. Sánchez exageró la importancia moral que tenía para fomentar el buen espíritu de sus soldados, y convencerlos de que ya podían tomar la ofensiva y exterminar los trozos dispersos de un ejército desbandado; pero con todo eso, aun no se atrevió a atacarlo aquel mismo día, y se contentó con destacar algunas guerrillas para inquietarlo, desconcertar sus movimientos, y ocupar las posiciones que había abandonado.

El 10, mandó formar una división, a la cabeza de la cual se halló, por derecho de antigüedad, el mayor general don Julián Pinuel, jefe de un carácter irresoluto. Una espesa niebla que había aquella mañana favorecía maravillosamente el movimiento, ocultando su marcha y permitiéndole de caer sobre el enemigo sin ser visto, como hubiera podido ejecutarlo si hubiese tenido un poco de resolución: pero por falta de ella, prefirió y creyó conseguir una victoria más fácil intimándole la rendición por medio del teniente coronel Hurtado, a quien encargó una carta escrita por Sánchez en un momento sin duda de inexplicable ceguera.

Le era imposible a Carrera el mantenerse serio siempre que le herían su amor propio, y en aquella ocasión, prorrumpió en irónicas alabanzas a Sánchez, que en su carta no había dudado manifestarle la persuasión en que estaba de que le sería fácil aniquilar las reliquias que le quedaban de su ejército, y de que ya no tenía más que rendirse a discreción, si no quería exponerse a todo el rigor de la guerra. Y esto (añadía Sánchez) “dentro de tan pocos momentos como son los que necesito para vencer la corta distancia que nos separa”¹⁷⁴.

De aquí surgió una larga conferencia entre Sánchez y Hurtado, conferencia que duró tanto tiempo que el coronel Pinuel se decidió a despachar otro emisario, que fue el capitán Vites Pasquel, con orden de alcanzar al primero y mandarle regresar, a fin de poder empezar el ataque antes que tuviesen tiempo para ponerse en salvo. Pero muy luego mudó de parecer cuando los dos enviados, ya de vuelta, le enteraron de la excelente posición que ocupaba el enemigo, situado sobre un cerro perfectamente

¹⁷⁴ Benavente, *Memoria*, p. 87.

defendido por dieciocho bocas de fuego de diferentes calibres en el frente de la línea. Además de esto, la respuesta de Carrera inspiró a Sánchez cierta saludable prudencia, haciéndole ver que no sólo Carrera aceptaba sino que, también, le provocaba a una guerra a muerte, intimándole se abstuviese en lo sucesivo de enviarle parlamentarios que sólo serían considerados y tratados como espías. Tales fueron las palabras arrogantes que sin duda alguna intimidaron a Pinuel, y le obligaron a retirarse.

En esta retirada, una guerrilla enemiga de cuarenta hombres mandados por buenos oficiales le picaron la retaguardia y le persiguieron hasta las puertas de la ciudad, disparando, para mayor mofa y desprecio, cohetes voladores.

Este fin tuvo el arranque de valentía que había manifestado Sánchez cuando había sabido que los patriotas se alejaban. Es verdad que Pinuel no era propio para semejante golpe de mano, y que se hubiera necesitado de un jefe más arrojado y más capaz sobre todo de concertar una sorpresa, la cual habría sido muy posible a favor de la densa niebla de aquella mañana, y del poco orden que el cambio de posición le permitía guardar al enemigo; pero Sánchez, como ya se ha visto, no había querido despojar a Pinuel del derecho que le daba su antigüedad, y tal vez había creído también, bastante ligeramente, que le bastaría a su división presentarse para que el enemigo se rindiese, fundándose en lo que padecía por falta de subsistencias, y la falta de municiones de guerra que no le permitiría hacer especie alguna de resistencia a un ataque vivo y bien dirigido. Todo esto, Hurtado había tenido el poco tino de decírselo a Carrera, el cual, para que se desengañase, le dejó recorrer libremente todo su campamento, y al despedirlo, mandó hacer una salva de veintiún cañonazos en honra de la guerra a muerte que por decirlo así había ido a declarararle.

Después de haber respondido así a todas estas farfantonerías, Carrera pensó en retirar sus tropas de Callanco dirigiéndolas sobre un vado del río Cautén, que había reconocido con su amigo Poinsett, y en la noche del 10, puso el ejército en movimiento llevando los bagajes en mulas y carretas, de las cuales tenían tan pocas que el transporte necesitó muchos viajes por un camino malísimo y una continua lluvia. En una de aquellas idas y venidas, la pieza de 24 que les quedaba, tuvieron que dejarla en un barranco, después de haberla hecho reventar, y quemado la cureña para que no pudiese servir al enemigo, operación que se ejecutó igualmente, y por la misma razón, con todo lo que no pudieron transportar.

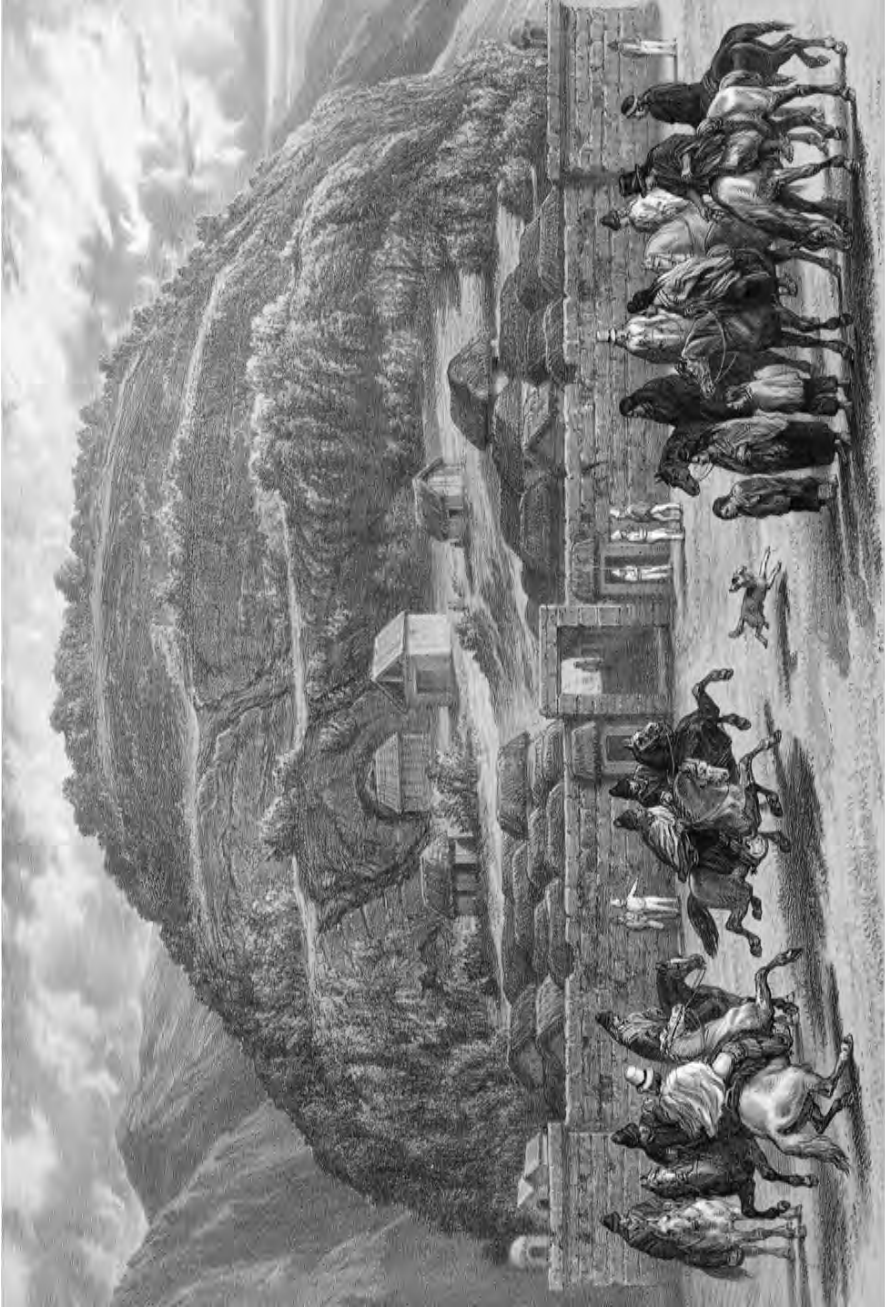
El paso del río Itata presentaba aún mucha más dificultad por su anchura, por lo rápido de su corriente, aumentada por una crecida de tantos días de incesante lluvia, y sobre todo por la desaparición de los vados por donde pensaban poder pasar. El ejército llegó allí hacia el 15, exhaustas sus fuerzas por la fatiga y la falta de víveres, habiendo tenido que conducir muchas veces a fuerza de brazos los bagajes y la artillería, y que rechazar continuamente ataques de guerrillas que les habían picado sin cesar la retaguardia día y noche, en uno de cuyos ataques los enemigos les quitaron más de cien carpas, y otros muchos objetos conducidos por arrieros inexpertos, sin que O'Higgins, a pesar de su actividad y denuedo, hubiese podido rescatar ninguno. Todo esto no podía menos de desmoralizar las tropas, ya

desmayadas por tanto padecer; pero aún se mantenían en bastante buen orden, y rechazaban con espíritu y serenidad cuantos ataques le dio el enemigo, numéricamente más fuerte.

En medio de todos estos contratiempos, Carrera recibió el parte de haber sido libertados los prisioneros, que, por una reprehensible imprudencia, se habían dejado bajo la custodia de sólo treinta soldados en la Florida, villa que no dista más que unas quince leguas de Chillán. Este acontecimiento había tenido lugar el 10, en el tiempo que Sánchez enviaba la carta de intimación al campamento de Collanco, y había sido ejecutado por el capitán Manzano Cañizares, el mismo que en el día 4, se había apoderado con tanta destreza, a las orillas del Itata, de un gran número de cargas de municiones destinadas al ejército de Carrera. Fue la pérdida de los prisioneros muy sensible para los patriotas; por entre ellos, siendo su número algo crecido, se hallaban jefes de mucho mérito, tales como el capitán de navío Colmenares, el brigadier Rábago, el teniente coronel de artillería Bernardo Montuel, y otros muchos jefes cogidos a bordo del buque la *Tomasa* con muchos sacerdotes, siempre fieles por convencimiento a la causa real, y dispuestos a emplear su santo ministerio para fomentar la superstición y cortar los progresos de la Independencia. También habían tenido otro gran sentimiento, cual fue la equivocación de Calderón, que engañado acerca del número de tropas que mandaba Cañizares, se había apresurado a retrogradar y a llevar a Concepción los doscientos hombres de socorro que la Junta enviaba al ejército de los patriotas.

Pero a pesar de todas estas ventajas y de la superioridad numérica del ejército realista, Sánchez no se atrevía a perseguir a Carrera, bien que afectase siempre creer que se hallaba en completa derrota, y se contentaba con destacarle algunas cortas guerrillas, sin más objeto que el de molestar su retaguardia, o cogerle algunos dispersos por cansancio, o desertores de la más mala nota. Sin embargo, si hubiese querido, ya tenía una ocasión oportuna de empeñar una acción decisiva, con presagios de que debía de serle favorable, en vista de la gran crecida del Itata, cuyo río, como ya lo hemos dicho, presentaba los mayores obstáculos al paso de un ejército tan desprovisto de todo como lo estaba el de los patriotas. Un general hábil y emprendedor hubiera podido sacar grandes ventajas de esta grave circunstancia, atacándolo con vigor por la espalda al paso, cortándolo por consiguiente, y arrinconándolo sobre el río. Para esto, ciertamente no le faltaban a Sánchez transportes y cuanto podía desear para entrar ventajosamente en acción, pues tenía bastantes piezas de campaña servidas por buenos artilleros; tropas aguerridas y sobre todo, por más que Martínez diga lo contrario, caballería bien organizada y alimentada.

Es verdad que por otra parte, Sánchez hallaba una gran ventaja en dejar que se alejase el enemigo, porque de este modo se extendían sus movimientos, y daban lugar a los padres franciscanos para propagar la especie de guerra que hacían con su sutil y seductora política. En efecto, muy conocidos por toda aquella tierra, cuyos habitantes, tímidos y apocados, tenían en ellos una ilimitada confianza, les era muy fácil cambiar en guerra de religión una guerra de libertad; consiguiendo, de este modo, el atraerse desertores de la causa opuesta y ganar con el tiempo la mayor parte de la provincia. Tales debían de ser los motivos que tenía Sánchez



ARAUCO
1859.

para abstenerse de empeñar acciones, y dejar que los patriotas pasasen el río muy pacíficamente, con el ayuda sólo de cuatro malas balsas, sin haber experimentado más que una pequeña alarma ocasionada por una falsa noticia del coronel Spano, noticia que obligó las tropas de retaguardia a permanecer toda la noche sobre las armas, y las guerrillas de O'Higgins y José María Benavente a montar a caballo para reconocer las cercanías.

El motivo que tenía Carrera para alejarse de Chillán no era sólo el dar descanso y mejores cuarteles a los soldados que le quedaban, y a los enfermos maltratados por tantas fatigas y privaciones sino que, también, quería fomentar el patriotismo de los milicianos; organizar un nuevo ejército, ponerlo en estado de vencer instruyéndolo en la táctica y disciplina, que son las dispensadoras de la victoria, y volver luego como un torrente sobre el enemigo, que por entonces le bastaba dejar en sus estrechos límites.

Con este proyecto, formó dos divisiones de su corto ejército, dando el mando de la primera al brigadier don Juan José Carrera, con orden de ir a acantonarse en Quirihue para cubrir toda la parte del norte y proteger los convoyes y correos; y el de la segunda al bizarro O'Higgins para que se dirigiese al sur con el objeto de mantener la frontera y los fuertes que la coronaban.

Al mismo tiempo, despachó a Santiago a su hermano Luis y al coronel Poinsett para que defendiesen allí su reputación y conservasen el prestigio de su nombre, cuya determinación tomó a consecuencia de una conversación que había tenido con Bartolomé Araos, enviado por el gobierno para recoger informes sobre sus operaciones; de donde coligió o sospechó algún sentimiento hostil hacia él.

Además de las dos divisiones arriba dichas, entresacó parte del resto del ejército, y en parte de estas mismas divisiones, algunas compañías libres para mantener el orden en la provincia y cubrir algunos puestos importantes. Una de estas compañías fue destacada al socorro de Prieto, que conducía caudales, y que, según el aviso dado por Araos, había de ser probablemente atacado. José María Benavente fue enviado a Pichaco para perseguir algunos infames desertores. El teniente don Juan Felipe Cárdenas se estableció a las inmediaciones de Collanco para observar los movimientos del enemigo, reunir los milicianos y proteger los correos. El capitán Calderón quedó encargado de la defensa de la barca del Itata. En fin, se formaron algunos otros destacamentos, que se dispersaron por diferentes puntos de la provincia, con lo cual quedó muy reducido el cuerpo del ejército, y la guerra, por consiguiente, no podía ser más que de detal, cuyas consecuencias inevitables eran enervar la disciplina y arruinar el país.

Desde aquel instante, se formaron, en efecto, numerosas guerrillas en ambos campos, las cuales fueron el desconsuelo y la ruina de los lugares y tierras vecinas. Al norte, el capitán Prieto fue atacado por Olate, antes que le llegase el socorro de los cien hombres mencionados, y tuvo la satisfacción de hacer huir, con los pocos soldados que tenía, al enemigo, que le era numéricamente muy superior. Ocho días después, este mismo Olate se acampaba sobre un cerro próximo a Cauquenes, y desde allí, intimaba la rendición a la ciudad, donde mandaba el coronel don Juan de Dios Vial, con muy pocos soldados, los más enfermos, pero afortunadamente,

el capitán Prieto había tenido la prudencia de retirarse sobre Cauquenes, de suerte que con su tropa, la guarnición se halló compuesta de ciento cincuenta hombres con los cuales tuvieron los patriotas que hacer frente, en una plaza sin defensa, a los cuatrocientos que mandaba Olate. A pesar de esta inferioridad, atrincherados en la plaza unos, y otros de lo alto de la torre de la iglesia, no quisieron rendirse y se defendieron con la mayor valentía contra enemigos tan determinados y arrojados, que muchos avanzaron hasta media cuadra de la trinchera. En esta acción, un joven, llamado Diego Eduardo, hizo los mayores servicios por un medio el más arriesgado. Sin haber recibido especie alguna de instrucción, pero dotado de una activa capacidad, este joven se hallaba por la mañana en el campo de los patriotas, y por la tarde en el de los realistas, cautivando la confianza de éstos, sin causarles la menor sospecha, en provecho de los otros. Y es de advertir que este género de hombres intrépidos más allá de toda ponderación, no ha sido raro en la conquista de la independencia de Chile.

Por la parte del sur, la guerra se extendió mucho más, por la importancia que tenía la frontera, y sobre todo por las muchas vejaciones que ejercían la mayor parte de los empleados, nombrados por ocasión o casualidad, y que Carrera había enviado, sin más informes, a los diferentes cantones. Para tales hombres desprovistos de mérito y de delicadeza, el nombre de la patria era un pretexto para pedir, exigir y aun arrebatarse todo cuanto podían, y escudados con este santo nombre, cometían las más repugnantes injusticias contra los particulares, despojándolos vilmente por su propia y personal utilidad. Éstos fueron los motivos sin duda, por los que muchos patriotas, de un patriotismo tal vez poco arraigado, y ajados y vejados en sus personas e intereses, pasaron al Partido Realista y contribuyeron en gran manera a sublevar la provincia contra Carrera. La ciudad de Concepción estaba destinada en cierto modo a dar el ejemplo de esta sublevación, según se verá.

En efecto, se trataba de formar allí una conspiración que tenía ramificaciones en el ejército de Sánchez, y probablemente en Santiago, y ya se había conseguido alterar notablemente la fidelidad de las tropas. Instruida la junta de la ciudad de este complot, por el vocal Uribe, tomó inmediatamente medidas eficaces para desconcertarlo, para lo cual se mandó que las tropas acampasen en la plaza, alrededor de la cual se habían hecho trincheras y se habían puesto cañones en batería. Se hicieron además cortaduras en las bocacalles, y el gran patriota don Pedro Nolasco Vidal organizó una vigilante policía para observar a los numerosos realistas que vivían en la ciudad.

En aquella sazón, Carrera se hallaba a las orillas del Itata ocupado en establecer el campamento de sus tropas, y los diferentes puestos y puntos que habían de cubrir. Luego que recibió parte de lo que pasaba en Concepción, montó a caballo, partió apresuradamente, llegó a dicha ciudad por la noche del 18, y, gracias al buen tino de Uribe y a la actividad del comandante Vidal, la tranquilidad no había sido turbada ni un solo instante; pero se supo por expresos que el antiguo cura de Hualqui don Gregorio Valle, había entrado en esta villa a la cabeza de una fuerte guerrilla, con designio de marchar sobre Concepción, y proteger el tramado alzamiento, empresa que no era sumamente difícil, pues podía contar con muchos

partidarios, y tal vez con la guarnición, ya bastante desmoralizada. Además, no había casi ningún arma en la ciudad, y en cuanto a municiones, se carecía de ellas absolutamente, por manera que la ocasión no podía ser más propicia y favorable.

Carrera conoció que efectivamente la cosa había corrido mucho peligro, y él mismo lo confiesa en su diario; pero lejos de desanimarse, dio pruebas de mucha presencia de ánimo, procurando engañar al enemigo dándole una idea exagerada de sus fuerzas y de su posición. Para conseguirlo, manifestó tener tanta confianza, que mandó demoler las trincheras de la plaza, y cegar los fosos de las calles adyacentes, y aun tuvo la arrogancia de mandar que todo esto se hiciese por las manos y brazos de los prisioneros políticos que se hallaban entonces en la ciudad. Y mientras esto mandaba y disponía, daba por otro lado parte de sus temores a O'Higgins, mandándole que viniese inmediatamente, y sin pérdida de momento a Concepción.

El correo que llevó este aviso, llegó aquella misma tarde a la Florida. El tiempo era malo y la noche muy oscura; pero no por eso O'Higgins perdió un solo instante. Dio sus órdenes al comandante de la gran guardia, Díaz Muñoz, que dejaba para mandar la división en su ausencia, y al punto se puso en marcha.

Llegó por la mañana, y acto continuo, Carrera y él concertaron un plan de ataque contra Hualqui, para precaver de este modo los malos resultados que eran de temer de una empresa tramada por un hombre del influjo de Valle. Desgraciadamente, se encontraban pocos caballos, y los pocos que habían estaban tan cansados, que los habían dejado sueltos y a la ventura en la isla Quiriquina, y para suplir esta falta, Carrera ofreció sus propios caballos y los de su hermano don Juan José, y con otros que se pudieron reclutar entre los patriotas, se pudieron montar sesenta hombres¹⁷⁵, que bastaron para perseguir al enemigo, darle alcance cerca de Yumbel y arrojarlo a la parte de allá del Itata.

De vuelta de esta expedición, en la que hizo quince prisioneros, O'Higgins vino a establecerse precisamente a Yumbel, con el objeto de observar al enemigo y de dar algún descanso a sus soldados.

Mas, desafortunadamente, la conspiración de Concepción no era la que fuese de temer para ellos, pues los realistas aprovechando del descontento de los habitantes, ocasionada por las insufribles vejaciones de algunos empleados de Carrera, habían organizado un buen sistema de quitarle partidarios, sistema que poco a poco se extendió por la provincia, y muy luego por toda la frontera. Así sucedió que Tucapel, Santa Juana y Arauco tomaron parte, casi al mismo tiempo, en el movimiento, y desmintieron altamente las pruebas de espíritu liberal que habían parecido manifestar con tanto entusiasmo, cuando se oyeron los primeros gritos de independencia.

La misma noche de su entrada en Yumbel, O'Higgins había enviado veinte hombres a las órdenes del teniente coronel don José Antonio Fernández contra la primera de estas plazas, en la cual intrigaba muchísimo el juez Padilla; pero muy pronto tuvo que ir el mismo O'Higgins al socorro de aquel destacamento, y que proteger su retirada contra más de doscientos milicianos que se habían reunido para rechazarlo, de lo cual resultaron algunas escaramuzas con pérdida de muertos

¹⁷⁵ *Diario* de Carrera. Según O'Higgins, eran noventa y tres.

y prisioneros. Entre estos últimos, se halló el mismo Padilla, que fue conducido a Concepción, y colgado inmediatamente, por orden de Carrera, para que sirviese de ejemplar.

En Arauco, el movimiento insurreccional fue mucho mejor combinado, y con peores consecuencias, puesto que aquellas plazas marítimas quedaban independientes y podían los realistas ponerse, por medio de ellas, en comunicación con Chiloé, Valdivia, Lima y otros puntos importantes. Ya el virrey de Perú, ansioso por saber los resultados de la expedición de Pareja, de quien no había vuelto a oír hablar, le había despachado el buque el *Potrillo*, a bordo del cual se hallaba el cura de Talcahuano don Juan de Dios Bulnes, sujeto muy partidario de la Monarquía, para que le ayudase con el conocimiento que tenía de la provincia, a la sazón, teatro de la guerra. Bien que las ventajas que obtuvo al principio no fuesen muy grandes, con todo eso, había conseguido dar esperanzas a Sánchez y a sus soldados, particularidad muy propia a sostener el moral y dar ánimos a los habitantes de ciertos cantones para prepararse a una insurrección. En este particular, fue muy bien servido por Hermosilla, juez de Ranquil, igualmente acérrimo partidario de los realistas, y pronto para aprovechar de la primera ocasión de sublevar todos los individuos de su jurisdicción contra la libertad del país. Esta ocasión no tardó mucho en presentarse, he aquí cómo.

Careciendo siempre de caballos, Carrera había mandado pedir algunos a Ranquil, en calidad de prorrata o contribución, por militares que emplearon medios violentos para obtenerlos. Ya entonces, cansado de tantas exigencias, el pueblo dejó escapar algunos murmullos que B. Hermosilla supo fomentar en favor de su propia opinión, excitando las pasiones, hablando de intereses lejanos, y vejaciones insufribles, hasta que en fin consiguió que se armase para negarse con justo motivo a dar los caballos que se le pedían. El comandante de la plaza cortó los progresos de este acto de verdadera rebelión, poniendo presos a los principales motores de ella; pero desde aquel instante, todo el partido de Arauco se puso en rumor y movimiento, por manera que no bastando los españoles para defender su causa, hubo que recurrir a los indios araucanos, raza siempre llena de odio y de rencor contra los blancos, no respirando más que sangre, destrucción y ruina, y sobre todo pronta y dispuesta a exterminar a ambos partidos, a la primera ocasión favorable. Los araucanos auxiliares tenían a su cabeza caciques ya bastante conocidos, tales como Millacura, Lincopichún, Antinahuel y Nahuelpán. Los realistas estaban mandados por don Santiago Matamala, don Camilo Hermosilla y don Valeriano Peña.

Cuando recibió el parte del motín de Ranquil, y de la fatal política que habían tenido los realistas, haciendo partícipes de su querrela a los brutales, bárbaros araucanos, Carrera prorrumpió en imprecaciones de resentimiento y de indignación contra ellos. Sin embargo, se contuvo y se calmó, a fin de apartarlos de tan insensata resolución, y aun tuvo la generosidad magnánima, a la cual esperaba tendrían algún miramiento, de devolver los prisioneros. Pero en las guerras civiles, el espíritu de partido es el regulador de las acciones y nunca se aplaca hasta que se halla satisfecho. En efecto, don Bernardo Hermosilla, que era uno de los prisioneros puestos en libertad generosamente, lejos de mostrarse reconocido, no pensaba más que

en organizar un nuevo levantamiento para salir otra vez contra los patriotas, con el intento no sólo de llenar una misión sino, también, de satisfacer venganzas.

Además de esto, en el mismo momento, recibía una carta de Sánchez, en la que este jefe instaba a que continuase las hostilidades, prometiéndole socorro de fuerzas y municiones, todo lo cual era más que suficiente para excitar el espíritu de rebelión que los excesos cometidos por los comisionados patriotas habían despertado entre aquellos campesinos, e impelerlos a marchar sobre Arauco.

Esta plaza, que no tenía más que algunos pocos soldados para su defensa, y lo que es más, desarmados por la mayor parte, no podía resistir mucho tiempo, y tanto menos cuanto los habitantes realistas que había en ella intrigaban para que se rindiese. Por consiguiente, tuvo que entregarse, y su comandante don Joaquín Huerta, que acababa de llegar hacia algunas horas, quedó prisionero con otras personas, entre las cuales se hallaban don Jaime Guarda, y su compañero Rengifo, que sólo habían ido allí para constituirse mediadores de la paz entre los dos partidos y calmar las pasiones. Pero los realistas no tuvieron por conveniente el dejar escapar dos hombres de tanta importancia, sobre todo el primero que era de Valdivia, y que, según decían, estaba encargado de ir a revolucionar dicha ciudad, motivo por el cual no tuvieron el menor escrúpulo en mantenerle prisionero.

Carrera sintió mucho la pérdida de la plaza de Arauco, y resolvió volver a tomarla, porque sabía las muchas ventajas que el enemigo sacaría de ella. Bien que justamente en aquel instante tuviese recelos de verse atacado por todas las fuerzas de Sánchez, no obstante, destacó inmediatamente al teniente coronel de milicias don Hernando Urizar con sólo veinticinco soldados, persuadido de que este corto número bastaría para apoderarse de una plaza que no tenía ni tropas ni armas; pero Carrera, obrando así, ignoraba el mucho terreno que había ganado ya la insurrección, y Urizar tuvo muy luego que darle parte de esta grave circunstancia, pidiéndole un buen refuerzo.

Carrera se lo envió, pero sólo de cuarenta hombres, fuerza muy inferior a la que Urizar juzgaba necesaria, y por cuyo motivo insistió mandando a pedir se le aumentase.

Impacientado Carrera al ver esta insistencia, y sin reparar en los grandes inconvenientes que acarrea el despertar celos en semejantes circunstancias, resolvió quitar el mando de la expedición a Urizar, y se lo dio al capitán don Juan Luna, el cual se puso en marcha con segundo refuerzo, compuesto de cuarenta granaderos mandados por el alférez Pablo Vargas. Al mismo tiempo, mandó salir por mar a don Rafael Freire con dos lanchones, el bote del resguardo y un cañón para ir a la embocadura del Carampangue y proteger el paso.

Luna se reunió a Urizar el 30 de julio en el fuerte de Colcura, y se hallaron los dos a la cabeza de ciento catorce hombres, con dos pedreros y el cañón que les llevaba Freire. Siendo esta fuerza más que suficiente para volver a apoderarse de la plaza, se pusieron en marcha con la mayor confianza, sin la menor contestación de superioridad, y unidos por sentimientos de mutua estimación. Llegaron bajo estos favorables auspicios a las orillas del Carampangue, que les parecieron mal defendidas, y resolvieron atravesar este río, bien que fuese bastante profundo

para necesitar balsas. Ya la mayor parte de los soldados habían pasado a una isla, cuando de repente vieron aparecerse un gran número de habitantes del campo, y de araucanos armados con sables y lanzas, y protegidos por dos cañones. Esta circunstancia, a la cual se juntaba la desertión de los milicianos de San Pedro de Colcura, que los acababan de abandonar, dio lugar y motivo a Luna y a Urízar para reflexionar que sería muy imprudente el ejecutar el proyectado ataque. Por otro lado, ya estaban lejos de los tiempos en que el solo grito de libertad bastaba para despertar las pasiones, y entusiasmar los ánimos; la disciplina estaba bastante relajada, no había en los soldados espíritu de cuerpo, y lejos de eso, se sentían desmoralizados, desconfiados de sí mismos y poco propios para forzar un paso, ya difícil naturalmente, y defendido por un enemigo numéricamente superior.

Después de haber deliberado, los dos jefes renunciaron a su empresa contra Arauco, y marcharon sobre Santa Juana, que tomaron sin experimentar la menor resistencia; pero desgraciadamente, los soldados se abandonaron al saqueo y al pillaje, y semejante conducta era muy propia a acrecentar el número de los enemigos de los patriotas, convirtiéndolos a la causa real.

Carrera aguardaba con impaciencia por el parte sobre los resultados de la expedición de Arauco; pero en lugar de este parte, recibió el de la retirada sobre Santa Juana, y de la toma de esta plaza, que estaba ocupada por Matamala. Bien que esta acción fuese meritoria, y ventajosa para la causa que defendía, no podía con todo eso ser puesta en balanza con la falta que los jefes de la expedición habían cometido en no llevar adelante el ataque de Arauco, y Carrera manifestó su desagrado por uno de aquellos arrebatos que tenía tan a menudo. Muy ciertamente hubiera mandado formar consejo de guerra a Luna y a Urízar, si su posición, que era bastante crítica, no hubiese templado su irritación e inspirándole un poco de prudencia¹⁷⁶; porque en aquel momento, creyó, y aun mucho después mostró tener la misma persuasión, que aquella expedición no había tenido éxito por culpa de los jefes que la mandaban. En efecto, Urízar no tenía la experiencia ni los conocimientos militares que dan prestigio al que manda, y entusiasman al soldado, llenándole de una confianza que lo hace invencible por decirlo así; pero, por otro lado, Carrera se había engañado mucho sobre las fuerzas del enemigo, que eran mucho más respetables de lo que él se había figurado, y suficientes, bien que en general estuviesen armados con sables y lanzas, para defender el paso del río, máxime estando protegidos por dos cañones, y teniendo por auxiliares a los brutales araucanos, que el gobernador de Arauco don Joaquín Martínez no había tenido escrúpulo en llamar en su ayuda.

En este particular, el influjo que dicho gobernador Martínez tenía con los araucanos hubiera podido ser fatal a Urízar causando un levantamiento que le habría cortado toda retirada, y por eso sin duda prefirió ir a echarla de valiente contra una plaza muy mal guardada, que él mismo no pudo conservar por falta de hombres, y de la que tuvo que alejarse dos días después, dejando en poder del enemigo cañones y pólvora que no hubiera perdido, si hubiese sido más avisado.

¹⁷⁶ *Diario* de J. Miguel Carrera.

CAPÍTULO XXVI

Progresos de las armas realistas. Carrera procura reorganizar su ejército para ir a atacar a Sánchez y cortar estos progresos. Dificultades que se oponen a la ejecución de su intento. Se ve rodeado de facciones. Rigores que ejerce contra el Partido Realista. Envía socorros a O'Higgins para que arroje las guerrillas enemigas sobre Chillán. Encuentro entre O'Higgins y Elorreaga. Acción de Quilacoya y de Gómero.

Después que Carrera se había retirado de Chillán, los realistas habían ganado mucho terreno, animados por la situación de los espíritus, que les era muy favorable, y por la actividad de los clérigos y religiosos en propagar la santidad de su causa, infundiendo amor y respeto por ella en los corazones, y adquiriendo cada día una superioridad incontestable, que los llenaba de confianza. Sánchez contribuía, por su parte, a este feliz resultado, manteniendo con celo y vigilancia la buena disciplina de sus tropas. Sin embargo, se hallaba aún aislado, sin comunicación con sus superiores, y por consiguiente sin contar con socorros. Esta circunstancia lo constituía por decirlo así, más bien que general del ejército, un jefe de partido, papel que desempeñaba con tanta resolución como habilidad, y le hacía merecedor del título de comandante en jefe, título que, como ya se ha dicho, debía a la casualidad.

Los oficiales generales que tenía a sus órdenes, se mostraban, a ejemplo suyo, igualmente activos y celosos por la causa que defendían. En las continuas excursiones o expediciones que emprendían, no sólo sabían sacar provecho de sus conocimientos militares sino que, también, empleaban las arterias de la política y las máximas de la religión para atraerse los descontentos, fomentando la desertión en el ejército de los patriotas, y reclutando partidarios entre los habitantes del campo, los cuales se alistaban como voluntarios bajo la bandera real. De esta manera, resarcían las pérdidas que habían tenido desde su desembarco, y organizaban, gracias a sus cuadros, que eran muy superiores a los del enemigo, compañías de milicianos, las cuales ofrecían la doble ventaja de conocer perfectamente la topografía del país, y los habitantes más útiles como defensores de su partido, en atención a que los escogidos eran hombres aguerridos, hechos al fuego desde su niñez, y para los cuales la guerra era una especie de verdadera profesión.

Con el auxilio de estas compañías, pudo Sánchez dar mucho ensanche a sus operaciones, aumentando el número de sus guerrillas, igualmente útiles para cau-

sar deserciones al enemigo, sorprender sus destacamentos y aun también sus plazas. Por la parte del norte, las que mandaban Olate, Clemente Lantaño y Oriega se avanzaban a insultar al partido contrario hasta las márgenes del Maule, y por medio de movimientos bien combinados, conseguían detener los correos y partes militares. Así tenían como estancados en Talca los cortos socorros que el gobierno enviaba a Carrera.

Por el sur, las guerrillas estaban aun mejor organizadas, gracias al tino táctico del coronel don Ildefonso Elorreaga, el cual acampado en Rere con una columna de observación, destacaba partidas en diferentes direcciones para inquietar a los patriotas. Estas guerrillas, que tenían por principal objeto el arrojar al enemigo sobre Concepción, lograron al fin, quitarle todas las plazas fuertes que poseía a la orilla del río Biobío, frontera de los indios araucanos. La ocupación de estas plazas, y el alzamiento casi general del partido de Arauco, abrieron paso fácil y seguro para Valdivia y todos los puntos ocupados por los españoles, y fueron considerados por Sánchez como una interesantísima conquista. Por eso tuvo la previsión, propia de un general hábil, de poner en ellas guarniciones bien mandadas por oficiales de instrucción y de confianza, capaces de defenderlas a todo trance. Sin embargo, las guarniciones no podían menos de ser numéricamente débiles; pero la reacción entre los habitantes habían sido tan espontánea, tan franca, y por otro lado, fundada en tales motivos de interés, que Sánchez no dudó en contar sobre su fidelidad a la causa real.

En la plaza de San Pedro puso una guarnición más respetable, en atención a su proximidad del cuartel general de Carrera, del que sólo se hallaba separada por el río Biobío, guarnición compuesta de cincuenta hombres y algunos milicianos mandados por el intrépido Quintanilla, cuyo carácter, además, daba entera confianza de que sería bien defendida la plaza.

Tal era la situación de la provincia de Concepción a fines de septiembre, y apenas se había pasado un mes después que Carrera había levantado el sitio de Chillán, cuando ya había perdido una gran parte del concepto en que estaba antes, y del prestigio que había tenido su nombre. No sólo había perdido terreno sino, también, casi todas las plazas, y él mismo se hallaba tan estrechado, que no le quedaban más que algunas leguas de costa para conservar sus comunicaciones con el gobierno, y recibir los cortos socorros que éste podía enviarle; y con todo eso, no se puede negar que este General ha mostrado en las más críticas circunstancias espíritu, tesón y voluntad firme de salvar el país de la invasión que lo afligía.

Desde su llegada a Concepción, su primer cuidado había sido reponer en buen estado las armas; pues los fusiles, por un largo servicio, y tal vez por poca limpieza, estaban inutilizados, y los cañones igualmente faltaban de cureñas y no estaban en estado de servir, no sólo los que había llevado de su malhadada expedición por caminos imposibles, por los cuales jamás había pasado ni una carreta, sino, también, las piezas mismas de Concepción, que por haber sido tan mal repuestas, se hallaban aún inservibles. A todo esto se juntaba la desgracia de haber pocos armeros inteligentes en el país, por la razón de que los buenos eran españoles de origen, habían estado empleados en los regimientos del Ejército Real y todos eran

realistas. Los pocos que se pudieron hallar se les redujo a trabajar por fuerza; y sólo por amenazas se obtuvieron de un maltés algunos moldes de barro para balas; pero después de hechos los moldes, se vio que no había materiales para utilizarlos, en atención que ni una sola barra de plomo se encontraba en el depósito; y como tampoco había mercaderes de este metal, fue preciso recurrir a los particulares, y despojarlos con violencia del que tenían en sus casas. También se echó mano de las bombas, escandallos y otros objetos pertenecientes a los buques fondeados en el puerto, así como también de la pólvora que había en ellos.

Después de haber puesto el remedio posible a estas faltas, Carrera dio su principal atención al estado de la tropa. Desde que había salido de Concepción para el sitio de Chillán, no había podido dar a los soldados ninguna prenda de vestuario, o a lo menos habían sido tan pocas, que se veían algunas compañías casi enteramente desnudas. Después de haber mandado hacer un cierto número de casacas y pantalones, encargó novecientos más de éstos, con un surtido proporcionado de camisas y de zapatos; y luego se remontaron las tiendas de campaña, indispensables en aquel tiempo en que las tropas no tenían el hábito de acampar en campo raso. Los enfermos y heridos eran trasladados a Talca; pero aun quedaron muchos en diferentes puntos, en virtud de lo cual mandó construir tres hospitales militares, que se establecieron en Collanco, Concepción y Mercedes, y en cada uno de los cuales se puso una buena guarnición para su defensa, en caso necesario, a fin de observar los movimientos del enemigo, y de contener la desertión, fomentada por los emisarios realistas.

Pero lo que le ponía en mayor cuidado era la organización de mayores fuerzas que necesitaba para volver a tomar la ofensiva, como había prometido hacerlo, a la entrada de los buenos días que se acercaban ya. En este particular, su posición era sumamente embarazosa, por hallarse, como se ha dicho, desprovisto de elementos y de dinero, y rodeado de oficiales que por la mayor parte eran procedentes de las milicias, es decir, sin la instrucción necesaria para que tuviese en ellos una entera confianza. Por otro lado, los cuadros que tenía, y que deben ser, como se sabe, la base fundamental de la organización de los cuerpos, si no eran absolutamente malos, no eran tan buenos que pudiese prometerse de ellos los pronto servicios de que hubiera necesitado, y se lamentaba continuamente de que el ayuntamiento de Santiago hubiese persistido con tanta tenacidad en tener más confianza en las milicias que en las tropas de línea, sin duda por la sola razón de que éstas eran casi siempre dudosas para el partido democrático. A pesar de todas estas grandes dificultades, consiguió por su invencible tesón el alistar un bastante crecido número de paisanos, reclutados por sus emisarios y por las guerrillas diseminadas en el interior del país, y cuya instrucción y disciplina dirigía por decirlo así él mismo en persona.

Justamente, en aquel mismo tiempo, otros emisarios del partido contrario, enviados por Sánchez, recorrían más o menos ocultamente el terreno ocupado por las tropas de Carrera, con el objeto principal de desanimar a los suyos, e inducirlos a que desertasen; y en efecto se había manifestado ya la desertión en algunas compañías de veteranos, especialmente en la Dragones, conservada en Concepción, y que se hacía muy sospechosa al Partido Liberal. Esta compañía, que conservaba la

tradición del servicio para el cual los dragones han sido instituidos, a saber, para batirse a pie como a caballo, transportarse rápidamente a un punto amenazado, u otro que se necesita atacar, y a donde la infantería no podría nunca llegar a tiempo, estaba compuesta de hombres aguerridos e instruidos perfectamente a la española. Claro estaba que semejantes soldados en tales penosas circunstancias, no podían menos de ser tan útiles como necesarios, en vista sobre todo de las dificultades que ofrecían las comunicaciones, y la especie de guerra que se hacían los dos partidos contrarios; pero no obstante todas las ventajas que podía sacar de esta compañía, Carrera resolvió reformarla por su tendencia a la insubordinación, siempre precursora, en semejantes casos, de algún acto de rebelión, y crear un cuerpo de húsares destinados al servicio de caballería ligera para descubrir, flanquear y proteger las columnas en marcha. Este cuerpo fue puesto sobre el mismo pie, y compuesto de la misma fuerza que el de la guardia nacional, y Carrera, a fin de darle un gran prestigio, lo mandó nombrar *Húsares de la Victoria*.

Además de todos estos embarazos materiales, muy suficientes ya para hacer desmayar el carácter más enérgico, Carrera tenía que luchar interiormente con los tristes presentimientos que le acongojaban acerca de su suerte futura. Las intenciones de la Junta con respecto a él se le habían hecho sospechosas, y más de una vez se pasó por la cabeza el trasladarse de su campamento a Santiago para pedir satisfacción a la Junta de la indiferencia con que miraba a su ejército, y arrojarla por la fuerza del salón de sesiones, si sobre la marcha no le daba todo cuanto necesitaban sus tropas.

Por otra parte, no podía Carrera disimularse que se hallaba rodeado de faciosos, que tenían la osadía, sino de desobedecer abiertamente a sus órdenes, a los menos, de ejecutarlas mal e imperfectamente; y para mayor desconsuelo suyo, su hermano don Juan José era en gran parte causa de ello, bien que involuntariamente, y sólo por el hecho de desaprobare sus planes con desdén, y aun de interceptar los cortos socorros que le enviaban en dinero, amenazándole aun también algunas veces de retirarse con su columna a Chillán por no servir bajo sus órdenes. Esta triste correspondencia de un hermano la debía el general Carrera a una susceptibilidad rencorosa del amor propio de don Juan José, siempre que éste tenía que ejecutar las órdenes de su hermano menor en edad, en graduación y tal vez en arrojo, y sí sólo superior en conocimientos militares y tino táctico; fatalidad tanto mayor cuanto era un pernicioso ejemplo que comprometía el poco espíritu de cuerpo que quedaba ya entre las diferentes tropas.

A pesar de todos sus trabajos y sufrimientos físicos y morales, Carrera mostraba semblante sereno a cuantos le eran sospechosos, sin manifestarse nunca descontento a no ser hablando de los realistas, respecto a los cuales no dejaba escapar ocasión alguna de inspirar miedo y aun terror, poniendo por delante las penas infamantes que tenía preparadas para los traidores y espías, y de las cuales no eximiría a las mujeres mismas. En efecto, más de una vez mandó arrestar a señoras convencidas de delitos políticos.

Así trabajaba en dominar los muchos temores que tenía por todos lados, esforzándose en dar toda su atención a los preparativos necesarios para volver a atacar segunda vez el campo de Sánchez delante de Chillán, para cuyo proyecto

tenía la mayor confianza en la cooperación de O'Higgins. Sin embargo, este jefe con quien contaba principalmente Carrera, había ya manifestado estar poseído de cierto espíritu de rivalidad; pero Carrera no podía menos de hacer justicia a su carácter resuelto, y aun más que resuelto audaz, y tal vez el único capaz de ayudarle eficazmente a ejecutar el plan de campaña que meditaba. Por esta razón, tenía mucho cuidado en atender a las necesidades de su columna, enviándole refuerzos y socorros, e instándole a no perder ninguna ocasión de molestar a las guerrillas enemigas hasta arrojarlas sobre Chillán, donde se proponía encerrarlas muy pronto.

O'Higgins no necesitaba recibir órdenes de Carrera para entregarse con cuerpo y alma a su pasión por la guerra; lejos de eso, no había para él felicidad mayor que los lauros de la victoria para sí mismo y para los valientes que mandaba, y gloria para su país. Gracias a esta noble pasión, había podido mantener la guerra con bastantes ventajas para que le fuese permitido esperar conservar todas sus posiciones hasta el momento en que Carrera emprendiese su segunda campaña. La sublevación de la jurisdicción de Arauco, la pérdida de esta plaza, y todas las demás pérdidas que habían emanado del primero de estos acontecimientos, habían alterado algún tanto su confianza en atención a los peligros que corría su familia fugitiva de la plaza de Los Ángeles, donde se hallaba cuando el comandante de la frontera don Gaspar Ruiz se vio obligado a abandonarla; pero luego que O'Higgins hubo dado disposiciones para protegerla eficazmente, ya no pensó más que en volver a tomar las plazas perdidas, las cuales consideraba ser de la mayor importancia para el enemigo, si permanecían en su poder.

La primera que proyectó tomar fue la de Santa Juana como más inmediata a su campamento, y por estar situada en el camino de Arauco. Habiendo dirigido sobre dicha plaza algunas columnas con este designio, al llegar a Talcamávida, separada sólo por el río Biobío de Santa Juana, recibió parte de que Elorreaga marchaba a su frente para atacarlo con fuerzas superiores, y naturalmente tuvo que diferir el ataque de la plaza, que muy ciertamente no le hubiera resistido, para ir al encuentro del enemigo, y ahorrarle camino. Bien que en aquella circunstancia no tuviese más que pocos hombres que oponer a Elorreaga, el cual disponía de fuerzas triplicadas, no obstante su inferioridad numérica, O'Higgins, lleno de confianza en sus pocos valientes no dudó en avanzar y descubrió luego la vanguardia enemiga mandada por el cura Valle. A penas la vio, mandó a Freire cargarla con algunos caballos, y Freire ejecutó esta orden con tanto arranque, que en un instante dicha vanguardia fue dispersada, y su comandante obligado a salvarse a pie en una quebrada.

Este feliz suceso entusiasmó de tal manera la columna de O'Higgins que sus soldados mismos pidieron ir a atacar el cuerpo que mandaba Elorreaga. O'Higgins sabía que no era dable el contrarrestar fuerzas tan superiores; pero a fin de ganar tiempo y dar a su familia el suficiente para ponerse en salvo, se resolvió a seguir el impulso de su tropa, tan conforme con el suyo propio, y atacó por el flanco derecho al enemigo con tanto ímpetu, que le forzó a replegarse detrás de la columna de infantería. Ésta se hizo firme, caló la bayoneta contra los caballos de O'Higgins, los contuvo y los abrasó con un fuego graneado perfectamente sostenido. De suerte que su temeridad le costó a O'Higgins siete muertos y algunos heridos.

Obligados a retirarse, los patriotas se dirigieron hacia Quilacoya, perseguidos con viveza por Quintanilla; pero habiendo llegado a Gómero, se hallaron apoyados por una emboscada de Freire, el cual causó tal sorpresa al enemigo, que le hizo volver las espaldas, y salvó la columna de O'Higgins, y a este mismo que estuvo a punto de ser prisionero habiendo caído al suelo por habersele roto las cinchas de la silla de su caballo. En aquel momento crítico, un soldado llamado Gabino González corrió a ofrecerle el suyo, y tal vez fue esta generosidad la que conservó a la patria uno de sus más valientes defensores.

De regreso a Quilacoya, temiendo, y con razón, alguna empresa audaz de Elorreaga, cuyo ardor no ignoraba, pensó en fortificarse en dicho punto; y en efecto, muy luego le llegó un parte de que Elorreaga avanzaba. En aquel entonces, ya las fuerzas de los patriotas se habían aumentado de dos refuerzos mandados por don José María y don Diego Benavente, y O'Higgins tenía, además, algunos cañones de campaña, de suerte que perdió todo cuidado, y en lugar de esperar al enemigo, salió de sus trincheras a su encuentro.

Habiéndolo alcanzado en Gómero, bien que la fuerza numérica de Elorreaga fuese de un batallón de infantería y de doscientos caballos, y la de O'Higgins sólo de ciento cincuenta hombres montados, resolvió éste atacar a su adversario, por uno de aquellos arranques temerarios que tenía, y en efecto se arrojó contra la caballería enemiga, que no sólo resistió al choque con firmeza sino que, a su vez, tomó la ofensiva y rechazó con ventaja a la caballería de O'Higgins. Obligado a replegarse, O'Higgins simuló una verdadera huida para atraer Elorreaga hasta la proximidad de su campamento, y, una vez incorporado con las fuerzas que había dejado en él, empeñar una acción decisiva; pero no pudo conseguirlo, porque el enemigo conoció sin duda su intento, y entonces lo cargó segunda vez y lo forzó a retirarse.

En todos estos encuentros, que duraron con cierto tesón una gran parte de aquel día, el capitán don Francisco Cuevas se distinguió brillantemente.

CAPÍTULO XXVII

Recibe Carrera algunos socorros del gobierno. Resuelve ejecutar su plan de ataque y manda a su hermano Juan José marchar con su columna sobre Bulluquín. La demora con que ejecuta esta orden le ocasiona el ser detenido por el enemigo en Membrillar, donde tiene que atrincherarse. Alcázar le niega los socorros que le pide. José Miguel Carrera le envía 300 hombres. Salida del General para el teatro de la guerra. O'Higgins ataca a Elorreaga, le obliga a pasar el Itata, y se reúne en Bulluquín con José Miguel Carrera. Acción del Roble. Guerrilla de Valenzuela atacada en Tracoyán, y muerte de su comandante.

Mientras que O'Higgins trabajaba por mantener el ardor de sus soldados, maguerriéndolos e inspirándoles la pasión de la gloria, principio del verdadero valor militar, y de amor a la patria, Carrera continuaba pidiendo y recibiendo cada día reclutas, que eran instruidos y organizados como por encanto. Hasta entonces, bien que conociese la importancia que tenía la posesión de la plaza de Arauco, se había visto obligado a temporizar sin pensar en ir a atacarla; pero no por eso dejó de enviar fuerzas a castigar la insolencia de algunos indios araucanos, los cuales se habían establecido en San Pedro, y no cesaban de hacer, desde allí, demostraciones de forfantería, que al fin le apuraron la paciencia. De suerte que envió un destacamento contra ellos, con orden de replegarse, una vez hubiese desempeñado su comisión, en atención a que se acercaba el momento de concentrar sus fuerzas en las inmediaciones de Chillán.

En efecto, llegaron el 5 de octubre los socorros tan esperados de Talca, conducidos por el coronel De la Sota, y escoltados por cuarenta guardias nacionales al mando del capitán Prieto. Clemente Lantaño los había seguido con el intento de apoderarse de ellos y de acampar en las vegas de Itata con toda su guerrilla reunida a la de Olate; pero la proximidad del destacamento de don José María Benavente, establecido en Dihueño desde la toma de la Florida, le contuvo, y el convoy pudo llegar sin accidente a su destino. Con él venía el obispo Andreu y Guerrero, hombre ardoroso, entusiasta y capaz de contrapesar el influjo de los misioneros españoles por el prestigio de su dignidad y de su ministerio.

Desde aquel momento, ya Carrera no pensó más que en llevar a ejecución el plan de ataque que había meditado y preparado desde su llegada a Concepción. En consecuencia, ya algunos días antes, después de la marcha de Benavente para ir

a desalojar el enemigo de la Florida, había mandado a su hermano Juan José, que permanecía en Quirihue, se pusiese en movimiento para ir a reunirse al ejército en Bulluquín; pero, como siempre, Juan José descuidó de ejecutar aquella orden, y no la ejecutó hasta algunos días después, de suerte que advertido del movimiento, el enemigo lo siguió y lo bloqueó en Membrillar, de donde no le fue posible salir. En tal situación, pidió socorro a Alcázar, que acaba de llegar a Talca con la expedición chilena de Buenos Aires; pero este oficial alegó para no enviarle el socorro pedido, que no tenía órdenes del gobierno para ello. Esta respuesta irritó sumamente a Juan José, y aun mucho más al General en Jefe, el cual no podía comprender que fuese sacrificada una división entera a una mera interpretación de puro capricho, por lo menos, sino de malas intenciones. Sea lo que fuese acerca de esto, Carrera se apresuró a enviarle un refuerzo de trescientos hombres, entre los cuales había cien dragones y ciento cincuenta fusileros de la guardia general acampada en Dihueño.

Al mismo tiempo, envió otro refuerzo a O'Higgins, bajo el mando de Muñoz, para que atacase a Elorreaga, que estaba acampado en Rere, y el 8 por la mañana, se puso personalmente en marcha en la dirección de Membrillar para ir a tomar el mando de todas sus fuerzas reunidas, dejando el gobierno de Concepción y de Talcahuano al coronel Spano con instrucciones reservadas.

Antes de cuarenta y ocho horas, después de la orden de ponerse en marcha con su división, ya Benavente su hallaba sobre el Itata y forzaba Lantaño, al cabo de un corto tiroteo, a desalojar y a replegarse a Urrejola, que estaba acampado en Quinchamalí. Justamente en aquel instante, llegaba Carrera cerca de las alturas del Quilo, donde supo que la división del centro había sido desbloqueada, y resolvió marchar a la Florida con la mayor parte de sus fuerzas a reunirse a O'Higgins. El ataque que éste había ejecutado contra Elorreaga no había tenido más resultado que el de coger algunos realistas, y 400 vacas encerradas en un corral; pero en el hecho de seguir la retirada al enemigo hasta las márgenes del Itata, retardaba su llegada al punto de reunión general, con gran sentimiento de Carrera, que temía se viese comprometida la división de Benavente, acampada en la Florida, por su inferioridad numérica, si la otra no llegaba para sostenerla en caso que fuese atacada.

Otro motivo de gran impaciencia para él era el retardo de los caballos, cañones y municiones que había mandado enviar de Concepción a la división de Benavente, retardo que llegó a inquietarle en términos de resolverse a retrogradar a Concepción, a donde llegó el 10.

Cuatro días después, todos los objetos arriba dichos habían sido expedidos, y Carrera se ponía de nuevo en camino para la Florida y operar su junción con O'Higgins.

Una vez reunidas las dos divisiones, emprendieron la marcha, y fueron a acampar a las inmediaciones de Pantanillos; sólo quedó en la Florida una guerrilla mandada por el teniente Cárdenas, encargado de proteger el transporte de los cañones y demás objetos que habían salido de Concepción el 14.

El 16, las dos divisiones, cuya fuerza total era de ochocientos hombres, se pusieron en movimiento, y llegaron a las 4 al paso del Itata, llamado *el Roble*. Las descubiertas tiraron algunos tiros a la proximidad del vado de las piedras, situado un poco más arriba.

José Miguel Carrera mandó acampar sus tropas en una posición cubierta de árboles y rodeada de barrancos que no fue, sin embargo, del gusto de O'Higgins, el cual propuso ir a ocupar una colina que había sobre el lago Avendaño, distante sólo de ocho cuadras del punto escogido por José Miguel Carrera. Confiado éste en la poca probabilidad de que el enemigo pudiese pasar el río, desechó el parecer de O'Higgins, y mandó plantar sus tiendas en las pequeñas eminencias que dominan el paso que tenían a la vista.

“Un cañón de 4 con 40 fusileros guardaba el paso y era sostenido por un retén de 150 granaderos y voluntarios. La Guardia Nacional, que había servido de infantería, ocupaba la izquierda de la línea de infantería y era sostenida por la caballería del capitán Benavente, que se campó en la arboleda que está al pie de la altura. La artillería se colocó en el centro de la infantería. Todo el campo se cercó de centinelas y se colocaron grandes guardias desde la hacienda de los Mardones hasta el vado del peñasco, que distaba una legua, al sur, del campamento”¹⁷⁷.

Sánchez, que tenía conocimiento del movimiento simultáneo de las tres divisiones, había mandado a Urrejola atacarlas en detal antes que operasen su junción. En aquel instante, Elorreaga llegaba bastante malo a San Javier, dejando la tropa al mando de don Pedro Asenjo para dirigirse sobre Chillán. Deseando sacar partido de aquella división, Urrejola proyectó una sorpresa a favor de la noche y dio órdenes al valiente Lantaño para que la ejecutase con Asenjo, militar no menos decidido y arrojado. Al mismo tiempo, a fin de no dar sospechas al enemigo, y de desorientarlo, mandó a Olate, que quedaba en el campamento al frente de Carrera, encendiese muchas hogueras, multiplicase las centinelas para aumentar los gritos de alerta a los oídos del enemigo, y mandase que todas las bandas de tambores tocasen la diana.

En cuanto a él mismo personalmente, se quedó de observación a poca distancia para defender el paso, y proteger, en caso necesario, la retirada¹⁷⁸.

El 17 octubre tuvo lugar la expedición. Los realistas, haciendo un gran rodeo, pasaron el río en el lugar llamado el Carrizal, junto al cerro Negro, y desde allí, por una marcha muy forzada, se dirigieron hacia el campamento de Carrera, a donde llegaron antes del amanecer.

La primera guardia que encontraron fue la del teniente don Manuel Valenzuela, compuesta de cincuenta hombres, todos durmiendo, así como también su jefe, tan lejanos de temer una sorpresa, que hasta se habían quitado los uniformes. Por consiguiente el enemigo pudo degollarlos muy a su salvo, y todos, menos el teniente y muy pocos soldados, pagaron con la vida el increíble descuido de las precauciones militares, que había tenido su jefe.

Entusiasmados con este fácil éxito, los realistas aceleraron el paso para continuar la sorpresa contra el cuerpo reunido del ejército, al cual los pocos que se

¹⁷⁷ *Diario* de José Miguel Carrera.

¹⁷⁸ Conversación con don Clemente Lantaño.

habían salvado de la primera guardia no podían haber llegado; pero aquí, las centinelas estaban vigilantes, dieron el alarma descargando sus fusiles, y uno de ellos, Miguel Bravo, prefirió dejarse inmolar antes que ceder el paso al enemigo. De suerte que las tropas tuvieron lugar para formar, hacerse firmes y recibir la carga de los realistas, sin desconcertarse.

Se siguió desde luego una acción general, en la cual todos se hallaron empeñados. El primero que se mostró a la cabeza de sus tropas fue O'Higgins, siendo también el primero que sacó su espada para rechazar la sorpresa. Se le vio mientras duró la acción siempre en los puestos más peligrosos, dando ejemplo de denuedo y de serenidad, y animando a sus soldados con palabras y hechos, a rechazar al enemigo, el cual, a pesar de su superioridad moral y numérica, se vio obligado a replegarse sobre una eminencia que se hallaba a poca distancia. O'Higgins siguió este movimiento y fue a ocupar con su columna otra lomita en frente de la del enemigo, y distante de ella cuadra y media; y así situados, los dos partidos abrieron un fuego graneado, sostenido por algunas piezas de campaña, que dirigían con el mayor acierto el capitán de artillería Morales y su teniente don Nicolás García, bajo la protección de un piquete de milicianos de Concepción, mandados por el sargento Nicolás Maruri.

En esta acción, que fue muy reñida, se distinguieron igualmente los capitanes Benavente y Prieto, los cuales también habían sido de los primeros a ponerse a la cabeza de sus compañías para rechazar al enemigo.

Desesperando de vencer la resistencia de los patriotas, los realistas cargaron a la bayoneta; pero no sólo fueron bien recibidos sino que, también, los primeros, después de haberlos rechazado, los cargaron, a su vez, del mismo modo. O'Higgins fue quien justamente en el momento en que acababa de ser herido, los cargó, forzándolos a plegar, hasta que al fin fueron puestos en derrota, con pérdida de 80 muertos, 17 prisioneros, dos cañones, 130 fusiles y algunos cajones de municiones.

La victoria de los patriotas habría sido más completa, si desde el principio de la acción no hubiesen estado privados de caballos, y si la caballería de Freire, que había salido la víspera en persecución de una guerrilla enemiga, se hubiese hallado allí. Por más que hizo don José María Benavente improvisando una con los caballos de los oficiales, y algunos otros, no bastaba esto para sacar todo el fruto posible, y que era de esperar de tan completa derrota.

Éstos fueron los resultados de la batalla *del Roble*, batalla que sin la valentía y serenidad de ánimo de O'Higgins, habría sido tal vez fatal para los patriotas, los cuales, durante las tres horas que fue sostenida la acción, no sólo resistieron con un fuego vivísimo a la superioridad de los fuegos de la expedición y de los realistas acampados al norte del Itata, bajo el mando de Olate, sino que tuvieron que rechazar repetidas cargas de una excelente caballería. Por consiguiente, no podían menos de mostrarse ufanos de la victoria, felicitándose recíprocamente de ella; pero a pesar de eso, aun les quedaba motivo de zozobra por no saber cuál había sido la suerte del General en Jefe.

En efecto, José Miguel Carrera, acampado a cinco o seis cuadras del centro del ejército, no se había mostrado por ningún lado durante la acción, y no podían

comprender este misterio. He aquí, pues, lo que había sucedido. Al punto en que despertó a los primeros tiros, salió de su tienda y encontró a don Diego Benavente en el momento en que una descarga del enemigo mató el caballo de dicho capitán. Al ver esto, quiso seguir a Benavente y algunos dragones desmontados, que se dirigían hacia una colina; pero Barnachea le detuvo rogándole esperase le ensillasen un caballo, como en efecto le trajeron el suyo, lo montó y se fue al cerro arriba dicho. Una vez allí dio algunas órdenes al capitán Morla, que ametrallaba en aquel instante a la caballería enemiga, y luego bajó del cerro con Calderón y Barnachea, y se fue hacia el oeste para reconocer por sí mismo las posiciones del enemigo. En esta exploración fue descubierto y perseguido por una guerrilla enemiga que le obligó a huir; pero viendo que le iban a dar alcance, se detuvo de repente, hizo frente y descargó en el rostro del oficial que mandaba la guerrilla una pistola que por casualidad no tenía bala. En aquel instante llegan los lanceros y le hieren de una lanzada en el costado; pero no obstante la gravedad de la herida, y gracias a la velocidad de su caballo, aún pudo salvarse arrojándose al Itata, y atravesando este río, aunque muy caudaloso. Por desgracia, cuando se vio al otro lado, Carrera se halló en tierra enemiga, cubierta por las guerrillas del bizarro Olate¹⁷⁹, y tuvo que seguir la orilla por medio de barrancos para no ser visto. Habiendo andado así hasta cierta distancia, volvió a pasar el río y se encontró en la división suya del centro mandada por su hermano a quien dijo, por la ignorancia en que estaba de cuanto había sucedido, se apresurase a ir a socorrer la otra división que creía derrotada. Pero Juan José pudo tranquilizarlo, pues ya había destacado doscientos hombres, pedidos por O'Higgins, bajo las órdenes del capitán Valenzuela, que, hubiese podido cortar la retirada al enemigo, si hubiera tenido conocimiento del resultado de la acción, marchando sobre el río en lugar de dirigirse al campo de batalla.

José Miguel Carrera, que había llegado a pie y extenuado, no quiso, con todo eso, detenerse más que el tiempo necesario para mudarse y curar la herida que había recibido. Hecho esto, montó a caballo, enviando por delante un correo con la noticia de su próxima llegada, noticia que llenó de alegría a todos en el campamento, donde al oír los peligros que había corrido, todos se sintieron conmovidos. Cuando le vieron llegar con su amigo Barnachea, que le había salido al encuentro para participarle la victoria conseguida sobre el enemigo, todos se esmeraban en ofrecerle parabienes y felicitaciones, muy sinceras en aquel momento, y exentas de todo fingimiento de envidiosa política.

En la embriaguez del gozo que experimentaba, y que duró algunos días, Carrera escribió al gobierno sobre aquellos acontecimientos un parte que, mucho después, las vicisitudes, los contratiempos y resentimientos que tuvo le hicieron negar. Hablando de O'Higgins en dicho parte, decía “que S.E. debe contarle por un soldado capaz en sí solo de reconcentrar y unir heroicamente el mérito de las glorias y triunfos del Estado chileno”¹⁸⁰.

¹⁷⁹ Según Carrera este Olate era el que lo había perseguido, pero documentos que tenemos a la vista prueban que este oficial se había quedado en el campo enemigo.

¹⁸⁰ Parte del general don José Miguel Carrera.

Tal vez este parte le había sido dictado por el entusiasmo de que estuvo poseído durante algunos días, y tal vez también lo escribió por no ponerse en contradicción con la opinión general del ejército que exaltaba altamente a O'Higgins; pues testigos oculares decían que la defensa que éste había hecho había causado una admiración extremada por la firmeza y sangre fría inauditas que había manifestado; concluyendo su elogio con asegurar que todos los honores y lauros de la victoria le pertenecían.

En efecto, O'Higgins, por la ausencia del General en Jefe, no había podido disimularse desde el principio de la acción, que la salvación del ejército quedaba bajo su responsabilidad, y desde luego desarrolló todos los recursos que poseía en su tino táctico y en su arrojo, sin pararse en la herida que recibió, ni en la muerte de su caballo que le obligó a batirse a pie.

Es verdad que en este particular muchos de sus oficiales se hallaron en el mismo caso, y siguieron su bello ejemplo. Tales fueron don Diego Benavente, capitán de la gran Guardia Nacional, y comandante interino de la general; el capitán de milicias don Martín Prats; el alférez don Alonso Benítez, el capitán Morla y otros, los cuales se mostraron igualmente denodados, especialmente el primero, que a pesar de la herida que recibió en medio del pecho, permaneció firme en la acción; por donde se ve cuanto poder tienen en corazones nobles el amor de la patria y el deseo de salvarla.

En vista de lo que acababa de suceder, José Miguel Carrera resolvió no continuar su marcha y regresar a Concepción, después de haber señalado las posiciones que debía ocupar su ejército, dividido en dos cuerpos de observación. El primero de estos dos cuerpos, al mando de O'Higgins, tuvo orden para ir a acampar a la punta del Diguillín; y el otro, bajo las órdenes de Juan José, se retiró a Bulluquín. Pocos días después, salió un destacamento de este segundo cuerpo para ir al norte del Ñuble a cubrir San Carlos y Parral, y proteger convoyes de víveres que se aguardaban de Talca.

Este destacamento, compuesto de cien granaderos, tuvo muy luego, en efecto, que escoltar uno de dichos convoyes, y se dirigía sobre Bulluquín, cuando al llegar a Tracoyán, el capitán don Pedro Valenzuela, que lo mandaba, acordó con su teniente Valverde el acampar allí. Sin embargo, lejos de acercarse la noche, aún tenían día bastante para continuar la marcha; pero se hallaron con unas damas muy bien parecidas y buenas cantarinas, y no pudiendo resistir al atractivo que experimentaron, dieron orden de hacer los ranchos.

Mientras esto hacían, se hallaba no lejos de allí una partida enemiga, cuyo comandante recibió muy luego aviso, por sus espías, así de la posición que ocupaba Valenzuela como del descuido con que se divertía, y resolvió ir a sorprenderlo. En consecuencia, formó una columna de 400 hombres, la puso al mando de don Luis Urrejola, y éste se echó a favor de la noche sobre las tropas de Valenzuela, el cual acababa justamente de entrar en su campamento, y a pesar de la sorpresa y de la oscuridad, resolvió defenderse a toda costa.

Dicho y hecho, con prontitud maravillosa el bizarro Valenzuela se formó una trinchera con cajas de galletas y con fardos de charqui o carne seca, y así en posi-

ción, animaba a sus soldados con palabras y buen ejemplo a defenderse con valor y firmeza. En efecto, hacían una brillante defensa, cuando recibió una mortal herida que le dejó aún bastante vida para continuar mandando hasta que Valverde llegó a ocupar su lugar, pero tan desgraciadamente, que al punto se sintió herido como lo había sido su capitán.

En este crítico trance, tuvo que tomar el mando el alférez Monterilla, el cual continuó la resistencia con no menos valor que sus dos jefes, rechazando durante cuatro horas ataques continuos de un enemigo superior y furioso, en términos que de los cien granaderos que componían el destacamento, ya no le quedaban más que dieciocho; tal era la mortandad y la sangre de aquella ardorosa lucha. Pero aún la crisis no había llegado a su extremo, y muy luego les faltaron municiones a aquellos valientes. Lo cual visto por Monterilla, resolvió abrirse calle a la bayoneta con los pocos soldados que le quedaban por medio del enemigo, y en efecto lo ejecutó, llegó sano y salvo con ellos a Quirihue, donde quedaron los heridos al cuidado del virtuoso Merino.

Sin duda el enemigo había experimentado muchas pérdidas; pero los pobres patriotas dejaron en aquel campo de batalla 82 muertos, sin contar los dos bizarros oficiales, cuya pérdida fue sumamente sentida en el ejército, y sobre todo por Carrera, que había puesto las mayores esperanzas en ellos.

CAPÍTULO XXVIII

Instrucción pública. Nombramiento de una junta de educación. Escuelas de primeras letras. Apertura del Instituto Nacional. Profesores que tenía. Formación de una biblioteca pública. Libertad de imprenta.

Mientras que por el sur, el ejército sostenía con más o menos buen éxito el honor de las armas chilenas, la Junta Gobernadora trabajaba en Santiago no sólo por el buen orden y la buena armonía de la sociedad sino, también, en fomentar los sentimientos patrióticos que podían salvarla y darle lustre. Los soldados de la patria arrastraban los peligros y males de la guerra, y peleaban por su libertad e independencia; sus legisladores establecían los cimientos de su civilización y de sus progresos hacia el bien y la prosperidad, y unos y otros ardían de amor por ella y anhelaban por verla colocada en el rango de las naciones más felices y más dignas de serlo.

Uno de los primeros pensamientos que habían sugerido los primeros gritos de independencia, había sido el de reformar radicalmente la educación moral e intelectual de la nación; porque si era cierto que la instrucción en general había sido hasta entonces casi enteramente descuidada, ya fuese por indiferencia o por cálculo del gobierno, con el fin muy mal entendido de dominar con menos resistencias, también lo era que había muchos sujetos capaces, y bastante instruidos para apreciar su importancia en aquel momento en que se trataba de regenerarla a toda costa. Por consiguiente, no bastaba el emplear medios y fuerzas materiales para sacar triunfante la revolución, sino que también se necesitaba alumbrar a los entendimientos para desarrollar la razón del pueblo y ponerlo en estado de apreciar su dignidad y su independencia.

En aquella época, el atraso en la instrucción era, como acabamos de decir, el fruto del descuido lamentable con que había sido mirada hasta entonces. A los nueve años, y algunas veces antes de llegar a esta edad, un muchacho había concluido el estudio de Latinidades, y pasaba a Filosofía y a sus silogismos, siempre especulativos, jamás prácticos ni aplicados a cosa alguna, y tan puerilmente ridículos como las cuestiones que el genio escolástico había imaginado para su uso. Al curso de Filosofía seguía otro de Teología, igualmente fundado en sofismas e hipótesis tan ininteligibles como inútiles¹⁸¹.

¹⁸¹ Vidaurre, *Historia manuscrita de Chile*.

Los estudios que contribuyen a la gloria de las naciones, y sirven esencialmente a labrar su felicidad material, tales como la Química, las Ciencias Naturales, la Economía Política y otras, no eran conocidas allí ni de nombre, y si desde algunos años a aquella parte se insertaban en el programa de un colegio, debido a la sabia solicitud del benemérito don Manuel de Salas, las Matemáticas, el Dibujo y la Cosmografía, la enseñanza de todo esto se hacía de un modo muy superficial y defectuoso, en primer lugar, por el poco saber de los maestros, y enseguida, por la vigilancia inquisitorial que se oponía continuamente, de un modo o de otro, a todo adelanto positivo y propio a desarrollar las facultades intelectuales de cuantos las estudiasen.

Por todas estas razones, la reforma de la enseñanza pública era de la mayor urgencia.

En el momento de ser revestido del poder, José Miguel Carrera había adoptado con el apresuramiento de un buen patriota las benéficas ideas de aquellos ilustres chilenos, y había dado órdenes para la fundación de un instituto nacional que le parecía ser el establecimiento más propio a propagar en Chile una instrucción verdaderamente nacional. Desgraciadamente, la invasión de Pareja le había obligado a salir de la capital, y había tenido que apartarse de esta gran empresa, delegando todo este importante cuidado a sus colegas, principalmente a aquéllos que la habían imaginado y que, por consiguiente, debían necesariamente poseer los secretos más propios a llevarla a cabo.

Pero antes de establecer estas escuelas superiores, se reflexionó naturalmente que era indispensable el preparar el pueblo a ellas dándole lecciones de primeras letras. Para realizar este pensamiento el gobierno nombró de comisarios de la ejecución al senador don Juan Egaña, que ha sido uno de los más celosos promotores de la instrucción chilena; al director general de estudios don Juan José Aldunate, y al rector del victorioso carolino don Francisco José de Echaurren, igualmente celosos por el bien del país. La comisión así compuesta tenía por objeto:

“El formar y presentar a la mayor brevedad un plan de educación nacional que proponga la instrucción moral y científica que debe darse a todos los chilenos, y la clase de virtudes que especialmente puedan hacer más feliz este país y en que el gobierno debe empeñar sus cuidados para transformarlos en costumbre, y hacer de ellos como un carácter propio y peculiar de los habitantes”¹⁸².

Por aquí se ve que la instrucción moral quedaba inseparable de toda otra instrucción, y que, lejos de eso, debía sobresalir como indispensable a un pueblo sencillo en costumbres y conocimientos, y que en medio de sus esfuerzos por conquistar su libertad, habría podido dejarse llevar de inspiraciones de odio y venganza tan frecuentes en contrarios partidos.

Al principio, se pensó en constituir esta escuela de primeras letras obligatoria en todas las clases de la sociedad; pero muy pronto se pudo conocer que la cir-

¹⁸² *Monitor Araucano*, N^o 29.

cunstancia de haber muchísimos habitantes en el campo, como los hay aún en el día, dejaría la ley general sin fuerza ni acción sobre ellos, y hubo que limitar las pretensiones en este particular a fomentar dicha enseñanza por todos los medios posibles, especialmente por el de comunicarla gratuitamente. Así, en un reglamento firmado el 18 de junio de 1813, se mandaba que en todas las ciudades, villas y pueblos de cincuenta vecinos fuese establecida una escuela de primeras letras, la cual debía hallarse situada en medio de la población, y costeadada por los propios del lugar, con recomendación especial de la preferencia que se había de dar a dichos gastos sobre cualesquiera otros. Tal fue la importancia que aquellos dignos patriotas dieron a la propagación de los primeros elementos de instrucción general. El reglamento prescribía, además, que en cada una de dichas escuelas debía:

“Haber un fondo destinado para costear libros, papel y demás utensilios de que necesitaban los educandos, de tal modo que los padres de familia, bajo ningún pretexto ni por título alguno, sean gravados con la más pequeña contribución”¹⁸³.

Ya se ve que el reglamento no exigía de los padres de familia más que su buena voluntad, y el útil concurso de sus hijos a aquella obra de regeneración social.

Enseguida, el nombramiento de maestros aptos y capaces reclamaba naturalmente la primera atención. En efecto, del celo y capacidad de estos maestros dependía el porvenir de la juventud que iba a ser puesta a su cuidado, y sólo hallándose ellos mismos penetrados del verdadero espíritu de su misión, podían inculcar a sus discípulos principios fructíferos de virtud y de ciencia. Ciertamente habría sido pretender demasiado el querer hallar profesores de superior capacidad en una época en que Chile no poseía aún las escuelas normales donde se forman actualmente jóvenes que, al salir de ellas, son aptos para ir a transmitir sus lecciones y demás frutos de su buena enseñanza y aplicación a las provincias a donde el gobierno los destina con este objeto. En dicha época de ignorancia, era forzoso el darse por satisfecho con encontrar sujetos de celo, y que con algunos conocimientos, tuviesen buenos principios de moral para comunicarlos a sus alumnos.

Para estas pruebas, tenían que presentar dos certificados; uno de moralidad y buena conducta, firmado por el juez del lugar, y por su cura párroco, que lo examinaba sobre los puntos de doctrina cristiana; y otro, que era una especie de diploma de capacidad, firmado por un examinador y por dos miembros del Cabildo. Se exigía de él, además de estas pruebas, la de su patriotismo: “que ha de ser, (decía el reglamento) decidido y notorio”, pues el fin que se proponía el gobierno propagando la instrucción por todos estos medios, era no sólo desarrollar las facultades intelectuales del pueblo sino, también, el reformar enteramente el carácter nacional, educándolo según las ideas del siglo, e infundiendo en los corazones el amor patrio, la más noble pasión del hombre, y el de la libertad, que engendra dignidad y propia estimación de sí mismo. Por todas estas razones, se había indicado en el catálogo de libros destinados a este género de instrucción, el *Compendio de la Historia de Chile* de MOLINA, propio, por los ejemplos de patriotismo que ofrece, a inspirarles aprecio y amor al país, el cual en aquel instante conquistaba el título de verdadera nación.

¹⁸³ *Monitor Araucano*, N° 36.

Pero aun no quedaron aquí la solicitud y las previsiones del gobierno en favor del pueblo, pues para conseguir que los reglamentos fuesen exactamente seguidos, dio al dean del Cabildo de cada localidad el cargo de visitar, a lo menos una vez al mes, la escuela, observando, aprobando o censurando el método, y cuanto se hiciese en ella; animando y dirigiendo a los maestros; y en fin, de hacer una visita general todos los seis meses, en virtud de la cual debía dar parte al gobierno de los progresos de los alumnos, del estado de la escuela y de sus rentas y gastos.

Otro parte semejante debía ser enviado tocante a las escuelas de niñas y jóvenes, escuelas con que el gobierno había dotado las provincias, y dirigidas por virtuosas maestras.

Resumiendo cuanto se acaba de decir sobre esta interesantísima materia, por medio de las escuelas de primeras letras, el gobierno conseguía infundir inteligencia al pueblo, ponerlo en la vía de alcanzar por sí mismo a satisfacer todas sus necesidades, y difundir el sentimiento de la independencia individual tan necesario para formar el espíritu nacional. Pero aun esto no bastaba; el gobierno llevaba sus previsiones más allá, y proyectaba perfeccionar las facultades intelectuales de cuantos pudiesen y quisiesen dedicarse a las carreras de las ciencias, de las letras y bellas artes, fundando el gran establecimiento conocido aun en el día bajo el nombre de Instituto.

La primera idea de esta fundación data, como ya se ha dicho, del año 1812, pero su apertura no se realizó hasta el 10 de agosto de 1813, verdadero día de gloria para aquellos ilustres filántropos que tanto habían contribuido a ella. El gobierno, acompañado del Senado, de la magistratura y escoltados de una imponente fuerza militar, honró aquella brillante función, que fue celebrada con la mayor pompa, y aplaudida con general entusiasmo.

“La capital (dice el *Monitor Araucano*) no había visto otra más digna ni sentido un placer tan delicado. Un concurso brillante y numerosísimo de toda edad, sexo y condición, bendecían al cielo y a los padres del pueblo, y se complacían en los efectos benéficos de su naciente libertad. Jamás les pareció más preciosa ni más dulce; por tanto rogaban al padre de los hombres por los firmes apoyos de esta libertad, el General en Jefe y todo el ejército restaurador. El Instituto, decían unos, se encarga de inmortalizarlos: de su seno saldrán el genio de la poesía y los talentos de la historia. Este acto, decían otros, es uno de los más interesantes de la revolución. Los pueblos que nos observan, y la posteridad que ha de juzgarnos, y que ha de contemplar con interés todos los sucesos de este memorable período, admirarán que hubiésemos podido concebir un designio semejante en medio del estruendo de las armas, y que hubiésemos llegado a plantear y concluir una obra tan grandiosa”¹⁸⁴.

Esta función tuvo lugar en el Museo Nacional, fundado en la Universidad de San Felipe. El doctor Vera abrió la sesión por un himno que respiraba los más puros sentimientos de patriotismo, y ensalzando los beneficios infinitos de las luces y de la civilización. Tras el doctor Vera, el joven don Mariano Egaña, digno here-

¹⁸⁴ *Monitor Araucano*, N° 55.

dero de la elocuencia de su padre, pronunció en nombre del Poder Ejecutivo, cuyo secretario era a pesar de su tierna edad, una relación en la cual expuso el estado de abatimiento y de ignorancia en que estaba postrado el país desde la época de la Conquista, a pesar del genio natural de los habitantes y de la fertilidad y riqueza de su territorio. Enseguida, después de haber anunciado las victorias de Yerbas Buenas, San Carlos y Talcahuano como precursoras de la independencia futura del país, les insinuó claramente que para ser dignos y merecedores de gozar de ella, necesitaban adquirir la instrucción y educación que pueden ilustrar un país, y hacer felices a sus habitantes.

“Diecinueve cátedras, continuó diciendo, de todas las ciencias; un museo que comprende todos los departamentos necesarios para sus experiencias y progresos; una educación pública gratuita, abierta a todos los ciudadanos del Estado, y auxiliados con cuantas beneficencias son posibles; unas instituciones para cimentar las costumbres de vuestros hijos en el honor y la virtud, son el resultado de las meditaciones y fatigas del supremo gobierno”.

Al mismo tiempo, les exponía Egaña muy por menor el objeto y la importancia de estas carreras, demostrando la influencia que tendrían en la prosperidad del país, puesto que todas las clases de la sociedad sacarían de ellas utilidad y provecho; religiosos, legistas, médicos, agricultores, militares, todos, y aquéllos, en fin, cuyas profesiones se ejercen por la operación del entendimiento y por la meditación. Dejándose llevar, enseguida, de la vehemencia de su discurso, concluye con un exhortó a todos sus oyentes, en estos términos:

“Padres de familia, y magistrados que sois los padres de la sociedad; ¡vosotros vais a responder a Dios, a vuestros hijos, a vuestros pueblos y al mundo entero de la negligencia que tengáis en la educación de vuestras familias y conciudadanos! Comisionados para la perfección y conducción de esta gran obra, mirad vuestro encargo; ved si hay otro más sagrado sobre la tierra; ya estáis en un círculo de donde no podéis salir sin el desprecio o la gratitud pública más grande y más bien merecida. ¡Funcionarios públicos, y todos los que vais a coadyuvar en este grandioso establecimiento; la humanidad, el decoro, la razón, la patria y el gobierno os encargan que no pongáis trabas, dificultades capciosas o nimios inconvenientes cuando se trata del bien más interesante!”¹⁸⁵.

Este discurso, que aparece lleno de patriotismo y de convencimiento, conmovió a todo el auditorio y levantó aplausos que manifestaban claramente cuan penetrados estaban todos de los bienes infinitos que les prometía. Después de Egaña, habló Echaurren, el cual, conformándose al antiguo uso, que aún se sigue alguna vez, bien que la razón lo desapruebe, pronunció otro discurso en latín.

Terminados todos estos discursos, el gobierno, los magistrados y demás autoridades que le habían acompañado, escoltados del mismo modo que a la entrada,

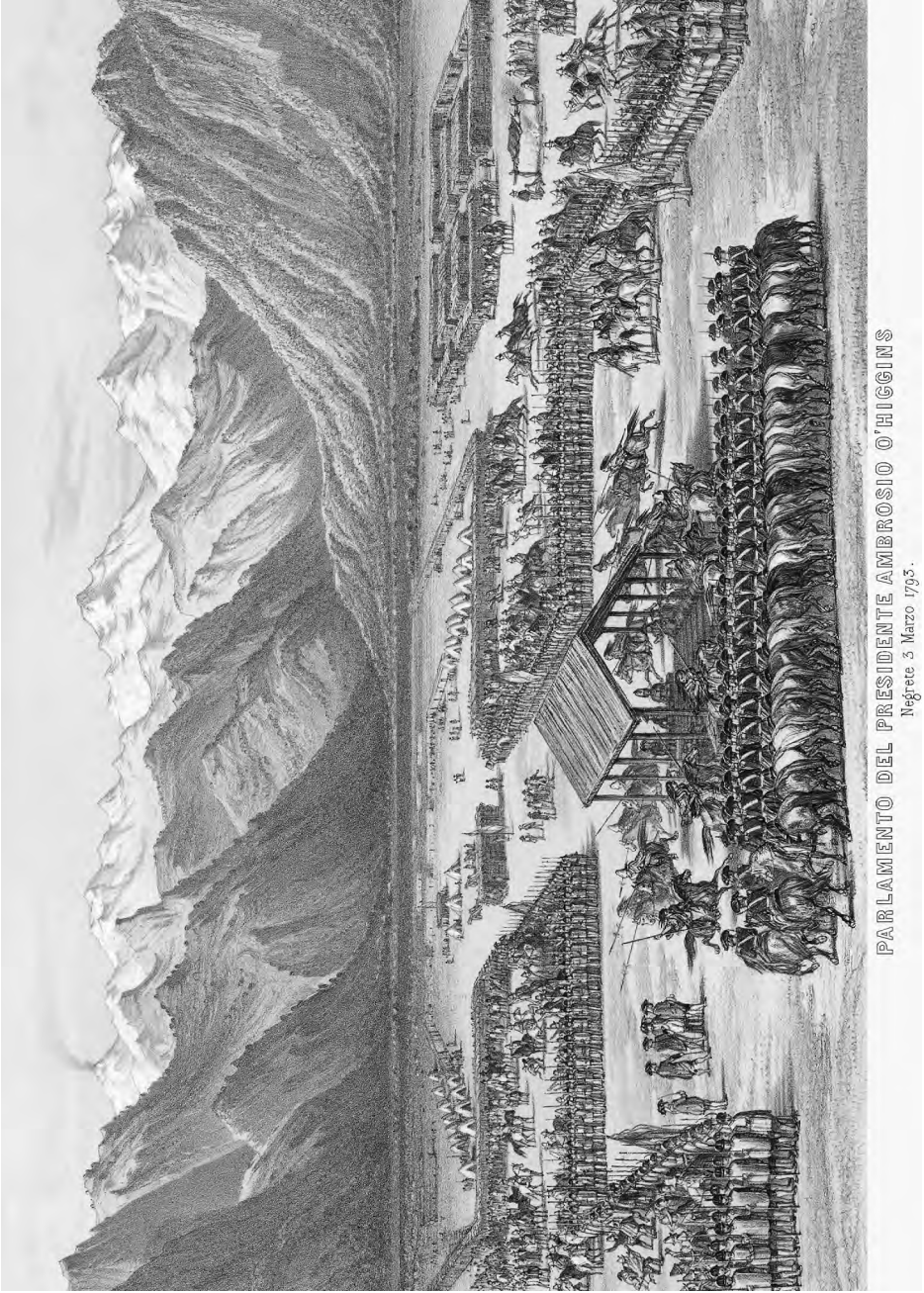
¹⁸⁵ *Monitor Araucano*, N° 56.

por las tropas con banderas tricolores desplegadas, se dirigieron al Instituto, en cuya capilla se cantó un *Te Deum*, e imploraron la protección del Todopoderoso en favor de la revolución y de un establecimiento que iba a ser un santuario de sabiduría y de virtud.

En efecto, el Instituto prometía ser un centro intelectual de donde debía salir y derramarse por todos los puntos de la república la luz y el espíritu de moralidad y de civismo que principalmente habían de contribuir a su ilustración. El programa de estudios era tan extendido como variado, y se resentía tal vez del vehemente deseo que tenían aquellos hombres, esencialmente progresistas, de propagar ideas y luces, sin pararse en los más o menos recursos que tenían para la ejecución de tamaña empresa. Según dicho programa, se había de estudiar todo lo que es concerniente a las clases inferiores, secundarias y superiores o profesionales, gratuitamente, como queda dicho, a fin de facilitar a todas las capacidades, de todos rangos y condiciones, la carrera a la cual se sintiesen inclinadas. Por consiguiente, había cursos militares, legislativos, medicales, humanitarios y aun también teológicos; y en este particular, se había resuelto, a consecuencia de un concordato entre el gobierno y las autoridades eclesiásticas, que el Seminario sería reunido al Instituto, conservando, con todo eso, todos sus derechos e inmunidades tocante a sus rentas y a su jurisdicción.

Siendo el objeto de aquel establecimiento sobremanera nacional, las autoridades mandaron que todos los alumnos llevasen un mismo uniforme, a fin de que se penetrasen desde sus primeros años del espíritu de igualdad en que se apoya principalmente un gobierno democrático; y para infundirles el amor de la patria, se les dieron sus colores emblemáticos, y cada alumno llevaba en la beca morada de su opa la escarapela tricolor sobre un fondo de diferentes colores, según la clase de estudios que seguía. Ésta era la única distinción entre todos los estudiantes del Instituto, y sólo el que se distinguía por algún mérito particular, podía, como benemérito de la juventud, poner sobre dicho emblema una corona cívica bordada de oro. Al mismo tiempo que lisonjeaba el amor propio, esta distinción era un estímulo para los demás condiscípulos, y daba cierto realce al establecimiento mismo.

Las diferentes escuelas anunciadas en el programa no se abrieron todas a un mismo tiempo, y sí sucesivamente a medida que los recursos lo permitían; y para profesores se nombraron sujetos que bien que no hubiesen hecho un estudio especial del mecanismo y de los diversos métodos de enseñanza, inspiraban, sin embargo, bastante confianza por sus luces y capacidad para dirigir los estudios, y por el esmero con que procuraban instruirse en las ciencias que habían de enseñar a sus discípulos. La mayor parte de estos profesores pertenecían al clero, porque en él se hallaba naturalmente más instrucción: don Francisco de la Puente, considerado como el padre de las Matemáticas en Chile; el cura Bejanilla tan convencido, fervoroso y entregado a los deberes de su santo ministerio, bien que la naturaleza lo hubiese hecho nacer para la mecánica por pasión y por conocimientos naturales innatos en él, por decirlo así; don Juan Aguilar de los Olivos, don José Antonio Urrutia, profesores, el primero de Sagrada Escritura, y el segundo de Dogmas e Historia de Nuestra Religión, todos éstos fueron nombrados, como lo fue también



PARLAMENTO DEL PRESIDENTE AMBROSIO O'HIGGINS

Negrete 3 Marzo 1793.

el senador don Juan Egaña, el cual era profesor de Elocuencia y de Panegírica. Otros muchos profesores de gran mérito fueron además nombrados, sobresaliendo entre ellos los presbíteros Juan de Dios Arlegui y José María Argandoña, que profesaban los Derechos de Gentes, de Economía Política, de las Leyes de la Nación y todo cuanto era concerniente a los manantiales de la riqueza, al gobierno de la sociedad y a todos los conocimientos necesarios no solamente a ciertos individuos sino, también, a todas las clases, es decir, a toda la nación, a fin de gozar de la libertad bien interpretada y entendida, y defender los derechos que le pertenecen con razones fundadas en las leyes mismas de la naturaleza.

Para poder defenderlos con la fuerza, había sido instituido en el mismo colegio un curso de Ciencia Militar, a la verdad, propio especialmente a los alumnos destinados a este ramo, y a algunos otros a quienes se querían dar algunas nociones de él. Porque en la situación del país, en aquella época, no se creía que fuese conveniente el difundir una instrucción exclusivamente civil, y se quería que los jóvenes tomasen hábitos militares, en atención a que, tarde o temprano, habrían de contribuir a la defensa del país, ya como soldados del ejército, ya como milicianos. Tales eran los motivos plausibles que había para dar a la juventud una inclinación fomentada insensiblemente con ejercicios bélicos.

Independientemente del esmero y cuidado con que la junta de educación y el gobierno escogieron excelentes profesores, también tomaron medidas para que éstos pudiesen llenar sus deberes con fruto, proporcionándoles los libros e instrumentos necesarios; y al efecto se señaló una cantidad de dinero suficiente para comprarlos en Europa, a pesar de la penuria de la Tesorería, por las guerras que la nación había tenido que sostener en el sur. Pero las cabezas chilenas tenían tanto anhelo por ilustrarse, que nadie puso reparo en someterse a los mayores sacrificios.

En consecuencia, se votó también la fundación de una biblioteca en un lugar abierto a los profesores, a sus discípulos y al público, en cuyo lugar se habían de hallar reunidos los tratados más útiles para cada ramo de estudios, sirviéndose desde luego de los que había en la universidad y en otros establecimientos públicos. En esta ocasión, como en todas las de esta especie, el patriotismo de los habitantes se mostró pronto y generoso para realizar los buenos efectos de tan noble pensamiento: don Juan Egaña, Feliciano Letelier, Mateo Arnaldo Höevel y otros muchos sujetos de distinción, tanto de Santiago como de las provincias, particularmente de Talca, aprontaron su escote para la erección de dicho monumento de ciencia, destinado a alcanzar un alto grado de prosperidad, por la solicitud del gobierno, y la sabiduría de su actual director don Francisco García de Huidobro.

En medio de estos grandes esfuerzos de fomento intelectual, se presentaba naturalmente la grave cuestión de la propagación de ideas liberales por medio de la libertad de la prensa, cuestión que no olvidaron aquellos ilustres progresistas.

Ciertamente, en atención a las intenciones manifiestas del gobierno de fomentar el desarrollo de las luces por medio de la propagación de la enseñanza pública, era permitido creer que a esta enseñanza debía seguir naturalmente la libertad de comunicar y transmitir todos los medios que le eran propios, bajo la condición de que no fuesen opuestos al gobierno, ni perjudiciales a nadie. Esta condición era

tanto menos difícil de cumplir en aquella época, cuanto los periódicos eran aún raros, estaban por decirlo así en pañales y tenían ya bastante que hacer en tratar cuestiones de libertad puramente civil, sin elevarse precozmente a las gravísimas de libertades políticas. Esto es tan cierto, que el solo diario que se leía entonces era costado, en gran parte, por el gobierno mismo, y redactado por escritores que eran miembros, o apoyos de este mismo gobierno. En sus opiniones, en sus sanas intenciones y juicio recto, estos escritores consideraban un diario como un puro instrumento de la verdad y de la razón; como una centinela avanzada contra los abusos; como una salvaguardia de todo derecho legítimo y en fin, como la sola garantía de libertad individual, en los límites señalados por las leyes y tratados de Derecho Público.

Si, por otra parte, los propagadores de la civilización prevenían que tal vez las pasiones podrían tener en la libertad de la prensa un campo abierto para calumniar, provocar y oprimir a los particulares, semejante previsión no podía aun tener por objeto los intereses de aquella época, visto el estado de ignorancia en que todos se hallaban respecto a discusiones, antagonismos, rencores y combates políticos. Cuando hubiesen adelantado bastante en la carrera para conocerlos y servirse de ellos, también habrían hecho los mismos progresos para preservarse de sus malos efectos.

Penetrado el gobierno de la fuerza de todas estas consideraciones, y de lo indispensable que era la libertad de escribir y publicar sus opiniones para formar publicistas capaces de ilustrar al país y dirigir la opinión pública, sosteniendo los intereses del gobierno, que, en todo caso, deben de ser los mismos que los de la nación, se decretó por el Senado dicha libertad de la prensa la más ilimitada, puesto que por este decreto (23 de junio 1813), todos podían publicar sus ideas y opiniones en asuntos públicos y privados sin previa censura, y bajo los auspicios de un senador nombrado por el Senado mismo, para que mantuviese la ejecución del decreto, precaviendo los abusos a que diese lugar en perjuicio de los altos fines a donde se dirigía.

Para alcanzar a éstos con más certeza, se ideó no una junta de censura, sino una junta protectora, compuesta de siete vocales sorteados entre los sujetos de mayor distinción de la capital. Esta junta no tenía ningún derecho de iniciativa contra los que delinquieren en materia de escritos, y sólo podía recibir quejas, y decidir si realmente había lugar a ellas. En el caso que así fuese, el asunto era del resorte de los tribunales ordinarios, los cuales, para formar su juicio y sentenciar, debían oír al senador vigilante del decreto; por manera que la ley se presentaba como un protector del delincuente, en los límites de la justicia y del buen derecho. Ya se ve cuán bien protegida se hallaba la libertad de escribir, puesto que una queja de calumnia, supuesta bien fundada, no podía comprometer a su autor hasta que dos autoridades le hubiesen juzgado con conocimiento de causa.

Pero si el publicista tenía campo ancho para criticar los actos del gobierno, y aun los de particulares, no tenía la misma libertad para tratar de cuestiones teológicas. En un país donde los sentimientos religiosos estaban en toda su pureza, sin que nadie soñase en discutir sobre puntos de fe y de creencia, no debía ser permi-

tido aflojar este poderoso resorte de la moralidad, bien que muy seguramente no fuese de temer que ningún escritor lo hubiese intentado. Con todo eso, el gobierno tuvo por conveniente el prever este grave inconveniente de la libertad, en vista de la extensión que habían tomado las máximas filosóficas del siglo XVIII, y de la frecuencia de comunicaciones con Europa; y el mismo decreto de la libertad de la prensa, declaraba, por uno de sus artículos, “que los escritos religiosos no pueden publicarse sin previa censura del ordinario eclesiástico, y de un vocal de la junta protectora”. “Convencido (continuaba diciendo) de que es un delirio que los hombres particulares disputen sobre materias y objetos sobrenaturales”.

Por esta restricción en favor de la moral y de la sociedad entera, la fe guardaba todo su poder para resistir a falsas máximas filosóficas, continuar reinando en corazones bien nacidos y en entendimientos sanos, como lo eran, en general, los chilenos, y en fin, manteniéndose en su primitiva pureza, como principal apoyo de toda virtud, y consuelo sublime de desgraciados.

CAPÍTULO XXIX

Formación de un padrón general de los habitantes y establecimiento de un cementerio. Alarmada de los progresos de la invasión, la Junta Gobernadora exhorta los habitantes a que acudan al socorro de la patria. Estímulo que da al servicio militar. Se enarbola la bandera nacional en la plaza. Demostraciones públicas en honra del Ejército con el objeto de reanimar su moral. El Partido Realista levanta la cabeza, favorecido por los excesos cometidos al sur. Levantamiento de Santa Rosa de los Andes. Muerte del jefe de la insurrección.

Después de haber puesto la enseñanza pública a cargo de sujetos que ofrecían las mejores garantías de capacidad, instrucción y filantropía, el gobierno esperaba poder dar toda su atención y cuidado a las reformas que cada día se hacían más urgentes; pues la nueva política, como ya se ha dicho, era tan diferente de la que se había seguido hasta entonces, que en todo se notaba su novedad: costumbres, opiniones, interés privado y hasta en las mismas leyes, en cuanto éstas eran la expresión de hábitos nacionales, y una especie de reglamento puro y sencillo de una administración colonial.

Desgraciadamente, por la misma razón de que la opinión pública debía apoyarse en pruebas claras y evidentes, se formaba demasiado lentamente, y por falta de luces y de hábitos de administración republicana, los habitantes se dejaban más bien llevar que convencer, acerca del nuevo orden de cosas. Por otra parte, era muy difícil el emplear los medios enérgicos de toda revolución para introducir reformas que no podían menos de ser contrarias, por de pronto, a diversos intereses, por más que se fundasen en principios de justicia y de sabiduría. Tampoco el prestigio de los que mandaban era bastante grande para dar un fuerte impulso decisivo a dichas reformas, y dejando aparte a Infante, que tenía tanta firmeza como convencimiento, todos los demás temporizaban y obraban tímidamente, muy lejanos de la firmeza necesaria en épocas de revolución y de innovaciones, para inspirar confianza y decisión a un pueblo.

Sin duda alguna la prudencia aconsejaba en aquellas circunstancias, el respetar y no violentar derechos adquiridos, fundados en leyes escritas y vigentes, y en principios de derecho que habían servido de regla hasta entonces; pero no por eso se debían desechar reformas justas, necesarias y oportunas en aquel instante sobre todo en que la notable alteración que se veía en las transacciones legales favorecía

su introducción. Tal era la opinión de los partidarios de la revolución; pero éstos encontraban mucha resistencia por parte de los de la Constitución, los cuales consideraban ésta como piedra fundamental del Estado, sobre la cual había de descansar todo el edificio social; motivo por el cual, a pesar de los buenos deseos que los animaban en punto a reformas se mostraban débiles y tímidos.

Sin embargo, procedieron con el mayor cuidado y esmero al empadronamiento general de los habitantes, operación que no podía comprometer los intereses ni derechos de nadie. Este pensamiento había nacido ya en el tiempo que gobernaba José Miguel Carrera, y el gobierno daba tanto mayor importancia a su ejecución cuanto facilitaría muchísimo el discernimiento de acciones y reacciones de las diferentes clases de la sociedad; el de los hechos que hubiesen de ser analizados y discutidos, y serviría de base para determinar un sistema de elecciones provinciales con datos fijos, comparativos y equitativos. Por lo tanto, en una circular a los jueces mayores de las provincias, se avisaba muy particularmente a los comisarios del empadronamiento, que

“sin conocer el número de la población, las profesiones y demás circunstancias de los ciudadanos, casi no se puede emprender con cálculos seguros ningún objeto de beneficencia pública, y mucho menos se puede dar a los pueblos aquella organización y representación política que corresponde a un sistema popular”¹⁸⁶.

A fin de que esta operación produjese toda la utilidad necesaria y deseada, y se ejecutase con uniformidad en todas partes, se mandaron imprimir en gran número cuadros modelos con divisiones indicatorias del estado, de la edad, del origen, de la casta y profesión de cada individuo, como igualmente del número y de la naturaleza de establecimientos públicos, y de artesanos de cada profesión que hubiese en cada localidad; finalmente, con todas las nociones necesarias para que el gobierno pudiese mejorar la suerte del pueblo, vigilar sus intereses constantemente e introducir en los diferentes ramos de administración pública las reformas que permitía el estado del país.

Para operar y llenar dichos cuadros o estados, se nombraron juntas compuestas de sujetos los más aptos e instruidos de cada lugar, haciendo responsable al juez mayor de la provincia de los yerros y descuidos que fuesen cometidos.

Todo cuanto se hizo, fuera de este empadronamiento, por la administración del país, fue de poca importancia, en general, considerado desde el punto de vista de organización social, y se redujo a reglamentos que, por la mayor parte, eran de la competencia de los ayuntamientos. Por ejemplo, se hizo uno en Santiago contra los regatones para que no revendiesen los abastos públicos, por el perjuicio que esto causaba a los compradores. Se fijaron aranceles de médicos y boticarios. Se dieron providencias para cortar los funestos efectos de ciertas enfermedades, que se propagaban con espantosa prontitud; y para evitar nuevas contribuciones en aquellos momentos de considerables desembolsos, se tomaron medidas rigurosas

¹⁸⁶ Circular al juez mayor de cada provincia del reino.

acerca de las administraciones de tabacos, y papel sellado, en las cuales había intolerables abusos.

Una verdadera y feliz innovación fue la del establecimiento de un vasto cementerio o panteón, al norte de la villa, para evitar el mal influjo de los vientos del sur, que son allí los vientos siempre reinantes. Hasta entonces, se habían enterrado los muertos en las iglesias, o al lado, con gravísimo daño de la salud de los habitantes. En el congreso de 1811, algunos miembros recordaron que dicha costumbre había sido vituperada por los concilios de Braga, Maguncia, Nantes, Milán, etc., y que Carlos IV, en una circular de 1805, la había prohibido; y opinaron, en consecuencia, que conformándose al tenor de dicha circular, se debía prohibir que nadie, de ningún estado ni condición, fuese enterrado en la iglesia; proposición que había sido tomada en consideración.

Todos estos decretos o reglamentos, a veces más bien teóricos que prácticos, no presentaban el carácter de una verdadera utilidad general, puesto que casi siempre se limitaban, en su aplicación, a las necesidades de la capital, y se resentían además de la timidez que se notaba en todos los actos del gobierno de aquella época. Es verdad que la situación del país no era propia a favorecer los proyectos e intenciones de aquellos buenos patriotas en cuanto a operaciones de organización administrativa, para las cuales se necesita gozar de reposo y tranquilidad de ánimo. Cuando todos, por todas partes, suspiraban por ver renacer el buen orden, la guerra encendida en el sur los llenaba de zozobra; la invasión obraba insurreccionando, y había hecho rápidos progresos en la provincia de Concepción, cuyos habitantes se habían declarado, la mayor parte, en su favor; casi todas las plazas habían caído en su poder, y Carrera, después de haberse visto obligado a retirarse, tenía muchísimo trabajo en rehacer sus fuerzas para oponerse a un enemigo que había ya tomado la ofensiva.

Todo esto no podía menos de poner en cuidado a la Junta Gobernadora, forzándola a dar su primera y principal atención a los asuntos militares que, en aquel instante, eran el áncora de salvación para el país. Desgraciadamente, los recursos del erario estaban lejos de bastar para levantar y armar nuevas tropas; mas, sin embargo, y gracias al patriotismo de ciertas clases de la sociedad, los donativos voluntarios, hechos con una generosidad que recordaba los primeros momentos de entusiasmo de la revolución, remediaron en mucha parte aquel estado de penuria. Los miembros del Poder Ejecutivo continuaban dando un bello ejemplo de desprendimiento, haciendo dejación de sus sueldos, que creían más necesarios al Estado que a ellos mismos; los empleados soportaban un descuento en sus pagas, y los particulares los imitaban con donativos proporcionados a sus facultades. Los que no tenían dinero que dar, ponían a la disposición de la autoridad partes o porciones de casas de mucho rédito. El coronel de milicias don Manuel Barros se ofreció a albergar en su hacienda todas las viudas de soldados del regimiento de Melipilla, muertos en la guerra. En fin, don Vicente Íñiguez llevó su generosidad hasta armar a sus expensas un buque mercante anclado en el puerto de Valparaíso.

Todos estos recursos, juntos a los que el gobierno había pedido de oficio a los negociantes y a los particulares pudientes de la república, permitían hacer frente

a los gastos de mayor urgencia; pero no bastaba esto. Lo que se necesitaba era inspirar ardor marcial a la juventud, estimulándola con el ruido y el aparato de preparativos bélicos. No teniendo el país fábricas de armas, el gobierno prometió grandes recompensas a los armeros desconocidos que se presentasen con la capacidad suficiente para remediar esta gran falta, y muy pronto el nombrado José Antonio Díaz fabricó y presentó, como muestra, un fusil que mereció una completa aprobación. A este armero, el gobierno le mandó dar cien pesos de recompensa, y el título de alférez de milicias en el regimiento de Aconcagua.

Igualmente fueron votados socorros a las viudas de los militares muertos en acciones de guerra, y estos socorros fueron sorteados, al aniversario de la Independencia, el día 18 de septiembre.

Fueron exentos de toda leva y servicio militar todos cuantos trabajaban en el acopio y preparación del salpetre.

En vista de la falta de caballos, cuyo número era ya muy insuficiente para el servicio, el gobierno dispuso suprimir los derechos que pagaban, al entrar en el territorio de la república, los que se sacaban de Mendoza y de sus cercanías.

Tomadas estas providencias temporales, el poder pensó en sostenerlas por el eficaz auxilio de actos de gobierno puramente morales y religiosos con rogativas públicas y generales tanto en la capital como en las provincias; medios cuyo influjo poderoso en los ánimos conocía el gobierno, y por cuya razón los empleaba frecuentemente. Consecuente en este principio, y hallándose poseedor de la placa de la orden de Santiago, tomada en el equipaje de Pareja, dedicó dicha placa al santo de la orden, que era también patrón de la capital y de la república, ordenando se hiciese en esta ocasión una imponente función religiosa, invocándolo e implorando su protección para alcanzar victoria.

Para el efecto, la placa de la orden fue depositada el 5 de junio, en manos del Cabildo Eclesiástico, y el día siguiente los canónigos celebraron dicha función con la mayor pompa y ostentación, con asistencia de todas las personas de distinción de la ciudad y de las autoridades civiles y militares.

Algunos días después, se celebró otra no menos imponente con el motivo de sustituir la bandera nacional a la española, que aún se veía tremolar en los edificios públicos, y esta función fue tanto más solemne, cuanto se escogió justamente el día del *corpus* para celebrarla. Hasta entonces, no se había conocido en el país sino la escarapela tricolor, y fue aquél el primer día en que se vieron los tres colores resplandecer en la bandera, símbolo de la nacionalidad que acababa de emancipar a los chilenos.

Tuvo entonces el gobierno una feliz coyuntura para dar pruebas de que estas funciones no eran un puro y vano ceremonial, y de que realmente estaba poseído de solicitud por el pueblo. La provincia de Concepción se hallaba, en aquel momento, en el estado más deplorable, a consecuencia de los excesos cometidos por una banda de forajidos, los cuales eran todos miserables desertores. No siendo posible el pagar todos los daños y perjuicios hechos por aquellos malvados, el gobierno determinó indemnizar a los más perjudicados por ellos, y dar esperanzas a todos de que se pondría remedio eficaz a sus vejaciones tan pronto como las circunstancias

lo permitiesen. En consecuencia, fue decretado que se remitiese una cantidad de 10.000 p. a la provincia de Concepción para repartirla entre los más necesitados. Al mismo tiempo, se mandó también fuesen puestas grandes restricciones en el recobro de ciertas contribuciones de que abusaban malos empleados, y aun también algunos simples particulares por propio interés y provecho. Ciertamente, eran estas providencias muy propias a hacer menos insoportables los males inherentes a la guerra, y a moralizar en cierto modo lo que había de malo en la revolución.

Era éste un objeto esencial en que la Junta Gobernadora ponía el mayor esmero, y las tropas sobre todo que estaban a su vista se impregnaban maravillosamente de los buenos efectos de esta sana política. Tan pronto como llegaba la noticia de una victoria alcanzada por el ejército del sur, noticias que por desgracia llegaban rara vez, se veían al punto los militares y ciudadanos mezclados unos con otros sin distinción y como verdaderos hermanos, manifestar a una el entusiasmo de que estaban poseídos, y su decisión de salvar la patria. Los ciudadanos, en tales ocasiones, se deshacían en muestras de afecto y en alabanzas a los defensores de la patria, y ensalzaban los rasgos de magnanimidad y de virtud que hacían aún más recomendable su valentía. Los militares que por cualquier motivo o circunstancia llegaban a la capital, después de una batalla en que se habían hallado, estaban seguros de ser recibidos con el más cordial afecto, y aun con demostraciones de aparato y regocijo público, si llegaban en cuerpo.

Hubo una de estas ocasiones en que la capital llevó al extremo esta especie de fiestas triunfales, y esta ocasión fue la entrada en la ciudad de una columna de caballería que se había batido en el combate de San Carlos, y que llegaba conduciendo los prisioneros de guerra que se habían hecho, bajo las órdenes del teniente coronel don José Antonio Valdés. Dicha columna entró precedida en la capital, y seguida de un gentío inmenso, por medio de la tropa de la guarnición tendida, formando calle, con música, repique de campanas y aclamaciones, pruebas tan evidentes como ruidosas del entusiasmo universal que causaba aquel acontecimiento. Las autoridades salieron a recibirla a la puerta de la ciudad, y luego desfiló por debajo de arcos triunfales en los cuales se leían inscripciones propias de la circunstancia, y que manifestaban evidentemente el reconocimiento que todos tenían a los defensores de la patria.

Pero de todos estos recibimientos el más brillante fue el que se hizo a los trescientos valientes que, a principios del año 1811, habían sido enviados al socorro de sus hermanos de Buenos Aires. Los patriotas, para honrarlos y festejarlos, fueron a su encuentro hasta la villa de Los Andes, y los acompañaron a Santiago, donde, por todas partes, se les habían preparado arcos triunfales. La Junta Gobernadora salió en cuerpo a cumplimentar a su jefe, que era don Andrés Alcázar, el cual, en respuesta a un oficio en que el gobierno le manifestaba su alta satisfacción, decía, que a pesar de los mil contrastes de su larga expedición, deseaban tener una pronta ocasión de arrostrar el enemigo, prontos a sacrificar su vida antes que sufrir que el suelo sagrado de la independencia fuese pisado por aquella banda de piratas.

No obstante el celo y el esmero que ponía el gobierno en fomentar los buenos principios y motivos de la revolución, dándole el prestigio conveniente para

alimentar la confianza de sus defensores, la reacción hacía visibles y notables progresos, extendiéndose de un modo alarmante; fatalidad que era debida principalmente a los males que ocasionaban los desertores en la provincia de Concepción, donde por todas partes gemían los habitantes y vivían temblando de los funestos efectos de la anarquía. Había insensatos que, por la mayor parte, eran los que se dejaban subyugar por falsas máximas religiosas, y por pérfidos consejos de sacerdotes, que abandonaban sin escrúpulo la santa causa de la patria por la enemiga, cuya defensa tomaban muchos de ellos. Otros, menos débiles, aunque ultrajados por sus opiniones moderadas, y perjudicados en sus intereses, perdían toda esperanza, se desanimaban y se mostraban indiferentes, sin reflexionar que los bienes preciosos de la libertad no se adquieren sino a fuerza de sacrificios. Ya hemos visto que el gobierno no había podido, por más que había hecho, recompensar más que algunos pocos, y esto de una manera bastante poco eficaz; de suerte que había infinitos descontentos que daban temores en las diferentes clases de la sociedad, y este género de mal, siempre contagioso, se propagaba y comunicaba de provincia a provincia.

Santiago, como centro de la política y de discusiones a que daban naturalmente lugar los diferentes acontecimientos que se sucedían, no tardó en resentirse de aquel triste estado de cosas. Allí había mucho espíritu realista, y las cabezas del partido procuraban interpretar como pronósticos favorables a su causa los raros partes que enviaba Carrera al gobierno, partes que las más veces llegaban incompletos, truncados y cuyo sentido, lejos de ser claro, era casi siempre confuso, embrollado, y más propio para alarmar e irritar los ánimos que para tranquilizarlos. De todo esto, los realistas sacaban o fingían sacar consecuencias fatales para el nuevo orden de cosas, profetizándole desastres, si el país no se apresuraba a refugiarse bajo las leyes que le habían protegido hasta entonces. Tales eran los medios, siempre corroborados por las insinuaciones del clero, que los realistas empleaban para atraerse de nuevo la voluntad del pueblo e inducirlo a que abandonase los principios revolucionarios, muy paralizados en aquel instante por el triste estado de incertidumbre y de crueles temores en que estaba sumergido el país.

Mientras que por un lado amenazaban e intimidaban con lúgubres predicciones a los espíritus, por otro, exageraban cuanto podían la situación ventajosísima del ejército de Sánchez, el terreno que cada día reconquistaba y la seguridad que tenía de verse muy pronto reforzado poderosamente por nuevos socorros y tropas que le enviaba el virrey de Perú.

Sin embargo, a pesar de todas estas exageraciones en sentidos opuestos, los realistas no podían menos de reconocer su impotencia, y de ver claramente que su causa había recibido desde el principio un golpe mortal. Los verdaderos patriotas trabajaban sin temor y sin descanso en llevar adelante la obra de la regeneración, porque sabían que todas aquellas osadías del partido contrario eran debidas a causas fortuitas y pasajeras; que todos sus recursos presentes y futuros no podían ser en manera alguna eficaces; que carecían de armas y municiones, y en fin, que no tenían, ni podían establecer en ninguna parte una base de operaciones. Por otra parte, había en el partido tan pocos hombres capaces que ni uno solo se hallaba

que tuviese bastantes conocimientos ni decisión para tomar sobre sí solo la responsabilidad de los acontecimientos, y por eso nunca pudieron levantar la cabeza en Santiago ni en Valparaíso, donde había, sin embargo, muchos conjurados íntimamente unidos por un sentimiento de desconfianza y de peligros comunes. En Concepción, el Partido Realista fue felizmente sofocado antes que pudiese tomar mucho incremento, gracias a la actividad del vocal Oribe y del comandante Vidal; pero no sucedió lo mismo en la villa de los Andes, que un hombre oscuro, llamado José Antonio Ezeiza, consiguió revolucionar.

Este joven, poseído de una singular audacia, y engañado por la noticia falsa de que Concepción había caído en poder de Sánchez, creyó que ya era tiempo de obrar, y el 3 de agosto, levantó el estandarte de la insurrección, a los gritos de, ¡viva Fernando VII! Menos algunos habitantes de la ciudad que fueron arrestados y no pudieron unirse a él, todos los demás se alzaron, y Ezeiza pudo formar un regimiento, nombrándose a sí mismo general. La adhesión de sus partidarios era tanto más franca cuanto les había persuadido que las ideas revolucionarias no convenían en manera alguna a la nación, y que era preciso extirparlas a toda costa, exterminando a los patriotas que comprometían la existencia de la sociedad. Muy persuadidos sus secuaces de que así era, y que por consiguiente no tendrían grandes riesgos que correr, todos se mostraron prontos a seguirle a donde quisiese llevarlos.

Tan pronto como don José Santos Mascayano, jefe político de San Felipe, capital de la provincia de Aconcagua, recibió la noticia del alzamiento de Santa Rosa, mandó formar sin pérdida de un momento a todos los milicianos de la ciudad y de las cercanías, y dio orden a don Francisco de Paula Caldera de ponerse a su cabeza y de salir al encuentro de Ezeiza, el cual avanzaba contra San Felipe. Los dos partidos contrarios se vieron las caras cerca de San Francisco de Curimón, y ya iban a venir a las manos, cuando el jefe patriota imaginó que aquellos enemigos no eran otra cosa más que una banda de hombres alucinados y que le sería tal vez fácil evitar la efusión de sangre. Con este pensamiento, se adelantó a distancia de ser oído, y les persuadió con tan claras razones que se desistiesen de su temeraria empresa, y no corriesen ciegamente a su pérdida, que la mayor parte pasaron a su bando, y otros, menos convencidos o temerosos, se desbandaron huyendo en diferentes direcciones. Entre estos últimos se hallaba el mismo caudillo Ezeiza, el cual fue muy luego alcanzado y conducido a San Felipe.

Dos días después de este acontecimiento, don José Miguel Infante, miembro de la Junta, acompañado del senador don Joaquín Echevarría, del secretario del gobierno don Jaime Zudáñez y de dos escribanos, fueron a formarle causa y pronunciaron la pena de muerte contra Ezeiza, Lagos, el médico Zapata, Herrera, Raposo, Carmona y Novas; pero sólo los dos primeros fueron al suplicio. Los demás, conducidos en primer lugar a Santiago, tuvieron la pena de muerte conmutada en destierro a las islas Malvinas, y consiguieron finalmente, al pasar por Mendoza, quedar el tiempo de su condena en dicha ciudad.

CAPÍTULO XXX

Severidad del gobierno, a consecuencia de la insurrección de Santa Rosa. Condiciones impuestas a los españoles que pretendiesen al título de ciudadanos. Proyecto de hacer gratuitas las funciones del clero, señalando sueldo a los sacerdotes. Conflicto entre el Poder Ejecutivo y el comandante en jefe del Ejército. La opinión general, en Santiago, se manifiesta contraria al jefe militar. El gobierno resuelve quitarle el mando, como así también a sus hermanos. Con este objeto, se propone un nuevo congreso para reformar la Constitución. Parte que tomaron los periodistas en este proyecto.

Los acontecimientos de Santa Rosa habían causado cierta inquietud en la capital, cuyos habitantes se mostraban sumamente irritados de tanta audacia. El autor del atentado era el objeto de la animadversión general de todos los partidos; del de los patriotas, porque éstos le consideraban como un instrumento de complot de parte de los realistas, y de estos mismos, porque había obrado inoportunamente, con poco tino y de un modo que comprometía la causa.

En cuanto al Poder Ejecutivo, sus miembros vieron en dichos acontecimientos una lección que debía servirles de regla de conducta para en adelante.

Para los hombres experimentados, no quedaba duda de que aquella temeraria tentativa no había sido sólo parto de la cabeza del caudillo, que tan mal la había conducido, y que muy ciertamente tenía otro origen y raíces más profundas¹⁸⁷. Sin embargo, aún no se sabía lo que se pasaba en Concepción; pero se notaba mucha más agitación entre los partidarios de la reacción, y aun había avisos secretos de que tarde o temprano se mostrarían a las claras con más atrevimiento y osadía que hasta entonces. En semejante estado de cosas, el primer deber de la autoridad superior era reducirlos a la imposibilidad de obrar.

Desgraciadamente, los miembros del gobierno se mostraban siempre débiles por exceso de miramientos y escrúpulos de hacerse culpables de la menor violencia. Más de una vez Infante, que conocía a fondo la importancia y los anchos límites de sus deberes, había querido alentarlos para que obrasen con la energía necesaria en circunstancias tan críticas; pero siempre se había estrellado contra

¹⁸⁷ José Miguel Carrera dice en su diario que el movimiento de Concepción estaba combinado con el de Santa Rosa.

el temor que tenían de comprometerse, máxime en vista de lo poco satisfactorias que eran las nuevas recibidas de la parte del sur. No obstante, en la circunstancia de que hablamos, se mostraron menos irresolutos, persuadidos al fin de que en tiempo de revolución no es posible gobernar si no con firmeza y decisión. En consecuencia, tomaron medidas de rigor contra todos los enemigos de las instituciones que regían al país, especialmente contra los españoles, que naturalmente eran los más temibles.

La mayor parte de éstos, con el fin de crearse derechos, y de sustraerse a la vigilancia de la policía, solicitaban el título y las prerrogativas de ciudadanos chilenos, y hasta entonces, los habían obtenido sin dificultad; pero viendo el mal uso que hacían del derecho de naturalización, el gobierno tuvo por conveniente el poner condiciones a su obtención, y resolvió el Senado que en lo sucesivo no sería concedido el título de ciudadano más que a aquéllos que diesen pruebas de una verdadera y sincera adhesión a las instituciones del país, exigiéndoles juramento, en Santiago, ante el gobierno, y en las provincias, ante la autoridad competente, de reconocer la soberanía del pueblo chileno, la anulación de todo derecho del Rey y de las cortes de España a gobernar el país, y de someterse a los decretos de la Junta Gobernadora, reconociendo a ésta como autoridad suprema.

Pero bien que el gobierno exigiese de los españoles nuevamente naturalizados chilenos estas fórmulas de juramento y sumisión, no por eso descansaba ciegamente en ellas. Lejos de eso, los hacía vigilar por el juzgado de policía, el cual castigaba el menor delito político con todo el rigor de las leyes, bien que por no alarmar las ideas de libertad que reinaban, y que eran la bandera de la revolución, se decretase, como se decretó el 7 de septiembre, que nadie pudiese ser arrestado por delito político antes de haber formado sumaria sobre el hecho.

También resolvió el gobierno que el mismo juzgado de policía exigiese de todo viajero que llegase a Santiago un pasaporte en regla; y de los dueños de todo albergue, una declaración de los extranjeros recién llegados que albergaban. Era ésta una providencia muy propia a impedir que ningún enemigo llegase ocultamente, y se tramasen complots contra las instituciones que regían, ni contra las autoridades.

Otra decisión de gran importancia fue la de vigilar al clero, cuyos miembros, por la mayor parte, no se hacían escrúpulo en agitar los ánimos y excitar las pasiones del pueblo, ya desde el púlpito ya en el confesionario; predicando en aquél máximas subversivas del buen orden, y sonsacando en éste y extraviando las conciencias; conducta reprobada por los mismos cánones de la Iglesia, y condenada, lo que es más, por máximas evangélicas. Estos excesos del clero dieron margen al canónigo don Pablo Pretes, examinador sinodal del obispado, provisor y vicario general de los monasterios, para dar un edicto contra estos confesores, exhortando a las religiosas a denunciar a sus superiores los sacerdotes que se propasasen a inculcar, en el ejercicio de su santo ministerio, opiniones contrarias a las leyes vigentes y al gobierno; cuyo edicto, para conocimiento del clero y del público, fue puesto de pasquín hasta en el coro de las iglesias.

Esta necesidad en que se vio el gobierno de tomar medidas eficaces contra el abuso que hacía el clero de su ministerio para influir secretamente en la política,

trajo a su memoria un pasado decreto del Senado en que se ordenaba fuese el clero, en lo sucesivo, asalariado por el gobierno, a fin de que el pueblo cesase de ser su tributario. Este decreto, cuyos benéficos efectos debían de ser infalibles, era en favor de los pobres y menesterosos, y conducía a facilitar casamientos que más de una vez no se hacían por falta de medios, y con gravísimo perjuicio de la moral y de las costumbres, puesto que no dejaban por eso los novios de vivir conyugalmente, como sucedía con la más desordenada frecuencia. Por otra parte, esta medida minaba la autoridad del clero, y disminuía su ascendiente sobre las conciencias y sobre las opiniones. Lo que el gobierno quería y se proponía alcanzar asalariado al clero, era sujetarlo a una obediencia absoluta a las leyes, e impedirle de predicar ideas subversivas, obligándole a no mezclarse más que en materias y asuntos de su santo ministerio. Por lo demás, el decreto de que hablamos no perjudicaba en manera alguna a sus intereses ni le quitaba prerrogativa alguna. Una pequeña fracción del clero chileno no poseía más que algunos módicos beneficios. Sólo los jesuitas habían sabido y podido hacer buenas adquisiciones; y si algunos conventos poseían entonces haciendas no eran más que las suficientes para sus existencias. Fuera de éstos, todos los demás sacerdotes y religiosos vivían de obenciones, las cuales, en razón del corto número de vecinos de cada parroquia, eran tan cortas que el Rey, como patrón de todas las iglesias de las Indias, se veía obligado a auxiliarlas costeando su fábrica, manteniendo la lámpara del santísimo sacramento, y haciendo otros muchos suministros. Por consiguiente, en nada eran perjudicados los intereses del clero por dicho decreto.

Mas, sin embargo, no por eso dejaron sus miembros de oponer mucha resistencia a su ejecución, porque no querían ser dependientes de ninguna administración, ni que su existencia se hallase expuesta a los azares de la política, ni a caprichos de los empleados de la Tesorería. Pero lo que más les animaba a resistir, es preciso confesarlo, era la perspectiva de un sistema de gobierno que alarmaba su conciencia, porque lo creían contrario a la religión, y no podían prestarle juramento, sin abjurar, a su parecer, el santo carácter de que estaban revestidos. Tal era el principal motivo de su resistencia, motivo grave que se fundaba en escrúpulos de una muy remota fecha para que no tuviese mucho poderío sobre ellos.

Todos estos conflictos entre las primeras clases de la sociedad paralizaban el arranque revolucionario, enfrían su entusiasmo y alteraban el reposo de la sociedad con no poco perjuicio del interés general; a lo cual se juntaba la fatalidad del antagonismo que existía entre los dos primeros poderes del Estado. Éstos, en efecto, se hallaban casi siempre encontrados, no en punto a principios fundamentales ni a ideas más o menos liberales, sino sobre intereses de poco momento, y muchas veces por nimias personalidades. De suerte que si el bien de la nación, o un peligro que les era común, los reunía en un parecer y en actos unánimes, su acuerdo era puramente de oficio y de cortísima duración.

Ya hemos visto, al tiempo de la salida de los hermanos Carrera para ir a oponerse a la invasión de Pareja, que el partido del Ayuntamiento había levantado la cabeza, y se había apoderado de la autoridad suprema, despojando de ella a los dos miembros Prado y Portales, los cuales, a la verdad, sólo la habían aceptado

por condescender con los deseos de José Miguel. Este nombramiento, hecho en el Senado mismo, se presentaba, por esta razón, con más realce y un carácter de legitimidad inatacable; pero por eso mismo había disgustado en alto grado a Carrera, el cual consideraba aquella junta como una reunión de todos los elementos más hostiles a su persona. Sin embargo, había disimulado su pesar, y el nuevo gobierno, por su parte, había hecho lo posible para favorecer sus proyectos militares y planes de campaña, sin pensar en otra cosa más que el interés del país, por entonces bastante comprometido. Esta unión de las dos autoridades, militar y política, era sin duda forzosa, y duró todo el tiempo que Carrera conservó la ofensiva, porque no había motivo alguno de descontento recíproco; pero se rompió tan pronto como el General en Jefe levantó el sitio de Chillán, y se supo el alzamiento de la mayor parte de la provincia de Concepción en favor de la invasión, a consecuencia de los graves excesos, de que hemos hablado ya, cometidos por patriotas.

En vista de estos acontecimientos, el gobierno, de acuerdo con la opinión general, hubiera querido quitar los mandos del ejército a una familia que comprometía su suerte y que había sometido el poder político a la autoridad militar, y desde aquel instante, todo Santiago estaba contra los hermanos Carrera. Nadie temía criticar su conducta ni contestar sus conocimientos militares, y generalmente se les atribuía la causa de los males que afligían en aquel momento a la provincia de Concepción. Todo esto se decía a las claras no sólo en sociedades particulares sino que hasta los mismos miembros del gobierno atacaban abiertamente al General en Jefe y a sus hermanos. El 18 de septiembre en que tuvo lugar la gran función del aniversario de la Independencia, el cura Arce predicó un sermón fulminante contra ellos, queriendo persuadir a sus oyentes que no había salvación para el país mientras que tuviesen un mando en el ejército nacional.

Después de este sermón, que respiraba patriotismo, la Junta Gobernadora pasó a palacio con todas las autoridades para la ceremonia del besamanos, cuya costumbre aún era guardada en el país y en el ceremonial del gobierno. Luis Carrera, que, como se ha dicho, había venido a la capital con su amigo Poinsett para sostener el nombre y fomentar el influjo de la familia, principalmente de su hermano José Miguel, se presentó también al besamanos, y pidió, en el tono más arrogante, que el cura Arce fuese castigado por el atrevimiento que había tenido predicando contra sus hermanos; añadiendo con amenaza, que si no se le daba esta satisfacción, ellos mismos sabrían tomarla.

El presidente de la Junta, que era José Miguel Infante, le manifestó la extrañeza que no podía menos de causar semejante pretensión en una solemnidad patriótica, celebrada en honra de la concordia de todos los ciudadanos; e impuso aun silencio, con sorpresa general, a don Luis Carrera, a pesar de que conociese el influjo de sus hermanos no sólo en el ejército sino, también, para con la generalidad de los patriotas. Pero una vez abiertas las hostilidades, ya se sabe que los miramientos desaparecen, y que si tal vez se observan, sólo se hace mientras que dura el ceremonial del momento.

La Junta Gobernadora había formado, en efecto, el proyecto de quitar los mandos a José Miguel Carrera y a sus hermanos; pero para dar semejante golpe, nece-

sitaba mucho tino, y emplear todas las precauciones que pedía, en atención al alto rango que ocupaba aquella familia. Tal fue la reflexión que hicieron los miembros de la Junta, los cuales se hallaban muy poco dispuestos a tomar bajo su responsabilidad una resolución que les parecía, como lo era en efecto, sumamente grave.

Bien que se hubiese tratado de todo esto con mucho misterio, no obstante, llegó a oídos de don Luis Carrera, el cual ofreció la dimisión en nombre de su hermano; pero no fue admitida por la Junta; al paso que don Luis Carrera se había negado a dar la que le habían pedido a él. De aquí surgió un pensamiento en el partido de la Municipalidad, pensamiento que era nada menos que hacer disolver la Junta Gobernadora para nombrar otra en reunión de las corporaciones, y atacar al mismo tiempo la Constitución, considerada en aquella circunstancia como parto de la arbitrariedad y de la violencia, aunque formada por influjo de la familia Larraín.

Camilo Henríquez en *el Monitor Araucano*, y Antonio Irisarri en *el Semanario*, criticaban abiertamente dicha constitución, considerándola como causa principal del estado precario de la revolución y del país. Irisarri sobre todo la atacó con una valentía que causó una sorpresa general en los lectores, y les inspiró una religiosa confianza. Superior a todo sentimiento de pusilanimidad y de temeroso disimulo, y animado, por otra parte, al ver la fermentación que reinaba en las opiniones, y la tendencia a un cambio de gobierno, Irisarri tuvo la osadía de insultar el nombre del Rey, que se leía aún en la constitución y en los decretos de la Junta, y de proclamar de su propia autoridad la independencia absoluta de la república. Enseguida, demostró la necesidad urgente de nombrar un congreso para revisar la Constitución y reformarla en todo su tenor, en atención a que, en su dictamen, era no sólo ilegítima sino, también, insuficiente, y lo que más era, desnaturalizada con el nombre de Fernando VII. Por donde se ve claramente que el objeto principal del *Semanario* era impeler los ánimos, preparándolos a grandes reformas por la energía y la persuasión de sus razonamientos, en cuyo intento se hallaba apoyado por los sujetos más influyentes de Santiago, y en particular por Camilo Henríquez, fervoroso apóstol de la nacionalidad chilena, y pronto, como lo estaba su cooperario, a sacrificar su vida para conducir la revolución a los altos fines que la Providencia le había señalado.

Gracias a los esfuerzos simultáneos de estos dos sobresalientes patriotas, la revolución siguió muy luego un nuevo giro, y tan pronto sosegada, tan pronto enérgica, según las circunstancias, adelantaba a paso largo llevando tras sí al pueblo, y aun también a aquéllos que no teniendo sistema ni partido que seguir, se mostraban moderados por temor de caer en excesos. La proposición de los dos célebres escritores halló apoyo y fue votada por la mayoría de los habitantes. La junta de corporaciones se reunió para discutir sobre los intereses de la nación, hacia el fin del mes de septiembre. Entre las cuestiones que se agitaron, todas sumamente interesantes, se halló la que era concerniente a los Carrera, de la cual se trató en un sentido que les era enteramente desfavorable. En consecuencia, se decidió, a gran pluralidad de votos, fuese convocado un congreso nacional para el primero de enero, y que la Junta Gobernadora se trasladase a Talca. Bien que el motivo de estos

dos votos no se hubiese manifestado claramente, no parecía dudoso que el objeto de la Junta era acercarse del teatro de la guerra para observar la conducta de los jefes militares, y aprovechar la primera ocasión de deshacerse de los tres hermanos Carrera, reputados peligrosos para el país y para su gobierno, el cual necesitaba ser enteramente libre e independiente de trabas y oposiciones imprudentes.

Pero en medio de todo esto, los miembros del Poder Ejecutivo, así como también los del Senado, se vieron obligados a dar su dimisión, a consecuencia de un voto que virtualmente les quitaba su carácter y autoridad. Hubo grandes debates en aquella ocasión, y para llegar a una solución, se reunió segunda vez la junta de corporaciones, el día 6 de octubre, y se decidió en ella que los dos poderes continuasen ejerciendo sus altos ministerios hasta la reunión de un nuevo congreso.

Al mismo tiempo, el partido del Ayuntamiento había alcanzado sus fines principales, que eran dar impulso a la revolución, modificar una constitución que se resentía de las tradiciones monárquicas y quitar el prestigio que tenían a los hermanos Carrera, los únicos que podían poner obstáculos a su ambición. Los miembros de la Junta, naturalmente, trabajaban por someter a sus adversarios, pero bajo de mano y sin declararles una guerra abierta. Don Francisco Antonio Pérez sobre todo, temía malos resultados de una empresa que, a su parecer, tenía visos de resentimiento y de venganza, y por no verse mezclado en ella, dio su dimisión, y fue reemplazado por el cura de Talca, don José Ignacio Cienfuegos, hombre de talento y de intriga, el cual ejercía un gran influjo en las provincias del sur, y se halló muy a tiempo en puesto y ocasión de combatir la necia credulidad de algunas cabezas que aún confundían la causa realista y la religiosa en una sola o idéntica.

Ya hemos visto cómo don Luis Carrera se había hallado en Santiago testigo de las intrigas que se urdían contra su familia, principalmente contra su hermano don José Miguel. Muy resentido de ellos, no sólo se había quejado altamente sino que, también, había dejado escapar ciertas expresiones de amenaza. En su resentimiento, no alcanzaba a comprender cómo era posible que los mismos cooperadores a la formación de la constitución, la hallasen en aquel instante defectuosa, y la tachasen de nulidad, sólo porque les parecía ser favorable a su familia, y no había sido promulgada con la plenitud de libertad que exigía un acto de tan suma importancia. Acerca de esto, más de una vez había intentado quejarse abiertamente a la Junta Gobernadora; pero la filípica que el cura Arce había lanzado contra ellos desde el púlpito, y el gran número de enemigos que tenían en la capital, le habían inducido a reflexionar que aún no era tiempo de levantar la cabeza, y resolvió volver a juntarse con su hermano a fin de deliberar con él y abrazar un sistema de defensa; pero no pudo ejecutarlo y escribió a Talca, al obispo don Rafael Andreu y Guerrero, justamente de viaje a Concepción, a donde probablemente iba por consejo de José Miguel, escoltado por una columna mandada por don Rafael de la Sota, diciéndole todo lo que se había tramado en Santiago contra su familia.

Guerrero, como ya se ha dicho, era uno de estos hombres que por su resolución y manejo, son muy útiles para reanimar las esperanzas de un partido comprometido. Sus cualidades personales, el conocimiento que tenía de las cosas y de los hombres y sobre todo su carácter de obispo, le daban mucho ascendiente sobre

los habitantes de la parte del norte; pero en Concepción no tenía esta ventaja, porque allí, todos sabían que el arzobispo de Lima, por acuerdo de un consejo de teólogos y canonistas, le negaba el título de obispo de Santiago, y le ordenaba se restituyese, en el término de quince días, a su iglesia del Paposo, donde debía de residir como obispo de Epifanía, bajo la pena de suspensión¹⁸⁸. Los miembros del clero de la provincia de Concepción, sabiendo como sabían que la sentencia del arzobispo de Lima contra Guerrero se hallaba apoyada por el concilio de Trento y por una bula de Benedicto XIV, contrarrestaban el influjo de este obispo del Paposo, y le impedían de ejercerlo en favor del general Carrera, desacreditándolo por toda la provincia. Mas a pesar de eso, no dejó Guerrero de ponerse a predicar públicamente en las calles y plazas sobre los deberes que la salvación de la patria y la defensa de sus nuevas instituciones imponían a los patriotas, siendo el primero y más esencial de estos deberes una entera y ciega sumisión a la autoridad superior militar. Estos sermones de Guerrero se extendían y ampliaban, enseguida, en proclamas llenas de sentimientos heroicos a los habitantes de la provincia, sentimientos desarrollados con la más sutil arteria, y que se dirigían al fin principal de atraer de nuevo la jurisdicción de Arauco al partido de Carrera. En este particular, el obispo Guerrero se expresaba sin rebozo, exhortando, en nombre de la religión y de la patria, a una contrarrevolución, prometiéndoles su bendición y muchísimas indulgencias.

¹⁸⁸ *Gaceta de Lima*: iviva Fernando VIII!, N° 17.

CAPÍTULO XXXI

La opinión general favorable al partido del Ayuntamiento. Arribo de los auxiliares de Buenos Aires. El gobierno se traslada a Talca, dejando en su lugar un gobernador intendente. Oficio de intimación a Sánchez y respuesta de este General. El gobierno resuelve quitar a los Carrera los mandos del ejército, contra el parecer de O'Higgins, el cual aconseja a Carrera de su dimisión. Carrera resiste apoyándose, para legitimar su resistencia, en algunas corporaciones. Toma de la montonera Fontalva. Arribada del *Portillo* a Arauco, y embarco de Cruz y de sus compañeros. José Miguel Carrera da orden para que sus dos divisiones se replieguen a él. Mackenna se va a Talca por mar, y negocia para que O'Higgins sea nombrado general en jefe. Luis Cruz renuncia, en nombre suyo y de su hermano, al mando del ejército, en favor de O'Higgins. El gobierno depone a los tres hermanos. O'Higgins va a Talca. José Miguel Carrera recibe el oficio de su reemplazo en el mando.

Ya el triunfo de la causa del Ayuntamiento no era dudoso, puesto que la opinión general se manifestaba en su favor y la revolución contra los Carrera se hacía inevitable. La Junta Gobernadora, autora de esta revolución, tenía mucho interés en aprovechar del estado de cosas, y de trasladarse con urgencia al mediodía para combinar sus planes, y trabajar en que el ejército abrazase la opinión general.

En aquel momento llegaba de las cordilleras una columna de trescientos hombres mandados por Santiago Carrera, los cuales componían el socorro que el gobierno había pedido a la república de La Plata, cuando se esparció el ruido de la invasión de Osorio en el Huasco, y llegaban llenos de ardor por la defensa de la independencia americana. El presidente de la Junta José Miguel Infante salió de la ciudad a recibirlos, con lo cual exaltó el entusiasmo de los habitantes en favor de aquellos generosos hermanos. Durante dos días hubo funciones públicas y particulares que probaban la simpatía y unanimidad de intereses y opiniones.

Este acontecimiento había dado nuevas y mayores esperanzas al gobierno, y aun le había inspirado un exceso de confianza verdaderamente pueril, en términos de que empezó a prever la rendición del ejército enemigo como forzosa, en razón de su imposibilidad de hacer frente a las tropas que iban a reforzar el ejército del sur; porque, independientemente de los auxiliares venidos de la república de La Plata, se habían ya puesto en marcha las tropas de Alcázar y se había levantado un nuevo batallón, mandado por Enrique Larenas, uno de los jefes de la expedición

de Buenos Aires, con el nombre de *auxiliar de la patria*. Todas estas tropas, muy bien armadas y equipadas, no podían menos, en efecto, de influir poderosamente en los sucesos y el resultado de la nueva campaña. En este supuesto, ya el gobierno, reunido con el Senado, había tratado de los términos y condiciones de la paz que se le había de conceder al enemigo, y de los diferentes destinos que se darían a las tropas, tan pronto como dicha paz fuese hecha; noble ilusión que probaba altamente que los miembros del gobierno pensaban lo que deseaban.

Esta confianza, real o sólo aparente, era muy propia a alimentar las esperanzas indefinidas, pero apasionadas, del pueblo, y en aquel instante sobre todo en que Santiago iba a quedar sin la Junta Gobernadora, y sin el ascendiente que ejercía sobre los turbulentos, se pensó en poner en su lugar un jefe, cuya autoridad tuviese su acción desde Santiago hasta al norte de la república.

Este hombre, con el título de intendente gobernador, era don Joaquín Echevarría y Larraín, antiguo presidente del Congreso, y enemigo de Carrera, como lo había manifestado por su conducta respecto a los autores de los complots que habían sido tramados contra él y sus hermanos, en noviembre de 1811.

Luego que este Gobernador hubo tomado posesión del mando, los miembros de la junta hicieron los preparativos necesarios de marcha y salieron para Talca el día 14 de octubre, acompañados de los auxiliares de Buenos Aires. En todas las ciudades y villas por donde pasaban, las autoridades salían a su encuentro para hacerles los honores que les correspondían y por los cuales se mostraban reconocidos, bien que hubiese en ellos visiblemente mucho espíritu democrático.

El 22, llegaron a una población que se hallaba muy agitada con la noticia de la acción *del Roble*, noticia que había llegado allí tres días antes, y que los mismos miembros del gobierno habían recibido en el camino. Con este motivo juzgaron oportuno apresurar aún más su marcha para llegar a tiempo de tomar las medidas que las circunstancias exigiesen; pero muy luego se tranquilizaron con una segunda noticia ampliativa de la primera, y por la cual vieron que lejos de temer por el ejército, podrían, al contrario, aprovechar de aquella coyuntura para tratar ventajosamente con Sánchez. En consecuencia, al día siguiente de su llegada a Talca, enviaron a dicho General al capitán don Francisco Vergara con pliegos en que le anunciaban el crecido número de fuerzas auxiliares que traían, y la necesidad en que él se hallaba de entregarse, ofreciéndole todas las ventajas que pudiese desear con los honores de la guerra.

Pocos días después, enviaron otro capitán, don Patricio Letelier, a los hermanos Carrera a Concepción, anunciándoles su arribo a Talca, con remisión de copia del oficio de intimación que habían escrito a Sánchez, oficio que no podía menos de ser irritante para el General en Jefe del ejército, a quien hubiera pertenecido el enviarlo, y sin conocimiento del cual lo había mandado el gobierno.

A dicho oficio, Sánchez contestó con otro firmado de todo el Cabildo, de los eclesiásticos y de todos los oficiales del ejército, diciendo que las proposiciones que se le hacían no serían nunca aceptadas por el gobierno que él representaba, y que aprovechaba de aquella ocasión para darles las quejas más graves contra los hermanos Carrera, los cuales debían ser considerados como autores de los males que afligían a aquella provincia, aun cuando no fuese más que como protectores

de los que ocasionaban aquellos males. En estas quejas, Sánchez se adelantó hasta poner muy en duda el patriotismo de don José Miguel Carrera, el cual, aseguraba Sánchez en su oficio, sólo trabajaba por los franceses, como le sería fácil probarlo por cartas y documentos interceptados por sus espías.

En estas aserciones del comandante de los realistas, sólo se ve que intentaba, como era natural, el desunir y aun también indisponer los dos poderes, político y militar, como lo dice el padre Martínez¹⁸⁹, para sacar provecho, en favor de su partido, de su desunión.

El Poder Ejecutivo, sin dejar de notar lo ridículo de semejantes acusaciones, y aun también asegurando a Carrera que las miraba como absurdas, no obstante se aprovechaba de ellas para arruinar el influjo de este General en Jefe, y hacerle sospechoso a los patriotas. En vista de estas intrigas, que descubrió muy fácilmente, Carrera se vio obligado a defenderse, pidiendo en alta voz y en público se le presentasen pruebas de la existencia de dichos documentos; pero semejante papel era ya demasiado humillante para el jefe de un ejército, y no podía menos de quitarle una gran parte de la consideración que había adquirido por sus sentimientos de patriotismo, y por los grandes servicios que había hecho a la causa que defendía.

En efecto, el gobierno ya manifestaba sin rebozo sus proyectos, diciendo, sin ninguna especie de reserva, que en tiempos de revolución no se debía poner el mando de la fuerza armada entre las manos de una sola familia, y que era absolutamente necesario quitárselo a la de Carrera. Después de haberse atraído los espíritus y las opiniones en Santiago, el gobierno se proponía conseguir las mismas ventajas en el sur, a los ojos mismos del ejército, cuya moralidad se hallaba ya maleada por algunos intrigantes; y aun con más certeza esperaba conseguir las de parte de los habitantes, que todos, poco o mucho, habían sido maltratados por la guerra.

Sin embargo, habiendo sido consultado sobre el caso, O'Higgins respondió: que no obstante fuese cierta la desmoralización del ejército, en el cual aumentaba la desertión de día en día, produciría fatales resultados el quitar el mando a Carrera, y que, por lo tanto, aconsejaba al gobierno renunciase a semejante proyecto¹⁹⁰.

Este consejo no tuvo el efecto que se proponía O'Higgins, porque había entre los dos partidos demasiados motivos de rencor y de animosidad recíprocos, y así, bien que hubiese sido en cierto modo pedido, dicho consejo no fue escuchado. Muy al contrario, desde aquel mismo instante, los miembros del gobierno echaron una proclama propia a bien disponer el espíritu de militares, en favor de los cuales (decía la proclama) y en premio de sus brillantes servicios, se debía pensar en reformas que proporcionasen ocasión de recompensarlos dignamente.

A los habitantes de la provincia de Concepción les hacían promesas análogas con el mismo objeto, prometiéndoles indemnizarlos de las pérdidas que habían experimentado durante la guerra.

¹⁸⁹ "Sánchez atizaba cuanto podía la desavenencia, llevado de aquel principio: divide y vence".

Historia manuscrita de la Revolución de Chile.

¹⁹⁰ Este oficio fue llevado y entregado por el teniente Arce, que se disfrazó para cumplir esta comisión.

Conversación con don Bernardo O'Higgins.

Algunos días después de haber esparcido con profusión dicha proclama, ya se atrevieron a pasar un oficio (fecha 9 de noviembre), al mismo José Miguel Carrera, exhortándolo a desistirse del mando de general en jefe del ejército.

Todo esto lo sabía ya de antemano Carrera por su hermano Luis, el cual por orden del gobierno permanecía en Talca, bajo diferentes pretextos. Sin embargo, indignado contra los autores de dicho oficio, el primer pensamiento de Carrera, después de haberlo leído, fue el resistir a las insinuaciones del Poder Ejecutivo, y de oponer a su autoridad la de una junta compuesta de las corporaciones, de militares y del cabildo de Concepción.

En efecto, una junta así compuesta y convocada por solicitud de don Salvador Andrade, se reunió, el día siguiente, en el salón del Ayuntamiento, y acordó unánimemente, que en atención a las circunstancias en que se hallaba la provincia, ni el General en Jefe ni sus hermanos podían desistirse del mando, abandonando el ejército, y que esta resolución fuese llevada a conocimiento del gobierno para que se sirviese anular la Providencia que había tomado en aquel asunto, sin lo cual se vería sin duda alguna expuesto el país a grandes calamidades.

Armado de esta decisión, que legalizaba a su parecer su desobediencia, y le dispensaba de escrúpulos que habría podido tener sin ella, Carrera no se tomó la molestia de responder al gobierno, y continuó mandando el ejército, sobre el cual fundaba todas sus esperanzas, porque creía poseer su afecto.

Sin embargo, después de la acción de Tracoyán, el enemigo, animado por el buen éxito, había hecho cuanto le había sido posible para molestar a las tropas patrióticas, insultando con frecuencia las avanzadas, y el día 11 de noviembre, había atacado en el vado de Cuca la escolta de las cosechas que iban de las haciendas cercanas a Itata. Freire, que mandaba la escolta, hace frente con resolución, rechaza al enemigo, lo carga, pasa el Itata en pos de él, y lo persigue hasta Larqui. Esta acción fue seguida de otras muchas que no tuvieron resultados importantes, porque el general Carrera no tenía entonces más que un pensamiento fijo, que era ir a atacar y tomar la plaza de Arauco, a fin de hacer toda vía de socorro imposible, o a lo menos muy difícil al enemigo.

Mientras que hacía los preparativos de esta expedición y llegaban caballos y pertrechos que había pedido a Talca, dio orden al coronel Urizar de transportarse con cien fusileros que había en Rere al otro lado del Laja, para apoderarse de Los Ángeles¹⁹¹; pero desgraciadamente, dicho Coronel tuvo tan poco éxito en esta empresa como en la que había sido puesta a su cargo anteriormente, en términos que sus soldados le miraban con desdén y muchos le abandonaron creyendo que había traición en su conducta.

El teniente Juan Felipe Cárdenas fue mucho más feliz en Tarpellanca, Hualqui y otros puntos donde batió completamente al enemigo.

El teniente de dragones don Esteban Manzano lo fue aún mucho más. Este oficial, en una de sus correrías, tuvo el buen acierto de destruir una audaz montonera,

¹⁹¹José Miguel Carrera: *Diario manuscrito*. Según don Diego Benavente, esta expedición tenía por objeto ir a atacar las tropas destinadas a escoltar los prisioneros de Chillán a bordo del *Potrillo*.

Memoria, p. 114

haciendo prisioneros a sus motores Dámaso Fontalva, su yerno y su sobrino, los cuales fueron fusilados inmediatamente, por orden de Carrera, así como también los milicianos sorteados para sufrir la misma pena.

En medio de todo esto, Carrera se vio paralizado en la ejecución de sus proyectos contra la plaza de Arauco, por la arribada del bergantín *Potrillo* a aquella plaza con socorros para los realistas, y orden para transportar a Lima los prisioneros de guerra que habían hecho.

Entre dichos prisioneros, se hallaba el digno coronel Cruz, que O'Higgins hubiera querido salvar a toda costa. Su división ocupaba entonces la junta del Diguillín, y por consiguiente estaba próxima al camino que debían seguir. Con este proyecto, pidió permiso al brigadier J. José Carrera para ir a atacar la escolta, que era de quinientos hombres, a fin de rescatar a sus compañeros de armas, rogándole al mismo tiempo le enviase los caballos de que pudiese disponer. Desgraciadamente, el proyecto de O'Higgins no pudo realizarse, y los prisioneros llegaron y fueron puestos a bordo del *Potrillo*, con gran sentimiento de la Junta Gobernadora, que, por más que hizo, amenazando a Sánchez con la represalia de enviar a Buenos Aires los oficiales que le habían cogido a bordo de la *Tomasa*, no pudo impedirlo. Es verdad que esta amenaza no era propia a persuadir al jefe realista, en atención a que dichos oficiales eran unos traidores, en su opinión.

José Miguel Carrera, por su parte, experimentó el más vivo dolor al oír esta noticia, y se apresuró a suavizar la triste posición de su amigo y compañero Cruz enviándole dinero; pero no por eso se sintió tranquilizado. Lejos de eso, Carrera deploraba más que nunca el fatal descuido del gobierno en no enviarle socorros y sobre todo caballos, de que tenía tanta falta, y que le hubiesen sido tan útiles en aquella circunstancia. Este descuido le parecía ser una verdadera conspiración contra él y contra sus operaciones militares, y con esta persuasión, visto que todas las quejas que había dado sobre este particular habían sido desoídas¹⁹², pensó en concentrar todas sus tropas sobre Concepción para poder resistir, en caso necesario, a las malas intenciones de la Junta. En consecuencia, mandó replegar las dos divisiones, una sobre la Florida y la otra sobre Curapalihue, con el pretexto aparente de cubrir Concepción, a donde llamó al coronel O'Higgins para conferenciar con él acerca de los procedimientos del Poder Ejecutivo.

En efecto, llegó O'Higgins a Concepción, y Carrera abrió con él una conferencia, en presencia del gobierno de la provincia, conferencia en la cual el primero declaró, con la franqueza digna de un militar, que ya había manifestado claramente a los miembros del gobierno, que la cesación del mando de los Carrera sería la pérdida del ejército.

Bien que la amistad de Carrera y de O'Higgins se hubiese enfriado en cierta manera, por diferentes motivos, pero sobre todo por la intimidad y el favor que el Ge-

¹⁹² Pocos días antes, Carrera había enviado a José María Benavente a decir a O'Higgins los motivos de queja que tenía contra la Junta, y la indiferencia con que ésta miraba las necesidades más urgentes del ejército, en términos de comprometerlo por su abandono. En vista de esto, añadía Benavente, no sería extraño que el General marchase con tropas sobre Santiago para disolver dicha junta. Conversación con O'Higgins.

neral dispensaba a su amigo Poinsett, el cual parecía ser su jefe de estado mayor, y su particular asesor en todos asuntos, con mucho disgusto de los jefes que servían bajo sus órdenes; no obstante esto, O'Higgins obró en esta circunstancia con la mayor lealtad, como ya queda probado por su precedente correspondencia con la Junta, y por consiguiente, no era de ninguna manera enemigo de Carrera. El que se hallaba en este caso, y que realmente podía serle hostil, por sus relaciones de parentesco con Irisarri, Echevarría y otros partidarios de la familia de los Larraín, era el cuartel maestre Mackenna. Éste fue quien tuvo la idea de quitar el mando a Carrera para dárselo a O'Higgins, y aun se atrevió a decírselo al mismo General, cuando éste le mostró el oficio de la Junta, pidiéndole, por decirlo así, su parecer en aquella circunstancia. El mismo pensamiento de Mackenna lo tenían los Mendiburu, el cura Isidro Pineda y otros, todos los cuales estaban prontos a ayudarle a realizar dicho proyecto, y lo propagaron por todas partes, y aun también en el ejército mismo, con riesgo de ocasionar oposiciones y enconos, y de dar lugar a fatales consecuencias.

Aprovechando, además de esto, de la facultad que tenía, como cuartel maestre, para obrar personalmente en los diferentes puntos ocupados por las divisiones del ejército, se embarcó en una falúa cubierta con el capitán García, excelente marino, y bajo pretexto de pasar a la isla de la Quiriquina, se fue en la embocadura del Maule, y de allí a Talca, con intención de trabajar en realizar el proyecto que meditaba.

La Junta Gobernadora le honró, bien que debiese considerarlo como un verdadero desertor, con una acogida tan favorable como opuesta y funesta a las leyes de la disciplina militar, sin duda porque llegaba con las mismas intenciones que la Junta tenía, y acerca de las cuales entró desde luego con él en conferencia.

En la conversación que había tenido Mackenna con José Miguel Carrera, éste había dicho al primero hallarse pronto y dispuesto a ceder el mando a O'Higgins, pero que en ningún caso lo pondría en manos de Porteño, como parecía pretenderlo la Junta Gobernadora. Según esta respuesta del General en Jefe, los miembros de la Junta y Mackenna mismo, dando la cosa por hecha, hablaban de ella públicamente sin la menor reserva, y aun se la comunicaron a Luis Carrera, el cual se presentó, el 25, anunciando que las intenciones de sus hermanos eran de entregar los mandos del Ejército, uno a O'Higgins, y el otro a Spano, el cual reemplazaría a su hermano Juan José en el de la Guardia Nacional.

Esta declaración, junto con las noticias dadas por Mackenna del mal estado de las tropas, y de lo favorable que le era a O'Higgins la opinión general de la provincia, persuadió al Poder Ejecutivo sería oportuno el ejecutar con resolución y firmeza el proyecto de disolver la especie de triunvirato militar que formaban los tres hermanos, y el 27 de noviembre, los depuso de sus respectivos mandos, conservándoles sus honores y grados.

En virtud de esta resolución, José Miguel Carrera debía entregar el suyo de general en jefe a O'Higgins; Juan José el que tenía a Spano, y Luis el suyo al capitán de artillería don José Diego Valdés, bien que no fuese más que interino.

El oficio que contenía estos decretos fue puesto a cargo del teniente de asamblea don Ramón Gaona y de don Gregorio Echagüe, oficial de secretaría del gobierno, los cuales salieron para Concepción a fin de que tuviese debido cumplimiento.

A su recibo, Carrera lo comunicó sin demora alguna a O'Higgins, el cual estaba alojado en la misma casa del General, diciéndole que ya podía tomar posesión del mando, y que su propia resolución era condenarse a sí mismo a voluntario destierro, emigrando a Estados Unidos tan pronto como se terminase la guerra. Pero esto fue dicho en cierto tono que hizo temer a O'Higgins una segunda intención, tal vez desconsiderada, de parte de Carrera, al cual respondió que lejos de aceptar el mando, le rogaba le diese licencia para pasar a Talca, a fin de obtener que la Junta revocase el decreto por el que se lo confería.

En efecto, salió a principios de diciembre con este objeto, escoltado por las guerrillas del teniente coronel Serrano y Esteban Manzano, encargado de una carta, en la cual Carrera se limitaba a decir a la Junta, que O'Higgins expondría verbalmente lo que pensaba tocante a su deposición del mando del ejército.

CAPÍTULO XXXII

Exasperación de Juan José Carrera, al recibo de la destitución de su mando. Empeño que pone en que su hermano desobedezca a semejante decreto. Conspiración de Tirapegui, y sentencia contra sus cómplices. Canje de las familias O'Higgins, Alcázar y otras con las que se hallaban en poder de los patriotas. Carrera convoca una asamblea para que vote socorros. Oposición que hace a la orden de dejar el mando, y arresto de Fernando Urizar por su mandato. O'Higgins se decide a aceptar el título de general en jefe, y toma posesión de este puesto con gran satisfacción de todas las autoridades. El cura Cienfuegos, miembro de la Junta es enviado a Concepción, y escribe, de acuerdo con Carrera, a O'Higgins para que vaya con urgencia a dicha ciudad. Alarma falsa tramada de noche por Carrera. O'Higgins recibe a su llegada a Penco el oficio por el cual Carrera le ha dado a reconocer por general en jefe del ejército. Al día siguiente, entra en Concepción. Digresión sobre José Miguel Carrera.

Juan José Carrera recibió el decreto que le despojaba del suyo con tanta menos serenidad de ánimo, cuanto sus continuos celos de la autoridad superior de su hermano habían sido, tal vez, la primera causa de todo esto, y le habían inducido a ser, sin caer en ello, cómplice de Mackenna, con el cual tenía íntimas relaciones de amistad; y de allí provenían los elogios que le daba el *Semanario* de Irisarri. Realmente, Juan José tenía la ambición y la esperanza de sustituir a su hermano en el mando del ejército; pero al ver cuánto se había engañado, se sintió lleno de resentimiento e hizo cuanto pudo para comunicárselo a José Miguel, induciéndole a que se pusiese en actitud de resistencia, a todo trance¹⁹³. Tales eran ya las disposiciones de su espíritu aun antes que recibiese el decreto que le quitaba el mando que ejercía, y de aquí se puede deducir su irritación luego que la recibió, que fue tal, que sin dignarse leerlo, lo laceró, lo arrojó a sus pies y lo pateó, en presencia de muchas personas. No contento con esto. Insultó a los dos enviados del Poder Ejecutivo, vituperándoles de haber tomado sobre sí el cumplimiento de semejante orden, y por fin, los mandó prender.

Esta enérgica resistencia de Juan José a la decisión tomada por la Junta Gobernadora, y su obstinación en no querer entregar los otros oficios a los oficiales a

¹⁹³ Véanse las cartas que escribía a sus hermanos, las cuales fueron interceptadas por las guerrillas de Sánchez, y publicadas en los N^o 2, 3, 4 y 5 de la *Gaceta Ministerial de Lima* del año 1814.

quienes iban destinados, exaltó la cabeza de José Miguel, el cual se resolvió a defender su honor y sus derechos, resistiendo también a las órdenes de la Junta. Para esto no carecía de medios, bien que no pudiese apoyarse sobre todo el ejército, que constaba de 2.500 soldados aguerridos; pero podía contar con un gran número de ellos, que le serían fieles y sostendrían sus pretensiones; y además esperaba que la Junta, contando entre sus miembros a Infante y Eyzaguirre, enemigos declarados del partido Larraín, no tardaría en dividirse, circunstancia que le sería favorable.

Habiendo tomado esta resolución, volvió toda su atención a la disciplina del ejército, y a las operaciones de la guerra, rechazando por un lado las guerrillas de Sánchez, y vigilando por otro las intrigas de los realistas, los cuales naturalmente procuraban aprovecharse de las disensiones que había entre las autoridades política y militar.

En efecto, Sánchez no sólo hacía una guerra continua a los patriotas, al sur y al norte de Chillán, insultándolos hasta en sus mismas trincheras, sino que, también, fomentaba, con promesas de auxilio, una conspiración cuyo objeto era operar una sorpresa contra el general Carrera, envolviendo en ella al gobierno de Concepción, a los miembros del Cabildo, a todos los jefes del Ejército y a los principales patriotas. Don Santiago Tirapegui, que había sido capitán de Dragones de la Frontera, y a quien se había permitido permanecer en su casa, después de haber estado arrestado, por sospechoso, a bordo de un buque, se puso a la cabeza de dicha conspiración, olvidando todo sentimiento de gratitud. Las fuerzas con que contaba eran las de San Pedro, mandadas por el bizarro Quintanilla; una columna que le había prometido Sánchez; una parte de la infantería miliciana y un gran número de realistas de la ciudad. Los conspiradores se reunían en juntas parciales en los diversos barrios de la ciudad, y ya estaban prontos a dar el golpe, cuando, el 21 de diciembre, el teniente coronel de milicias don Javier Solar, envió a pedir, por conducto de don Manuel Novoa, una cita a Carrera para las dos de la mañana, detrás de la iglesia de San Agustín, en cuya cita le dio muy misteriosamente el secreto de la conspiración que se tramaba contra él y contra todos los patriotas, con toda certidumbre, en atención que él mismo había sido solicitado a tomar parte en ella, por su bodeguero.

La reputación del personaje delator, su carácter sedentario y pacífico eran pruebas incontestables de la verdad, y José Miguel Carrera se apresuró a mandar arrestar a todos cuantos le habían sido delatados, encargando la formación de la causa a tres asesores, que fueron don Manuel Novoa, don Esteban Manzano y don José Vicente Aguirre. De las piezas del proceso, y de las declaraciones del mulato Narciso Cigarra y del miliciano Juan Alvarado resultaron las pruebas de la conspiración; los conjurados fueron condenados a muerte, y aquel mismo día, Tirapegui fue pasado por las armas en la plaza de Santiago. José María Reyes, Tadeo Rebolledo, Mateo Carrillo, Antonio Lobato, Hilario Vallejos y otros consiguieron escaparse, unos, y tener otros su pena conmutada en perpetuo destierro. Muchas damas tuvieron que sufrir la misma pena, como conspiradoras, y otras fueron enviadas a la isla Quiriquina, tales como doña Catalina Sepúlveda, doña Aurelia San Martín, hermana de doña Dolores Fajardo, la cual fue condenada al máximo de



SANTIAGO.

la pena, es decir, a destierro perpetuo. En fin, algunos pocos quedaron absueltos y libres, y otros que se creyeron sospechosos, como José Zapatero y Manuel Zañartu con algunos otros, se pusieron bajo vigilancia en un buque pontón.

Mientras se sustanciaba la causa, Sánchez, prevenido por espías del peligro en que estaban los realistas, escribió a los miembros de la Junta que si los prisioneros de Concepción eran condenados a muerte, usaría de represalias y mandaría sufrirsen la misma pena las familias de O'Higgins y de Alcázar, con otras que tenía en su poder.

A esta amenaza, el gobierno respondió con entereza que la ley sería ejecutada en todo su rigor, en atención a que ningún poder podía ni debía impedir su ejecución. Al responder así, el gobierno sabía muy bien que Sánchez no cumpliría la amenaza, puesto que su mujer y sus hijos estaban entre las manos de Carrera; de suerte que se ejecutó la sentencia sin que hubiese represalias de parte del jefe realista, ni otro mal resultado alguno. Lejos de eso, este acto de severidad proporcionó a Carrera más facilidad para canjear los prisioneros que tenía, y poner en libertad a sus compañeros y amigos, como se verificó poco tiempo después en la junta del Diguillín.

En la especie de conjuración que se había formado para destituir del mando a Carrera, muchos que él tenía por indiferentes, y aun también por enemigos, se declararon en su favor; pero no obstante, ya empezaba a convencerse del mal estado de su causa, viendo el mal espíritu infundido a sus tropas por las intrigas de sus enemigos, y que sus oficiales, siguiendo el ejemplo de Mackenna, abandonaban sus cuerpos. Además de esto, sus mismos amigos y partidarios mostraban menos ardor en sostenerlo y parecían dispuestos a abandonarlo. El obispo Guerrero, viendo que la buena estrella de su protector se oscurecía, tuvo la ingratitud de separarse de él, yéndose en una chalupa a San Antonio, y desde allí a Quillota, con el proyecto de embarcarse luego para Inglaterra, renunciando al obispado de Santiago, que el arzobispo de Lima, fundado en los cánones de los concilios, le había quitado.

O'Higgins, que hacía algún tiempo se hallaba en Talca, no le escribía una sola carta, que cada día Carrera esperaba con la mayor impaciencia, y el gobierno persistía en el sistema, que parecía haber adoptado, de no enviarle víveres ni dinero, a fin de que no pudiendo asistir a las necesidades de sus soldados, éstos acabasen de perder el afecto que le tenían. En tan crítica situación, Carrera no vio más recurso que el “de hacer una junta de varias de las principales personas de Concepción, para pedirles (dice Carrera mismo) que me auxiliasen con dinero y víveres, o que tuviesen entendido que a no hacerlo, formaría mi columna y marcharía con ella para Talca, abandonando la provincia, antes que pereciese el ejército”¹⁹⁴.

Se formó, en efecto, dicha junta, y para que fuese más libre e independiente en su deliberación, Carrera tuvo la generosidad de no ir a ella; pero obrando así, olvidaba que en revolución, la audacia es la madre del éxito, el cual legitima todas las pretensiones imaginables, y que sus enemigos podrían aprovechar de su ausencia para mostrarse contrarios a su demanda. Así sucedió; los partidarios de

¹⁹⁴ *Diario manuscrito* de José Miguel Carrera.

la Junta Gobernadora y sobre todo los miembros de la familia Zañartu, que tenía tantos motivos de queja y de rencor contra él, hablaron y votaron como oponentes, de suerte que tuvo contra sí una gran mayoría de votos; y aun resolvieron los miembros de la reunión llamar al General en Jefe para notificarle el resultado de su deliberación. Habiéndose presentado Carrera, Miguel Zañartu tomó la palabra, y en nombre de la asamblea y del pueblo soberano, dijo:

“La voluntad del dicho pueblo es, que V.S. deponga el mando en manos de la junta de esta provincia, para alejar los recelos que tiene el gobierno supremo de que V.S. no lo entregará al nuevo general nombrado, por cuya razón no remite los auxilios de que carecemos”.

Bien que estas palabras saliesen de la boca de uno de sus enemigos, patriota sospechoso, y pariente de realistas que José Miguel Carrera había mandado castigar; y bien que otros oradores hubiesen protestado contra las palabras *temor y sospechas*, pronunciadas por Zañartu, no obstante, la situación de Carrera era sumamente crítica, en atención a que no habiendo aún obedecido a las órdenes del gobierno, podía, rehusando igualmente obedecer a los votos de una asamblea, que él mismo había convocado, pasar por un faccioso, en cuyo caso, ya no tenía más que seguir los consejos de su hermano Juan José, el cual era hombre de mucho mayor arrojo, y de más resolución que él. Pero esto no podía ser conveniente en su posición, porque el momento no era oportuno para adoptar y tomar un partido extremo. Por otro lado, tampoco podía ni debía dejar sin respuesta la odiosa acusación con que había sido denostado, y así respondió en tono de indignación que manifestaba la conciencia que aún tenía de su superioridad:

“Mi empleo y mi autoridad, como jefe que soy de un ejército reconquistador de esta provincia, no pueden someterse sino al gobierno superior del Estado. La junta de esta provincia y los pueblos han de sujetarse a mis órdenes en la parte que corresponde. Yo sólo soy responsable del Ejército y sería un criminal si por debilidad accediese a tan locas pretensiones. Si mando aún el ejército es a solicitud del nuevo general, y con la voluntad del gobierno supremo”¹⁹⁵.

Y enseguida, volviéndose a Zañartu, le echó en cara las intrigas de su familia contra la santa causa que él defendía, con un tono tal de convencimiento que muchos de los vocales se levantaron en su apoyo. Sólo, sus enemigos particulares no se dieron por convencidos. Es verdad que éstos eran, por su desgracia, numerosos, a consecuencia del espíritu de rigor con que el General había obrado siempre para proteger eficazmente el interés de su causa, en una ciudad cuyos habitantes, generalmente, tenían relaciones de parentesco en los dos partidos contrarios. Muchos de estos enemigos se propusieron a maltratarle de palabra, y en particular Fernando Urízar fue, al día siguiente, a echarle en cara que la reunión de la víspera se había compuesto, en gran parte, de facciosos sobornados por su partido. Urízar dijo esto en tono tan insultante, que Carrera lo mandó arrestado al castillo de Penco, de

¹⁹⁵ *Diario manuscrito* de José Miguel Carrera.

donde no salió en libertad hasta el cabo de un mes, y esto por mucho empeño del coronel Alcázar.

Mientras José Miguel Carrera se hallaba ser el blanco de la malevolencia de sus muchos enemigos, y que perdía de día en día su ascendiente sobre la opinión general, O'Higgins llegaba a Talca donde fue recibido con honor y aplauso, en atención a que Mackenna había trabajado eficazmente para que fuese nombrado general en jefe. El gobierno mismo, en su oposición a Carrera, estaba tan persuadido de que O'Higgins solo salvaría la república, que este nuevo General tuvo que rendirse y aceptar el enorme peso del mando, tanto más grave en aquella sazón, cuanto el ejército se había desmoralizado, y se debía temer que llegase una nueva expedición de Perú.

O'Higgins hizo la jura y tomó posesión del mando el 9 de diciembre con universal alegría, porque todos tenían en él las más lisonjeras esperanzas. En las ciudades y pueblos del centro y del norte, las autoridades mandaron que hubiese regocijos públicos. En Santiago, ya el gobernador intendente había reunido una asamblea, antes que O'Higgins hubiese llegado a Talca, dando parte de esta noticia, que a todos causó la mayor satisfacción. En su respuesta al oficio de anuncio del nombramiento de O'Higgins, el Intendente se expresaba del modo siguiente:

“Ha sido tan general, tan unánime, tan tierna y tan enérgica la expresión de la voluntad de todos los cuerpos, la tierna efusión de sus corazones y la viveza y sentimiento con que han derramado sus elogios y gracias hacia V.E., que siendo difícil explicarlas, sólo hubiera deseado el que V.E. las presenciase”¹⁹⁶.

El arranque entusiasta que tuvieron o manifestaron tener en aquella circunstancia los partidarios de la Junta, y aún más los periódicos que esparcían por todos lugares, y hasta en medio del ejército las alabanzas de dicha junta, con grave detrimento de la reputación de Carrera, no podían menos de quitarle muchísimos partidarios, especialmente todos aquéllos que no tenían más opinión que la que les inspiraba los acontecimientos y las circunstancias. Pero lo que causó mayor indignación al General en Jefe fue el ver el espíritu de división, de desorden y desmoralización que se manifestó en el ejército en el mismo instante en que él se esmeraba en organizarlo para entregarlo a su sucesor bien disciplinado, fuerte y capaz de presentarse segunda vez, y con más éxito, para sitiar a Chillán.

En lugar de poder contar con esta verdadera satisfacción, Carrera recibía partes a cada instante de desertiones, hasta de los mismos oficiales, que todos se iban a Talca, como si pasasen al partido de un rival, en términos que un día, todo un regimiento de granaderos, llevando a la cabeza al capitán J. Miguel Cevallos, abandonó a Juan José Carrera, su primer jefe, para ir a ponerse a la disposición de la Junta.

El motor principal de este desorden y de la desertión era notoriamente Mackenna, como ya Luis Carrera se lo había echado en cara en Talca, donde continuaba detenido, amenazándole de sacar venganza de sus proceder, y en efecto le desafió; pero el gobierno que lo supo, hizo cuanto pudo para que este desafío no

¹⁹⁶ *Monitor Araucano extraordinario*, 4 de diciembre 1819.

tuviese consecuencias¹⁹⁷. Su partido se hallaba en una posición demasiado ventajosa para dejar creer que se servía de intrigas y de duelos. Lo que más le convenía era aprovecharse sin violencias de los acontecimientos, que le eran favorables, de la provincia de Concepción, para llegar a sus fines sin dar lugar ni motivo a recriminaciones. Siguiendo este plan de conducta, la Junta resolvió enviar a dicha ciudad uno de sus miembros con plenos poderes para levantar todas las dificultades que pudiesen presentarse entre ella y Carrera. El miembro encargado de cumplir con aquella misión fue el cura Cienfuegos, el cual, con sus principios rígidos y con el espíritu evangélico de su ministerio, era una real y verdadera personificación del buen orden y de la justicia, que los habitantes de Concepción, entre los cuales era muy conocido y venerado, no podían menos de apreciar altamente. La presencia de este sacerdote representante allí era necesaria además para proveer a las necesidades del ejército, que se hallaba en una completa desnudez y sustentado por las principales familias, las cuales se habían ofrecido a ejercer este acto de patriotismo por quince días.

La salida del cura Cienfuegos se verificó a fines de diciembre, en que se puso de camino en compañía de Luis Carrera, que ya muchas veces su hermano había reclamado, y llevando un socorro de 30.000 p. Lo más particular de este viaje fue que guerrillas enemigas infestaban el camino que tenía que seguir Cienfuegos y hacía poco tiempo habían atacado a las de Serrano y de Esteban Manzano, cuando regresaban de Talca, ataque en que Manzano fue gravemente herido y prisionero con diez de sus soldados. No obstante, el buen sacerdote, sin querer aprovecharse de una barca que habían puesto a su disposición, hizo su viaje muy pacíficamente por tierra y llegó a su destino, donde fue recibido con júbilo, fiestas y alegría por los enemigos de Carrera, el cual, sin embargo, le hizo su visita de bienvenida inmediatamente, con todas las demostraciones del respeto y de la veneración que le eran debidos.

Es cierto que en el primer momento, Carrera había titubeado en entregarle el mando; pero en el instante que Cienfuegos le mostró los plenos poderes que llevaba, Carrera no tuvo dificultad en hacerlo, bien que no supiese cómo el cura Cienfuegos podría ejercerlo, y en efecto éste le rogó lo conservase hasta la llegada de O'Higgins. En consecuencia, escribieron a éste llamándole con premura, y despacharon a Uribe con la carta.

En este intervalo de tiempo, se experimentó en Concepción una alarma que Carrera quiso atribuir a un nuevo movimiento revolucionario, pero que otros, que conocían su genio emprendedor y travieso, le atribuyeron a él mismo, con el objeto de ridiculizar al cura plenipotenciario, y de causarle temor. De todos modos, lo que sucedió fue que una noche, so pretexto de que el enemigo estaba a las puertas de Concepción, pretexto que el mismo Carrera pone en su diario, mandó tocar la generala por las calles y tirar cañonazos, a cuyo estrépito todos los habitantes se pusieron en movimiento, y todos los oficiales se reunieron en la plaza, en la cual los adversarios del general Carrera se vieron de repente aprehendidos y encarcelados.

¹⁹⁷ Este duelo tuvo lugar más adelante en Buenos Aires, y Mackenna perdió la vida en él.

El teniente coronel Cienfuegos, sobrino del plenipotenciario, pudo salvarse y fue a incorporarse a O'Higgins, que se hallaba en Quirihue con las tropas auxiliares que había traído de la vaquería, a la salida de Talca, donde estaban acampadas bajo el mando de Balcarcel, enviados por el gobierno de Buenos Aires en reemplazo de Santiago Carrera. Llamado con urgencia por Cienfuegos, y por el mismo Carrera, informado de lo que había sucedido, O'Higgins se puso *incontinenti* en marcha escoltado por una columna de cien hombres, que mandaba el capitán Astorga, y otra de la misma fuerza, que Carrera había tenido la atención de enviarle con el capitán Benavente. Habiendo llegado a Penco Viejo, escribió a su desgraciado amigo, que las circunstancias y el espíritu de rivalidad iban a desunir para siempre. En respuesta, Carrera le mandó el oficio por el cual lo había dado a reconocer como general en jefe del ejército. Al día siguiente, 2 de febrero de 1844, O'Higgins entró en Concepción con todo el prestigio del poder que le daba su elevado ascenso. La fuerza del ejército era, a la sazón, de 2.300 hombres, en general mal equipados.

Sucumbiendo al fin, José Miguel Carrera no sucumbió por malas cualidades, y aún menos por falta de talento, sino que fue sacrificado a la desconfianza con que todos miraban los primeros mandos en manos de su familia. Esta desconfianza, a la verdad, podía tener el fundamento aparente de que en tiempos de revolución, la fuerza armada sin el contrapeso de una autoridad que la mantenga en sus límites, puede muy fácilmente disponer de la suerte de un país, y privarlo de todas sus libertades y derechos.

Sin embargo, el gobierno no había tenido en ninguna manera la intención de ajar la familia Carrera. Lo que quería era exonerarla de un poder tentador y no despojarla de sus derechos ni de sus grados. Si para conseguirlo tuvo que indisponer los espíritus contra ella, esto lo hizo por la necesidad forzosa en que se vio de quitarle su ascendiente y su influencia; pero muy ciertamente, habría sido de desear que no hubiese usado, en ciertas ocasiones, de medios que no eran enteramente conformes a una escrupulosa delicadeza.

Por ejemplo, Carrera ha sido acusado de tolerar, y por decirlo así de autorizar los excesos que se cometían en la provincia. Sin duda habría podido impedir algunos sino todos; pero las circunstancias no se lo permitían; sus tropas no estaban aún bien disciplinadas, y un gobierno inexperto y celoso de su prestigio dejaba su ejército desnudo y privado de los más indispensables socorros, en una época en que el espíritu nacional no bastaba para que sufriesen tantas privaciones con resignación por el amor de la patria. Además de esto, los desórdenes que se le atribuían no eran más que consecuencias del estado de revolución de la provincia, y parecían tanto más odiosos cuanto los que los cometían eran conciudadanos, y, algunas veces, amigos en otro tiempo. Obligado a disimularlos, Carrera sólo los disimulaba hasta cierto punto, y los castigaba con rigor, cuando salían de ciertos límites. Su espíritu justiciero se señaló por muchos individuos que mandó pasar por las armas, y en tales casos es preciso confesar que no perdonaba a nadie, aunque fuesen conocidos, amigos y aun también parientes.

Los cargos que se le han hecho de no haber sabido aprovechar de la victoria tanto en Yervas Buenas como en San Carlos, no son mejor fundados, ni más justos:

la primera de estas acciones no fue más que una sorpresa, puesto que los patriotas no pensaban empeñarla más que con la vanguardia enemiga, y tenían pocas tropas para sacar grandes ventajas del desorden en que la pusieron por de pronto. Si el campamento de Carrera no hubiera estado tan lejos y a la otra orilla del río Maule, muy ciertamente el ejército enemigo habría quedado roto y desmembrado en términos de no poder jamás rehacerse; pero los patriotas estaban tan ajenos de lo que iba a suceder, y de que el cuerpo del ejército realista se hallase en Yervas Buenas, que la columna de ataque no estaba apoyada por especie alguna de reserva; desconfiado, a la verdad, incomprendible en un militar de experiencia, que debe conocer todas las posiciones y disposiciones del enemigo antes de decidirse a atacarlo.

La otra reconversión relativa a la acción de San Carlos parece, a primera vista, menos injusta. El ejército de Pareja se hallaba bajo desfavorables auspicios que tenían, y no podían menos de tener a sus tropas en un estado de desmoralización, puesto que se retiraban en fuga, y su General, ya anciano, se hallaba gravemente enfermo. En esta retirada precipitada, la vanguardia de los patriotas la seguía y les daba alcance, en términos que, desesperando de llegar al río Ñuble, no tuvieron más recurso que atrincherarse sobre una loma. Por consiguiente, era ésta una ocasión favorable para que el general Carrera cosechase las primicias de laureles futuros verdaderos; pero sus tropas, poco acostumbradas a las fatigas de la guerra, llegaban exhaustas de fuerzas, quedando atrasados y fuera de las filas muchísimos soldados, por los malos caminos y las continuas lluvias; a lo cual se juntaba la poca disciplina e instrucción de la generalidad del ejército, y sobre todo el desconsiderado acaloramamiento con que Juan José se arrojaba al enemigo. Tales han sido las causas de las pocas ventajas que se obtuvieron en el ataque de San Carlos.

Pero la gran falta que cometió Carrera en aquella circunstancia, fue la de haberse encerrado en su campamento sin pensar en vigilar los movimientos del enemigo, el cual pudo retirarse y desaparecer impunemente a favor de la noche. Un general más avisado no habría cometido ciertamente semejante yerro, y le hubiera podido perseguir y arrojar sobre el Ñuble, donde lo hubiese desecho completamente con tanta más facilidad, cuanto el río, corriendo crecido y caudaloso, era infinitamente más peligroso el atravesarlo. Por consiguiente, Carrera faltó entonces de previsión, como más adelante en otras ocasiones, se mostró indeciso, irresoluto y, tal vez, tímido. Jamás se le vio en medio de una acción, y siempre se situaba a distancia para dirigirla, como si mandase un numeroso ejército, bien que no pudiese ignorar que en pequeños encuentros, un jefe debe dar a sus tropas el ejemplo del valor, mostrarse donde hay mayores riesgos, mandando por su propia voz y guiándolas él mismo a la victoria. Pero, como lo acabamos de decir, obraba de un modo enteramente opuesto, y si dio pruebas de saber organizar sus columnas, no las dio en igual grado de saber conducir las al enemigo, porque no tenía el denuedo, que es una de las eminentes cualidades de un general en jefe.

En cuanto a sus malversaciones y poco patriotismo, esta acusación ha podido tener eco en aquel momento; pero el tiempo, que es un infalible justiciero, le ha declarado muy luego absuelto. En efecto, no se podía racionalmente tachar de falso patriotismo a un general que, como Carrera, trataba con tanto rigor a los realistas,

aunque fuesen mujeres, en términos de perder el favor de la opinión general, y a consecuencia sin duda alguna, el puesto que ocupaba de general en jefe; en la cual se faltó al reconocimiento y a la justicia que le eran debidos por los grandes servicios que había hecho al país, creando y organizando un ejército en medio de la más increíble penuria de medios y elementos para ello; no habiendo además motivos suficientes para quitarle el mando. Por lo mismo, se hace mucho menos extraño que hubiese titubeado en deponerlo, y querido, en un primer movimiento, oponerse a la ejecución del decreto que se lo quitaba: ¿qué general, en su lugar, no hubiese hecho lo mismo? Y con todo eso, al punto en que vio la opinión general engañada e indispuesta contra él, cedió y se retiró sin recriminación ni quejas; lo cual, lejos de atraerle indulgencia, fue causa y motivo para que se le afease con una nueva calumnia, haciendo correr la voz de que si se había resignado, lo había hecho porque temía la llegada de un nuevo ejército del Perú.

FIN DEL TOMO QUINTO

ÍNDICE DEL TOMO QUINTO

Presentación	v
De la historia natural a la historia nacional. La <i>Historia física y política</i> de Claudio Gay y la nación chilena por <i>Rafael Sagredo Baeza</i>	ix
PRÓLOGO	3
CAPÍTULO I: Situación de América en 1808. Primeros síntomas de revolución. Influencia que tuvieron en ella las de Francia y de Estados Unidos. Inglaterra procura darle impulso con socorros, y Napoleón por medio de sus emisarios. Triste posición de España, y su impotencia para exorcizar la tempestad que la amenaza.	13
CAPÍTULO II: Muerte del presidente Muñoz de Guzmán. Competencia de la Real Audiencia y de Carrasco sobre la sucesión. Carrasco es nombrado por el Ejército de la Frontera. Estado de Chile y de España a su entrada en el mando. El capitán Luco viene a pedir nuevos recursos.	23
CAPÍTULO III: Hombres marcantes de la revolución. Juan Martínez de Rozas. José Antonio Prieto. Bernardo de O'Higgins. Manuel de Salas, etc.	31
CAPÍTULO IV: Posibilidad de retardar la revolución. El doctor Campos y la Real Audiencia. Proclama de la infanta Carlota Joaquina de Borbón. Progresos de la revolución. Cómo los patriotas de Buenos Aires le dieron fomento. Muchos miembros del Ayuntamiento la adoptan y la sirven. Orden de Carrasco para aumentar el número de diputados al Cabildo con doce regidores, orden anulada pocos días después. Proyectos de los realistas para contener la insurrección. Consejos de Cisneros a Carrasco, y medidas violentas adoptadas por este último contra los extranjeros. Destitución del asesor Valdés, y reclamación de la Real Audiencia sobre este particular. Campos es nombrado asesor, y José Santiago Rodríguez vicario capitular.	37
CAPÍTULO V: Las ideas revolucionarias se comunican al Ayuntamiento mismo. Nombramiento de nuevos cabildantes muy favorables a dichas ideas. Carrasco nombra a Campos presidente del Cabildo. Sumo descontento que este nombramiento causó a los miembros de aquella corporación, que desampararon a Carrasco. Instalación de una junta de vigilancia. Rogativas en todo el país por el éxito de los ejércitos de España y contra las ideas subversivas de los revolucionarios de Chile. Arresto de	

- fr. Rosauro Acuña y del coronel don Pedro Ramón Arriagada. Arresto de Ovalle, Rojas y Vera. Ruido que ocasiona. Argomedo nombrado procurador de la ciudad. Instalación de una junta en Buenos Aires. 45
- CAPÍTULO VI: Carrasco procura ocultar la noticia de la revolución de Buenos Aires. Asunto de Ovalle, Rojas y Vera. Los dos primeros son embarcados para Perú y el último queda en Valparaíso, enfermo. Ruido que esta noticia ocasiona en Santiago. El Ayuntamiento toma partido por los desterrados y envía una diputación a Carrasco. La Real Audiencia se junta al Cabildo para pedir una contraorden de desembarco. Carrasco se presenta en la Real Audiencia. Mala acogida que recibe. Adhiere a la voluntad del pueblo, y, a petición de Argomedo, quita el empleo a sus amigos y empleados, Campo, Meneses y Tadeo Reyes. Abdicación de Carrasco y nombramiento del conde de Toro. 53
- CAPÍTULO VII: Don Gaspar Marín es nombrado asesor del Presidente, y don Gregorio Argomedo secretario. Pronunciamiento de los liberales, a consecuencia de un banquete en casa del conde de la Conquista. Mal éxito de los miembros del Cabildo en su proyecto de aumentar el número de regidores. Medidas que toma don José Antonio Rodríguez para impedir la instalación de la junta de que se trataba. Su cita para comparecer en casa del Presidente y su enérgica respuesta. Dificultades que encuentra la Real Audiencia para hacer jurar obediencia a la regencia de España. Interpelación del Ayuntamiento contra don José María Romo, por causa de sus sermones sediciosos. 65
- CAPÍTULO VIII: Desesperación de los realistas al ver los progresos de la revolución. Procuran levantar algunas tropas a sus expensas. Pasos que dan para ganar al Presidente a su partido. Indecisión de este jefe e inconstancia de sus opiniones. Al fin, toma partido por los liberales, y al anuncio de la llegada del general Elio de Montevideo a Chile, como presidente, se decide por la instalación de una junta suprema. Competencia que tiene con la Real Audiencia. Desasosiego de los diferentes partidos. El Ayuntamiento reúne en los arrabales casi todas las milicias de los contornos de la ciudad. Último esfuerzo de la Real Audiencia para impedir la convocación de una junta. 73
- CAPÍTULO IX: Reunión electoral en el Consulado. El conde de Toro entrega las insignias de gobernador al pueblo soberano. Discursos de su secretario y del procurador de la ciudad. Instalación de la Junta Soberana, y personas que la compusieron. Regocijos públicos. La Real Audiencia forzada a jurar obediencia a la Junta, y sus circulares a los subdelegados de las provincias. Principios de fusión entre los partidos; tendencia del clero y de los realistas a adoptar las ideas de la revolución. 81
- CAPÍTULO X: Las provincias reciben con júbilo la noticia de la instalación del nuevo gobierno. Sólo la de Coquimbo se niega a reconocerlo. La Junta pasa notificación de su advenimiento a diferentes potencias. Nuevos esfuerzos de Buenos Aires para revolucionar a Chile. Idea de un congreso general americano. Pedido de sables y fusiles, y leva de nuevas tropas. Suspensiones de las subdelegaciones. Regreso de los

desterrados Rojas y Ovalle. Recibimiento en Santiago de don Juan Martínez de Rozas. Su política. Sombra que causa al Ayuntamiento. Convocación de un congreso nacional para el 15 de abril.	89
CAPÍTULO XI: Tropas enviadas a Valparaíso. Juan Mackenna gobernador de esta ciudad, en reemplazo de Joaquín de Alós, depuesto de su empleo. Suscripción a favor de España. Muerte del conde de la Conquista. Destitución del provisor don Santiago Rodríguez. Apertura de los puertos al comercio extranjero. Ruidos de guerra. Enganches voluntarios. La Junta pide instrumentos y maestros para organizar una música militar.	99
CAPÍTULO XII: Preparativos para las elecciones. Conspiración de Tomás Figueroa, y acción del 1 de abril. Prisión y muerte del caudillo de los amotinados. Disolución de la Real Audiencia. Destierro de sus miembros. Muerte del obispo don José Antonio Aldunate. Don Domingo Errázuriz nombrado vicario general.	105
CAPÍTULO XIII: Aplazamiento de las elecciones de Santiago. Llegada de los diputados de las provincias. O'Higgins. Proclama de la Junta. Tendencia de Martínez de Rozas a alcanzar la presidencia. Rivalidad entre Martínez de Rozas y el Ayuntamiento. Instalación del Tribunal de Apelación y del de Seguridad Pública. Reconocimiento de la Junta por el marqués de Casa Irujo. El marqués de Medina no admitido como presidente de Chile.	115
CAPÍTULO XIV: Apertura del Congreso. Discurso de Martínez de Rozas. Organización de la mesa de la presidencia. Tentativa de los radicales para que Martínez de Rozas fuese nombrado presidente. Protesta de la provincia de Concepción contra el número de diputados de Santiago. Segunda tentativa en favor de Martínez de Rozas. Arribada del navío inglés <i>Standard</i> , y objeto de su viaje. Tumulto en Santiago y nuevo chasco de los partidarios de Martínez de Rozas. Separación de trece diputados de la Asamblea. Último esfuerzo en favor de Martínez de Rozas, y salida de éste para Concepción. Reflexiones sobre este acontecimiento.	123
CAPÍTULO XV: Llega José Miguel Carrera a Chile. Su popularidad entre los oficiales. Se hace la mano derecha del partido de Martínez de Rozas. Combina con sus dos hermanos una conspiración contra el Poder Ejecutivo. Revolución del 4 de septiembre. Caída del directorio. Separación de siete diputados de la Cámara. Instalación de un nuevo poder ejecutivo. Abolición de la esclavitud.	133
CAPÍTULO XVI: Descontento de Carrera. Leva de nuevas tropas. Preparativos de defensa contra todo ataque por parte de Perú. Don Antonio Pinto plenipotenciario en Buenos Aires. Revolución del 15 de noviembre, supuesta en favor del Rey. Engaño que padecieron los realistas. Elección de un nuevo consejo ejecutivo. Complot contra los hermanos Carrera. Otra revolución del 2 de diciembre contra la Asamblea, que queda disuelta.	139
CAPÍTULO XVII: Separación de las provincias de Concepción y Valdivia del gobierno de Santiago. La junta de Concepción ofrece tropas al Congreso para recobrar su autoridad. Carrera envía a O'Higgins co-	

- mo plenipotenciario acerca de dicha junta. Preparativos de guerra por ambas partes. Reunión de tropas sobre el río Maule. Entrevista de Martínez de Rozas con Carrera en las márgenes de este río. Convenio entre los dos jefes y contramarcha de las tropas. Martínez de Rozas regresa a Concepción, y Carrera a Santiago. Contrarrevolución en Valdivia y en Concepción. Instalación de otras juntas en una y otra y arresto de los antiguos miembros. 147
- CAPÍTULO XVIII: Los habitantes de Santiago saben con satisfacción el tratado de paz de los dos pretendientes, y posteriormente la disolución de la junta de Concepción y el arresto de sus miembros. Llegada de éstos a Santiago. Su destierro. Martínez de Rozas marcha para Mendoza, donde fallece. J.M. Carrera aumenta el número de sus tropas. Su prodigalidad en sus gastos. Los grados superiores en el ejército son dados a su familia. El Poder Ejecutivo da su principal atención a las administraciones civiles. Proyecto de empadronamiento. Decreto para la fundación de escuelas gratuitas. Instituto Nacional. Llega una imprenta a Chile. Camilo Henríquez. *La Aurora*, primer diario de Chile. Su espíritu liberal y subversivo. Su influencia en favor del movimiento. El Poder Ejecutivo aprovecha todas las ocasiones para atraer el pueblo a su partido. Recibimiento de Poinsett como cónsul general de Estados Unidos. Aniversario del 18 de septiembre. Bandera nacional y su escudo. Gran pronunciamiento en favor de la libertad y de la independencia. 157
- CAPÍTULO XIX: Pronunciamiento general en favor de la Independencia. Desunión entre Juan José Carrera y José Miguel. Dimisión de éste del Poder Ejecutivo. Es reemplazado por su padre. Reconciliación de los hermanos. Desarreglo de las cosas y proyecto de una constitución. Agustín Vial presenta uno que es adoptado por el gobierno. Sus bases. Descontento que causa en Concepción y en el clero. Instalación de un senado. Nombramiento de dos ministerios y de un intendente. Reformas en el Ayuntamiento. Establecimiento de serenos. Formación de una sociedad filantrópica bajo el nombre de Sociedad Económica de Amigos del País. Fin del año 1812. 169
- CAPÍTULO XX: Nueva conspiración contra los Carrera, y destierro de los conjurados. Preparativos de José Miguel para ir a organizar el sur. Invasión de Pareja y su desembarque en el puerto de San Vicente. Ramón Freire recibe el primer fuego de las guerras de la Independencia. Toma de Talcahuano por los realistas. El gobernador don Rafael de la Sota se repliega sobre Concepción. El comisario del Ejército Real don Tomás Vergara enviado de parlamentario, y de plenipotenciario acerca del Intendente. Consejo de guerra y Cabildo Abierto. El comandante don Ramón Jiménez gana las tropas y las induce a amotinarse. Salida de la Tesorería para Santiago. Rendición de Concepción después de un tratado hecho entre el Intendente y el parlamentario. Pareja verifica su entrada y destaca algunas tropas para apoderarse de la Tesorería. Juramento de la constitución de la monarquía española. 177
- CAPÍTULO XXI: Llega a Santiago la nueva de la invasión de Pareja. José Miguel Carrera nombrado general en jefe. Medidas enérgicas que toma

para hacer frente a la invasión. Se pone en marcha sobre Talca para establecer allí su cuartel general. Encuentra con algunos fugitivos de Concepción. Su llegada y sus temores acerca de la verdadera disposición de los ánimos en el pueblo. El obispo de Santiago Andreu y Guerrero va a juntarse con él. Digresión sobre este prelado y su decisión por la libertad. O'Higgins pasa a Talca y sabe por Linares la presencia de algunos dragones de Carvajal. Pide tropas para ir a atacarlos, y se las dan. Hace prisioneros a veinte dragones y al subteniente Rivera. Llegan tropas regulares a Talca. José Miguel Carrera forma el ejército en tres divisiones al mando de sus hermanos. El partido del Ayuntamiento recobra su ascendiente en Santiago. Formación de un nuevo gobierno elegido por el Senado. Medidas enérgicas que toma para la salvación de la patria. Empréstito con hipotecas. Creación de una decoración civil y militar. Celo del Ayuntamiento en cooperación con el gobierno. Establecimiento de una junta de salud pública. Entusiasmo por una suscripción nacional.

183

CAPÍTULO XXII: El obispo Villodres nombrado intendente de Concepción.

Pareja marcha sobre Talca. O'Higgins se dirige al cerro de Bobadilla, y lleva la guarnición al cuartel general. Un pequeño destacamento sorprende en Yervas Buenas al Ejército Real, que lo rechaza y le hace retirarse precipitadamente. Los dos partidos cantan victoria. El gobierno la celebra en Santiago. Insurrección en los buques la *Perla* y el *Potrillo* y entrega de dichos buques a los corsarios que bloqueaban el puerto de Valparaíso. Pareja, muy enfermo se decide a ir a atacar los patriotas en Talca. Los chilotes rehusan pasar el Maule, y resuelve regresar a Chillán. José Miguel Carrera le persigue. Desorden en la marcha de las tropas chilenas por las lluvias y la poca disciplina de los oficiales. Acampan en el estero de Buli, de donde se envía un parlamento a Pareja. Éste sale de San Carlos y va a acampar cerca del río Ñuble, donde tiene que atrincherarse. Acción de San Carlos sin resultado alguno para los dos partidos. El Ejército Real pasa el Ñuble y su retaguardia es atacada por el teniente Molina, que la obliga a abandonar cuatro cañones y algunos bagajes. Pareja llega a Chillán. Carrera va a acampar sobre el Ñuble.

193

CAPÍTULO XXIII: Sánchez de fortifica en Chillán. José Miguel Carrera

marcha sobre Concepción, y se apodera de esta ciudad. Ataque y toma de Talcahuano. El obispo Villodres se salva en la *Bretaña*, acompañado de muchos realistas. Toma de la fragata la *Tomasa*. Importancia de esta presa. Casi toda la provincia en poder de los liberales. Sánchez continúa las fortificaciones de Chillán. José Miguel Carrera se propone el ir a atacarlo. Órdenes que da a cada división. Noticia falsa de una invasión en el norte. Preparativos a que da lugar. Salida de Carrera para Chillán.

207

CAPÍTULO XXIV: Sánchez continúa sus trincheras. Socorros que recibe de

los misioneros franciscanos. Una parte de sus tropas es dispersada en guerrillas. La de Urrejola hace prisionero al coronel Cruz y a su columna. José Miguel Carrera va a incorporar en el campamento de

- Chillán las tropas acantonadas en Talca. Disposiciones que da para el ataque. Envía a Calderón de parlamentario a Sánchez, pero sin resultado. Principio del ataque. El rollo cortado por el medio, del primer cañonazo. Sucesos diversos de los dos partidos en ataque y defensa. Incendio de las municiones de la batería patriota, y desgracias que ocasiona. Presa de municiones que iban de Concepción. Viendo que no obtenía resultado alguno, envía un parlamentario a Sánchez. 215
- CAPÍTULO XXV: Carrera se decide a levantar el campo. Sánchez envía al mayor general para que le ataque. Éste se limita a intimarle la rendición. Respuesta animosa de Carrera, la cual obliga a Pinuel a retrogradar. Pasan los patriotas el Itata. Rescate de los prisioneros de la Florida. El ejército dividido en varios trozos. Guerra de detal operada por este medio. Movimiento de reacción en Concepción. Llegada de Carrera a esta ciudad. O'Higgins marcha contra el cura Gregorio Valle y le ahuyenta. Insurrección en la provincia de Arauco. Carrera envía sin éxito una expedición contra esta plaza. 227
- CAPÍTULO XXVI: Progresos de las armas realistas. Carrera procura reorganizar su ejército para ir a atacar a Sánchez y cortar estos progresos. Dificultades que se oponen a la ejecución de su intento. Se ve rodeado de facciones. Rigores que ejerce contra el Partido Realista. Envía socorros a O'Higgins para que arroje las guerrillas enemigas sobre Chillán. Encuentro entre O'Higgins y Elorreaga. Acción de Quilacoya y de Gomeró. 239
- CAPÍTULO XXVII: Recibe Carrera algunos socorros del gobierno. Resuelve ejecutar su plan de ataque y manda a su hermano Juan José marchar con su columna sobre Bulluquín. La demora con que ejecuta esta orden le ocasiona el ser detenido por el enemigo en Membrillar, donde tiene que atrincherarse. Alcázar le niega los socorros que le pide. José Miguel Carrera le envía 300 hombres. Salida del General para el teatro de la guerra. O'Higgins ataca a Elorreaga, le obliga a pasar el Itata, y se reúne en Bulluquín con José Miguel Carrera. Acción del Roble. Guerrilla de Valenzuela atacada en Tracoyán, y muerte de su comandante. 245
- CAPÍTULO XXVIII: Instrucción pública. Nombramiento de una junta de educación. Escuelas de primeras letras. Apertura del Instituto Nacional. Profesores que tenía. Formación de una biblioteca pública. Libertad de imprenta. 253
- CAPÍTULO XXIX: Formación de un padrón general de los habitantes y establecimiento de un cementerio. Alarmada de los progresos de la invasión, la Junta Gobernadora exhorta los habitantes a que acudan al socorro de la patria. Estímulo que da al servicio militar. Se enarbola la bandera nacional en la plaza. Demostraciones públicas en honra del ejército con el objeto de reanimar su moral. El Partido Realista levanta la cabeza, favorecido por los excesos cometidos al sur. Levantamiento de Santa Rosa de los Andes. Muerte del jefe de la insurrección. 265
- CAPÍTULO XXX: Severidad del gobierno, a consecuencia de la insurrección de Santa Rosa. Condiciones impuestas a los españoles que pretendiesen al título de ciudadanos. Proyecto de hacer gratuitas las funciones del clero,

señalando sueldo a los sacerdotes. Conflicto entre el Poder Ejecutivo y el comandante en jefe del ejército. La opinión general, en Santiago, se manifiesta contraria al jefe militar. El gobierno resuelve quitarle el mando, como así también a sus hermanos. Con este objeto, se propone un nuevo congreso para reformar la Constitución. Parte que tomaron los periodistas en este proyecto. 273

CAPÍTULO XXXI: La opinión general favorable al partido del Ayuntamiento. Arribo de los auxiliares de Buenos Aires. El gobierno se traslada a Talca, dejando en su lugar un gobernador intendente. Oficio de intimación a Sánchez y respuesta de este General. El gobierno resuelve quitar a los Carrera los mandos del ejército, contra el parecer de O'Higgins, el cual aconseja a Carrera de su dimisión. Carrera resiste apoyandose, para legitimar su resistencia, en algunas corporaciones. Toma de la Montonera Fontalva. Arribada del *Portillo* a Arauco, y embarco de Cruz y de sus compañeros. José Miguel Carrera da orden para que sus dos divisiones se replieguen a él. Mackenna se va a Talca por mar, y negocia para que O'Higgins sea nombrado general en jefe. Luis Cruz renuncia, en nombre suyo y de su hermano, al mando del ejército, en favor de O'Higgins. El gobierno depone a los tres hermanos. O'Higgins va a Talca. José Miguel Carrera recibe el oficio de su reemplazo en el mando. 281

CAPÍTULO XXXII: Exasperación de Juan José Carrera, al recibo de la destitución de su mando. Empeño que pone en que su hermano desobedezca a semejante decreto. Conspiración de Tirapegui, y sentencia contra sus cómplices. Canje de las familias O'Higgins, Alcázar y otras con las que se hallaban en poder de Sánchez. Carrera convoca una asamblea para que vote socorros. Oposición que hace a la orden de dejar el mando, y arresto de Fernando Urízar por su mandado. O'Higgins se decide a aceptar el título de general en jefe, y toma posesión de este puesto con gran satisfacción de todas las autoridades. El cura Cienfuegos, miembro de la Junta, es enviado a Concepción, y escribe, de acuerdo con Carrera, a O'Higgins para que vaya con urgencia a dicha ciudad. Alarma falsa nocturna tramada por Carrera. O'Higgins recibe a su llegada a Ranco el oficio por el cual Carrera le ha dado a reconocer por general en jefe del ejército. Al día siguiente, entra en Concepción. Digresión sobre José Miguel Carrera. 289

